El hombre y su tiempo

ERA

Peter Nettl

Rosa Luxemburgo



La figura extraordinaria de Rosa Luxemburgo ha transitado, tanto en vida como póstumamente, por los diversos estadios de los grandes pensadores y activistas marxistas cuya lucha no culminó triunfalmente: la vituperación de los sindicatos reformistas, el silenciamiento a cargo del stalinismo –que se apoyó en las discrepancias y aun disputas entre ella y Lenin–, la utilización selectiva de sus escritos por la derecha, y su reciente rescate por las diversas extremas izquierdas.
Gracias al trabajo admirable de Peter Nettl, a su conocimiento íntimo tanto de los debates cruciales del marxismo cuanto de las circunstancias que imperaban en Polonia, Alemania y Rusia entonces, la figura de Rosa Luxemburgo se encarna finalmente en este texto que pone de relieve las características esenciales de la luchadora

y pensadora polaca. Del fresco que comprende –en sus dos sentidos– la biografía personal de Rosa, los dilemas del marxismo desde la precaria legalidad de la socialdemocracia alemana hasta el triunfo bolchevique, las circunstancias específicas de Polonia, la opción primero reformista y luego imperialista de los sindicatos alemanes, las discrepancias en el seno de la Internacional, se desprenden algunos temas cruciales entonces y ahora: las polémicas entre reformismo y radicalismo, entre centralismo democrático y consejos obreros, entre nacionalismo e internacionalismo, entre economicismo y huelga de masas, y el propio destino, ejemplarmente trágico, de Rosa Luxemburgo, de quien Nettl (muerto en 1968) dijera que personificó la unidad de teoría y praxis que Marx postulara.

Rosa Luxemburgo



Ediciones Era

ÍNDICE

PREFACIO

Cuando escribí la biografía de Rosa Luxemburgo (de la cual ésta es una nueva versión), intentaba reconstruir la historia de una persona, de un movimiento y de una época. Desde 1917 el movimiento marxista en el que ella pasó su vida ha crecido en fuerza y extensión y ha llegado a ser un fenómeno de alcance mundial que domina una gran parte del mundo tanto desarrollado como subdesarrollado, aunque su forma e ideología hayan cambiado hasta casi no ser reconocibles. Ciertamente, el análisis de la relación, si es que la hay, entre Marx y aquellos que actúan, escriben o simplemente gritan en su nombre por todo el mundo, y que pelean enconadamente entre sí, se ha convertido en una industria intelectual de primer orden. Incluso pueden obtenerse doctorados en ella. La cuestión de qué tan importante fue Rosa Luxemburgo en todo este asunto necesariamente se me impuso. Respondí a esto con una negativa práctica y con una afirmación ética hace tres años. Ahora creo que posiblemente haya subestimado esta cuestión.

El comunismo que conocemos hoy en día presenta muchas formas. De la rígida uniformidad stalinista impuesta por Moscú, se ha convertido en un movimiento policéntrico. Pronto, cada país comunista tendrá, o pretenderá tener, su versión propia del comunismo. En aquellos países en donde los partidos comunistas no están en el poder se está reclamando el mismo derecho de autonomía para tomar decisiones sobre su política, ajustándose a las condiciones particulares de cada sociedad. Sin embargo, todos estos movimientos tienen, en efecto, algunos puntos en común, y son precisamente estos elementos *comunes* los que a su vez difieren marcadamente del concepto revolucionario de Rosa Luxemburgo.

Por una parte, casi todos y cada uno de los movimientos comunistas hoy en día están apasionadamente preocupados con los problemas y formas de organización (exceptuando quizá a los cubanos). Puesto que ningún movimiento comunista ha llegado al poder por sí mismo en un país industrial altamente desarrollado, la democracia de masas que previó Rosa Luxemburgo como el motor primordial de la revolución socialista ha sido reemplazada por un grupo bien organizado de revolucionarios que trabajan a favor de las masas, o por lo menos en su nombre. Estos grupos han alcanzado el poder en países relativamente subdesarrollados o no industrializados. Incluso en China, donde bien puede decirse que la revo-

lución ha alcanzado el más alto nivel de participación de las masas en el proceso mismo de derrotar al régimen anterior, el ejército desempeñó un papel vital al poner el énfasis en la disciplina y en el combate armado. El concepto soviético inicial de una élite de revolucionarios anclada en la clase obrera urbana organizada ha sido reemplazado por muy diversas formas estratégicas y sociales de revolución, extendiéndose desde el movimiento de resistencia militar-política al imperialismo con muy fuertes connotaciones nacionalistas en Vietnam, hasta los grupos guerrilleros armados en Cuba y América Latina. Existen grandes diferencias entre todas estas formas —muchas de ellas teóricamente elaboradas— y los bolcheviques. Sin embargo, todas ellas comparten con los bolcheviques una diferencia mucho mayor respecto de la revolución democrática radical de masas visualizada por Rosa Luxemburgo. Hacer o dirigir la revolución, he ahí el problema. El problema de la democracia es complejo, pero es cierto que estos movimientos modernos, por democráticos que sean, difieren sustancialmente del *tipo* de democracia de participación en el proceso revolucionario descrito por Rosa Luxemburgo.

Es precisamente la distancia histórica entre su tiempo y el nuestro, el desplazamiento de la acción del Occidente altamente industrializado al subdesarrollado Tercer Mundo, la que en un sentido ha hecho posible que se haga mayor justicia al valor de las ideas de Rosa Luxemburgo dentro de la tradición comunista, al poder prescindir de la inmediatez ideológica. Mientras hubo desacuerdo o incluso la posibilidad de desacuerdo de la línea central de la ortodoxia soviética (y mientras se aceptara que sólo podría existir una sola ortodoxia, cualquiera que ésta fuese), el discutir a alguien que no estuvo de acuerdo con Lenin en asuntos de importancia era necesariamente un tabú. De hecho, no había tal cosa como "mera" discusión. Todo era lucha, todo tenía una pertinencia contemporánea. Tan sólo después de la desintegración de la ortodoxia stalinista —aunque con gran vacilación y frecuentes reveses— la discusión sobre la historia comunista ha sido posible y por lo tanto incluso más liberal. Los historiadores comunistas están menos interesados en la evaluación de los errores de los participantes en comparación con la única y verdadera ortodoxia bolchevique, que revestía a los bolcheviques con el sello necesario de la infalibilidad histórica. En lugar de esto están escribiendo la historia con todos sus zigzagueos y callejones sin salida. Rosa Luxemburgo se ha beneficiado por lo tanto del renovado interés en lo sucedido y particularmente de la atención prestada a las historias de las sociedades en las que ella estuvo más activa: Alemania y Polonia. La posición que ocupó durante casi una década después de su muerte ha sido rehabilitada; las denigraciones y las mentiras stalinistas han perdido terreno. Pero de todas maneras ésta ha sido estrictamente una rehabilitación europea, limitada tan-

to en espacio como en tiempo. Aunque la discusión detallada de sus actividades y la evaluación de su posición están aún restringidas, una vez más Rosa Luxemburgo se ha convertido en una heroína revolucionaria en lugar de ser una opaca figura menor, una revolucionaria temprana y en gran medida equivocada. Para los historiadores e ideólogos del comunismo asiático y latinoaméricano ella puede ser una persona interesante, pero tiene poca pertinencia inmediata, del mismo modo que la historia de Europa antes de 1914 únicamente tiene una importancia marginal. En Asia sólo el partido trotskista de Ceilán ha mostrado un interés constante en la obra de Rosa.

Como se verá en las páginas que siguen, la posición de Rosa Luxemburgo es, en un sentido, única. No sólo fue una predecesora del comunismo europeo y en ese sentido del soviético, sino que el hecho de haber criticado aguda y repetidamente a Lenin ha sido aprovechado por los socialistas de derecha que buscan armas contra los bolcheviques en una retrospección a largo plazo dentro de un marxismo castrado. Estas pretensiones opuestas aunque continuas, tanto de los comunistas como de los anticomunistas, de representar el verdadero legado de las ideas de Rosa Luxemburgo, las comparte sólo el propio Marx. En su caso el conflicto se ha estructurado sobre el énfasis excesivo que se ha puesto en la periodización de la obra de Marx. La primera fase humanista se opone a su preocupación posterior por asuntos económicos y de clase; por un lado filosofía y sociología, contra la economía y la política deterministas por el otro. En el caso de Rosa Luxemburgo, según los socialdemócratas, en sus escritos se hace hincapié en la democracia y en la libertad en contra de su compromiso personal con la revolución social enfatizada por los comunistas. Pero la "posesión" exclusiva del humanismo marxista por sociólogos y filósofos académicos (muchos de ellos marxistas descarriados) en Occidente, ha sido recientemente desgastada por un renovado interés tanto en la filosofía como en el humanismo, aparejado a la determinación de darle expresión política concreta, sobre todo socialista, en algunas democracias populares como Yugoslavia, por un tiempo Polonia, y recientemente Checoslovaquia. De manera similar, el énfasis en la participación de las masas y en la democracia, en la legalidad socialista y en el respeto a las personas ha arrebatado la insistencia exclusiva sobre estos aspectos al ala izquierda socialista en la Segunda Internacional en beneficio de los partidos laboristas conservadores y reformistas bien integrados en Occidente. He aquí entonces la causa *prima facie* de una revitalización del luxemburguismo en las democracias populares. Digo *prima facie* porque cualquier nexo entre lo sucedido recientemente en Yugoslavia y Checoslovaquia y la obra de Rosa Luxemburgo estaba implícito más que reconocido, y porque la primera oleada de libertad ha producido por lo

menos tanto liberalismo pequeñoburgués como democracia socialista de izquierda. En el momento de escribir esto, la situación se encontraba en un estado de flujo tanto ideológico como estructural.

No tendría objeto tratar de establecer vínculos intelectuales directos entre el joven Marx y Rosa Luxemburgo (muchos de los textos iniciales de Karl Marx no fueron publicados hasta la década de los años veinte y algunos más recientemente). No obstante, existe una conexión bastante obvia en el énfasis entre el marxismo creador e individualista de Rosa Luxemburgo, vivido en términos de lucha y fricción, y la preocupación de Marx en sus primeros escritos con la alienación y con la necesidad subjetiva de la revolución. Ambos vivieron en una época en la que se hacía necesaria una revolución; ambos estaban preocupados por mostrar la naturaleza intolerable de la sociedad que debía ser abolida. Todo esto no hace a Rosa Luxemburgo más pertinente de una manera inmediata hoy en día respecto a los *problemas* de las democracias populares post-stalinistas, pero sí indica un cambio de prioridad *hacia* los problemas que le preocupaban mayormente. El desfase entre una lucha revolucionaria para eliminar una forma imperialista de capitalismo y el intento de hacer que un régimen comunista establecido se haga más humano, más respetuoso de la ley y más democrático, tendrá que seguir siendo grande. Los liberalizadores en Yugoslavia y Checoslovaquia controlan la maquinaria del Estado. El problema es el de hacerla capaz de dar expresión institucional a una mayor participación, de hacer al partido comunista el dirigente y no el controlador o sustituto de una acción participante y democrática. Aunque las presiones para que se opere el cambio proceden en parte de los sectores medios y bajos del partido, el ritmo ha sido establecido, sin embargo, por los comunistas mismos, por aquellos en el poder. Esto es muy diferente de la lucha que Rosa Luxemburgo libró desde abajo en contra de una burocracia partidaria que en sí misma tenía poco poder en la sociedad y ninguna voz en el Estado, una institución de intrusos apenas tolerada.

En suma, la pertinencia de Rosa Luxemburgo para las sociedades socialistas de hoy es la del énfasis y no la de la aplicación precisa de sus puntos de vista. El estudio de su obra hace resaltar el intento de afrontar problemas que se demuestran ser, de nuevo o todavía, obstinadamente pertinentes a pesar del cambio revolucionario en una dirección socialista, a pesar del establecimiento de gobiernos socialistas o comunistas. En las sociedades socialistas establecidas, Rosa Luxemburgo es esencialmente una figura histórica, aunque luminosa y de gran importancia. Resulta irónico, pero es justamente en las democracias parlamentarias de Occidente donde los escritos programáticos de Rosa Luxemburgo han adquirido de súbito una importancia dramática y casi lóbrega. Debo confesar que cuando

estudié por primera vez su vida y sus ideas, era muy claro que lo que ella tenía que ofrecer era, sobre todo, una crítica extrema e insuperada de la sociedad industrial en la que vivió. Si alguna vez hubiera de llevarse a cabo un levantamiento en contra de la naturaleza intolerable de la sociedad burguesa, independientemente de que esto fuera meramente la decisión personal de un solo individuo o la determinación organizada y colectiva de una clase o partido, entonces las ideas de Rosa Luxemburgo tendrían realmente el lugar que les corresponde. Pero tal radicalización de actitudes hacia lo que con frecuencia se denomina sociedad moderna o aun posmoderna parece ser sumamente improbable. El desplazamiento mismo de la revolución comunista del Occidente industrial a lo que hoy se da en llamar países subdesarrollados, y la transformación consiguiente en el significado del socialismo marxista, de una "racionalización" posrevolucionaria de una sociedad industrial total a una economía política *de* industrialización misma, han alejado todo el escenario de la pertinencia revolucionaria de las democracias industrializadas. En años recientes éstas se han convertido en una isla de reformas y ajustes socioeconómicos dentro de un mar de oleadas revolucionarias en el resto del mundo. Aunque la propia filosofía de Rosa y su modo de vida estaban firmemente anclados en el Occidente industrial, ella misma desempeñó un papel considerable en la predicción y la realización del desplazamiento de la revolución del Occidente a Rusia. Cierto es que, según su propio punto de vista, esto no implicaba cambio alguno en el significado básico de la revolución marxista. Ella no consideraba al marxismo como una filosofía de desarrollo industrial: por el contrario, su evaluación de la Rusia revolucionaria en 1905-06 fue en el sentido de que ésta ya estaba lista (o al menos más preparada de lo que hasta entonces se había supuesto) para una revolución en un sentido occidental. Como he subrayado firmemente en mi análisis el contraste que ella establecía entre el espíritu positivo revolucionario ruso y el dogmatismo y el conservadurismo organizacional alemanes, era esencialmente cultural más que socioeconómico. Era el mismo tipo de revolución el que estaba en juego, sólo que los rusos se estaban adaptando mejor a él. En muchos sentidos Stalin siempre se mantuvo fiel a este concepto, aunque esencialmente era un concepto de la Segunda Internacional. Todavía había, según él, sólo un tipo de validez universal, aun cuando invirtió la primacía de la experiencia revolucionaria al asignar a los bolcheviques una prioridad absoluta y universal. Cualesquiera que fueran los medios, la paridad con el Occidente fue su objetivo irrenunciable.

Con todo, la ironía de la historia consistirá en que es precisamente como una filosofía y economía política de la industrialización que el comunismo soviético y la tradición bolchevique tienen el mayor interés hoy en día,

constituyendo un modelo cada vez más aceptado y estudiado como único, incapaz de ser reproducido en ningún sitio. La misma determinación para buscar vías individuales hacia el socialismo en muchas de las democracias populares y entre los partidos comunistas de Occidente implica un reconocimiento de la singularidad de la experiencia soviética. Entre muchos comunistas la Unión Soviética es vista hoy día como conservadora, conservadora a los ojos de Occidente por su negativa a aflojar el control establecido e institucionalizado del partido más allá de las reformas y la liberalización de Jruschov; conservadora a los ojos chinos y cubanos por su egoísmo nacional, su renuencia a correr riesgos revolucionarios, su preferencia por los medios sofisticados para defender el territorio nacional en lugar de auspiciar y poner en práctica una estrategia de ofensiva revolucionaria en los países en desarrollo. Bien pudiera ser que las reformas económicas posteriores a Jruschov en la Unión Soviética provocaran eventualmente una sacudida de la aún rígida estructura política; pero esto va más allá de nuestras preocupaciones actuales. El hecho es que la Unión Soviética ya no es un modelo para las democracias populares ni para los partidos de izquierda en las democracias parlamentarias occidentales.

Sin embargo, mi pronóstico implícito de que no era de esperarse un cambio revolucionario en estas últimas ha resultado, en verdad, falso. Riachuelos de insatisfacción y protesta, por lo pronto esbozados, apenas institucionalizados y aun privados de convicción ideológica (excepto en un sentido de pura negación), dan señales de converger en una poderosa corriente de descontento casi revolucionario, seguramente no basado en las clases obreras —ese motor de transformación social que Marx consideraba cada vez más para el papel del proletariado, el vehículo revolucionario desposeído y enajenado de sus primeros escritos, que más tarde fue definido y analizado como el obrero colectivo que no "poseía" nada sino su fuerza de trabajo, que representaba cadenas más que ventajas. En este caso la clase obrera de hecho vino a cumplir la mayoría de los pronósticos optimistas de los pensadores liberales; se ha "socializado" enormemente por medio del acceso al privilegio, el consumo, la organización y la participación electoral, así como obteniendo beneficios sociales masivos. Se ha convertido en partidaria del statu quo, quizá no partidaria vociferante, pero sí apoyo tácito y beneficiario, sin embargo. Hoy el fermento proviene de sectores de la comunidad a las que el pensamiento político y social nunca ha asignado hasta ahora ningún papel específico, que hasta ahora nunca desarrollaron instituciones políticas específicas propias: la juventud, en su mayoría estudiantes, minorías raciales, algunos intelectuales disidentes, todos ellos forman el nuevo "proletariado". La base de su insatisfación no es siempre ni necesariamente un nivel objetivo

de privación, sino más bien una mezcla de privación relativa —la conciencia de sus posibilidades y de los impedimentos que las frustran— y sobre todo una insatisfacción coherente con la sociedad que los rodea. No existe una buena razón por la cual estos grupos no puedan ser y actuar como un proletariado en un sentido marxista perfecto. La causalidad económica desaparece; permanecen el análisis de una sociedad burguesa en decadencia y la determinación de eliminarla.

Rosa Luxemburgo era una marxista perfectamente ortodoxa al hacer hincapié en la relación inevitable entre la explotación económica y la conciencia de la clase proletaria (clase obrera). Rosa, al igual que muchos de sus contemporáneos, usó frecuentemente la expresión "pequeñoburgués" como un concepto amplio que definía a las fuerzas cambiantes en la periferia del movimiento socialista, algunas veces progresistas, algunas veces revolucionarias, pero nunca confiables como aliados. Para los ideólogos comunistas en la Unión Soviética y para muchas de las democracias populares, las fuerzas disidentes en Occidente caen dentro de la misma categoría de "pequeñoburgués" anarquista. A veces tienen que ser usadas, pero no son socialistas, ni siquiera socialistas potenciales. En el contexto de hace cincuenta años, por lo tanto, los grupos de protesta actuales, si hubiesen existido, se habrían encontrado con la reprobación de Rosa Luxemburgo.

Las condiciones de hoy son, por cierto, bastante diferentes. Los comunistas, especialmente los comunistas soviéticos, han fallado en gran medida en este sentido al analizar la sociedad burguesa actual. Con una socialdemocracia adormilada, a menudo senil y con una mentalidad ministerial en casi todos los países, con los partidos comunistas aún tratando de liberarse de la camisa de fuerza stalinista e incapaces de marcar una dirección clara, casi el único movimiento de la negación básica y de la protesta revolucionaria proviene de estos estratos hasta ahora no reconocidos. Si suponemos, pues, la presencia de una Rosa Luxemburgo hoy en día, evaluando la situación presente y recordando todo lo que ha pasado en los últimos cincuenta años, el problema de su actitud no puede ser simple y categóricamente resuelto con un "no".

En Europa, en todo caso, la búsqueda de un fundamento ideológico asigna a Rosa Luxemburgo un lugar bastante importante, particularmente entre los estudiantes, cuyos dirigentes en Alemania han rechazado el comunismo soviético; en otros lugares apenas empieza a plantearse su pertinencia como modelo. La ideología de estos estudiantes, informe aún, pero en proceso de cristalización, aparece como un revoltijo de autoridades tan diversas como Lenin, Mao, Castro, Sartre, Marcuse y Rosa Luxemburgo. Cualquier estudiante serio del marxismo vería a estas figuras como incompatibles, si no es que totalmente contradictorias. ¿Cómo podrían

caber en un solo grupo de padres fundadores, el dirigente de la revolución cultural en china y el viejo profesor de filosofía en los Estados Unidos, el revolucionario militar latinoamericano con su estilo de mando personal e idiosincrático y el intelectual judío polaco de la democracia de masas? Sin embargo todos ellos tienen algunas cosas en común. Todos ellos han coincidido en el hecho de que sus sociedades prerrevolucionarias eran o son intolerables. Sobre todo, casi todos hacen hincapié en la acción; el componente esencial del compromiso personal como una base de experiencia de la cual se derivaría una superestructura de organización y estrategia. El crecimiento del fervor revolucionario en participantes individuales y su propagación a sectores cada vez más amplios de la población deben ser primordialmente el resultado de la lucha misma, no la destilación del pensamiento o la prescripción de la ideología correcta hecha por otros.

Ha sido necesario a veces violentar las doctrinas de Lenin a fin de escoger una absoluta primacía de la acción sobre las formulaciones ideológicas correctas y una correcta organización, y violentar las doctrinas de Mao con objeto de ahogar en la pasión del fervor revolucionario su más real política de la uniformidad revolucionaria, si no es que de la homogeneidad de las masas. Pero los disidentes de hoy no están interesados en la exégesis textual o en la lógica intelectual. Toman lo que necesitan y lo adaptan libremente. La dificultad de explicar los preceptos maoístas y fidelistas a las universidades alemanas o a los ghettos negros norteamericanos es un problema escolástico más que un problema de acción. Sin duda gran parte de esta mención de la autoridad es efímera y desaparecerá —o más bien estará reorganizada en una ideología adecuada basada cada vez más en su propia experiencia de cómo y cuándo esto se desarrolla. Es bastante clara la razón por la cual estos nombres sirven en este caso como guías e inspiradores.

La presencia de Rosa Luxemburgo entre ellos es significativa por una razón especial. Ella, más que cualquiera de los otros, estaba preocupada por la lucha activa en una sociedad que se aproxima mucho a la nuestra. Ella fue el profeta por excelencia de la revolución no institucionalizada. Rosa predicó la primacía de la acción y la relación entre una situación revolucionaria y la participación de las masas crecientes del "proletariado". No teniendo experiencia del Estado socialista posrevolucionario y de los problemas de la enajenación continuada que éste ha acarreado, su objetivo residía primariamente en los demonios de la sociedad actual y en la necesidad de transformarla. Ella supo mejor que nadie qué tan cercana debe ser la relación entre la consigna personal y la acción, entre la acción y la conciencia de clase, entre la conciencia de clase y la revolución. Cada estudiante que hace manifestaciones en contra de la policía

en Inglaterra y en Estados Unidos de Norteamérica y que valora las lecciones de esta experiencia en términos de estrategia y de táctica futura está, en este sentido, mucho más cerca de Rosa Luxemburgo que los manifestantes estrechamente organizados y controlados que chocaron con fuerzas policiacas igual de controladas y organizadas en, por ejemplo, París a principios de 1950. La diferencia es la que existe entre la revolución social, por un lado, y los experimentos paramilitares de fuerza, por el otro. Es en esto donde las discusiones de Rosa Luxemburgo con Lenin en 1904 y su crítica a la revolución bolchevique, que me propongo discutir más ampliamente en este libro, tiene un significado actual, pues los cambios revolucionarios en las democracias parlamentarias nunca surgirán por la acción de paramilitares profesionales.

Finalmente, acontecimientos ocurridos tanto en democracias parlamentarias como populares han arrojado de muy diversas maneras, problemas interesantes sobre el status y el papel de los intelectuales en el momento actual. Aquí también Rosa Luxemburgo representa un ejemplo importante del reclamo de los intelectuales por un status en la transformación de la sociedad. Como guardianes de la cultura, como articuladores de la ideología, sobre todo como descriptores de la visión por la cual se debe luchar hasta alcanzarla, los intelectuales son un componente esencial de la revolución —y en ninguna otra tradición lo han sido más que en la marxista, así como en la leninista, maoísta y fidelista. Si el periodo del organizador fue cada vez más la época de los veintes y la era de Stalin en la Unión Soviética, la era del obrerismo comunista, el rompimiento de la camisa de fuerza física e intelectual tanto en Yugoslavia como en Polonia y en Checoslovaquia ha sido básicamente la obra de intelectuales. Tendemos a pensar de los intelectuales como si fueran el polo opuesto de los activistas, pero este supuesto es bastante incorrecto. La diferencia real radica entre los intelectuales que desean el cambio y los burócratas que no, cuya única visión de cambio es más que nada cuantitativa. La inconformidad ante el mando burocrático, ya sea que esté basado en un consenso burocrático parlamentario o en el partido omnipresente que gobierna y controla en la Unión Soviética, es casi por definición un proceso intelectual. Existen en efecto periodos en los que los intelectuales y los activistas están separados, cuando uno u otro está callado; pero no puede tener lugar ninguna transformación de la sociedad a menos que vayan juntos. Pero si los cambios recientes en Europa oriental han tenido una inspiración principalmente intelectual, el aumento de la inconformidad en el Occidente aún no ha alcanzado una relación adecuada entre activistas e intelectuales. Estos últimos han sido, hasta ahora, desplazados por el puro radicalismo de los activistas, por la primacía asignada a la acción como tal por parte de los disidentes. Esto es quizá por

lo que los activistas se aferran a este panteón mal surtido de autoridades. El desfase en efecto puede deberse a una falla por parte de los intelectuales de hoy. Algunos sociólogos sostienen que se han integrado al fin a una sociedad liberal y aparentemente generosa que permite una educación total, cultura *ad hoc* y comunicación masiva; otros se preguntan si esta obliteración por bondad significa el final definitivo del tipo clásico de intelectual. Ciertamente, por el momento, los activistas llevan la delantera a los intelectuales, a diferencia de la época de Rosa Luxemburgo, cuando todo era al contrario.

La pertinencia de Rosa Luxemburgo aquí es simplemente la reiteración de la necesidad de establecer una relación estrecha entre activistas e intelectuales. Ella misma personificó la unidad de teoría y praxis, tan firmemente postulada por el propio Marx. Los intelectuales en Europa oriental han apuntado hacia la necesidad de ensanchar la base del poder para la participación de las masas, para el desarrollo de la crítica, en lugar de la uniformidad impuesta desde arriba. Se comprende que citen a Rosa Luxemburgo en apoyo de estas peticiones. Los disidentes en el Oeste apuntan a la necesidad de consigna y acción; Rosa Luxemburgo representa estas cualidades en su panteón. En Occidente y en Oriente dos componentes distintos, pero vitales, de su filosofía también parecen estar faltando en esta situación actual. En el Este, es el componente de las masas a las que todavía no se ha puesto en acción; en el Occidente falta la especificación intelectual de programación e ideología. Lo que hace falta es alguien que universalice y estructure las inconformidades actuales.

El propósito de esta versión abreviada de mi obra es el de capacitar a un mayor público para que tenga acceso a la vida e ideas de Rosa Luxemburgo. Su importancia como figura histórica está fuera de duda. Los volúmenes originales estaban dedicados a ella. Irónicamente fue un comentarista hostil de Polonia el que me hizo estar más alerta de su amplia y directa pertinencia contemporánea. Al descartar con menosprecio mi libro como anticomunista, como si intentara principalmente servir de puntal ideológico a los ingenuos anarquistas de la protesta occidental, a los que, comparados a los logros del socialismo en Polonia, también describió como "una forma virulenta de anticomunismo", me hizo darme cuenta de que la pertinencia de Rosa Luxemburgo como marxista ortodoxa podrá ser al menos tan grande en los medios no comunistas de protesta occidental tanto como para la autocontemplación histórica de los comunistas establecidos. Por lo tanto dirijo esta edición a cualquiera que esté interesado en utilizar este rico caudal de ideas y esta vida rica en acción y experiencia para sus propósitos personales. El lector será el mejor juez de la pertinencia que Rosa Luxemburgo tiene para él.

Oxford, 1968

ABREVIATURAS

Bulletin BSI	Bulletin Périodique du Bureau Socialiste International.
D & M	Dokumente und Materialen zur Geschichte der Deutschen Arbeiterbewegung. (Bibliografía, Sección III, colecciones anónimas.)
IISH	Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam.
IML (B)	Institut für Marxismus-Leninismus, Berlín (Este). (Instituto de historia del partido del SED.)
IML (M)	Institut Marksizma-Leninizma, Moscú. (Instituto de historia del PCUS.)
LV	*Leipziger Volkszeitung.*
NZ	*Neue Zeit.*
PSD	*Przeglad Socjaldemokratyczny.*
SAZ	*Sächsische Arbeiterzeitung.*
SM	*Sozialistische Monatshefte.*
SDK	*Sozialdemokratische Korrespondenz.*
ZHP	Archiwun Zakladu Historii Partii, PZPR Varsovia. (Archivos del instituto histórico del partido, Partido Obrero Unificado de Polonia, Varsovia).

Partidos

PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética (a partir de 1952).
KPD	Partido Comunista Alemán.
KPR (B)	Partido Comunista de Rusia (Bolchevique) (de 1918 a 1925). (Conocido como Partido Comunista de Toda la Unión [Bolchevique] de 1925 a 1952.)
PPS	Partido Socialista Polaco
RSDRP	Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (de 1898 a 1918).
SDKP	Social Democracia del Reino de Polonia.
SDKPiL	Social Democracia del Reino de Polonia y Lituania.
SED	Partido de Unidad Socialista (después de la fusión de los comunistas y los socialdemócratas en Alemania oriental en 1946).
SPD	Partido Socialdemócrata Alemán.
USPD	Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania.

El comunismo no es, en realidad, sino la antítesis de una ideología particular que es completamente dañina y corrosiva. Gracias a Dios por el hecho de que el comunismo nace de un ideal limpio y claro que preserva su propósito idealista aun cuando, como antídoto, se incline a ser algo severo. Al demonio con su importancia práctica, pero presérvelo Dios cuando menos para nosotros como una amenaza sin fin para aquellos que poseen grandes propiedades y que, con tal de aferrarse a ellas, están dispuestos a lanzar a la humanidad a la guerra, a abandonarla al hambre en nombre del honor patriótico. Guarde Dios al comunismo para que el perverso linaje de sus enemigos no pueda descararse más aún, para que la pandilla de explotadores... vea su sueño perturbado cuando menos por unas cuantas punzadas de desasosiego. ¡Si han de predicar moralidad a sus víctimas y divertirse con el sufrimiento de éstas, que se les amargue cuando menos una parte de su placer!

Karl Kraus en *Die Fackel,* noviembre de 1920; reproducido en *Widerschein der Fackel.* (Vol. IV de las *Obras escogidas* de Karl Kraus, Munich, 1956, p. 281.)

I

ROSA LUXEMBURGO, ¿QUIÉN, QUÉ Y POR QUÉ?

¿Por qué una biografía de Rosa Luxemburgo en esta época? Muchas personas conocen de hecho el nombre de Rosa Luxemburgo, pero sus asociaciones son vagas: alemana, judía y revolucionaria; hasta ahí llega el conocimiento. Para quienes se interesan por la historia del socialismo, ella emerge más claramente como portavoz y teórica de la izquierda alemana y uno de los fundadores del Partido Comunista Alemán. Dos aspectos de su vida parecen destacarse: su muerte —que retrospectivamente crea un interés especial, si bien un tanto sentimental, por una revolucionaria brutalmente asesinada por la soldadesca— y sus polémicas con Lenin, en las que parece representar a la democracia contra el comunismo ruso. El traductor y compilador de sus obras en los Estados Unidos ha juzgado conveniente publicar una edición de sus trabajos polémicos contra Lenin bajo el título de *Leninism or Marxism,* probablemente porque él también cree que tal título resume en forma justa la posición de la autora.[1] Para muchos lectores casuales de Occidente ha venido a representar, por consiguiente, la defensa más incisiva de la tradición democrática del marxismo contra la creciente sombra de su deformación por los bolcheviques. Para ellos, en la medida en que el marxismo revolucionario puede ser democrático, Rosa Luxemburgo se halla en su cúspide. Ha llegado a ser el ancla mayor de todos aquellos radicales viejos, pero eternamente jóvenes, que piensan que el comunismo pudo haber sido la combinación de la violencia y la democracia extrema. En sus frecuentes momentos de nostalgia, el nombre que pronuncian es el de Rosa Luxemburgo.[2] Su muerte en acción puso fin a toda posibilidad

[1] Bertram D. Wolfe (ed.): Rosa Luxemburgo, *The Russian Revolution* y *Leninism or Marxism?* Ed. Ann Arbor, Michigan, 1961.

[2] En ocasiones en los lugares más inverosímiles. "Recuerdo cuando nos desvelamos una noche [con algunas muchachas en Los Ángeles, que sostenían "una extraña relación con unos futbolistas" de la escuela] tratando de explicarles pacientemente, quiero decir sin ser condescendiente ni mucho menos, cómo la Tercera Internacional nunca se habría desviado de su objetivo si sólo hubiese escuchado a Rosa Luxemburgo. Me habría gustado saber, por ejemplo, exactamente lo que sintieron Rádek y Bujarin cuando Rosa dio su opinión acerca de la sobrecentralización... [La muchacha] pareció meditar sobre [todo] esto por lo menos con tanta seriedad como cuando uno de los futbolistas del equipo de la USC le preguntó si prefería la patada de bote pronto o la jugada del *quarter-back*..." (Clancy Segal, *Going*

de enfrentarse con eficacia a los bolcheviques y santificó sus concepciones con el aura del martirio. Pero la dificultad reside en que esos mismos bolcheviques y sus seguidores, a cuya preponderancia ella supuestamente se resistió, también la reclaman como uno de los suyos. A pesar de los errores y las interpretaciones erróneas que le imputan, la consideran en última instancia comprometida con el comunismo en su lucha contra la socialdemocracia; de haber vivido, ella habría hecho la misma elección más decisivamente aún que en la confusión de 1918. Asimismo, tanto la fecha de su muerte como la forma en que ocurrió son cruciales. La tradición comunista, al igual que cualquiera fe combatida, no puede permitirse pasar por alto a un mártir; y así, una figura que más adelante tal vez habría sido sepultado con el estigma del renegado, hoy todavía conserva su lugar en el panteón oficial gracias a una muerte prematura y heroica.

Así, pues, la primera razón para sostener la importancia de Rosa Luxemburgo en la historia del marxismo político es el momento excepcional de su muerte. Ella y Karl Liebknecht fueron quizá los únicos marxistas que se solidarizaron con la revolución bolchevique a pesar de las críticas fundamentales que le hicieron, críticas que son tan viejas como la revolución misma. Lo que hace especialmente interesante el caso de Rosa Luxemburgo es que sus debates con Lenin sobre ciertos problemas fundamentales del marxismo se remontan a 1903 y son parte central de su filosofía. Otros, en Rusia, se habían apartado del bolchevismo o lo habían combatido desde mucho antes de 1917 (sin contar a quienes nunca sintieron la menor simpatía por Lenin). Ninguno de ellos aportó nada al marxismo revolucionario ortodoxo después de 1917. Un grupo todavía más importante llegó a diferir del leninismo a medida que éste evolucionó para convertirse en stalinismo, y sus miembros optaron por salirse del círculo encantado de la política comunista. Trotsky y sus seguidores, y todos aquellos proveedores de una conciencia precisa que se movieron en la periferia del marxismo revolucionario de los años veinte en adelante, sufrieron las dos mismas desventajas: la falta de una masa disciplinada que los siguiera y compensara el apoyo organizado del poder soviético, y la tribulación ideológica de haber tenido que apartarse súbitamente de su legado de la Revolución de Octubre. La terrible alternativa consistía en negar la validez del acontecimiento original —la revolución— o en alegar que quienes ocupaban el poder en Rusia eran los que se habían desviado de alguna norma puramente intelectual esta-

Away, 2a. ed., Nueva York, 1963, p. 46).

Un buen número de poetas y pintores ingleses y norteamericanos encuentran una constante fuente de protesta artística en la vida de Rosa.

blecida por los disidentes. Rosa Luxemburgo, sin embargo, no pudo ser echada a un lado por insignificante antes de 1917 ni denunciada como traidora después. En el momento de su muerte era un partidario crítico; según sus propias palabras: "El entusiasmo aparejado con el espíritu de la crítica revolucionaria, ¿qué más puede esperarse de nosotros?"[3]

Pero también hay buenas razones para que la importancia de las ideas de Rosa Luxemburgo sea mayor hoy que en cualquier otro momento a partir de los años treinta. Con la muerte de Stalin, la teoría comunista ha dejado de ser el simple cúmulo férreo de las adiciones y explicaciones del dictador a su propia concepción del marxismo-leninismo. Las cinchas han reventado y con ellas se ha desencadenado una discusión animada aunque desigual. En la última década ha surgido en Yugoslavia una nueva versión participatoria, y en parte hasta competitiva, del marxismo; en Checoslovaquia, más recientemente y con los mismos resultados, ha habido una reducida guerra-revolución. En Polonia hay demandas para una implantación más avanzada y radical del "Octubre polaco" de 1956. En la Unión Soviética también se han operado profundos cambios desde la muerte de Stalin. El ímpetu vino directamente desde arriba, pero fue recogido e impulsado hacia delante desde abajo.

Esto nos lleva directamente al reexamen marxista en gran escala que acompañó ruidosamente al conflicto ruso-chino en los años sesenta. Y no pasó mucho tiempo antes de que el reexamen llegara a la controversia revisionista, una de las grandes líneas divisorias del marxismo (si bien la tesis de este libro es, en parte, un intento de desplazar su impacto a una época y a una polémica diferentes). Nadie abarca estos dos grandes problemas tan exhaustivamente como Rosa Luxemburgo. Todo el problema de revisar a Marx —que no es sino el problema de captar la única interpretación autorizada del marxismo— fue de gran interés para Rosa Luxemburgo. Ella dedicó algunos de sus más importantes análisis políticos a la diferencia entre el marxismo y el revisionismo y a la diferencia entre abandonar los principios marxistas como la revolución, por un lado, y por otro meras categorías de análisis limitados en el tiempo, como la nación-Estado "progresista." El contraste entre *postular* la revolución y *ser* revolucionario, que hoy agita tanto a los rusos como a los chinos, fue la cuestión central que Rosa Luxemburgo trató de subrayar por primera vez en su muy olvidada polémica contra Kautsky en 1910. Además, la inevitable confrontación, no de filosofías alternativas sino de los dos mundos diferentes del socialismo y el capitalismo, fue esencial para la tesis de Rosa Luxemburgo, del mismo

[3] Adolf Warski, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problemen der Revolution*. Hamburgo, 1922, pp. 6-7.

modo que es el móvil principal del ataque chino a la Unión Soviética. El capitalismo plácido y bien alimentado que conduce a un socialismo igualmente plácido y bien alimentado fue lo que alarmó a Rosa Luxemburgo en la misma medida en que alarma al Comité Central del Partido Comunista Chino.

Pero si bien la interpretación actual de la nueva línea en los países comunistas viene desde arriba, la presión que la motiva viene difusamente desde abajo. Las áreas de libre expresión en Rusia y en las democracias populares se han ampliado mucho súbitamente. Aunque la transgresión de los límites sigue constituyendo un grave delito contra la disciplina comunista, hay cuando menos un margen mayor para maniobrar. La noción de que el arte no es el instrumento completamente disciplinado de la voluntad política, sino una expresión espontánea que requiere tan sólo de la verificación de un censor a la luz de las necesidades políticas declaradas; de que el arte necesita el control social pero no tiene que derivarse de la inspiración social controlada, va ganando terreno lentamente en la dirección del partido comunista ruso. Aquí también toda la noción del arte como *conformación,* analizable según su buen o mal contenido, corresponde mucho mejor a la concepción de Rosa Luxemburgo que a la idea de Stalin de una expresión disciplinada de la finalidad social.

Rosa Luxemburgo no estuvo sola, fuera de su tiempo, en la expresión de ideas. Algunas de las cosas que dijo fueron exclusivamente suyas y el énfasis fue en ocasiones particular, pero había todo un consenso de opiniones y aspiraciones similares. La pertinencia que Rosa Luxemburgo ha vuelto a adquirir como resultado de los cambios recientes en la complexión y el énfasis del comunismo, es aplicable también a otros marxistas. Pero pocos trataron los problemas tan cabal y vivazmente, tan a fondo como ella. Rosa Luxemburgo poseía mucha de aquella vital cualidad de pertinencia inmediata que tanto elogió en el propio Marx, con frecuencia en detrimento de los argumentos concretos de éste. Ella confirió realidad e importancia al marxismo en forma tal que pocos contemporáneos suyos lograron igualarla. Aunque apenas existen luxemburguistas, en la forma en que existieron stalinistas y todavía existen trotskistas, es casi indudablemente cierto que fueron más quienes en aquel entonces dieron sus primeros pasos hacia el marxismo revolucionario a través de *Reforma social o revolución* y otros escritos de Rosa Luxemburgo, que a través de cualquier otro escritor. Y es justo que así haya sido. La idea misma del luxemburguismo habría sido aborrecible para ella. Lo que hace que sus escritos sean tan seductores es que la seducción es incidental; ella no escribía para convertir sino para convencer. No sólo se trata, pues, de la calidad de sus ideas, sino de la

forma de su expresión: de lo que dijo tanto como de la manera como lo dijo.

El enconado forcejeo por el legado de Rosa Luxemburgo fue una lucha por la legitimidad que dejó en herencia un marxista importante y un exponente más notable aún del marxismo revolucionario. La socialdemocracia de los años veinte, especialmente el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), creyó que podía ver en ella un ardiente abogado de la democracia que tarde o temprano tendría que entrar en conflicto con el bolchevismo oligárquico y arbitrario. Tal interpretación fue postulada especialmente por muchos ex-comunistas que abandonaron el partido en el transcurso de los treinta años siguientes. Ellos encontraron en el indudable marxismo revolucionario de Rosa Luxemburgo, combinado con el empleo frecuente de las palabras "masas", "mayoría" y "democracia", un salvavidas adecuado para mantenerse a flote, ya fuera solos o cuando menos en la insignificante ala izquierda de la socialdemocracia oficial. Casi todos los grupos disidentes del comunismo oficial —alemán, francés o ruso— reclamaron de inmediato la posesión especial y exclusiva del espíritu de Rosa Luxemburgo, y es significativo que Trotsky, cuyas relaciones con Rosa Luxemburgo fueron impersonales y hostiles durante una década, reclamara su aprobación espiritual para la Cuarta Internacional desde el día de su fundación.[4]

Los comunistas no estaban en modo alguno dispuestos a renunciar a ella. Sin embargo, para replicar a la socialdemocracia y a sus propios disidentes fue necesario interpretar su obra de tal manera que los planteamientos y las citas en los que el enemigo se amparaba pudieran ser ensamblados en todo un sistema de error. Ya no bastaba con desecharlos como otros tantos errores aislados, y en el momento oportuno los teóricos comunistas construyeron para Rosa Luxemburgo y en su nombre un sistema llamado luxemburguismo, constituido precisamente por aquellos errores en que se apoyaba la socialdemocracia. La persona quedó cada vez más separada de la doctrina, algo parecido a la idea inglesa de que la Corona no puede cometer ningún agravio. Mientras más feroz fue la lucha de los comunistas contra el luxemburguismo, mayor fue el apego a la personalidad revolucionaria de Rosa Luxemburgo, Despojada de sus errores. Como hemos visto, esta delicada cirugía hizo de Rosa Luxemburgo un caso excepcional en la historia comunista.

Debajo de la caricatura del "luxemburguismo" y su "espontaneidad" puede verse un consistente conjunto de principios con los que Rosa Luxemburgo confió en armar al comunismo naciente en Alemania. Ella nunca se propuso producir un sistema abarcador o siquiera lógicamente

[4] L. Trotsky, *Rosa Luxembourg et la quatrième Internationale*, París, 1933.

coherente. Casi invariablemente, sus ideas hallaron expresión en forma de críticas o polémicas contra lo que ella juzgaba como errores. A partir de este aspecto negativo de su propia creación (y a menudo exceso de corrección, como la "vara torcida" de la ortodoxia de Lenin) tendremos que construir el contenido positivo de sus intenciones. Si bien, por consiguiente, sería erróneo construir un sistema "verdadero" en lugar del falso —y nosotros no haremos el intento—, quedan ciertas ideas dominantes. El marcado hincapié en la acción como impulso social tan profiláctico como progresista, está profundamente arraigado en el comunismo en la actualidad, tan profundamente como para que haya reencarnado en China debido a su abstracción supuestamente formal en Rusia —y ésta fue la aportación más importante de Rosa Luxemburgo al marxismo de su época. Lo que habitualmente se ha atribuido al peculiar genio de Lenin para la acción, imponiéndose sobre las vacilaciones burocráticas y cautelosas de sus colaboradores más íntimos en 1917, no fue más que la específica y antigua recomendación de la izquierda alemana, expuesta de la manera más cabal en los escritos de Rosa Luxemburgo. Durante la mayor parte de su vida, la revolución fue algo tan cercano y real para ella como lo fue para Lenin. Sobre todo, ella sintió y explicó insistentemente la diferencia entre la actitud revolucionaria teórica y la real mucho antes de que Lenin cobrara conciencia de que tales diferencias podían existir en el SPD. El marxismo revolucionario moderno es, pues, de manera peculiar, la contribución de Rosa Luxemburgo, aun cuando la deuda no se reconozca.

Los herederos comunistas alemanes de Alemania oriental nunca han logrado del todo desdibujar la verdadera imagen de Rosa Luxemburgo y crear una imagen falsa para reducir así la persona real de Rosa Luxemburgo, por decirlo así, a las páginas de la historia socialista. Toda la ideología del Partido de Unidad Socialista de Alemania oriental se caracteriza por su incapacidad para digerir el papel de los comunistas en la revolución alemana de 1918-1919 y expulsarlo del cuerpo. La ideología alemana oriental desde 1945 hasta 1965, puede describirse, de la manera más adecuada, como marxismo más una mala conciencia. Bajo la presión de la ortodoxia stalinista, el viejo fracaso fue medido según el grado en que no se siguió, paso a paso, el ejemplo bolchevique. En toda ocasión en que *Espartaco,* el precursor del comunismo alemán durante la primera guerra mundial, difirió de los bolcheviques, estuvo equivocado; en todas las ocasiones en que estas diferencias fueron sustanciales —separación del grueso de la socialdemocracia mucho antes de 1918 e incluso de 1914, autosuficiencia organizativa, debilidad para convertir la oposición a la guerra en revolución social, etc.— dichas diferencias constituyeron la causa directa del fracaso de la revolución

en Alemania. A partir de 1953 la historia del partido en Rusia ha empezado por fin a ponerse un poco al día consigo misma después de haber dormitado durante tanto tiempo. Pero en Alemania oriental la revolución de 1918 se está volviendo a librar de nueva cuenta en la actualidad. Cada postura contra Alemania occidental tiene su paralelo, su significación histórica, en 1918, del mismo modo que cada acto del gobierno de Alemania Federal puede compararse y es comparado inmediatamente con los actos de la contrarrevolución después de la primera guerra mundial. En tal atmósfera, Rosa Luxemburgo se mantiene necesariamente muy viva. Demasiado "viva", de hecho, para permitir que se escriba y publique una biografía oficial, un privilegio concedido desde hace tiempo a figuras intelectualmente menores, como Mehring y Clara Zetkin. Han aparecido únicamente discusiones y artículos sobre asuntos particulares y breves elogios en los periódicos en fechas conmemorativas especiales. Pero al fin (1968) parece que está en preparación una colección completa de sus escritos y una biografía en gran escala.

Es de suponer, por otra parte, que el marxismo revolucionario de Rosa Luxemburgo llegue a convertirse aún en doctrina política específica por derecho propio; intelectualmente, el trotskismo en el Occidente es en realidad luxemburguismo. Trotsky monopolizó la devoción de todos los revolucionarios marxistas que se oponían a Stalin debido a su enorme prestigio y a la majestuosa tragedia de su derrota política en Rusia. Su persona y sus polémicas atrajeron a su órbita a casi todos los antistalinistas durante algún tiempo. Al identificar a todo adversario como a un aliado de Trotsky, y al utilizar la enorme y disciplinada fábrica de calumnias de todo el Estado soviético para descubrir a Trotsky detrás de toda conspiración real o imaginaria, Stalin ayudó a dividir el mundo del marxismo revolucionario en dos campos exclusivamente: los comunistas ortodoxos y los trotskistas, presentando a los segundos como los aliados marxistas de la contrarrevolución. Sin embargo, la historia del trotskismo a partir de 1930 no es una gloriosa movilización de fuerzas opositoras sino una triste serie de disputas sectarias. La posición histórica de Trotsky como uno de los principales arquitecticos de la Revolución de Octubre le impidió desarrollar una crítica lo suficientemente amplia como para generar un movimiento antistalinista capaz de aglutinar a todos los opositores, un movimiento intelectualmente comprometido con la revolución proletaria en toda su inclemencia bolchevique, pero exento de la estrecha y temible burocracia de Stalin, aterrorizada y terrorista a un tiempo. En lugar de ello, Trotsky se enemistó con un grupo tras otro de sus partidarios a causa de minucias talmúdicas en la interpretación precisa y dogmática de la Rusia de Stalin como un ejemplo de socialismo válido. La antítesis Stalin-Trotsky, que ambas

partes ayudaron a convertir en una división fundamental e irrevocable entre los marxistas revolucionarios, en realidad ahogó todas las controversias anteriores y las relegó al limbo. Sencillamente no quedó lugar para nadie más. Pero Rosa Luxemburgo, ferviente partidaria y al mismo tiempo crítica profunda e inmediata de los bolcheviques, habría proporcionado justamente el centro aglutinador de una oposición a Stalin más bien amplia que estrecha, exenta de mácula por la participación original pero totalmente revolucionaria por derecho propio. Tal vez algún día los marxistas revolucionarios —en contraposición a los reformistas— recorran todo el camino de vuelta a los comienzos, a la primacía de los países capitalistas altamenta desarrollados en el calendario de la experiencia revolucionaria, al "entusiasmo combinado con la crítica revolucionaria" de la preeminente Revolución de Octubre. Tal cosa, según se reconoce generalmente, es improbable; y menos aún es cualquier aflojamiento en esa dirección dentro de Rusia o China, los gigantes comunistas establecidos, pese a todo el actual desmembramiento del stalinismo.

Por último, y tal vez lo más importante de todo, es la posición de Rosa Luxemburgo como pensador autónomo, fuera del contexto y organización del marxismo. Las ideas de Rosa Luxemburgo tienen su lugar dondequiera que se enseñan seriamente las ideas políticas. Aunque ella se comprometió plenamente con el marxismo, la validez de sus ideas trasciende los lineamientos del marxismo, pues la suya fue una doctrina esencialmente moral que vio en la revolución social —y en la actividad socialista revolucionaria— no sólo el cumplimiento de las leyes del materialismo dialéctico sino la liberación y el progreso de la humanidad. Rosa Luxemburgo predicó la participación sobre todo, no simplemente la aceptación pasiva de las recompensas dispensadas por una élite conquistadora. Y la participación es el problema que sigue ocupando hoy a la mayoría de los analistas políticos y activistas marxistas y burgueses por igual. La doctrina principal de Rosa Luxemburgo no era la democracia, la libertad individual o la espontaneidad, sino la participación: la fricción que conduce a la energía revolucionaria, a su vez que conduce a la madurez de la conciencia de clase y a la revolución. Aun cuando es indeseable y carece de sentido tratar de desprender sus escritos uno por uno del contexto del marxismo (al cual pertenecen de la manera más enfática), la significación de la obra y el pensamiento de su vida, como la de los logros del propio Marx, no se limita sólo a los marxistas. El valor de los pocos pensadores políticos realmente originales no puede rotularse con el membrete artificial de ninguna escuela o grupo. Aun los discípulos ortodoxos pueden convertirse en un lastre; al igual que las lapas, es preciso arrancárselos con dolor. El derecho a la validez universal más allá del contexto es precisamente lo que distin-

gue al grande del simplemente partidista.

Esto es totalmente independiente de cualquier mérito que se pueda reclamar para Rosa Luxemburgo sobre bases puramente históricas. Aun cuando careciera de pertinencia actual, sería una figura de gran importancia histórica tanto en el movimiento socialista polaco como en el alemán. Su poco conocido papel en el movimiento ruso, aun sin ser de primera importancia, merece sin embargo cuando menos tanta atención como el de algunas figuras muy marginales que se han beneficiado del interés prevaleciente en las minucias de la historia del bolchevismo. Sería una deformación fundar la justificación de este libro enteramente en la pertinencia permanente de todas las concepciones de Rosa Luxemburgo. Ésta se indicará donde merezca ser indicada. El grueso de lo que ella escribió e hizo pertenece a la historia. ¡Pero qué historia! Para más de una cuarta parte de las personas pensantes en el mundo de hoy, el periodo del que nos ocupamos es el de los años proféticos, el antiguo testamento de la biblia comunista, sin el cual la encarnación final de la revolución tiene poco significado. En este contexto, la historia de cualquier profeta es importante, aun cuando su visión haya sido a menudo nebulosa e inexacta.

¿Qué tipo de persona era Rosa Luxemburgo? Menuda, sumamente pulcra, consciente de su feminidad. Nadie la vio jamás desarreglada, temprano en la mañana o tarde en la noche; su larga cabellera era peinada cuidadosa pero sencillamente hacia arriba para aumentar su estatura. No había sido una niña bonita y nunca fue una mujer hermosa: fuerte, con facciones afiladas y nariz y boca levemente torcidas para indicar tensión. Su apariencia siempre inspiraba respeto, aun antes de que abriera la boca. Sus ojos oscuros revelaban el estado de ánimo del momento, chispeantes en el combate o introspectivamente retraídos, o —si había soportado algo más de la cuenta— nublados por la ira o el aburrimiento.

La meticulosidad se extendía a su atuendo, incluidos los zapatos lustrosos: ropas sencillas pero costosas, sin adornos pero cuidadosamente elegidas sobre la base de una valoración precisa de la imagen que ella quería crear; ropas que nunca eran llamativas ni reclamaban una existencia por derecho propio; acompañamiento, no tema. Un defecto en la cadera adquirido en la infancia fue superado completamente en todas las posturas, excepto al caminar; y Rosa Luxemburgo era una gran aficionada a las caminatas, precisamente a causa de las dificultades de este ejercicio. Juzgaba a la gente —aunque con reconocida intención humorística— según su capacidad y disposición para caminar; la pereza física de Karl Kautsky le valió uno de los primeros señalamientos de sus deméritos.

Su propia apariencia la veía con un desdén ligeramente burlón que nunca, ni por un momento, se acercó al masoquismo ni al odio a sí misma. La imperceptible línea divisoria entre el humor y la amargura nunca fue traspuesta. Su larga nariz, que precedía su presencia física como un embajador en misión permanente, su voluminosa cabeza que amargó la vida de varios sombrereros, todo ello fue captado en breves y relampagueantes imágenes de autocaricatura literaria. Calificó su autorretrato al óleo, que le regaló Hans Diefenbach, como *ein Klumpen von Lumpen* (una colección de protuberancias). Pero tales comentarios estaban reservados a los amigos íntimos. En público, su apariencia era neutra; no la utilizaba para lograr ningún efecto, pero tampoco se dejaba inhibir por ella en ningún momento. El prolongado encarcelamiento y los periodos de mala salud durante la guerra le encanecieron el cabello y le arrugaron el rostro, pero eso sólo lo sabemos por el testimonio de los amigos que la vieron en la cárcel o después de noviembre de 1918. En momentos de crisis, su cuerpo se convertía en un vehículo anónimo para lograr sus propósitos.

El único aspecto del que siempre estuvo explícitamente consciente fue el hecho de que era menuda. Admitía una preferencia por las sirvientas y las amas de llaves altas y corpulentas: "No quiero que nadie piense que ha entrado en una casa de muñecas." Sus empleados domésticos estaban sometidos a las mismas exigencias de meticulosidad tanto en su apariencia personal como en su trabajo; los objetos rotos despertaban el odio y la furia de Rosa Luxemburgo. Éstas eran relaciones feudales. Aunque ella se quejaba medio en broma con sus amigos de sus complicaciones con las poco interesantes vidas privadas de sus empleadas, acometía esta tarea con la misma virilidad con que cumplía cualquier encargo del partido. Hubo una sucesión de tales empleadas domésticas. A la que más apegada se sentía Rosa Luxemburgo era Gertrud Zlottko, que intermitentemente abandonaba su empleo para tomar otros pero por una u otra razón siempre regresaba. Cuando el hogar de Rosa Luxemburgo tuvo que ser liquidado en todos sentidos después de su segundo arresto en 1916, una parte de su personalidad sucumbió con él.

Su departamento era una fiel reproducción de su persona: libros cuidadosamente alineados en anaqueles, manuscritos dispuestos ordenadamente en un escritorio, adornos, pinturas y colecciones botánicas esmeradamente rotuladas y alcanzables al instante. A partir de 1903 tuvo su papel de escribir membretado al relieve... para ocasiones especiales. Rosa Luxemburgo podía pedir un libro desde una provincia o desde la cárcel, y la secretaria, el ama de llaves o un amigo podía localizarlo al instante. Su departamento favorito fue el del número 58 de la Cranachstrase en Berlín: la sala roja y la sala verde, el mobiliario viejo

pero bien conservado, las alfombras, la colección de regalos grandes y pequeños que, una vez aprobados por su gusto crítico en primera instancia, eran atesorados para siempre. Ella abandonó este departamento en 1911, ostensiblemente porque la ciudad y su tránsito cada vez más ruidoso se lo habían tragado. Más probable es que los recuerdos a que estaba vinculado —los años de gregario optimismo— se hayan hecho demasiado dolorosos. Rosa Luxemburgo se mudó entonces a las afueras de la ciudad en Südende, donde permaneció hasta 1916 y normalmente hasta el fin de su vida. Su hogar y su intimidad siempre fueron sagrados. Ya en Suiza sus habitaciones cerca de la Universidad de Zürich habían satisfecho una avasallante necesidad de refugio y escape para aquellas horas que tantos de sus contemporáneos dedicaban a discutir en cafés saturados de humo. El momento de cerrar las puertas a todos los posibles visitantes era siempre uno de los más agradables de su día. Aunque muchas personas se alojaban con ella, a veces durante largos periodos, era siempre *su* hogar: sus huéspedes eran bien acogidos, pero la medida en que podían acomodarse a gusto era cuidadosamente circunscrita. Recibía invitados a menudo, pero escrupulosamente. A diferencia de tantos otros emigrados de Polonia y Rusia, en su hospitalidad no había nada de relajamiento y cualquiera que abusaba de ella se veía puesto en la calle sin contemplaciones. La frase inglesa "siéntase como en su casa" le era desconocida. En todo sentido, ella era tan intransigente en cuanto al orden doméstico como cualquier alemán de clase media; la manía alemana de la limpieza, que como síntoma ella despreciaba profundamente, se respetaba sin embargo meticulosamente en casa de Rosa Luxemburgo. En lugar de convertirla en un tema importante de conversación, empleaba a otros para que hicieran el trabajo en forma discreta. ¡No por nada aquellos de sus estudiantes en la escuela del partido que tenían el privilegio de ser invitados a su casa un domingo, se sentaban cohibidos en la orilla del sofá y apretaban contra su pecho el pastel que se les había ofrecido por temor a dejar caer las migajas!

Tal estilo de vida requería dinero, y los problemas de Rosa Luxemburgo al respecto eran precisamente los de cualquier mujer profesional de clase media cuyo apetito de lujos menores excede constantemente la posibilidad económica de satisfacerlos. La cuenta bancaria particular de Rosa Luxemburgo —que debemos distinguir estrictamente de los fondos del partido— se mantenía en delicado equilibrio entre el crédito y el débito; las más de las veces, los ingresos en perspectiva estaban asignados de antemano a tal o cual compromiso, si es que no habían sido gastados ya en realidad. Además de las sumas extraordinarias que se necesitaban para ayudar a los amigos íntimos en dificultades, una crisis anual

se producía en torno a sus vacaciones de verano: Rosa Luxemburgo siempre planeaba con un año de anticipación y empezaba a considerar las posibilidades al día siguiente de su regreso de la excursión del año en curso. Estas vacaciones tenían lugar generalmente en el sur: en Suiza en los primeros años, para ver a los amigos, en particular a Leo Jogiches; después en Italia siempre que disponía de los recursos necesarios. El espejismo de un viaje más largo —Córcega, África, el Oriente— no faltaba nunca. Pero jamás se materializó, excepto en el caso de Córcega.

Entre sus amigos más íntimos, Rosa Luxemburgo tenía fama de manirrota. Hans Diefenbach le dejó una suma de dinero en su testamento, estrictamente en depósito: "Su manera de administrar su economía personal es menos correcta que sus conocimientos de economía política." La escasez de fondos en efectivo de Rosa Luxemburgo era una especie de broma entre sus amigos alemanes, pero una broma inofensiva, puesto que ella era puntillosamente cumplida en el pago de sus deudas y se negaba a tomar dinero prestado si preveía el más leve peligro de dañar una amistad. Cuando salía de vacaciones, sus fondos estaban a la disposición de quienes la acompañaban. La penuria alegada por Konstantin Zetkin fue refutada una y otra vez por las seguridades de que ella tendría suficiente para ambos. Hubo periodos en que su actividad periodística fue inspirada en buena medida por la necesidad de ganar dinero; el tono de urgencia de sus escritos, que siempre sugería que estaba llena de cosas que decir, era negado por admisiones privadas de que ella no tenía la más remota idea de lo que iba a decir hasta que se sentaba a escribir. Aprensiva, entonces como siempre, de dejar que el dinero dominara sus relaciones, generosa hasta el exceso con los amigos, incapaz por naturaleza de ahorrar y totalmente renuente a intentarlo, era una de esas personas convencidas de que, si no Dios, cuando menos sus propias capacidades siempre le proporcionarían lo necesario. La única prueba de tacañería puede encontrarse en sus relaciones con los tenderos y los impresores, éstos eran para ella una clase especial de estafadores cuyas cuentas había que verificar cuidadosamente y con los cuales la negociación y el prolongado regateo oriental —a los que nunca recurría en otras esferas— eran un procedimiento necesario y sensato. Antes que dejarse engañar, estaba dispuesta a empeñarse en una interminable guerra de guerrillas; y enseñaba a sus empleados —a veces con efusión de lágrimas— a hacer lo mismo. Sólo cedía ante el disuasivo último de la acción legal. "En última instancia", le escribió a su ama de llaves, "no me conviene llegar a los tribunales por la cuenta de un panadero... aun cuando tenga la seguridad de ganar".[5]

[5] Rosa Luxemburgo a Gertrud Zlottko, IISH, Amsterdam, 1913.

Todo el problema del dinero, la necesidad de relacionar en alguna forma los ingresos con los gastos, fue algo que, como aspecto objetivo de la condición humana, le llegó relativamente tarde en la vida a Rosa Luxemburgo. Mientras vivió con Leo Jogiches en Suiza, las remesas que éste recibía de los suyos —una familia acaudalada— fueron suficientes para ambos. Pero el dinero desempeñó desde el principio un papel curiosamente simbólico en sus relaciones. Rosa Luxemburgo, que en última instancia no estaba dispuesta a deponer sus juicios sobre sus propias opiniones y acciones ni siquiera con Leo Jogiches, utilizaba casi ávidamente el dinero como un símbolo de deferencia total. Siempre que se hallaba lejos de él le rendía cuentas detalladas por cada centavo y le suplicaba indulgencia por su extravagancia a menudo imaginaria, mientras él a su vez desempeñaba su papel en la amanerada comedia regañándola severamente. En lo tocante a este punto, la palabra de él era ley; tomar prestado o no tomar prestado, aceptar dinero del ejecutivo del partido alemán o pedir ayuda a casa... Leo Jogiches desarrolló una tacañería absurda como parte del papel de contralor. Y Rosa, que habría de rechazar indirecta pero firmemente sus críticas a la política seguida por ella en Alemania después de 1898, cuando se fue a vivir a Berlín, que lo reprendió duramente por su torpe correción de pruebas de la tesis doctoral de ella y por muchas otras cosas, inclinaba sin embargo la cabeza ante sus reprimendas económicas. Esto siguió siendo así mientras duró la relación personal.

Rosa Luxemburgo nunca fue una persona de trato fácil. Su temperamento apasionado, del que estaba consciente y muy orgullosa, generaba una capacidad para el apego rápido pero también una imprevisible susceptibilidad que obraba como un obstáculo contra los intrusos confiados. Sus rígidas normas de conducta eran, en parte, la superestructura moral de su filosofía de la vida. Pero, aunque rígidas, no eran constantes; ella las ajustaba deliberadamente a lo que pensaba que era la capacidad de la otra persona. A un hombre como Parvus, que también tenía un temperamento fuerte, le hacía más concesiones que a la mayoría de los miembros corrientes del partido alemán. El afecto y el deseo de agradar no le merecián estimación por sí mismos. Cualquiera que fuera servil o dado a compadecerse de sí mismo, cualquier cosa que fuera rutinaria y sobre todo *mecánica*, estaba en desventaja ante ella desde el principio; y lo mismo sucedía con el engreimiento y la exhibición de virtudes públicas: cualidades alemanas todas ellas, pero también inglesas. El infierno privado de Rosa Luxemburgo era anglo-alemán. Otras naciones nórdicas también sufrían su desdén, más a causa de la generalización étnica que por repugnancia personal, dado a que ella tenía pocas amistades holandesas o suecas. Henriette Roland-Holst, su

amiga íntima durante un tiempo, quedaba específicamente eximida: la "madona rubia" de Rosa era la excepción que confirmaba la regla. Los rusos eran los mejor librados. Siempre hubo en ella una simpatía innata por los rusos... en un contexto alemán. Dentro de su propio contexto, eran juzgados inmediatamente con mayor severidad. Sus amigos en los movimientos ruso y polaco siempre parecían mucho más atractivos entre los alemanes que cuando eran comparados con sus propios compatriotas. Un aspecto del internacionalismo de Rosa fue siempre su preferencia por los extranjeros.

Para hacer las cosas más difíciles, sus normas se hacían más estrictas mientras más llegaban a intimar con ella otras personas; sus exigencias de respeto a su vida privada se volvían más rígidas. Quienes eran admitidos al círculo íntimo de sus amigos, se hallaban siempre en peligro de trasponer áreas que estaban totalmente vedadas. Una parte de la razón de las dificultades crónicas con Franz Mehring era la actitud inconsecuente que éste solía adoptar, el rápido cambio de la amistad íntima y sin reservas a la ruptura total y el subsiguiente retorno a la amistad, con el riesgo adicional de que todos los frutos de la intimidad se utilizaban como municiones durante el siguiente periodo tormentoso. Posteriormente a su experiencia inicial con Mehring, después de su salida de la dirección del *Leipziger Volkszeitung*, Rosa tomó la determinación de no volver a dejar empeñadas con él partes valiosas de sí misma, y no fue sino al estallar la guerra cuando su relación volvió a caracterizarse por un afecto genuino. Los amigos íntimos también debían poseer cierta medida de vigor intelectual: ella era incapaz de intimar con una persona estúpida. A pesar de su estrecha vinculación con Clara Zetkin, la disparidad de sus capacidades intelectuales obstruía la amistad. Sólo la aceptación por parte de Clara Zetkin de la primacía de Rosa y de prácticamente todas las opiniones de ésta sobre cuestiones importantes, hacía posible que Rosa tolerara las obstinaciones personales de Clara y su sentimentalismo político.

Había unas cuantas personas que Rosa Luxemburgo detestaba por encima de toda razón. Esto tenía una relación sólo marginal con la política. Kurt Eisner, una persona inteligente, sensitiva y bondadosa, era anatema para ella. Las pocas cartas que le escribió estaban acuñadas en un tono de notable mezquindad. "Oh, ansioso colega ético", comenzaba una epístola de 1905, "ahóguese usted en los absolutos morales de su amada *Crítica de la razón pura*".[6] De manera similar, siempre aludió a Trotsky, cuyas características intelectuales y personales eran muy similares a las suyas, como a un enemigo en el que no podía encontrar nada

[6] De una colección privada de cartas en Israel.

de encomiable. En los casos en que la repugnancia personal coincidía con la alianza política, la repugnancia predominaba: uno de los ejemplos más curiosos de las actitudes personales de Rosa Luxemburgo en el partido alemán fue el feroz desagrado que le inspiraba Karl Rádek y su negativa a aceptar o siquiera reconocer la contribución que éste hacía a su causa, y eso en un momento en que ella necesitaba aliados con toda urgencia, sobre todo aliados que compartieran sus opiniones sobre el imperialismo.

Un tipo humano que siempre desagradó a Rosa Luxemburgo fue el del "gran hombre". Resintió la autoridad de Plejánov aun antes de que atacara sus concepciones; como le escribió a Jogiches, se sentía tentada a buscar las oportunidades para sacarle la lengua. Buena parte de su resentimiento contra Kautsky fue engendrada por la indiscutida supremacía de éste en todas las cuestiones de teoría, una posición que ella no aceptó automáticamente, ni siquiera en 1898. La autoridad, para ella, era una cuestión de ejecutoria presente, no de capitalizadas glorias del pasado. Así negó a Plejánov, a Kautsky y a Wilhelm Liebknecht, pero nunca rechazó a Bebel; aun después de que se enemistaron públicamente en 1911, Rosa Luxemburgo nunca intentó empequeñecer el papel desempeñado por él en el SPD. En general era poco caritativa en sus juicios personales. Sus cartas a las pocas personas con las que intimó realmente —Leo Jogiches, y después Konstantin Zetkin— revelan que aun aquellos que se consideraban sus amigos íntimos o sus aliados no eran inmunes a los epigramas sarcásticos que ponían de relieve sus defectos y concedían poco crédito a sus virtudes. Las cartas a Leo Jogiches desde Alemania poco después de la llegada de Rosa allí en 1898 presentan a la dirección del SPD como una tanda de caricaturas de vodevil. Ella, por supuesto, se sentía como una extraña y en gran medida eligió seguir siendo tal: diferenciaba orgullosamente su propia actitud ante la vida de la de los alemanes. Con todo, despreciaba a aquellos cuya oposición era tan sólo el producto del resentimiento, y tenía un ojo infalible para la debilidad *personal*, del mismo modo que Lenin podía descubrir habitualmente la debilidad *política* por muy oculta o disfrazada que estuviese.

Pero estos juicios no son sólo prueba de su particular personalidad: revelan una confianza poco común en sí misma que no era sólo psicológica, sino social, un producto del seguro grupo político en el que se ancló firmemente desde 1893 hasta después de la primera Revolución Rusa. Todos cuantos han escrito sobre Rosa Luxemburgo han visto solamente el aspecto personal y han pasado por alto el social. Sin éste, ninguna descripción de estos trece años puede ser completa; e incluso después, cuando el compacto grupo original empezó a desintegrarse, su

influencia siguió sintiéndose. Los socialdemócratas polacos (SDKPiL), aquel pequeño grupo de activistas intelectuales que se separó del Partido Socialista Polaco (PPS) principal en 1893, un año después de su fundación, fueron mucho más que una mera secta doctrinaria. Esa Socialdemocracia de Polonia y Lituania fue un grupo de pares intelectuales mucho antes de que se convirtiera en un partido político. Confirió a sus miembros todos los atributos de un grupo primario, una asociación de la que carecían todos los demás emigrados: una familia, una ideología, una disciplina, en suma, una segura y constante fuente de fuerza. Esta función es casi desconocida y tendremos que examinarla con cierto detenimiento cuando lleguemos a analizar la creación y las actividades del SDKPiL, en algunos aspectos un grupo tan conspirativo y compacto como los bolcheviques de Lenin, pero abierto y vuelto hacia fuera en otros. La disciplina era en gran medida voluntaria y estaba limitada a la acción pública; por lo demás, dejaba amplias áreas de libertad y elección a los participantes, y aun cierto margen para profundos desacuerdos intelectuales. De ahí que la comparación con los bolcheviques sea instructiva y al mismo tiempo carezca de significado. Trotsky, con todos sus amigos, admiradores y discípulos, nunca disfrutó las ventajas de tener un grupo de iguales; ésa fue la razón de sus dificultades para hacerse de una masa de seguidores antes de la revolución y de la fragilidad del apoyo político con que contó después de 1923.[7]

Los miembros dirigentes de SDKPiL eran personas de singular distinción y capacidad intelectual, o, si no contribuían por sí mismos a la gloria intelectual por lo menos la compartían. Hombres como Dzerzhinsky, Marchlewski, Hanecki y Unszlicht alcanzaron todos ellos posiciones de importancia en la Rusia bolchevique. Uno de ellos Dzerzhinsky, ocupa un lugar central en el panteón revolucionario. Marchlewski y Hanecki eran demasiado individualistas para poder encajar en el hermético aparato del partido del periodo posrevolucionario; encontraron papeles que desempeñar dentro del distinguido y pequeño círculo de los *hommes de confiance* de Lenin a los que podían confiárseles misiones especiales fuera de la rutina del partido. Adolf Warzawski estuvo íntimamente vinculado con el Partido Comunista Polaco, entre cuyos dirigentes siguió figurando hasta que fue liquidado en 1937 junto con casi toda la dirección polaca; el espíritu y la tradición de independencia entre los polacos resultaron demasiado grandes para la tranquilidad de Stalin. Jogiches y Rosa

[7] Un grupo de pares es un término sociológico que denota una relación latente entre un grupo de personas de edades y miras más o menos similares, cuyos puntos de vista son de importancia particular respecto a los propios. Por consiguiente, se le utiliza para expresar el concepto de un grupo de referencia así como para aludir a un grupo que es fuente de fuerza ideológica y moral.

Luxemburgo desempeñaron papeles brillantes fuera del movimiento polaco, particularmente en la creación del Partido Comunista Alemán: el uno como organizador infatigable, la otra como infatigable polemista y publicista. En toda la Segunda Internacional no existía un pequeño grupo tan brillantemente dirigido; en ninguna parte, por lo que a esto toca, había una dirección política compartida por individuos tan brillantes.

Las relaciones de Rosa Luxemburgo con el resto del grupo constituyen en sí mismas un tema de estudio fascinante. Con la significativa excepción de Jogiches, ella no estaba especialmente ligada a ninguno de ellos. A todos los criticó severamente en ocasiones, tanto a sus concepciones como a sus personas. Ello no obstante, su identificación con este grupo fue mucho más profunda que la que pudo inspirarle en cualquier momento el partido alemán. Sus críticas y comentarios son parte de la independencia intelectual que el SDKPiL permitía y, en realidad, casi imponía a sus miembros. En la medida en que el antiguo vocablo "compañero" tiene algún significado político en un contexto moderno, es aplicable a esta relación: más que un aliado pero menos que un amigo, una vinculación más firme que la simpatía personal, pero al mismo tiempo con más colorido que cualquier relación política puramente funcional.

Naturalmente, el papel de Rosa Luxemburgo en el SDKPiL no puede entenderse sino en términos de su relación especial con Leo Jogiches. Ante el mundo, ellos *fueron* durante muchos años el SDKPiL. Es poco usual que una relación personal íntima vaya aparejada a una realidad política sin que una domine a la otra. Sin embargo, en este caso no se hizo ninguna concesión política por razones personales, ni ninguna concesión personal en bien de la armonía política: nunca existió la posibilidad de que una condujera a la otra. En las cartas de Rosa las diversas hebras de su vida estaban tan completamente entrelazadas que la misma distinción entre lo personal y lo político perdía todo significado. Sólo con Leo Jogiches llegó a alcanzar tal fusión. Esta mujer, cuya personalidad estaba formada por anillos concéntricos y cada vez más impenetrables, el último y más íntimo de los cuales era la soledad y la intimidad absoluta, siempre necesitó una y sólo una persona que tuviera completo acceso a ella, alguien a quien no fuera necesario ocultarle nada. Precisamente porque un mayor acceso se hacía proporcionalmente más difícil para los amigos una vez que éstos pasaban de la antecámara del trato personal a la sala de la amistad, precisamente porque a Rosa Luxemburgo le resultaba tan difícil abrir las puertas últimas de la franqueza y la intimidad, ella se esforzaba por desnudarse casi ritualmente frente a la persona que amaba. Éste era el significado del amor. Lejos

del acostumbrado resplandor difuso, de la intermitente agonía del éxtasis y la desesperación, el amor era algo clínico y preciso para Rosa Luxemburgo: la franqueza completa. Una y otra vez exigió una honradez despiadada en reciprocidad: era la única cualidad en la que su amor no podía tolerar la menor disminución. A un hombre como Leo Jogiches —de personalidad rígidamente dividida en compartimentos, introvertido y reservado por naturaleza, renuente a comprometerse y remiso a la comunicación— la insistente demanda de franqueza por parte de Rosa Luxemburgo le planteaba un desafío constante, él sentía celos, tanto de la persona como de los éxitos de Rosa. La franqueza exigida lo obligaba a manifestar sus celos en forma abierta, con el resultado de que Rosa tenía que hacer a menudo elecciones difíciles y mofarse de los deseos que lo había obligado a expresar. Chocaron a menudo y con dureza, especialmente durante los primeros meses de Rosa en Alemania, cuando sus juicios entraron en conflicto con el control remoto que ejercía Jogiches. Pero los comentarios y las instrucciones no eran, en todo caso, la plena medida de franqueza que ella exigía. Él era lo suficientemente abierto respecto a ella; era por lo que tocaba a él mismo que ella tenía que insistir en la comunicación. "¿Por qué no has escrito?", era su queja constante. Hacia 1905 sospechó que algunas de las puertas de acceso a él, que ella había logrado mantener abiertas dolorosamente durante muchos años, se le estaban cerrando una vez más; viajó apresuradamente a Cracovia en septiembre de ese año sólo para "mirarlo de lleno en los ojos", y el temor de perderlo puede haber sido una de las razones de su viaje a Varsovia en diciembre de 1905, en medio de la revolución.

Su devoción a Jogiches terminó brutalmente catorce meses después, cuando se enteró de que algunas de las puertas se le habían cerrado a ella para abrírsele a otra persona. Rosa Luxemburgo sólo veía en blanco y negro en los asuntos personales; la tensión de mantener un contacto político constante con alguien a quien ahora estaba decidida a dejar fuera de su vida personal, resultó ser enorme. Ello no obstante, la relación sobrevivió, fosilizada durante algún tiempo en las férreas tenazas de la pura necesidad política. En medio del desierto espiritual de la primera guerra mundial, cuando muchas de sus antiguas amistades quedaron brutalmente rotas, la resurrección de la antigua camaradería con Leo Jogiches debe haber ayudado a ambos a sobrevivir. Pero la resurrección fue furtiva e inexpresada, y casi no dejó rastros para los historiadores. En forma conmovedora, Jogiches se encargó, dedicando a ello una parte valiosa de su tiempo, de que ella recibiera la alimentación adecuada a su estómago cada vez más delicado y nervioso. Durante los últimos meses de sus vidas, él estuvo constantemente a su lado, aconse-

jando, orientando, alentando. Aquel hombre, que había aspirado a la jefatura personal de los partidos polaco y ruso, al que sus adversarios juzgaban ambicioso hasta la locura, se contentó finalmente con aceptar un papel de subordinación a la brillante mujer que para todos los fines prácticos había sido su esposa. Después de que ella murió, él concentró los esfuerzos de sus propios últimos meses en la identificación y el castigo de los asesinos, y en asegurar la supervivencia de sus ideas.

Cuando Rosa se enteró de la traición de Jogiches en 1907, fue ella misma quien insistió en su libertad. Durante mucho tiempo Jogiches no le permitió abandonarlo, y bajo la superficie de las intensas actividades políticas de 1906 a 1909 se representó una grotesca comedia. La fachada cuidadosamente conservada de la colaboración política ocultó a quienes conocían su relación —y éstos eran ya una minoría privilegiada— el vacío que ahora existía entre ellos. El papel de confidente excepcional de Rosa fue transferido a otro hombre, un muchacho sensitivo, talentoso y desdichado cuya madre era una de las mejores amigas de Rosa Luxemburgo. Este conmovedor interludio, que la propia Rosa describió como sacado de las páginas de *El rojo y el negro* de Stendhal, se desconoce totalmente. El rebote, la soledad y el desencanto desempeñaron sin duda su papel. Pero hubo más. El temperamento de Rosa Luxemburgo era capaz, según sus propias palabras, de incendiar una llanura, su pasión por la vida más que suficiente para dos; uno se pregunta cómo los débiles hombros del joven pudieron soportar los torrentes de descarga intelectual y emocional que Rosa Luxemburgo desencadenaba sobre aquellos a quienes amaba. Al final fue demasiado: en dos ocasiones ella intuyó una inquietud que la hizo recoger inmediatamente las antenas extendidas de su personalidad tan rápidamente como las había extendido en un principio. Dos veces lo liberó y, sin embargo, en cada ocasión, sintió que la necesidad que él tenía de ella era mayor que su rebelión. No fue sino hasta la guerra cuando ella reconoció finalmente la fragilidad del recipiente en que había vertido una parte tan grande de sí misma. Pero la necesidad que él había llenado en ella siguió siendo tan constante y real como siempre. De manera que ascendió a su fiel Hans Diefenbach al lugar privilegiado. Sus cartas a éste señalan una trágica pero profundamente conmovedora inflación de una pequeña personalidad para convertirla en la imagen necesitada de una gran personalidad, traspasada sin embargo por destellos de una triste ironía contra este mismo proceso de autoengaño. Una vez más uno se pregunta cuán incómodo debe haber hecho sentirse al pálido, preciso, meticuloso y reservado Hans Diefenbach, que adoraba a Rosa Luxemburgo y a su exótico temperamento con temor y estremecimiento. Él murió en la guerra, y entonces ya no quedó nadie. El errante e irreprimible ardor tuvo que ser repar-

tido entre sus amigas fieles y meritorias, como Luise Kautsky y Marta Rosenbaum. Ningún amante, ningún confidente íntimo esperó a que Rosa Luxemburgo saliera de la cárcel. Y cuando al fin salió no hubo más tiempo para la exquisita ocupación de amar y vivir.

"Civilizada": he ahí el epítome de la actitud de Rosa Luxemburgo ante la vida. Ella era, sobre todo, un producto característico de su época y su momento, el vástago de una burguesía culta, internacional y optimista que se instalaba apreciativamente en el pináculo de muchos siglos de consumación artística. Rosa Luxemburgo ni siquiera negaba la existencia de una cultura proletaria válida: la noción misma de tal cosa le resultaba del todo incomprensible. Era completamente indiferente ante los tímidos esfuerzos que se realizaban en el SPD para producir canciones y poemas obreros, para crear un arte deliberadamente "popular". Al mismo tiempo, sin embargo, se le escapaban las nuevas formas revolucionarias de expresión que se iban abriendo paso en la pintura y en la música. Visitó algunas de las exposiciones —cuando Hans Diefenbach lograba arrastrarla consigo—, pero no las disfrutó. La otra revolución rusa de la primera década del siglo xx, la de los pintores Kandinsky y Jawlensky, y los movimientos del *Blaue Reiter* y el *Brücke,* fueron tan remotos para ella como las realidades de la conmoción de 1905 en Rusia para la burguesía alemana.

Sus gustos eran conservadores y clásicos. Le gustaba la misma música que a cualquier ciudadano culto *fin de siècle* de Berlín... o, mejor aún, de Viena. No poseía el desdén innovador del aristócrata por lo convencional ni las certidumbres pagadas de sí y un tanto chatas del realismo de clase obrera; sus únicas exigencias eran la claridad y la honradez de propósitos y una armonía de recursos. Imperceptiblemente, sus juicios avanzaron de una serie básica de "dudas" a una aprobación selectiva de aquel arte que pasaba sus severas pruebas, una *agrégation* de mérito. En ello había poco de instintivo. Cualquier apelación "ingeniosa" al intelecto, cualquier invasión romántica de las emociones, cualquier propósito demasiado obvio en el arte —aunque fuera social— significaba la descalificación automática. El arte era *sui generis.* Tenía, sobre todo, que reflejar las realidades de su tiempo, a lo sumo prefigurar el futuro inmediato, pero nunca extrapolarlo a la distancia; lo que hacía intemporal al arte no era la visión sino la calidad. Como instrumento de cambio social, ella prefería la actividad política. Sin embargo, al hablar del "arte" en general, estamos cometiendo ya una injusticia capital contra Rosa Luxemburgo. Ella apenas empleó la palabra, y nunca generalizó sobre la misma. Era una esfera tan privada e individual como pública era la política, y en cuanto tal no era susceptible de análisis sistemático.

Rosa resistió tenazmente los numerosos intentos de sus amigos para convencerla de que cultivara la crítica literaria, y sólo escribió un prólogo a su traducción de Korolenko, con gran renuencia de su parte y merced a la insistencia de su editor. Todas las generalizaciones hechas aquí no son, por consiguiente, más que mi interpretación, tal vez impermisible, de los comentarios individuales de Rosa Luxemburgo.

Los grandes nombres clásicos eran sus predilectos: en la música Mozart y Beethoven; el Ticiano y Rembrandt como pintores. Su compositor contemporáneo favorito era Hugo Wolf y en su círculo de amigos íntimos figuraba Faisst, un conocido y entusiasta ejecutante de las canciones de Wolf. ¿Causa y efecto? El entusiasmo por Hugo Wolf es intrigante. Aparte de cualquier mérito intrínseco que haya en su música, fue tal vez el primer compositor de canciones que realmente logró equilibrar el texto y la música en un todo homogéneo en lugar de una renca dicotomía. Por otra parte, le puso música a muchos de los poemas de Goethe y Mörike, favoritos de Rosa.

Las preferencias literarias de Rosa Luxemburgo eran mucho más amplias, pues la escritura era su elemento natural. En primer lugar los maestros alemanes —Goethe, Mörike, Lessing—, y a continuación los clásicos franceses. No le gustaba Schiller, en parte porque le habían inculcado su *Geist* en el hogar paterno pero también porque los literatos del SPD estaban tejiendo por entonces una leyenda idólatra en torno a su figura. Rosa Luxemburgo y Franz Mehring lucharon contra el intento de capitalizar a Schiller como un poeta revolucionario potencial.[8] Sin embargo, lo que ella le negaba a Schiller lo aceptaba en un poeta romántico mucho menos importante. Rosa Luxemburgo compartía, con la mayor parte de la izquierda alemana —tanto socialista como liberal— la pasión por citar a Konrad Ferdinand Meyer, especialmente en su poema "Ulrich von Hutten", que contenía una encarnación más bien superficial de la mentalidad revolucionaria en su aspecto más romántico.

Pero esto se utilizaba con fines más políticos que literarios, y hasta Wagner era recluido ocasionalmente con igual propósito. La elevación de Hutten, el Don Quijote del siglo xvi alemán, a antepasado literario de la izquierda, probablemente tenía poco que ver con la apreciación privada de Rosa Luxemburgo. Ella siempre tuvo su equivalente polaco, Adam Mickiewicz, otro caso de elevación semipolítica, pero cuando menos "Pan Tadeusz" podía citarse con más fluidez que "Ulrich von Hutten".

Indudablemente el aspecto más importante del interés de Rosa en la

[8] Para los artículos de Rosa, véase *NZ*, 1904-5, vol. II, pp. 163-65, y su elaboración en un contexto más político en *SAZ*, 9 de mayo, 16 de mayo, 22 de mayo de 1905.

literatura era su profunda comprensión de los escritores rusos del siglo XIX. Ella no era el tipo de persona capaz de experimentar el súbito y envolvente arrebato de simpatía que sintió Lenin cuando leyó por primera vez el *¿Qué hacer?* de Chernichevsky. Ninguna figura literaria iluminó por sí sola su sendero moral. En lugar de ello, toda una tradición, una disciplina, habían capturado su administración: no lo que decían estos escritores, sino cómo lo decían. Año tras año predicó la importancia de los novelistas rusos a oídos alemanes intermitentemente atentos, pero con mayor frecuencia sordos: un fariseísmo que despertaba en ella una furia grotesca.

En la cárcel, durante la guerra, emprendió una traducción en escala completa de la *Historia de mis contemporáneos*, de Korolenko, y escribió un prólogo en el que por única vez quedaron sistemáticamente enunciadas sus concepciones sobre la literatura en general y sobre los escritores rusos en particular. Casi inconscientemente, estableció una clasificación general de méritos que es sumamente reveladora. Entre otras cosas se subraya la aguda dicotomía ruso-alemana que desempeñó un papel tan significativo en la vida de Rosa Luxemburgo. Para ella, éste era el eje central de la civilización contemporánea: los logros de la cultura burguesa occidental conjugados con el naciente futuro socialista en el Oriente. Precisamente porque Rosa Luxemburgo no le hacía concesiones artísticas a la política, sería un error suponer que el arte y la política no estaban relacionados en el nivel más alto de la conciencia personal. En esto no había conflictos: el conflicto sólo lo creaban los intentos torpes de manipular el arte para fines políticos en lugar de dejarlo desempeñar su propio papel autónomo y, posiblemente, incluso superior. Mientras más grande sea el arte, más importante será su efecto político último: elevar la civilización.

En este contexto debe contemplarse la fascinante interacción de las influencias alemana y rusa. Cuando Rosa fue por primera vez a Alemania en 1898, la calidad política del socialismo alemán dominó su pensamiento. El desagrado que suscitaron desde un principio en ella el país y sus gentes se debió a defectos personales, psicológicos: la contribución alemana a la civilización política era todavía predominante, y la tarea de tender un puente entre el Oeste y el Este consistía en recalcar la unidad y la autodisciplina alemana ante los rusos desorganizados y rudimentarios. Con el transcurso del tiempo todo esto cambió. El conocimiento más íntimo de los escritores rusos —en su hogar, deliberadamente saturado de *Kultur* occidental, éstos habían sufrido una relativa desatención— abrió ahora horizontes de civilización desde el oriente que hacía ver la contribución alemana como algo cada vez más formal e irreal. La participación en la Revolución Rusa de 1905 aceleró el proceso. No es que ella

apreciara menos a los maestros como Goethe; lo que la obsesionaba era más bien su falta de pertinenecia en cuanto al presente alemán cuando se le comparaba con la inmediatez de escritores como Dostoievski y Tolstoi. Cada vez más las particulares virtudes alemanas se convertían en otros tantos escombros bajo el torrente de la confrontación social. La verdadera esperanza de salvación, tanto cultural como política, parecía hallarse ahora en el Oriente. En esto había un elemento de eslavofilia consciente, que sin embargo no ascendía a la superficie. El criterio oficial por excelencia era la relación del arte con la sociedad, la ineludible preocupación por los problemas sociales en Rusia que parecía contrastar tan marcadamente con el peso muerto de la *Kultur* formal en Alemania.

En última instancia Rosa Luxemburgo compartía la generalizada incomprensión en cuanto a la verdadera naturaleza de las virtudes alemanas. Esa incomprensión existe todavía hoy; explicables como son, estas concepciones erróneas han contribuido en gran medida a causar las tragedias de los últimos cincuenta años. Y, en cierto sentido, cabe imputar la mayor culpa a los socialistas, pues fueron ellos quienes elevaron el gran clamor contra la disciplina matriarcal, contra la autoritaria tradición de obediencia en el imperio prusiano alemán... y al atacarlas sólo las reprodujeron entre ellos mismos. Pero lo que pusieron en la picota (y copiaron) como "virtudes" públicas eran en realidad compensaciones deficientes para la falta de tales virtudes. Las virtudes alemanas eran y son esencialmente privadas y solitarias, una tradición de *Einsamkeit,* de privación, de intentos de compensar la soledad. El verdadero hogar de la virtud pública es Inglaterra, con sus juegos en equipo, sus lealtades de grupo, su tradición de rostros diferentes en público y en privado. La *Kadavergehorsam* o la *Friedhofsdisziplin,* y todas las demás emanaciones de la tradición alemana que Rosa Luxemburgo recalcó con tanto énfasis sarcástico, eran en realidad vicios derivados de una falta de virtudes públicas, más bien que consecuencias de virtudes públicas en sí. Ella se habría asombrado de pensar en los alemanes ovejunamente obedientes, como seres solitarios y perdidos.

Durante toda su vida en Alemania, Rosa Luxemburgo fue una oriental consciente de sí. Era una situación difícil y ella nunca trató de mitigarla. Alemania no era en ningún sentido un refugio por el cual hubiera que sentirse agradecido. Más bien todo partido socialista progresista y avanzado tenía el deber de acoger a los participantes extranjeros, en tanto que el deber de éstos, lejos de abstenerse, consistía en identificarse lo más completamente posible con el nuevo medio ambiente doméstico. El objeto de la lealtad de Rosa Luxemburgo no era Alemania, sino el SPD. Las frecuentes referencias a una patria no eran tan sólo una caricatura sarcás-

tica de una frase sentimental y chovinista, sino un reconocimiento positivo de la única verdadera patria que ella conocía o deseaba: el proletariado en general y la socialdemocracia alemana en particular. No era ella sola la que así sentía. Se trataba de una lealtad compartida por muchos de los emigrantes intelectuales, judíos en su mayor parte, que rechazaban deliberadamente el intento de hallar refugio en cualquier nacionalismo particular del presente o del futuro. La lucha contra la autodeterminación nacional polaca, librada por un vehemente y muy articulado grupo en la Segunda Internacional cuyo portavoz más prominente era Rosa Luxemburgo, no puede entenderse meramente en términos de una negación, sino en virtud de la superposición del sentimiento nacionalista a la ideología política y clasista. La única patria alcanzable era la clase obrera, o, más concretamente, la revolución proletaria. Este concepto no era una simple abstracción política, ni siquiera un inspirado recurso táctico; poseía toda la fuerza oculta de la adhesión patriótica. ¿Por qué, después de todo, debía limitarse la noción del patriotismo a arbitrarias fronteras políticas o étnicas y basarse en el artefacto de un Estado nacional?

Esta actitud profundamente compartida era uno de los principales vínculos que ligaban a nuestro grupo de pares y proporcionaba un factor de cohesión a personas que por otra parte eran individualistas y a menudo muy egocéntricas. Algunos historiadores se han sentido desconcertados por su rechazo de toda forma de autoexpresión nacional, pero no han comprendido la función sustitutiva del socialismo a este respecto. Sin embargo, sin esa función toda historia del SDKPiL tiene poco sentido. De 1907 a 1914 las diferencias políticas entre la izquierda del PPS, que se había desligado del nacionalismo abierto de Pilsudski, y el SDKPiL, parecen cada vez menos pertinentes para el historiador. Aparte de la ventilación de rencillas personales, la polémica es incomprensible, salvo que la diferencia entre *atenuar* el sentimiento nacionalista existente y reconocer una patria totalmente *diferente* es en cierto modo enorme. Toda la carrera de Rosa Luxemburgo en el SPD, el hecho de que tolerara las connotaciones marcadamente antisemitas y antiorientales de las críticas que se le hacían desde dentro y desde fuera del SPD, se debía a su aislamiento: ella era genuinamente impermeable al antisemitismo y a la acusación de desarraigo nacional. ¿Por qué, si no, permanecer en un país que declaradamente nos desagrada e insistir en participar en sus asuntos políticos, a menos que neguemos la base misma de la oposición que crea nuestra presencia?

Personas como Rosa Luxemburgo, Parvus y Marchlewski introdujeron en la política alemana una cualidad hasta entonces desconocida. No era cuestión de una línea política diferente o de concepciones originales, sino lo que el propio Trotski llamó "el método ruso": la idea de que la acción

pertenecía a un orden superior al de cualquier otra faceta de la vida política y era la única cura del reumatismo social. Para quienes pensaban así, la capacidad de alinearse con los métodos alemanes venía a ser una medida de su paciencia. Parvus, el más impaciente y desembarazado de todos, se dio por vencido al cabo de quince años de esfuerzos intermitentes por galvanizar al SPD y se fue a amasar una fortuna en Turquía hasta que la guerra le abrió nuevas posibilidades de acción. Rosa Luxemburgo era más capaz de disciplinarse. A despecho de la intensa frustración, continuó sus esfuerzos por influir en los acontecimientos en Alemania, aun cuando ella misma se retiró durante largos periodos. Además, Rosa estaba más íntimamente ligada con Alemania que cualquiera de los otros: Parvus, Rádek, Marchlewski, Jogiches; y su aportación como revolucionaria en Alemania es, por consiguiente, excepcional.

Los científicos behavioristas anhelan crear tipos, en tanto que los historiadores estudian y buscan consuelo en lo excepcional: ésa es la mayor diferencia entre ellos. Esta divergencia de enfoque cobra importancia aquí tan pronto como confrontamos la historia de Rosa Luxemburgo con el problema general del intelectual en la política, que ha fascinado a la sociología moderna. A estas alturas, tal vez ya sea obvio que hemos venido acercándonos a la posibilidad de alguna generalización de ese tipo. Sin embargo, la apariencia superficial de ventura en la aplicación del concepto general es engañosa. Todos cuantos han analizado al intelectual han visto su participación en la política como algo que pervierte sus funciones naturales. Así, la "ausencia de responsabilidad en los asuntos trágicos" es el rasgo distintivo del intelectual; y de esta suerte el intelectual es definido como un producto divergente de la industrialización capitalista moderna.[9] ¿Cómo encaja en la categoría de los imprácticos alguien como Rosa Luxemburgo, cuyo interés primordial consistía en el análisis y la enmienda de estos procesos capitalistas? La definición de Schumpeter acentúa la preocupación cultural del intelectual, los análisis más recientes, específicamente referidos al intelectual en la política, no ayudan mucho más. El intelectual es una de dos cosas: o el propagador del quiliasma —el milenio en la tierra— o el apologista de los conspiradores curtidos y prácticos —*le trahison des clercs*—, el plumífero admirador del leninismo en busca de sublimación.[10] Tal vez la caracterización más exacta sea la puramente negativa: "el que innova no es escuchado; el que es escuchado no innova", aunque este triste veredicto es el producto de investigaciones

[9] Véase Josef Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York, 1950, p. 147.

[10] Véase la recopilación de escritos en G. B. de Huszar, *The Intellectuals: A controversial portrait*. Ed. Glencoe, Illinois, 1959.

sobre el problema limitado y específico de la burocracia moderna.[11]

Como habremos de ver, la participación tentativa de Rosa Luxemburgo en la burocracia "moderna" del SPD terminó en el fracaso y el desprecio; hasta ahí es válida la analogía. De manera similar, el SDKPiL —el partido "ideal" de Rosa— estaba deliberadamente orientado hacia las formulaciones teóricas correctas y no permitió, antes de 1905, que los problemas prácticos restringieran la actividad intelectual preferida de la élite dirigente.

Pero la renuencia de Rosa Luxemburgo a participar en el trabajo práctico se limitaba a las manifestaciones más obvias de burocratismo; lejos de abstenerse de las cuestiones prácticas, ella no sólo mantuvo sus escritos estrictamente apegados a los hechos políticos inmediatos, sino que también participó en los acontecimientos sumamente prácticos de la revolución cada vez que se presentó la ocasión. En esta medida, la definición abstencional de los intelectuales es mucho menos aplicable a ella que a personas como Plejánov y Kautsky, una diferencia de aspecto psicológico más que una categoría sociológica. Rosa Luxemburgo aceptaba la política en su justo valor. La política era analizada, no embellecida; no hay apología para el lodo y la sangre. Ella reconocía que la política revolucionaria acarreaba confusión y mucho disgusto personal; la violencia era necesaria, un instrumento, pero no algo digno de erigirse en objeto de adoración como lo era para Sorel y aun para los bolcheviques, con su específica "teoría" dialéctica del terror, alias dictadura del proletariado. Más que buscar definir a los intelectuales de acuerdo a un grado nacional de participación o compromiso en acciones políticas y sociales, sería mejor distinguirlos como interesados en la *influencia,* que es algo distinto del poder rutinario legítimo o burocrático. El contraste entre la influencia y el poder que Rosa Luxemburgo elevó a una pertinencia excepcional, no es exactamente el mismo que existe entre los hombres de acción y los teóricos puros. Estos últimos rara vez sucumben en primera línea en la batalla.[12]

La política de *influencia* fracasó en la Segunda Internacional, junto con la propia Internacional entera; el poder seguía siendo la piedra angular de toda política, ya fuera reaccionaria, reformista o revolucionaria. La cuestión era quién debía poseerlo, y la lección más duradera del leninismo fue que debían y podían poseerlo los intelectuales; no, desde luego, los plumíferos o los apologistas, sino aquellos intelectuales políticos como

[11] Véase R. K. Merton, "Papel del intelectual en la burocracia pública" en *Teoría y estructura sociales.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

[12] Para un análisis extenso de los intelectuales en la sociedad moderna siguiendo estos lineamientos, véase J. P. Nettl, "Ideas, Intellectuals and Structures of Dissent", en Philip Rieff (ed.)

Rosa Luxemburgo o él mismo, cuya elección consistía en influir en quienes poseían el poder o desplazarlos. Es aquí donde Mao y los dirigentes de los nuevos países afroasiáticos encuentran su legítimo antecesor en Lenin, y donde la impresionante burocracia de Jruschov tiene menos que ofrecer. La subversión es una cosa, pero la revolución positiva exige la fusión de la ideología y el poder.

Rosa Luxemburgo fue el producto de su tiempo: el mundo optimista, de paz y progreso, de la preguerra. Su personalidad, tanto como sus ideas, hicieron de ella la campeona de la revolución activa. El imperialismo, con todas sus connotaciones de violencia e ineludible enfrentamiento de clases, fue el acicate de su obsesión con la autosatisfacción y la inmovilidad de la socialdemocracia alemana. La guerra era objetivamente inevitable, pero subjetivamente estaba más allá de lo imaginable; y nadie, con la posible excepción de Lenin, se sintió más sorprendido que ella cuando un día estalló y devoró a la socialdemocracia de la preguerra. Para ella, la paz y el progreso no eran las acostumbradas nociones burguesas de desarrollo económico y liberalismo creciente, sino un socialismo lo suficientemente fuerte para resistir el impacto de la guerra internacional y reafirmar la necesidad fundamental del conflicto de clases contra ésta. Todo esto, por supuesto, resultó ilusorio, tanto en 1914 como en 1939; y cuando la ilusión se hizo evidente, la base del mundo de Rosa Luxemburgo se vino abajo. A diferencia de Kautsky, ella era lo suficientemente aguda y revolucionaria para comprender que el derrumbe era definitivo. Dedujo las consecuencias. Pero ella misma había sido demasiado una parte de aquel mundo. Sobrevivió al colapso político de la socialdemocracia, pero las exigencias revolucionarias del futuro, el tipo de personalidad que constituyó la moderna Unión Soviética, que creó doce años del Tercer Reich concebido para durar mil años, incluso los conservadores socialmente conscientes de Inglaterra, Francia y Norteamérica —todos ellos eran monstruos extraños para Rosa Luxemburgo. Aun sus brillantes y abnegados esfuerzos durante la revolución alemana no fueron más que un intento de enfrentarse a los problemas de un nuevo mundo con los mejores instrumentos y preceptos del antiguo. En último término, la importancia de sus ideas para el mundo de hoy debería significar un retorno a los entusiasmos básicamente optimista de la Segunda Internacional.

Probablemente el triunfo singular más notable de Lenin fue su enfrentamiento con el colapso socialista de 1914, que vio como un comienzo constructivo, no como un triste final. Sólo él adoptó esa perspectiva. Ello no lo hace muy amable, pero indudablemente lo hizo grande. Nunca tuvo que mirar hacia atrás, ni con dolor ni con cólera genuina.

II
POLONIA. LOS PRIMEROS AÑOS. 1871-1890

Esta historia va y viene a través de la mitad oriental de Europa, de San Petersburgo a Berlín. Sin embargo, debemos empezar en el este, con el asesinato del zar Alejandro II. Su asesino, Ignacy Hryniewiecki, fue un polaco que trabajaba para una organización terrorista rusa. El corazón del viejo reino de Polonia había sido incorporado al imperio ruso desde fines del siglo XVII. Hubo varios intentos desafortunados para liberarlo, el último de los cuales, la revuelta de 1863-64, provocó una intensa campaña de "rusificación" en la vida intelectual y administrativa de Polonia. En sus tratos con los polacos, el gobierno ruso nunca fue tan eficiente y minucioso como el de Prusia, pero era más brutal y, por consiguiente, mucho más notorio. La autocracia rusa fue el blanco sobresaliente para la indignación de los liberales e izquierdistas europeos, incluyendo a Karl Marx.

Una mezcla de brutalidad e ineficiencia crea una oposición efectiva. Para algunos de sus súbditos y para casi toda Europa, la Rusia zarista fue, a través de todo el siglo XIX, el símbolo de la reacción oscura, rígida, y cada vez menos eficaz. Pero continuó siendo visible como un factor de poder en Europa, disfrutando aun de la aparente lealtad de la mayoría de sus súbditos, especialmente si se la compara con los imperios de China y Turquía, cuya vida interna estaba pudriéndose visiblemente. Al menos en Rusia había habido algunos cambios e intentos de autorrenovación. La segunda mitad del siglo XIX trajo un gran reavivamiento de los estudios rusos en toda Europa central, y esto se unió a una fermentación intelectual en la misma Rusia. Algunos de los más grandes escritores de la época trabajaban en esos momentos en Rusia, produciendo no sólo literatura escapista y oscura, sino también novelas sociales que describían e impugnaban el mundo en que vivían sus autores. En la década de 1860, el gobierno ruso, bajo el impacto de las ideas occidentales y de los embates recibidos en la guerra de Crimea, puso en práctica una política más liberal.

Durante este periodo la Polonia rusa se benefició especialmente de este aflojamiento de las riendas. Por una parte tuvo lugar una fuerte rusificación, la destrucción preventiva de una élite nacional después de la insurrección de 1863-64, con el fin de asegurarse de que nunca volvería a producirse un nuevo intento de rebelión. Todo el poder estaba centrali-

zado en manos del gobernador general, cuyo mando equivalía más o menos a la ley marcial permanente. El ruso se convirtió en el idioma oficial del país y una legión de funcionarios rusos se movilizó hacia "Vistulalandia" —inclusive el nombre de Polonia fue abolido. En 1869 la universidad polaca de Varsovia se convirtió en una universidad rusa. Los bancos, clubes y otros aspectos de la vida económica y cultural local fueron o abolidos o rusificados. Las clases dirigentes polacas perdieron sus puestos y con ellos su razón de ser.

Sin embargo, Polonia se benefició más que proporcionalmente del auge económico en el imperio ruso. El desarrollo industrial de Polonia siguió un ritmo más acelerado que el de Rusia. Como un recurso en contra de la destrucción de las aspiraciones nacionales, los industriales y los hombres de negocios polacos se concentraron en la explotación del vasto mercado ruso, incrementando su capacidad para abastecerlo. Este desarrollo, que al principio no era consciente, y más tarde pasó a ser una valiosa prerrogativa de la industria polaca, fue analizado y explicado por Rosa Luxemburgo en *El desarrollo industrial de Polonia* y se convirtió en uno de los principales puntos de apoyo de quienes estaban interesados en impedir la independencia polaca.

El desarrollo económico de Polonia se mantuvo más o menos constante durante todo el último cuarto del siglo XIX, pero necesariamente afectado por las crisis económicas periódicas que estremecieron a Rusia, aunque siempre con ventaja sobre el resto de aquel país. Por supuesto, una cosa es la comparación con las condiciones rusas, y otra totalmente distinta, la comparación con las condiciones europeas, especialmente al compararla con aquellos países que, como Alemania y Austria, contaban con una población polaca establecida. En el comienzo del siglo XX el salario promedio de un obrero industrial en la Polonia rusa aún era menor en una cuarta parte que el de un minero polaco del carbón en Silesia, aunque éste, a su vez, era el obrero peor pagado en Prusia, con un salario muy inferior a los de los obreros alemanes.[1]

En consecuencia, los obreros polacos en las minas de la Alta Silesia o en los campos petroleros de la Galitzia austriaca tenían una mejor situación económica que la de sus colegas en la Polonia rusa. El desarrollo industrial es siempre relativo, por lo menos en sus consecuencias para la gente que se ve afectada. Tal vez la diferencia de situación económica entre el este y el oeste de Polonia haya proporcionado el incentivo necesario para hacer de la Polonia rusa el motor del desarrollo industrial en Rusia. En muchos aspectos, la revolución industrial en Polonia tenía todos

[1] J. Grabiec, *Współczesna Polska w cyfrach i faktach* (Polonia contemporánea en cifras y hechos). Cracovia, 1911, p. 10.

los rasgos del brutal desarrollo inicial de Inglaterra cincuenta años antes —Lodz fue acertadamente llamado el Manchester del este. Y con el desarrollo económico surgió una nueva forma de presión, más bien socialista que meramente política o nacionalista, para lograr una transformación social.

En 1881 el zar Alejandro II fue asesinado. De hecho, ya en los últimos años de su reinado, su gobierno se había desilusionado con el experimento liberal. La muerte del monarca provocó una reacción aún más enérgica. El nuevo zar, Alejandro III, y sus consejeros extrajeron la conclusión más conveniente de la muerte de su predecesor: a la fuerza debe responderse con la fuerza. Las fuerzas sociales de la reacción se movilizaron para apoyar la represión policiaca de los movimientos terroristas y revolucionarios. Esta movilización, aunada al nuevo énfasis en la supremacía nacional rusa sobre las minorías en el imperio y en la "misión eslava", afectó a todas las naciones minoritarias y especialmente a la más dispersa y vulnerable: la de los judíos. Éste fue el comienzo de un largo periodo de emigración judía, de sionismo y de socialismo judíos. Por lo tanto, lejos de cualquier independencia utópica, una de las respuestas a la discriminación consistió en una renovada insistencia en el carácter distintivo de estas minorías, la exigencia de mayores medios de autoexpresión nacional y el derecho a una vida igual, aunque diferente, dentro del país. En el caso de los judíos, esta tendencia fue especialmente fuerte, puesto que ya no había posibilidad de una independencia nacional como no fuese "irse nadando" a Palestina. Los judíos le dieron un énfasis muy particular a la esperanza de encontrar la salvación dentro de una Rusia mejor. Aun antes de que surgiera un movimiento específicamente socialista entre los judíos, ya existía la división entre los sionistas y aquellos que querían luchar por el país y que más tarde se convirtieron en partidarios del Bund. La discrepancia era muy aguda. Si bien los grandes centros del sionismo se hallaban en la propia Rusia, el principal centro del socialismo judío era Vilna, la capital de Lituania, una ciudad mixta en la que ninguna nacionalidad dominaba en la misma medida que en Rusia o Polonia propiamente dichas, aunque numéricamente los polacos constituían la mayoría. La ciudad era el centro de aspiraciones para una *troika* de nacionalidades discordantes, que convivían en una difícil armonía. Tanto el sionismo como el socialismo eran ideologías perfeccionadas y pulidas en el extranjero y traídas a Rusia desde el Occidente. Mientras tanto, esta naciente escisión entre los judíos rusos venía a añadirse al problema más antiguo de la asimilación y al conflicto entre los *Jasidim* y los *Maskilim*, entre la ortodoxia religiosa extrema y un renacimiento más social y cultural.

A partir de 1880 la oposición a la situación existente se hizo más am-

plia y más radical. Se sintió la opresión, ya no sólo como un factor nacional sino también de orden político y, para algunos, social: el remedio era un cambio social general. Es de suponer que este movimiento fuera el más susceptible a la "evangelización" del marxismo.

Las influencias económicas y políticas no siempre van de la mano, ni cronológica ni geográficamente. Las satisfacciones del desarrollo económico y el consiguiente mejoramiento del nivel de vida en la Polonia rusa era una cosa, y la frustración entre todos los sectores políticamente articulados de la población en las últimas décadas del siglo XIX era otra. Después del fin de la era liberal, existía la creencia de que sólo el derrocamiento del zarismo podría acabar con el sistema insatisfactorio y que la reforma o la persuasión eran inútiles, ya que el gobierno no estaba dispuesto a aceptar un cambio.

En la década de 1880 el partido revolucionario dominante en Rusia era el de los populistas y una organización terrorista derivada de éste: la Narodnaya Volya (Voluntad del Pueblo). Sus ideas acerca del futuro —una forma de regeneración nacional a través del campesinado— eran difusas y, en términos marxistas, utópicas. Sin embargo, la organización terrorista se eximió de la necesidad del análisis político y económico, concentrándose en los medios técnicos para eliminar a miembros prominentes de la administración como símbolos del odiado régimen zarista. Durante un tiempo la reputación de la Voluntad del Pueblo fue muy considerable, una serie de asaltos y asesinatos le dio un halo de éxito y los movimientos sociales revolucionarios polacos de la época se prestaron a colaborar con ella tan estrechamente como fuese posible. A pesar de esta asociación, en la que los polacos cedieron los derechos de antigüedad y la supremacía al grupo ruso, grupos polacos como el Proletariado y el Lud Polski, el Pueblo Polaco, querían crear desde el principio una base de masas en lugar de apoyarse exclusivamente en los éxitos terroristas individuales. Los rusos tenían la idea más simple y romántica de que una vez eliminada la dura corteza de la autocracia, que impedía el desarrollo potencial inherente a los seres humanos, las posibilidades de libertad y de una vida mejor surgirían por sí mismas. Al igual que la mayoría de los movimientos fuertemente teñidos de anarquismo, la Voluntad del Pueblo creía en la bondad propia de la naturaleza humana, una vez que ésta quedaba "liberada". Este idealismo no podía soportar por mucho tiempo el duro y continuo impacto de la realidad, pero el proceso mismo de su desilusión y decadencia aportó por lo menos un famoso recluta al marxismo: Georgi Plejánov. Los polacos, por una vez siquiera, tuvieron más vitalidad desde el principio.

El partido Proletariado fue fundado por Ludwik Warynski, un hombre de personalidad magnética que viajó por toda Polonia (tanto la rusa

como la austriaca) y también pasó algún tiempo en Suiza, que en aquel entonces era la sede de la fuerza intelectual de la que se nutrían todos los movimientos revolucionarios de Europa oriental. Warynski regresó a Polonia desde Ginebra en 1881, año de la muerte de Alejandro II, y hacia 1882 fundó el Proletariado, que puede describirse como el primer partido socialista polaco.[2]

Warynski y sus compañeros articularon, y llevaron a Polonia consigo, una predilección por el pensamiento económico más que por el puramente político. Este pequeño grupo no tenía ni tiempo ni interés suficientes para ocuparse del problema de la independencia polaca. Pero desde el comienzo mismo Warynski tuvo que enfrentarse a la fuerza poderosa, si bien informe, del patriotismo polaco. Para cimentar su propio programa sostuvo que las clases acomodadas de Polonia, interesadas sólo en las ganancias económicas, no eran revolucionarias; faltando ellas, no había factores revolucionarios reales que actuaran en favor de la independencia polaca. Los obreros, por otra parte, el único grupo verdaderamente revolucionario, se preocupaban primordialmente por su propio estado de dependencia y eran cuando menos tan explotados por sus propios capitalistas como por la autocracia rusa.

Simultáneamente al Proletariado, el Pueblo Polaco fue organizado por Boleslaw Limanowski, quien deliberadamente dio a su organización el nombre que había sido usado por el primer grupo polaco con tendencias socialistas embrionarias. Éste había sido fundado en Portsmouth en 1835; sus miembros, soldados e intelectuales en su mayoría, habían emigrado a Inglaterra después de la insurrección de 1830-31. Mientras que Limanowski era un escritor imaginativo y una personalidad atrayente, Warynski era un organizador tranquilo y tenaz. Warynski atenuó el tradicional elemento romántico en los objetivos de su partido Proletariado. Para lograr un movimiento revolucionario basado en el apoyo de masas, los obreros debían agruparse en torno a problemas familiares y cotidianos. Esto excluía el recurso al sentimiento nacional. Para un partido obrero, lo importante era el mejoramiento inmediato de las condiciones de vida y de los derechos, no la liberación teórica del espíritu humano o la liberación de una "nación" abstracta. En cambio, Limanowski le daba prioridad al problema nacional. Creía que ningún movimiento socialista podría llevarse a cabo mientras una nación oprimiera a otra, mientras Rusia ocupara y explotase a Polonia. De la debilidad del populismo ruso, particularmente de los escritos de Peter Lavrov, sacó en conclusión que los polacos no podían permitirse una dependencia excesiva de las iniciativas

[2] Véase M. Mazowiecki, *Historya polskiego ruchusocjalistycznego w zaborze rosyjskim* (Historia del movimiento socialista en la Polonia rusa). Cracovia, 1904, pp. 54 y ss.

revolucionarias rusas. El socialismo y el patriotismo no eran, sin embargo, incompatibles. Por consiguiente, el movimiento no debería incluir únicamente a los obreros y a los campesinos, sino también a los intelectuales y especialmente a la nueva generación. Estas ideas fueron expresadas por Limanowski en un folleto publicado en Ginebra en 1881.[3] Las ideas de ambos grupos, Proletariado y Pueblo Polaco, eran embrionarias; uno y otro eran asociaciones de personas con ideas, más que partidos con programas; más aún eran seguidores agrupados en torno a una personalidad individual. Sin embargo es necesario subrayar el surgimiento de dos tendencias en los movimientos socialistas polacos de esta época, porque aquí se esbozaba en embrión la diferencia primordial entre las dos escuelas del pensamiento socialista polaco, que las dividiría hasta después de la primera guerra mundial. El problema de la independencia polaca fue siempre el principal motivo de disputa entre los dos partidos socialistas polacos; estuvo presente desde el principio.

En 1884 el partido Proletariado de Warynski, en Polonia, y la Narodnaya Volya, la Voluntad del Pueblo rusa, llegaron a firmar un acuerdo. El propio Warynski había sido arrestado en 1883 y la alianza con la Voluntad del Pueblo se llevó a cabo por medio de su segundo al mando inmediato, Kunicki. De acuerdo con la tendencia general, quizá inevitable, todas las decisiones capitales sobre la teoría, la estrategia y la organización fueron tomadas en el extranjero, en este caso en París.[4]

En este programa conjunto, la autonomía del control operativo estaba reservada para cada partido dentro de su propio territorio, fuera Rusia o Polonia. El partido Proletariado aceptaba la fórmula rusa del "terror económico además del político en diversas formas". Ambos partidos deberían considerarse bajo la dirección táctica del grupo ruso, por lo menos hasta después de la revolución. Puesto que debería existir un libre intercambio de acción entre Polonia y Rusia y un libre movimiento operativo, la división de responsabilidades se convirtió básicamente en una cuestión

[3] *Patryotyzm i socjalizm*. Ginebra, 1881.

[4] París y, en menor grado, Londres, fueron y siguieron siendo los centros tradicionales de la emigración nacionalista. Durante casi cien años muchos de los emigrados polacos habían encontrado allí sus hogares espirituales, y es interesante observar que algunos de los dolores de parto del sionismo también (por ejemplo, la decisión de Ben Yehuda de nunca pronunciar una palabra en ningún otro idioma que no fuera el hebreo) ocurrieron en París.

En contraste, los hilos principales de la actividad socialista rusa y polaca en el extranjero hacia los años de 1870 se centraron más en Suiza, especialmente en Ginebra y en Zurich. Naturalmente existía una cierta antipatía entre estos dos centros de diferente actividad revolucionaria, además de las inevitables disputas dentro de cada grupo. Más tarde la emigración socialista rusa se dispersó hacia Francia, Alemania, Austria y Londres, pero París siguió siendo el centro tradicional de la emigración nacionalista.

de accidentes geográficos. El principal esfuerzo de la Voluntad del Pueblo se desarrollaba en San Petersburgo.[5] Como resultado de este flexible intercambio de personal, algunos revolucionarios se quedaron permanentemente en Rusia, y más tarde figuraron entre los miembros de organizaciones socialistas más ortodoxas.

El partido del Proletariado tuvo éxito en la organización de una serie de huelgas en Polonia en abril de 1883, incluida una huelga de masas cerca de Varsovia. El gobierno movilizó tropas contra los huelguistas y, durante los dos años siguientes, la nueva política "dura" de las autoridades dio como resultado arrestos en gran escala. Hubo varios intentos de asesinar agentes policiacos y gendarmes, y con estos asesinatos como excusa especial, muchos de los miembros dirigentes del Proletariado fueron encarcelados por sentencia judicial o por orden administrativa. Cuatro de los dirigentes: Bardowski, Kunicki (que había firmado el acuerdo con la Voluntad del Pueblo), Ossowski y Pietrusinski, fueron ahorcados el 28 de enero de 1886 en la ciudadela de Varsovia —fortaleza y prisión, y, además, símbolo de la dominación rusa. En ese mismo año Warynski fue sentenciado a dieciséis años de trabajos forzados en la notoria fortaleza de Schüsselburg, cerca de San Petersburgo, donde murió tres años después, en 1889.

Los arrestos y procesos y las sentencias particularmente salvajes, desintegraron de hecho al partido del Proletariado. A pesar de su deseo, el Proletariado nunca logró convertirse en movimiento de masas. De los miembros restantes, tres pequeños grupos siguieron funcionando: el llamado Segundo Proletariado, la Unión de Obreros Polacos, y la Asociación de Obreros, esta última un retoño del Segundo Proletariado, resuelta a romper con los métodos terroristas de la Voluntad del Pueblo. A diferencia de lo que ocurrió durante el levantamiento nacional de 1863-64, las actividades y destrucción del partido Proletariado apenas afectaron la vida polaca; de hecho, la mayoría de los que vivían fuera de Varsovia posiblemente desconocían su existencia. El vacío revolucionario, el silencio político de Rusia, cubrió ahora a Polonia también; durante un tiempo el zar gobernó sobre su amplio imperio en un calmado ambiente de aparente respeto.

Cuando Warynski fue sentenciado en 1886, una estudiante de Varsovia llamada Rosa Luxemburgo, que aún no cumplía quince años y ya estaba relacionada con círculos de estudiantes disidentes en Varsovia, probablemente fue presa de febril excitación y cólera. Había nacido el 5 de marzo

[5] Para este programa cf. Feliks Kon, *Escape from the Gallows*. Londres, 1933, cap. I; y Res (Feliks Perl), *Dzieje ruchu socjalistycznego w zaborze rosyjskim* (Historia del movimiento socialista en la Polonia rusa). Varsovia, 1910, vol. I, p. 42.

de 1871, la menor de cinco hijos, tres varones y dos niñas. Zamosc, provincia de Lublín, en la llana región agrícola del sudeste de Polonia, era entonces una población grande pero de importancia menguante, eclipsada por Lublín al norte. Más de una tercera parte de los habitantes de Zamosc eran judíos, una de las proporciones más altas en el país.[6] Pero éste no era el "lugar azotado por la pobreza, con una población de bajo nivel cultural que describen los biógrafos de Rosa.[7] De hecho, Zamosc había sido durante mucho tiempo una ciudad importante bajo sus señores locales, los Zamoyski, grandes terratenientes con enorme poder e influencia. El distrito estuvo bajo el dominio austriaco —en la primera partición de Polonia— hasta 1809, para finalmente convertirse en ruso en 1815. Por lo tanto, Zamosc se encontraba en la encrucijada cultural y la rusificación se resistió mejor allí que en otros lugares del norte y el este. Tampoco era la vida judía "estrechamente fanática, apartada, un mundo atrasado de resignación y codicia, oscurantismo, suciedad y pobreza, un pantano putrefacto".[8] Por el contrario, Zamosc contaba con una comunidad judía de gran importancia, y con un tipo peculiar de atmósfera de clase media judía, agraciada por un marco de esplendor arquitectónico; un majestuoso ayuntamiento rodeado por una plaza estilo Renacimiento tardío, con todo y arcadas.[9] Era el centro del movimiento *Haskalah*, una reacción contra el exacerbado fanatismo de los *Jasidim*. Uno de sus escritores más importantes fue Yitsjak Leyb Peretz, que nació y vivió la mayor parte de su vida en Zamosc. La comunidad judía de esta ciudad era en realidad una de las más fuertes y cultas de Polonia.[10]

Sin embargo, la familia Luxemburgo participaba poco o nada de esta vida. Se había asimilado ya desde la época del abuelo de Rosa. Esta asimilación era mucho más usual en Zamosc que en cualquier otro lugar, y se debía precisamente a los vínculos tradicionales con el saber y la literatura occidentales, lo cual representaba una ventaja sobre la más frecuente y miserable alternativa de tener que apoyarse en una comunidad judía local de nivel cultural muy inferior. Ya en la década del 60 los escritores judíos de Zamosc protestaban contra las personas que cambiaban su nombre y hábitos tradicionales; esta tendencia a la asimilación

[6] Compárense las siguientes cifras más altas, de Varsovia en 1876; 89 698 judíos de un total de 307 451. *The Jewish Encyclopaedia*, vol. XII, p. 472.

[7] Frölich, *Rosa Luxemburg*, p. 13. Los dos biógrafos alemanes, Henriette Roland-Holst y Fred Oelssner, siguen a Frölich en este error.

[8] Frölich, loc. cit.

[9] Y. L. Peretz, *Bei nakht oyfn altn markt* (De noche en el viejo mercado), en *Collected Works* (*Ale Verk fun Y. L. Peretz*), vol. VI, p. 181.

[10] Existe una extensa literatura yidish y hebrea sobre Zamosc, recopilada en Y. A. Klausner, *Studies on the life and work of Y. L. Peretz*, tesis doctoral inédita, Londres, 1958.

de hecho alentó a la rígida sección jasidista de la comunidad en contra de la ilustración de los *Maskilim*.[11] Los padres de Rosa pensaban y hablaban en polaco; su padre se interesaba especialmente en los asuntos polacos. De acuerdo con un biógrafo, su hogar "era de aquellos en donde la cultura occidental, en particular la alemana, se hallaba en su elemento".[12] Vivían moderadamente bien, "desahogados" según la terminología de la clase media. Los Luxemburgo vivían junto a la plaza principal, justo enfrente del magnífico ayuntamiento, con su espléndida escalera curva. Era y sigue siendo una llamativa construcción renacentista, parte de una hilera de casas sobre una arcada; pero adentro la fachada de piedra cede su lugar a rellenos de madera y a un oscuro y pequeño patio con una fuente. Pero la situación de desahogo era intermitente. En una ocasión Rosa recordó que la mecha para encender la lámpara resultó ser el último billete de banco que quedaba en la casa.[13] Según su amigo Marchlewski, que conoció a sus padres, la ropa blanca debía ser empeñada de cuando en cuando. Pero éstos fueron, a lo sumo, casos ocasionales y aislados. El padre de Rosa se había educado en Alemania y administraba el negocio de maderas de la familia. Sus negocios lo llevaban a menudo tan lejos como Alemania y frecuentemente a Varsovia.

Puesto que no llevaban una vida conscientemente judía, la familia se veía obligada a recurrir a sus propios medios. No hay ninguna evidencia de que tuviesen amigos íntimos polacos. Los hermanos mayores de Rosa se educaron en escuelas superiores en Berlín y Bromberg (Bydgoszcz), respectivamente. En la casa se hablaba y leía el alemán, especialmente las obras románticas alemanas, que en ese tiempo eran más comunes entre los judíos de Berlín y Viena que entre los de Polonia. Todos los hijos tenían nombres clásicos —Maximilian, Josef, Anna, la misma Rosa— que eran tan alemanes como polacos. El apellido, en realidad, puede haber sido Luxenburg en una época, puesto que en sus primeras cartas conocidas Rosa firmaba indistintamente Luxenburg o Luxemburg, y su hermano, todavía en 1929, usaba el Luxenburg.[14] El padre de Rosa, Elías o Eduardo Luxemburg, "abrigaba simpatías por el movimiento nacional-revolucionario entre los polacos, pero no era políticamente activo y centraba su atención en asuntos culturales y en particular en el sistema escolar polaco. Era un hombre de considerable energía. Su bienestar ma-

[11] Klausner, op. cit., p. 37.

[12] Frölich, p. 13. Exagera la influencia alemana.

[13] Frölich, p. 15. Oelssner, *Rosa Luxemburg*, p. 10. Ella misma debe de haber contado esta historia.

[14] "Cartas desconocidas a Robert y Mathilde Seidel" (de aquí en adelante citadas como las "cartas a Seidel"), *Z Pola Walki*, 1959, n. 1 (5), p. 67.

terial y su educación le habían infundido seguridad..."[15] La comunidad judía de Zamosc, de todos modos, no veía con aprobación familias como la de los Luxemburgo; es significativo que ninguno de los hijos haya participado nunca en movimientos o asuntos judíos.[16]

La propia Rosa hablaba poco sobre su juventud, su hogar o sus padres. Existen unas cuantas referencias incidentales en algunas de sus cartas y ella tenía cierta propensión a los chistes ligeramente judíos y a expresiones judías ocasionales. Pero cualquier atmósfera conscientemente judía le desagradaba. El apego a su familia, aunque considerable, era muy privado; sus cartas carecen singularmente de cualquier expresión de sentimientos.[17]

Menos aún se sabe sobre la madre de Rosa, Line Löwenstein. De su hermano Bernhard, el tío de Rosa, se decía que había sido rabino.[18] Frölich dice que ella "ejerció una considerable influencia en el desarrollo de los hijos. Era gran lectora, no sólo de la Biblia, sino también de la literatura clásica alemana y polaca, y la familia casi padecía un hartazgo de Schiller". Pero no es necesario ahondar demasiado en los gustos literarios de la familia Luxemburgo para explicar los intereses de Rosa: ésta era del tipo de personas que siempre desea completar sus conocimientos sobre historia y ciencia con las percepciones de la ficción. El único escritor con quien se mantuvo ligada desde su primera juventud fue Adam Mickiewicz, el principal poeta romántico polaco del siglo XIX. El hecho de que éste fuera propagandista de la independencia polaca no disminuyó la admiración que Rosa le profesaba. Mickiewicz habría de proporcionar una rica cantera de citas para una buena parte de sus escritos en polaco: una segura señal de aprobación. No hay evidencia de que Rosa se interesara

[15] Las fuentes polacas dan su nombre como Eliasz (*Z. Pola Walki*, 1959, n. 1 (5), p. 77, n. 33). Luise Kautsky da Eduard (*Gedenkbuch*, p. 20), y también los registros de la Ojrana en la época del arresto de Rosa en 1906 (ZHP). Su nombre original pudo haber sido Abraham; Peretz se refiere a "la hija única, una jorobada, de A...L..." (Y. L. Peretz, *Collected Works*, vol. XI, "Mayne Zikhroynes", p. 73). Por lo menos existe una sospecha de algún tipo de "ajuste" de los antecedentes de Rosa. Frölich y Oelssner, ambos marxistas ortodoxos, considerarían progresista el que alguien "superara" un antecedente religioso ortodoxo. Probablemente no era tan "cómodo" o tan asimilada como se imaginan. Seguramente Rosa sabía algo de yidish, aunque se negaba a hablarlo. Frölich conoció personalmente por lo menos a uno de los hermanos de Rosa, en relación con su obra sobre el legado literario de ésta; por consiguiente, tuvo la oportunidad de conocer sus antecedentes de primera mano.

[16] Véase J. Shatzky. "Der Bilbul..." (El embrollo), *Yivo Bleter*, periódico del Instituto Científico Yidish, vol. 36, 1952, p. 331.

[17] Por ejemplo, las *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, pp. 80-1, fechadas en septiembre de 1904; también Frölich, p. 15. Rosa sólo se franqueaba con Jogiches.

[18] Luise Kautsky, *Gedenkbuch*, p. 20.

o leyera mucho en ruso durante su juventud, aunque es claro que dominó el idioma desde niña.

Rosa se mantuvo vinculada a su familia durante toda su vida, en buenas, aunque no muy íntimas, relaciones con todos ellos. No hubo una renunciación deliberada como la de muchos revolucionarios rusos. Una carta en la que menciona la muerte de su padre revela un pesar más bien pasivo por no haber tenido la oportunidad de verlo más a menudo en sus últimos años: la vida y la Segunda Internacional habían consumido los años con demasiada rapidez.[19] Pero en otra carta hablaba de estar "completamente anonadada" por la muerte de su padre, "incapaz de comunicarme con una sola alma durante un largo periodo del que apenas acabo de recuperarme". Hay que señalar que esta carta estaba dirigida a una mujer mayor, la madre de un íntimo amigo, con quien Rosa tuvo una comunicación casi deliberadamente sentimental, o bien es posible que haya exagerado la intensidad de su sentimiento.[20] En realidad se sentía culpable. Después de la muerte de su madre, en 1897, su padre —quizá con la premonición de que no viviría mucho tiempo más— anunció su deseo urgente de ir a verla a Berlín. Esto sucedió en el verano de 1898. La controversia con Bernstein estaba en su apogeo y la carrera de Rosa dependía de su participación; además quería encontrarse con Leo Jogiches, que aún se encontraba confinado en Zurich. Con renuencia contrarió el deseo de su padre y este encuentro nunca se llevó a cabo, aunque justo antes de que muriera su padre pasó unas pocas semanas con él en Alemania.[21]

Sin embargo, se reunió repetidamente con sus tres hermanos y su hermana después de abandonar Polonia; y durante su estancia ilegal en Varsovia, en la época de la revolución de 1906, no dudó en usar la casa y la ayuda de su hermano mayor. Una sobrina, hija de un hermano que había emigrado a Inglaterra, permaneció con ella por unos meses en 1910. Sabemos que hasta que empezó la guerra mantenía correspondencia con su familia, a veces clandestinamente, aunque no exista ninguna de estas cartas. Hasta fines de 1899, su primer año en Alemania, solicitó dinero algunas veces y ellos le enviaron lo que pudieron, que a veces era patéticamente poco. Ninguno de ellos entendió o apoyó sus opiniones y actividades políticas, pero tampoco intentaron disuadirla después de que dejara su hogar en 1899. De hecho, la relación fue sorprendentemente fácil; respetaron su evidente éxito en la carrera que había escogido y su

[19] *Briefe an Freunde*, p. 129: carta a Hans Diefenbach, 27 de agosto de 1917, desde la prisión.

[20] Carta a Minna Kautsky, fechada el 30 de diciembre de 1900, en los Archivos Kautsky, IISH.

[21] Cartas Jogiches, *Z. Pola Walki*, 1962, n. 1 (17), pp. 178 y ss.

talento manifiesto: el respeto que cualquier familia otorga a los logros profesionales. A cambio de ello, siempre estuvieron seguros de ser bien acogidos a su paso por Berlín. Fue una sensata relación de clase media, un asunto de arreglos y cortesías más que de pasión o intimidad. Las amistades cercanas de Rosa estaban en otro ambiente: en sus compañeros de lucha más queridos y sus esposas, en las contadas personas que ella amaba. En efecto, más bien despreciaba a aquellos que enredaban sus vidas política y privada, como Krichevski y su amigo Adolf Warzawski.[22]

En 1873, cuando Rosa tenía dos años y medio de edad, la familia se trasladó a Varsovia. Siempre había sido el deseo de su padre mudarse a la capital, en parte para beneficiarse de la vida más cosmopolita y las oportunidades comerciales, y en parte para dar a sus hijos una mejor educación. La fortuna familiar había variado siguiendo los altibajos periódicos de la región de Zamosc, y en una etapa de prosperidad finalmente decidieron irse a Varsovia, en donde en un principio las cosas les fueron difíciles. Vivían en un viejo edificio de departamentos cuya única vista al mundo estaba limitada a unas cuantas ventanas altas, y los ruidos producidos por los demás inquilinos resonaban por todo el edificio.[23]

Poco después de llegar a Varsovia, Rosa se vio afectada por una enfermedad de la cadera, que fue erróneamente diagnosticada como tuberculosis y, por lo tanto, erróneamente tratada. Estuvo más o menos confinada en cama durante todo un año y utilizó este tiempo para aprender a leer y escribir por su propio esfuerzo a la temprana edad de cinco años. Esta enfermedad tuvo como resultado una deformación permanente de la cadera que la obligó a cojear ligeramente por el resto de su vida, aunque por lo demás esto no significó una incapacidad importante. Por lo que tocaba a sus hermanos y hermana mayores, ella era la inválida de la familia y como tal era tratada con especial cuidado y consideración. Esta misma incapacidad física probablemente determinó la canalización de sus intereses hacia la literatura, y se dice que traducía poemas y prosa del alemán al polaco cuando tenía nueve años. Sus primeros intentos literarios fueron enviados con éxito a una revista infantil de Varsovia. Otro intento, cuando menos, es más interesante para la posteridad: en 1884, a los trece años, escribió un poema en ocasión de la visita a Varsovia del emperador alemán Guillermo I, medio reverente y medio sarcástico, que bien podía haber sido tanto una protesta contra el excesivo entusiasmo de su padre como una evidencia de tempranas convicciones antimonárquicas.[24]

[22] Véase más adelante, p. 83.

[23] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 81, fechadas en septiembre de 1904.

[24] El poema, originalmente escrito en polaco, está impreso en alemán en *Gedenkbuch*, p. 26, y en *Rosa Luxemburg* de Roland-Holst, p. 10.

En ese mismo año ingresó en la segunda Escuela Superior para niñas de Varsovia. Ésta era una de las mejores instituciones de su tipo en Polonia, a la que asistían generalmente las hijas de los administradores rusos, que gozaban de preferencia en la obtención de la mayoría de las plazas disponibles. (La primera Escuela Superior estaba, de hecho, reservada exclusivamente para ellas.) La admisión era difícil para los polacos, y aún más para los judíos que estaban sujetos a una cuota limitada en escuelas especialmente designadas. Una regla de todas las escuelas secundarias era que las lecciones y las conversaciones debían efectuarse en ruso, y a los alumnos no se les permitía hablar en polaco ni siquiera entre sí.

El partido Proletariado se encontraba para entonces en su cenit; se trataba en gran medida de una organización de intelectuales limitada a las ciudades principales, pero que tenía una considerable influencia entre los alumnos de los cursos superiores de las escuelas secundarias y los universitarios. Los estudiantes siempre fueron la mejor pesca intelectual. Durante sus últimos años en la escuela, Rosa Luxemburgo estuvo indudablemente en contacto con un grupo de revolucionarios ilegales. Tenía quince años cuando se cumplieron las cuatro sentencias de muerte en la horca, las primeras desde 1864. En su último año en la escuela era conocida como políticamente activa y se la juzgaba indisciplinada. En consecuencia, no le concedieron la medalla de oro por aprovechamiento académico, a la que era acreedora por sus méritos escolares. Pero la alumna más sobresaliente en los exámenes finales no sólo era un problema en las aulas; para entonces era, de seguro, un miembro regular de las células subsistentes del Partido Revolucionario Proletariado, que habían escapado a las pesquisas policiacas y que formaron el número del Segundo Proletariado. La misma Rosa escribió una especie de autocrítica póstuma del Proletariado algunos años más tarde, cuando estaba próxima a ingresar en el mundo socialista "adulto" de la socialdemocracia alemana. Lo describió retrospectivamente como demasiado centralizado, y muy parecido al Narodnaya Volya en lo referente a su énfasis en el terror. Este juicio señaló una fase definida —la autocrítica marxista siempre lo hace— en su desarrollo consciente.[25]

Después de la destrucción del Proletariado original, una de las pocas personalidades que quedaron en el nuevo Proletariado fue Marcin Kasprzak, quien por cierto, fue también uno de los poquísimos obreros que alcanzaron una posición de autoridad en este partido compuesto en su mayor parte por intelectuales. Kasprzak provenía de Poznan, en la Polo-

[25] *Sozialistische Monatshefte*, 1897, vol. x, n. 10, pp. 547-56. Fue, incidentalmente, el único artículo que Rosa escribió para este diario, que más tarde sería el vehículo principal del revisionismo. Después de 1898 Rosa incluso se negó a reseñar libros para él.

nia prusiana. En aquella época trabajaba en Varsovia reuniendo en pequeños grupos clandestinos a aquellos miembros del anterior Proletariado a quienes la policía no había arrestado. En el curso de este trabajo conoció a Rosa Luxemburgo y entre ambos se creó una relación personal que habría de durar hasta la muerte de Kasprzak en el cadalso, diecisiete años después, en 1905. Pero la policía continuó activa. Después de dos años de agitación entre los estudiantes en Varsovia, la propia Rosa Luxemburgo se vio aparentemente en peligro de ser arrestada. Era demasiado joven e inexperta para haber desarrollado la movilidad y la sigilosidad propias del verdadero revolucionario. Por esos días aún vivía en el hogar paterno y al mismo tiempo trabajaba abiertamente en favor de su grupo revolucionario.

En los años 1888-89 tuvo lugar un cierto renacimiento de la actividad socialista al cual contribuyeron tanto el Proletariado sobreviviente, bajo la dirección de Kasprzak, como la Unión de Obreros Polacos. Esta última había sido fundada por Julian Marchlewski, Adolf Warszawski y Bronislaw Wesolowski a principios de 1899.[26]

En un principio este grupo se concentró en las necesidades inmediatas de los trabajadores y en las demandas puramente económicas, aunque después, justo antes de que se fundiera con otros grupos para crear el PPS, el énfasis recayó de nuevo sobre las actividades políticas.[27] Aun cuando Rosa Luxemburgo habría de trabar una amistad de toda la vida tanto con Marchlewski como con Warszawski, es probable que sólo los haya conocido superficialmente, si es que llegó a conocerlos, en Polonia en esta época. Proletariado y la Unión de Obreros Polacos eran organizaciones separadas y Rosa Luxemburgo estaba firmemente comprometida con el movimiento Proletariado.

En los tres años siguientes se produjo una nueva ola de huelgas más significativas aún: las primeras manifestaciones sucesivas para celebrar el Primero de Mayo. Por razones políticas el gobierno se negó a permitir que los empresarios otorgaran concesiones salariales. Era una etapa de prospe-

[26] Marchlewski escribió y fue conocido comúnmente bajo el seudónimo de Karski, Warszawski bajo el seudónimo de Warski, y Wesolowski como Smutny. Durante los veinte años siguientes los dos primeros fueron mencionados indistintamente por sus nombres reales o por sus seudónimos. (Wesolowski fue capturado en 1894 y pasó once años en Siberia.) Será más fácil si, independientemente del nombre que se utilice en cualquier momento particular, me limito sólo al nombre real en cada caso. El mismo problema se presenta con muchos otros socialistas polacos, y adoptaremos el mismo principio en toda ocasión. En los raros casos en que un seudónimo se adoptó en forma exclusiva —como con Rádek y Parvus— lo utilizaremos así.

[27] O. B. Szmidt, *Socjaldemokracja Królestwa Polskiego i Litwy: Materialy y dokumenty 1893-1904*. Moscú, 1934, vol. I, cap. VI.

ridad en los negocios y hubo varios choques con las tropas. Siguió una nueva ola de arrestos que liquidó casi completamente el Segundo Proletariado. También los dirigentes de la Unión de Obreros Polacos se exiliaron, algunos en Suiza y otros a través de la frontera en Galitzia, en la parte polaca del imperio austrohúngaro, que gozaba del más liberal y también del menos eficiente de los gobiernos extranjeros. Para entonces, sin embargo, Rosa Luxemburgo había salido ya de Varsovia. En 1889, advertida de la inminencia de su propio arresto, fue llevada clandestinamente al extranjero, con la ayuda de su amigo y mentor Marcin Kasprzak. Existían rutas regulares de ingreso y salida de la Polonia rusa a las regiones polacas de Alemania y Austria; de hecho, el tráfico de personas, literatura y dinero ya se estaba organizando de modo eficaz. Pocas personas eran apresadas en estos cruces fronterizos que, como sucede en las fronteras hasta nuestros días, requerían sólo de la participación activa de los habitantes de ambos lados. En el caso de Rosa surgieron algunas dificultades de último momento en el poblado fronterizo; probablemente los medios de transporte organizados sufrieron un descalabro. Kasprzak convenció al sacerdote católico local de que una joven judía deseaba ser bautizada para así poder casarse con su novio, "pero debido a la violenta oposición de su familia sólo podía hacer tal cosa en el extranjero".[28] El sacerdote, inspirado por una mezcla de buena voluntad nacional y sentido del deber religioso, prestó su ayuda y dispuso que la muchacha fuera escondida bajo una carga de heno en una carreta campesina.

Rosa estaba, seguramente, más que deseosa de partir. Sus primeros contactos con los escritos del socialismo científico, con las obras de Marx y Engels, habían tenido lugar durante los dos años que siguieron a su salida de la Escuela Superior, en 1887. Para quien estuviese interesado en convertirse en un socialista consumado era muy conveniente un periodo de estudio. Las universidades en Europa occidental eran mucho más tentadoras que las de Polonia o Rusia. Para absorber el socialismo cabalmente, era necesario estudiar en primer término la sociedad capitalista existente, puesto que en el imperio ruso no eran accesibles ni la enseñanza de la economía y la política modernas ni cualquier estudio del pensamiento socialista. Rosa debe de haber sabido que en Suiza no sólo encontraría instituciones de aprendizaje de una sociedad más libre y más crítica, sino también la presencia de algunos de los marxistas más distinguidos. Suiza también ofrecía el atractivo adicional de universidades que admitían tradicionalmente a hombres y mujeres en pie de igualdad. Rosa nunca quiso reclamar privilegios femeninos, ni aceptar ninguna de sus

[28] Frölich, p. 22. Esta historia está respaldada por casi todas las fuentes y posiblemente se originó en la misma Rosa Luxemburgo.

limitaciones. El posible peligro de ser arrestada bien pudo haber sido una excusa conveniente para su salida, posiblemente para tranquilizar a una familia preocupada. Sus parientes se ofrecieron para sostenerla económicamente dentro de sus posibilidades, al menos por un tiempo, y así partió buscando la libertad de una sociedad más cercana a la fase final del socialismo.

La ruta hacia el oeste estaba bien trillada. El éxodo de revolucionarios polacos reales o potenciales a Europa occidental era una antigua y firme tradición. Los socialistas polacos y rusos solamente seguían los pasos de sus predecesores nacionalistas y liberales. Pero existía otra tradición polaca más típica aún: los emigrados, particularmente los de Polonia, siempre habían prestado sus servicios a los movimientos revolucionarios de los países que los acogían. Hubo polacos entre los seguidores inmediatos de Fourier y de Saint-Simon; un general polaco había muerto en las barricadas de la Comuna de París. Por lo tanto la integración en los movimientos revolucionarios extranjeros estaba casi tan consagrada como la conspiración de los emigrados para una nueva revolución en su país de origen. Rosa Luxemburgo siguió fielmente ambas tradiciones. Basó sus actividades en el carácter internacional del socialismo científico pero, de hecho, su trabajo en el SPD estaba de acuerdo con una tradición polaca mucho más antigua que el marxismo, como también lo era el resentimiento que esa participación causaba en el ambiente oficial del Occidente.

Mientras Rosa Luxemburgo emprendía la vida de una joven estudiante emigrada en Zurich, el movimiento socialista polaco se desarrolló y cristalizó rápidamente durante los años siguientes. Después que la policía destruyó el Segundo Proletariado, así como la Unión de Obreros Polacos, se hizo un intento para fundir los dispersos grupos emigrados en un solo partido para la totalidad de Polonia. En 1890 fueron abolidas, en Alemania, las leyes antisocialistas e inmediatamente se fundó en Berlín una comunidad de socialistas polacos que se concentró en organizar a los obreros en la Polonia prusiana: Silesia, Posen (Poznan) y Pomerania. En 1891 este grupo empezó a publicar un boletín semanal llamado *Gazeta Robotnicza* (La Gaceta Obrera). Con el desarrollo acelerado de un fuerte partido socialdemócrata alemán, el incipiente movimiento en las regiones de lengua polaca en Alemania pronto quedó bajo el ala organizativa de aquél y por lo menos durante diez años permaneció dentro de la órbita de la socialdemocracia alemana, aunque no siempre en armonía con la jefatura del SPD. Estos polacos se convirtieron en un problema secundario, aunque persistente, para el partido alemán, y en el que Rosa Luxemburgo se vio íntimamente involucrada.

Un año después, en 1892, los dirigentes de los grupos socialistas polacos de la Galitzia austriaca y la Silesia prusiana formaron partidos polacos diferenciados y separados en sus territorios. Esto planteó de inmediato el urgente problema de las relaciones con los grandes partidos socialistas de los dos países dominantes, Alemania y Austria. Tanto dentro como fuera de los nuevos partidos, entre los emigrados de la Polonia rusa, se desarrolló una tendencia más nacionalista, como reacción frente a lo que se suponía había sido la falla primordial del Segundo Proletariado, o sea su excesiva negación de los deseos nacionalistas y su consiguiente falta de atractivo popular. De un modo confuso, en los partidos polacos el péndulo oscilaba entre el nacionalismo y el antinacionalismo, siendo en ocasiones objeto de fe y elección consciente, pero a menudo una reacción en contra de los fracasos anteriores. Además, los socialistas polacos en Galitzia, bajo la dirección de Ignacy Daszynski, siempre tuvieron mejores relaciones con el partido austriaco que los polacos alemanes con el SPD. En un imperio que contenía una legión de naciones emergentes y en conflicto, el Partido Socialdemócrata Austriaco debía tener una política efectiva en lo referente a los problemas nacionales, y siempre tuvo un carácter federal, de hecho aunque todavía no de nombre. Efectivamente, los miembros perspicaces del SPD en Alemania llegaron a envidiar, con tristeza, a sus colegas austriacos por su habilidad para enfrentarse a los polacos recalcitrantes. También existió, por último, la importante amistad personal entre Daszynski y el dirigente austriaco Victor Adler, que aseguró un poderoso apoyo para el partido de Daszynski en la Internacional, e incidentalmente le creó a Rosa Luxemburgo un enemigo importante y permanente en la persona del líder austriaco.

El 17 de noviembre de 1892 se convocó a un congreso de todos los socialistas polacos en el exilio, bajo la égida conjunta de Mendelson, del primer Proletariado, y Limanowski y los restos de su Pueblo Polaco. Las antiguas diferencias de énfasis entre los dos principales grupos constituyentes habían desaparecido casi totalmente, y fue Limanowski quien presidió la reunión previa al congreso, en la que participaron diez miembros de su grupo y ocho del primer Proletariado. De este congreso nació el nuevo Partido Socialista Polaco (PPS) unificado, vinculado con la organización existente en Galitzia y abarcando —así se confiaba— la totalidad de Polonia. Pero no se podía crear una organización que cubriera todo el país, puesto que era imposible pasar por alto las fronteras muy reales entre las potencias ocupantes. Por lo tanto el nuevo partido, el PPS, abarcaba sólo los territorios rusos de Polonia. Estaba estrechamente ligado a los otros dos partidos, el Partido Socialista Polaco de Prusia y el Partido Socialdemócrata de la Galitzia austriaca. En los congresos internacionales los polacos aparecían como una unidad, cuando

menos hasta que Rosa Luxemburgo fundó el SDKP, y durante cerca de diez años existió en Londres un organismo especial para coordinar las actividades del PPS en los tres territorios: la Asociación de los Socialistas Polacos en el Extranjero (Zwiazek Zagraniczny Polskich Socjalistów).

El nuevo partido en suelo ruso aceptó las actividades terroristas en parte y sólo temporalmente, como medios necesarios de la acción —una consecuencia inevitable de la ilegalidad— pero apoyó firmemente la idea de un Estado socialista basado en la clase obrera. Y lo que era más importante: el nuevo partido emitió una declaración en la que expresaba su disposición a cooperar con todos los socialistas rusos, pero sólo como entidades independientes e iguales.

III
SUIZA. ESTUDIOS Y POLÍTICA. 1890-1898

Rosa Luxemburgo llegó a Zurich a fines de 1889. Se alojó en unas habitaciones en el número 77 de la Universitätstrasse, sobre una colina que dominaba el importante conjunto de la universidad y la secundaria técnica. A lo lejos se veía el lago y las colinas boscosas al norte de la ciudad. Rosa se sentía muy orgullosa de sus habitaciones: bien amuebladas, cómodas y, sobre todo, baratas. Al año siguiente se inscribió en la Universidad de Zurich, en la facultad de filosofía, y siguió cursos de ciencias naturales y matemáticas. Las matemáticas le fascinaban especialmente; se consideraba naturalmente dotada para su estudio y siempre sostuvo que su aportación a la economía sólo era una extensión de su capacidad en el campo de las matemáticas superiores. En las ciencias naturales, la botánica y la zoología constituían su interés principal, y aunque no hubieron de ocupar el centro de sus trabajos, estas disciplinas siempre ejercieron en ella una fascinación fuerte y casi profesional. Más tarde, especialmente en la cárcel, volvería a ocuparse periódicamente en la detallada clasificación de un coleccionista y bombardearía a sus amigos, que no pasaban de ser simples amantes de la naturaleza, con explicaciones y comentarios técnicos sobre la vida vegetal. De estos conocimientos nació un genuino sentimiento por la belleza y la sinrazón de la vida vegetal y animal; ella no era simplemente la romántica y gozosa amante de la naturaleza que describen algunos de sus biógrafos.[1] Un tanto conscientemente habría de reaccionar a los momentos de extrema frustración política lamentándose de no haberse dedicado plenamente a la botánica; las plantas, cuando menos, respondían más directamente que los seres humanos a sus leyes ambientales y naturales en lugar de negarlas y oponerles resistencia.

En 1892 se cambió a la facultad de derecho.[2] Es poco lo que se sabe acerca de sus actividades en la universidad. La facultad de derecho en la Universidad de Zurich, entonces como ahora —y en común con la práctica académica en la Europa continental— incluía los estudios sociales, que interesaban particularmente a Rosa Luxemburgo. Entre sus maestros, el profesor Julius Wolf era el más distinguido y prolífico.

[1] Especialmente en *Gedenkbuch*, y por Henriette Roland-Holst.
[2] Staatsarchiv, Zurich, U 105b.

Wolf tuvo la fortuna —o la desgracia— de tener en su clase a varios jóvenes marxistas de Polonia y Rusia, impacientes ya con las teorías liberales de moda en aquel entonces y probablemente irritados por el constante énfasis académico en la necesidad de ser objetivos. Algunos de estos jóvenes se ponían de acuerdo para hacerle la vida difícil al profesor; hacían preguntas intencionadas y Rosa Luxemburgo era generalmente la escogida para poner en evidencia el "atraso" del profesor con su facilidad para replicar y su amor al debate.[3]

La vida de Rosa no estaba, por supuesto, limitada a la universidad. Como miembro del Proletariado, uno de los grupos constituyentes del futuro PPS, llegó provista de cartas de presentación y con el derecho, así como con el deseo, de participar en el trabajo del socialismo emigrado. Suiza era en aquel entonces el centro más importante del marxismo revolucionario ruso, y Rosa Luxemburgo pronto se halló inmersa en esta atmósfera acre pero estimulante. La política de estos grupos estaba fuertemente teñida por los problemas de las relaciones personales. Esta atmósfera, cargada con la energía de fuertes personalidades y comprimida por la estrechez de las circunstancias personales, desempeñó un papel vital en la formación de las actitudes y los hábitos políticos de Rosa Luxemburgo. Algunas de las amistades que hizo durante estos años iniciales en Suiza perduraron para siempre, unas cuantas se disolvieron lentamente bajo el impacto de los acontecimientos; pero ella fue siempre más constante en sus enemistades que en sus amistades, y las disputas de este periodo le ganaron algunos importantes enemigos para toda la vida.

A la cabeza de la jerarquía del marxismo ruso se hallaba la enorme figura de Georgi Plejánov. Su Grupo Pro Liberación del Trabajo (Gruppa osvobozhdenie truda) incluía a distinguidos revolucionarios como Pavel Axelrod y Vera Zasulich. Años antes, en 1883, Plenájov se había desilusionado finalmente con los populistas; desde que abrazó el marxismo había usado sus grandes facultades analíticas y filosóficas para explorar campos completamente nuevos. Para la joven generación de marxistas en Rusia y en el extranjero, él era el gigante de su tiempo. La tarea de llevar el marxismo a Rusia había recaído en sus hombros, o, mejor dicho, había sido colocada en ellos nada menos que por el propio Engels. Plejánov era el autorizado intérprete al ruso de toda la sabiduría pasada y presente que venía de Londres. Pero era también una persona sumamente susceptible y prejuiciada que nunca vacilaba en descargar

[3] Frölich, p. 25, basado aparentemente en una historia de Marchlewski. Véase también Julius Wolf, *Selbstbiographie*, en Felix Meiner (ed.), *Die Volkswirtschaftslehre der Gegenwart in Selbstdarstellungen*. Leipzig, 1924, p. 12.

todo el peso de su autoridad sobre sus adversarios, aun cuando la disputa fuese insignificante. Para los jóvenes entusiastas que lo habían admirado desde lejos. El primer encuentro con él era una experiencia estimulante y al mismo tiempo una desilusión, como testimoniaron, cada uno por su lado, Lenin, Mártov y Jogiches. Fue en realidad a través de Jogiches que Rosa Luxemburgo se encontró por primera vez en franco conflicto con el sabio de Ginebra, una experiencia que hubo de hacerlos enemigos para toda la vida.

Jogiches fue la figura más dominante en la vida de Rosa Luxemburgo.[4] Nacido en Vilna en 1867, Leo Jogiches provenía de una próspera familia judía que, al igual que los Luxemburgo, se había asimilado considerablemente a su medio ambiente, aunque era mucho más acomodada que la de Rosa. Llegó a Zurich en 1890 y conoció a Rosa pocos meses después. Él también se había escapado para evitar ser arrestado, aunque su cruce de la frontera rusa fue menos cómodo que el de Rosa: en lugar de viajar sobre paja lo hizo bajo arcilla.[5] Pero iba precedido, o quizá acompañado, de una reputación establecida: él había sido uno de los primeros en organizar a los obreros judíos en Vilna. Inclusive se supone que tuvo contactos con oficiales militares; y una razón adicional que lo presionaba a partir era la desagradable amenaza del servicio militar, posiblemente en un batallón penal, en donde se habría malgastado su talento de agitador. Escapar del servicio militar era tradicionalmente un poderoso propulsor de la emigración de los judíos de Rusia. En el caso de Jogiches, la deserción fue uno de los puntos principales de ataque en la acusación en su contra cuando fue capturado en 1906 durante la revolución. Ya en 1885, a los dieciocho años, había fundado un círculo revolucionario en Vilna, y varios de los dirigentes socialistas judíos que más adelante habrían de construir el Bund judío lo reconocieron como uno de los socialistas más antiguos y activos en la ciudad.[6] Ya había sido arrestado y encarcelado dos veces, habiéndose evadido en ambas ocasiones antes de escapar finalmente a Suiza.

Jogiches había traído consigo una considerable suma de dinero, en parte suya y en parte producto de sus colectas para publicar y distribuir literatura marxista. Los clásicos —sobre todo las traducciones de los tex-

[4] Nació Lev Jogiches en 1867. En las esferas rusas y polacas utilizaba más comúnmente el seudónimo de Jan Tyszko o Tyshka, nombre con el que lo conocen los historiadores del partido bolchevique; en Suiza y más tarde en Alemania se ocultó bajo numerosos seudónimos. Sólo en el círculo de amigos íntimos de Rosa se le conocía por su nombre verdadero, aunque aun esto le molestaba. Me referiré a él como Leo Jogiches a lo largo de la obra.

[5] Frölich, p. 27.

[6] El *Algemener Yiddisher Arbeter Bund*, que se fundó en 1897 y fue la primera organización socialdemócrata de masas en el imperio ruso.

tos de Marx, Engels, Bebel y Liebknecht al ruso, y las obras de Plejánov— eran combustible primario y esencial para la propagación del socialismo. Las publicaciones habrían de ser introducidas de controbando en Polonia y Lituania a través de los canales que el grupo de Jogiches y otros grupos judíos estaban abriendo trabajosamente. Jogiches se dirigió personalmente a Plejánov y le propuso actuar en colaboración: él aportaría el dinero y la técnica, y Plejánov su prestigio y sus derechos de autor. Cuando Plejánov preguntó con frialdad qué bases para la colaboración tenía Jogiches en mente, el joven propuso tranquilamente un trato a medias y su interlocutor le mostró la puerta sin pérdida de tiempo. Sus álgidas diferencias fueron confirmadas por carta.[7] Jogiches no se dio por vencido. Decidió piratear algunos de los clásicos marxistas para traducirlos y distribuirlos en Rusia, y creó su propia empresa editorial para este fin, la Sotsialdemokraticheskaya Biblioteka.[8] En vista de esto, Plejánov declaró la guerra abierta. La instantánea antipatía que Jogiches había despertado en él se convirtió en odio ruidoso y público. Al igual que Trotsky, Jogiches adolecía de dos defectos imperdonables en opinión de Plejánov: la suficiencia agravada por la juventud y el ser judío. En una carta a Engels describió a Jogiches como "une miniature Ausgabe de Nechaieff", una versión en miniatura del más temerario e imprudente discípulo anarquista de Bakunin.[9]

Rosa se enamoró de Leo Jogiches poco después de que se conocieron, y se vio envuelta de inmediato en lo más tupido de la lucha. Su relación era demasiado íntima para que existiera la menor posibilidad de que ella permaneciera neutral. En un principio trató de ejercer una influencia moderadora en Jogiches; para ella, Plejánov era primero y antes que nada el gran hombre, y Jogiches obstinado y tal vez irrazonable, renuente a apreciar la talla de su adversario. Pero el intento fue vano; nadie logró jamás hacer cambiar de parecer a Jogiches por medio de la persuasión, y hacia 1894 ella también estaba dispuesta a dejar al

[7] Véase *Gruppa "osvobozhdenie truda" iz archivov G. V. Plekhanova, Zasulicha i Deicha*. Moscú/Leningrado, 1928, vol. II, p. 310 (de Plejánov a Jogiches), p. 312 (de Jogiches a Plejánov). Un recuento hostil de esos primeros contactos, así como un bosquejo igualmente hostil del carácter de Jogiches, pueden encontrarse en una versión mnnuscrita de las memorias de Axelrod sobre este periodo en los papeles Axelrod en el IISH, Amsterdam.

[8] Duró de 1892 a 1895. Editaron de Karl Marx *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (traducido por Krichevskii) y unas pocas obras más, así como *Das Erfurter Programm* de Kautsky, y dos obras populares sobre las luchas de las clases obreras inglesa y belga. Véase *Z Pola Walki*, 1930, n. 9-10, p. 146, nota 25.

[9] Citado por Leonard Shapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*. Londres, 1960, p. 170. La traducción rusa de la carta, fechada el 16 de mayo de 1894, se encuentra en *Gruppa "osvobozhdenie truda"*, p. 318.

"viejo" con un palmo de narices cada vez que se presentaba la oportunidad.[10]

Esta disputa con Plejánov tuvo consecuencias importantes. Aisló a Jogiches en el movimiento socialista ruso en el extranjero al grado de que la participación efectiva se hizo imposible, cuando menos para un hombre de su temperamento fogoso. Durante cuatro años Jogiches continuó tratando obstinadamente de mantener una posicion independiente en la publicación de materiales rusos, ayudado por el hecho de que su aparato de distribución en Vilna era superior a todo lo que estaba a disposición de Plejánov y Axelrod. En 1892 prácticamente le arrebató a Plejánov una colección de discursos pronunciados en asambleas del Primero de Mayo en Vilna y Varsovia y los publicó en polaco con un prólogo de Rosa Luxemburgo: la primera publicación conocida de ésta.[11] Plejánov replicó entonces poniendo bajo interdicción a la fastidiosa pareja de Zurich. El resultado fue que la empresa editorial de Jogiches fracasó, a pesar de los abundantes fondos de que éste disponía.[12]

Ya en 1892, después de su primera disputa con Plejánov, Jogiches canalizó cada vez más sus intereses y sus fondos hacia los asuntos polacos. La mayor parte de la gente creyó que esto se debía a la influencia deliberada de Rosa; y probablemente así era, aunque Plejánov, que en todo caso prefería la muchacha al hombre, aún pensaba que ella trataba de mantener a Jogiches en el camino ruso.[13] De 1893 en adelante Jogiches actuó tras bastidores junto a Rosa en el movimiento polaco separatista y llegó a ser su principal organizador y convocador, aunque su nombre apenas figura en los documentos antes de 1900. Al impedir a Jogiches cualquier participación efectiva en el movimiento ruso, Plejánov le prestó involutariamente un gran servicio a la socialdemocracia polaca.

Mientras Jogiches luchaba con los intransigentes de mayor edad que él, Rosa Luxemburgo y un pequeño grupo de amigos libraban una lucha igualmente enconada, pero más rigurosamente ideológica, contra las lumbreras del socialismo polaco emigrado. Cuando el Partido Socialista Polaco unificado (PPS) fue fundado a fines de 1892, todos los grupos en el exilio se adhirieron a él. La creación de un partido unificado y la adopción de un programa aceptable para todos los diversos grupos, fue

[10] John Mill, *Pionirn un Boier* (Precursores y fundadores), Nueva York, 1946, vol. I, p. 102. Véase también las cartas Seidel, *Z Pola Walki*, 1959, n. I (5), p. 71.

[11] *Historishe Shriftn*, p. 376. Cr. R. Kruszynska, *Swieto Pierwszego Maja* (Celebración del Primero de Mayo), París, 1892.

[12] *Historishe Shriftn*, pp. 371-72, y nota de pie de página. Plejánov calculó la suma en 15 000 rublos, casi 1 500 libras esterlinas, loc. cit., p. 319.

[13] John Mill en "Vilna", *Historishe Shriftn*, pp. 74 y ss. Sobre Plejánov véase más adelante pp. 75 y 90.

un logro considerable, del cual se sentían justamente orgullosos los participantes.[14] El programa del PPS no sólo satisfacía las estentóreas exigencias de los representantes en el extranjero, sino que también colmaba las aspiraciones de los grupos en el interior de Polonia, aunque éstos no estaban obviamente en capacidad de hacer escuchar sus opiniones con tanta fuerza como los emigrados. Se trataba necesariamente de un programa de transacción, ni rigurosamente marxista ni particularmente nacionalista. Al igual que los de la mayoría de los partidos socialistas occidentales, ofrecía una declaración de plena fe marxista como su programa máximo, así como orientaciones para las tácticas más inmediatas, el llamado programa mínimo. Pero en tanto que los partidos socialistas más grandes en el Occidente hacían de la organización su principal campo de operaciones y guardaban el programa del partido para los días de conmemoraciones y desfiles, como un símbolo sagrado, para el partido polaco su programa era la niña de sus ojos, el único factor de cohesión. Al cabo de unos cuantos meses de su adopción, se convirtió en objeto de una aguda controversia. Y no había una estructura organizativa que impusiera la disciplina.

En julio de 1893 apareció en París el primer número de *Sprawa Robotnicza* (La Causa Obrera). El periódico se presentó a sí mismo con un editorial que definía su propósito y la línea que seguiría: estricta adhesión a la causa de las clases trabajadoras en su lucha contra el enemigo de clase. El énfasis recaía en la lucha contra el capitalismo, la solidaridad con las clases trabajadoras rusas en su lucha contra el absolutismo zarista, y el carácter internacional de todos los movimientos de clase obrera, incluido el polaco.[15]

Sprawa Robotnicza fue la creación de un pequeño grupo de jóvenes entusiastas polacos, en su mayoría estudiantes en el extranjero. Desde el primer momento Rosa Luxemburgo fue uno de sus puntales, y en 1894 ocupó formalmente la dirección bajo el seudónimo de R. Kruszynska.[16] Los fondos con que se pagaba la publicación eran proporcionados por Jogiches, y *Sprawa Robotnicza* adoptó muchas de las ideas y métodos, con un acento particularmente polaco, que Jogiches había esperado poner en práctica en colaboración con Plejánov. Pero el periódico no recibió el apoyo de los dirigentes del PPS. El primer número anunció la línea independiente e inusitada del periódico, particularmente en lo tocante a la cooperación con las clases trabajadoras rusas. La tónica de

[14] Op. cit., cap. I, p. 61.

[15] "Od redakcji", *Sprawa Robotnicza*, n. I, julio de 1893, reimpreso en *SDKPiL: Materialy i dokumenty*, Varsovia, 1957, vol. I, parte I (1893-97), pp. 1-3.

[16] *Sprawa Robotnicza*, n. 7, enero de 1894; *SDKPiL: Materialy i dokumenty*, vol. I, parte I, p. 128.

este último planteamiento chocaba directamente con el intento de la dirección del PPS de liberarse de la tutela rusa. En el primer número, por otra parte, no aparecía una sola palabra acerca de la independencia de Polonia. Por el contrario, el avance del socialismo en Polonia se presentaba tan sólo como parte del desarrollo general en Rusia.

La elección del momento de aparición de *Sprawa Robotnicza* no fue accidental. El Tercer Congreso de la Internacional Socialista habría de tener lugar en Zurich del 6 al 12 de agosto de 1893. El grupo relacionado con *Sprawa Robotnicza* reclamó ahora una representación en el congreso como parte de la delegación polaca. Aunque los socialistas polacos, a diferencia de los rusos, habían logrado constituir un partido unificado, la representación en el congreso se basaba todavía en grupos individuales y periódicos, sin la disciplina y los votos en bloque de los partidos occidentales como el alemán o el austriaco. Siempre existía cierta confusión en relación con los mandatos de aquellos grupos sueltos, que generalmente tenían que ser adjudicados por el congreso.[17] Si el grupo de la *Sprawa Robotnicza* podía demostrar que sostenía un periódico viable, su derecho *prima facie* a estar representando en el congreso quedaría establecido. A fin de asegurar doblemente la representación, Rosa Luxemburgo escribió un informe de minoría polaco en nombre del grupo de la *Sprawa Robotnicza* sobre el desarrollo de la socialdemocracia en la Polonia rusa entre 1889 y 1893, el periodo transcurrido desde el último congreso de la Internacional en París.[18] Tales informes sobre la actividad interna a la Internacional eran normalmente presentados por cada partido afiliado a la Internacional. Pero el documento del grupo de la *Sprava Robotnicza* era una iniciativa extraoficial; la dirección del PPS presentó su propio informe, de suerte que el Congreso recibió dos documentos separados y muy diferentes que pretendían representar al movimiento socialista de la Polonia rusa o (como se le llamaba a veces) la Polonia del Congreso. El informe de *Sprawa Robotnicza* contenía la frase ominosa de que "la historia socioeconómica de las tres partes del antiguo reino de Polonia ha determinado su integración orgánica en

[17] Los procedimientos de las comisiones de mandatos de los congresos de la Internacional, establecidos después de 1896, siempre ofrecieron un buen ejemplo de la cohesión de los partidos. Las delegaciones de los bien organizados partidos de la Segunda Internacional no presentaban muchos problemas, y la mayor parte del trabajo de la comisión de mandatos tenía por objeto zanjar las disputas de grupos sueltos tales como los polacos y los rusos, y movimientos separatistas como los norteamericanos y los franceses. Al organizarse mejor el socialismo europeo, las disputas sobre los mandatos disminuyeron en número e intensidad.

[18] Este documento fue escrito en alemán, pero no se conserva ninguna copia del informe original. Se incluyó una traducción polaca en la recopilación *Kwestia polska a ruch socjalistyczny*, Cracovia, 1905, pp. 173-77.

tres potencias particionistas y ha creado en cada una de las tres partes [de Polonia] distintas finalidades e intereses políticos".[19] Esto era una negación velada de todo el razonamiento en favor del restablecimiento de la Polonia histórica. Al recalcar y al apoyarse en el desarrollo de los acontecimientos de la época moderna, indicaba que cualquier política de independencia polaca no era más que un intento de aferrarse a reliquias históricas arcaicas. Las actividades del *Sprawa Robotnicza* se dejaban ver como claramente separatistas y potencialmente opositoras respecto del partido polaco principal.

La delegación polaca oficial de la Asociación de Socialistas Polacos en el Extranjero informó al presidente del buró del congreso, el dirigente socialista belga Vandervelde, que se oponía a uno de los mandatos polacos: el de Kruszynska. El buró, en un principio, trato de mantener la paz; en su informe al congreso recomendó la aceptación del mandato y la aparición de Kruszynska (Rosa Luxemburgo) como miembro de la delegación polaca. Daszynski de ahí en adelante planteó el asunto ante el propio congreso. Pidió que el mandato fuera revocado en virtud de que "sólo ha aparecido un número del periódico [*Sprawa Robotnicza*], el mandato no tiene firma y nadie conoce siquiera al director que envió a esta delegada".[20]

Rosa Luxemburgo era la persona menos capaz de dejar sin respuesta un desafío público. Replicó de inmediato. "Estos hechos se deben a la peculiar situación existente en la Polonia rusa. El periódico es una empresa literaria socialdemócrata y expresa la opinión del proletariado socialista polaco."[21] Quisiéralo o no, el congreso tuvo que escuchar los argumentos en conflicto. Daszynski subrayó la falta de importancia de sus adversarios, en tanto que Rosa Luxemburgo defendió su caso sobre la base de diferencias fundamentales de política.

Emil Vandervelde, el dirigente socialista belga, dejó una descripción de la escena:

> Rosa, que entonces tenía 23 años, era desconocida fuera de uno o dos grupos socialistas en Alemania y Polonia [...] pero sus adversarios se vieron en dificultades para defenderse de ella [...] Se levantó entre los delegados en el fondo de la sala y se subió a una silla para hacerse escuchar mejor. Pequeña y de aspecto frágil, con un vestido de verano que disimulaba muy eficazmente sus defectos físicos, abogó por su causa con tal magnetismo y palabras tan convincentes que se ganó de in-

[19] Ibid., p. 176.
[20] *Protokoll, Internationaler Sozialistischer Arbeiterkongress in Zürich* (*Organizationskommittee Zürich*, 1894), p. 14.
[21] Op. cit., p. 15.

inmediato a la mayoría de los delegados, quienes levantaron la mano en favor de la aceptación de su mandato.[22]

La memoria y la caballerosidad —a la Segunda Internacional no le faltaba galantería— deben de haber engañado a Vandervelde. Después de un nuevo tumulto, durante el cual Marchlewski y Warszawski hablaron en favor de Rosa, el congreso en realidad votó para rechazar su mandato. Plejánov respaldó con su voz y sus votos al PPS; ya les había prometido de antemano su apoyo a sus amigos polacos y vio en el asunto una espléndida oportunidad para vengarse de la irritante pareja de Zurich.[23] El buró, sin embargo, cuestionó la votación del congreso, que había tenido lugar en medio de cierta confusión. La delegación polaca exigió una votación por delegaciones nacionales y éstas votaron 7 en favor y 9 en contra del mandato de la muchacha, con 3 abstenciones. Rosa abandonó la sala, con el rostro encendido, bajo protesta. Su amigo Marchlewski sin embargo, se quedó, puesto que nadie había impugnado su mandato.[24]

Aunque Rosa Luxemburgo no logró mantener su posición contra la poderosa oposición de Daszynski y los demás delegados polacos, consiguió en lo personal una especie de victoria moral. Entonces y posteriormente dio la impresión de que se había visto obligada, con renuencia, a ventilar disensiones personales en público: al insinuar que la disputa se refería a los principios y que Daszynski y el PPS eran quienes trataban de suprimir a una oposición inconveniente con cuya política no estaban de acuerdo. La Segunda Internacional se apegaba a la majestad de los principios y la mayoría de sus dirigentes odiaban las polémicas personales en público. Cuando el siguiente congreso de la Internacional se reunió en Londres en 1896, el derecho del grupo de Rosa Luxemburgo a ser escuchado como representante de un sector genuino, aunque pequeño, del socialismo polaco estaba ya a salvo de cualquier impugnación. El congreso reconoció el mandato de Rosa y siguió haciéndolo hasta que, después de 1900, la dirección del PPS dejó de impugnarlo.

Ahora que la guerra quedó abiertamente declarada entre el grupo de la *Sprawa Robotnicza* y la dirección del PPS, no tenía sentido que la oposición permaneciera dentro de la organización del PPS. Originalmente aquélla había considerado la formación de un grupo oposicionista dentro

[22] Citado por Frölich, pp. 51-52. No he podido encontrar la descripción original en las numerosas obras de Vandervelde. No está en su *Souvenirs d'un militant socialiste,* París, 1939.

[23] Sobre las maniobras de Plejánov antes y durante el congreso, véase *Perepiska G. V. Plekhanova i P. B. Akselroda.* Moscú, 1925, vol. I, pp. 74 y ss., 143.

[24] *Protokoll, Internationaler. . .Kongress,* p. 15.

del partido, probablemente con la esperanza de influir y persuadir a un número cada vez mayor de miembros del PPS de que adoptaran su propio punto de vista.[25] Pero la actitud de la dirección en el Congreso de Zurich y los subsiguientes ataques en la prensa del PPS contra los disidentes mataron tales esperanzas. Se decidió formar un partido completamente nuevo llamado Socialdemokracja Królestwa Polskiego (La Socialdemocracia del Reino de Polonia: SDKP). El nombre lo eligió Rosa Luxemburgo, y definía en sí mismo la actitud del nuevo partido: al adoptar deliberadamente las limitaciones geográficas del Reino de Polonia, incluso la sugestión de *Polonia rediviva* se eludía cuidadosamente. El órgano político del nuevo partido era *Sprawa Robotnicza,* su único periódico. El programa del nuevo partido se basaba en la declaración de política editorial que había aparecido en el primer número del periódico en julio de 1893. Esta declaración, junto con el informe del grupo al Congreso de Zurich, fue adoptada formalmente como programa en el primer congreso del partido, celebrado en marzo de 1894.[26]

A pesar de todo el entusiasmo público por la fundación de un nuevo partido, había un elemento un tanto indefinible y bien disfrazado de "uvas verdes". Habiendo reconocido la imposibilidad de permanecer en el PPS, Rosa hizo un intento más bien débil de unirse a los rusos, sólo para ser despectivamente rechazada por Plejánov, quien informó jubilosamente a Engels sobre el desbarajuste polaco y caracterizó a Rosa como el apéndice femenino de Jogiches.[27] Así, el SDKP fue el producto de la desilusión tanto como del entusiasmo. De cuando en cuando Rosa habría de suspirar brevemente por un partido polaco unido... basado en su política y sus actitudes, *bien entendu.*[28]

El SDKP se veía a sí mismo como el sucesor directo del Proletariado, y se apartó radicalmente del programa unitario de transacción alrededor del cual se había formado el PPS. El objetivo inmediato —el programa *mínimo* que todos los partidos socialistas predicaban en contraste con el objetivo *máximo* a largo plazo de la revolución social— era una constitución liberal para todo el imperio ruso con autonomía territorial para Polonia: la curiosa solución semifederal que Rosa Luxemburgo y sus compañeros habrían de defender denodadamente en el partido ruso durante muchos años y que habría de ser objeto de tantos acres debates. El

25 Véase la declaración en *Sprawa Robotnicza,* n. 2, septiembre de 1893.

26 Véase el artículo principal de Rosa Luxemburgo, "Nowy etap" (La nueva etapa), *Sprawa Robotnicza,* n. 9, marzo de 1894.

27 *Gruppa "osvobozhdenie truda"*, vol. II, p. 320. Plejánov llamó al informe del *Sprawa Robotnicza* ante el Congreso en Zurich un "embustero documento jesuítico".

28 "Estoy segura que estos golpes serían mucho menos dolorosos [la pérdida de un transporte de material ilegal] si fuéramos un solo partido unido." Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1930, n. 9-10, p. 149, fechadas el 10 de abril de 1895.

SDKP recalcaba la necesidad de una cooperación estrecha con los socialistas rusos, aunque no mencionaba ninguna preeminencia para éstos como se había reconocido en el acuerdo entre la Narodnaya Volya y el Proletariado. La independencia de Polonia se rechazaba ahora específicamente; según la expresión de Rosa Luxemburgo, era "un espejismo utópico, una ilusión creada entre los obreros para desviarlos de su lucha de clases".[29]

La consecuencia táctica de esta posición era que los socialistas polacos en cada una de las zonas ocupadas tendrían que ingresar en los partidos socialistas de las potencias ocupantes —el alemán, el austriaco y el ruso— o cuando menos federarse con ellos. Se abrigaba la esperanza de que pronto se crearía un partido ruso unificado que hiciera posible tal cooperación. Desde el momento de su fundación, el SDKP exhortó devotamente a los rusos a que crearan el partido unificado necesario. Por lo demás, el programa del SDKP se basaba en el modelo del programa de Erfurt adoptado por el Partido Socialista Alemán en 1891 con su cuidadosa síntesis de tareas inmediatas y objetivo revolucionario final. Pero reconocía que las condiciones en Polonia eran menos favorables, en un aspecto muy importante, que las de Alemania. Puesto que en Rusia no existían posibilidades de agitación y propaganda electoral abiertas como las que había en Alemania, el objetivo inmediato de todos los socialistas en el Imperio debía ser una constitución liberal para Rusia.[30]

El programa entero era, sobre todo, una reacción contra la posición y la organización del PPS. Sus posibilidades de éxitos concretos por el momento eran reducidas. No había un partido socialista ruso al cual unirse, no existían perspectivas de contribuir en forma significativa a ninguna reforma constitucional en Rusia, y las posibilidades de atraerse a una parte sustancial de los miembros del PPS o de influir en los acontecimientos nacionales eran pocas. Aun cuando el primer congreso se celebró ilegalmente en Varsovia —lo cual fue motivo de gran orgullo para los nuevos dirigentes, aunque éstos no pudieron participar en la reunión—, el partido era visiblemente el producto de una escisión entre los emigrados y un resultado típico de la obstinación oriental en cuanto a los principios.[31] Todo el esfuerzo debe considerarse, por consiguiente, como una autoafirmación consciente de una generación de jóvenes revo-

[29] O. B. Szmidt, *Dokumenty*, vol. I, pp. 55-60. La totalidad del Protocolo del Primer Congreso se reimprimió en *Sprawa Robotnicza*, n. 10, abril de 1894 y también en *SDKPiL dokumenty*, vol I, parte I, pp. 174-91.

[30] O. B. Szmidt, loc. cit. Véase también Dziewanowski, *Communist Party*, pp. 24-25.

[31] La escisión de los emigrados y el establecimiento de una organización separada en Polonia se efectuaron independientemente. Sólo más tarde los participantes en el congreso de Varsovia se unieron al SDKP emigrado.

lucionarios opuestos a la dirección más práctica y transigente del PPS. Ello no obstante, la división no era puramente personal. Existían profundas diferencias de política que se cristalizaban cada vez más en torno a la cuestión de la independencia de Polonia. Durante los años inmediatamente siguientes la dirección del SDKP, y Rosa Luxemburgo en particular, se ocuparon en la fundamentación teórica de su posición ante este problema, hasta que la negación de la independencia de Polonia llegó a ser una doctrina en sí. Al mismo tiempo, la intensa polémica con el PPS sobre esta cuestión obligó periódicamente a este último a revisar también su propia posición, y el vago compromiso original a restablecer la independencia polaca se hizo mucho más específico e inequívoco. El movimiento socialista polaco permaneció profundamente dividido en relación con este asunto. A pesar de los periódicos desplazamientos de opinión, estas dos concepciones contrapuestas se mantuvieron vigentes y dominaron al socialismo polaco hasta la primera guerra mundial, obligando a los dos partidos a polarizarse en cuanto a casi todos los demás problemas también.

La creación de una socialdemocracia polaca independiente con una organización pequeña pero viable dentro del país fue un logro notable, aun cuando puso fin a la breve existencia de un movimiento socialista polaco unificado. El nuevo movimiento pudo fácilmente seguir siendo una pequeña secta emigrada sin seguidores ni importancia, como habrían de serlo tantos disidentes rusos y polacos en el futuro. El hecho de que prosperara a pesar de todos los reveses y de que creciera hasta convertirse en un poderoso núcleo que a la larga absorbió a la mayor parte del PPS para formar el Partido Comunista de Polonia, se debe en gran medida a la extraordinaria calidad de sus dirigentes. Más notable aún es el hecho de que fuera, la mayor parte del tiempo, una dirección emigrada. A pesar de la inevitable penetración policiaca en las filas del partido en Polonia, y de la repetida defección de los activistas más importantes, los dirigentes emigrados siempre lograron reconstruir las organizaciones locales y nunca perdieron contacto eternamente con el movimiento clandestino en el interior del país.[32] La mayor parte de lo que se sabe sobre el SDKP se basa en el historial de su política, expresado en publicaciones y documentos; nunca se ha intentado el estudio de su sociología. Con todo, ésta es importante en un contexto mucho más amplio que la historia del socialismo polaco, pues muchos de los dirigentes en el extranjero desem-

[32] Ninguno de los presentes en el primer congreso del partido, a excepción de Bronislaw Wesolowski, desempeñó un papel de importancia en el SDKP. O bien se unieron al PPS, o fueron capturados por la policía, o se marcharon al exilio en donde desempeñaron un papel secundario. Para una lista de los participantes véase *SDKPiL dokumenty*, vol. I, parte I, p. 174.

peñaron un papel importante en otros partidos socialistas y algunos de ellos ganaron renombre más adelante en el partido bolchevique después de la Revolución de Octubre en Rusia.

El núcleo de la dirección se formó entre 1890 y 1893 en Suiza. Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches se habían radicado en Zurich desde 1890. En 1892 Julian Marchlewski llegó a esa ciudad después de un año de encarcelamiento en Varsovia, al cual siguió su expulsión del país.[33] Marchlewski era una especie de figura patricia en este círculo. Su familia vivía en Wloclawek, entre Poznan y Varsovia. No era judío —su padre era polaco y su madre alemana— y en su hogar no existía ninguna tradición de disidencia política ni de condición de minoría discriminada; él había llegado al marxismo exclusivamente por convicción. Aunque por naturaleza era un intelectual, interesado en cuestiones filosóficas y dado a expresar sus pensamientos en un estilo pesado y un tanto indigesto, había "ido al pueblo" voluntariamente, en la mejor tradición populista, y había tratado de absorber la ideología de clase obrera buscando empleo en las fábricas como trabajador textil. En el socialismo de Marchlewski siempre hubo algo de deliberado y sacrificial. Las relaciones personales le resultaban difíciles y al igual que Mehring, era sumamente sensible a los desaires personales; sus momentos más felices eran los que dedicaba a escribir sus complicados análisis de las condiciones sociales. Aunque de ninguna manera coincidía plenamente con todas las ideas de Rosa Luxemburgo la adhesión al SDKP y la completa aceptación de su programa eran parte de su abnegación, aun cuando sus relaciones personales con Rosa eran a menudo incómodas. Marchlewski era con frecuencia el portavoz del partido en relación con planteamientos que él en el fondo no consideraba del todo justos. Rosa Luxemburgo no lo tuvo en verdadera estima durante muchos años: Marchleswski era importante más bien que deseable; ni ella ni Jogiches confiaban completamente en él y cuando Rosa se trasladó a Alemania en 1898 se apartó totalmente de él durante algún tiempo, injustificadamente según se vio más tarde.

Otro de los cofundadores del SDKP fue Adolf Warszawski.[34] Él también había destacado en la Unión de Obreros Polacos. Warszawski era judío, un agitador y orador excelente que podía transformar las compli-

[33] Más tarde Marchlewski utilizó el seudónimo partidario de Karski las más de las veces. Durante su servicio oficial en la Unión Soviética después de 1919 volvió a usar su propio nombre. Murió en Italia en 1925 como antiguo oficial soviético. Una biografía reciente es la de Feliks Tych y Horst Schumacher, *Julian Marchlewski*, Varsovia, 1966 (ed. alemana, Berlín, 1966).

[34] Él también adoptó un seudónimo partidario, Adolf Warski, y lo retuvo firmemente durante el resto de su vida, la mayor parte de la cual pasó después de 1918 en Moscú o bien ilegalmente en Polonia. Finalmente fue una víctima de la purga total de Stalin en el Partido Comunista Polaco en 1937.

caciones del marxismo en consignas e ideas fácilmente comprensibles para las masas. No tenía la preparación intelectual de Rosa Luxemburgo o Julian Marchlewski pero era mucho más el tipo de revolucionario cuya vida entera estaba dedicada a la complicada e ingrata rutina de la persuasión en pequeña escala. Era una persona gris, sin inspiración obvia pero laborioso y completamente absorbido por sus tareas; como tal la atmósfera del grupo bolchevique posterior en el Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (RSDRP) le resultó más propicia que a algunos otros socialistas polacos. Pero él estaba particularmente comprometido con el movimiento polaco. Fue el único miembro de la dirección del SDKP que no desempeñó ningún papel fuera del movimiento polaco y cuya vida entera fue absorbida por éste, permaneciendo fiel al mismo hasta su muerte.

Estas cuatro personas —Rosa Luxemburgo, Leo Jogiches Julian Marchlewski y Adolf Warzawski— constituyeron el núcleo del SDKP desde el día de su creación. Eran más o menos de la misma edad y todos ellos encontraron en el movimiento una realización de sus personalidades y talentos que habría sido imposible en otro lugar. Sin embargo eran personas muy diferentes y de ninguna manera pensaban igual acerca de todas las cuestiones. Su cooperación se basaba en un objetivo a largo plazo que todos compartían y en un temperamento revolucionario común; ninguno de ellos aspiraba a un reconocimiento inmediato en términos de poder y rango dentro de la Segunda Internacional. En realidad, había en ellos cierta impaciencia personal frente a la autosuficiencia de una Internacional que avanzaba interminablemente. Todos ellos eran disidentes por convicción personal, intrusos más bien que conspiradores organizados. Tenían una ilimitada confianza en sí mismos tanto en lo relativo al desarrollo de un futuro socialista cuanto a la justeza de sus particulares análisis y tácticas. Y lo más importante: su colaboración se basaba en un indefinible conjunto de actitudes personales que generaban una especie de consenso espontáneo y flexible que no tenía nada que ver con ninguna disciplina organizativa, ni con una doctrina o siquiera un carisma. En lugar de ser creado o prescrito, el consenso emergía. Aunque los estatutos del partido estipulaban un centralismo riguroso y conspirativo —Lenin de haberlo intentado habría encontrado en ellos un modelo perfecto para el centralismo democrático—, la actuación real de la dirección durante estos primeros años fue informal y personal más que rigurosa y oficial. Las consultas sobre cuestiones de línea política eran de un tipo puramente personal y se realizaban por lo general mediante cartas privadas entre individuos; y no se observaba ninguna de las formalidades típicas de los partidos alemán y austriaco. Sin embargo la colaboración fue tal que durante seis años no se juzgó necesario celebrar un congreso del partido. El segundo congreso no tuvo lugar hasta 1900, para certificar los importantes cam-

bios constitucionales motivados por la adhesión del grupo lituano.[35] Precisamente esta falta de formalidad dificulta la tarea del historiador, pues los comentarios sobre acontecimientos y personas se hacían en una taquigrafía mental imposible de descifrar para el no iniciado.

En torno al núcleo de estas cuatro personalidades creció una constelación mayor de brillantes activistas, atraídos por los objetivos y los métodos del SDKP. En el transcurso de su historia, nombres como los de Dzerzhinsky, Hanecki, Unszlicht y Leder quedaron vinculados con el partido. Algunos, como Dzerzhinsky, se mantuvieron íntimamente relacionados con el movimiento hasta que la gran Revolución Rusa los arrastró a su órbita; otros murieron antes de la primera guerra mundial (Cezaryna Wojnarowska); unos cuantos disintieron desde los primeros tiempos, como Trusiewicz; finalmente, un grupo importante —Hanecki, Leder, Rádek y Unszlicht— se rebelaron contra la dirección emigrada y se separaron para constituir un movimiento disidente en 1911. Pero es notable que el SDKP contuviera en diversas épocas una galaxia tal de personalidades revolucionarias, cuya enorme energía se desbordó sobre los partidos socialdemócratas alemán y ruso sin que ello implicara su separación del partido polaco. Con todo, sólo fueron nuestras cuatro figuras las que acompañaron al movimiento desde su creación en 1893 hasta la fundación del Partido Comunista Polaco en 1918, y ellas particularmente fijaron el tono y aseguraron la continuidad de su política. Sin que seamos injustos con las muchas otras personalidades interesantes que aparecerán en estas páginas, el SDKP, que más tarde se convirtió en el SDKPiL, fue la creación particular de Rosa Luxemburgo, Leo Jogiches, Julian Marchlewski y Adolf Warszawski.

Rosa Luxemburgo fue la principal inspiración de las ideas sobre línea política. *Sprawa Robotnicza* fue primordialmente creación suya; ella escribió el informe disidente al Congreso de la Internacional y los artículos que habrían de formar la base del programa del SDKP. Fue a través de ella como se articuló la insatisfacción con la dirección del PPS, y suya fue la decisión de hacer pública la disidencia. Desde el primer momento, por consiguiente, ella desempeñó un papel prominente en el SDKP, papel que habría de disminuir relativamente a medida que transcurrieron los años y surgió en forma espontánea una dirección más amplia. *Sprawa Robotnicza* se publicaba en París, y entre 1893 y 1898 ella viajó allí frecuentemente, tanto para atender asuntos del partido como para continuar sus estudios en las bibliotecas polacas. En realidad, su segunda visita a París en 1894 fue una especie de operación para rescatar a *Sprawa Robotnicza* de las manos poco inspiradas de Adolf Warszawski: durante varios meses Rosa

[35] Véase más adelante, pp. 95 y 96. Además, el partido sufrió grandes dificultades en Polonia entre 1896 y 1900.

no sólo escribió (o reescribió) la mayor parte de las colaboraciones, sino que pasó horas discutiendo con Reiff, el impresor, sobre prioridades y costos.

De manera similar, el número 77 de la Universitätstrasse era el centro intelectual del SDKP. Pero debido a que Rosa Luxemburgo era siempre la mitad pública de la sociedad, mientras Jogiches permanecía en el trasfondo, el papel de éste ha sido rebajado en exceso. Rosa pensaba y formulaba, pero la tendencia dominante era trazada por él, y muchos de los conceptos que ella desarrolló eran originalmente de Jogiches. Sin duda, todo lo que ella escribía lo discutía con él y no se hacía público sin su aprobación. Sobre todo, sus relaciones personales con otros polacos y rusos las determinaba él, y el problema de si un colega menor era un tonto, un bribón, un crédulo inocente o un farsante astuto, se debatía seriamente entre los dos.[36] Plejánov, particularmente, consideraba a Rosa como un mero portavoz de Jogiches; pero esto era obviamente una de las excesivas simplificaciones personales de Plejánov. La mayoría de sus contemporáneos, sin embargo, estaban más conscientes de la importancia del papel de Jogiches que los historiadores posteriores, y él compartía un aparte sustancial tanto de los triunfos como de las vicisitudes de Rosa.

A medida que la reputación internacional de Rosa crecía, el número de visitantes aumentó y el departamento del segundo piso se convirtió en uno de los puntos del circuito socialista internacional. John Mill, dirigente socialista judío de Vilna y chismógrafo internacional, visitó a Rosa varias veces durante sus viajes desde Rusia en busca de apoyo para la fundación del Bund. Aunque tanto Rosa Luxemburgo como Leo Jogiches se mostraron renuentes a sus primeros exhortos como judíos y firmemente opuestos a contraer cualquier obligación con un movimiento específicamente judío, Mill no obstante los vio con un ojo que en aquel entonces era política y personalmente neutral, si no benévolo. Su descripción de sus vidas y trabajos en este periodo nos dice más que la de los amigos íntimos o los enemigos declarados. Mill describió su primer encuentro con Rosa:

> Era de talla menuda, con una cabeza desproporcionadamente grande; un rostro típicamente judío con una nariz gruesa [...] su manera de caminar era pesada, ocasionalmente desigual, afectada por la cojera; su primera apariencia no causaba una impresión agradable, pero sólo había que pasar un rato con ella para ver cuánta vida y energía había en la mujer, cuán despierta y aguda era y cuán alto era el nivel de estímulo y desarrollo intelectual en que vivía.[37]

[36] Cartas Jogiches. Véase por ejemplo *Z. Pola Walki*, 1930, n. 9-10, pp. 129 y ss.
[37] John Mill, *Pionirm un Boier*, vol. I, p. 167.

Cuando se trató de discutir la cooperación política, sin embargo, John Mill tuvo que enfrentarse a un estallido de reprobación intelectual. "No se puede trabajar con niños políticos locos que sólo quieren jugar a los soldados", fue la respuesta de Rosa cuando Mill aludió tentativamente a la cuestión de las armas. Ello no obstante, los dirigentes judíos apreciaban la pluma ágil de Rosa y las habilidades conspirativas de Jogiches; entre 1895 y 1897 cierta cantidad de material del SDKP fue distribuida a través de los canales del Bund. Cualesquiera que hayan sido las diferencias entre el SDKP y la naciente dirección del Bund, esta última prefería colaborar con Jogiches y Luxemburgo más bien que con el PPS. Las condiciones de Jogiches eran estrictas: él insistía en manejar su propia distribución, y a fin de cuentas el comité en Vilna aceptó de mala gana actuar más o menos como sus agentes. Esta situación continuó hasta 1897, cuando la creación formal del Bund le cerró a Leo Jogiches este conveniente canal de distribución.[38]

En estos años iniciales, de 1893 a 1895, Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches se hallaron casi totalmente aislados. La dirección del PPS había tendido un *cordon sanitaire* en torno a ellos, e incluso los simpatizantes se abstenían de acercárseles por temor a las represalias. La exuberante personalidad de Rosa y su predilección por la expresión en forma escrita la exponían mucho más que a Jogiches, que siempre se mantenía apartado del primer plano. Hacia 1894 ella se había convertido en la mujer espantajo del socialismo polaco. "Había sido tan denigrada por el PPS que se la consideraba poco limpia [*tref*]." Incluso los padres de Julian Marchlewski, íntimo colaborador político de Rosa, se sentían preocupados por la asociación de su hijo con la proscrita de Zurich.[39]

Durante este periodo Rosa estuvo particularmente vinculada con los rusos agrupados en torno a Krichevski y Akimov, quienes habían fundado la Unión de Socialdemócratas en el Extranjero y competían con Plejánov y su Grupo Pro Liberación del Trabajo por el control del naciente movimiento ruso. De 1892 en adelante, Rosa mantuvo una correspondencia constante con Krichevski, y la apreciación de los acontecimientos en Rusia por parte del SDKP fue muy similar a la de la Unión de Socialdemócratas. Además de su estrecho contacto en Zurich, se encontraban regularmente en los congresos de la Internacional y probablemente colaboraron en la presentación de sus opiniones sobre los asuntos rusos.[40] La amistad, sin

[38] *Historishe Shriftn*, pp. 388-90.

[39] *Historishe Shriftn*, p. 391 (traducido del yidish).

[40] Las cartas a Krichevski, ya no existen, a menos que estén encerradas en los archivos del IML (M). Frölich debe de haber tenido acceso a ellas, ya que cita extensamente de una carta (p. 35). Kriechevski encabezó la delegación rusa al congreso Internacional de 1896 en Londres —un papel que la historia del partido

embargo, no sobrevivió a la prueba del tiempo y del desarrollo de los acontecimientos políticos. A fines de siglo un nuevo grupo de emigrados encabezado por Lenin y Mártov se adhirió inicialmente a Plejánov y su grupo; juntos privaron a Krichevski y Akimov de su influencia en el partido ruso al identificarlos —y ésta fue la primera vez que Lenin y Plejánov usaron esta técnica— con el movimiento "economista", que subordinaba la actividad política a la lucha sindical. Krichevski no pudo obtener ya un mandato para el segundo congreso del RSDRP ese año, en tanto que Akimov sobrellevó hasta el congreso de Estocolmo en 1906 una existencia apagada como observador desde la periferia. La constante falta de éxito y la consiguiente humillación personal no eran bienes vendibles en el mercado político de Rosa Luxemburgo; pensando retrospectivamente recordó:

> Pobre Krichevski en París [después de 1900]: una ruina que se quejaba perpetuamente de sus deudas, sus hijos, sus achaques [. . .] No logró mantenerse mentalmente a mi nivel, y cuando volví a verlo fue como si recibiera la visita de un primo provinciano que uno conoció diez años antes como un joven despierto y ahora sólo fuera un preocupado rústico y *paterfamilias* provinciano.[41]

Existe poco material para ilustrar la rutina cotidiana de estos jóvenes socialistas en Zurich. Todos eran pobres, aunque tanto Rosa Luxemburgo como Leo Jogiches recibían ayuda intermitente de sus familias. Estos círculos de emigrados estaban plagados de conflictos personales, y Rosa Luxemburgo hacía un esfuerzo deliberado por evitar los lugares de reunión habituales. La autocompasión, ayudada por el alcohol, era despreciable a sus ojos, y la consiguiente exacerbación de las especulaciones políticas le repugnaba.[42] Su temperamento polémico, su franqueza y su carácter inequívocamente judío atraían sobre ella —entonces como siempre— los estallidos de antisemitismo que siempre se hallaban bajo la superficie de la vida polaca y rusa y que muchos revolucionarios genuinos compartían con sus enemigos. La dirección del SDKP, que contenía una proporción de judíos mayor que la de casi cualquier otro grupo socialista en aquel tiempo, tenía que defenderse constantemente de los ataques teñidos en forma más o menos obvia de prejuicio antisemita. Rosa Luxemburgo se convirtió en el blanco de la mayor parte de las diatribas. Ella fue "la

más tarde le negó, asignándole equivocadamente la jefatura del grupo ruso, retrospectivamente, a Plejánov. Plejánov consideró a Jogiches como el "genio maléfico" del grupo de Krichevski.

[41] Carta a un amigo en ZHP, Varsovia.

[42] John Mill, *Pionirn un Boier*, vol. I, p. 168.

causa directa de la primera erupción exacerbada de furia antisemita por parte de los miembros, antiguamente radicales y librepensadores, de las 'centurias negras' ".[43]

Pero la vinculación poco estricta, compañeril y sin embargo estimulante entre los dirigentes del SDKP constituía su propia defensa ideológica. Para Rosa Luxemburgo los ataques de este tipo siempre fueron particularmente estimulantes. Le daban una oportunidad excelente para poner en evidencia a sus adversarios sin que en realidad tocaran ningún punto especialmente sensitivo de su personalidad. El antinacionalismo era una fuente de orgullo, no una deficiencia.

Para todos los fines y propósitos, Rosa Luxemburgo *fue* la socialdemocracia polaca durante esos años. Sus escritos eran los que causaban comentarios y reacciones. Los demás sólo ayudaban, o, según ella, obstruían: Adolf y Jadwiga Warszawski con su necesidad de ganarse una pitanza para vivir, Marchlewski con su estilo literario aguado que alguna otra persona siempre tenía que vivificar, el propio Jogiches con sus fastidiosas exigencias. Había además todo un grupo que ayudaba, o al que había que ayudar, ocasionalmente: Ratynski, Olszewski, Heinrich. Rosa Luxemburgo se sintió frecuentemente agotada y desilusionada durante 1894 y 1895, cuando sentía que lo estaba haciendo todo y sin embargo, según Jogiches, nunca lo suficiente. Pero la relación entre ellos, tanto personal como política, no sufrió menoscabo por un solo momento. Era la gran fuente de la que Rosa extraía su fuerza.

El SDKP era muy pequeño. Durante siete años, de 1893 a 1900, fue prácticamente una cabeza sin cuerpo. Aunque *Sprawa Robotnicza* alardeaba con bravura sobre los muchos lectores que tenía en Polonia, los visitantes del país descubrían que la organización del SDKP era en gran medida inexistente.[44] Después de su primera visita a Zurich, John Mill accedió a llevar una carta importante de Rosa Luxemburgo a un organizador del

[43] John Mill, *Pionirn un Boier*, vol. II, p. 182. Uno de los dirigentes de estas "centurias negras", Andrzej Niemojewski, identificó a Rosa Luxemburgo particularmente con los reprobables esfuerzos judíos de seducir a los obreros polacos: "Los judíos agitan entre nuestros obreros para provocarlos a que consideren el socialismo como equivalente del odio a la propia patria... Lo que Rosa Luxemburgo y sus simpatizantes inculcan a los obreros no es más que la intoxicación con garabatos. El diabólico trabajo de destrucción llevado a cabo por el excremento judío bajo el disfraz de defender a la clase obrera resulta ser nada menos que el asesinato de Polonia; así como todos los judíos odian a los no judíos, así los socialdemócratas de Luxemburgo sienten un odio intenso por Polonia." (Andrzej Niemojewski en *Mysl Niepodlegla* (Pensamiento Independiente), noviembre de 1910, n. 153, p. 1599.

[44] "La época precursora en el movimiento obrero judío", *Historishe Shriftn*, p. 388.

SDKP en Varsovia llamado Ratynski, hijo de un tendero. El destinatario de la carta resultó ser el único socialdemócrata confeso en toda la ciudad. E incluso para él la tensión pronto resultó excesiva: fue arrestado en 1902 e ingresó en el PPS en el exilio en Siberia.[45] En cuanto a *Sprawa Robotnicza* y sus numerosos lectores, "uno podía buscar en todas partes con velas y no podía encontrarlos".[46] La correspondencia publicada en el periódico de cuando en cuando era a menudo ficticia y resultaba haber sido escrita por los mismos redactores en Suiza. Los visitantes que les contaban las últimas noticias del país se asombraban al descubrir que sus relatos aparecían como cartas de los lectores en el siguiente número del periódico. *Sprawa Robotnicza* sobrellevó una existencia cada vez más precaria desde la primavera de 1895 en adelante, cuando Rosa Luxemburgo salió de París para regresar a Zurich. Los intervalos entre un número y otro del periódico se hicieron más largos, y en julio de 1896 su publicación cesó completamente.[47]

Esta situación, por supuesto, no se debía a ninguna debilidad interna del SDKP, ni siquiera peculiar de éste. El PPS también sufría las infiltraciones de la policía en su organización en Polonia, y ambos movimientos estaban reducidos a fuerzas simbólicas en 1896. El patrón siempre era cíclico: una resurgencia de interés y de crecimiento de las organizaciones era seguida por una reacción durante la cual la policía lograba destruir la mayor parte de los nidos revolucionarios, hasta que otros nuevos podían formarse una vez más. Estas tendencias eran generales en toda Rusia y se manifestaban en todas las provincias. No fue sino hasta los últimos tres años del siglo cuando se produjo un reavivamiento: durante el periodo que vio la formación tanto del Bund como del RSDRP, el movimiento socialista polaco también se benefició de un súbito y rápido aumento de fuerzas. Con el fin de *Sprawa Robotnicza*, el SDKP quedó privado de un órgano periodístico. En vista del estancamiento en el interior de Polonia, parecía más importante proyectar una imagen sofisticada del partido en

[45] Ibid. Véase también *SDKPiL dokumenty*, vol. I, parte 2, pp. 410-12 para una reimpresión del "obituario" de Ratynski publicado originalmente en el *Czerwony Sztandar*.

[46] *Historishe Shriftn*, p. 389. La frase particular pierde su sabor al traducirse del yidish.

[47] El motivo no es totalmente claro. El último número que apareció fue el n. 24 de junio de 1896, antes del congreso de la Internacional. La organización en Polonia reconoció haber dejado de existir debido a la represión policiaca. Pero el material para los números posteriores ya estaba en manos del impresor. Políticamente, el congreso mismo fue cuando menos un triunfo parcial para el SDKP (el PPS no consiguió que su resolución fuese adoptada). Sospecho, solamente a partir de evidencia indirecta, que Rosa y Jogiches deben de haberse disgustado durante esa época y que él debe de haberse negado a aportar más dinero. De todas maneras, los años de 1896-97 están mal documentados.

la Segunda Internacional que traducir el socialismo internacional para beneficio de un número cada vez más menguado de lectores polacos. En 1895, bajo los auspicios de *Sprawa Robotnicza,* había aparecido el primer folleto de Rosa firmado con el seudónimo de Maciej Rozga.[48] Fue su primer pronunciamiento cohesivo sobre la cuestión nacional. Las implicaciones teóricas se daban por supuestas; lo fundamental de la argumentación era inmediato y político. Cualquier énfasis que se pusiera en el nacionalismo polaco habría de desviar a las clases trabajadoras de la intensidad y pureza de su socialismo. Ella consideraba, con tanto vigor como capacidad de convencimiento, que eran causas incompatibles; en lugar de ir de la mano, como sostenía el PPS, lucharían necesariamente por la supremacía; una tendría que suplantar a la otra. Aunque sostenía que el factor socialista era tan progresista como retrógrado el nacionalista, debe de haber sentido un temor definido a la contaminación: en una lucha entre la tendencia nacionalista y la socialista en el seno de una clase obrera bastante poco educada, el socialismo probablemente llevaría las de perder. Sólo el temor aunado a la convicción podría explicar su vehemencia, su disposición a enemistarse en cualquier momento con casi todos los socialistas importantes, desde Liebknecht hasta Lenin, en relación con este problema. Rosa Luxemburgo justificaba su programa antinacionalista en términos políticos demostrando que el nacionalismo era el refugio de la clase media, pero que esa misma clase media había dejado de ser un factor revolucionario en Polonia. Por consiguiente, cualesquiera aspiraciones nacionalistas por parte de los socialistas no harían más que encadenarlos irremediablemente a una burguesía de por sí políticamente impotente. En todo caso, el nacionalismo era algo que las clases medias siempre podrían propagar con más éxito que los socialistas. Lo más importante, sin embargo, era el hecho de que si las clases medias tuvieran finalmente que elegir entre la obtención del apoyo socialista a fin de ganar impulso para una campaña por la independencia de Polonia, o abandonar esta campaña a fin de cooperar con la autocracia contra el fantasma de la revolución social, siempre optarían por lo segundo.

En ocasiones la argumentación en los panfletos parece ingenua, incluso inocente. Rosa exageraba su razonamiento al tratar de extraer todas las ventajas y ninguna de las desventajas de ambas posiciones. Así, argumentaba que la clase obrera, lo bastante poderosa teóricamente para causar el colapso del gobierno zarista e incluso para transformar el orden social, era en realidad *incapaz* de lograr la independencia nacional. "La historia

[48] *Niepodlegla Polska i sprawa robotnicza* (La Polonia Independiente y la Causa de los Obreros), París, 1895. Éste parece ser el título original, aunque en ocasiones se le llama *"Niepodleglosc Polski a sprawa Robotnicza"* (*SDKPiL dokumenty,* vol. I, parte 2, p. 137, nota 3).

demuestra que los obreros, por sus propias manos y contra la oposición de clase de la burguesía, nunca han conquistado la independencia nacional sino que ... [por ejemplo] han arrancado una constitución, primero con la ayuda de la burguesía y después solos."[49] La *burguesía,* pues, tenía que desempeñar un papel doble, y aun contradictorio, para satisfacer a Rosa, apoyando al nacionalismo a fin de descarriar y viciar al socialismo, pero oponiéndosele si los obreros se proponían alcanzar el socialismo a través de un programa de autodeterminación. Este último planteamiento prefiguraba ya la teoría económica posterior que postulaba que a los capitalistas polacos les iba mejor dentro del imperio ruso y lo sabían. Las aspiraciones nacionales sinceras quedaban reducidas arbitrariamente a nada más que el deseo de una pequeña clase: la pequeña burguesía confundida. Esta clase, en el futuro, habría de servir a Rosa como un conveniente cajón de sastre dialéctico para muchos absurdos inconvenientes o abstractos.

Ya sea que los aceptemos o no, los argumentos contra la resurrección de Polonia merecen una cuidadosa consideración. A fin de reforzar su posición, Rosa Luxemburgo no limitaba el razonamiento a Polonia ni el terreno del debate a los socialistas polacos. Parte de la política de combatir al PPS, en el plano internacional, consistía en contrastar la orientación exclusivamente "nacional" de éste con la política virtuosamnte internacional de su propio partido. La antítesis "nacional-internacional" era un arma de eficacia variable, pero era mucho más que un simple truco táctico; el mismo argumento habría de esgrimirse contra la dirección del SDP alemán, durante la primera guerra mundial.

Este problema, con todas las emociones acumuladas que tenía detrás, estalló como una bomba en el siguiente congreso de la Internacional Socialista, que hubo de inaugurarse en Londres el 27 de julio de 1896 con el propósito habitual de pasar revista y examinar el progreso internacional. El PPS preparó con bastante anticipación una resolución en la que se le pedía al Congreso que afirmara su aprobación de la independencia polaca como una "exigencia política necesaria para el proletariado polaco y en realidad de todo el proletariado internacional".[50] El proyecto de resolución recibió una gran publicidad en la prensa del PPS. El comité polaco en Londres trabajó arduamente en público y tras bastidores para asegurarse de que las nefastas actividades del grupo de Zurich serían aplastadas ahora de una vez por todas. No podía permitirse dejar sin respuesta el *Niepodlegla Polska i sprawa robotnicza* de Rosa Luxemburgo; pero, al mismo tiempo, al PPS le interesaba aparecer como la parte injuriada: víctima y no victimario. Simultáneamente con el ataque secreto contra el

[49] Op. cit., p. 53.
[50] Reimpresión en *NZ*, 1895-96, vol. II, p. 461, cf. S. Häcker. "Der Sozialismus in Polen", *NZ*, ibid., p. 327.

SDKP dentro del campo del socialismo polaco, los dirigentes del PPS aprovecharon sus conexiones en la Segunda Internacional para presentar un rostro inocente y puramente defensivo. Lograron su propósito admirablemente. "Me temo que la resolución polaca del PPS, innecesaria pero *ciertamente inofensiva,* será inflada seguramente por ella [RL] hasta convertirla en todo un acontecimiento."[51] La opinión de Victor Adler la compartía la mayoría del aparato jerárquico de la Internacional; Plejánov y su grupo en particular, estaban comprometidos a apoyar inequívocamente al PPS.[52]

La ofensiva no se limitó a la polémica política. Warszawski fue escogido como blanco especial para la acusación personal... como agente secreto de la policía rusa; y Marcin Kasprzak, que había escapado recientemente de Polonia, también se hallaba disponible, convenientemente, para ser calumniado como un individuo de reputación y honradez dudosas. Tales acusaciones individuales se repetían con lamentable regularidad en los movimientos ruso y polaco; en el vasto arsenal de que disponían estos curtidos campeones de la injuria personal, la acusación de trabajar para la Ojrana era la más aviesa y destructiva.[53] Los dirigentes del PPS bien podían darse por satisfechos con sus preparativos para un enfrentamiento final con sus adversarios en el congreso.

Pero Rosa Luxemburgo reaccionó con rapidez y precisión. Elaborados ahora para un público lector más refinado e internacional, los argumentos de su folleto polaco fueron repetidos en una serie de artículos en *Neue Zeit* y *Critica Sociale,* los principales órganos teóricos de los partidos socialistas alemán e italiano.[54] La Internacional en su conjunto y los partidos

[51] Victor Adler a Karl Kautsky, 13 de mayo de 1896, en Victor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky.* Viena, 1954, p. 207 (las cursivas son mías).

[52] *Perepiska G. V. Plekhanova i P. B. Akselroda,* Moscú, 1925, vol. I, p. 156. Véase también el intento de involucrar al distinguido Antonio Labriola y a través de él a los españoles y otros: "Correspondencia B. A. Jedrzejowski-A. Labriola, 1895-97", en *Annali dell' Istituto G. Feltrinelli,* 1960, pp. 226-63.

[53] Sobre las acusaciones posteriores contra Kasprzak, véase más adelante pp. 153-54. El murmullo sin sentido de este tipo particular de acusación efectivamente ensordeció a todos ante la realidad ocasional. Denuncias como la de Azev en 1908 provocaron una conmoción considerable (véase el artículo de Rosa Luxemburgo en el *Vorwärts,* el 27 de enero de 1909). Lenin parecía sorprendentemente imperturbable. Menospreció las acusaciones contra su amigo Zhitomirski en 1912 y no dio importancia cuando Malinovski, uno de sus lugartenientes de más confianza, fue acusado de manera similar por sus oponentes mencheviques en 1914 —aunque en ambos casos la acusación resultó verdadera. Siendo Lenin tan suspicaz normalmente, parece ser que ésta era una calumnia demasiado común para que él la tomara en serio cada vez.

[54] *"Neue Strömungen in der polnischen sozialistischen Bewegung in Deutschland und Österreich"* (Nuevas tendencias en el movimiento socialista polaco en Alema-

alemán y austriaco en particular quedaron informados ahora de que las supuestas tendencias nacionalistas objetables del PPS no se reducían a una incomprensible disputa en el seno de la remota Rusia, sino que afectaban y destruían la preciosa unidad de teoría y organización de los dos grandes partidos. Pues el nacionalismo polaco no era en modo alguno una política socialista de opción, sino la negación de una política; al igual que un camaleón, el PPS, según Rosa, exhibía colores socialistas sólo como un disfraz a fin de socavar la autoridad de la dirección alemana sobre las crédulas y mal educadas masas polacas.

Al mismo tiempo, la dirección del SDKP tuvo que refutar las acusaciones personales contra Warszawski y Kasprzak. La acusación contra el primero fue turnada a un comité investigador, presidido por el impecable y anciano revolucionario Peter Lavrov, el cual, después de unas cuantas sesiones, lo exoneró completamente, tras de que Rosa importunó personalmente al anciano.[55] El caso de Kasprzak fue más difícil debido a lo poco que se sabía realmente de él. Kasprzak era un tipo de conspirador revolucionario a la antigua, un hombre práctico con pistola e imprenta, sin grandes pretensiones intelectuales, pero un líder a pesar de todo. Había sido el guía y mentor de Rosa en los primeros tiempos en Varsovia, y aunque nunca fueron amigos personales ella lo describía como "un compañero de partido muy íntimo" y más tarde colaboró estrechamente con él en Alemania. A fin de evitar el encarcelamiento o el exilio, había simulado locura y había sido confinado a un asilo para lunáticos en Varsovia, del cual logró escapar. Al llegar a Alemania no tardó en ser arrestado por la policía alemana, que a continuación negoció con las autoridades rusas con vistas a su extradición. La dirección del SDKP apeló a prominentes socialdemócratas alemanes en favor de Kasprzak, en tanto que el PPS intentó frustrar esas gestiones con la acusación de que Kasprzak era un espía de la Ojrana. Rosa Luxemburgo se movió en Suiza y recurrió, entre otros, a Seidel para que usara a sus numerosas amistades y

nia y Austria), *NZ,* 1895-96, vol. II, pp. 176 y ss., 296 y ss.. "Der Sozialpatriotismus in Polen" (El socialpatriotismo en Polonia), *NZ,* 1895-96, vol. II, pp. 459 y ss. El italiano es "La questione polacca al congresso internazionale di Londra", *Critica Sociale,* n. 14, 16 de julio de 1896. Los italianos, al igual que todos los demás extranjeros, se confesaron ignorantes sobre los asuntos polacos. Pero Turati, el editor de *Critica Sociale,* "quedó impresionado por los argumentos de peso de Rosa Luxemburgo"; además, "damos importancia a las cartas de Rosa Luxemburgo en vista del hecho de que aparecieron en *NZ,* i.e. el portavoz del socialismo científico, que representa *la opinión oficial de la socialdemocracia alemana".* A pesar de Labriola, se había ganado a los italianos para Rosa. *Annali,* op. cit., pp. 248, 244.

[55] Frölich, p. 52. Sobre la propia entrevista de Rosa con Lavrov, quien derivaba un verdadero placer de las disputas del momento entre los emigrados rusos, véase *Z Pola Walki,* 1930, n. 9-10, pp. 145-46.

relaciones alemanas.[56] Fue a través de esa correspondencia como floreció en los años siguientes una amistad íntima.

El 12 de julio, en camino al congreso que daría comienzo quince días más tarde, Rosa entró en París como un huracán para dar los últimos toques a los dos números siguientes de *Sprawa Robotnicza,* para espolear a los polacos locales como Warszawski y su amiga Cezaryna Wojnarowska, y obtener apoyo para su propia resolución que el SDKP presentaría en el congreso y ganar votos contra la del PPS. La acogida que halló la animó sobremanera. Allemane y Vaillant más o menos le prometieron apoyo; y lo que era más importante, tenían la esperanza de obtener el de Jaurès; se decía que Bernstein simpatizaba, e incluso se sospechaba que Plejánov estaba usando a su colega Gurvich (Dan) para enviar una oferta de reconciliación y cooperación con la delegación rusa al congreso.[57] Esta sugestión fue desdeñosamente rechazada. La cooperación entre Parvus y John Mill también florecía. Rosa se sintió en general mucho más segura de sí misma que durante su última visita a París, e inmediatamente reaccionó con mucha más arrogancia: Wojnarowska estaba "loca" porque impugnó la distribución de mandatos hechos por Rosa; Krichevski era un trapo feo (*triapka*) que acabaría mal (*shvartzen sof*) porque estaba demasiado enfermo y despreocupado para luchar o para escribir; hasta Jogiches se vio atacado frontalmente: "¡Qué bien te ocupaste del informe [de nuestra delegación]! Tuviste toda una semana y sólo ahora empiezas a buscar material [...] Debería darte vergüenza; cuando menos eso podías haberlo arreglado sin mí."[58]

Las actividades de Rosa Luxemburgo y sus artículos en *Neue Zeit* desencadenaron una tormenta. Plejánov se encargó de replicar personalmente en defensa del PPS.[59] Karl Kautsky, el director de *Neue Zeit,* que había aceptado publicar los artículos en vista de su gran calidad y riguroso razonamiento, no estaba de acuerdo con las conclusiones y aportó al debate su propio y muy considerable prestigio al contestarle extensamente a Rosa Luxemburgo.[60] Kautsky afirmó el potencial revolucionario, antizarista, de

[56] Véanse las Cartas Seidel, *Z. Pola Walki,* 1959, n. 1 (5), pp. 66-7, con fecha del 21 de octubre de 1895. La personalidad y hazañas de Kasprzak se parecen a las de Kamo (Ter-Petrosian), el Robin Hood bolchevique. Hasta se parecían físicamente.

[57] Cartas Jogiches, *Z. Pola Walki,* 1930, n. 9-10, pp. 153 y ss. La sospecha de Rosa de que Plejánov inspiró la carta de Dan (reproducida en *Z. Pola Walki*) pudo haber sido injustificada. Anteriormente Plejánov había informado a Engels de que era Rosa la que deseaba acercarse a los rusos. E inmediatamente después del congreso la volvió a atacar por escrito.

[58] *Z Pola Walki,* ibid., p. 160.

[59] *Vorwärts,* 23 de julio de 1896.

[60] "Finis Poloniae", *NZ*, 1895-96, vol. II, pp. 484, 513 y ss.

la lucha por la independencia de Polonia, y se apoyó en toda la autoridad de las opiniones de Marx y Engels, que se sabía de memoria. Advirtió solemnemente que la oposición a estas concepciones sólo podía prestar ayuda activa a los actuales opresores de los polacos, la autocracia rusa.

Las reacciones más violentas, sin embargo, provinieron de los miembros del PPS. *Naprzód* (Adelante) reseñó el primer artículo de Rosa lamentando desdeñosamente que "cualquier periódico alemán serio pueda ser sorprendido en su buena fe por la señorita Rosa... quien ha logrado incluso hacer creer a los buenos suizos que ella representa a alguien o algo en Polonia".[61] A Berfus, uno de los dirigentes de la organización del PPS en Alemania, se le ofreció espacio en el periódico oficial del partido alemán para responder.[62] El debate prosiguió hasta la víspera misma del congreso de la Internacional, con Rosa insistiendo en el derecho a replicar tanto en el *Vorwärts* como en el *Neue Zeit*.[63]

En el Congreso mismo, Rosa encabezó la delegación del SDKP frente a un poderoso grupo del PPS dirigido por su "hombre fuerte" en ciernes, Józef Pilsudski. Para asegurarse por partida doble de que no habría sorpresas desagradables en relación con los mandatos, llegó fortificada con dos mandatos alemanes adicionales que estaban a salvo de cualquier impugnación.[64] Éstos habían sido obtenidos ante las narices de la dirección alemana: los dirigentes provinciales del SPD en Silesia estaban cobrando aguda conciencia de las actividades de las organizaciones locales del PPS y apreciaban los servicios incidentales de la política de Rosa Luxemburgo para mantener a los polacos fieles a la organización del SPD. Pero para la mayoría de los dirigentes de la Segunda Internacional, Rosa no era más que una joven pendenciera que insistía en utilizar su considerable intelecto contra cabezas más sabias y mejor dotadas. Víctor Adler, que encabezaba la delegación austriaca, veía su existencia y actividades con franca hostilidad, de la que nunca habría de desviarse un ápice. Consideraba que sus artículos eran inoportunos y faltos de tacto:

> Ella trata de pensar por nosotros [*Sie zerbricht sich unseren Kopf* ...] Sobre todo temo el efecto que esto pueda tener en nuestro Daszynski. *El* mismo es *muy* sensato, pero tiene que lidiar con sus lunáticos como nosotros con los nuestros [...] Le suplico a usted que me envíe cualquier otra cosa que reciba antes de mandarlo a la imprenta, no con el fin de que yo lo comente sino para poder calmar las cosas y re-

[61] *Naprzód*, n. 20, 14 de mayo de 1896.
[62] *Vorwäts*, 15, 17 de julio de 1896.
[63] *Vorwärts*, 25 de julio de 1896, suplemento n. 2.
[64] *Volkswacht*, Breslau, 1o. de junio y 21 de julio de 1896; *Vorwärts*, 19 de julio de 1896. Véase también *Z Pola Walki*, 1930, n. 9-10, p. 159.

parar el daño que esta gansa doctrinaria nos ha causado. Al demonio con todos estos refugiados...[65]

Wilhelm Liebknecht, el augusto copresidente del partido alemán, había expresado ya su desaprobación en una carta privada enérgicamente redactada, y entró en el debate público poco después del congreso con un artículo polémico contra Rosa en *Vorwärts*.[66] Daszynski se sintió indignado por el informe sobre las actividades socialistas en Polonia con que el SDKP había insistido una vez más en incomodar al congreso, y caracterizó a Rosa como "una persona pedante y pendenciera con una interpretación mecanicista del marxismo".[67]

Frente a tanta oposición personal, parecía que Rosa tendría grandes dificultades en el congreso. Incluso algunos de sus correligionarios más cercanos se sentían renuentes a seguirla en un conflicto frontal con toda la autoridad reconocida y se desligaron parcialmente de sus actividades intransigentes, cuando menos en privado. Marchlewski, que también iba abriéndose paso en las páginas prestigiosas de *Neue Zeit,* le escribió a Kautsky que sus escritos no debían confundirse con los saetazos polémicos de Rosa Luxemburgo:

Mi obra no tiene nada que ver con actitudes llamativas sobre la "cuestión polaca". Ésta tendrá que ser resuelta por nuestros obreros polaen Varsovia y Lodz en su propio beneficio, y sólo cabe esperar que, para desaliento de los emigrados, eso suceda pronto [...] Puedo imaginar que la colaboración por lo menos de uno de mis colegas lo ha hecho pensar a usted en lo que se metió cuando aceptó tratar la cuestión polaca en su periódico.[68]

Con todo, sorprendentemente, los honores del triunfo se repartieron de manera notable entre los dos partidos polacos, o, mejor dicho, entre Rosa Luxemburgo y el PPS. Ella presentó inesperadamente una moción contraria a la del PPS, en la que al objetivo de la independencia nacional se le negaba específicamente validez para cualquier programa socia-

[65] Victor Adler a Karl Kautsky, 13 de mayo de 1896, en Victor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky.* Viena, 1954, p. 207.

[66] Sobre esta carta, véase Frölich, p. 53 y más adelante p. 95; sobre la polémica, véase *Vorwärts,* 11 de noviembre de 1896.

[67] Frölich, p. 53. Sobre el informe, véase *Bericht an den Internationalen Sozialistischen Arbeiter-und Gewerkschaftskongress in London über die Sozialdemokratische Bewegung in Russisch-Polen 1893-96,* sometido por ...*Sprawa Robotnicza*... y sus delegados... Zurich (?) 1896.

[68] Julian Marchlewski a Karl Kautsky, 12 de diciembre de 1896. Archivos IISH, D xvi, 390.

lista. Con la ayuda de un furioso ataque personal contra Rosa Luxemburgo, la delegación del PPS logró persuadir al congreso de que rechazara la moción de aquélla. Para evitar el impasse, George Lansburry, en nombre de la comisión encargada de resolver esta intratable disputa, pidió al congreso que declarara

> su apoyo al derecho de completa autodeterminación para todas las naciones y su simpatía con los trabajadores de todos los países que sufren en la actualidad bajo el yugo del despotismo militar, nacional o de otro tipo. Invita a los trabajadores de todos esos países a ingresar en las filas de los trabajadores con conciencia de clase del mundo entero, a fin de luchar junto con ellos por el derrocamiento del capitalismo internacional y por el cumplimiento de los objetivos de la socialdemocracia internacional.

El congreso aceptó con gusto esta transacción que expresaba el derecho de todas las naciones a la autodeterminación pero no hacía mención particular de Polonia como un ejemplo ni como un un caso especialmente meritorio.[69] Naturalmente, el derecho de Rosa Luxemburgo a aparecer como delegada, y la cuestión de la existencia del SDKP como un miembro aparte de la Internacional, fueron impugnados oficialmente, pero el congreso los sostuvo a ambos. Con razón o sin ella en cuanto al nacionalismo, Rosa quedó reconocida como una contribuyente notable a la corriente principal de las ideas socialistas. Su partido había ganado sus espuelas, aunque por lo que a la Internacional se refería, es probable que hallara más reconocimiento y aceptación como proyección de Rosa Luxemburgo que como el vehículo que la había enviado a ella al congreso.

Naturalmente, el fallo del congreso sobre la autodeterminación fue un golpe. Rosa Luxemburgo era perfectamente sincera al creer en la importancia de la Internacional, no sólo como una confederación de partidos autónomos sino como un órgano legislativo supremo para aquel creciente sector del mundo que representaba al socialismo y al futuro.[70] Ese órgano había aprobado ahora una "legislación" directamente contraria a las propias creencias de Rosa. Varias veces hizo el intento, pero sin mucha convicción, de torcer y reinterpretar el propósito de la resolución del congreso; alegó que lo que el congreso de Londres había

[69] *Verhandlungen und Beschlüsse, Internationaler Sozialistischer... Kongress zu London*, 27 de julio-1o. de agosto de 1896, p. 18.

[70] La Internacional como gobierno de la patria proletaria de Rosa era el corolario necesario de su antinacionalismo. Para un examen más detallado de esta opinión, véase más adelante el apéndice: "El problema nacional."

tenido en mente no era tanto la agitación en favor de la autodeterminación bajo las condiciones existentes del capitalismo, cuanto la esperanza de su realización después que hubiera tenido lugar la revolución social a escala mundial.[71] Esto, desde luego, no era más que un sofisma cínico en el que hasta Rosa Luxemburgo estaba opuesta a incurrir en ocasiones, pues ella misma había señalado con frecuencia que bajo las condiciones del socialismo la autodeterminación era innecesaria.

La polémica, por supuesto, no terminó con el congreso de 1896; ninguna polémica sobre el socialismo terminó en ningún congreso hasta que Stalin convirtió a la policía secreta en alguaciles de los congresos tanto para las ideas como para los hombres. Rosa Luxemburgo había transformado ya los razonamientos sobre la autodeterminación desde un contexto puramente polaco en una cuestión organizativa para los partidos socialdemácratas alemán y austriaco. Ahora amplió todavía más el razonamiento. Habiendo tratado de demostrar que Rusia no era ya el incorregible bastión de la reacción que debía ser debilitado en toda forma posible posible, Rosa Luxemburgo completó el razonamiento demostrando que uno de los bastiones defensivos contra la Rusia agresiva —un Estado turco viable— no era más que una ilusión. Lejos de mantenerlo artificialmente, ese Estado turco y no Rusia era el que debía ser desintegrado. El peso muerto de la dominación turca era incluso incapaz de generar el capitalismo y, por consiguiente, en último término, el socialismo; mientras más pronto fuera destruido y fragmentado en sus partes nacionales constituyentes, mejor. Y a continuación esa región atrasada del mundo podría ponerse al día con los procesos normales de la dialéctica histórica.[72] Turquía era, pues, la excepción que confirmaba la regla. El nacionalismo, lejos de ser un factor moderno progresista, era tan sólo el último recurso de zonas de resistencia solitarias y fosilizadas que la historia había dejado rezagadas.

La opinión pública responsable en la Segunda Internacional se sintió ofendida una vez más. Nuevos ataques polémicos llovieron sobre la atrevida autora. El viejo Liebknecht volvió a empeñar la pluma, y lo mismo hizo el PPS: todo un equipo de escritores del PPS trabajaron en relevos para responder a cada una de las imprevisibles apariciones de Rosa

[71] Las referencias explicatorias a la resolución del congreso se encuentran dispersas a lo largo de su escrito polaco. La reinterpretación más completa de la resolución como un "método particular para ignorar todo el asunto" está en "El problema de la nacionalidad y la autonomía", *Przeglad Socjaldemokratyczny*, n. 6, agosto de 1908. Véase también más adelante el apéndice: "El problema nacional". El PPS, también sostuvo que toda la resolución fue resultado de un cambio inesperado de agenda en un comité no representativo. *Annali*, op. cit., p. 255.

[72] "Die nationalen Kämpfe in der Turkei und die Sozialdemokratie", *SAZ*, 8, 9, 10 de octubre de 1896.

Luxemburgo en letra impresa.[73] Rosa aprovechó ávidamente la oportunidad de replicar que le ofrecieron los directores de *Sächsische Arbeiterzeitung*, el periódico socialista de Dresde. Así ganó la distinción de verse envuelta en una polémica pública no sólo con Kautsky, sino con Liebknecht también.[74] Se dio a conocer en un sector de activistas del partido alemán más amplio del que ella se imaginaba; cuando fue a vivir a Alemania en 1898 descubrió que Rosa Luxemburgo la de Zurich era un nombre familiar para muchos funcionarios de Sajonia que habían seguido sus polémicas con Liebknecht con taimada simpatía y coincidían pesarosamente con su condenación de las tácticas separatistas del PPS.

Aunque Rosa gozaba con estas polémicas, sus compañeros empezaban a preocuparse por el riesgo a que iba conduciendo esta ejecutoria de solista. Leo Jogiches expresó sus propias dudas y las de otros compañeros de partido.[75] Como veremos, esta oposición incansable a la autodeterminación, en la que se apoyaba cada vez más el SDKP con exclusión de todo lo demás, no era en modo alguno grata para todos los miembros. Uno de ellos, Stanislaw Trusiewicz, era el centro de un pequeño grupo en Polonia que empezó a disentir de las actitudes extremas de los dirigentes en el exilio.[76] Otras voces habrían de alzarse más tarde Al mismo tiempo, las oportunidades limitadas de un movimiento polaco en el exilio le iban resultando ya enfadosas a Rosa. Ella anhelaba la oportunidad de ingresar en el campo internacional principal o, cuando menos, en un movimiento con mayores horizontes que el SDKP. Los artículos en *Neue Zeit* y la polémica ininterrumpida en *Sächsische Arbeiterzeitung* y otros periódicos, constituían un trampolín para Rosa Luxemburgo. El hecho de estar en conflicto con la opinión consagrada era secundario; sus opiniones habían merecido una refutación detallada por parte de algunos de los socialistas más notables de la época.

De 1897 en adelante tuvo lugar en toda Rusia un resurgimiento de las actividades socialistas. Las organizaciones judías, que eran el sector con mayor conciencia de clase del proletariado ruso, quedaron unidas en el Bund en 1897, y un año después los rusos, abochornados y galvanizados por este acontecimiento, crearon un partido unificado propio, el RSDRP.[77] Ambos partidos polacos se beneficiaron con este resurgimiento.

[73] Para Liebknecht, véase *Vorwärts*, 11 de noviembre de 1896; la respuesta del PPS la dio Kazimierz Kelles-Krauz en un panfleto en francés titulado *Internationalistes!*, cuya copia manuscrita se encuentra en ZHP, Varsovia.

[74] *SAZ*, 25 de noviembre, 1o. de diciembre de 1896.

[75] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1930, n. 9-10, p. 136.

[76] O. B. Szmidt, *Dokumenty*, vol. I, pp. 177, 195, 230. Sobre las posteriores oposiciones de Trusiewicz, véase más adelante, p 410 nota 48.

[77] En cuanto a los efectos de la formación del Bund sobre la creación del

El SDKP, en particular, ganó un refuerzo importante a través de la adhesión de los socialdemócratas lituanos encabezados por Feliks Dzerzhinsky. Esto no sólo aumentó sustancialmente el número de miembros sino que le proporcionó al movimiento una de sus personalidades más poderosas y activas. En 1898 Dzerzinsky escapó de su exilio siberiano y regresó a su Lituania natal. La situación ahí era un reflejo de la que existía en Polonia: dos partidos, uno con tendencias nacionalistas polacas dirigido por Koczan-Morawski, y el otro el partido socialdemócrata antinacionalista de Trusiewicz. Ambos dirigentes deseaban la fusión con el SDKP y la realizaron en 1899. Trusiewicz había ejercido ya alguna influencia dentro del SDKP.[78] El nuevo partido adoptó ahora el nombre de Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania, SDKPiL en sigla.

Inmediatamente después de la fusión, Dzerzinsky se trasladó a Varsovia, donde empezó a reconstruir la organización casi difunta del SDKP. Aunque poco después volvió a ser arrestado, sus esfuerzos organizativos continuaron prosperando. Para 1900 el SDKPiL se había extendido a las principales ciudades industriales de Polonia y la región carbonífera de Dabrowa, aunque la masa de sus miembros era todavía predominantemente artesanal más bien que industrial.[79] Ahora que por fin había nacido un partido ruso, el SDKPIL recalcó la necesidad de una colaboración estrecha con el mismo y empezó a discutir la posibilidad de una fusión. Esto, tanto como cualquier planteamiento de la independencia de Polonia, lo apartaba del PPS en este momento; el PPS se había vuelto, a fines de siglo, cada vez más antirruso tanto en un contexto socialista como nacional. Más adelante veremos cómo las aspiraciones del SDKPiL se tradujeron en esfuerzos concretos en favor de la unidad con el partido ruso.[80]

Este crecimiento del SDKPiL aumentó la estatura de Rosa Luxemburgo. Aunque ella todavía hablaba en nombre de una pequeña minoría, había alcanzado la respetabilidad a través de la lucha y no era ya la figura aislada y remota de hacía dos años.[81] Las colaboraciones de su pluma podían solicitarse ya sin temor. El Bund le pidió artículos y en 1899 reprodujo su artículo de *Neue Zeit*.[82]

RSDRP y sus primeras relaciones, véase H. Shukman, *The Relations between the Jewish Bund and the RSDRP 1897-1903*, tesis doctoral de Oxford (1960), próxima a aparecer.

78 Utilizó el seudónimo de Zalewski, con el que fue conocido más generalmente. En aquella época "lituano" tenía connotaciones más geográficas que étnicas.

79 Dziewanowski, *Communist Party*, p. 27.

80 Véase más adelante, pp. 231-240.

81 John Mill, *Pionirn un Boier*, vol. II, p. 250.

82 "Der sozialism en Peulen", *Der Yiddishe Arbeter*, n. 8, diciembre de 1899. Véase también "Diskussie vegen unabhengikeit fun Peulen", ibid., n. 13, 1902.

En la primavera de 1897 Rosa presentó su tesis a la Universidad de Zurich para optar al grado de Doctor en Derecho. El título del trabajo era *El desarrollo industrial de Polonia*.[83] Utilizando fuentes hasta entonces desconocidas, analizó el desenvolvimiento de la industria polaca en el siglo XIX. Ése fue, en rigor, el primer analisis económico serio sobre el tema.[84] Rosa Luxemburgo demostraba que, hablando en términos económicos, la Polonia rusa se había convertido en parte integrante del imperio ruso, que el desarrollo económico de Polonia no habría podido tener lugar sin el sustancial mercado ruso, y que la economía de Polonia no tenía sentido en ningún otro contexto. El razonamiento era marxista sólo por implicación; su propósito, probar en términos económicos lo que ella ya había argumentado política y dialécticamente, a saber, que cualquier intento de separar a la Polonia rusa del imperio ruso y unirla a las otras regiones ocupadas de Polonia para formar un Estado polaco nacional o lingüístico, era una negación de todo el desarrollo y el progreso de los últimos cincuenta años. La tesis le servía a ella y a otros como un arsenal de pruebas contra las demandas políticas del nacionalismo polaco. En aquel entonces era una distinción inusitada el que una tesis cuyo tema no perteneciera a las ciencias naturales fuera publicada, y los investigadores de hoy todavía pueden aprovechar una obra original de historia económica cuyo valor no ha caducado ni menguado. Ésta fue la primera de las obras capitales de Rosa Luxemburgo sobre economía, y mostraba ya el particular talento de su autora para amenizar la historia económica exacta con llamativas ilustraciones: una combinación de estadísticas y metáforas sociales que era peculiarmente suya. Rosa esperaba usar la obra como base para una historia general de Polonia, en la cual trabajó intermitentemente a lo largo de su vida sin poder completarla y de la cual no quedan vestigios.

Por aquellos mismos días, el deseo de capitalizar su creciente reputación en un movimiento con mayores alcances que la dirección en el exilio del SDKPiL se transformó finalmente en una decisión definitiva de trasladarse a Alemania. Kautsky, director del importante *Neue Zeit*, la consideraba como corresponsal regular sobre asuntos de la indepen-

83 Su grado oficial fue el de Doctor Juris Publici et Rerum Cameralium. La tesis se publicó (Leipzig, 1898) bajo el título de *Die industrielle Entwicklung Polens*. Información de los archivos estatales del Cantón de Zurich, referencia U 105 b. 4.

84 Según Adolf Warszawski, fueron las investigaciones de Rosa en la Biblioteca Czartoryski en París y en la Bibliotèque Nationale durante los años de 1894-95 las que revelaron un eco polaco de los escritos de los fisiócratas en Francia en el siglo XVIII. Marchlewski aceptó la sugestión de Rosa al respecto como un tema adecuado para su propio doctorado, obteniéndolo con la tesis *Physiokratismus im alten Polen*, Zurich, 1896.

dencia de Polonia.[85] La amistad con Robert y Mathilde Seidel la introdujo personalmente en un círculo alemán más amplio. Robert Seidel había emigrado a Zurich para escapar a una acusación de sedición y había permanecido ahí después de revocada la legislación antisocialista, en parte porque la acusación nunca había sido cancelada y en parte debido a su participación cada vez más absorbente en el movimiento socialista suizo. Había llegado a ser director del importante periódico socialista de Zurich, *Arbeiterstimme*, del cual Rosa se convirtió entonces en colaboradora sobre asuntos polacos; a cambio de ello, Rosa lo ayudaba en su actividad literaria —Seidel tenía pretensiones artísticas— y era una visitante frecuente y bien recibida en casa de Seidel.[86] Sin embargo, fue sin duda en parte la influencia de Seidel la que decidió a Rosa a irse a Alemania.

El alemán de Rosa había mejorado mucho para entonces. Lo hablaba con fluidez, aunque algunas de sus primeras apariciones en público en Zurich no habían tenido éxito porque tendía a excitarse y a ponerse nerviosa.[87] Gradualmente superó este inconveniente, pero durante algunos años siguió siendo más convincente en letra impresa que en una asamblea política y siempre prefirió escribir el alemán antes que hablarlo. Aun cuando no era por regla general una persona apocada, las dudas sobre la corrección de su alemán continuaron mortificándola durante el resto de su vida, a pesar de las opiniones en contrario de amigos y críticos.[88]

Con todo, el traslado a Alemania era un paso de gran trascendencia y Jogiches, entre otros, no fue capaz de aconsejarle que se fuera. Ella necesariamente se vería absorbida por los asuntos alemanes y el socialismo polaco perdería el mejor de sus cerebros.[89] Además, Jogiches se sentía francamente celoso. No poseía la capacidad de llegar a la euforia escribiendo; de hecho, apenas era capaz de escribir en cualquier forma, e incluso la lectura de pruebas de imprenta para Rosa le causaba horas de agonía y le producía "boas constrictoras lingüísticas". Era un estu-

[85] Véase el artículo de Rosa sobre las clases medias en Polonia en *NZ*, 1897-98, vol. I, p. 164.

[86] Sobre Seidel, véase *Z Pola Walki*, 1959, n. 1 (5), pp. 65-6 (Introducción). Seidel era una figura de bastante importancia en el partido suizo y poseía amplios contactos en Italia, Rumania, Croacia y Hungría. Es probable que debido a estos artículos Frölich alegue que Rosa Luxemburgo "estuvo activa en el movimiento de la clase obrera suiza", de lo cual, sin embargo, no existe ninguna prueba (p. 54). El gobierno suizo no lo habría permitido, y en años posteriores la misma Rosa en repetidas ocasiones mencionó su ignorancia de los asuntos socialistas suizos.

[87] John Mill, *Pionirn un Boier*, vol. I, p. 175.

[88] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, Introducción, p. 18. Se sospecha que esta timidez era una forma de falsa modestia.

[89] Frölich, p. 56.

diante desdichado e intermitente, que nunca obtuvo un título. Pero todas las consideraciones técnicas aparte, temía perder a Rosa tanto para sí como para el movimiento polaco. Los informes de ella sobre las atenciones que le dispensaban hombres como Parvus, Bruhns (secretario del partido en Breslau) y Schönlank, lo angustiaban. No sabemos si realmente trató de impedir que Rosa se fuera, pero sí nos consta que le disgustaba la idea. En realidad existían fuertes razones de partido en favor del traslado, razones que ella explotó bien: el rescate de los polacos en Silesia y Poznan de las garras del PPS y la necesidad de ganar simpatías alemanas para su causa. Pero Rosa y Jogiches se conocían demasiado bien para que la simulación fuera efectiva. La ambición que él temía era también la fuerza principal que la impulsaba a ella. Rosa sabía que podía hacer una carrera en Alemania, lo sabía y se lo demostraría a las cabezas canas de la Internacional, al PPS y a Jogiches. No tenía necesidad de demostrárselo a sí misma.

Mientras tanto, existía la dificultad de obtener un permiso de residencia. Éste era un problema capital para los socialistas. La mayor parte de las autoridades provinciales alemanas consideraban a los socialistas poco menos que criminales, y a los que eran extranjeros y activos no se les dispensaban las cortesías acostumbradas en aquel entonces a los extranjeros residentes. La única solución —por consejo, una vez más, de los Seidel— era el matrimonio con un súbdito alemán; y así Rosa incubó un plan con una de sus amigas, la esposa polaca de Karl Lübeck, otro expatriado alemán. El viejo Lübeck atravesaba días difíciles; inválido, tenía que explotar antiguas amistades políticas para colocar sus escritos en la prensa del partido alemán. Rosa lo ayudaba en esto, y probablemente escribió algunos de sus artículos, pero su amistad particular era con Olympia Lübeck, que era el polo opuesto de su marido: joven y cabalmente bohemia, sobre todo en cuestiones de dinero.[90] Los alemanes serios nunca habían podido acostumbrarse a aceptar las extravagancias de Olympia Lübeck. Cuando todavía eran emigrados, tanto Kautsky como Bernstein le habían prestado varias veces de sus propios escasos recursos a una familia menesterosa, sólo para enterarse de que Olympia invertía fraudulentamente estos prestamos urgentes en diversiones artísticas: una visita a un teatro, por ejemplo, con todo un grupo de amigos. Las dos mujeres habían sido amigas desde 1890. Olympia ayudó a resolver el problema de Rosa poniendo a su disposición un joven casadero: su propio hijo, Gustav. Éste era serio, poco distinguido, y no le parecía bien la idea. Ya en 1895 había servido como interme-

[90] Sobre los Lübeck véase Karl Kautsky, *Erinnerungen und Erörterungen Materials for an Autobiography*, Amsterdam, 1960, p. 447.

diario para las comunicaciones entre Rosa en París y Leo Jogiches en el este, y sólo había recibido agravios a cambio de sus servicios. Estaba bien enterado de la relación entre Rosa y Jogiches y consideraba indigno y seguramente poco apacible el papel de marido ficticio que se le quería asignar. Pero toda la familia se sentía obligada con Rosa por las largas horas que ésta le había dedicado al viejo Lübeck; en todo caso, la madre de Gustav decidió que una carrera como marido de Rosa era mejor que cualquier otra que él pudiera lograr por su propio esfuerzo.[91] Ninguna objeción valió contra su terca insistencia y el matrimonio se efectuó en la primavera de 1897 en Basilea, poco después de que Rosa terminó su tesis.[92] La joven pareja se separó inmediatamente a la salida de la oficina del registro civil. Pero Rosa tardó otros cinco años para obtener un divorcio. Siempre sintió cierto desprecio bonachón por su marido, aunque al final experimentó un considerable alivio al deshacerse de él. "Típico Lübeck" llegó a convertirse para ella en sinónimo de negligencia e incapacidad. Aun para completar los trámites del divorcio fue necesario movilizar a los Seidel para que supervisaran y apresuraran las cosas, pues Gustav resultó ser incapaz de realizar cualquier gestión por su cuenta. No obstante, Rosa siempre derivó cierto regocijo de su nombre de casada y firmaba jovialmente los registros de hotel y las tarjetas postales con una rúbrica como "Frau Gustav Lübeck".

Consumadas las formalidades, Rosa hizo una última visita larga a París en mayo de 1897, probablemente en compañía de Leo Jogiches. Renovó ahí el contacto con sus amigos rusos, que realizaban urgentemente los preparativos para el próximo congreso del partido ruso. Más importantes para el futuro, sin embargo, fueron sus contactos con prominentes socialistas franceses. El París que originalmente la había disgustado, consistente en ruido, humo y distancia (y demasiados polacos), le ofreció ahora por primera vez su tradicional seducción.[93] Rosa llegó a conocer mejor ahora a Jaurès, Jules Guesde y Edouard Vaillant. A Jaurès lo admiraba, Jules Guesde le mereció una estima un tanto fría y una aprobación más bien impersonal; sólo con Edouard Vaillant llegó a trabar una amistad especial.[94]

El 20 de mayo de 1898 se trasladó a Berlín, una ciudad extraña, sin

[91] Karl Kautsky, Ibid., p. 445.

[92] La copia del acta de matrimonio está en ZHP, Varsovia.

[93] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, n. 9-10, pp. 111, 116. Los primeros comentarios sobre París se parecen a los posteriores sobre Berlín —los comentarios de una aldeana suiza—, pero el juicio sobre el pueblo era diferente: París estaba repleto de mujeres bellas, Berlín de prusianos rígidos (véase más adelante, p. 117). Sin embargo, conocemos pocos detalles sobre su estancia en París.

[94] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 176, fechada el 27 de diciembre de 1915, justo después de la muerte de Vaillant.

amigos, con calles rectas y gentes de espaldas rígidas. La disgustó desde el momento de su llegada, y súbitamente hizo parecer a Zurich curiosamente confortable y atractiva. Pero estas ojeadas sentimentales al pasado carecían de importancia en comparación con el panorama que ahora se abría ante ella: socialismo serio en un clima frío. Con su salida de Zurich, un nuevo capítulo se inauguró en la carrera de Rosa Luxemburgo, y fue con el socialismo alemán con el que habría de estar primordialmente vinculada durante los siguientes veinte años. Por azar del destino, el momento de su llegada a Alemania coincidió con el estallido de una gran tormenta en el partido alemán, que sacudió los cimientos mismos de su ideología establecida.

IV
PRIMERAS BATALLAS EN UNA NUEVA ARENA. 1898-1899

La Alemania en la que Rosa Luxemburgo entró en 1898 era dos cosas diferentes: para un residente era una nueva sociedad, para un socialista era un viejo campo de batalla. Todo socialista tenía esta visión bifocal de su propia sociedad, y trataba, hasta donde se lo permitía su capacidad, de reducir la doble visión a una sola imagen coherente. Antes de examinar el esfuerzo particular de Rosa Luxemburgo, sin embargo, debemos estudiar estos dos aspectos objetivamente y por turno.

Para el resto del mundo, y especialmente para la mayoría de sus propios ciudadanos, el Reich alemán era al terminar el siglo el bastión económico y político de la Europa continental. Bismarck había creado, ante los ojos de sus contemporáneos, un imperio fuerte, rico y creciente a partir de una colección de principados de lengua alemana. Apenas cuarenta años antes éstos habían sido peones en el tablero de una Europa dominada durante dos siglos por la noción de un equilibrio de poder. La Prusia disciplinada y ambiciosa de Federico el Grande había dado paso a una monarquía débil y vacilante, un mero apéndice del conservadurismo de los Habsburgos. Para su vergüenza eterna —vergüenza que ni los conservadores ni los socialistas deseaban ni podían olvidar, y de la cual extraían su respectiva inspiración—, Prusia, en 1849, había tenido que ser rescatada por el zar de Rusia de su propia revolución abortada, el tardío intento de instaurar la democracia. Preñada de revolución, la columna vertebral de Prusia había sido enderezada con el hierro oxidado de la autocracia de Nicolás I; al apoyar al rey de Prusia, el zar logró ahogar la revolución en toda Alemania. Entre otras cosas, los acontecimientos de 1848-49 habían estimulado a Karl Marx a asumir su dominante actitud de desdén político frente al liberalismo alemán. Al cabo de quince años, sin embargo, Bismarck había cambiado todo. Austria había sido expulsada del concierto alemán y se vio obligada a volverse hacia el sur y el este, a los Balcanes, en busca de una esfera de influencia sustituta. La hegemonía francesa sobre Alemania occidental y las resucitadas pretensiones de un Napoleón al trono imperial francés fueron decisivamente derrotadas en 1871. Y lo que era más importante aún: el impulso en favor de la unidad alemana, que había provenido originalmente de los liberales y que en 1848 había hallado expresión en la esperanza de una fusión democrática, igual y espontánea de los di-

versos estados de Alemania, había sido despectivamente viciada y apabullada por Bismarck. Éste había convertido a un casi renuente rey de Prusia en emperador de Alemania; con el apoyo de todos excepto la minoría extremista y lunática de los conservadores prusianos, Bismarck había creado la unidad alemana sin el apoyo de los liberales y bajo sus propias condiciones: la hegemonía prusiana permanente en el nuevo imperio. Los liberales podían hacer una de dos cosas: o aceptar la situación y unirse al contingente de la unidad alemana triunfante, o bien constituirse en oposición permanente e ineficaz a la preponderancia antiliberal de Prusia y las ideas prusianas. Podían ser nacionalistas en un momento o liberales en otro —de tal suerte el nombre del partido, Liberal Nacional, vino a ser la encarnación de un mito—, pero no podían ser ambas cosas. Se decidieron por el nacionalismo y por Bismarck. A lo largo de los años, trataron espasmódicamente de empujar al gobierno del Reich hacia el liberalismo tradicional: libre comercio y más apoyo gubernamental a los intereses de la creciente comunidad industrial y comercial contra la aristocracia terrateniente, los Junkers. Pero el intento era vacilante y no ofrecía esperanzas. Significaba utilizar al gobierno del Reich contra el de Prusia: una imposibilidad evidente. A este respecto, los socialdemócratas vieron con claridad: cualesquiera que fueran las apariencias, el gobierno del Reich nunca podría actuar contra los intereses de Prusia, que era su espina dorsal y su más poderoso elemento constituyente.

Aparte de los conservadores y los liberales nacionales, la gama política burguesa del imperio alemán incluía un fuerte partido católico (centrista), contrapeso histórico del occidente y el sur del nuevo Reich frente al norte y el oriente protestantes. Más hacia la izquierda se hallaba un grupo de pequeños partidos progresistas que, como resultado de la esquizofrenia de los liberales nacionales, acaparaban todas las tendencias oposicionistas del hombre pequeño en una sociedad industrial moderna inserta aún en la estructura de la Prusia semifeudal. Socialmente hablando, los progresistas no eran simplemente pequeños burgueses, sino radicales en el sentido francés e inglés: la expresión de aspiraciones esencialmente políticas y económicas más bien que sociales.

Pero el poder de todos estos partidos, independientemente del número de sus diputados en el *Reichstag,* era limitado. La legislatura era sólo un poco más necesaria para la dirección de los asuntos gubernamentales que la Cámara de los Comunes isabelina. El único control legislativo se ejercía a través del presupuesto, y aun así tan sólo en el cobro, pero no en la erogación de los ingresos. Desde 1870 hasta 1914 los conservadores señalaron una y otra vez que el emperador podía, en cualquier momento, enviar a un oficial y diez hombres a dispersar aquella chusma de legisladores envanecidos y que la mejor manera de demostrar sus derechos y po-

deres era precisamente ésa. El *Reichstag* existía para facilitar la función gubernamental, no para criticarla ni obstruirla.

En todo caso, al gobierno del Reich le resultaba bastante fácil manipular las diferencias entre los partidos en forma tal que siempre podía hallarse una coalición para apoyar cualquier política seguida en un momento dado por el gobierno, ya fuera combinando a los conservadores con los liberales nacionales y los progresistas contra el centro, o mediante un bloque conservador-centrista contra los otros. Sería completamente erróneo equiparar la vida parlamentaria alemana con la de la Inglaterra contemporánea, aun cuando el *Reichstag* era elegido mediante el sufragio universal y la Cámara de los Comunes no. La Cámara Alta del Parlamento alemán, el *Bundesrat* federal, constituía en todo momento un factor conservador. Su estructura federal garantizaba, al igual que el Senado en los Estados Unidos de Norteamérica, una representación desproporcionada de las áreas más pequeñas y conservadoras contra los centros urbanos de gran población. Por otra parte, muchos aspectos de la soberanía quedaban en manos de los gobiernos provinciales. El sistema de elección a la mayoría de las legislaturas provinciales era mucho menos democrático que para el *Reichstag*, y por consiguiente las legislaturas provinciales eran mucho más conservadoras que el propio *Reichstag*. Los miembros del *Bundesrat* del Reich no eran nombrados por las legislaturas provinciales sino por los gobiernos provinciales, cuya voz representaba en el centro, y los cuales, en todo caso, eran todavía más conservadores. Probablemente, con su *Reichstag* elegido por sufragio universal, Alemania parecía mucho más democrática de lo que era en realidad; la historia subsiguiente ha demostrado, como suele hacerlo con frecuencia, que las realidades del poder operaban contra la constitución y la aparente estructura de instituciones creada por ésta.

Hacia 1900 el curso de la historia imperial alemana iba estableciéndose de acuerdo con un nuevo patrón. El auge inmediato después de la guerra franco-prusiana había sido seguido por una nueva crisis, como resultado de la cual se habían aprobado las leyes antisocialistas. Pero la economía pronto se recuperó; a pesar de la salida de Bismarck y del fin de la legislación especial contra la socialdemocracia, Alemania prosperó política y económicamente. Fue una época de auge gradual pero continuo en todo el mundo, y había una atmósfera de estabilidad y confianza. Alemania había llegado con retraso al reparto colonial y no había obtenido lo que consideraba su porción justa. Bismarck no se había interesado en una política colonial con vista al futuro; de hecho, hacia el fin de su carrera había tratado de frenar la extensión de los intereses coloniales alemanes y la expansión de los compromisos internacionales de Alemania, que consideraba contrarios a sus intereses europeos primordiales. Tal

política de restricción, sin embargo, no era del agrado de Guillermo II, heredero de un imperio vigoroso y dispuesto a probar la fuerza de sus músculos. Después de la salida de Bismarck, el gobierno alemán, bajo la inspiración personal del emperador, anunció claramente su intención de obtener la porción que le correspondía en todos los campos de la actividad internacional, posesiones coloniales, poder naval y militar, y una participación en la dirección de los asuntos internacionales adecuada a su rango de gran potencia europea, independientemente de que sus intereses directos estuviesen en juego o no.

Bajo la superficie de toda esta actividad política y este progreso económico, la proliferación organizada de la socialdemocracia había crecido como un hongo enorme en la humedad de un sótano olvidado. Después de 1890, cuando sus actividades volvieron a ser legales, el partido socialdemócrata creció a saltos, como organización directamente política y mediante el desarrollo de su rama industrial, los Sindicatos Libres.[1] A diferencia de Inglaterra, donde el sindicalismo antecedió al socialismo político durante muchos años (prescindiendo de la muy olvidada iniciación en falso de la agitación política entre 1820 y 1840) y creó deliberadamente el partido laborista a fines de siglo, el sindicalismo alemán fue la creatura del partido político y nunca se le permitió olvidarlo.

El SPD había sido una fusión de dos tendencias en la organización de la clase obrera alemana. Una era la de Lassalle, que tenía objetivos puramente políticos y había aparecido ya como una fuerza marginal en el horizonte político a comienzos de la década de 1860. De esta tendencia provenía la tradición de actividad política *dentro* del marco del Estado de clase media: la necesidad de representación e influencia dentro de los órganos del poder estatal. La otra tendencia era marxista y había sido alimentada por Marx y Engels desde los días de la Primera Internacional y durante todo el periodo posterior al colapso de ésta. La fusión de las dos alas había tenido lugar en un congreso celebrado en Gotha en 1875, cuando el programa adoptado había sido mayormente marxista, aunque no del completo agrado de Marx. El progreso del nuevo partido había sido seguido muy de cerca por el gran hombre desde Londres, y después de su muerte Engels se mantuvo en contacto con

[1] De aquí en adelante nos referiremos al Partido Socialdemócrata Alemán como el SPD (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*). Los sindicatos obreros socialdemócratas eran conocidos como los *Freier Gewerkschaftsbund*. Se utilizaba la palabra "libre" para distinguirlo de otras dos organizaciones rivales, la de los Sindicatos Obreros Cristianos que tenía una cierta afiliación con el partido del Centro, y la de los llamados Sindicatos "amarillos" o Hirsch-Duncker, que era una organización liberal fundada en la década de 1850, inspirada por la clase media, un tipo de organización de "la fuerza por medio de la ayuda propia" sin ninguna afiliación o intereses políticos, y como tal enérgicamente odiada por los socialdemócratas.

los dirigentes hasta su fallecimiento en 1895. Marx había desconfiado de la comprensión y las intenciones revolucionarias de los dirigentes alemanes, y frecuentemente los criticó en privado con gran severidad (lo cual fue un secreto de Estado celosamente guardado por unos cuantos de los más altos dirigentes del SPD hasta después de la guerra).

El primer congreso del partido después de la derogación de las leyes antisocialistas tuvo lugar en Erfurt en 1891 y adoptó un programa puesto al día en principios y tácticas que hubo de servirle al partido hasta el momento del estallido de la primera guerra mundial; era reproducido, con solemnidad alemana, como prólogo al informe de cada congreso anual del SPD. El programa apoyaba la concepción marxista del colapso inevitable de la sociedad capitalista. Preveía la instauración, en un futuro distante pero previsible, de una sociedad socialista en lugar de aquélla. Mencionaba el colapso, pero por deferencia a las leyes y a sus celosos guardianes, no aludía a la revolución. Al mismo tiempo, sin embargo, el partido aceptaba la necesidad de proteger los intereses de la clase obrera en el presente y señalaba ciertos objetivos mínimos por los que el partido debía luchar en todo momento. El programa se dividía así entre los objetivos máximos finales y los objetivos mínimos más inmediatos: dos aspectos separados de un todo. El programa de Erfurt era una síntesis de objetivos que no eran necesariamente similares y que podían chocar en ocasiones, exigiendo una elección.[2]

La parte teórica del programa de Erfurt fue obra de Karl Kautsky, el teórico marxista más conocido en Alemania por entonces y persona muy allegada al "viejo" mismo. Kautsky aportaba el vínculo teórico entre Marx y su propio amigo íntimo Engels, por una parte, y los dirigentes del SPD, Wilhelm Liebknecht y August Bebel, por la otra. Pero aun cuando Engels veía con aprobación a Kautsky y su obra, no entendía bien la naturaleza de ésta ni la brecha entre ella y su autor, entre los sentimientos revolucionarios genuinos y los postulados revolucionarios popularizados en abstracto. La difusión de la dialéctica marxista fue la tarea a que Kautsky dedicó su vida, y aunque sus amigos Víctor Adler y Eduard Bernstein le señalaron durante muchos años, en privado y aun en público, que esta dialéctica no podía avenirse en la práctica con las tácticas del partido, él nunca afrontó la "vacía yuxtaposición" del objetivo final y la táctica del momento que él mismo había creado en

[2] Véase Carl E. Schorske, *German Social Democracy 1905-07: The development of the Great Schism*. Cambridge (Mass.), 1955. Ésta es la mejor historia moderna del periodo de la preguerra. Para los trabajos recientes sobre la fundación del SPD, véase Roger Morgan, *The German Social Democrats and the First International 1864-72*. Cambridge, 1965.

el programa de Erfurt.[3] Ni él ni nadie la afrontó, en aquel entonces hubo en Erfurt muchos debates acalorados en cuanto a las tácticas del partido, pero ninguno sobre la adopción de los primeros principios enunciados por Kautsky, los cuales marcaban el derrotero que debían seguir todas las tácticas.[4]

En realidad, sin embargo, esta duplicidad era necesaria, incluso inevitable, para la socialdemocracia política. Cualquier partido político representante de un interés de grupo en una sociedad compuesta de varios grupos o clases tenía que cuidar intereses inmediatos. Esto era especialmente cierto en una sociedad como la Alemania imperial, donde los partidos políticos no podían abrigar esperanzas de llegar al poder y no eran más que grupos de intereses que trataban de inclinar a su favor la estructura de poder permanente del gobierno imperial. Al mismo tiempo, sin embargo, el SPD era un partido que sostenía que aquella misma sociedad en la que operaba estaba inevitablemente condenada a desaparecer a la larga; su objetivo consistía precisamente en ayudar a propiciar esa desaparición y heredar todo el poder. Ése era, otra vez, el programa máximo. En lo tocante a esto, el SPD era algo totalmente nuevo, del mismo modo que el marxismo en cuanto filosofía política era nuevo. Anteriormente habían existido muchos grupos y asociaciones cuyo propósito era derrocar un régimen y que ofrecían bienaventuranzas futuras en lugar de los males del presente. Pero tales partidos siempre habían sido el producto de un acto de voluntad de un grupo de personas, grande o pequeño; habían reclamado para sí la virtud, el poder y hasta la palabra de Dios, pero ninguno de ellos había sido capaz de reclamar la inevitabilidad histórica o de producir una filosofía totalizadora que hiciera a sus actividades objetivamente necesarias así como subjetivamente deseables. Ello no obstante, una combinación de la actividad cotidiana con el propósito de la destrucción total de la estructura misma dentro de la cual tenía lugar esa actividad, no fue nunca una política fácil ni

[3] Véase Erich Matthias, "Kautsky und der Kautskyanismus" en *Marxismusstudien*, Segunda Serie, Tubingen, 1957, p. 160. Éste es el mejor análisis breve de Kautsky y sus ideas. Para mayores detalles y una opinión más comunista, véase el estudio más reciente por Ernesto Regioneri, "Sobre los orígenes del marxismo en la Segunda Internacional", *Crítica Marxista*, no. 5-6, 1965, pp. 1-127.

[4] Algunos de los grandes hombres de la Segunda Internacional cayeron en un largo olvido junto con Kautsky después de la primera guerra mundial, especialmente aquellos que, igual que él, permanecieron fieles a una necesidad puramente teórica de la revolución: ni abandonando el concepto ni intentando llevarlo a la práctica. Kautsky mantuvo su reputación con este pequeño grupo, y solamente con él. Así, Daszynski le escribió el 28 de octubre de 1924: "En mi opinión usted pertenece a los paladines de la nueva era de la liberación proletaria..." (Archivos Kautsky, IISH, D vii, 336). Así, dos de los grandes oponentes de Rosa Luxemburgo se estrecharon la mano en su crepúsculo del olvido político.

recta en la práctica, especialmente en el caso de un partido que observaba las formas de la democracia. Cada uno de los actos de sus dirigentes era asunto público, discutido libremente en cualquier momento y sometido a votación cuando menos una vez al año. La novedad, la singularidad del partido era aceptada, incluso era motivo de orgullo y cuestión de fe; pero había mucho menos comprensión en cuanto a los problemas secundarios, con frecuencia mal definidos, que la acompañaban. El SPD era un partido lleno de confianza; la historia estaba de su parte, y la irresistible fuerza de la historia implicaba una claridad de visión que sólo el partido del proletariado en ascenso tenía asegurada. Pero esta claridad era cegadora a la vez que iluminadora. Iluminaba el abismo entre la burguesía y los socialistas, entre la sociedad organizada y la socialdemocracia organizada, entre "ellos" y "nosotros", de suerte que no había confusión posible; pero oscurecía las consecuencias políticas y personales de una imagen de la vida tan en blanco y negro. Al contemplar el rudo mundo burgués desde su torre de esplendoroso aislamiento, tan remota y virtuosa como el Santo Grial, los socialistas empezaron a verse como seres genéricamente diferentes de los demás hombres, inmunes a sus deficiencias políticas y a sus enfermedades sociales. La terrenidad deliberada de Marx el político —en oposición al filósofo— se convirtió en una especie de recurso para mantener la realidad a raya; el tono directo y abierto del lenguaje socialista parecía complementar procesos de pensamiento puros e idealistas. Se consideraba que ciertas cosas eran válidas y verdaderas porque se las repetía de continuo. La confianza, y la posesión de la dialéctica histórica, venían a ser así un obstáculo para el pensamiento político claro. Cuando empezaron a manifestarse los problemas, el SPD estaba mal preparado para enfrentarse a ellos.

El aislamiento del partido era al mismo tiempo autoimpuesto, en principio, e impuesto por la sociedad. El intento de borrar al SPD del mapa político mediante legislación represiva no se repitió después de 1890, aunque la idea, y sin duda el deseo, tentó espasmódicamente al gobierno imperial y a sus partidarios conservadores. Pero el emperador, que se jactaba de su capacidad personal para lidiar con la amenaza socialista, conservó siempre un particular desagrado frente a su manifestación política, el SPD. A los ojos del cómodo y respetable ciudadano del imperio alemán, leal a la promesa imperial de un lugar para Alemania bajo el sol, el SPD era un partido paria, un proscrito de la patria. Entre los liberales y los progresistas había algunos, especialmente unos cuantos profesores, que comprendían la necesidad social de reconocimiento que existía en las clases trabajadoras y trataban, por decirlo así, de tender un puente directo entre éstas y el trono imperial, sobre bases lassallianas y napoleónicas, para salvar la sima marxista. Pero su intento estaba con-

denado al fracaso, tanto por la completa dependencia de Guillermo II respecto de las fuerzas políticas del conservadurismo como por la radical negativa del SPD a comprometer su política de abstención formal. En Alemania, el partido exhibía su aislamiento con orgullo; para consumo extranjero, todas las afirmaciones de abstinencia y revolución eran reemplazadas en ocasiones por el lamento de que el gobierno se negaba a tratar con justicia a la socialdemocracia.[5] Mientras más fuerte se hacía el SPD, más reiteraba su dirección las agresivas y antiguas palabras de odio a la sociedad burguesa en su totalidad; y más difícil se hacía en la práctica llevar adelante semejante política en un partido de masas.

Aislado, pues, deliberada o inevitablemente, no en un extremo del espectro político sino completamente fuera de éste, el SPD se absorbió más y más en sí mismo. La preocupación por los asuntos internos aumentó a medida que su influencia en la sociedad se reducía hasta la insignificancia. Las elecciones eran simples muestras de apoyo, intentos de atraer al proletariado siempre creciente, cada vez más descontento y empobrecido, engendrado por el capitalismo, a la órbita de la socialdemocracia organizada. Cualquier aumento en los votos del SPD se veía fundamentalmente como una negación del sistema existente en su conjunto y como una protesta contra el mismo. Tenía poco sentido analizar las diferencias precisas entre el partido liberal y el conservador, maniobrar entre ellos aprovechando cualquiera de sus disputas, que de todos modos eran provisionales e irreales y se disolvían en el temor tan pronto como la socialdemocracia intervenía. En suma, el SPD se iba creando un mundo propio. La preocupación principal consistía en ampliar ese mundo lo más posible, de suerte que los socialistas ambiciosos no tuvieran que recurrir a la sociedad burguesa para alcanzar cualquiera de sus satisfacciones políticas o privadas.[6]

Desde el comienzo, la dirección del SPD vivió entregada a los problemas de administración y desarrollo organizativo, en mucho mayor medida que cualquiera de los otros partidos políticos alemanes, que eran meras asociaciones o grupos de interés social que abogaban por sus líneas políticas particulares. Puesto que el poder político en el Reich nunca estaba a su alcance, la vida partidaria, aparte de la que tenía lugar dentro del propio SPD, nunca adquirió una forma estructural. Sólo el SPD, sin embargo, trató de ser al mismo tiempo altamente organizado y se-

[5] P. e. Theodor Barth, "Kaiser Wilhelm II und die Sozialdemokratie", *Cosmopolis*, vol. I (1896), n. 3, p. 873.

[6] Véase J. P. Nettl, "The German Social-Democratic Party 1890-1914 as a political model" (El Partido Socialdemócrata alemán de 1890-1914 como modelo político), *Past and Present*, n. 30, abril de 1965, para una discusión más amplia de la sociología del aislamiento.

veramente democrático. Los congresos del partido comenzaban siempre con un informe sobre la situación organizativa del partido, el presupuesto, el desarrollo y la circulación de la prensa partidaria, el número de miembros inscritos, y con un informe sobre las actividades del ejecutivo, de las filiales provinciales y de la delegación al *Reichstag.*[7] Esto era, en parte, un reflejo de la personalidad de August Bebel, quien a partir de 1875 dominó la política y el espíritu del SPD. Las características organizativas del partido eran en gran medida obra suya. Lo que no se apreciaba tan bien era su extrema astucia como político y su buen ojo para las tácticas partidarias a corto plazo: una virtud un tanto burguesa de la que posiblemente él mismo no estaba consciente. A los ojos de sus contemporáneos, Bebel era, hacia 1891, el gran viejo de la clase obrera cuyas numerosas declaraciones de intransigencia siempre culminaban con un desafío total: "Yo soy y siempre seré el enemigo mortal de la sociedad existente" y "Ni un hombre ni un centavo para este sistema".[8]

Cuando Rosa Luxemburgo ingresó en el partido alemán, la otra personalidad dominante en éste era Wilhelm Liebknecht, que había sido colaborador cercano de Marx y Engels por muchos años y de hecho había propiciado la unión de Bebel y el SPD con los dos exiliados en Londres. Liebknecht y Bebel habían tenido a su cargo, en gran medida, la organización del comité conjunto en pro de la fusión con la organización de Lassalle, la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, fusión que se consumó en un congreso constituyente efectuado en Halle en 1891 (Bebel se hallaba entonces en la cárcel).[9] Liebknecht había sido el maestro inspirador de Bebel y lo había llevado a la órbita de las ideas marxistas; él, más que nadie, había impartido al movimiento obrero alemán su orientación internacional y su posición preeminente en el seno de la Internacional. Liebknecht era una persona mucho más cordial que Bebel, con algo de romántico y moralista, y dueño de todas las ventajas y desventajas de una concepción visionaria de la política. Se acercaba a la política más bien a través de las personas que de las ideas; a diferencia

[7] Estos rasgos distintivos hicieron que sociólogos contemporáneos de considerable penetración, como Max Weber y Robert Michels, vieran al SPD como el primer partido político "moderno" y el posible modelo para el futuro. Estaban tan interesados en su estructura como en su ideología, y utilizaron esta última primordialmente como un contraste con la lógica de la primera.

[8] La primera frase se utilizó en el congreso del partido en Dresde: véase *Protokoll des Parteitages der SPD*, 1903, p. 313. No he podido descubrir el origen de la segunda frase, que incluso pudo no haber sido de Bebel; hacia 1900 se había convertido en una consigna del partido, citada regularmente por todos aquellos que sostenían los "viejos principios".

[9] En este congreso el partido unido adoptó el nombre de *Sozialistische Arbeiter Partei*, que sólo hasta el año de 1890 se convirtió en el *Sozialdemokratische Partei* en el congreso de La Haya.

de Bebel, que podía superar las antipatías personales o al menos mantenerlas escondidas, a fin de realizar combinaciones políticas, a Liebknecht le resultaba casi imposible trabajar con personas que le disgustaban. En los días en que Rosa Luxemburgo llegó a Alemania, los imprevistos arranques del viejo representaban un problema para los eficientes funcionarios de la jerarquía del partido, y su debilidad por la adulación una farsa lamentable pero útil. Auer, el secretario del SPD, le dijo a Rosa Luxemburgo en forma un tanto indiscreta: "Cuando él va a Londres o París le tributan una ovación... tres hombres de los cuales dos son espías de la policía... y entonces él cree que conoce el estado de ánimo del país... Bueno, ya es un hombre viejo[...] Discutir con él es inútil, como ya ha visto. Pero no es un obstáculo serio... se le puede dar la vuelta."[10]

La legislación especial contra el socialismo —la *Ausnahmgesetz*— no había, por supuesto, destruido al SPD o siquiera ilegalizado enteramente su existencia. Pero sus actividades habían sido limitadas, especialmente la propaganda y el reclutamiento; los únicos esfuerzos permitidos eran los que se relacionaban directamente con las elecciones al *Reichstag*. Esto confirió a los asuntos electorales un lugar calladamente especial en la mitología del partido, que no llegó a desaparecer ni siquiera cuando el partido recuperó la plena legalidad. Pero el programa de Erfurt de 1891 confirmó una vez más la dedicación formal del partido tanto a la actividad electoral como al inflexible socialismo a largo plazo dentro del marco de la legalidad recientemente restablecida. De acuerdo con las bases de este nuevo programa, el SPD fue aumentando constantemente su fuerza sin verse molestado por ninguna controversia importante durante ocho años. En el seno del partido no hubo problemas espinosos durante la última década del siglo XIX, cuando menos antes de 1898. La única controversia de importancia tuvo que ver con la reforma agraria. Desde un principio —y aun en la actualidad— el problema de la tierra fue difícil para los socialistas. Era posible producir cambios agrarios radicales en teoría, pero era imposible mucho apoyo o entusiasmo para tales cambios entre los campesinos y los pequeños agricultores, o incluso llevar en modo alguno las ideas del socialismo al mundo agrícola. Desde el comienzo, el programa del partido postuló la eliminación progresiva de las pequeñas propiedades rurales y la creación de grandes haciendas que, cuando llegara el momento, caerían como frutas maduras en el regazo de la agricultura socialista por medio de la simple confiscación. Éste era uno de los ejemplos más obvios de la impotencia historicista: el logro del socialismo mediante el recurso de ayudar al capitalismo en lugar de combatirlo —una trasposición particularmente inflexi-

[10] Cartas Jogiches, 25 de mayo de 1898, *Z Pola Walki*, 1961, n. 3 (15), p. 147.

ble del socialismo industrial a términos agrícolas. Pero algunos miembros del SPD se resistían a abandonar a los trabajadores agrícolas y a los pequeños terratenientes al inexorable destino del materialismo histórico. En 1894 Georg von Vollmar, un alemán del sur, planteó el problema en una forma práctica. En su discurso ante el congreso del partido celebrado en Frankfurt ese año, propuso un programa especial del SPD para la agricultura. Von Vollmar no aceptaba la necesidad de que el campesino se "proletarizara" totalmente mediante la creación de grandes haciendas. La inevitabilidad histórica no era la política adecuada para un partido que se interesaba en el bienestar de los seres humanos: lo que se necesitaba, por el contrario, eran reformas inmediatas y profundas.[11]

Como resultado de esta proposición se integró una comisión para que examinara el problema, y en el siguiente congreso del partido, en 1895, se presentó un radical programa de reforma como resolución del ejecutivo. La resolución, sin embargo, fue rechazada. El programa del partido, con su énfasis en el socialismo como objetivo final, no podía contener simultáneamente reformas que pudieran apuntalar o incluso mejorar la condición de la sociedad capitalista. Por una mayoría considerable, el congreso sostuvo los principios contra las conveniencias.

La discusión sobre la política agraria no fue, en sí misma, de gran importancia. Pero por primera vez emergieron dos grupos diferenciados en el partido. Los partidarios del programa agrario no eran, como podía haberse supuesto, delegados de Prusia y las regiones de los Junkers, donde las condiciones de atraso eran las más marcadas, sino del sur de Alemania, donde la vida política era sin duda más evolucionada y tolerante. El ala del sur en el SPD, que tenía en la legislatura provincial una representación muy superior a la de los gobiernos locales en el norte y el este, pidió ahora al partido por primera vez que reconociera un conjunto especial de problemas en el sur y, en consecuencia, la necesidad de líneas políticas especiales. Su petición fue rechazada. El partido no volvería a atender los programas agrarios como una cuestión capital sino después de la guerra. Pero al mismo tiempo que la discusión sobre el agro, se planteó un problema paralelo, peculiar del sur, que habría de dominar los congresos y la literatura del partido durante los diez años siguientes, como un motivo crónico de recriminación. Los delegados del SPD a las legislaturas provinciales de Württemberg, Baviera y especialmente Baden, habían, desde 1891, votado en favor de los presupuestos gubernamentales locales en sus respectivas legislaturas, y ello en una época en que los congresos del partido reiteraban solemnemente cada año la doctrina de "ni un hombre ni un centavo para este sistema". El SPD convertía en

[11] Véase *Protokoll... 1894*, p. 134.

una ceremonia solemne cada negativa a ayudar al Estado clasista a cobrarle impuestos al pueblo para mantener su tiranía; sus diputados votaron sólidamente contra un presupuesto gubernamental del Reich tras otro. Los fondos públicos se usaban necesariamente, en parte, precisamente para combatir al SPD manteniendo la policía, los tribunales y, sobre todo, el último recurso antisocialista: el ejército. La acción de los alemanes del sur no era, pues. una desviación secundaria de la conducta formal del partido, sino un golpe al principio vital del aislamiento, de la oposición total.

Ya en 1894 se había presentado al congreso del partido una resolución que prohibía de manera tajante a las delegaciones del SPD en cualquier parlamento votar en favor de cualquier presupuesto. Los alemanes del sur combatieron esta resolución; sus portavoces argumentaron que la importancia del SPD como factor político en el sur quedaría destruida para todo propósito práctico si la resolución se aprobaba. Esta vez la resolución ortodoxa fue derrotada. En 1895, en Breslau, una resolución similar volvió a perder. Bebel, entro otros, no veía con buenos ojos la votación sobre los presupuestos en el sur. Pero mientras la ficción de las circunstancias especiales se mantuviera y los principios del partido no se vieran específicamente socavados, era posible atender sin mucho ruido la urgente conveniencia de un grupo de distinguidos camaradas del sur. Cuando el viejo Engels protestó desde Londres que Vollmar difícilmente era un buen socialdemócrata, y posiblemente era un traidor abierto, Liebknecht tuvo que escribirle en tono de semidisculpa para apaciguarlo.[12]

Por último, debemos echar una ojeada a la estructura y la organización del partido en que Rosa Luxemburgo acababa de ingresar. Sobre el terreno, el SPD estaba organizado como una colmena, de acuerdo con las divisiones administrativas de Alemania. La organización local correspondía al área de un *Kreis*, equivalente aproximadamente a la extensión de un consejo distrital rural o urbano. La organización inmediatamente superior era la provincial, y en la cumbre se hallaba la organización central del partido con una proliferación de comités y comisiones que habrían de crecer en número e importancia al correr de los años. El *Vorstand* (ejecutivo) del partido era el depositario de la autoridad ejecutiva, bajo la presidencia conjunta de Bebel y Liebknecht, pero sometía sus actividades y se sometía a sí mismo a la aprobación y la crítica en cada congreso anual. El congreso no era tanto un parlamento o soviet cuanto una asamblea constituyente anual, la expresión de la voluntad

[12] Rosa Luxemburgo, *Gesammelte Werke*, vol. III, p. 13 (Introducción de Paul Frölich). Véase también Federico Engels a Wilhelm Liebknecht, 27 de noviembre de 1894.

general del partido: un concepto muy rousseauniano. La constitución del partido era efectivamente democrática. Todos aceptaban, cuando menos tácitamente, que el congreso del partido era la autoridad suprema en lo tocante a todas las cuestiones de administración, política y personal. Las actividades del ejecutivo, los principales acontecimientos del año, la acción de las delegaciones parlamentarias y de sus miembros individuales eran examinadas en forma extensa y con frecuencia muy detallada. Todo el que tenía algo que decir podía hacerlo, concediéndosele tiempo con generosidad; si éste era insuficiente, podía pedir una nueva oportunidad para hablar sobre el asunto, y, en circunstancias normales, su petición era aceptada. Un miembro distinguido del ejecutivo o del partido presentaba generalmente cualquier tema con un discurso oficial de cierta extensión, después del cual se abría la discusión general. Las cuestiones particularmente importantes, o aquellas sobre las cuales existía desacuerdo, eran objeto de dos discursos oficiales.[13] El status del congreso del partido era precisamente el de un todopoderoso tribunal de apelaciones como el que siempre han tratado de constituir, sin lograrlo, las conferencias del Partido Laborista inglés. Hasta la primera guerra mundial el SPD, a diferencia del Partido Laborista, siempre controló efectivamente a sus miembros en el *Reichstag*.[14] Los auspiciadores de las resoluciones, miembros del ejecutivo o simples delegados, atribuían gran valor a la aprobación de aquéllas por el congreso. Las resoluciones se convertían entonces en "ley" del partido durante un año cuando menos, o por más tiempo si el partido no las alteraba o revocaba. La historia del SPD estuvo llena de quejas de que las resoluciones del congreso del partido eran ignoradas o desacatadas; las disputas sobre lo que era correcto o incorrecto generalmente consistían en interpretaciones diferentes de resoluciones del congreso, raras veces en desacuerdos abiertos con las mismas: de ahí la discusión un tanto árida durante un año acerca de lo que el partido se había propuesto en realidad el año anterior; de ahí también la preponderancia de los abogados, tanto profesionales como aficionados,

[13] Este singular sistema alemán del *Referat*, que no tiene un paralelo exacto en Inglaterra, fue adoptado en su forma más extrema por los bolcheviques en la Unión Soviética, donde aún proporciona los medios de "ajuste del tono" de los discursos, utilizado frecuentemente por Lenin y más tarde por Stalin y Jruschov. En los EUA, existe formalmente en el discurso principal en las convenciones de los partidos. La práctica inglesa de que los autores de una proposición tengan la oportunidad de iniciar el debate (el procedimiento de la Cámara de los Comunes), no es exactamente la misma cosa. El *Referat* se refiere a un tema, mientras que la costumbre inglesa consiste en explicar una proposición.

[14] Mucho más que sus delegados en los parlamentos provinciales, ocasionando por consiguiente un curioso efecto "federal" en lo que resultó ser un partido centralmente dirigido que propugnaba una república unitaria.

para extraer el significado de las resoluciones a partir de las palabras concretas.

La comparecencia en el congreso del partido era determinada por mandatos. El grueso de éstos provenía de las organizaciones regionales socialdemócratas del *Reichstag*. Además, los miembros del ejecutivo del partido, los diputados al *Reichstag* y los representantes de los periódicos partidarios importantes, participaban todos *ex officio*. A medida que el SPD creció, aumentó el tamaño de sus congresos. Sin embargo, el mismo núcleo de personas aparecía año tras año y, como todos los parlamentos experimentados, podían sacar ventaja de sus particulares habilidades como congresistas, lo cual a menudo causaba incomodidad a los recién llegados. Pero hasta los últimos años anteriores a la guerra los "amañamientos" prácticamente no existieron; los debates muestran claramente que el partido prefería ventilar sus problemas en público y dejar que la prensa burguesa informara sardónicamente sobre ellos. Las advertencias ocasionales de que esa oratoria pública no podía mejorar la imagen del partido eran ahogadas por la respuesta moral: "Nosotros no somos como los demás partidos." Rosa Luxemburgo era una partidaria particularmente vigorosa de la franqueza pública: mientras más grandes las diferencias, más grande la ventilación. Sentía un verdadero horror por el secreto; lo consideraba tanto inmoral como indeseable, especialmente en el contexto de la política de la clase obrera, que ella veía principalmente como un proceso de clarificación continua. Para ella, las masas eran espectadores omnipresentes en el congreso; ellas, más que nadie, eran los jueces importantes de lo que se desplegaba abiertamente ante ellas, y esto, para Rosa y otros radicales, era la principal, la única razón para el despliegue.

Por encima y más allá de los congresos del SPD, como una vaga y benévola presencia, se hallaba la Internacional Socialista, que se reunía a intervalos de dos a cuatro años. Ésta era la encarnación de la presencia socialista en el mundo; no un instrumento de líneas políticas precisas, sino una expresión de la inmensa autoridad moral de la libre cooperación proletaria en una época de imperialismo y guerra. La Segunda Internacional había sido fundada en 1889, para expresar la realidad de la que la Primera Internacional de Marx había sido tan sólo la piadosa esperanza —el socialismo de masas— y como la base de su futuro irresistible. Estos congresos internacionales eran una ocasión útil para que los individuos se reunieran y cambiaran ideas; cada partido nacional podía informar sobre su situación, y de las discusiones públicas se derivaban las líneas directrices del comportamiento socialista en todas partes. Si estas líneas se parecían a las pías expresiones públicas de buena voluntad de una reunión mundial de *boy scouts*, con el verdadero intercambio de opiniones ocurriendo tras bastidores, o si las resoluciones del congreso eran

actos mandatorios de jurisdicción internacional, era algo que ni se preguntaba ni se contestaba. Algunos ciertamente creían lo segundo, y entre ellos se encontraba Rosa Luxemburgo.

Durante los primeros cinco años de su existencia, la Internacional se preocupó por librar a la socialdemocracia de los anarquistas que, formalmente expulsados de las salas de conferencia en Zurich (1893) y Londres (1896), continuaron haciendo interrupciones fantochescas desde las ventanas y las galerías. Los problemas de la Internacional eran naturalmente los de los partidos nacionales más importantes, sobre todo el alemán y el francés, aunque el tamaño de las delegaciones era sumamente flexible y lo determinaban generalmente los costos de transportación. El socialismo internacional era pobre y necesitaba conservar sus recursos para el Gran Día, pero también para sus días difíciles más inmediatos.

Por lo que se refería al partido alemán, había poco peligro de conflicto entre el punto de vista internacional y el suyo propio. En medio de toda la euforia y las consignas de triunfo en los congresos internacionales, se tenía gran cuidado de no herir las susceptibilidades nacionales, cuando menos antes de que algunos de los socialistas franceses y el SPD chocaran frontalmente en 1904. Cuando Rosa Luxemburgo ingresó en el SPD, su status en la Internacional cambió perceptiblemente, aun cuando ella siempre se presentó más como polaca que como alemana; las humillaciones de 1893 y 1896 no podían repetirse con alguien que a partir de 1900 era una figura de importancia en el partido alemán.

Cualquiera que fuera la opinión de la Internacional sobre los pendencieros polacos, o incluso sobre los desunidos franceses, el SPD era la envidia y la admiración de los socialistas de todo el mundo. Sus preocupaciones se convertían automáticamente en la agenda de la Internacional. De hecho, el SPD dominó más o menos todos los congresos de la Internacional antes de la guerra, y estaba muy consciente de ello.

Hacia fines de siglo, pues, el partido alemán era una expresión organizada, emprendedora y poderosa de la voluntad de la clase obrera, que combinaba las tácticas inmediatas y la estrategia a largo plazo con aparente buen éxito, una fuerza irresistible para sus enemigos, envidia y ejemplo de otros partidos socialistas: la liza perfecta, en realidad, para una joven socialista llena de ideas y ansiosa por entrar en el centro de la lucha de clases internacional.

Rosa Luxemburgo llegó a Berlín el 12 de mayo de 1898. Sus primeros actos oficiales fueron inscribirse en la policía —"no hay problema aquí, hallaron mis papeles en orden y me dieron mi tarjeta de identidad en seguida"— y presentarse en la sede del SPD.[15] Su estado de ánimo era

15 Cartas Seidel, *Z Pola Walki,* 1959, n. 1 (15), p. 68, 30 de mayo de 1898.

una mezcla de desesperación y determinación, violentamente alternados como siempre. Berlín era fabulosa y extraña a un tiempo; era mucho más grande que cualquier ciudad conocida por ella, más ordenada —y al mismo tiempo más impersonal. Los alemanes la impresionaron inmediatamente como seres rígidos, reservados y faltos de temperamento, entregados a la rutina. "Berlín es el lugar más repugnante; frío, feo, macizo: un verdadero cuartel, y los encantadores prusianos con su arrogancia como si a cada uno de ellos lo hubieran hecho tragarse la misma vara con que recibió su paliza diaria."[16] El mismo sentimiento aparece en las cartas de Rosa a Jogiches. Ellos crearon una taquigrafía despectiva: los alemanes se convirtieron en suavos e intermitentemente todas las congojas de un mundo afligido eran descartadas mediante el recurso de ridiculizar una imagen del alemán típico. Unos días después de su llegada, Rosa escribió:

> Tengo el alma magullada y es difícil explicar exactamente cómo me siento. Anoche, en la cama, en un departamento extraño en medio de una ciudad extraña, me descorazoné completamente y me hice la más franca de las preguntas: ¿no sería yo más feliz si, en lugar de estar buscando aventuras, me quedara a vivir contigo tranquila e íntimamente en algún lugar de Suiza, aprovechando nuestra juventud y solazándonos el uno con el otro?... en realidad padezco un maldito anhelo de felicidad y estoy dispuesta a luchar por mi porción diaria de felicidad con toda la obstinación de una mula.[17]

La primera dificultad fue conseguir un departamento, y esto significó casi una semana de búsqueda intensa. Los departamentos eran demasiado caros e inadecuados. Rosa no quería mudarse a las afueras: "El aire tal vez sea mejor, pero es fuera de Berlín y [éstos son] distritos realmente bastante proletarios."[18] Finalmente encontró un departamento en la Cuxhavenerstrasse: "Cerca del centro —como vez, en la parte más aristocrática... Nunca han visto una doctora."[19] Pero era más caro de lo que ellos habían planeado, y Rosa se disculpó profusamente por haber excedido el presupuesto acordado.

Por excepción, su cambio de circunstancias fue tan dramático que se sintió impulsada a describir su rutina cotidiana en forma detallada, como cualquier explorador en una selva:

> Me despierto antes de las ocho, corro al recibidor, agarro los periódicos,

[16] Ibid., pp. 69-70.
[17] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1961, n. 3 (15), pp. 138-39.
[18] Ibid., p. 136.
[19] Ibid., p. 140

y las cartas y vuelvo a meterme entre las sábanas, y leo las cosas más importantes. Después me lavo con agua fría (regularmente todos los días); me visto, tomo un vaso de leche caliente con pan y mantequilla (me traen leche y pan todos los días) sentada en el balcón. Entonces me visto respetablemente y salgo a dar un paseo de una hora en el Thiegarten, diariamente y sin tomar en cuenta el estado del tiempo. A continuación regreso a casa, me cambio de ropa y escribo mis apuntes o cartas. Almuerzo a las 12.30 en mi habitación: ¡almuerzos maravillosos y muy sanos! Después de almorzar, todos los días, me echo en el sofá a dormir. A eso de las tres me levanto, tomo té y me siento a escribir más apuntes o cartas (según lo que haya adelantado en la mañana) o escribo libros... A las cinco o seis tomo una taza de chocolate, continúo con mi trabajo o, lo que es más frecuente, voy al correo a recoger y enviar cartas (ése es el momento culminante de mi día). A las ocho ceno —no te escandalices—: tres huevos pasados por agua, pan y mantequilla con queso y otro poco de leche caliente [...] A eso de las diez tomo otro vaso de leche (en total un litro completo al día). Me gusta mucho trabajar en las primeras horas de la noche. Le he hecho una pantalla roja a mi lámpara y me siento al escritorio junto al balcón abierto: la habitación se ve muy bonita en la penumbra rosada y yo recibo todo el aire fresco del jardín. A eso de las doce le doy cuerda a mi reloj despertador, silbo alguna tonada y después me desvisto y me meto en la cama...[20]

En la sede del SPD, Rosa obtuvo una recepción cautelosa, pero no inamistosa. Para su sorpresa, era conocida: el intrépido tábano de Zurich que había zumbado con insistencia en torno a Kautsky y Wilhelm Liebknecht. Tan pronto dijo que tenía la nacionalidad alemana, el interés se hizo práctico y se convirtió en fervor cuando, sin que mediara ningún estímulo, ella se ofreció para realizar el trabajo menos atractivo de todos: agitar para las próximas elecciones al *Reichstag* entre los polacos de Silesia. Rosa escuchó cortésmente una disertación de Auer, el secretario del SPD, sobre la situación, y a continuación replicó:

—Usted no me ha dicho nada que yo no supiera ya. En realidad, sé mucho más sobre el asunto que usted.

¡Entonces empezamos a hablar "francamente"!

—En el ejecutivo —dijo el secretario del SPD—, consideramos la independencia de Polonia como una insensatez... subsidiamos la *Gazeta Robotnicza* [un periódico polaco de Silesia] bajo la condición estricta

[20] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1962, n. 1 (17), pp. 168-69.

de que no habrá nacionalismo.

Todo bien hasta ahí. Auer no tardó en ser todavía más franco.

—A los obreros polacos no podríamos hacerles un mejor favor que germanizarlos, sólo que eso no debe decirse... Yo le regalaría a usted con gusto todos y cada uno de los polacos, incluido el socialismo polaco...

Repliqué con energía y el hombre se disculpó... ¿Marchlewski? Ni siquiera conocen su nombre; sólo saben que alguien anda por ahí cuyo nombre empieza con M.[21]

Y Rosa se fue a Silesia. Ésta se hallaba en la periferia más oscura de la actividad del partido. Los secretarios distritales en Breslau y más al sur, en la región industrial de la Alta Silesia, se sentían aislados, ignorados y resentidos, algo así como pioneros rusos en Siberia. Ya era difícil trabajar con éxito entre los obreros textiles alemanes, que eran probablemente los peor pagados y los que menos conciencia de clase tenían en el Reich, y en consecuencia los menos atraídos por el socialismo. Entre los polacos, que constituían el grueso de la mano de obra en las minas, la situación ofrecía menos esperanzas aún. Existía una insuperable barrera idiomática y, además, el hecho de que el PPS trabajaba intensamente en favor de sus propios objetivos, que no coincidían con los del SPD, aunque resultaba difícil precisar por qué. En esta situación tan negativa, la llegada de una agitadora de primera clase que hablaba tan bien y hablaba polaco, que tenía ideas propias fundamentalmente opuestas a las tendencias separatistas del PPS, fue muy bien acogida. Bruhns, en Breslau, quiso retenerla en esa ciudad, pero Rosa continuó hasta la Alta Silesia, el centro de la región polaca. Allí, en Königshütte (Królewska Huta), se hallaba el doctor August Winter, que tenía ya su propia idea fija en cuanto a la integración de los polacos en la organización alemana y a quien el ejecutivo del partido había juzgado en consecuencia inestimable para realizar una tarea que nadie más estaba dispuesto a aceptar. "Winter es *persona grata* en el SPD. En términos generales, por lo que a ellos toca, el movimiento polaco *significa* Winter."[22] Rosa Luxemburgo y él formaron una alianza para el trabajo desde el primer momento, y su cooperación, después de muchos reveses y dificultades, hubo de conducir al cabo de cinco años a una victoria casi completa de la política integracionista del SPD... y al surgimiento del SDKPiL como consejero ortodoxo del partido alemán acerca de los asuntos polacos, para desconcierto de los dirigentes locales del PPS.

[21] Ibid., 1961, n. 3 (15), pp. 148-50, fechada el 25 de mayo de 1898.
[22] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1961, n. 3 (15), p. 149.

contra el PPS. Pero ella pensaba que no tenía mucho sentido agudizar la lucha política abierta por el momento, cuando menos mientras el partido alemán no reconociera oficialmente el problema específico del separatismo polaco.

> ¿Qué debo hacer? Por ejemplo, ¿debería ir a Poznan, pronunciar un discurso ahí, crear algún tipo de organización, dejar que me elijan delegada o algo; debería simplemente ir a las asambleas allí e iniciar una discusión pública? El diablo sabe... ¿Para qué es la lucha con los Morawski [dirigente del PPS en Silesia]? ¿Un acuerdo? No hay que pensar en ello y en realidad podría resultar muy embarazoso. ¿Una disputa abierta? ¿Qué ventaja concreta se derivaría de ella?, es la pregunta... Lo mejor es trabajar indirectamente a través de [relaciones alemanas como] Schönlank.[26]

Por lo que a su carrera alemana se refería, los resultados fueron totalmente positivos. Después del verano se vio asediada con solicitudes de artículos, no sólo por el *Leipziger Volkszeitung,* sino también por el *Sächsische Arbeiterzeitung,* cuyo director era Parvus. Éste también sostenía con ella una correspondencia fervorosa, sobre cuestiones partidarias avivadas por las connotaciones de su irreprimible personalidad. El *Sächsische Arbeiterzeitung* había conquistado hacía poco una inesperada prominencia en virtud de la vituperante arremetida de Parvus contra Bernstein.[27] Fue el descubrimiento, por parte de Parvus, de un espíritu afín en Rosa lo que determinó principalmente su colaboración con el *Sächsische Arbeiterzeitung,* que pronto habría de consolidarse con su nombramiento como redactora.

El trabajo más importante de Rosa durante el verano fue su propia réplica a Bernstein en forma de una serie de artículos para el *Leipziger Volkszeitung.* Todo el tiempo que le dejaban libre los asuntos polacos inmediatos lo dedicó Rosa a esos artículos. Ellos habrían de constituir su entrada dramática en el escenario del drama del momento en la política del SPD; ella lo intuía plenamente. Su aportación a la controversia revisionista no sólo tenía que ser buena, sino oportuna; tenía que aparecer poco antes del congreso del partido en septiembre, para que sirviera como base de discusión en éste.

> Es preciso trabajar con rapidez: 1] porque todo el trabajo sería inútil si alguien lo hace antes, y 2] hay que dedicar más tiempo a pulir que

[26] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1962, n. 1 (17), p. 154.
[27] Véase más adelante, pp. 130-131.

a redactar. En términos generales he acometido la tarea muy bien. Los trabajos escritos en Zurich eran ya de la harina indicada (no horneada aún, por supuesto). Si sólo supiera lo que tengo que escribir, la forma adecuada vendría por añadidura; lo sé. Estoy dispuesta a dar la mitad de mi vida por ese artículo, tan absorbida me tiene.[28]

Esto, por supuesto, era la primera mitad de lo que habría de ser el folleto *Reforma social o revolución,* la aportación más importante de Rosa Luxemburgo al debate revisionista y la primera de las grandes obras de análisis marxista en que descansa su reputación.

Todo esto ilumina no sólo el propósito de su traslado a Alemania, sino sus intenciones y actividades al llegar. Estaba resuelta a hacer una carrera, y casi todo lo que dijo o hizo iba dirigido al logro de ese objetivo. Al igual que en el caso de sus esfuerzos en Silesia, las demandas de la política del SDKP coincidían con sus intentos de atraer la atención de la dirección del SPD. Rosa aprovechó su éxito entre los polacos de Silesia para trabar amistad personal con el mayor número posible de dirigentes; en varias ocasiones, durante ese verano, trató de ver a Bebel y a Liebknecht, y obtuvo presentaciones para ambos de personas a las que ya había conocido.

Al mismo tiempo, no le interesaba el poder por el poder mismo. Una carrera en el partido alemán era un medio de propagar aquellas ideas que ella juzgaba correctas e importantes. La estructura de poder del SPD, con su organización jerárquica, su tendencia a la autoridad institucional más claramente definida, no la atraía en absoluto. A Rosa le interesaba la influencia, no el poder. Siendo esencialmente una persona solitaria, veía con suspicacia a la gente, especialmente a los alemanes —y esperaba que la gente la viera con suspicacia a ella.

¿Por qué habrían de confiar en una persona cuya existencia sólo justifican unos cuantos artículos, aunque sean de primera clase? Una persona, además, que no pertenece a la camarilla gobernante [*Sippschaft*], que no depende del apoyo de nadie y no se vale sino de sus propios esfuerzos, una persona temida para el futuro no sólo de sus adversarios obvios como Auer y Cía., sino incluso por los aliados (Bebel, Kautsky, Singer), una persona a la que debe mantenerse apartada porque podría crecer demasiado? [...] Temo todo esto con gran calma; siempre supe que no podía ser de otra manera [...] dentro de uno

[28] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1962, n. 1 (17), p. 162. Sobre las publicaciones y la historia de la controversia revisionista, véanse más adelante, pp. 128 y ss. y el cap. VI.

o dos años, ninguna intriga, temores u obstáculos los ayudarán, y yo ocuparé una de las principales posiciones en el partido.[29]

Así, Rosa se propuso influir en ciertas personas con fines particulares y esperaba que otros trataran de hacer lo mismo con ella. Por más que ella hablara de las masas, la persuasión era sobre todo un asunto privado y personal. Rosa no sentía entusiasmo por el compañerismo organizado y estructural de un partido como el SPD, las demostraciones de fraternidad y la artificial camaradería que se deriva de la experiencia común pero negativa de ser rechazado y despojado por la sociedad. Ella daba por descontada la formal camaradería alemana y la veía como una fuerza hostil más que amistosa. Como habría de expresarlo Briand unos años más tarde: *"Genossen, Genossen, j'en ai marre de ces genosseries."* Por el contrario, era necesario arrancar a los individuos de la red de sus lealtades inmediatas, mediante la razón y la influencia, para atraerlos a las posiciones que Rosa Luxemburgo defendía. Esta actitud habría de ser constante a lo largo de su carrera en el SPD, aun cuando sus posiciones habrían de cristalizar como diferenciadas y oposicionistas solamente mucho más tarde. "No tengo la intención de limitarme a la crítica. Por el contrario, tengo toda la intención y el deseo de 'empujar' en forma positiva, no a los individuos sino al movimiento en su conjunto [...] señalar nuevos rumbos, luchando, comportándome como un tábano —en una palabra, como un incentivo crónico para todo el movimiento, la tarea que Parvus comenzó... pero dejó lamentablemente inconclusa..."[30] Ella nunca estuvo "en" el SPD en la medida y de la manera en que estuvo "en" el SDKPiL. La gente del partido alemán no era su gente. En el partido polaco ella ejercía una influencia capital en la creación de ideas que fluían hacia afuera desde el grupo de iguales en la dirección del partido. En el SPD, sin embargo, se mantuvo desde el principio apartada de la autoridad instituida; competía en la creación de ideas, y su influencia se proyectaba hacia el centro más que desde éste hacia afuera. Incluso de 1901 a 1905, cuando pareció hablar en nombre del ejecutivo del partido sobre muchas cuestiones, fue siempre una "intrusa"... por propia elección tanto como por necesidad. "Siempre sucede lo mismo con ellos: cuando están en apuros, acuden a los judíos en busca de ayuda, y cuando

[29] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1963, vol. VI, n. 3 (23), p. 150, con fecha del 1o. de mayo de 1899.

[30] Ibid. El uso de la palabra "empujar" era la abreviación de Luxemburgo para la tendencia de Jogiches de manejar a la gente tras bambalinas, en lugar de persuadir o discutir abiertamente. Discutían sobre esto a menudo; cuando él hizo propuestas vanas sobre las tácticas personales de Rosa en Alemania, ella lo llamó un "diplomático incorregible".

los apuros pasan, ¡fuera judíos!"[31]

Ella aprendió a vivir en esa situación. Al principio, la soledad ocasional la asaltaba en forma insoportable, y en tales momentos su correspondencia con Jogiches en Zurich constituía el único vínculo con lo que ella consideraba la única realidad genuina de su vida.

> No puedo escribir mucho sobre mi persona. Sólo puedo repetir lo que ya te he escrito antes, pero una vez más no me entenderás y te enojarás. "Me siento fría y en calma": tú entiendes la frase en relación contigo mismo, pero no comprendes el hecho de que me estoy quejando de mi situación, que se prolonga y se prolonga. Hay una apatía letal, a pesar de la cual obro y pienso como una especie de autómata, casi como si otra persona lo estuviera haciendo todo. Explícame qué puedo hacer. Me preguntas qué es lo que anda mal. Me falta alguna parte de la vida; siento como si algo se hubiera muerto dentro de mí, no siento miedo ni dolor ni soledad, soy como un cadáver... Parezco una persona completamente diferente de la que era en Zurich, y me veo como una persona que era completamente diferente en aquellos días...[32]

Jogiches era la persona a la que se le podía contar todo, sin adornos ni justificaciones. Pero esta franqueza brutal e incoherente acarreaba sus propios castigos. Jogiches disentía enfáticamente de muchas de las decisiones de Rosa y resentía cada vez más las implicaciones de su creciente independencia. Ella lo satisfacía hasta donde podía, explicándole todo con detenimiento y rindiéndole cuentas detalladas sobre cosas como el dinero y los asuntos de su vida personal; pero le resultaba imposible someterse a sus decisiones en los aspectos intelectuales de su trabajo. En lo tocante a éstos, sabía que tenía la razón. La irrupción en Alemania fue obra suya exclusivamente: mientras más intentaba Jogiches hacerla encajar en el marco de su asociación —en la que él predominaba claramente—, más sentía Rosa Luxemburgo la necesidad de afirmar su independencia en todo sentido. Es sintomático de su relación el hecho de que cuando a Rosa le ofrecieron el puesto de redactora en el *Sächsische Arbeiterzeitung* y se lo comunicó orgullosamente a Jogiches, éste contestara con un lacónico telegrama ordenándole que "declinara incondicionalmente", e igualmente sintomático el que ella no hiciera caso y aceptara. Jogiches capituló. Salió calladamente de Zurich y se reunió con ella en

[31] Ibid., p. 145. *"Jak bieda to do zyda, po biedzie precz zydzie."* Rosa Luxemburgo utilizaba una rima polaca ligeramente amarga que se había convertido en un refrán común en un país con una larga tradición antisemita.

[32] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1962, n. 1 (17), p. 156.

Dresde en su momento de triunfo, manteniéndose, como de costumbre, en un segundo plano, de suerte que los compañeros de redacción de Rosa, con los que ella pronto habría de entablar una lucha, no advirtieron en modo alguno su presencia.

Para hacer justicia a la relación entre ellos, debemos documentar sus momentos de euforia tanto como las disputas. Rosa Luxemburgo celebró su vigésimo octavo cumpleaños en buen estado de ánimo: "le llovieron cosas como salidas de un verdadero cuerno de la abundancia", obsequiadas por sus amigos y admiradores alemanes, pero el regalo más apreciado fue el de Jogiches: una edición de las obras de Rodbertus, un economista alemán. Su carta de agradecimiento es uno de los documentos personales más conmovedores que ella jamás escribiera.

> Te beso mil veces por tu adorable carta y regalo, aunque todavía no he recibido este último... Sencillamente no puedes imaginarte cuánto me agrada tu elección. Rodbertus es simplemente mi economista favorito y puedo leerlo cien veces por el puro placer intelectual...[33] Querido mío, ¡cómo me encantó tu carta! La he leído seis veces de principio a fin. Así que de veras estás contento conmigo. Escribes que tal vez sólo sé en mis adentros que en algún lugar hay un hombre que me pertenece. ¿No sabes que todo lo que hago lo hago siempre pensando en ti? Cuando escribo un artículo, mi primer pensamiento es si te causará placer, y en los días en que dudo de mi fuerza y no puedo trabajar, mi único temor es el efecto que eso tendrá en ti, que pudiera decepcionarte. Cuando tengo pruebas del éxito, como una carta de Kautsky, eso es simplemente mi homenaje a ti. Te doy mi palabra, como que amé a mi madre, de que personalmente soy del todo indiferente a lo que Kautsky escribe. Me dio gusto sólo porque lo escribí con tus ojos y sentí cuánto placer te causaría.[34]
>
> [...] Una sola cosa empaña mi satisfacción: los arreglos externos de tu vida y de nuestra relación. Pienso que pronto tendré una posición tan firme (moralmente) aquí, que podremos vivir juntos tranquilos y abiertamente como marido y mujer. Estoy segura de que tú mismo entiendes todo. Me alegro de que el problema de tu ciudadanía se esté resolviendo al fin y de que estés trabajando enérgicamente en tu doctorado. Tus cartas recientes me hacen sentir que estás en muy buena disposición para trabajar [...]
>
> ¿Piensas que no siento tu valor, que no sé que cada vez que suena

[33] Para una opinión más bien distinta sobre Rodbertus, véase Rosa Luxemburgo. *La acumulación del capital*, Ed. Grijalbo, México, 1967, pp. 169 y ss.
[34] Para la carta en cuestión, véase más adelante, p. 143.

el llamado a las armas tú siempre estás a mi lado para ayudarme y estimularme a trabajar, olvidando todas las disputas y toda mi desatención...? No te imaginas con qué alegría y deseo espero cada carta tuya, porque cada una de ellas me trae tanta fuerza y felicidad y me alienta a vivir.

La mayor felicidad me la dio aquella parte de tu carta donde dices que ambos somos jóvenes y todavía podemos arreglar nuestra vida personal. ¡Oh, querido, cuánto anhelo que puedas cumplir tu promesa! [...] Nuestro propio cuartito, nuestros propios muebles, nuestra propia biblioteca, trabajo tranquilo y constante, paseos juntos, una ópera de cuando en cuando, un pequeño —muy pequeño— círculo de amigos íntimos a los que a veces podamos invitar a cenar, cada año unas vacaciones de verano en el campo durante un mes, pero definitivamente libres del trabajo... ¿Y tal vez un bebé pequeñito, muy pequeñito? ¿No se nos permitirá esto nunca? ¿Nunca? Querido, ¿sabes lo que me sobrevino ayer durante un paseo en el parque, y sin exageración? Un niño de tres o cuatro años, rubio y con un traje muy bonito, se quedó mirándome y súbitamente sentí un deseo abrumador de secuestrarlo y llevármelo corriendo a casa. Oh, querido, ¿nunca habré de tener mi propio niño?

Y en casa nunca volveremos a discutir, ¿no es cierto? Viviremos tranquila y pacíficamente como todo el mundo. Sólo que, ¿sabes lo que me preocupa? Que ya me siento tan vieja y no soy nada atractiva. No tendrás una esposa atractiva cuando pasees de la mano con ella por el parque —nos mantendremos bien apartados de los alemanes... Querido, si primero arreglas el problema de tu ciudadanía, en segundo lugar tu doctorado y en tercer lugar vives conmigo abiertamente en nuestro propio departamento y trabajás conmigo, ¡entonces no tendremos nada más que desear! Ninguna otra pareja en la tierra tiene tantas facilidades para la felicidad como tú y yo, y con que haya tan sólo un poco de buena voluntad de nuestra parte seremos, tendremos que ser, felices.[35]

Como todos los acontecimientos en la historia que más tarde resultan ser hitos capitales, fechas convenientes para separar un periodo de otro, la controversia revisionista ha sido, si no simplificada en exceso, en todo caso comprimida. Toda la historia escrita es compresión, pero la escala en que se comprime varía considerablemente, haciéndose más intensa allí donde se piensa que un periodo se eslabona con el siguiente. El revisionismo dio su nombre compacto a una serie sumamente diversa de actitu-

[35] *Z Pola Walki*, 1963, n. 1/2 (21-2), p. 336, fechada el 6 de marzo de 1899.

des y líneas políticas, tanto por parte de los historiadores como de los participantes originales. El contenido intelectual de la controversia revisionista original ha sido considerablemente agudizado y simplificado, a fin de producir el valor propagandístico requerido en diferentes periodos de la historia comunista. El resultado es que en la actualidad resulta extraordinariamente difícil liberar al análisis de las actitudes contemporáneas de la pesada carga de las imputaciones posteriores.

La controversia revisionista en cuanto tal puede darse por iniciada, aproximadamente, a principios de 1898. No es que los problemas fueran completamente nuevos; se habían planteado en forma recurrente desde 1891, pero siempre habían sido tratados como cuestiones tácticas aisladas, sin que dieran lugar a una discusión general de principios tales como los fundamentos de la línea política partidaria.[36] A fines de 1896 un hombre llamado Eduard Bernstein, a su manera típicamente sosegada y pacífica, se había puesto a analizar los acontecimientos de la historia socialista durante los diez años anteriores. Este amplio examen tomó la forma de un diálogo entre la realidad y la ilusión, entre la política existente del SPD y la que a él le parecía objetivamente deseable. Se trataba de un asunto complejo; una cosa conducía necesariamente a otra y en el curso de su investigación Bernstein se enfrentó a casi todos los aspectos capitales del socialismo.[37] El propio Bernstein era una figura distinguida en el partido alemán: se le estimaba particularmente por su buen carácter y su temperamento simpático y poco afecto a los excesos. Durante algún tiempo había sido secretario de Engels y siempre había permanecido estrechamente vinculado a éste. Había compartido el exilio en Suiza con muchos dirigentes alemanes importantes, entre ellos Kautsky, del cual era amigo personal. A continuación se había trasladado de Suiza a Londres, donde permaneció (una vez más a causa de una de aquellas misteriosas y siempre pendientes acusaciones judiciales con que las autoridades imperiales acosaban a la socialdemocracia y que habría

[36] Véase "Las raíces del revisionismo", *Journal of Modern History*, 1939, pp. 334 y ss.; también J. P. Nettl, "El Partido Socialdemócrata Alemán de 1890-1914 como modelo político", *Past and Present*, n. 30, abril de 1965, pp. 68 y ss.

[37] No es necesario extenderse en los problemas examinados por Bernstein y las soluciones que propone. Algunas de ellas serán examinadas a su debido tiempo. Para una discusión general sobre Bernstein y sus ideas, véase Peter Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism*. Nueva York, 1952. La mejor y más reciente biografía de Bernstein es Pierre Angel, *Eduard Bernstein et l'évolution du socialisme allemand*. París, 1961. La serie de artículos de Bernstein en *Neue Zeit* tenían el título general de "Probleme des Sozialismus" (*NZ*, 1896-98). Más adelante, éstos se publicaron como libro con el título de *Zur Geschichte und Theorie des Sozialismus*. Bernstein también resumió sus conclusiones inmediatas y sus propuestas en otro libro, más conocido, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, Stuttgar, 1899.

llevado a Bernstein ante un tribunal tan pronto pisara territorio alemán). Durante su estancia en Inglaterra desarrolló una considerable simpatía por las actitudes inglesas. De hecho, Bernstein no regresó a Alemania hasta 1901. Sus opiniones, por consiguiente, eran consideradas fundamentalmente como el producto de una mente bien conocida y respetada. Sus pares aceptaban sin reservas el derecho de Bernstein a hablar sobre todos aquellos asuntos con autoridad.

La forma que la gran controversia habría de cobrar, y especialmente los papeles desempeñados en ella por Parvus y Rosa Luxemburgo, no pueden entenderse sin una clara apreciación de la actitud de los padres de la socialdemocracia alemana frente a los artículos de Bernstein. Kautsky los juzgó "sumamente atractivos"; después de todo, él los había aceptado en su periódico. Cuando las primeras críticas aparecieron en Dresde, Bernstein interrumpió su serie para replicarle a Parvus, y Kautsky publicó esta réplica en *Neue Zeit* junto con una nota editorial en la que informaba haber recibido "varios comentarios polémicos sobre los artículos de Bernstein que tenemos que rechazar porque se basan en una apreciación errónea de las intenciones de Bernstein".[38] Kautsky describió posteriormente a Bernstein como uno de sus amigos más íntimos, a quien había estimado "con toda el alma"; una amistad que otras personas consideraron como la que podría existir entre "una especie de Orestes y Pilades rojos".[39] Kautsky no era un hombre que trabara intimidades fácilmente. Más tarde, cuando Victor Adler lo acusó de apoyar a Rosa Luxemburgo por encima de los límites de la razón política, él negó acaloradamente que sus alineamientos políticos pudieron estar determinados en ningún momento por la amistad personal, y citó su actitud frente a Bernstein como prueba de su aseveración.[40]

Vorwärts también acogía de buen grado cualquier apreciación crítica de la teoría marxista en principio, aun cuando las ideas de Bernstein podían, en parte, dar lugar a "malos entendidos".[41] Incluso el polémico *Leipziger Volkszeitung* no tuvo, en un principio, nada más fuerte que decir que se trataba de "observaciones interesantes que, no obstante, desembocan en una conclusión errónea; algo que siempre puede ocurrir, especialmente en el caso de personas vivaces y críticas, pero el asunto no va más allá de eso".[42]

[38] Karl Kautsky en Felix Meiner (ed.), *Die Volkswirtschaftslehre der Gegenwart in Selbstdarstellungen*. Leipzig, 1924, p. 135 También *NZ*, 1897-98, vol. I, p. 740.

[39] Meiner (ed.), *Die Volkswirtschaftslehre...*, p. 126.

[40] Victor Adler, *Briefwechsel*, p. 435; Karl Kautsky a Victor Adler, 18 de octubre de 1904.

[41] Paul Frölich, Introducción a Rosa Luxemburgo, *Gesammelte Werke*, vol. III, p. 17.

[42] Ibid.

En la primavera de 1898, Bernstein distaba de parecer un excéntrico; era Parvus el que de manera obvia se estaba comportando como un maniático. La prensa del SPD había empezado apenas a elevarse por encima de sus humildes comienzos de naturaleza puramente agitadora. Las cuestiones de interés teórico estaban reservadas, por consenso de opinión, al *Neue Zeit; Vorwärts,* la gaceta oficial del partido, tenía prácticamente un monopolio de los asuntos oficiales importantes, que trataba con grave e insulsa solemnidad —muy citada y probablemente poco leída. Los periódicos provinciales sufrían una escasez de talento periodístico y también de material interesante. La insustancialidad del periodismo del partido había sido obvia para Rosa Luxemburgo desde el mismo día de su llegada. "No me gusta la forma en que se escribe sobre los asuntos del partido... todo es tan convencional, tan tieso, tan reiterativo."[43] Sólo Schönlank en Leipzig estaba creando un periódico de alcance más amplio y con un vigoroso énfasis en la cultura; la tradicional rivalidad entre las ciudades de Leipzig y Dresde se reflejaba en la lucha entre sus respectivos periódicos socialistas. Parvus, un hombre de temperamento impaciente y chispeante, estaba resuelto a hacer una revolución en el *Sächsische Arbeiterzeitung.* Era una revolución en todo sentido: sus artículos tenían un filo polémico que los periódicos del partido alemán desconocían del todo, y además él mantenía la administración del periódico en un estado de flujo constante. Su decisión de lanzar una ruidosa andanada contra Bernstein fue, por consiguiente, tanto una política editorial cuanto una expresión de los propios apetitos literarios de Parvus. Al escoger a Bernstein como blanco, alcanzó un éxito que sobrepasaba sus más desmesuradas esperanzas de situar a su periódico en el mapa político. Cuando el congreso del partido se reunió ese año, la gente hablaba ya de "seguir la línea del *Sächsische Arbeiterzeitung*".[44]

De hecho, Parvus despejó su sección editorial y emprendió una larga serie de artículos polémicos contra Bernstein que empezaron el 28 de enero y concluyeron el 6 de marzo de 1898. Fue un prolongado revuelo que trastornó por completo el trabajo del periódico y perturbó considerablemente al personal del mismo. Parvus inició su serie con el título "El derrocamiento del socialismo por Bernstein", y en casi cada uno de los números siguientes apareció un nuevo despliegue de petardos.[45] La

[43] Cartas Seidel, *Z Pola Walki,* n. 1 (15), p. 69.

[44] Véase *Protokoll... 1898,* también "Einige Briefe Rosa Luxemburgs und andere Dokumente", *Bulletin of the International Institute for Social History,* vol. VIII, 1952, p. 9.

[45] Véase *SAZ,* 1898, n. 22 a 54. En el curso de estos artículos Parvus analizó ampliamente cada uno de los temas de Bernstein: la concentración de la industria, las estadísticas específicas proporcionadas por Bernstein como apoyo, las fuer-

arremetida fue tal que Bernstein se vio obligado a interrumpir su propia serie para responder. Entabló debate especialmente con aquellos de sus críticos que insistían en esgrimir el *Manifiesto comunista* como si éste fuera la fuente de toda sabiduría. "Ciertamente es ridículo argumentar cincuenta años después con extractos del *Manifiesto comunista* que se basan en condiciones políticas y sociales completamente diferentes de las que encaramos hoy... No hay ninguna razón genuina para suponer que las consideraciones fundamentales que motivaron al partido [al formular el programa de Erfurt] son necesariamente las que cree Parvus."[46] El debate se desplazaba así de la historia a la política, del pasado al presente, y nuevamente a la inversa. Cuando Rosa Luxemburgo hizo su aparición en la escena, el problema de si las condiciones sociales del momento apoyaban a Bernstein o a Parvus se había planteado ya e iba reemplazando al ejercicio académico de descubrir lo que Marx realmente había querido decir.

Parvus volvió al ataque en términos cada vez más personales. No amplió mayormente la esfera de los hechos, pero sí elevó la temperatura en varios grados. Más aún, fue Parvus quien sugirió entonces que, puesto que la discusión con Bernstein en cuanto a los hechos era estéril, éste sólo podía ser tratado como un ridículo desertor del socialismo. Fue a estas alturas cuando Rosa Luxemburgo entró en el debate.

Existe, por consiguiente, una clara diferencia entre las actitudes personales de Rosa Luxemburgo y Parvus desde el comienzo mismo de la polémica revisionista, y entre las aportaciones concretas que ambos hicieron a las importantes cuestiones que habían sido planteadas. Parvus había obligado a la conciencia pública del partido a tomar nota de la controversia en virtud de su tono intransigente y del carácter abarcador de su disentimiento. Después de ganar notoriedad para su periódico y para sí mismo, pronto perdió interés; en cuanto a Bernstein, el análisis sistemático no era realmente su fuerte. Pero Rosa Luxemburgo vio aquí una oportunidad para acortar el largo proceso de impresionar al partido. La situación en 1898 era una carrera contra el tiempo: no sólo tenía ella que arrojar su sombrero al ruedo antes del congreso del partido,

zas de la revolución, el campesinado, la estructura social, la política de aranceles, el sistema de clases del Reich alemán, los prerrequisitos de la revolución social, y finalmente, el problema más amplio del socialismo y la revolución. La elección del título para la serie se basó deliberadamente en una analogía con la polémica de Engels contra Dühring que había aparecido veinte años antes en *LV*, bajo el título "Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft". (Véase W. Scharlau, *Parvus-Helphand als Theoretiker in der deutschen Sozialdemokratie, 1867-1910* [El papel de Parvus-Helphand como teórico en la socialdemocracia alemana], disertación doctoral inédita, Múnster, Alemania, 1960.)

[46] E. Bernstein, "Kritisches Zwischenspiel", *NZ*, 1897-98, vol. I, pp. 740, 750.

cuando todo el problema sería discutido por todas las luminarias ante un auditorio crítico, sino que tenía que hacerse oír antes que sus rivales. A fines de año se hizo claro que Kautsky tampoco podía guardar silencio por más tiempo, y así tuvo lugar una divertida carrera por hacerse de un ejemplar, en pruebas de imprenta, del nuevo libro de Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie,* que habría de presentar su posición en forma más completa ante el partido. Rosa Luxemburgo fue la primera en reseñar este libro y trató de asegurarse de que Schönlank le diera absoluta prioridad a su reseña. Schönlank tenía sus intereses personales que proteger; era importante que él fuera el primero en comentar el libro, antes que *Neue Zeit.*[47]

El congreso del partido se reunió en la primera semana de octubre de 1898 en Stuttgart. Schönlank había convencido a Rosa Luxemburgo de que ella también debía asistir, inicialmente como experta en asuntos polacos. El Partido Socialista Polaco de Prusia, los enemigos locales de Rosa que militaban en el PPS, bien podrían plantear la cuestión polaca en el congreso. Su mandato lo envió Bruhns desde Silesia. A la postre la cuestión polaca no se planteó, pero Rosa pudo aprovechar su presencia en el congreso para participar en los preliminares, mucho más interesantes, de lo que ya empezaba a conocerse como la controversia revisionista.

Parvus, que carecía de mandato formal, había sido invitado a asistir y ansiaba utilizar la reunión para una discusión a fondo de todo el asunto. Su resolución, que condenaba de plano a Bernstein y sus opiniones, fue presentada por sus amigos que representaban el sexto distrito electoral de Dresde, pero el ejecutivo del partido se negó a apoyarla. Bebel escribió a Kautsky el 3 de septiembre:

> La resolución de Parvus carece de tacto. El hombre está comido por una galopante ambición personal y su resolución demuestra que no comprende en modo alguno nuestras circunstancias. ¡Hacer que el congreso del partido declare solemnemente que está en favor de la revolución social sería en verdad todo lo que nos hace falta! Alguna vez, seguramente, tendremos otra ocasión de ocuparnos de las tácticas, pero es demasiado pronto para hacerlo en Stuttgart...[48]

El mismo Liebknecht, aun cuando estaba de acuerdo con el contenido de la resolución de Parvus, criticaba su presentación: "Un tono más propio de un maestro de escuela que de un camarada... decididamente *de haut en bas.*"[49]

[47] Cartas Jogiches, *Z. Pola Walki,* 1962, n. 4 (20), p. 181.
[48] "Einige Briefe", p. 10.
[49] *Protokoll... 1898,* p. 133.

Los oradores en el congreso no separaron la teoría de la práctica, pero trataron de impedir, en la medida de lo posible, el influjo de las personalidades en la discusión del asunto. Los dirigentes consideraban que el problema inmediato consistía en limar las asperezas creadas por los dos extranjeros faltos de tacto: principalmente Parvus, pero también Rosa Luxemburgo. Al tratar de canalizar toda la discusión hacia el terreno de la "simple" teoría, dieron sin duda a ciertos delegados la impresión de que apoyaban tácticamente a Bernstein y sus ideas. Clara Zetkin, directora del periódico de las mujeres socialistas, *Gleichheit,* y jefa de la organización socialista femenina alemana, ya se había sentido atraída por la aportación de Rosa Luxemburgo. Escribió a Kautsky el 29 de septiembre:

> El hecho de que Bebel haya enunciado cuáles son las tareas del congreso del partido, ya es una mejora respecto a la noción anteriormente expresada de que el congreso sólo existe para despachar "asuntos" y no tiene derecho a enredarse con los "problemas"... ¡ah, si nuestro Engels viviera para despertarlo [a Bebel] de su sueño encantado [*Dornröschen-Vorsicht*]! ¡Dios mío, cómo habría repartido mazazos a diestra y siniestra contra toda esta basura oportunista en nuestras filas![50]

La posición de Kautsky también era equívoca. Empezaba a abrigar dudas en cuanto a si las formulaciones de Bernstein eran en realidad tan inofensivas como él había pensado en un principio. Si bien expresó enérgicamente su desacuerdo con Parvus, hizo claro que, hablando en términos teóricos, no compartía las opiniones de Bernstein, aunque el congreso debería cuando menos estarle agradecido a éste por haber hecho posible una discusión animada y muchas meditaciones fructíferas. Esta trivialidad de Kautsky suscitó la indignación de Plejánov, que asistía al congreso como delegado fraternal.[51]

Rosa Luxemburgo habló dos veces en el congreso. No dirigió sus críticas a Bernstein, ausente en Inglaterra, sino a Heine, uno de sus partidarios más prominentes en Alemania. Éste sirvió en forma conveniente como víctima propiciatoria. En ocasión de las elecciones al *Reichstag,* Heine había sugerido que el partido dedicara sus esfuerzos sobre todo a la obtención de votos, y fue esta sugestión más bien usual e inofensiva la que ahora atrajo el fuego de Rosa. En lugar de atenuar el aspecto revolucionario del programa del partido en las elecciones, lo que hacía falta era recalcarlo.

[50] "Einige Briefe", p. 10.
[51] *Protokoll... 1898*, p. 126.

Nuestra tarea sólo puede hacerse comprensible [para los votantes] al subrayar la conexión más estrecha posible entre la sociedad capitalista en su conjunto y las contradicciones insolubles en que está atrapada y que deberán conducirla a la explosión final, al colapso en el que nosotros seremos a un tiempo el verdugo y el albacea que habrá de liquidar la sociedad en bancarrota.[52]

Rosa no dejó pasar la oportunidad de lanzarse contra la formulación de Bernstein acerca de la importancia relativa del fin y el movimiento, y la volvió al revés. "Al contrario, el movimiento en cuanto tal, sin tomar en cuenta el fin último, no es nada, pero el fin último lo es todo para nosotros."[53]

En el congreso prevaleció la impresión de que el resentimiento contra Rosa Luxemburgo y Parvus ahogaría las dudas tentativas de muchos en relación con Bernstein. El congreso encareció a todos que regresaran a casa y pensaran con más calma. ¿Quién podía asegurar que al cabo de un año todo el asunto no habría dejado de excitar los ánimos? Los dirigentes del SPD eran buenos políticos: antes de sentirse obligados a enzarzarse en cualquier controversia partidaria, hacían todo lo posible por dejar que ésta muriera de muerte natural. Kautsky se sentía aún muy renuente a entablar una polémica pública con Bernstein, pero le había declarado la guerra intelectual en privado. "Nuestra cooperación ha terminado. No puedo seguirlo más a usted a partir de hoy..."[54] La reacción de Bebel fue similar. Él también le escribió privadamente a Bernstein, no con las certidumbres teleológicas de Kautsky, sino con desusadas aflicción y timidez. "Le escribo a usted con tanta franqueza porque deseo ahorrarle desencantos y porque tal vez sólo así pueda hacerlo reflexionar muy cuidadosamente si no se encuentra usted, después de todo, en un callejón sin salida."[55] Al igual que Kautsky, Bebel reconocía que él y Bernstein

[52] *Protokoll... 1898*, p. 99.

[53] Ibid., p. 118.

[54] Karl Kautsky a Eduard Bernstein, 23 de octubre de 1898, en Victor Adler, *Briefwechsel*, p. 278. El desagrado de Kautsky por la discusión pública era auténtico y no sólo temor. Pero ya que no era consecuente en cuanto a su desagrado, siempre lograba dar la impresión de vacilación táctica más que de disgusto auténtico; invariablemente se metía en una controversia demasiado tarde, en un momento en que ya otros habían cargado los dados. Su analogía histórica sobre la sabiduría de Fabius Cunctator en el debate táctico de 1910 puede tomarse para aplicarlo al mismo Kautsky (véase Erich Matthias, *Kautsky*, p. 182). Kautsky siempre se sintió impulsado a explicar su posición pública con extensos comentarios en cartas privadas a sus amigos, una señal certera de su incertidumbre moral; cf. Victor Adler, *Briefwechsel*, p. 382, fechada el 21 de noviembre de 1901.

[55] August Bebel a Eduard Bernstein, 16 de octubre de 1898, en *Einheit*, 1960, n. 2, p. 226.

no diferían tan sólo en cuanto a detalles. Pero, a diferencia de los "marxistas", aún pensaba que la diferencia era de opiniones, y atribuía "las contradicciones y las muchas conclusiones erróneas" de Bernstein a la ingenua tendencia de éste a absorber el color local con demasiada facilidad —en este caso en Inglaterra. Lo que daba importancia al asunto no eran tanto las opiniones en sí cuanto al status de Bernstein como viejo amigo y camarada. Éste había actuado —y no era la primera vez— sin medir las consecuencias: "Vollmar tal vez esté con usted, Schippel difícilmente, y Auer bajo ninguna circunstancia, por más que pueda gustarle hacer de diplomático y moderador." Bebel compadecía a Bernstein, pero no se sentía enojado frente a un revisionismo o reformismo cuya existencia aún no reconocía.

La verdadera presión sobre el ejecutivo para que interviniera contra Bernstein empezó a ejercerse después del congreso, tanto en privado como en público. Durante todo octubre, Rosa Luxemburgo continuó publicando artículos polémicos contra los revisionistas en el *Sächsische Arbeiterzeitung*, de cuya dirección estaba ahora encargada.[56] Bebel se vio obligado a tomar nota de los artículos, cuando menos en privado: "Replicaré al *Sächsische Arbeiterzeitung* tan pronto como aparezca el próximo artículo, y especialmente me ocuparé de explicar por qué yo, uno de los viejos, no entré en la pelea desde el primer momento."[57] El 31 de octubre Rosa escribió personalmente a Bebel en los términos más inequívocos.

> Me sorprende... que usted y el camarada Kautsky no aprovecharan el ambiente favorable en el congreso del partido para un debate resuelto e inmediato, y en lugar de ello alentaran a Bernstein a producir [un nuevo] folleto que sólo puede prolongar innecesariamente toda la discusión. Si Bernstein está realmente perdido para nosotros, entonces el partido tendrá que acostumbrarse al hecho —por doloroso que sea— de que tenemos que tratarlo de ahora en adelante como a Schmoller o cualquier otro reformador social.[58]

Comunicaciones similares llegaron al ejecutivo desde otras fuentes.

Pero tal vez la presión más significativa ejercida sobre el ejecutivo provino de una fuente completamente externa al partido alemán. Los socialdemócratas rusos en Suiza, en medio de los dolorosos esfuerzos por

[56] Véase más adelante, pp. 138 y ss.
[57] Bebel a Kautsky, 12 de octubre de 1898, citado en "Einige Briefe", p. 12.
[58] IML (B). Reimpreso en *Selected Works*, vol. II, p. 728. Schmoller era profesor de economía y un escritor prominente sobre temas sociales. Al difundir la reforma estaba invadiendo el terreno de la socialdemocracia y Rosa Luxemburgo sentía una aversión particular hacia él.

fundar al fin su propio partido unificado, habían seguido la polémica con gran interés desde el principio. Tanto Parvus como Rosa Luxemburgo les eran bien conocidos. Plejánov, sobre todo, veía en este debate el tratamiento de problemas en los que él temía un interés vital y profesional.[59] Su homólogo natural en Alemania era Kautsky, y ya desde mayo de 1898 le había escrito sugiriéndole una acción conjunta e inmediata contra Bernstein. Kautsky se había excusado alegando su ocupación en el libro que por entonces estaba escribiendo sobre la cuestión agraria y su amistad con Bernstein.[60] En el congreso de Stuttgart, el distinguido marxista ruso había sido huésped de honor y había presenciado la conducta equívoca del ejecutivo. Plejánov, por consiguiente, decidió atacar a Bernstein por su cuenta. En octubre, tanto Bebel como Liebknecht le agradecieron hipócritamente su intervención. "Sígale pegando fuerte", le aconsejaron. Liebknecht incluso culpó a Kautsky por la incapacidad alemana de combatir a Bernstein en forma más vigorosa. La teoría, después de todo, era el fuerte de Kautsky. "Yo, en su lugar, me habría enfrentado a Bernstein con ganas. Si Kautsky no hubiese vacilado en defender los principios, nunca habría *habido* un caso Bernstein."[61]

La controversia no podía desdeñarse ya por más tiempo como una disputa intelectual sin importancia o el resultado de fricciones personales. El ejecutivo abrigaba la esperanza de contar cuando menos con doce meses tranquilos antes de volver a lidiar con el problema en el congreso de 1899. Mientras tanto, los funcionarios del partido en el centro hacían todo lo posible tras bastidores por aliviar la presión que siempre se acumulaba en el cónclave anual. Hombres como Auer, el secretario del partido, deploraban la ventilación en público de lo que en buena medida eran cuestiones de conciencia individual. Le escribió a Bernstein: "Mi querido Ede: Uno no toma formalmente la decisión de hacer las cosas que usted sugiere, uno no *dice* esas cosas, uno sencillamente las *hace*."[62] Y Bernstein, que era esencialmente una persona práctica, supo entender; incluso consideró que podía votar en favor de futuras resoluciones que condenaban específicamente el revisionismo. Todo lo que hacía falta era añadir "un grano de sal a su voto".[63]

59 *Perepiska G. V. Plekhanova i P. B. Akselroda*. Moscú, 1925, p. 205.

60 *Literaturnoe nasledie G. V. Plekhanova: Sbornik — v borbe s filosofkim revisionizmom*, 1938, pp. 261, 264; Plejánov a Kautsky, 20 de mayo de 1898; respuesta de Kautsky, 22 de mayo. A pesar de su lentitud en la acción, Kautsky siempre fue pronto y puntilloso como corresponsal.

61 *Literaturnoe nasledie G. V. Plekhanova...*, p. 269 (carta de Bebel), p. 271 (carta de Liebknecht).

62 E. Bernstein, "Ignaz Auer, der Führer, Freund and Barater" in *Sozialistische Monatshefte*, 1907, vol. I, p. 846.

63 Bernstein a Auer, citado en la Introducción a Rosa Luxemburgo, *Gesammelte Werke*, vol. III, p. 20.

Todo el asunto era como una versión moderna de la gran controversia de Galileo trescientos años antes. Entonces también las dificultades habían sido el resultado inexorable de la afirmación pública de lo que eran conclusiones honradas si bien personales —*et ruam caelum*. La única diferencia consistía en que la Iglesia Católica del siglo XVI era mucho más experta en sus relaciones públicas que el moderno SPD: en tanto que los consejeros papales comprendieron a buen tiempo que la controversia podía írseles de las manos, los dirigentes del SPD creyeron durante mucho tiempo que los revisionistas podrían ser silenciados por medio de la discusión pública sostenida y superior. Pero a fin de cuentas ellos también llegaron a aceptar la simple necesidad de guillotinar la discusión. ¿Cuál, entonces, era el bando culpable tanto en la antigua controversia como en la nueva: los impugnadores irresponsables o la organización comprometida a mantener el orden y la cohesión independientemente de la verdad científica? ¿Tienen los hombres y las mujeres el derecho a cuestionar el dogma públicamente y seguir considerándose miembros de la Fe? ¿Quién es el verdadero perturbador de la paz, el impugnador o el represor, independientemente de que el impugnador sea revisionista y el dogma revolucionario?

La situación evolucionó de tal suerte que, hacia el verano de 1899, el elemento personal efectivamente se había atenuado, pero las cuestiones prácticas sólo se habían hecho tanto más urgentes. La controversia revisionista sencillamente no podía limitarse a proposiciones abstractas en las páginas de *Neue Zeit*.[64] Y ello porque, a diferencia de la controversia galileana, lo que estaba en discusión en este caso, era por cierto, la verdad abstracta, pero además la subsistencia y la política de un gran partido de masas. La mejor ilustración del dilema se hallaba en la actitud del propio Bebel. El gran táctico del partido siempre fue sensible a las necesidades y los sentimientos de los miembros del partido. Cuatro años antes se había quejado de que "en la prensa del partido hemos perdido el hábito de expresar cualquier clase de crítica o independencia. Tal melindrosidad es capaz de ponerlo a temblar a uno. Mientras más observo, mayores son los defectos y las deficiencias que veo en nuestro partido".[65] Pero hacia 1900 la controversia había acabado por hastiarlo. La nueva tendencia a la polémica personal era entonces una señal de deterioro en el partido, y ninguna reprobación de la misma podía ser excesiva.[66]

[64] Victor Adler, *Briefwechsel*, p. 435, fechada el 18 de octubre de 1904.
[65] August Bebel a Karl Kautsky, 3 de diciembre de 1894, en "Einige Briefe", p. 27.
[66] August Bebel a Karl Kautsky, 12 de diciembre de 1900. Hacia 1903, sin embargo, se puso en actitud de lucha una vez más; en su intento de acabar con la

A fines de septiembre de 1898, aun antes de que el congreso del partido pudiera efectuarse, Rosa Luxemburgo se vio beneficiada por un acontecimiento completamente inesperado. Parvus, director del *Sächsische Arbeiterzeitung*, y su subdirector, el viejo correligionario y dudoso amigo de Rosa, Julian Marchlewski, fueron expulsados por el gobierno del reino de Sajonia. El golpe fue asestado el 25 de septiembre de 1898 y la orden de expulsión sólo les concedía unos cuantos días de gracia antes de su salida. Parvus y Marchlewski instaron a la comisión de prensa local del partido que nombrara directora a Rosa Luxemburgo y le telegrafiaron que se presentara de inmediato. Marchlewski la recibió en la estación del tren y al cabo de unos cuantos días la comisión de prensa confirmó el nombramiento. Las últimas dudas fueron vencidas por el hecho de que tanto Parvus como Marchlewski hicieron constar que su futura colaboración con el periódico dependía de que Rosa fuera nombrada directora. El periódico constituía ya un haber importante para la organización local del partido, y las opiniones de Parvus no podían desecharse.[67] Rosa Luxemburgo se hizo cargo de sus tareas más o menos inmediatamente, mientras Parvus y Marchlewski, después de serles negadas sus solicitudes de residencia en diversos lugares de Alemania, se radicaron finalmente en Munich. Rosa Luxemburgo pudo asistir entonces al congreso del partido como directora electa, lo cual representó para ella un ascenso de posible consejera sobre las cuestiones polacas y participante con pleno derecho a hablar sobre los problemas principales del momento.

En Dresde, Rosa heredó un desorden administrativo de primera magnitud. Gran parte del resentimiento contra la azarosa dirección de Parvus se volcó sobre ella, y el ejercicio de autoridad necesario para enmendar las cosas resultaba ofensivo en una mujer.[68] Al mismo tiempo ella continuó los ataques de Parvus contra el revisionismo, aunque prescindiendo de la virulencia del tono. Utilizó el *Sächsische Arbeiterzeitung* para sacar al ejecutivo de su neutralidad protectora. En el transcurso de su campaña clarificadora, Rosa Luxemburgo le presentó batalla específicamente al *Vorwärts*, el órgano central del partido. Se trataba de una mezcla de rivalidad periodística y de genuina discrepancia en cuanto a línea política o, como lo expresaba ella, disgusto frente a la falta de línea política del órgano central. La guerra verbal pronto encontró un foco más particular en la persona del doctor Georg Gradnauer, uno de los prede-

indisciplina del revisionismo práctico, no vaciló en utilizar todos los recursos de la invectiva personal, y alentó a sus partidarios a hacer lo mismo.

[67] "Einige Briefe", pp. 11 y ss.; cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1962, n. 2 (18), pp. 89 y ss.; también Frölich, p 57.

[68] "Einige Briefe", *Bulletin IISH*, p. 13: Rosa Luxemburgo a August Bebel, 31 de octubre de 1898.

cesores de Rosa en la dirección del *Sächsische Arbeiterzeitung* y por entonces subdirector del *Vorwärts* y diputado al *Reichstag* por Dresde. Gradnauer era un revisionista prominente. Con toda la autoridad de su investidura de diputado al *Reichstag*, había escrito una serie de artículos en *Vorwärts* comentando el congreso de Stuttgart. Culpó al ejecutivo y a los radicales por haber "creado" la controversia. Esto molestó a Rosa Luxemburgo y la llevó a atacar públicamente a Gradnauer en el *Sächsische Arbeiterzeitung*. Éste replicó primero en el mismo *Sächsische Arbeiterzeitung*, pero su siguiente intento de defenderse tropezó con el ejercicio negativo de la discresión editorial de Rosa. Gradnauer recurrió entonces al *Vorwärts*, más que contento de poder ajustar cuentas con la advenediza provinciana. Al mismo tiempo, Gradnauer planteó el asunto ante la organización del partido en Dresde como una cuestión de principio y disciplina. Él era, después de todo, el diputado en funciones por Dresde, una persona importante a la que el periódico local del partido debía respeto (razón por la cual, probablemente, Rosa Luxemburgo había decidido atacarlo en primer lugar). La insatisfacción que había prevalecido entre los redactores del periódico desde los días de Parvus encontró ahora un medio fácil de articulación, y tres de los colegas de Rosa tomaron partido por Gradnauer contra ella.[69]

Rosa Luxemburgo ofreció renunciar en una reunión de la comisión de prensa del ejecutivo provincial del partido de Sajonia el 2 de noviembre. Declaró que no podía continuar desempeñando la dirección del periódico si sus propios colegas no la apoyaban e incluso la atacaban en público. El 3 de noviembre apareció una información en el sentido de que Rosa Luxemburgo ya había renunciado, claramente basada en una "filtración" deformada de alguien que había asistido a la reunión. El ejecutivo decidió entonces intervenir. Siguiendo instrucciones de Berlín, la comisión de prensa prohibió la publicación de la justificación de Rosa Luxemburgo; ni siquiera le permitieron publicar una réplica personal a los ataques. Ella recurrió a su amigo Bruno Schönlank en el *Leipziger Volkszeitung*, sólo para descubrir que Bebel había obstruido ese canal también.

[69] Dos de ellos más tarde se hicieron aliados una vez más. Heinrich Wetzker fue una de las pocas personalidades en Alemania que se unió a Rosa Luxemburgo en su batalla contra Kautsky en 1910, aunque sus razones eran más personales que políticas; si acaso él era un "revisionista radical", que mantenía una enemistad crónica, subterránea con toda la dirección. Fue editor del *Vorwärts* de 1899 a 1905 y tuvo que renunciar durante la purga en noviembre de ese año.

Emil Eichhorn tenía una postura política mucho más hacia la izquierda. Se hizo miembro de la oposición a la dirección durante la guerra y estuvo en el ala izquierda de los socialistas independientes, el USPD. En tanto presidente de la policía de Berlín a principios de 1919 hubo de desempeñar un papel importante en el inicio de los acontecimientos que condujeron a la muerte de Rosa Luxemburgo.

No sé cuáles son sus explicaciones, pero Rosa Luxemburgo obró incorrectamente y sin motivo [...] Su declaración inconcebiblemente falta de tacto contra sus colegas debe, con toda justicia, quedar sin publicidad [...] Si yo tuviera oportunidad de verla, le diría mi opinión con palabras mucho más fuertes. Puede usted mostrarle estas líneas a la camarada Luxemburgo. Me molesta especialmente el que haya demostrado ser una mujer y no suficientemente una camarada del partido. Estoy desilusionado con ella. Es una lástima.[70]

Bebel y Schönlank no se llevaban bien —la clásica rivalidad entre el intelectual y el hombre de "manos callosas", cada uno consciente de su condición—, pero el asunto era demasiado serio para permitir una evolución natural. Schönlank no le replicó a Bebel, pero sí le mostró la carta a Rosa Luxemburgo, quien no perdió tiempo en sentarse y escribirle extensamente al presidente del partido.

Prefiero contestar directamente su carta, copia de la cual me hizo llegar el camarada Schönlank. Mi dignidad me impide referirme a cosas como "bofetadas morales, increíble falta de tacto", etc. [...]

[...] Desde los días de Parvus la situación en la redacción [del *SAZ*] ha sido tan desordenada e insostenible que tarde o temprano tenía que haber una disputa, tanto más cuanto que mis colegas estaban resueltos a aprovechar el cambio en la dirección para apoderarse por completo del periódico. Para este fin contaban con el apoyo de la comisión de prensa, resentida por todas las acusaciones contra el tono desagradable y vulgar del periódico [...] Por mi parte considero erróneo limitarme —como lo hacía Parvus— a escribir los artículos tácticos y polémicos, y dejar que todo lo demás en el periódico se fuera al diablo. Consideré que mi primer deber, después de la discusión de las cuestiones tácticas, consistía en mejorar el estado de este periódico descuidado y por ello me interesé en una diversidad de asuntos, lo cual dio lugar a nuevas fricciones con los colegas [...] Usted opina que en todas las cuestiones de importancia la comisión estuvo de mi parte. En realidad, sin embargo, rechazó todas mis proposiciones y solicitudes, apoyó en todo momento a mis colegas de la redacción, y si yo hubiese vuelto a la dirección —dadas las condiciones actuales y el estado de ánimo de la comisión de prensa—, hubiese tenido que renunciar a mi independencia. Formalmente habría parecido tan sólo una alteración de mi actitud editorial, pero en realidad pronto me habría visto impedida de publi-

[70] August Bebel a Bruno Schönlank, 3 de noviembre de 1898, "Einige Briefe", p. 16.

car mis artículos y, lo que es más importante, los artículos de Parvus. Me dijo: si *ése* es el punto de vista de la comisión, entonces no tengo nada más que hacer aquí, entonces todo está perdido *ya* para nosotros. Si la comisión está dispuesta a concederme la necesaria libertad de decisión, todavía puede decírmelo, aun después de mi renuncia. Tenga usted en cuenta que durante la reunión de la comisión repetí diez veces que me veía *obligada* a renunciar, que no había otra salida. Esto los hizo sonreír, creyendo que se trataba de una amenaza vacía, el tipo de gesto que Parvus solía hacer una y otra vez [...]

Abrigo la esperanza de que, al referirle estos hechos, le haya demostrado a usted que fue un tanto apresurado al juzgar mis acciones.[71]

Los numerosos enemigos que Rosa se había hecho —todos los viejos dirigentes de la Segunda Internacional que habían sido heridos por la irrespetuosa joven polemista de Zurich— habían observado su inesperado éxito en Alemania con sentimientos encontrados, independientemente de la admiración intelectual que pudieran profesarle. En Dresde, ella había sermoneado no sólo a sus antiguos adversarios en lo referente a la cuestión social, sino también a los alemanes, a los franceses, a los belgas y a cualquier otro partido cuyos asuntos entraran en la esfera de sus intereses. El director de un periódico, aun de un mediano periódico provincial, era una persona de cierta importancia en la Segunda Internacional. Así, Jaurès y Plejánov y muchos otros, al igual que Victor Adler, probablemente vieron con gusto que Rosa pareciera haberse excedido. Tal vez ahora aprendería a merecer aguardando un poco. Ciertamente, la idea de que la salida de Rosa del *Sächsische Arbeiterzeitung* tenía que ver con alguna cuestión de principio, no se le ocurría a nadie excepto a ella.

Así terminó el primer intento de Rosa Luxemburgo de participar en la estructura organizativa del SPD. Ella había aceptado la dirección del periódico a fin de proyectar su influencia en el partido, pero había sido víctima de la conocida verdad de que la afiliación a una jerarquía implica necesariamente limitaciones a la libertad personal, especialmente la de expresión pública; que el poder y la influencia son en ocasiones paralelos, pero con mayor frecuencia contradictorios. Dentro de la estructura del partido, sus desventajas naturales —juventud, origen extranjero, sexo, y sobre todo la impaciencia y la superioridad intelectual— resaltaban extraordinariamente. La responsabilidad colectiva y la cohesión, la mutua autoprotección de la jerarquía contra quienes no pertenecían a

[71] "Einige Briefe", p. 17. La carta nunca se publicó; fue encontrada entre los papeles de Bebel en el IISH.

ella —recurso que Rosa despreciaba y atacaba—, no podían resultar súbitamente ventajosas para ésta. Su queja ante Bebel y ante la comisión de prensa en el sentido de que sus colegas no estaban dispuestos a apoyarla, demostraba que las presiones de la cohesión institucional eran las mismas para ella que para otro cualquiera. Ella hizo un intento más de "pertenecer" cuando se hizo cargo de la dirección conjunta del *Leipziger Volkszeitung* después de la muerte de Bruno Schönlank. Este intento también fracasó. De entonces en adelante Rosa Luxemburgo hubo de aceptar las implicaciones de su temperamento y de seguir siendo persona ajena a la jerarquía, tratando de ganar influencia pero despreciando el poder, atacando los inevitables esfuerzos de la jerarquía por proteger a los suyos, y atacando finalmente a aquélla —la "camarilla gobernante", como llegó a llamarla—, por el hecho mismo de existir.

V

LA DIALÉCTICA: UNA CARRERA. 1899-1904

Después del fracaso de Dresde, Rosa Luxemburgo se trasladó otra vez a Berlín. Aunque ahora tenía unos cuantos amigos —y un número mucho mayor de detractores— tenía una inevitable sensación de anticlímax. Se sentía casi tan sola como cuando llegara por primera vez a la capital hacía seis meses.

Sus nuevas habitaciones estaban en el 23 de la Wielandstrasse, en Fridenau, popular suburbio residencial en la sección occidental de Berlín. Ahora vivía a sólo dos calles de la casa de los Kautsky. Siendo vecina, los veía más que a ningún otro del partido. Sus intereses y su tendencia política eran semejantes; el contacto estrecho pronto maduró y se hizo amistad. En 1899 comunicaba a su amigo el suizo Seidel:

> Las únicas personas con quienes me reúno aquí —en Fridenau, cerca de Berlín, donde vivo— son los Kautsky, mis vecinos, y de vez en cuando Bebel, Mehring, Stadthagen, etc. Pero lo que prefiero es estar en mi cuarto bien calentito, a mi mesa, y leer... Más que nunca me temo que puedo arreglármelas sin la gente y cada vez me retiro más en mí misma. Supongo que esto es anormal, pero no sé... siempre me parece que tengo tanto material por pensar y vivir, que no siento el vacío.[1]

En un año, su amistad con los Kautsky se hizo mucho más íntima. El impulso inmediato fue el ostentoso gesto de Rosa de negarse a hacer una reseña que le encargaron para los *Sozialistische Monatshefte,* el periódico de Bernstein, y ofrecer en cambio la primera exclusiva de su pieza a Kautsky. Impresionado y halagado, éste le pidió que los visitara más a menudo: "Los marxistas somos desafortunadamente pocos en tierra alemana, y la actual crisis revisionista nos da muchos motivos para unirnos aún más unos a otros."[2] El imponente filósofo Franz Mehring

[1] Cartas Seidel, *Z Pola Walki,* 1959, n. 1 (5), pp. 77-8.

[2] *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* p. 55; la copia manuscrita por Rosa Luxemburgo de la respuesta de Kautsky en las cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1963, t. VI, n. 1-2 (21-2), p. 333. Todo el enredo ligeramente maquiavélico de Kautsky se lo impuso a Rosa (que se resitía) Jogiches, encantado por la relación con Kautsky —lo que más bien embarazaba a Rosa, quien no gustaba de las amistades políticas.

también había empezado a encariñarse con la aplomada joven, casi con sorpresa de ésta: "Muy inmerecida [...] la amistad siempre me parece algo inesperado, como un regalo."[3]

Seguía sin gustarle Berlín, aun dejando margen para la deformación que producen todas las comparaciones. "Tú en Zurich, en esa feliz y bendita Zurich, no tienes idea de cuán sombrío es Berlín durante el invierno. A las tres y media tengo que encender mi lámpara para escribir una carta, y tú sabes [...] cómo añoro la luz del sol." Compartía esta pasión al menos con su enemigo de clase alemán, porque era la época en que los alemanes de la clase media, refinados y sensibles, "descubrían" en gran número el norte de Italia y la costa del Mediterráneo; eran los pioneros de ese mito angloalemán del "mediodía" suave y tolerante donde crece el limonero (*das Land wo die Zitronen blühen*), sustentado nada menos que en la respetable base de Goethe. Para Rosa también, lo único que podía suavizar los rígidos enfrentamientos de la guerra de clases era el sol.

En el verano de 1900, Jogiches tuvo que salir súbitamente de Zurich y al fin se reunió con ella en Alemania. Al principio vivieron juntos en la Cuxhavenerstrasse, un departamento más apropiado, adonde se trasladó en febrero de 1899. Pero Jogiches no estuvo mucho tiempo en Berlín. El SDKPiL otra vez estaba moribundo; el movimiento de Polonia no había cuajado y, como con los rusos, la dirección local últimamente aparecida hubo de tomar el camino del exilio. Jogiches, inquietándose por la futilidad de un mando emigrado sin tropas —aún más amarga por el contraste con la afortunada participación de Rosa en el SPD— se fue a fines de 1901 a Argelia, donde su hermano se moría en un sanatorio antituberculoso. Leo Jogiches se quedó allí algunos meses; las escasas noticias que hubiera del partido se las podía transmitir fácilmente Rosa Luxemburgo en sus frecuentes cartas. No volvió sino en marzo de 1902, y para entonces ya tenía Rosa el ideal pisito de Cranachstrasse 58, también en Friedenau, las amadas habitaciones donde vivió casi diez años. Le tomó mucho cariño a aquel departamento, y aun encarcelada en Varsovia en 1906 durante la revolución, se preocupaba más por que no se interrumpiera el pago de la renta que por su propia seguridad. Las habitaciones rojas y verdes, los estantes de libros, los cuadros —algunos pintados por ella—, su gata Mimí, todo aparece constantemente en sus cartas como unas cuantas áncoras de una vida por lo demás inquieta.

[3] Carta a Minna Kautsky, madre de Kautsky, 30 de diciembre de 1900. Archivos IISH.

¿Y su carrera, que había conducido a tan celosa desesperación a Jogiches? Para 1899, la controversia revisionista estaba llegando al final de su primera fase, de zacapela general. Los intelectuales —Kautsky, Parvus, Rosa por una parte y Bernstein, Schippel y Heine por la otra— habían peleado unos contra otros sin ningún resultado, como suelen hacer los intelectuales independientes. Pero aunque no hubieran resuelto nada, habían hecho suficiente ruido para hacer intervenir a los verdaderos poderes del partido, los "prácticos", los dirigentes. Durante el ataque intelectual contra Bernstein, los dirigentes del SPD del sur de Alemania se habían distinguido como los practicantes más diestros del revisionismo; habían respondido a su vez, no en defensa de Bernstein sino de sí mismos. Verdad es que habían evitado cuidadosamente toda alusión a las ideas de Bernstein y se limitaron a elogios personales, a los que se unieron generosamente Kautsky y todos los líderes; no les interesaba enredarse en fuegos de artificios intelectuales. Si se hubieran estado callados y recatados por cierto tiempo, todo aquello hubiera quedado en otro mero e irreal *Wortstreit*, hinchado por unos cuantos redactores ambiciosos de la prensa del partido. Pero el caso es que decidieron contraatacar a los escandalosos e irresponsables extraños —extranjeros además— y obligaron así a los dirigentes, que no lo querían, a lanzar contra ellos toda su lenta cólera, y contra Bernstein también. Porque la manifestación más clara en la práctica del revisionismo era la indisciplina y la desobediencia, puerta abierta a las influencias burguesas, centrífugas. Es difícil ser justo en relación con el papel desempeñado por Rosa en este proceso de "politización", en que una disputa de intelectuales se vuelve problema político y moviliza las fuerzas políticas del partido contra los revisionistas. Aparte de los diversos artículos que escribió sobre aspectos particulares del revisionismo, sus contribuciones más importantes fueron las dos series de artículos de la *Leipziger Volkszeitung* y su apoyo a Schönlank, su distinguido e influyente director. "En torno a Kautsky, Mehring y Bebel ha corrido el rumor [...] de que las actitudes de Schönlank se deben en gran parte a mi influencia. ¡Curioso modo de enlodar!"[4]

Podía decir con razón que su panfleto sobre Bernstein había proporcionado, más que cualquier otro, un terreno de concentración intelectual para los enemigos del revisionismo. "Mis artículos y sobre todo mi panfleto han obtenido aprobación y están dejando su marca. Pondrán el sello a mi derecho de participar en la discusión y verás que hasta Bebel en [el próximo congreso del partido en] Hanover sencillamente

[4] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1963, t. VI, n. 3 (23), p. 142, fechada el 24 de abril de 1899.

tomará de mi panfleto, lo mismo que Clara Zetkin [en su reciente mitin de Berlín]."[5] Y ciertamente recibió muchas cartas de apoyo y admiración.

La opinión que Rosa Luxemburgo se hacía de sí misma en aquella fase de la controversia revisionista era una curiosa mezcla de profundo escepticismo acerca de la gente, unida a confianza en sí misma y fe en las posibilidades de ejercer influencia en el partido alemán. Por mucho que temiera y odiara la actitud del *establishment* alemán, que se servía de las personas y después se deshacía de ellas —sobre todo de los extraños—, sentía que el partido alemán y su dirección todavía eran capaces de hacer algo grande. Discutía con Jogiches, cuya tendencia entonces como siempre era preconizar la manipulación personal y entre bastidores y no el encuentro de frente.

> En cuanto a tu acusación de que soy una idealista del movimiento alemán, es ridícula y no estoy de acuerdo. En primer lugar, aquí también hay idealistas —y sobre todo una enorme masa de simples agitadores de las masas trabajadoras. En segundo lugar, hay asimismo idealistas ciertamente entre los dirigentes, por ejemplo Bebel. En última instancia, nada de eso me importa. El principio que he adoptado de mi experiencia revolucionaria polaca y alemana es éste: mantente siempre cabalmente indiferente a lo que te rodea y a las demás personas. Decididamente, deseo seguir siendo idealista dentro del movimiento alemán, y lo mismo del polaco. Claro está que esto no significa que desee hacer el papel de soñadora [...] Es verdad que deseo conquistar la posición de mayor influencia posible dentro del movimiento, pero en realidad esto no tiene por qué significar el menor conflicto con los ideales de uno y no requiere el empleo de ningún otro medio que el de mis "talentos", los que me consta que tengo.[6]

Si acaso, la desilusión de Dresde fue una lección saludable, y demostró que la participación personal en un movimiento cerrado, con conciencia elitista, era mucho menos fructífera que el desenvolvimiento de sus dotes naturales. Vagamente percibía ya Rosa Luxemburgo en esta temprana fecha lo que estaba destinada a ser su verdadera contribución al socialismo.

[5] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1963, t. vi, n. 3 (23), 1o. de mayo de 1899. Rosa Luxemburgo afirmaba también que lo que estaba escribiendo Kautsky en torno a la cuestión de Bernstein era una mera repetición de lo que ella había dicho.

[6] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1963, t. vi, n. 3 (23), p. 151, 1o. de mayo de 1899.

¿Sabes lo que he estado sintiendo con muchísima fuerza últimamente? Que hay algo en mí que se agita y quiere salir a la superficie. Naturalmente, algo intelectual, algo para escribir. No te preocupes, no se trata otra vez de poemas o novelas. No querido, es algo cerebral. El hecho es que no he empleado la décima ni la centésima parte de mi verdadera energía. Ya estoy muy harta de lo que he estado escribiendo y me parece que ahora estoy por encima de ello. En una palabra: siento la necesidad, como diría Heine, de "decir algo grande". Es la forma de escribir la que me disgusta, y siento que dentro de mí está madurando una forma completamente nueva y original, que prescinde de las fórmulas y normas usuales y las desbarata y que convencerá a la gente, naturalmente, por la fuerza del intelecto y de la persuasión, no tan sólo por la propaganda. Tengo una verdadera necesidad de escribir así para obrar en la gente como el trueno, para agarrarlos por la cabeza, y claro está que no con declamaciones sino con la amplitud de perspectivas, la fuerza de convicción y las irresistibles impresiones que haré en ellos. Pero ¿cómo, qué, cuándo? Todavía no lo sé. Sin embargo te digo que siento con toda seguridad que hay algo, que algo va a salir.[7]

Tanto Bebel como Mehring y Clara Zetkin la instaban a capitalizar su nueva reputación con un discurso en el congreso del SPD en Hanover. Desde Zurich, Jogiches la apremiaba para que obligara a Bebel a comprometerse formalmente a que Rosa hiciera un discurso. Ella sabía que eso era imposible; una vez más, su propio éxito suscitaría la latente oposición de un sistema establecido y envidioso. Cuando Bebel le escribió que debía ir a Hanover a discutir con él de antemano un "plan de campaña bien definido", ella comentó sarcásticamente: "En cuanto todo esté bien arreglado, él y Kautsky se enfriarán rápidamente y me quitarán de la agenda. Conozco a estos amigos como los dedos de mi mano." Pero de todos modos fue a Hanover, y habló. El congreso duró cinco días, del 9 al 14 de octubre. Fue un congreso tranquilo en comparación con el de Stuttgart del año anterior; el comité ejecutivo había tan sólo pedido a los participantes que no se metieran en recriminaciones personales y hablaran de problemas, no de personas. Para Bebel y Auer, la teoría era todavía una útil válvula de seguridad que no podía perjudicar a la unidad política del partido.

De acuerdo con la línea oficial, Rosa limitó su discurso en gran parte

[7] Ibid, p. 136. La alusión a poemas se refiere a la producción de un manuscrito antiguo para conmemorar el 1o. de mayo de 1892 destinado a su publicación en *Sprawa Robotnicza* —en versos yámbicos— proeza que Jogiches durante muchos años temió repitiera.

a las cuestiones teóricas. No obstante, su temperamento pronto la arrastró; atacando la validez de las analogías inglesas para las condiciones alemanas, mencionó a "los camaradas con ideas locas", e inmediatamente sus contrarios, que habían estado esperando precisamente tal salida, la llamaron triunfantemente al orden. Ésta fue la ocasión para Fendrich Peus y todos los demás sindicalistas de castigarla por el insulto de "los trabajos de Sísifo", una de esas frases indigeribles en que Rosa era maestra. En general, era ella la que estaba a la defensiva (Parvus, que había sido tan sólo un delegado no oficial en Stuttgart el año antes, esta vez no asistió), mientras los "prácticos" eminentes tomaban la ofensiva. Incluso Vollmar le hizo un cumplido irónico: "La camarada Luxemburgo ha sido sorprendentemente moderada esta vez [...] para poner un huevo tan huero, tal vez no fuera necesario tanto ruido."[8] Varias veces hubo de defenderla el presidente del congreso de los sarcasmos de sus contrarios, y la misma Rosa les recordó que no estaban en un club de debates donde las palabras no tenían valor verdadero, sino en un partido de lucha.

Animada por la creciente firmeza del comité ejecutivo contra la concepción teórica por lo menos del revisionismo, Rosa volvió a la carga con *Vorwärts,* asunto que había quedado en suspenso desde la disputa sobre la dirección de la *Sächsische Arbeiterzeitung.* Su viejo enemigo Gradnauer todavía estaba en *Vorwärts,* junto con Kurt Eisner y otros revisionistas aún más claramente definidos. En septiembre de 1899, aun antes del congreso de Hanover, Rosa Luxemburgo había publicado un artículo en el *Leipziger Volkszeitung,* en que acusaba francamente al órgano central del partido de no tener opinión de ningún género. Tal política de insustancialidad no podía basarse, como pretendía Gradnauer, en el programa del partido. "El partido no necesita tener un órgano central parado ni acostado, sino en marcha hacia delante, y es de esperar que el congreso del partido en Hanover lo ponga en pie y le dé un empujón."[9] Con visible gusto, Gradnauer replicó en *Vorwärts* el 24 de septiembre de 1899: "La camarada Luxemburgo debería ser la última en vivir con la ilusión de que su deber es enseñarnos a dirigir un periódico. No debería olvidar tan fácilmente que su propio intento de dirigir un periódico del partido acabó en el más breve tiempo posible y con el menor avance posible... para ella; una tragicomedia."

Esto provocó una de las sarcásticas explosiones de Rosa y después no quedó gran cosa que decir. De nada servía intentar que *Vorwärts* expresara una opinión; para decir algo, primero hay que tener algo que

[8] *Protokoll... 1899,* p. 215.
[9] "Unser leitendes Zentralorgan", *LV,* 22 de septiembre de 1899.

decir. Ningún redactor de *Vorwärts* se hubiera salido como ella lo hizo en Dresde; allí nunca se planteaban cuestiones de principio, de entereza. "Hay dos tipos de organismos vivos, los vertebrados, que caminan y a veces hasta corren y los invertebrados que se arrastran o se adhieren."[10] Llegó a ser una excelente autora de epigramas políticos, casi de corte francés, y eso la hacía no sólo legible sino hasta citable, premisa esencial para tener influencia política.[11]

El apoyo que recibiera de Wilhelm Liebknecht en el congreso de Hanover produjo un acercamiento entre ella y el anciano poco antes de morir éste. Sus diferencias se habían debido en gran parte a cuestiones polacas, porque Liebknecht, "secretario de todos los partidos extranjeros en Berlín", no sólo tenía un apego sentimental al antiguo ideal marxista de independencia para Polonia, sino una gran ansia de decir a los extranjeros cómo debían solventar sus asuntos o más bien de insinuárselo enérgicamente.[12] Pero la tenaz y porfiada joven era mucho menos desagradable cuando, en el debate revisionista, se servía más literalmente de sus conocimientos de Marx —el modo acertado— y cuando su pluma se dirigía por el mismo rumbo que la de él, que siempre estuvo dispuesto a declarar lo pasado pasado. Cuando en septiembre de 1899 quedó vacante un puesto de redactor en *Vorwärts,* él mismo propuso a Rosa Luxemburgo. El ejecutivo quería infundir algo de vida en el órgano central del partido, pero no daba con un joven a propósito, y hasta había ido a Viena en busca de candidatos.[13] Pero Bebel, político más astuto que Liebknecht, vio que el nombramiento de Rosa sólo crearía problemas: "Yo aconsejaría a la camarada Luxemburgo que se retire. Creo que lo pasaría muy mal y no tardaría en dejarlo por sí misma. Los redactores hacen como que les encantaría tenerla con ellos, pero es pura hipocresía. Yo voto por Ströbel."[14] Lo mismo le dijo lisa y llanamente a Rosa; él no quería que se repitiera el escándalo de Dresde en el *sancta sanctorum* de la dirección del partido.[15] Con sensatez, la misma Rosa escribió al presidente de la comisión de prensa breve y formalmente para retirar su candidatura.

[10] *LV*, 26 de septiembre de 1899.

[11] Halló una frase igualmente eficaz para un servicio de prensa puesto en marcha en 1904 por Friedrich Stampfer, en que participaban revisionistas bien conocidos como Wilhelm Keil: "una fábrica de opinión para la confusión de los cerebros de la clase obrera". Friedrich Stampfer, *Erfahrungen und Erkenntnisse, Aufzeichnungen aus meinem Leben.* Colonia, 1957, p. 94.

[12] Victor Adler, *Aufsätze, Reden und Briefe*, t. VI, p. 297.

[13] Adolf Hoffmann a Victor Adler, 23 de octubre de 1899.

[14] August Bebel a Karl Kautsky, 24 de noviembre de 1899; también August Bebel a Victor Adler, 27 de noviembre de 1899, en "Einige Briefe", p. 30.

[15] Cartas Jogiches, fines de noviembre de 1899. IML (M).

Después de este incidente y hasta la muerte de Liebknecht, en agosto de 1900, hubo una pálida amistad otoñal entre ellos. Rosa se sintió más conmovida por su muerte de lo que ella hubiera creído. Escribió entonces:

> Últimamente estuve en la redacción de *Vorwärts*, y el anciano me llevó a un lado, y cuando nos despedíamos me susurró súbitamente: "Siempre haré cuanto pueda por usted. Mi proposición de que fuera redactora era perfectamente seria, y me hubiera gustado tenerla conmigo. Siempre que tenga algo tremendo [*etwas fulminantes*] que decir, démelo para *Vorwärts*, que más efecto hará en ella que en la *Leipziger Volkszeitung*." Yo se lo prometí, y me invitó calurosamente a visitarlo, diciendo que él y su esposa siempre estarían encantados de recibirme. Era una cosilla, pero me alegraba separarme de él en paz.[16]

En los últimos días de diciembre de 1899 andaba solicitando votos una vez más en las partes polacas de la Alta Silesia, de donde procedía su mandato para el congreso de Hanover. El SPD estaba ahora cada vez más descontento con el Partido Socialista Polaco de Prusia, fundado en 1893 si no como partido totalmente distinto e independiente, sí por lo menos como un duplicado en miniatura de todas las funciones del SPD, desde la célula local hasta el congreso nacional del partido. Para Rosa era otra vez el PPS ruso-polaco. Los polacos de Alemania aprovechaban a fondo la mala conciencia del SPD acerca de los pobres polacos y la peculiar e incomprensible índole de la política polaca. Al principio se trataba principalmente de definición organizacional, para que los partidos no anduvieran a la greña. Desde el principio tuvieron los polacos apoyo moral y consejo de Daszynski por la frontera con Austria; el ideal de éste eran los socialdemócratas austriacos, partido federado compuesto de organizaciones nacionales independientes. Los polacos de Prusia también recibían subsidios del SPD, sobre todo para su periódico, la *Gazeta Robotnicza*. Pero con la aparición de Rosa Luxemburgo en Alemania, la fricción organizacional latente salió a la luz por la cuestión de principio que ella había llevado, curtida por las batallas, a dos congresos internacionales: la autodeterminación de los polacos. Como había hecho ver la controversia de 1896, ningún miembro importante del SPD compartía su plataforma teórica en público, aunque algunos estaban de acuerdo con ella en privado. Pero los acontecimientos

[16] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 66, aproximadamente el 9 de agosto de 1900.

no tardaron en ponerse de parte de ella. Insistiendo constantemente en la formación secreta de una organización separada del PPS en Alemania, que duplicaría y desplazaría a la del partido alemán, Rosa hería al SPD en su punto más sensible: no ya la unanimidad intelectual sino el control organizacional. Gradualmente, con esta impenetrable cubierta, logró ir insinuando sus ideas de principio en la mente de los dirigentes del SPD, que se declaraban por su parte ignorantes de los asuntos polacos. Realizó esto con gran destreza táctica y paciencia, sin forzar nunca la dosis. Por cierto que fue la única campaña táctica de su vida de la que surgiera plenamente victoriosa.

Lo primero que hizo fue llevar la batalla de la Alta Silesia 320 kilómetros más al norte, a la "jungla" políticamente hostil de Posnania, donde estaba instalado un antiguo compañero de armas, Marcin Kasprzak, quien se había quedado en Prusia después de salir de la cárcel en 1896.[17] El PPS de Prusia, al que se había adherido como cubierta política, lo había expulsado después de la prolongada campaña por supuesto desfalco y traición que dimanaba de los dirigentes del PPS en Londres. En 1898 había hecho ya un intento de averiguar la posición de él respecto a las cuestiones que ella estaba suscitando en la Alta Silesia, y había recibido una respuesta característicamente breve, pero favorable. Ahora laboraban Rosa Luxemburgo, Kasprzak y Gogowski —otro polaco partidario de Rosa— para crear en Poznan una organización sindical favorable a los principios de ella, de integración total en el SPD.[18] Posnania era industrialmente una de las regiones menos organizadas de Alemania, y los obreros polacos apoyaban a los burgueses del Partido Demócrata Nacional Polaco. Uno de los amigos de Rosa describió gráficamente la labor a los Kautsky, que le eran afines, cuatro años después durante la campaña de elecciones al *Reichstag* de 1903. "Nuestra Rosa se ha ido al yermo y ahora está empeñada en una durísima, agotadora labor... ¡y en qué yermo! No hay la menor huella de cultura moderna, sólo clericalismo y feudalismo, todo tiene que hacerse desde el principio. Y lo peor es que yo no puedo ayudarla [por no ser ciudadano alemán]."[19]

El PPS empezó tratando de buscar la paz. La misma Rosa asistió al quinto congreso del PPS de Prusia en la Pascua de Resurrección de

[17] Véase supra, pp. 88 y ss.

[18] Zbigniew Szumowski, "Ruch robotniczy w Poznaniu do 1918 roku" (Movimiento laboral en Posnania hasta 1918) en *Dziesiec wieków Poznania* (Un milenio de Posnania), t. I, de *Dzieje swpoleczno-gospodarcze,* Posnania, 1956, p. 182; también *Protokoll des dritten Gewerkschaftskongresses 1899*, p. 23.

[19] Adolf Warszawski a Karl Kautsky, 20 de mayo de 1903, Archivos IISH, D XXIII, 63. Véase también *Vorwärts,* 20 de octubre de 1899.

1900. "Sus partidarios presentaron dos resoluciones enérgicamente concebidas contra las *fantasías nacionalistas* del PPS de Prusia; pedían nada menos que la cabal disolución del partido polaco y su absorción por el SPD."[20] Rosa apoyó las resoluciones con un discurso polémico y satírico.[21] El congreso del partido, naturalmente, se resistía a este intento de hacerle votar su propia disolución y Rosa —que probablemente nunca esperó que se adoptaran sus resoluciones— las retiró diestramente y ofreció una solución intermedia: la creación de una comisión de prensa encargada de la propaganda y de vigilar la política editorial de la *Gazeta Robotnicza*. El comité ejecutivo del PPS pareció creer que este súbito cambio de dirección podría conducir a la conversión de su más acerbo opositor en un apoyo potencial y aun favoreció su elección para la comisión de prensa propuesta. Pero Rosa no hizo más que aprovechar la oportunidad, como era de esperar, para combatir las ideas del PPS desde dentro de él y tratar de acabar con la estrecha relación existente entre el comité ejecutivo del PPS y su periódico. Cuando ulteriormente quiso el PPS que aceptara la idea de una Polonia independiente como "solución de compromiso", Rosa reasumió al punto en público sus quejas contra "las destructoras operaciones de los nacionalistas". A los tres meses, la artificial alianza se había acabado.[22]

En el siguiente congreso del partido alemán en Maguncia, 17-21 de septiembre de 1900, volvió a representar a los votantes polacos en Alta Silesia y Posnania y habló principalmente de cuestiones polacas. Se había planteado al congreso una resolución de protesta contra las medidas del gobierno prusiano para desarraigar el uso del polaco en las escuelas y la tendencia general a tratar a los polacos como a ciudadanos de segunda. Rosa, ahora a la ofensiva, quería añadir a esta resolución y adjurar al obrero polaco "que olvide las utopías nacionalistas y convenga en que sus intereses nacionales están bien cuidados por los socialdemócratas, y que no tome una posición separada, como polaco, siguiendo a los partidos nacionalistas". Uno de los creadores del PPS atacó a Rosa y se refirió en particular a un artículo que ella había escrito en que había empleado las objetables palabras de "socialnacionalistas" y "socialpatriotas".[23] "Ella no se hubiera atrevido a fundarse en las palabras de Wilhelm Liebknecht si éste hubiera estado todavía vivo; baste

[20] *Vorwärts*, 3 de abril de 1900; *Gazeta Robotnicza*, 7 de abril de 1900.

[21] La *Gazeta Robotnicza* reprodujo el discurso en 28 de abril y 5 de mayo de 1900; también lo reprodujeron *Vorwärts*, en 18 y 20 de abril, y otros periódicos. Causó gran sensación.

[22] *Vorwärts*, 18, 20 y 29 de abril y 26 de agosto de 1900.

[23] *Protokoll... 1900*, p. 125. El artículo salió en *Vorwärts* el 26 de agosto de 1900.

con mencionar la carta que él le escribió poco después del congreso de Hamburgo en 1897."

Para entonces, el PPS había llegado hasta enfrentar a los candidatos de lengua polaca a los candidatos oficiales del SPD, dividiendo así los votos de la clase trabajadora en las regiones que hablaban polaco. Es evidente que la mayoría del congreso no lo sabía, y cuando Rosa Luxemburgo lo mencionó hubo una confusión general. La mayoría de los delegados, incluso los de la dirección, no conocían bien el problema, como lo reconocieron francamente. Señaló también Rosa que había sido la influencia de ella en el último congreso provincial la que había impedido que las organizaciones polacas de Alemania autorizaran el enfrentamiento de un candidato oficial polaco al SPD en la Alta Silesia para fastidiar a Winter. Pero además de los candidatos parlamentarios separados, la *Gazeta Robotnicza*, financiada por alemanes pero controlada por polacos, pedía ahora la fundación de sindicatos exclusivamente polacos.

En el invierno de 1900 y a insistencia de Rosa se organizó por fin una "conferencia en la cumbre" entre las ejecutivas del SPD y el PPS; el doctor Winter, Gogowsgi y ella misma asistían en calidad de "expertos" consultores. Los alemanes tomaron entonces la ofensiva y acusaron al PPS de nacionalismo, de ataques irresponsable contra Kasprzak, un camarada puro. Insistieron en que él o Rosa debían pasar a la redacción de la *Gazeta Robotnicza*. Rechazado esto, los alemanes retiraron su subsidio el 1o. de abril de 1901. Lo que más los indisponía era el haber fracasado en las elecciones especiales de Posnania para el *Reichstag* en marzo de 1901. La ejecutiva del SPD había pedido al PPS que apoyara a Kasprzak, su candidato oficial, o por lo menos no se opusiera abiertamente a él; en lugar de eso, los polacos agitaron ruidosamente contra él con las antiguas acusaciones y casi postularon a su propio candidato de oposición, a consecuencia de lo cual —al menos así se dijo— Kasprzak obtuvo menos de 3% de la votación total.[24]

En el congreso de Lübeck (22-28 de septiembre de 1901), la ejecutiva, a pesar de la protesta de varios miembros, obtuvo la aprobación del partido para su decisión de retirar el apoyo pecuniario a la *Gazeta Robotnicza*. Las razones oficiales para su supresión fueron algo hipócritas: no se trataba de las tendencias de oposición de los socialistas polacos sino de que el periódico no tenía una circulación que justificara los gastos que la ejecutiva del SPD hacía profusamente por él. Los partidarios del PPS volvieron una vez más a las denigraciones persona-

[24] *Vorwärts*, 7 de febrero de 1901; *Gazeta Robotnicza*, 20 de marzo de 1901; también Florian Miedzynski, "Marcin Kasprzak 1860-1905", en *Wybitni Wielkopolanie XIX wieku*, Posnania, 1959, p. 436.

les, sacadas del antiguo arsenal PPS. Biniszkiewicz dijo al congreso de Lübeck que Marcin Kasprzak "se había refugiado en el partido alemán y pretende ser honesto pero la realidad es que la existencia se le hacía ya imposible en Polonia [...] no podemos trabajar con gente como Kasprzak [...] algunos de los llamados polacos de Alemania no son tales polacos, han nacido fuera y no saben ni una palabra de polaco".[25]

Estas ásperas palabras eran consecuencia de la derrota. Guiada por Rosa, la ejecutiva del SPD trató al PPS con creciente hostilidad. Al hacerlo obtuvo el apoyo de quienes para Rosa eran aliados extraños en el partido: figuras establecidas, como Auer, quien creía que la unidad organizacional era sacrosanta, y que los intereses razonables de la mayoría debían prevalecer frente a una minoría, por mucho que gritara.[26] Había otros que creían sencillamente que un pequeño partido polaco no se iba a imponer a un gran partido alemán, sobre todo cuando era el grande el que financiaba al pequeño. La idea en general de organizaciones polacas separadas, aun dentro del marco mayor de la política SPD, fue combatida en el curso del contraataque alemán. Y con esta masiva protección, Rosa y sus amigos se infiltraron aún más hondamente en el bastión del PPS. En Posnania había aparecido súbitamente una nueva organización polaca y pedía tan sólo el reconocimiento por parte de las autoridades del SPD "ahora que han quedado totalmente rotas las relaciones entre la socialdemocracia alemana y el PPS".[27]

Rosa Luxemburgo se sentía ya bastante fuerte para salir otra vez abiertamente en defensa de sus principios básicos y contra la autodeterminación polaca en lugar de escudarse en la querella organizacional. No se sabe con seguridad si esto obedecía a un planeamiento deliberado o si surgiría en el calor del debate en el congreso de Lübeck del SPD, en 1901, aunque ya entonces tenía Rosa suficiente dominio de sí misma para sobreponerse a los impulsos de una cólera espontánea. Por eso podemos suponer con bastante certidumbre que su arranque era planeado.

A todo esto, el PPS intentó desafiar abiertamente al partido alemán. En una reunión celebrada en Auschwitz (Oswieçim), en la Silesia austriaca, el 13 de julio de 1902 fueron nombrados ocho candidatos de

[25] *Protokoll... 1901*, p. 125. El comité ejecutivo comunicó realmente sus investigaciones del caso Kasprzak al congreso. La ejecutiva del PPS lo había acusado formalmente de traición y de otras varias cosas, lo que al fin se concretó en la queja de que había robado 60 marcos depositados con él por los camaradas polacos. Una comisión del SPD había estudiado las acusaciones y las había declarado infundadas.

[26] Citado por Wehler, *Sozialdemokratie*, p. 141.

[27] *LV*, 30 de mayo de 1901; *Vorwärts*, 29 y 30 de mayo de 1901. Para el lado del PPS véase *Sprawozdanie z obrad VI Zjazdu PPS... 1901 w Berlinie* (Informe de las actas del VI Congreso del PPS... 1901, en Berlín), ZHP.

oposición polacos para enfrentarse al SPD. En el congreso celebrado por éste en Munich el 14 de septiembre se produjo por consiguiente una discusión más ardorosa que nunca. Rosa y veintidós delegados alemanes presentaron una resolución en que se "condena con el mayor rigor posible la agrupación independiente del PPS y sus mandatos separados y se les pide que disuelvan esa organización independiente".[28] El mismo Bebel criticó algo a Rosa Luxemburgo por su visible intransigencia —aunque entonces estaban su amistad y cooperación en su punto culminante— y propuso una enmienda transaccional a su resolución. "La camarada Luxemburgo me dijo en privado hace poco que si yo no estaba dispuesto a seguir hasta el final su modo de ver, en definitiva no tenía por qué contenerse y portarse bien", y todos rieron, incluso Rosa. Pero el problema de la población polaca en Alemania, muy aparte de los 60 000 mineros en las minas de carbón de Alemania occidental, pedía a gritos una solución, ya fuera polaca o alemana. Bebel y la ejecutiva alemana empezaron a pensar que tal vez no debieran llevar las cosas al extremo. Bebel suspiraba que las relaciones con los polacos de Alemania serían mucho mejores "si por lo menos los dirigiera un hombre con la inteligencia de Daszynski," lo cual no era ningún cumplido para Rosa Luxemburgo.[29]

El PPS se hallaba en lamentable situación pecuniaria, y también empezaba a arrepentirse. En octubre de 1902 se celebró una nueva conferencia pro unidad, poco después del congreso del SPD, compuesta por las dos ejecutivas, con un grupo de expertos que esta vez eran Daszynski por Galitzia, Rosa Luxemburgo, y representantes de Posnania y Silesia. Los alemanes presentaron sus peticiones organizacionales y Rosa sus tesis especiales: el PPS prusiano se convierte en la "socialdemocracia polaca en Alemania", excluyendo específicamente de su programa la autodeterminación; la ejecutiva del partido polaco y la dirección de la *Gazeta Robotnicza* estarían compuestas por un número igual de representantes de Posnania, donde Rosa tenía fuerza, y de Silesia, donde no la tenía.[30] Rosa debió gozar mucho sentada frente a su antiguo enemigo Daszynski, con todo el peso del gran SPD detrás de ella. Estaba entonces en la cúspide de su influencia. Cuando el PPS, después de empeñada discusión, decidió en su séptimo congreso aceptar las condiciones organizativas alemanas y fundirse efectivamente con el SPD, Rosa reapa-

[28] *Protokoll... 1902,* p. 148.
[29] *Protokoll... 1902,* p. 152.
[30] *Vorwärts,* 10, 11 de octubre, 28 de noviembre, 28 de diciembre de 1902. El PPS escribió una carta abierta al SPD, una copia de la cual, escrita por Rosa Luxemburgo y presumiblemente anotada del original para fines de propaganda, se halla en ZHP.

reció de pronto en letra de molde con otra exigencia en favor de la inevitable declaración renunciando a la autodeterminación, aunque el SPD no había insistido en esta tesis durante la reunión de octubre; de hecho ella la había retirado allí porque llegó un momento en que era el único obstáculo al acuerdo.[31]

Se trataba de una bravata, pero Rosa todavía contaba con el apoyo del doctor Winter y de la ejecutiva del SPD tal como lo había previsto. La ejecutiva volvió sobre la palabra de su anterior negociador e insistió en que se celebraran más negociaciones, y que Rosa y Marcin Kasprzak fueran invitados formalmente a entrar en el PPS. Este bofetón también fue aceptado.[32] Pero los temores organizacionales ahora cabalmente excitados del SPD todavía no se calmaban. Plantada en su cuestión de principio, Rosa decidió hacerles tragar a sus contrarios la destrucción total de las organizaciones polacas separadas; ni siquiera podrían elegir su propia ejecutiva en lo futuro, y habrían de firmar un convenio secreto de que "no tendrán política separada para pedir la recreación de una Polonia independiente".[33] Y sólo gracias a la intervención de Bebel se debió que el compromiso exigido fuera secreto y no se hiciera público en un documento, ardid al que Bebel después recurriría notoriamente.[34]

Para entonces, el empeño de Rosa en humillar a sus contrarios había ido demasiado lejos. Furioso más por el quebrantamiento de palabra que por las condiciones mismas, el PPS retiraba ahora todo lo que antes aceptara y el 14 de marzo de 1903 rompió por fin las negociaciones. Pero a última hora se logró un arreglo temporal para las elecciones de 1903, aunque lo logrado en Silesia y Posnania por el SPD y el PPS fuera desalentador.

Los defensores del PPS, especialmente Ledebour y Konrad Haenisch —había muchos jornaleros polacos en la región de Dortmund donde éste trabajaba— atacaron los métodos del comité ejecutivo en el congreso de Dresde de 1903. Ledebour tuvo especial empeño en poner en vergüenza a la verdadera iniciadora de tales perfidias, Rosa Luxemburgo. Reveló que el periódico publicado por el grupo de ella, la *Gazeta Ludowa,* costaba a la ejecutiva 70 marcos por suscriptor, ya que el subsidio era de 2 600 marcos y cubría exactamente a 37 suscriptores.[35] Pero

[31] La nueva condición se examina en *Vorwärts,* 28 de diciembre de 1902 y ampliamente en *Sprzawozdanie z VIII Zjazdu PPS... 1905 r. w. Katowicach* (Actas del VIII Congreso del PPS, 1905, en Katowice), pp. 8-12.

[32] *Vorwärts,* 1o. de enero de 1903; *Volkswacht,* Breslau, 12 de enero de 1903; en general, véase Wehler, *Sozialdemokratie,* p. 149.

[33] Nota de Rosa Luxemburgo en *Carta abierta,* p. 20 (véase supra nota 30).

[34] *Protokoll... 1903,* p. 280. Véase infra, p. 358.

[35] *Protokoll... 1903,* p. 277.

ya entonces estaban cansados de esta cuestión la ejecutiva y el congreso del partido; prudentemente, Rosa se comprometió a responder a las acusaciones de Ledebour después y fuera del congreso, aunque ella y Ledebour se estuvieron echando la pelota durante otros dos meses en las hospitalarias pero indiferentes páginas de *Vorwärts*.[36]

La historia del problema polaco en el SPD muestra que Rosa era muy capaz de conseguir a final de cuentas lo que se proponía, por lo menos en la superficie. A pesar del compromiso de presentar todos los asuntos de importancia al juicio del congreso del partido, muchas de las decisiones de rutina hubo de tomarlas la ejecutiva y esto ocasionó un ímpetu de política muy difícil de interrumpir —sobre todo en asuntos delicados y mal conocidos, como la sub-vida polaca dentro del socialismo alemán. Rosa Luxemburgo y sus amigos lograron entre 1899 y 1903 ganar terreno a sus contrarios del partido alemán. Para 1903, Rosa era la autoridad reconocida en Alemania en cuestiones polacas. Eran incesantes las peticiones de que fuera a hablar, a veces en extraña compañía, con peligro de agresión física. "Se supone que he de ir a Posnania a una reunión del Partido Polaco del Pueblo a inaugurar el debate, en vista de que no podemos tener ninguna sala de reunión para nosotros mismos. Bonita perspectiva: en varios mítines de ésos han pegado a los nuestros con bastante saña [...] Me gustaría saber si yo también tendré que recibir algún golpe."[37] Quienquiera que en Polonia necesitara algo de la ejecutiva del SPD, y sobre todo de Kautsky o Bebel, hacía bien en obtener primero el consentimiento de ella.

Naturalmente, el movimiento separatista entre los polacos del Reich era demasiado fuerte para derribarlo. El programa PPS de restauración nacional ejercía gran atractivo; ni siquiera el comité ejecutivo del SPD pudo impedir que aumentara la influencia del PPS desde su fuerte base de la Polonia austriaca. En el proceso se hicieron muy tensas las relaciones entre el partido socialista alemán y el austriaco... y Victor Adler y sus delegados en todo caso, creían saber exactamente a quién debían culpar por la inflexible política de integración seguida por el SPD. Si bien la atmósfera revolucionaria de 1906 produjo al final un convenio germano-polaco —según las condiciones del SPD—, para 1908 habían vuelto los polacos una vez más a la propaganda y las actividades separatistas. Desde 1906 hasta 1913, las relaciones entre los dos partidos oscilaron entre fríamente corteses y decididamente glaciales. Estaba entonces la misma Rosa preocupada por la revolución en la Polonia rusa y la po-

[36] *Vorwärts*, 17 de octubre, 5 de diciembre, 20 de diciembre de 1903.
[37] Rosa Luxemburgo a Franz Mehring, 1903 (?) IML (M) Fondo 201, n. 844, fotocopia IML (B), NL2 III-A/18.

lítica SDKPiL dentro del contexto ruso; después de su vuelta de Varsovia perdió interés en las minucias de los asuntos de partido y se dedicó exclusivamente a los aspectos más amplios de la política. Finalmente, se distanció de Kautsky y Bebel; en 1911 había perdido gran parte de su influencia en la ejecutiva del SPD en cuestiones alemanas y no hizo muchos esfuerzos por movilizar el apoyo alemán contra la nueva ejecutiva del PPS, mucho más nacionalista, que había sucedido a la antigua dirección de Berfus en 1905. Sus intentos directos por ejercer una influencia y organizar un movimiento laboral polaco en Posnania, basado en sus ideas y las de sus amigos Kasprzak y Gogowski, también estaban condenados a fracasar a la larga. En esta área de agricultura y pequeña industria era demasiado fuerte la influencia del clero y del nacionalismo de clase media. La *Gazeta Ludowa*, con sus 37 suscriptores de 1903, había acabado por perecer un año después; el último número apareció el 1o. de julio de 1904 después de haberle retirado su ayuda pecuniaria el SPD, así como a su contraria del PPS.

En 1898, el éxito de Rosa Luxemburgo con los polacos alemanes le conquistó el respeto de la dirección del partido, en particular de Bebel, tan dado a la organización. Por lo general, las preocupaciones organizacionales tenían el primer lugar en el partido. La controversia revisionista había acabado en una declarada confrontación de poder dentro del partido, de autoridad regional contra autoridad central, sindicatos contra partido, espontaneidad contra disciplina. Estaban lejos Bernstein y su análisis. No fue tan sólo con cinismo que Bernstein había suscrito las resoluciones vagamente condenatorias de 1898 y 1899 que afirmaban la continua, crónica validez de "los buenos principios antiguos", y así lo volvería a hacer cuando apareció una resolución mucho más enérgica en 1901. Al parecer, en este asunto no quedaba gran cosa que decir. Pero la cohesión y disciplina del partido, el alineamiento detrás del comité central de todas las publicaciones importantes y las ejecutivas regionales era todavía una cuestión que estaba por resolver. Y así, para 1901, el comité ejecutivo del SPD —y Bebel en particular— estaba dispuesto a una prueba de fuerza más rigurosa con los revisionistas. Iniciaron una cruzada. Se conminó expresamente a Parvus después de un largo silencio a que hiciera una nueva irrupción polémica.[38] Con cabal conciencia de la ironía de esta súbita cortesanía escribió a Kautsky, no sin un sarcasmo justificable: "Ahora, regañándome por mi rudo lenguaje y manteniéndose así a prudente distancia de mí, puede usted contribuir a defender nuestra común opinión con mayor inflexibilidad. Pue-

[38] "Der Opportunism in der Praxis", *NZ*, 1900-01, t. II, pp. 609, 673, 740, 766.

de decirse que avanza usted bajo un fuego de protección. En cuanto a si hubiera usted peleado con la misma bravura sin fuego de protección, lo dudo."[39] Rosa también fue reclutada formalmente por el comité ejecutivo para el congreso de Lübeck. "Atentos saludos a Rosa, y que se ponga su mejor armadura para Lübeck." El propio Bebel prometió intervenir activamente. "El próximo discurso que le suelte [a Bernstein] será una paliza como nunca le propinaron."[40] Porque Bebel, magnífico táctico, todavía consideraba aconsejable azotar a su enemigo desde cierta distancia; otro ejemplo de una táctica adoptada pero no inventada por los líderes comunistas actuales.

A la recomendación general de rudeza siguieron precisas órdenes para el combate: "Recomiendo a Rosa que tenga siempre firmemente presente la legislatura de Baden [votación para los presupuestos provinciales]. Más valdría todavía que se presentara una resolución al respecto; ella podrá referirse al llamado de la ejecutiva del partido [...]"[41]

En el mismo congreso pronunció Bebel una larga y fuerte acusación contra los revisionistas. La participación de Rosa fue limitada, en parte porque hubo de marcharse antes del final para comparecer ante un tribunal, acusada de sedición, a causa de su panfleto polaco "En defensa de la nacionalidad". Pero sus contrarios aprovecharon su ausencia para atacarla, así como a Parvus, por sus renovadas polémicas. Como Parvus señalara atinadamente, el comité ejecutivo los estaba haciendo servir de víctimas propiciatorias. Los miembros del partido no sabían que la súbita reanimación en la prensa del ataque contra los revisionistas tenía en parte inspiración oficial. El mismo Bebel reconoció la índole equívoca de su posición.

> [...] los artículos [Parvus: "Der Opportunismus in der Praxis"] no son en realidad degradación personal de Vollmar y Bernstein sino una crítica objetiva, aunque no siempre atinada. Pero nuestros sensibles hermanos [*Gefühlsmeier*], que siempre están en contra de todo cuanto pueda parecer personal, y que de todos modos tienen a Parvus atravesado como una espina en la garganta, con seguridad se inflamarán [en el congreso] y harán difícil nuestra posición. No puede usted imaginarse la animosidad que hay contra Parvus y Rosa en el partido, y aunque yo no sea de opinión de que se deje uno guiar por tales prejuicios, tampoco podemos permitirnos desdeñarlos por completo.[42]

[39] Parvus a Kautsky, sin fecha (1901), "Einige Briefe", p. 27.
[40] August Bebel a Karl Kautsky, 24 de julio de 1901, "Einige Briefe", p. 28.
[41] Ibid., 29 de agosto de 1901.
[42] Ibid., 4 de septiembre de 1901.

Otros importantes miembros del partido tenían cosas que decir tanto en privado como en público en relación con el tono de la polémica. Ignaz Auer escribió a Kautsky acerca de "todo ese ruido que están haciendo allí Rosa, Mehring, Parvus [...] quienes se consideran a sí mismos los poseedores exclusivos de la verdad última y definitiva [...] mire en torno suyo en el partido, a ver quién se preocupa por las rígidas tácticas predicadas por [todos] ustedes. Nadie en absoluto."[43]

Tanto Rosa como Parvus parecieron entonces mucho más aislados de lo que en realidad estaban. El ataque personal contra ellos en Lübeck hizo que Bebel prevaricara una vez más en cuanto al tono de las polémicas. Hace falta "muy mal gusto para presentar a distinguidos camaradas del partido en paños menores a los ojos del público", reconocía ahora.[44] Richard Fischer habló de "matasietes literarios" [*Raufbolde*]; uno de los delegados del sur de Alemania comentó el "desagradable tono que han traído a la prensa del partido inmigrantes masculinos y femeninos del este". Y fue Heine quien hubo de ser oficialmente reprendido por el presidente del congreso por sacar la conclusión final: que los artículos de Parvus y Rosa estaban positivamente en correlación con la creciente ola de antisemitismo en Alemania.[45] Pero el talante del partido se había endurecido disimuladamente para los revisionistas; sus gritos no eran más que la diversión de una retaguardia. Nadie atacó ya a Kautsky por apoyar a Rosa y Parvus. Incluso Víctor Adler en Viena, aunque fulminaba todavía contra la monstruosa falta de tacto de Rosa, reconocía que "puedo empezar a comprender estos excesos de otro modo incomprensibles cuando considero mi propia inquietud ante la difusión del revisionismo en todas sus varias manifestaciones".[46] El apoyo más ardoroso para Rosa y Parvus en este asunto lo dieron los rusos, y sobre todo Mártov.[47]

El 30 de octubre de 1901 moría Bruno Schönlank, y Rosa Luxemburgo se vio invitada a sucederle en calidad de codirectora de la *Leipziger Volkszeitung*, donde había publicado la mayor parte de su obra desde que rompiera con el periódico de Dresde tres años antes. Schönlank había dado a entender claramente que deseaba que le sucediera su protegida. Para entonces, ésta era ya una figura nacional. Cuando se publicó la noticia de su nombramiento, la conservadora *Kreuzzeitung* pidió que la policía la extraditara; la *Vossische Zeitung* insistió que al

[43] Ignaz Auer a Karl Kautsky, 11 de junio y 9 de diciembre de 1901, ibid.
[44] *Protokoll... 1901*, p. 165.
[45] *Protokoll... 1901*, p. 191, 189, 195.
[46] "Unmassgebliche Betrachtungen", *NZ*, 1900-01, t. II, p. 779.
[47] Véase Ignotus (Mártov), "El congreso de Lübeck del SPD", *Zarya*, n. 2-3, diciembre de 1901, pp. 417-19.

fin el partido se vería libre de ella. Franz Mehring felicitó a "nuestra joven amiga por el horror que provoca la mera mención de su nombre [en el otro lado]".[48]

Iba a ser un esfuerzo de cooperación como codirectores de tiempo parcial entre Mehring y ella: los dos más descollantes talentos periodísticos con que contaba el SPD. Rosa todavía vacilaba en trasladarse a Leipzig definitivamente. Escribió a Clara Zetkin el 16 de marzo de 1902 que todavía tenía "tanta sed no saciada de instrucción y conocimiento; me siento tan fuertemente atraída hacia la labor científica y teórica [...] Usted sabe tan bien como yo que la tarea editorial realizada a conciencia y la autoeducación científica no van parejas [...] Franz [Mehring] y yo hemos tomado concretamente la dirección política y tenemos carta blanca para hacer lo que queramos en el periódico. Podemos ejecutar todas las reformas necesarias, contratar y despedir colaboradores, etc.".[49]

Las felicitaciones de Mehring duraron poco. En la práctica, la colaboración cotidiana con Rosa no dio buenos resultados. Los detalles no se hicieron públicos, pero al final de la primavera de 1902 ya se habían distanciado. Mehring se quejaba de ella a todos y cada uno; a Kautsky le escribió en su estilo de cortesía tortuosa acerca del "complejo de poder de la dama Luxemburgo, su sucia actitud de echar mano al poder" ¡en el momento en que todavía estaban colaborando oficialmente![50] No es difícil adivinar lo que sucedió. Rosa trató de emular a su distinguido predecesor Schölank, de imponer su voluntad y sus métodos al cuerpo de redacción y los colaboradores por igual; pero éstos no estaban dispuestos a aceptar de una mujer joven y bastante agresiva lo que habían aceptado del más connotado periodista y redactor del SPD. En lugar de ayudar, Mehring estorbaba y hacía obstrucción a cada paso; le parecía que iba en ello su propio status. Era otra vez la misma historia de la *Sächsische Arbeiterzeitung*, sólo que esta vez ni siquiera había una cuestión de principio.

Al cabo de unos cuantos meses, Rosa dejó el puesto. Su salida recibió menos publicidad que la de Dresde, y las circunstancias que la rodearon nunca se han puesto del todo en claro. Según parece, la junta editorial trató de controlar más firmemente a la nueva directora y a Rosa eso le pareció inaceptable. Uno de sus biógrafos ha insinuado que ella no tenía asiento, que era esencialmente una piedra movediza en lo relativo a la labor administrativa, pero hay datos que indican que sus razones

[48] *LV*, 31 de mayo de 1902.
[49] Fotocopia IML (B), NL 2/20, pp. 46-47.
[50] Carta fechada el 5 de enero de 1902, n. 162, Archivos IISH.

para salir de Leipzig eran más sólidas que eso.[51] Al marcharse se peleó abierta y rotundamente con Mehring, sobre todo dado que éste quedaba de director único. Para octubre de 1902 había cesado ella de colaborar en el periódico. Decía que eran demasiados los artículos suyos que iban al cesto de los papeles y que su sucesor no defendía los intereses de ella con suficiente vigor. Frölich habla de "una carta helada que rompió todas las relaciones", que se supone ella escribió a Mehring.[52] Cualquiera que fuera el caso en realidad, al año siguiente estaban en mejores términos nuevamente, tras de haberlo defendido Rosa en el congreso de 1903, donde él fue súbitamente objeto de un ataque muy personal y enconado por sus escritos antisocialistas de treinta años antes.

El caso de la redacción de Leipzig confirmó ciertamente la fama que gozaba Rosa de quisquillosa, aun entre quienes la querían bien. Consecuencia imprevista fue que solamente le quedaran abiertas las páginas de la *Neue Zeit* como colaboradora regular, y ella sabía demasiado bien las limitaciones que esto imponía.[53] Bebel, en aquel momento generosamente dispuesto para con ella, le aconsejó que no se peleara a diestra y siniestra, con la derecha y la izquierda, sin reflexionar; que lo único que eso podía acarrear era su total aislamiento dentro del partido alemán.[54] La advertencia era bienintencionada (el político debe saber reprimir sus cóleras), pero Rosa, molesta por los continuos ataques de que era objeto tanto dentro del SPD como por parte de la prensa burguesa, se sintió acicateada a defender apasionadamente su posición.

> [...] Si yo tuviera tendencia al malhumor, ciertamente no me hubieran faltado ocasiones —desde el primer momento de mi aparición en el partido alemán, desde la conferencia del partido en Stuttgart. A pesar de la peculiar acogida que hubimos de aguantar otros no alemanes y yo misma —camaradas no *de la maison*—, no he perdido ninguna oportunidad de meterme en problemas hasta el cuello. Nunca se me ocurrió, muy lejos de la cuestión del malhumor, siquiera retirarme a la seguridad mucho más agradable del estudio puramente científico [...]
>
> [...] Desde junio me ha estado empujando Lensch [uno de los redactores] fuera [de la *LV*] poco a poco, y si he cometido algún pecado ha sido excederme en mi enorme paciencia, que ha hecho que me den de palos por todas partes, por considerar demasiado las amistades personales, en lugar de obrar por mi propia cuenta sin más.[55]

[51] H. Roland-Holst, *Rosa Luxemburg*, p. 47. La versión de Rosa en las Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1965, n. 1.
[52] Frölich, p. 92.
[53] Cartas Seidel, *Z Pola Walki*, 1959, n. 1 (5), p. 86.
[54] "Einige Briefe", p. 34.
[55] Rosa Luxemburgo a August Bebel, 11 de octubre de 1902, ibid.

La "enorme paciencia" era seguramente un poco exagerado, pero Rosa veía la polémica a la rusa: una forma necesaria de expresión socialista de la persona, en que los nombres de las gentes y hasta cierto punto incluso sus personalidades eran los símbolos de una ecuación política. La aversión personal como fin político en sí le era ajeno; no se debía atacar a nadie en público sino para fines políticos. En eso, su actitud era exactamente lo contrario de la de sus colegas alemanes, que deploraban la política personal en público pero respetaban las aversiones personales en privado. Rosa extendía el campo de lo político más allá de los límites esencialmente burgueses del SPD, no en función de actitud sino de alcance. Cuando descansaba y escribía cartas que trataban de botánica o de literatura clásica, se apiadaba de un escarabajito helado, no se retiraba de la política sino que realizaba su concepto de una vida totalmente política. Esto es lo que da a estas cartas "no políticas" un tono cohibido y aun untuoso y el aspecto de una actuación teatral; vida privada, tal vez, pero siempre con una base altamente política. La verdadera vida privada de Rosa era de orden diferente y muy secreta.

En todo caso, estos acontecimientos no debilitaron seriamente su posición. El comité ejecutivo no había terminado todavía con el problema polaco ni con los revisionistas. En las elecciones para el *Reichstag* de 1903, el SPD logró un importante avance en la votación y su representación en el *Reichstag* ascendió a ochenta y un diputados. Rosa contribuyó a este triunfo en la Posnania de habla polaca y en Chemnitz, centro de la zona de los textiles, donde instaló su cuartel general para la campaña en Sajonia. Todos los días se celebraban mítines llenos de gente, al aire libre, en las cervecerías, en todas partes donde hubiera espacio... Eran miles las personas que acudían a oírla. El candidato que ella apoyaba no era otro que Max Schippel, revisionista bien conocido. "Él prefería que no hubiera mítines, ni volantes ni argumentaciones... temía que sus contrarios recordaran que Bebel lo había llamado bribón [en el congreso del partido de 1902]. Naturalmente, esto era un golpe a mi favor..."[56] Pero cuando se trataba de luchar contra el enemigo de clase, no importaba saber si el candidato era *kosher* o revisionista. Combatía vigorosamente la insinuación de que cualquier resentimiento personal pudiera impedirle apoyar a los candidatos del SPD en cualquier parte en una elección: "¡Qué despiste! Al diablo con eso. Yo he trabajado en favor de los peores revisionistas; a buena hora iba yo a permitir que la fricción personal me impidiera ayudar a mis amigos

[56] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 70, fechada 6 de junio de 1903.

políticos..."[57]

Este éxito en las urnas animó al comité ejecutivo a hacer lo que esperaban sería un saldo de cuentas definitivo con los revisionistas en el congreso del partido de aquel año. Las zonas de contacto lícito con la política burguesa quedaban al fin perfectamente definidas y demarcadas. La participación directa de Rosa ya no era necesaria, puesto que el comité ejecutivo se preparaba a ocupar por sí mismo las posiciones de la vanguardia, que rechazara en 1901. Éste era el punto culminante de la posición y el prestigio de Rosa. Asistió al congreso internacional de Amsterdam en 1904 en doble calidad: de delegada alemana con un mandato de Bydgoszcz (Bromberg) y de delegada polaca con un mandato del comité central del SDKPiL en Poznan. Por primera vez no hubo oposición a los mandatos. Ella era uno de los dos miembros alemanes de una comisión del congreso encargada de informar acerca de los trusts y del desempleo, y la representante polaca de la comisión, más importante, sobre táctica socialista internacional. En esta última propuso una enmienda, a la resolución del italiano Ferri, en que reiteraba que la táctica socialista sólo podía basarse en la lucha total de clases, contribución suya a la presión general sobre los franceses para el logro de la unidad basada en principios marxistas firmes. Defendía el derecho de las delegaciones pequeñas —Rusia, Polonia, Bulgaria, España y el Japón— a votar sobre la resolución del congreso a propósito de la táctica socialista, contra la propuesta del socialista belga Anseele de que sólo los partidos más afectados deberían tener el derecho de intervenir en tan importante cuestión, con sus vitales consecuencias para el considerable partido francés. "No debemos permitir que el congreso divida a los delegados en activos y pasivos, que forme un concierto europeo de grandes potencias que serían las únicas en decidir los principios básicos del socialismo internacional."[58]

En una fotografía tomada en el congreso, Rosa es la única mujer entre tanto hombre viejo, barbado y de aspecto de sabio, significativamente encajada entre su antiguo héroe Vaillant y su enemigo Victor Adler. El logro principal de este congreso fue la victoria sobre Jaurès de los principios alemanes, en cuya defensa tantas veces saliera ella en las páginas impresas y que nuevamente requirió al congreso en un breve y enérgico discurso en que resumió todo lo que tenía que decir contra el revisionismo. Y contribuyó al sentimiento general de euforia —con

[57] *Briefe an Freunde*, p. 28; carta a Konrad Haenisch, 2 de diciembre de 1911. El amigo político en cuestión, era Henke, de Bremen, un radical de izquierda amigo de Karl Rádek, a quien había apoyado firmemente contra el comité ejecutivo del SPD y Rosa. Véase infra, pp. 372-73.

[58] *Protokoll, Internationaler Sozialistenkongress zu Amsterdam... 1904*, Berlín, 1904, p. 49.

la unidad francesa avizorándose ahora— mediante un pequeño gesto personal para su gran contrario Jean Jaurès, a quien realmente nunca consiguió querer mal, mientras él por su parte nunca había tenido nada en contra de ella, cuyo talento e integridad respetaba a pesar de muchas agrias polémicas. Cuando Jaurès hubo terminado su elocuente defensa de la posición de su partido, ridiculizando tanto las rancias y vulgares teorías de Kautsky —"hechas de encargo", *sur demande*— y los apasionamientos descaminados de Rosa Luxemburgo, de pronto resultó que no había quien lo tradujera. Rosa saltó a la palestra y tradujo su emocionante oratoria del francés a un alemán igualmente expresivo. Esta clase de gestos era muy apreciada en la Segunda Internacional (imposible de imaginar en el Comintern de Stalin). En medio del aplauso general, Jaurès le dio las gracias cumplidamente y se manifestó seguro de que aquello era la prueba de una solidaridad superior a todas sus diferencias someras.[59]

Rosa estaba satisfecha. Tanto el SPD como la Internacional, tras de muchas dilaciones, habían al fin votado la negación total de las ideas y tácticas revisionistas. La línea ortodoxa triunfaba ante el más alto tribunal socialista. En privado, Rosa manifestaba poca confianza al principio en que Jaurès tuviera la intención de poner en práctica las resoluciones de la Internacional; las experiencias centrífugas de los polacos y los rusos no eran un ejemplo alentador de altruismo.[60] Pero estaba equivocada. Su experiencia del forcejeo conceptual con los revisionistas alemanes no le dejaba ver el calibre, el apego al socialismo internacional de un individualista como Jaurès. Éste era el peor aspecto del internacionalismo de Rosa. Porque con el rechazo de todas las soluciones nacionales iba aparejada una universalidad monocroma que incluso obliteraba las diferencias nacionales. En Alemania se había ganado la gran batalla contra el revisionismo, por lo menos del modo que Rosa seguía concibiendo la victoria, con palabras en papel y en resoluciones; por el momento, todo el mundo socialista *era* Alemania. La concepción era de Kautsky, pero en público ella le prestaba apoyo total. Parecía como si el socialismo, después de seis años de lucha, hubiera sido declarado exento de enfermedad. La bandera amarilla de la cuarentena y todos los sacrificos del asedio no eran ya necesarios.

59 *Sixième Congrès socialiste international à Amsterdam, compte rendu analytique*, p. 174. La versión alemana de las actas del congreso no contiene referencia a este incidente, pero no hay ninguna razón siniestra: sencillamente es más corta.

60 "El escándalo en torno a la unidad en Francia no tenía ninguna otra razón de ser que desenmascarar la hipocresía de Jaurès. Él, que había sido quien indirectamente acabara con el principio de unidad, ahora tiene que andar haciendo maromas para evitarlo: una broma divina." (H. Roland-Holst, *Rosa Luxemburg*, p. 213, carta fechada el 27 de octubre de 1904.)

Pero la dialéctica de Rosa funcionaba todavía y minaba las satisfacciones del triunfo. Mientras la política de Kautsky era esencialmente una cadena de situaciones estáticas, la de ella era un proceso; mientras él iba hacia un fin dado, y después hacia otro, los fines de ella no eran sino un refinado medio y quiméricos postulados con que azotar a la cansada caravana para que siguiera avanzando por el desierto. La monocroma universalidad había llegado antes del triunfo, no con él; una vez más medio y no fin: el mismo triunfo de Amsterdam engendraba en realidad una desilusión dinámica. Ella quería más acción, no menos. En lugar de paz, el éxito de la Internacional significaba una lucha más fuerte. Lo único que hacía falta saber era cómo, qué y, sobre todo, contra quién.

Del congreso de la Internacional de Amsterdam Rosa volvió a Alemania —para ir derecho a la cárcel. En julio de 1904 la habían sentenciado a tres meses de encarcelamiento, acusada de insultar al emperador, aquel Guillermo II que se preciaba de entender los problemas de los obreros alemanes mejor que ningún socialdemócrata. Las autoridades objetaban su observación, en un discurso pronunciado durante la campaña electoral de 1903 para el *Reichstag,* de que "un hombre que habla de la seguridad y la buena vida de los obreros alemanes no tiene la menor idea de la realidad".[61] El hecho no tuvo mucha repercusión en aquel tiempo porque el SPD se preocupaba más por el magno proceso que en aquel mismo mes se celebraba en Königsberg, Prusia Oriental, en que cierto número de prominentes socialdemócratas, entre ellos Otto Braun, estaban acusados de ayudar a introducir literatura revolucionaria en Rusia. La misma Rosa aludió a ese proceso y al feliz resultado de la exoneración de los principales acusados.

> Ante todo debemos congratularnos por lo de Königsberg. Es un verdadero triunfo, al menos así lo siento aquí, y espero que ustedes sientan lo mismo donde están, a pesar del calor y de la belleza de la naturaleza. [St. Gilgen, en Austria, lugar preferido de Kautsky para pasar las vacaciones.] ¡Vive Dios! ese juicio de sangre sobre Rusia y Prusia es mucho más bello que cualquier majestuosa montaña o cualquier valle sonriente.[62]

[61] Frölich, p. 94; véase también Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1965, n. 1 (29), pp. 121-29. Fue escrita desde la cárcel. No he visto ningún documento del proceso ni si fue sentenciada en persona o en ausencia.

[62] *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* pp. 71-72, fechada a fines de julio de 1904. Durante cierto tiempo, el SPD había prestado asistencia oficial al RSDRP (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso) para su transporte de literatura revolucionaria a Rusia. Se había instalado un almacén de literatura clandestina en los sótanos del edificio de *Vorwärts.* Posteriormente, temeroso de la policía, el comité ejecu-

Rosa empezó su condena a fines de agosto de 1904 en la prisión de Zwickau. "No se preocupen por mí, todo está perfectamente aquí: aire, sol, libros y buen compañerismo por parte de nuestros congéneres humanos."[63] En primer lugar, se puso al corriente con su correspondencia. Seguía atentamente los asuntos del partido desde su prisión, había reanudado las relaciones con Mehring y la idea de que él pudiera renunciar a su trabajo de director de la *Leipziger Volkszeitung* la llenaba de consternación, pese a que era una amenaza que Mehring repetía con monotonía. La forzada inacción le dejaba tiempo sin embargo para reflexiones más hondas, que en el caso de Rosa culminaban invariablemente en impaciencia ante el estado de cosas existente. Desde la cárcel escribía a Karl Kautsky:

> Ahora tendrá que librar todavía otras batallas. Y eso me gusta porque demuestra que esas caras personas [la junta editorial de *Vorwärts*] sintieron hondamente nuestra victoria de Amsterdam. Por eso me enoja que usted envidie la paz y tranquilidad de mi célula. No dudo que usted pegue bien [en el congreso del partido de Bremen, 1904]. Pero hay que hacerlo con alegría y empuje y no como si fuera un entremés aburrido; el público siempre siente el ánimo de los combatientes y la alegría del combate presta resonancia a la controversia y garantiza la superioridad moral. Ciertamente estará usted solo del todo; August [Bebel] seguirá en las viñas del Señor hasta el último momento y tanto el querido Arthur [Stadthagen] como el querido Paul [Singer] se pondrán "elegiacos", como usted dijo. Que ese trueno y ese rayo los sepulte siete brazas bajo tierra si todavía pueden seguir siendo "elegiacos" después de un congreso como éste [el último de Dresde]; ¡y esto entre dos batallas de ésas, cuando uno debe sentirse encantado de vivir! Karl, esta disputa no es sencillamente una escaramuza forzada, en una atmósfera de indiferencia... el interés de las masas está en movimiento; y lo siento incluso que penetra por los muros de la prisión. No olvide que la Internacional nos contempla con el aliento entrecortado [...] Todo esto no se lo digo para incitarlo a la rebelión —no me falta tanto tacto— sino más bien para hacerle sentir el placer de batallar, o por lo menos comunicarle *mi* alegría, porque aquí

tivo del SPD había pedido que se la llevaran. Con el fin de tener limpias sus manos oficiales, la hizo circular por mediación de camaradas dispuestos a ayudar en forma privada. Véase Botho Brachmann, *Russische Sozialdemokraten in Berlin 1895-1914*, Berlín (oriental), 1962, pp. 40-52, para un resumen y las fuentes. La organización de Prusia oriental del SPD estaba naturalmente más implicada de cerca, puesto que la ruta de transporte pasaba por su territorio. Karl Liebknecht fue uno de los consejeros de los acusados en este proceso, y fue ésta su primera aparición de importancia en público.

[63] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 77, fechada el 1o. de septiembre de 1904.

en la celda número 7 no puedo emplearlo mucho. [...][64]

En lugar de cumplir tres meses, Rosa fue puesta en libertad —"o mejor dicho casi expulsada"— a las seis semanas, el 15 de octubre de 1904; la amnistía usual al coronarse un nuevo monarca, el rey Federico Augusto de Sajonia. Rosa no quería aceptar esas formas de gracia y favor reales, pero no tuvo más remedio.[65] De su celda fue derecho otra vez a trabajar a Berlín. Su impaciencia aumentaba. La expresó con máxima claridad en una carta a su amiga holandesa Henriette Roland-Holst. Las dos mujeres, de origen y temperamento totalmente desemejantes, habían trabado una amistad momentánea —y se empeñaban en convertir una relación intelectual en algo más entrañable y humano. El esfuerzo —y la amistad— no duraron más que unos pocos años, pero por el momento Rosa conseguía adoptar un tono mucho más íntimo que con Karl Kautsky, mucho menos "domeñado"; podía hablar con franqueza.

> Quiero hablar con usted de nuestra situación general. No me gusta nada el papel que los llamados ortodoxos "radicales" han desempeñado hasta ahora. No me satisface ir detrás de cada liebre oportunista y emitir volublemente consejos críticos a trochemoche; en realidad, estoy cansada y asqueada de este tipo de actividad, tanto que preferiría quedarme callada en tales casos. Envidio la seguridad con que algunos de nuestros amigos radicales declaran necesario hacer volver a la oveja extraviada —el partido— al redil de los antiguos principios [*Prinzipienfestigkeit*] y no comprenden que de este modo totalmente negativo no damos un solo paso hacia adelante. Y para un movimiento revolucionario, no avanzar es retroceder. El único modo de luchar radicalmente contra el oportunismo es avanzar uno mismo, aumentar [el alcance de] la táctica, reforzar el aspecto revolucionario del movimiento. El oportunismo es en todo caso una planta que sólo florece en aguas estancadas; en cualquier corriente fuerte muere por sí sola. Aquí en Alemania necesitamos urgentemente un movimiento hacia adelante. Y son muy pocas las personas que así lo comprenden. Algunos desperdician su esfuerzo en discusiones con los oportunistas, y otros creen que el aumento mecánico, automático, del número de miembros (en las elecciones y en nuestras organizaciones) representa un progreso. Olvidan que la cantidad ha de volverse calidad, que un partido de tres millones no puede adoptar las mismas tácticas flexibles que uno de medio millón de miembros [...] Tenemos que hablar de

[64] Ibid., pp. 82-84.
[65] H. Roland-Holst, *Rosa Luxemburg*, pp. 210-11, carta fechada el 27 de octubre de 1904.

esto, porque si no esta carta se va a convertir en un editorial [...]

El problema no es exclusivamente alemán; es internacional. El congreso de Amsterdam me hizo comprenderlo muy bien. Pero es la socialdemocracia alemana la que debe dar la señal y marcar el rumbo.[66]

Nada más lúcido que estos dos ejemplos de desacuerdo inminente entre un comité ejecutivo del partido que sólo un año antes había por fin alcanzado las normas rigurosas de Rosa Luxemburgo al condenar el oportunismo, y Rosa que buscaba con afán nuevas y más eficaces armas de lucha. En una sola cosa era ella siempre invariable: en que la nueva táctica había de hallarse en Alemania, donde se había ganado la victoria sobre el revisionismo.

Los años de 1900 a 1904 señalaron una fase definida en la evolución de la personalidad de Rosa Luxemburgo. La vehemencia juvenil, los deliberados entusiasmos —hacer su papel de joven— habían pasado. Se acabaron los quijotescos choques con los líderes, o las bromas inocentes. En lugar de eso, la madura aceptación de la inmovilidad en tanto que fenómeno político al que había que combatir con armas políticas, y no como si se tratara de obstáculos personales contra los cuales uno podía topar de frente. Lo que hacía falta era un vasto movimiento revolucionario de masas que barriera esos obstáculos o por lo menos los arrastrara en su marcha.

[66] Ibid., pp. 215-16, carta fechada el 17 de diciembre de 1904.

VI
REVISIONISMO, HUELGA GENERAL E IMPERIALISMO: LA CONTRIBUCIÓN A LA TEORÍA

1. REVISIONISMO

El revisionismo era todas las cosas para todas las personas, partidarios y contrarios, por igual.[1] Para Plejánov, que asistía al congreso del Partido Socialista Alemán en Stuttgart, 1898, en calidad de delegado fraterno, era principalmente un problema de filosofía y como tal, particularmente importante y fascinante. Las preocupaciones bajamente políticas de los alemanes le parecían indignas y desagradables. "Dice usted que sus lectores no se interesan en la filosofía —escribía a Kautsky—: pues bien, usted debe obligarlos a interesarse; *c'est la science des sciences*."[2] Pero filosofía no significaba abstracción ni limitación. "Si quiere usted que escriba contra Bernstein debe usted concederme plena libertad de palabra. Bernstein debe ser destruido [*anéanti*] y con gusto emprenderé la tarea si me lo permite."[3]

Era ésta una posición extrema, que nos dice mucho acerca de Plejánov pero poco acerca del revisionismo alemán. Nadie la compartía en Alemania, y por eso importa poco para nuestro análisis del debate en torno al revisionismo y las aportaciones de Rosa Luxemburgo al mismo. Paradójicamente, el deseo de Plejánov de que se emprendiera una campa-

[1] Para los fines de este estudio no se ha intentado distinguir entre revisionismo, reformismo y oportunismo. En teoría, y al empezar los problemas, el revisionismo se identificaba concretamente con el cuerpo de especulación creado por Bernstein en revisión de la dialéctica marxista, y revisionistas eran quienes aceptaban su análisis. Reformismo era el aspecto más práctico y particular de lograr el socialismo por la reforma y sin revolución. Oportunismo era la versión más difusa —y también peyorativa— de aprovechar las oportunidades tácticas sin consideración alguna por los principios. En el desarrollo de los acontecimientos descritos, estas palabras devienen ampliamente intercambiables, aunque el oportunismo nació en el vasto sumidero de una categoría donde al final entraron revisionistas, reformistas y todos los demás enemigos. Yo me atengo al revisionismo siempre que me es posible, empleo oportunismo solamente en el sentido más general de sumidero y reformismo nunca.

La palabra "revisión" la empleó primero en su contexto actual Bruno Schönlank en el congreso del partido en Breslau (1895) hablando de las propuestas de reforma agraria y de que eran una "revisión" del programa del SPD.

[2] Plejánov a Kautsky, 16 de septiembre de 1898, D. XVIII, 586 en Archivos de Kautsky, IISH Amsterdam.

[3] Ibid., 24 de diciembre de 1898, n. 588.

ña filosófica dura contra Bernstein tuvo consecuencias políticas concretas. Avergonzó a los líderes del partido alemán y les hizo tomar una posición contra los revisionistas antes y probablemente más fuertemente de lo que de otro modo hubieran hecho. Porque ¿cómo podía la punta de lanza del revisionismo —cuestión esencialmente alemana— ser confiada a los rusos, que entonces ni siquiera tenían un partido unido socialdemócrata propio?

Dividiremos nuestro análisis de la controversia revisionista en dos partes: la cuestión teórica y la práctica. Son diferentes aspectos del mismo problema, aunque desde el principio entra en su análisis una separación algo arbitraria. A medida que avanzaba el debate sobre el revisionismo —y en cierto sentido nunca ha terminado realmente— fue pasando cada vez más el énfasis de la teoría a la táctica, de los principios primeros a las urgencias políticas, y luego en el sentido opuesto. Pero esta cronología es la más vaga de las generalizaciones. En realidad, es más útil pensar en dar más importancia a la teoría o a la táctica no como si se invalidaran mutuamente por turno sino como un estado dicótomo del sistema de intereses, costumbres y creencias de cada participante.

La teoría del revisionismo

Bernstein no tenía la intención de crear ningún sistema político nuevo ni de poner sus propias ideas en el lugar de la filosofía entonces reinante en el SPD. Él exponía primordialmente lo que creía ver. Algo apartado de la lucha diaria de Alemania —vivía entonces todavía en Londres—, Bernstein trataba de sustentar sus observaciones empíricas con un sistema de causalidades. De todos modos, Bernstein creó, si no un sistema filosófico completo, por lo menos una crítica bastante coherente de uno que ya existía. Su sucinta conclusión era que la evidencia de los últimos años mostraba grave fragilidad en la predicción hecha por Marx del desplome capitalista. El capitalismo tenía mayor potencial de supervivencia de lo que Marx creyera y la prueba se basaba en la supervivencia del pequeño capitalista frente al proceso predicho de amalgamaciones y concentraciones, la utilización del crédito como medio de compensar los ciclos excesivos de depresión y auge y por encima de todo, la ausencia de verdaderas crisis en los últimos veinticinco años. No es que Bernstein renunciara a los *fines* del socialismo. No era más liquidador, salvo a los ojos de sus contrarios, que los mencheviques, salvo a los ojos de Lenin. Él ponía de relieve el contenido moral del socialismo, su importancia como medio de redistribuir los ingresos y las oportunidades. Aquellos fines se lograrían por la presión sobre el sistema y dentro de él y no por medio de una esperanza utópica en su derrocamiento, en la

que no cabía confiar. Los medios de presionar eran las cooperativas de productores y consumidores y los sindicatos. El papel del SPD sería el de un partido radical o reformista que utilizara su número de electores y sus oportunidades para imponer la reforma; Bernstein admitía la posibilidad de resistencia y por lo tanto la necesidad de ejercer una presión, a las veces sustancial. Tampoco pedía un cambio radical en la política. Lo que recomendaba era en realidad lo que el SPD ya estaba haciendo; lo que se necesitaba era que el partido osara "aparecer como lo que es en realidad: un partido reformista, socialista y demócrata".[4]

Si acaso, Bernstein había ido más lejos en dirección de una demolición sistemática del marxismo de lo que él mismo hubiera querido.[5] Le interesaba poner la práctica y la teoría en una relación más positiva. Suprimiendo las ideas arbitrarias acerca de la revolución, le parecía haber corregido la teoría y haberla puesto más de acuerdo con la realidad. "No tengo objeción que hacer al aspecto práctico del programa socialdemócrata, con el cual estoy enteramente de acuerdo; tan sólo la parte teórica deja algo que desear", replicaba a la acusación que le hacía Kautsky de destructividad.[6] El mismo Bebel había dicho años antes que "una táctica acertada es más importante que un programa acertado".[7] En consecuencia, ni había esperado ni deseado un largo debate teórico, y menos que nada el virulento ataque de Parvus y Rosa Luxemburgo: a lo sumo, una discusión amistosa en las páginas de la *Neue Zeit*.

Los artículos publicados en respuesta por Rosa Luxemburgo en la *Leipziger Volkszeitung* se editaron juntos en 1899 bajo el título de *Reforma social o revolución*.[8] Ella negaba la pretensión de que Bernstein estuviera hablando en nombre de una tendencia importante y aun predominante en el partido. No podía hacer otra cosa, ya que toda su argumentación se basaba en hacer de Bernstein el síntoma de algo nuevo, no la confirmación de algo viejo. En todo *Reforma social o revolución* y todos sus demás escritos sobre el revisionismo, siempre insistía en la necesidad de defender la ortodoxia establecida contra las innovaciones injustificables. "El movimiento proletario no se ha hecho súbitamente socialdemócrata, *ha sido* y cada día se hace más socialdemócrata [...]

[4] Este brevísimo resumen escasamente hace justicia a la cabal importancia de las ideas de Bernstein, expuestas en sus muchas obras. Pero aunque breve, lo considero un resumen justo. Para un estudio más completo y una interpretación bastante diferente, que concede mayor relieve a Bernstein, véase P. Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism*, Nueva York, 1952.

[5] Gay, *Democratic Socialism*, p. 232.

[6] *Vorwärts*, 26 de marzo de 1899.

[7] A[ugust] B[ebel] "Zum Erfurter Parteitag", *NZ*, 1891-92, t. I, p. 33.

[8] *Sozialreform oder Revolution*, Leipzig, 1899, reimpresa en *Gesammelte Werke*, t. III, pp. 35-100, de donde están tomadas estas citas.

y lo sorprendente no es la aparición de las tendencias oportunistas sino sus debilidades."[9] Aunque Rosa Luxemburgo no empleó la frase que aparecería como consigna del comité ejecutivo —"la buena táctica antigua"— todo cuanto escribió fue en defensa de ésta. Y cuando adoptó la frase después de 1906 —en señal de menosprecio y para empequeñecerla— nunca comprendió del todo hasta qué punto ella misma había contribuido a hacer de ella la filosofía dominante en el partido.

Pero el análisis de Rosa no era mera confianza en los supuestos tradicionales, siquiera tácitos. A fin de defender a la socialdemocracia tal y como era contra Bernstein, analizó sus fines y su filosofía con amplitud considerable. Insistía en dos cosas: la *importancia* de la teoría y su *validez.*

> ¿Qué distingue [a todas las tendencias oportunistas del partido] en la superficie? La aversión por la "teoría", y es natural, ya que nuestra teoría, o sea las bases del socialismo científico, impone a nuestra actividad práctica tareas y límites bien claros, tanto en relación con las *metas* a alcanzar como con los *medios* a emplear y finalmente con el *método* de lucha. Naturalmente, los que sólo buscan los logros de tipo práctico pronto sienten el deseo de liberarse a sí mismos, o sea de separar la práctica de la "teoría", de librarse de ésta."[10]

La idea de que toda actividad socialdemócrata pudiera tener significado o validez aparte de su relación causal con la teoría era anatema para el marxismo con su énfasis en la unidad de teoría y práctica. La distinción entre política burguesa y política marxista consistía precisamente en que la primera era práctica en el sentido de que tal y como era no tenía significado sistemático, mientras que la segunda era práctica sólo por ser parte de una necesidad teórica. Cualquier intento de relacionar la actividad práctica tan sólo con sus fines inmediatos y abstraerla de la presión causal de la necesidad teórica era un paso irrevocable fuera del socialismo y hacia la política burguesa. En realidad, ésta era la base principal para acusar a Bernstein de no ser ya socialista. A su llamado en favor de que se reconociera la socialdemocracia como lo que realmente era —un partido "práctico", según su definición— ella replicó pidiendo al partido que obligara a Bernstein a enfrentarse a una decepción parecida y a reconocer que no era otra cosa que un demócrata radical pequeñoburgués.[11]

[9] Ibid., p. 99.
[10] Ibid., p. 96.
[11] Ibid., p. 100.

Junto con la exposición de cuán necesaria era la teoría iba la prueba de su validez. Mas para lograrla era necesario desmantelar uno por uno los supuestos de Bernstein acerca de la índole del capitalismo y del papel de la socialdemocracia. Esta crítica detallada de Bernstein es todavía parte de la tradición normal del marxismo hasta nuestros días y puede hallarse en todos sus textos; sólo un breve resumen de ella es necesario aquí. El crédito no reducía las crisis sino que las acentuaba.

En lugar de una serie regular de crisis menores había una serie irregular de otras mayores, ocultas pero no aliviadas por el desarrollo de la finanza bancaria. El capitalista pequeño y mediano no era un grupo identificable de tamaño dado que debiera decrecer y desaparecer antes de que el capitalismo estuviera maduro para su caída final. En cambio representaba la faceta más dialéctica del capitalismo. Tales capitalistas iban haciéndose menos, pero nunca desaparecerían del todo. Periódicamente eran "segados como las mieses maduras" y absorbidos en concentraciones más grandes; al mismo tiempo, las víctimas eran reemplazadas por una nueva diseminación de pequeñas formaciones capitalistas al amparo de los incrementos periódicos en la tasa de beneficios que seguían a cada depresión.

Por el lado político, Rosa rechazaba como meras manipulaciones políticas de la burguesía, las tendencias hacia la democracia, que Bernstein saludara como heraldo positivo de cambio que inauguraba excitantes y objetivas posibilidades de reforma social. Lejos de hacer las revoluciones innecesarias, proveían los factores que la hacían esencial. En tanto la situación de la clase oprimida fuera cosa de las leyes formales era de suponer que éstas podrían cambiar... de donde el carácter parcialmente legal de todas las revoluciones burguesas. Pero la esclavitud de los salarios —la verdadera base de la opresión contemporánea— no dependía en nada de las leyes.

> En lugar de basarse en leyes, el nivel de los salarios está [...] regido por factores económicos [...] Así, pues, las reformas a la ley no pueden modificar las condiciones básicas de la dominación de la clase capitalista, como su transformación original en [las actuales] condiciones burguesas, ya que no fueron tales leyes las que las crearon en primer lugar.[12]

La índole extralegal de la dominación burguesa era precisamente la razón de que fuera lógicamente necesaria la revolución y no la reforma. No podía haber otra manera.

[12] *Gesammelte Werke*, t. III, p. 87-88

Este aspecto particular ha sido citado con cierta amplitud porque es el único punto en que Rosa se apartó del análisis marxista más usual del liberalismo burgués como reproducción legal y constitucional de la dominación de la clase burguesa. En lugar de basarse en la idea un tanto formal de que la sociedad burguesa se expresaba tanto como cualquier otra sociedad en sus leyes y que era necesaria la revolución porque habría resistencia al cambio de ley, introdujo la idea nueva de que era un rasgo *particular* de la sociedad burguesa el que su principal instrumento de opresión fuera extralegal, y por ende imposible de modificar por la ley, aun si ello fuera políticamente posible. Por desgracia, ni ella ni nadie más desarrolló esta interesante idea, y ella misma volvió después a la formulación más sólida. Inmediatamente se hace patente su pertinencia para nuestros días; la lucha por el reconocimiento legal de la igualdad racial en los Estados Unidos y la resistencia prolongada que suscita, seguida últimamente por el reconocimiento más revolucionario de que en este contexto como en otros muchos la ley no produce necesariamente cambios en la realidad del poder y la dominación. Incluso en el panfleto de Rosa, el desarrollo de esta idea no era de ningún modo coherente. "La democracia es esencial no porque hace *innecesaria* la toma del poder político por el proletariado sino al contrario, porque la hace esencial y la única solución posible."[13] Era mucho más usual la noción de democracia como medio, como instrumento socialista.

Habiendo demolido las revisiones bernsteinianas de la teoría, Rosa pasó a subrayar con más fuerza la relación esencial entre teoría y práctica *acertadas*. La teoría acertada postulaba la revolución, y por consiguiente todo cuanto la social democracia hacía o dejaba de hacer debía contribuir a tal. Al afirmar la relación entre teoría y práctica, Rosa Luxemburgo caracterizaba necesariamente las actividades prácticas de un modo que las reducía a un factor secundario y contributorio solamente, sin significado ni validez propios. El criterio que tenía Rosa de esa relación era cualitativo y no cuantitativo.

> La lucha sindical, gracias a las circunstancias objetivas de la sociedad capitalista, es como el trabajo de Sísifo. Este trabajo de Sísifo es naturalmente esencial si el obrero ha de recibir la cantidad que le es debida en cualquier situación dada, si la ley capitalista de los salarios ha de realizarse y la tendencia perpetuamente opresiva del desarrollo económico ha de paralizarse o por lo menos debilitarse gradualmente. Pero toda idea de que los sindicatos pueden reducir los beneficios *pro rata* en favor de los salarios presupone primeramente que se de-

[13] Ibid., p. 89.

tengan la proletarización de los estratos medios y el crecimiento del proletariado y en segundo lugar que termine el incremento de la productividad [...] Es decir: la vuelta a las condiciones precapitalistas.[14]

La descripción de trabajo sindicalista iba a tener repercusiones políticas muy sonadas. Aunque era consecuencia directa de Marx, la certera frase acerca de los trabajos de Sísifo ofendió mucho y fue el símbolo de la enemistad crónica de los sindicatos con Rosa Luxemburgo. Pero resulta curiosamente irónico que este análisis clásico, si bien fuertemente matizado, de los sindicatos haya tenido repercusiones políticas mucho mayores que muchas de las formulaciones realmente nuevas y alarmantes que hizo ella en el mismo folleto.

Consumidores y productores, cooperativas y sindicatos: tal fue el campo que abarcó Rosa Luxemburgo en sus ejemplos de actividad práctica. La argumentación se relacionaba con la valorización y la exposición de la teoría; el trabajo práctico era meramente un brazo ejecutor, y la atención que se le dedicara sólo era necesaria para ilustrar la importancia de la teoría, un simple diagrama para su aplicación en la práctica. A Rosa no le parecía necesario abundar en la táctica del partido para robustecer su argumentación. Había dejado sentado el marco conceptual entre teoría y práctica. Había creado la síntesis de los dos modos de socialismo, una fuga sostenida. Lo que faltaba ahora era tan sólo aplicar la técnica fugal a las diferentes melodías del momento. Pero paradójicamente, el grueso de sus escritos sobre revisionismo se dedicaba en realidad a cuestiones de política práctica. Como es contradictorio rebajar una forma de actividad declarándola de importancia secundaria y a continuación reconvenir largamente a la gente por ejecutarla mal, hubo de dar un contenido positivo a la norma de causalidad entre teoría y práctica. Esto lo hizo con la doctrina de la conciencia de clase, que había de ser la llave maestra de sus causaciones. Sólo mediante la intensa promoción de la conciencia de clase era posible demostrar que la acción práctica equivocada podía afectar, y oscurecer la teoría y aun acabar con ella.

La idea de conciencia de clase, naturalmente, no fue invención de Rosa Luxemburgo. Procede del análisis que hace Marx de la epistemología y la dialéctica. Mediado ya el siglo XIX se había convertido en la principal justificación de sus actividades políticas. No era, pues, nada original Rosa al apoyarse en ese concepto. Nunca lo explicó, puesto que ya se sabía que era una parte esencial del proceso creador de condiciones revolucionarias, proceso a que estaba cabalmente comprometido el SPD.

[14] Ibid., p. 78.

Al sacarlo a colación en el debate sobre el revisionismo estaba meramente reiterando las necesidades fundamentales de la lucha de clases contra el intento de "revisarla". Al poner en tela de juicio el objetivo final de la revolución, Bernstein estaba dando al traste incidentalmente con la misma necesidad de una conciencia de clase proletaria especial y reduciéndola al nivel de un interés mezquino y particular. La conciencia de clase era parte integrante de la doctrina de totalidad; el revisionismo —aquí como en otras cosas— quebrantaba esa totalidad y la dividía en objetivos taxativos, limitados y por lo tanto desprovistos de significado en cuanto a la confrontación general de clase.

> Una vez apartados de la preocupación exclusiva por la mejoría de la situación inmediata de los trabajadores —cuya necesidad es común, como fin tradicional del partido tanto como de los revisionistas— toda la diferencia es la siguiente: según la concepción tradicional, el objetivo socialista de lucha política y sindical consiste en preparar al proletariado para la conmoción social, o sea en poner de relieve el factor subjetivo. Según Bernstein, el fin de la lucha política y sindical es limitar la explotación capitalista, privar más y más a la sociedad capitalista de su índole capitalista e ir imprimiéndole un carácter socialista, es decir, procurar el cambio social en un sentido objetivo [...] En la concepción tradicional, la lucha política y sindical hace comprender al proletariado que es imposible modificar su situación mediante tal lucha [...] y lo convence de que es inevitable la toma final del poder político. En la concepción de Bernstein empezamos por la importancia de la toma del poder político para realizar un orden socialista como consecuencia de la lucha política y sindical.[15]

Continuaba Rosa su análisis de la conciencia de clase en desarrollo como objetivo principal de la táctica socialista del modo siguiente: "La gran importancia socialista de la lucha política y sindical consiste en la *socialización del conocimiento*, de la *conciencia del proletariado,* en organizarlo en tanto que clase."[16] Esta frase contenía la sociología esencial de Marx y sus implicaciones particulares para la época en Alemania; las actividades prácticas de la socialdemocracia, lejos de realizar resultados positivos u objetivos, sólo podían servir para introducir una realidad socialista en el vacío de la enajenación. "Conocimiento" (*Erkenntnis*) es la palabra de Marx y Weber en que se basa toda la moderna teoría sociológica del conocimiento; su empleo en este contexto tenía la inten-

[15] Ibid., pp. 61-62.
[16] Ibid., p. 62. Subrayado mío.

ción manifiesta de comunicar un proceso friccional de intervención en el vacío mental de un proletariado oprimido por circunstancias objetivas, y que era incapaz por el momento de apreciar las necesidades subjetivas de sus intereses de clase.

Es en este punto donde llegamos a una declaración fundamental acerca de la índole de la lucha de clases, que casi todos los comentadores han ignorado. Aquí, por ejemplo, estaba la verdadera diferencia entre su análisis y el de Lenin, que suele buscarse en las polémicas de 1903 sobre organización. Porque estas polémicas, a pesar del rítmico latir de los "principios primeros" en toda su duración se relacionaban más en realidad con fenómenos derivados que con lo fundamental. Cada quien defendía empeñosamente su propia causa en sus opuestas opiniones acerca de la *organización* del partido; cada quien insistía en que el objetivo del partido debía ser la creación y representación de la conciencia de clase proletaria. Pero en *Reforma social o revolución,* Rosa fue más allá. No era la *existencia* del partido —e incluso la mejor organización era sólo una manifestación de su existencia, y no un sustituto— la que ayudaba a fomentar la conciencia de clase, sino las *fricciones* del contacto con la sociedad debido a las actividades tácticas de la labor política y sindical. Lenin negaba concretamente empero la función creadora de tal conflicto. A fin de imponer lo imperativo de sus ideas organizacionales afirmaba él que la actividad política y sindical sólo podía reproducir un vano eco de la conciencia burguesa en la clase obrera —o sea una conciencia de clase falsa y corrompida.[17] Aunque la cuestión no se planteó nunca claramente entre ellos, diferían en cuanto al significado y el efecto de la enajenación. El concepto en sí no era muy familiar ni interesante para Lenin, y el problema le parecía simple: o conciencia de clase proletaria y revolucionaria o infiltración burguesa, sin ninguna fase intermedia de "vacío".[18] La noción de vacío que tenía Rosa —enajenación sin conciencia de clase— daba una versión más refinada de la doctrina marxista de la enajenación. Dejaba margen a la

[17] Lenin, "¿Qué hacer?", *Sochineniya,* t. v, pp. 368-409, 442 y ss.

[18] La importancia secundaria o incidental de la teoría del conocimiento y la conciencia de clase de Lenin se ilumina curiosamente por la vacilación y la turbación con que los teóricos comunistas soviéticos acogen la cuestión de las ideas de Lenin acerca de este problema. La enajenación, concepto y problema, figura ampliamente en el Marx de la primera época, antes de 1847 y del *Manifiesto comunista.* La teoría comunista soviética se ha concentrado en el Marx de la última época, enfocado hacia las clases; si algún caso hicieron de las primeras obras de Marx fue para tratarlas de inmaduras. Han sido principalmente los yugoslavos y los franceses, y últimamente algunos espíritus audaces de Polonia y Checoslovaquia, los que se han interesado en el Marx "hegeliano" de los primeros tiempos, y sobre todo en el problema de la enajenación, incluso entendiéndolo aplicado a las sociedades socialistas.

existencia de la autoinstrucción resultante de las incidencias de las actividades socialistas, el aspecto legal de la lucha existente en Alemania pero difícilmente imaginable en Rusia. En lugar de asumir un circuito cerrado en que sólo la inyección brutal de principios proletarios a presión podría desplazar la conciencia burguesa, Rosa Luxemburgo asumía una situación que dejaba margen a contingencias, donde las actividades de rutina necesariamente producían su efecto y el problema se resolvía en uno de *propósito,* o sea la relación entre táctica y objetivo final; "para qué" en lugar de "cómo". Solamente una mala interpretación deliberada de la táctica, estilo Bernstein, podía ocasionar la formación de una falsa conciencia de clase burguesa; por sí mismas (guiadas por los principios establecidos del partido), las actividades diarias tenían que producir valores clasistas correctos. Lenin estaba innovando y aun sustituyendo; Rosa Luxemburgo, a pesar de sus conocimientos, todavía estaba salvando los análisis existentes y tradicionales.

El análisis que hace Rosa de la conciencia de clase como producto de la fricción anunciaba una teoría de la acción que sólo se desarrollaría un decenio después. Unas cuantas páginas más adelante completaba lo que había insinuado en la frase arriba citada:

> Es evidente que la táctica socialdemócrata no consiste en sentarse a esperar la evolución de las contradicciones de la sociedad capitalista y su llegada al punto final, seguida de su resolución dialéctica. Al contrario, una vez reconocido el rumbo, nosotros sólo nos basamos en ella [en la teoría] pero aplicamos la lucha de clases al mayor desarrollo posible de esas contradicciones porque tal es la naturaleza misma de toda táctica revolucionaria.[19]

Es una extraña paradoja que hallándose Rosa con la mayoría en el SPD durante los años siguientes, las implicaciones de la acción como factor creador de la conciencia de clase subjetiva se perdieran en un tumulto de debates y victorias tácticos que llevaban inexorablemente a un callejón sin salida de inmovilidad y satisfacción. Si Rosa Luxemburgo y Parvus hubieran seguido siendo los espectadores marginales que eran al comenzar la controversia revisionista en 1898, si el comité ejecutivo se hubiera vuelto contra ellos sustancialmente y apoyado a Bernstein, la radical doctrina de acción que Rosa Luxemburgo creó después de 1907 probablemente hubiera aparecido mucho antes. Había de ser en lo esencial el producto de la oposición a los poderes en cierne del SPD, pero no podía aparecer mientras ella estuviera peleando al lado

[19] *Gesammelte Werke,* t. III, p. 64.

del comité ejecutivo contra los revisionistas. Después examinaremos la índole y las implicaciones de esta alianza entre Rosa Luxemburgo, Kautsky y la ejecutiva.

Rosa comprendía perfectamente que en la práctica este vacío era un postulado arbitrario y no una realidad. Escribiendo nunca se podría crear educación social —aunque, como mostrara Marx con su ejemplo, podría facilitarse el proceso evitando errores de entendimiento. Ella tenía conciencia, como Lenin, de las posibilidades y los peligros de la perversión. Las tácticas erróneas de tipo Bernstein producirían también dentro del proletariado una suerte de conciencia de clase, pero errada. Como en Lenin, las soluciones alternativas eran conciencia de clase proletaria y conciencia de clase burguesa. Rosa analizó bastante despaciosamente y con muchas pruebas las ideas de Bernstein como sustitución de los valores proletarios por los burgueses. Tal era en realidad el objetivo principal de su crítica. Hacia el final de *Reforma social o revolución,* Rosa esbozaba lo que estaba en juego.

> Al lanzar sus más afiladas flechas contra la dialéctica, ¿qué hace Bernstein sino emprenderla con el modo de pensamiento específico del proletariado ascendente y dotado de conciencia de clase? Ataca el arma misma que hasta ahora había ayudado al proletariado a penetrar las nieblas de su futuro histórico, el arma mental con que, aherrojado todavía económicamente, había vencido ya a la burguesía al reconocer su carácter transitorio y con que ya había hecho su revolución en la esfera del entendimiento teórico al reconocer que su victoria era inevitable. Al decir adiós a la dialéctica y ponerse en el balancín de "por una parte" y "por la otra parte", "sí", "pero", "más" y "menos", acepta necesariamente la concepción históricamente limitada de la burguesía *condenada* al fracaso, concepción que refleja con exactitud la existencia social de la *burguesía* y sus actividades políticas [. . .] Las interminables salvedades y soluciones alternativas de la burguesía actual son exactamente como el estilo de pensamiento de Bernstein, y éste no es otra cosa que el síntoma más refinado y exacto de una conciencia burguesa.[20]

Con creciente acritud atacaba a Bernstein y los demás proveedores del oportunismo no tanto por su táctica "errónea" en sí (aunque también la atacaba, como después veremos) sino por ser la que llevaba al campo socialista el virus burgués. Frente a la necesidad de defender a la socialdemocracia del enemigo que tenía tan cuantiosa quinta columna —y

[20] Ibid., t. III, p. 95.

su verdadera cuantía sólo se revelaría amedrentadora en los próximos años— todo pensamiento de una táctica de avance tenía que fracasar mientras no estuviera consolidado el frente interno. Por eso hubo de suspenderse de momento la doctrina de "acción" en tanto que medio de agudizar el conflicto de clases y por lo tanto apresurar la revolución; era un mero indicio que sólo podía volver a la esfera de la inmediatez práctica y desarrollarse una vez estuviera terminada la operación de salvamento.

Habiendo desde un principio desenmascarado las teorías de Bernstein como infiltración de los valores burgueses con un disfraz socialista, Rosa no tardó en descubrir la vía secreta de transporte, y para colmo un buen nido de introductores. Había en aquel tiempo un grupo de teóricos burgueses radicales y progresistas —sociólogos académicos en general— que al mismo tiempo que negaban firmemente la validez del marxismo aceptaban sin embargo la necesidad de que la sociedad hiciera sustanciales concesiones a la clase obrera. Estos profetas de la integración social eran el contacto de Bernstein. Ocupaban un extremo del puente, en la sociedad, mientras Bernstein ocupaba el otro, en el campo socialista. Como Bernstein, tenían ansia de superar la dialéctica, de negar el conflicto de clases; apremiaban al gobierno a que hiciera concesiones, del mismo modo que Bernstein apremiaba a que hicieran concesiones a los doctrinarios del SPD. Rosa Luxemburgo captó esta complementariedad.

> De repente, todas estas buenas personas, cuya profesión es combatir a la socialdemocracia con sus teorías desde el estrado del conferenciante, se hallaron, para su propio asombro, trasplantadas en pleno campo socialista. En las teorías de Bernstein —y las de sus partidarios— los socialistas de tribuna, los "subjetivistas" que habían vivido y que habían muerto y se habían podrido con su larga e inútil tarea, que se habían sepultado a sí mismos entre palabras, de repente hallaron una nueva prórroga de vida...[21]

Cuanto más sofisticado y enfático era el alegato en favor de la colaboración y la armonía social, más violenta se hacía la denuncia de Rosa. En cierto modo, los *Kathedersozialisten* (socialistas de cátedra, o académicos) como Schmoller, Sombart, Roscher, Konrad Schmidt y Böhm-Bawerk, eran aún más peligrosos que Bernstein. Estaban fuera de la jurisdicción socialista y por eso no podía disciplinárseles mediante la expulsión, que debemos recordar era todavía la solución final de Rosa al problema revisionista, por lo menos hasta fines de 1899. Si vemos a la

[21] "Hohle Nüsse", *LV*, 22 de julio de 1899; *Gesammelte Werke*, t. III, p. 215.

sociedad burguesa y la socialdemocracia como dos campos armados, el canto de sirenas de esos académicos era doblemente peligroso ya que venía del campo de la sociedad; muchos socialdemócratas descarriados que se hubieran encogido de hombros ante las utopías incurables de Bernstein bien podían cambiar de opinión si lo veían apoyado y por lo tanto validado por los ecos de simpatía del otro lado. Siempre había habido en el SPD una firme tradición en el sentido de que la antítesis entre socialismo y sociedad se debía tanto a que la segunda rechazaba y expulsaba al primero como a una necesidad dialéctica.[22] Y así Rosa Luxemburgo alcanzó cumbres de encono y sátira en su ataque a aquellos profesores de mentalidad social, mucho más que cuanto escribiera contra los mismos revisionistas.

> Aquí tenemos todo el secreto del método "histórico", "realista" y "correcto". ¿Para luchar contra la socialdemocracia? ¿Para refutar su programa? ¡Dios mío! No. Eso sería muy poco moderno, muy poco realista, antihistórico. En lugar, de eso, aceptar precisamente el movimiento de la clase obrera, los sindicatos y la socialdemocracia, así como la lucha de clases y aun el objetivo final revolucionario, aceptarlo todo. Sólo que es preciso dar a los sindicatos *por su propio interés* una base necesariamente en contradicción con la socialdemocracia, civilizar a la socialdemocracia *por su propio interés* y hacer de ella un partido nacional socialista [...] En una palabra: quebrantar la lucha de clases en interés de la lucha de clases. Ése es el secreto.[23]

El ataque contra los agitadores socialistas, lujo innecesario de que podía prescindir perfectamente la clase obrera por su propio interés, mereció una respuesta de lo más personal, como si Rosa hubiera sido la encarnación de todos los agitadores.

> "Qué repulsivo, qué hiriente y qué rudo" es el tono de la discusión a que se entregan. Así que, señor profesor coadjutor ¿queremos librar a la clase obrera de sus "caricaturas", de sus "agitadores políticos"? Y dígame, por favor: ¿a quién se refiere usted concretamente? ¿Piensa usted en los innumerables propagandistas electorales de la socialde-

[22] Para un estudio acabado de este modo de ver el consumo extranjero véase Theodor Barth, "Kaiser Wilhelm II und die Sozialdemokratie", *Cosmopolis*, Londres, t. I (1896), n. 3, p. 873.

[23] Rosa Luxemburg, "Die deutsche Wissenschaft hinter den Arbeitern", *NZ*, 1899-1900, t. II, pp. 740, 773; *Gesammelte Werke*, t. III, p. 237. El folleto examinado y atacado era *Dennoch. Aus Theorie und Geschichte der gewerkschaftlichen Arbeiterbewegung*, de Werner Sombart, Jena, 1900.

> mocracia, esos demonios indolentes cuyas penas de prisión bajo la legislación antisocialista sumarían un milenio? ¿Cómo se atreve usted, escritorzuelo lucroso, que pasa su vida entera en la seguridad de las aulas y de su gabinete?
>
> ¿O tal vez piense usted en los modestos redactores de nuestros pequeños periódicos de provincia, en las personas que hablan en nuestros mítines, en los que se han elevado sobre su origen proletario a costa de indecibles esfuerzos, que han luchado por adquirir cada gramo de conocimiento y que con su propio empeño se han hecho apóstoles de la gran doctrina de la libertad? ¿Son ellos los "incendiarios irresponsables y débiles de espíritu" a quienes se refiere? Usted sí que es un incendiario irresponsable, alimentado desde joven con las trivialidades y tautologías tibias de la llamada ciencia alemana para un día, con la ayuda de Dios y de las personas decentes, llegar a ser todo un catedrático y no un mero coadjutor.
>
> ¿O se refiere usted a esos innumerables y anónimos propagandistas electorales escrutiñadores que arriesgan su propia existencia y la de su familia en todo momento, que jamás cejan en su ingrata labor de instruir e inflamar a las masas, a quienes llevan cien y mil veces las palabras antiguas y siempre nuevas de nuestra fe socialista? ¿Son ésas sus "caricaturas de agitadores políticos"? [. . .] Usted, miserable caricatura de Lassalle, que no puede hacer otra cosa que repetir como un perico la antigua letanía de la economía burguesa y los estribillos aún más viejos acerca del peligro que representa la socialdemocracia. Ni siquiera osa vocear su doctrina desde los techos, sino que musita y difama e instila su veneno en las masas contando con su ingenuidad y buen carácter.[24]

Porque al contrario de lo que pretendían los *Kathedersozialisten*, que se hacían pasar por una oposición verdadera a la política del gobierno, no eran sino el guante de terciopelo que a veces, cínicamente, se calza el puño de hierro.

> Los sociólogos alemanes siempre han sido una prolongación de la policía. Mientras ésta opera contra la socialdemocracia con porras de caucho, ellos lo hacen con las armas del intelecto [. . .] primero atolondrando a la opinión pública con los productos de su sabiduría doctoral y barrigona [. . .] después con polémicas y calumnias contra Marx y sus discípulos y finalmente haciendo una mixtura especial socialista-burguesa que llaman sabiduría académica.[25]

[24] *Gesammelte Werke*, t. III, p. 237.
[25] Loc. cit.

En el panteón de su odio siempre reservaba un lugar especial a los sociólogos en general y a los alemanes en particular. En primer lugar estaba la tradición establecida por los sociólogos neutros de despreciar al doctrinario positivo, que Georges Sorel expresara tan concisamente: *Autre chose est faire de la science sociale et autre chose est former les consciences* (Una cosa es el estudio de la sociología y otra cosa formar las conciencias). Había además la particular pobreza de la contribución académica alemana, con su árida formulación, divorciada de la vida real. El tono recuerda mucho los ataques de Marx contra algunos de los jóvenes filósofos hegelianos.

> No es casualidad que fuera Italia la cuna del mercantilismo, Francia la de los fisiócratas, Inglaterra la del pensamiento clásico en materia de comercio internacional, en tanto que Alemania es el lugar donde nace la escuela "histórica" de economía política. Mientras los otros grandes sistemas de economía nacional dirigían e inspiraban la política práctica de la burguesía en auge con sus amplias ideas, era precisamente el destino de los economistas "nacionales" alemanes dar armas al bloque burgués-feudal contra la naciente clase obrera.[26]

Después de 1906, Rosa Luxemburgo hubo de contrastar esto con el análisis social que proporcionaba la literatura rusa, en favor de ésta.

Pero tal vez lo más importante de todo fuera la paralizante sensación de inferioridad que reinaba en la socialdemocracia alemana, y que psicológicamente contribuía a producir el frenético tono de agresión. La Segunda Internacional apenas si tenía a algún académico establecido en sus filas. Unos pocos, como Sombart, se acercaron al marxismo pero se separaron en el último momento. No hubo un Labriola alemán. Por eso tenía que desempeñar el papel de portavoz académico gente como, Rosa Luxemburgo y Franz Mehring, que tenían conocimientos académicos, pero no títulos. El SPD estaba encantado de dejar en manos de ellos su defensa intelectual.

Podemos, pues, ver el SPD en el momento de la controversia del revisionismo como una fortaleza asediada por una sociedad hostil. Súbitamente se descubría una quinta columna, compuesta en parte por inocentes portadores de virus y en parte por deliberados transmisores de ideas del enemigo. Se empezó por hacer un esfuerzo para distinguir unos de otros. Pero no tardaron en tratarlos por igual a unos y otros como quintacolumnistas conscientes, y así ha sido desde entonces en la historia

[26] "Im Rate der Gelehrten", *NZ*, 1903-04, t. I, p. 5; *Gesammelte Werke*, t. III, p. 249.

del comunismo político.

Mientras se llevaba a cabo la operación de limpieza dentro de la fortaleza era inútil pensar en realizar salidas contra el enemigo de fuera. Las armas ofensivas pasaron al almacén. Para triunfar en la tarea de acabar con el enemigo de dentro era necesario poner en guardia a la ciudadanía, y esto condujo a la caza pública de brujas contra el revisionismo, que Rosa dirigió con tanto vigor en los años siguientes. Además, siendo el proletariado de interés internacional —el aspecto internacional siempre preocupó a Rosa Luxemburgo— las lecciones sacadas del diagnóstico doméstico se comunicaban a toda prisa a las otras fortalezas asediadas de Francia, Bélgica y demás países, todas igualmente enfermas por el virus del oportunismo. En el socialismo polaco, la experiencia alemana hizo mucho más fácil poner en cuarentena al antiguo enemigo, el PPS, que tenía la misma enfermedad; ya no se trataba de un enemigo particular sino del representante local del adversario mundial. Pero las batallas principales de Rosa se librarían todavía, ante todo, en Alemania, por lo menos hasta 1903, en que los delegados de la ciudadanía reunidos en el congreso del partido vieron por fin y oyeron a los últimos apestados en derrota... o así pareció. Al igual que en toda fortaleza sitiada, la necesidad de sobrevivir físicamente iba antes que comodidades civilizadas como la libertad de palabra.

> Como en todo partido político, la libertad de criticar nuestro modo de vida ha de tener un límite bien marcado. Lo que es la base misma de nuestra existencia, la lucha de clases, no puede someterse a la "crítica libre". No podemos suicidarnos en nombre de la libertad de crítica. El oportunismo, como ha dicho Bebel, rompe nada menos que nuestra columna vertebral.[27]

La práctica del revisionismo

El análisis que hizo Rosa de la práctica revisionista se dividía en dos categorías. La primera y más importante era su relación con la conciencia de clase y giraba en torno, no de una variable de más o menos conciencia de clase, sino de la dicotomía de tender a la conciencia de clase *proletaria* o *burguesa*. La definición entre ellas era absoluta; no de grado sino de género. La segunda categoría, menos importante, era la relacionada con el mérito que a cualquier acción debía atribuirse según sus resultados prácticos; la medida de la eficiencia.

a] *Táctica y conciencia de clase*. Casi cualquier discusión sobre táctica suscitada por la controversia revisionista se manifestaba al punto como

[27] *LV*, 14 de septiembre de 1899, citado en *Gesammelte Werke*, t. III, p. 175.

norma en el campo magnético de la conciencia de clase. En Alemania hay dos ejemplos de particular interés. Uno, el problema de las elecciones al *Reichstag,* que habría de ser la piedra de toque del papel de partido revolucionario o reformista del SPD. La participación en las elecciones, sobre todo con el sistema de segundo voto existente en Alemania, planteaba el problema de las alianzas y coaliciones temporales en cada elección.[28] Esto daba a las consideraciones de orden táctico una importancia preponderante en ciertos momentos y abría la puerta a todo un "estilo" político muy distinto del tradicional desdén negativo del SPD. Las elecciones eran el talón de Aquiles del partido. Sintiéndolo así, Rosa relegó el proceso electoral —y de hecho todas las actividades del *Reichstag*— inflexiblemente a su primitivo papel educativo. Era la interpretación antigua (es decir, acertada), corroída solamente por las recientes prácticas revisionistas.

> Se ha quebrantado la antigua tradición del partido. Hasta ahora había sido el principal objeto no *escaños* sino *educación,* y cuando los socialdemócratas votaban por candidatos de la clase media en un segundo balotaje se trataba de reforzar la oposición. Pero en Baviera [el pacto] ayudó a los más reaccionarios y deshonestos partidos a obtener una mayoría absoluta [...] todas las manifestaciones de oportunismo tienen en común *la simple consecución del éxito cotidiano inmediato a toda costa* [...][29]

A las muchas objeciones implícitas y explícitas que suscitaba esa interpretación restrictiva de la libertad de acción de los diputados socialistas en el *Reichstag* replicó ella impulsivamente que sus actividades no podían tener otro significado dentro de aquel "bazar de palabras". Todos los discursos, todos los ademanes, todas las votaciones debían tener por objetivo las masas que estaban fuera. Las palabras socialistas dichas en el *Reichstag* debían salir por las ventanas —de ahí la frase bien conocida en alemán *durch das Fenster reden.* Puede verse perfectamente cuán ajeno era esto de la realidad del sentido común institucional, que penetraba al creciente contingente de diputados socialistas en el *Reichstag,* por la reacción de sus colegas cuando Karl Liebknecht trató de apli-

[28] Con este sistema electoral, en cada distrito se celebraban dos votaciones. Si en la primera no obtenía la mayoría absoluta ningún candidato, se celebraba poco después otra, que era la decisiva. Naturalmente, esto daba a los partidarios la oportunidad de hacer arreglos mediante los cuales los candidatos que no tenían ninguna probabilidad quedaban al margen en favor de un mal menor. De este modo, un candidato progresista podía desistir en favor de un liberal nacional para que el conservador quedara excluido en la segunda votación.

[29] *LV,* 30 de agosto de 1899, comunicando el discurso de Rosa Luxemburgo en Leipzig el 29 de agosto. Subrayado mío.

car a la letra esa prescripción: creyeron que se había vuelto loco.[30]

Incluso antes de que la cuestión se hiciera aguda en escala nacional —y esto sucedió sólo después de 1912, cuando el SPD se convirtió en el partido más numeroso del *Reichstag*— ya se había planteado en forma de espinoso problema local en el sur de Alemania. La participación socialdemócrata en la labor de las legislaturas del Estado había sido siempre allí mayor que en el norte. Se había fundado una tradición de cooperación y participación del SPD en los asuntos comunales, y el partido aportaba su parte electoral a las funciones de los gobiernos locales. De ahí el alegato para que se reconocieran condiciones especiales al sur, que se esperaba que el partido aceptara, en lugar de generalizar acerca del revisionismo. Nuevamente atacó Rosa de frente. Repetidas veces impugnó la noción de condiciones especiales. Al principio estuvo casi sola esta vez, porque, justificadas o no, las famosas condiciones especiales existían realmente en el sur. Con todo el tronar de disciplina, unidad y cohesión del comité ejecutivo después de 1901, el problema analítico quedó a un lado y nunca fue resuelto. En apariencia, Rosa rió la última cuando en 1910-11 pudo documentar la índole complementaria de las "nuevas y excitantes perspectivas" después de las elecciones al *Reichstag* que se avecinaban y de la antigua pero tantas veces condenada práctica en el sur. Pero fue esa misma risa la que se le heló en los labios cuando la lógica de la complementariedad objetiva se impuso en la conciencia universal al estallar la guerra. Porque para entonces, las condiciones objetivas eran más o menos las mismas en el norte que en el sur; pero en lugar de conducir a una reconsideración de la política seguida por el partido condujeron a aceptar la situación en la práctica.

El segundo ejemplo fue el largo debate sobre la participación socialista en el gobierno burgués. La puso en primer plano el caso de Millerand en Francia, que también trató Rosa enteramente como una cuestión de principios.

> De cualquier modo, no nos interesa juzgar el caos especial del gabinete Waldeck-Rousseau, sino establecer reglas generales. Vista así, la entrada de un socialista en el gobierno burgués debe considerarse un experimento que sólo puede perjudicar a la lucha de clases. En la sociedad burguesa, la socialdemocracia está limitada por definición al papel de partido oposicionista, y sólo puede ser partido en el poder sobre las ruinas de la sociedad burguesa.[31]

[30] Véase más adelante, p. 467.

[31] "Eine taktische Frage", *LV,* 6 de julio de 1899, citado en *Gesammelte Werke,* t. III, p. 273.

Esto provocó referencias cruzadas entre Francia y Alemania: como el revisionismo en Alemania (salvo en el sur) se había limitado a palabras e intenciones pero en Francia había hallado sorprendente aplicación en la práctica, Rosa Luxemburgo se veía inducida a deducir que Francia estaba en esa medida rezagada respecto de Alemania en el orden del desarrollo histórico.

> En Alemania acabamos de derrotar —tras una total diferencia de opinión— una intentona de trastornar el equilibrio entre los objetivos finales y el movimiento actual a costa de los objetivos. En Francia, mediante la unión de los elementos radicales [del socialismo] el equilibrio [entre los objetivos finales y los propósitos actuales] apenas acaba de establecerse por primera vez en toda la línea.[32]

Pero este ejercicio de sociología política comparada la llevó a un páramo de abstractas interpretaciones erróneas. Amaba a Francia y conocía el valor de las conquistas revolucionarias francesas, pero paradójicamente se veía obligada ahora a demostrar largo y tendido la proposición de que esas conquistas eran en parte míticas y que la república francesa estaba menos "avanzada" que la Alemania imperial. A su vez esto significaba denigrar la victoria contra la reacción en el *affaire* Dreyfus por efímera y huera —en contradicción directa con el análisis anteriormente emprendido por ella del mismo, antes de que obligara a sus percepciones a entrar en la camisa de fuerza del revisionismo.[33]

Lo que escribió Rosa sobre Francia entre 1898 y 1901 es de lo menos estimable e informativo de toda su producción. Cortaba por lo sano en las condiciones especiales con la misma imperativa negación que en el caso de los alemanes del sur. "En vano seguimos [en Alemania] buscando algo de valor en el país de la *gran experiencia.*"[34] La experiencia revolucionaria de Francia era inservible para los fines actuales; los nuevos métodos de que Jaurès se mostraba tan orgulloso no eran nuevos sino viejos, y ciertamente anticuados.

[32] "Die sozialistische Krise in Frankreich", *NZ*, 1900-01, t. II, pp. 495, 516, 548, 619, 676, citado en *Gesammelte Werke*, t. III, p. 282. La "unión radical" francesa era el intento de fusión del Parti Socialiste-Révolutionnaire de Vaillant y el Parti Ouvrier Français de Guesde con el Parti Socialiste Français de Jaurès en Japy, en el verano de 1899. La unión nunca funcionó y la derecha y la izquierda se separaron casi inmediatamente.

[33] Cf. "Die sozialistische Krise in Frankreich", escrito en 1900, con la serie de *SAZ* en 1898, en particular el 9 y 18 de agosto y el 13 de septiembre.

[34] "Der Abschluss der sozialistischen Krise in Frankreich", *NZ*, 1901-02, t. II, pp. 710, 751, citado en *Gesammelte Werke*, t. III, p. 366.

No hace más que repetir monótonamente las grandes consignas de los días felices del *affaire* Dreyfus [...] Las melodías de Jaurès le recuerdan a uno las bonitas arias antiguas de Verdi, que manan de los labios de cualquier bienaventurado aprendiz de ojos negros en la soleada Italia [...] pero ahora las repiten con lastimosa monotonía, como el mecanismo sin vida de un organillo de cilindrero. *Tempi passati!* Y el mismo cilindrero se aburre y mira sin ver; sólo su mano experta da al manubrio: el corazón no participa.[35]

Son fáciles de ver las contradicciones. Si los nuevos métodos de Jaurès eran en realidad antiguos, el revisionismo, del cual eran un síntoma, debía ser también antiguo, en cuyo caso no tenía sentido abogar por la vuelta a los principios establecidos y hasta entonces acatados de la socialdemocracia. De modo semejante, si el caso Dreyfus era solamente una querella intestina dentro del campo capitalista en la cual los socialistas no tenían por qué participar, era imposible acusar a Jaurès de inconstancia, puesto que él también tenía interés en la continuación de su política y no la consideraba invalidada tan sólo porque se hubiera solucionado lo que más urgía en el asunto Dreyfus. De vez en cuando había destellos de realismo en el análisis de Rosa; por ejemplo, cuando reconoció que las rígidas actitudes de casi todo el grupo "marxista" de Francia, dirigido por Jules Guesde, lejos de constituir un ideal eran una compensación deformada del oportunismo de Jaurès y del ala derecha. Este análisis de la rigidez del ala derecha y el extremismo como reacción excusable al oportunismo era nuevo, y Rosa sacó de él una hipótesis general y la empleó después para explicar la intransigencia bolchevique como producto del oportunismo menchevique. Pero estos destellos eran raros. En general, su complicado tratamiento de los asuntos franceses, empezando con el asunto Dreyfus y pasando por el caso de Millerand hasta el congreso de la Internacional en Amsterdam, en 1904, fue un triste ejemplo del aislamiento y la ausencia de realismo que producían los altos diques levantados por la socialdemocracia alemana a consecuencia de la controversia revisionista.

b] *El éxito práctico de la táctica.* Rosa Luxemburgo quería comerse el pastel y al mismo tiempo tenerlo entero, y si condenaba las tácticas revisionistas era tanto por su falta de éxito inmediato como por su confusión de principios. Su polémica con Parvus en torno al sur de Alemania era en parte una simple cuestión de hecho: ¿había logrado la alianza con el centro católico la exclusión de los liberales, o bien había ayudado

[35] Ibid., p. 375. Para las "melodías" de Jaurès véase el discurso de éste (y la respuesta de Guesde), pronunciado en Lille en octubre de 1900 y reproducido en "Les deux méthodes", *Oeuvres*, t. VI, pp. 189-217.

a los centristas a ganar una gran victoria electoral? En el contexto francés, la alianza de Jaurès con los radicales y progresistas ¿había mantenido a distancia a la reacción o bien había favorecido su progreso? Pero estos debates no eran sesiones empíricas en busca de hechos. Si el dudoso "arreglo" resultaba claramente contrario a la reacción, Rosa se sacaba de la manga algo decisivo: la amenaza de la reacción debía haber sido una ilusión. Quizá el ejemplo más significativo del empeño que tenía Rosa en las consecuencias prácticas de la táctica sea Bélgica, cuando la alianza de la socialdemocracia belga con los liberales para obtener el sufragio universal. Es aquí donde Rosa se mostró más ecléctica.

Al principio dejó en suspenso el juicio, pendiente de los resultados de la acción. "El movimiento laboral belga ocupa ahora su debido lugar: el de la fuerza más revolucionaria en un Estado capitalista en descomposición. Lo que traiga el futuro lo veremos después de Filipos."[36] Habiendo lanzado sus acostumbradas flechas armadas de púas teóricas contra las alianzas con los partidos burgueses, Rosa se mostró dispuesta por una vez a dejar que los resultados hablaran por sí mismos sin prejuzgar nada. Pero la huelga lanzada por los belgas en favor de la reforma al sufragio no logró los resultados deseados y Casandra hubo de lamentarse en voz más alta que nunca. Tenía al fin un ejemplo perfecto para ilustrar la tesis dual de que la táctica errónea no sólo corrompía la conciencia de clase sino que además nunca lograba el objeto que se proponía. En una serie de artículos acerca de la cuestión belga, Rosa evocaba la progresión de la causalidad revisionista alemana; la indecisión que llevaba al fracaso en la práctica y la traición que llevaba a la corrupción.[37] Era necesaria una razón para la fase intermedia de indecisión y error *que conducía* al procedimiento a lo Bernstein de la traición y la corrupción, puesto que Rosa trataba aquí con la dirección oficial de un partido socialista numeroso y no tan sólo con el ala reformista. En Francia, Jaurès representaba a un grupo importante e independiente de socialistas, pero Vandervelde era el líder reconocido del partido unitario belga; ni uno ni otro podía ser tratado como la facción disidente de la socialdemocracia alemana. Por eso, la prueba de la corrupción ideológica, que hacía tanto del Partido Socialista Francés como del Partido Socialdemócrata Belga el equivalente directo de los revisionistas alemanes, no podía simplemente postularse por la teoría sino que era necesario demostrarla en detalle, por la política y las acciones. En parte, el interés de Rosa en las cuestiones tácticas era entretenimiento,

[36] "Der dritte Akt", *LV*, 15 de abril de 1902; *Gesammelte Werke*, t. IV, p. 330.
[37] "Steuerlos", *LV*, 21 de abril de 1902; asimismo "Das belgische Experiment", *NZ*, 1902-03, t. I, p. 105, citado en *Gesammelte Werke*, t. II, p. 334.

pero por encima de todo un paso necesario para la creación del teorema requerido de la complementariedad oportunista internacional.

La analogía de la fortaleza asediada es particularmente útil para comprender las consecuencias del debate sobre el revisionismo. Éste no fue aniquilado: como tenía sus raíces en la realidad, sobrevivió a la continuada denuncia refugiándose en sus orígenes profundos. Pero después de 1903 cesó de ser un asunto a debatir en el SPD en lo tocante a los principios o la política del partido. Lo único que quedaba era atacar sus síntomas.

La decisión de condenar la base teórica del revisionismo tomada en los congresos de 1901 y 1903 y el congreso de la Internacional de 1904, no fue consecuencia automática del debate acerca de la proposición que Bernstein hiciera en 1898. Al principio, el debate sobre teoría no había conducido a nada decisivo. Durante dos años, el comité ejecutivo del SPD evitó el compromiso favoreciendo el aspecto teórico del debate, en que no tenía gran interés. Pero la cuestión no podía limitarse a unos cuantos intelectuales, sobre todo dado que éstos habían conectado los principios a la práctica e iniciaron su cacería de brujas contra los practicantes reformistas. Con frecuencia eran éstos camaradas prominentes y distinguidos los que defendían firmemente sus acciones y al final obligaron al comité ejecutivo a tomar partido. Como hemos visto, la amistad personal y la lealtad empujaban al comité hacia los revisionistas, mientras que personas como Rosa y Parvus eran extraños sin amigos. ¿Por qué cargó entonces el comité tan duramente contra Bernstein y sus adeptos?

Ciertamente, no era tan sólo apego sentimental a los principios antiguos: se trataba de una consideración de índole más práctica y egoísta. Si Bernstein tenía razón, la exclusividad de la socialdemocracia, modo de vida y organización, no podía sobrevivir. Los dirigentes del partido habían hecho carrera de la oposición total a la sociedad, y sus partidarios habían creado con el SPD un sustituto de esa sociedad que los había rechazado. En las tinieblas se habían encendido luces. Y después de 1890 habían cosechado su recompensa. Al finalizar el siglo, el SPD era un Estado dentro del Estado y sus legítimos gobernantes representaban un interés poderoso en el mantenimiento del statu quo. Al acentuar el apartamiento se iba mucho más allá de la mera política y aun de la ideología: era una honda diferenciación moral que hacía a los socialistas considerarse casi como una especie distinta —opinión que compartía, y no era ningún cumplido, en el resto de la sociedad. Esta distinción deliberada, casi genérica, llegó a ser tan aceptada en Alemania que el descubrimiento de que los socialistas tenían muchos de

los rasgos "normales" alemanes, de que también ellos decían una cosa y con frecuencia hacían otra, se consideró un gran adelanto sociológico. Fue necesario nada menos que un Max Weber para señalarlo —y los sociólogos todavía se sirven del "descubrimiento" de Weber, de que los socialdemócratas eran seres humanos, para demostrar que las sociedades divididas en clases o castas tienen tanto en común cuanto encontrado.[38] Toda ambición de influir directa e inmediatamente en la sociedad implicaba entrar en ella, hacerse un partido político más alemán, convertirse en un mero grupo de intereses sin aspiraciones al poder entonces ni después. La autoridad de toda la jerarquía debía desaparecer a medida que se lograban los fines reformistas; pues no era sólo la autoridad de la dirección política sino también la adquirida en sustitución de la estructura normal de la sociedad. En lo tocante al partido, el éxito del reformismo implicaba la autoliquidación. Al hacerse realidad las aspiraciones socialistas y con la proliferación de la organización socialdemócrata, la posición de gobierno autónomo de los jefes tenía que debilitarse también. Su razón de ser era precisamente la imposibilidad de su realización. Su presencia llenaba el vacío creado por la abstención de participación política en la sociedad. No los habían elegido para articular la política de la sociedad sino para crear una sociedad nueva que reemplazara a la anterior cuando se desplomara. El único fin del partido era crecer, y el crecimiento implicaba separarse del campo contrario. La participación en la sociedad sólo podía retrasar el día del hundimiento. En términos marxistas, el partido era la estructura a cal y canto de la enajenación. Luego ésa era la fortaleza a defender.[39]

Es evidente que todo esto era una inintencional violencia hecha al marxismo, teoría dinámica y jamás estática del cambio social. Por eso los "marxistas" como Rosa Luxemburgo, Plejánov, Kautsky y Mehring, aunque respetados, siempre se consideraban solos y aislados, y periódicamente la emprendían con la ignorancia obtusa de quienes los rodeaban. El hecho de que Kautsky, el más respetado de todos ellos, proveyera en realidad una validación teórica de un estado de cosas esencialmente estático en sentido no marxista —y en nombre del marxismo— es una de las grandes ironías de la historia del socialismo. Como veremos, no dejaba de tener su lógica, no accidental ni traidora sino implícita e ine-

[38] Véase la referencia a Max Weber en Reinhard Bendix, "Public authority in a developing political community: the case of India", en *European Journal of Sociology*, t. IV, n. 1 (1963), 51, nota 15.

[39] Para un examen más detallado del SPD como Estado dentro del Estado y las implicaciones de su política de abstención véase J. P. Nettl, "The German Social-Democratic Party 1890-1914 as a political model", *Past and Present*, n. 30, abril de 1965, pp. 76-86.

vitable... y sobre todo inconsciente. Por eso Kautsky siguió siendo durante muchos años, y muchos después de haber dejado de tener importancia (la perdió cuando la socialdemocracia se escindió y por no haberlo él comprendido pasó al punto e irrevocablemente al museo), el coco de los comunistas. Esto explica también por qué los comunistas siempre se vieron en relación directa con Marx y no como continuadores de los herederos socialdemócratas de éste.

Lo que proponían los revisionistas era firmar la paz con el enemigo, abrirle la fortaleza a cambio de un limitado número de puestos en la sociedad. Donde Rosa defendía la fuerza del socialismo, el comité ejecutivo estaba implícitamente de acuerdo con ella... desde una posición de debilidad. Dudaban de su propia habilidad para mantener su posición y su autoridad en cualquier condición que no fuera la asediada.[40] Las exigencias políticas hicieron, pues, de Rosa el portavoz y aliado de una ejecutiva cuyos verdaderos motivos eran muy diferentes de la estricta teleología de ella. Al comité ejecutivo no le interesaba la revolución sino el statu quo; si esto entrañaba un postulado revolucionario, bueno. Patentiza la momentánea confusión entre motivos diferentes el hecho de que Rosa y Kautsky llegaran a una común identidad de ideas y que el comité ejecutivo los utilizara indistintamente para propagar su causa. Como después harían ver los acontecimientos, lo que necesitaba efectivamente el comité era la estricta separación de teoría y práctica, donde la primera blandiría tan sólo sus armas para encubrir y dar una apariencia falaz a las exigencias de la segunda. Ésta era preeminentemente la tarea de Kautsky y él la realizó larga, inconsciente y perfectamente. Su interés propio en el statu quo coincidía con el de la ejecutiva; como dijo Catalina la Grande a Diderot, el teórico escribe en papel y el gobernante en la piel de la gente, que es un pergamino mucho más sensible y difícil de tratar. No tenía por qué haber conflicto ni competencia. Pero eso no era suficiente para Rosa Luxemburgo.

La conservación de la ortodoxia proporcionaba así tanto a la ejecutiva como a Kautsky lo que necesitaban. Por otra parte, para Rosa era un callejón sin salida, y el carácter intransigente e inflexible de su opo-

[40] El problema de la cohesión entre grupos sociales emergentes así como entre naciones es muy semejante, y la relación entre los "principios" del SPD y el nacionalismo actual en las naciones nuevas o en desarrrollo aparecerá ahora bien claro. No se debe meramente a las mismas presiones obrando sobre diferentes grupos. En muchos aspectos el SPD en particular —y para Rosa especialmente el socialismo internacional en general— era una nación, una patria, y no un mero partido político basado en una clase. Por eso son verdaderamente comparables las dos situaciones. Véase también más adelante, Apéndice: La cuestión nacional. Este problema se estudia a fondo en J. P. Nettl, *Political Mobilization: A Sociological Analysis of Methods and Concepts*, Londres, 1967.

sición al comité ejecutivo después de 1907 era precisamente consecuencia de sus propios esfuerzos en el debate a propósito del revisionismo. Después de 1907 estaba recorriendo al revés el largo camino que hiciera entre 1899 y 1904. Toda su concepción posterior de la huelga de masas, seguida de su más amplia doctrina sobre el imperialismo, era un correctivo al aislamiento orgulloso, la apoteosis del statu quo y su extrapolación *ad infinitum*, que ella misma había tan clamorosa y eficazmente contribuido a hacer posible. Mas lo que primero le pareciera un mal entendimiento, después una diferencia de política (normas) y finalmente un conflicto de *Weltanschauung* (valores), había en realidad alterado toda la naturaleza del partido por cuya orientación iba a darse la batalla. Al aparecer la abstención ortodoxa y arrogante en el partido después de la controversia revisionista, cambió imperceptiblemente la función de las instituciones del partido. La ideología, la misma antigua y vital ideología de la revolución, servía cada vez más exclusivamente de medio de cohesión interna. Al continuar la política "práctica" en todos los niveles —participación en las elecciones, actividad sindical, intentos de formar bloque con los partidos burgueses en el *Reichstag*— el abismo que separaba la teoría de la práctica se ensanchó como era inevitable; de ahí que se hiciera tanto más necesaria la mayor afirmación ideológica para sublimar la inutilidad de la política práctica... inutilidad que era todo cuanto se permitía. A su vez, los escalones inferiores del partido se convirtieron en un yermo donde cada uno servía para su propia promoción, en lugar de ser la base de una lucha vital; los congresos del partido dejaron de ser asamblea soberana legisladora y rectora y se convirtieron en un rito anual donde se ensalzaba la ideología y de donde salían los participantes llenos de satisfacción moral —con la cual iluminar a sus camaradas. La estructura seguía igual, salvo el crecimiento de la ejecutiva y su burocracia, pero sus funciones, y con ellas los focos de poder, se modificaron considerablemente.[41]

2. HUELGA DE MASAS E IMPERIALISMO

En cuanto salió Rosa Luxemburgo de Varsovia para la relativa tran-

[41] Para los congresos del partido y su cambiante papel, sobre todo a partir de 1905, véase más adelante, cap. VIII, pp. 259-260 y nota 12 p. 260. Para un examen de la relación teórica entre ideología y efectividad política y los conceptos de ideologías pragmática y expresiva, véase R. K. Merton, L. Broom y L. S. Cottrell (eds.), *Sociology Today, Problems and Prospects*, Nueva York, 1959, cap. I; R. K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, FCE, 1964, cap. I; y Ulf Himmelstrand, "A theoretical and empirical approach to depoliticization and political involvement", *Acta Sociológica*, 1962, t. VI, n. 1-2, pp. 91-96.

quilidad de Finlandia, en el verano de 1906, anheló interpretar la Revolución Rusa para el SPD. El hecho de que la organización provincial del SPD en Hamburgo le hubiera encargado un folleto le proporcionó una ocasión ideal. Para empezar delineó su tarea con toda claridad. "Prácticamente todos los escritos y opiniones existentes acerca de la huelga de masas en el movimiento socialista internacional datan del tiempo de la Revolución Rusa, primer experimento histórico en gran escala con esta arma. Esto explica que en su mayoría sean anticuados."[42]

Lo primero que era necesario hacer era arrebatar la huelga de masas a los anarquistas, que la tenían en propiedad más o menos exclusiva; por lo menos a los ojos de sus contrarios. Rosa estaba perfectamente convencida de que el partido alemán tenía fuertes reservas al respecto. Su intento de reivindicarla se basó en dos proposiciones principales: 1] El desarrollo en la organización de la clase obrera, que la hacía suficientemente fuerte para emprender huelgas de masas. La noción de huelga de masas dejaba así de ser una quimera del "romanticismo revolucionario", compuesta de "puro viento y la mera buena voluntad y el valor para salvar a la humanidad" y se convertía en una proposición *práctica.* 2] Los crecientes medios de actividad política y no ya de mera actividad económica de los partidos socialistas. Basábase esto en la confluencia de las dos tendencias, donde el aspecto político era decididamente la forma superior de lucha; las huelgas por motivos salariales ya no eran "la única acción directa posible de las masas y la única lucha revolucionaria posible debida a las actividades sindicales".[43]

De todos modos, la huelga de masas era tan sólo un arma aunque muy importante del arsenal de la socialdemocracia, y ciertamente no era el acto final en la transformación de la sociedad. Era un arma política y no una exclusivamente económica con consecuencias políticas incidentales o milagrosas. Finalmente, como no era un fin en sí, no podía "planearse" como un trastorno apocalíptico.

La concepción atinada de la huelga de masas —la de Rosa— era esencialmente resultado de una experiencia histórica reciente: los sucesos de Rusia entre 1905 y 1907. Había empezado en forma de abandono del trabajo en gran escala, que trastornaba la economía y la sociedad que de ella dependía. Pero el objetivo de la huelga no era la negociación de mejores condiciones y de hecho no tenía nada que ver con las condiciones del trabajo. Era más bien un estado de preparación para la acción ulterior. El acto negativo de dejar de trabajar llevaba al depósito

[42] "Massenstreik, Partei und Gewerkschaften", Hamburgo, 1906. Véase *Gesammelte Werke,* t. IV, p. 410. Las citas de esta obra se harán siempre así: "Massenstreik"; todas están tomadas del t. IV de *Gesammelte Werke.*
[43] Ibid., p. 414.

de las reservas revolucionarias a multitudes militantes cuyas energías quedaban entonces disponibles para un fin revolucionario más directo. A Rosa no le interesaba la técnica de la organización o la puesta en marcha de una huelga general —el cómo, cuándo, en qué cuantía y por cuánto tiempo. Esos problemas se solucionarían solos. Bastaba con señalar la marea creciente de huelgas en las industrias de Rusia desde que principiara el siglo y declarar que eran ellas las que habían producido el subsiguiente periodo revolucionario, con su forma superior de huelgas generales políticas. Como hemos visto, a Rosa le interesaba principalmente que las energías y los pensamientos de la socialdemocracia no se gastaran en problemas técnicos. Repetidas veces había puesto de relieve que una huelga de masas era tanto un síntoma como un producto típico del periodo revolucionario. Por consiguiente, las huelgas de masas no podían "crearse". Ni la determinación del más pujante comité ejecutivo ni la máxima cooperación por parte de las masas podían "hacer" una huelga general... a menos que las circunstancias objetivas lo pidieran. Con esta afirmación quedaba muy atrás el milagroso acto de volición de los anarquistas. Por eso la idea de la huelga de masas fue un gran "hallazgo" para la panoplia de la socialdemocracia precisamente en el momento —como decia la amiga de Rosa, Henriette Roland-Holst— en que la tecnología socialista estaba necesitada de armas nuevas. "Si la huelga de masas significa no sólo un acto sino todo un periodo de la lucha de clases, y si tal periodo viene siendo un periodo revolucionario, es evidente que una huelga de masas no puede conjurarse como un acto de volición aun cuando la decisión proceda del más alto nivel del más robusto partido socialdemócrata."[44]

Lo primero era integrar la huelga de masas en el proceso, más vasto, de la revolución. Su principio y aplicación marcaban una fase de acción superior a la de las huelgas aisladas y desconectadas que la precedieran. La huelga de masas era esencialmente un nombre colectivo para toda una serie de actividades —colectivo no sólo en la terminología sino porque los diversos procesos y acciones que abarcaba el vocablo estaban genuinamente vinculados por intrincadas causalidades. Por primera vez, las formas de lucha hasta ahora separadas se fundían en un todo compacto y unificado.

> La huelga de masas tal y como la vemos en la Revolución Rusa [...] refleja todas las fases de la lucha política y económica y todas las etapas y periodos de la revolución. Su aplicación, sus efectos, sus razones de ser se hallan en un estado de constante fluidez [...] huelgas

[44] "Massenstreik", p. 443.

políticas y económicas, huelgas unidas y parciales, huelgas defensivas y ofensivas, huelgas generales de algunas secciones de la industria y huelgas generales en ciudades enteras, pacíficas huelgas salariales y combates callejeros, alzamientos con barricadas: todo junto y a la vez, todo mezclándose e imbricándose. Un mar de fenómenos en perpetuo movimiento y cambio. En cuanto a las manifestaciones, es claro que no nacen de la misma huelga de masas sino de los factores de poder social y político de la revolución. La huelga de masas es sólo una forma de la lucha revolucionaria.[45]

Rosa Luxemburgo insistió con particular empeño en que el compuesto era mayor que la suma de sus componentes porque la confluencia se efectuaba en una etapa de la historia superior a aquella en que esos fenómenos se presentaban de un modo discreto. La llamaba "un concepto colectivo que abarca años y aun decenios en la lucha de clases". Pero al mismo tiempo no se conformaba con trasladar el campo de lucha de lo económico a lo político. La huelga de masas era esencialmente un proceso de interacción entre actividad política y económica, cada una fertilizando a la otra. "Toda acción política de clase [. . .] saca de su inmovilidad partes del proletariado hasta entonces intactas, y este despertar halla *naturalmente* su expresión en *tempestuosas* luchas económicas [. . .] ya que éstas son las más a la mano."[46] Pero subrayaba lo de "tempestuosas", para que fuera de fuerza igual a la nueva intensidad de la acción política. Tenía que haber una relación causal entre lo uno y lo otro, y no una mera coincidencia. Y así Rosa se anticipaba clara y tal vez inconscientemente, a las discusiones entre Plejánov y Lenin por una parte, y a los llamados "economistas" por la otra. En lugar de oponer a la preocupación por la actividad económica el énfasis en la lucha política, combinó ambas. El único criterio era la causalidad y la mayor intensidad.[47]

Hasta aquí la formación de energía en las huelgas de masas. En el otro extremo, la aplicación de energía, en forma de su integración en el proceso histórico de la lucha de clases proletaria, en que hacía aún más hincapié. Nada se hacía ni podía hacerse en lo más mínimo exclusiva-

[45] Ibid., pp. 437-38.

[46] Ibid., p. 442. Subrayado mío.

[47] Esto no quiere decir que para ella fueran igualmente importantes partido y sindicatos. Nadie se opuso con más empeño que Rosa Luxemburgo a la paridad con los sindicatos. Pero allí donde Lenin hacía sindicatos sinónimo de lucha económica —¿quién iba a dirigirla si no?— y relegaba a aquéllos y a ésta al mundo de la política primitiva, la experiencia que tenía Rosa de los sindicatos alemanes, esencialmente conservadores, le hacía separar la lucha económica del control sindical. Esta importante distinción nunca se hizo explícita.

mente por una huelga de masas. Al juntar las pruebas del caso ruso, Rosa indicaba claramente la presencia de la siguiente etapa en embrión. Y así en diciembre de 1905 había estallado la tercera huelga general de masas en el imperio ruso. "Esta vez, la acción se había desarrollado de muy diferente modo que en las dos ocasiones anteriores. La acción política ya no cedió el puesto a una económica en enero de 1905, pero tampoco logró una rápida victoria como en octubre [...] A consecuencia del desarrollo lógico e interno de los acontecimientos, la huelga de masas esta vez cedió el lugar a una franca rebelión, a la lucha armada en las calles y barricadas de Moscú."[48] La conclusión que sacaba era que la huelga de masas, aun en el caso más fuerte y diversificado, no podría conseguir nada si no se enganchaba a la siguiente etapa del proceso revolucionario. La revolución tenía que "estar en el aire", aunque no fuera inminente.

Es evidente que todo esto se basaba en un modo de ver la revolución socialista muy diferente de las ideas que entonces solían exponerse no sólo en Alemania sino en toda la Segunda Internacional, incluso Rusia. Lo más inmediatamente relevante era el papel prescrito en todo ello a la socialdemocracia, la avanzada del proletariado. Eso era lo que iba a desangrarse en el curso de la batalla de Rosa con los dirigentes del SPD en los años siguientes.

> La dirección de una huelga de masas pertenece a la socialdemocracia y sus líderes responsables en un sentido muy diferente. En lugar de devanarse los sesos en torno a los problemas técnicos, a la mecánica de una huelga de masas, es la socialdemocracia la que debe tomar la dirección *política* aun en pleno periodo revolucionario. Las consignas, la dirección de la batalla, la táctica de la lucha política deben organizarse de modo tal que cada fase y cada momento de la lucha esté en relación con las conquistas actuales, ya realizadas, del proletariado y que siempre se tomen en cuenta al trazar el plan de batalla, de modo que la táctica de la socialdemocracia [...] nunca debe quedar *por debajo* del nivel de las posibilidades genuinamente existentes sino que siempre se les adelante. Ésta es la tarea más importante de la "dirección" en todo periodo de huelgas de masas. Y una dirección tal soluciona también automáticamente los problemas de índole técnica...[49]

[48] "Massenstreik", p. 436. Rosa Luxemburgo distinguía tres tipos de resultados en las tres oleadas de huelgas de masas. En enero de 1905, las huelgas que siguieron a la matanza del 22 de enero se agotaron en huelgas aisladas locales y en gran parte económicas. En octubre, su nuevo estallido tuvo por resultado político el manifiesto del zar. En diciembre provocaron el alzamiento armado de Moscú.

[49] "Massenstreik", p. 445.

Esta afirmación era casi una idea general completa del posterior estudio a fondo que hiciera Rosa de la revolución de los líderes socialistas tanto en su crítica de la revolución bolchevique como cuando intentó poner en práctica sus ideas durante la revolución alemana. Pero tampoco debemos aquí adelantarnos demasiado. Su definición de las tareas de la socialdemocracia era incidental; todavía parecía que podía expresar el consenso común del SPD y no las opiniones de un elemento extraño, aislado y cada vez más desafecto. Veremos más detenidamente las ideas de Rosa Luxemburgo acerca del papel de la dirección cuando se desenvolvieron en sentido opuesto a lo que practicaban sus contrarios alemanes y rusos.

Tal era, pues, la doctrina sobre la huelga de masas a fines de 1906, la doctrina "pura", todavía no adulterada por los énfasis especiales de la polémica posterior. En parte estaba en el folleto, medio oculto por un montón de explicaciones, lo esencial, el verdadero objetivo de todo aquel trabajo.

> Se suscita la cuestión de hasta dónde son aplicables a Alemania todas las lecciones que pueden sacarse de las luchas de masas en Rusia. Las circunstancias sociales y políticas, toda la historia de la índole de los movimientos de la clase obrera en Alemania y en Rusia, son totalmente diferentes. A primera vista, las leyes internas de las huelgas de masas rusas que hemos estado tratando parecen a menudo el resultado de condiciones específicas rusas que no pueden tener relación con el proletariado alemán.[50]

El resto del trabajo se dedicaba precisamente a la aplicación de las lecciones rusas a Alemania, en forma de proposiciones generales acerca de la naturaleza de la guerra de clases. En resumidas cuentas, ¿cuáles eran esas lecciones?

1. La indivisibilidad de la lucha de la clase proletaria; lo cual significaba que por definición las lecciones de Rusia eran aplicables a Alemania o a cualquier otro país.

> Desde cualquier punto de vista sería totalmente erróneo, claro está, considerar la Revolución Rusa como un espectáculo hermoso, algo específicamente ruso [...] Es esencial que los obreros alemanes vean en la Revolución Rusa *algo propio,* no sólo en el sentido de solidaridad internacional de clase con el proletariado ruso sino como un capítulo de su propia historia social y política.[51]

[50] Ibid., p. 446.

[51] Ibid., p. 460. Este paso era claramente necesario en toda doctrina de revolu-

2. La técnica de avance a saltos, mediante la cual las exigencias y los logros del proletariado ruso podían alcanzar y aun superar los de clases obreras mejor organizadas, como la alemana. Debe notarse que aparte de postular esta técnica del salto, Rosa Luxemburgo ponía en duda concretamente en aquella fase algunos de los supuestos de la "superioridad" alemana.

> El contraste [entre Rusia y Alemania] resulta aún menor si examinamos más de cerca el actual nivel de vida de la clase obrera alemana [...] ¿No hay acaso en Alemania rincones muy oscuros de la existencia de la clase trabajadora donde apenas penetran la luz y el calor de la actividad sindical; grandes segmentos que todavía no han conseguido desprenderse de la esclavitud más primaria mediante las formas más simples de la lucha económica?[52]

3. La inversión de la relación aceptada entre organización y acción. Rosa postulaba la importante idea de que la buena organización no precede a la acción sino que es consecuencia de ella; la organización se desarrolla mucho más satisfactoriamente en la lucha que en los periodos de apacible desinterés.

> Una concepción burocrática rígidamente mecánica sólo reconocerá la lucha como el producto de cierto nivel de organización. En cambio, los fenómenos dialécticos de la vida real crean la organización como producto de la lucha.[53]

El hecho de que exagerara de modo deliberado el elemento de lo espontáneo se debía probablemente más que nada a la esperanza —era en

ción permanente. Rosa Luxemburgo hizo por lo menos parte del camino con Trotsky. Pero la causalidad interna de éste —su "imperativo" científico— siguió siendo para Rosa más bien una obligación moral muy apremiante. Nunca pasó de la analogía política a la causación científica (y por ende forzosa). Como veremos, ella y la mayoría de sus amigos manifestaban grandes reservas en cuanto a la validez de la doctrina total de revolución permanente. Yo no estoy de acuerdo con la afirmación —hecha pero nunca analizada— del más reciente biógrafo de Trotsky de que "Rosa Luxemburgo, representando al Partido Socialdemócrata Polaco, suscribió la teoría de la revolución permanente" (Isaac Deutscher, *Trotsky, el profeta armado*, Ed. Era, México, 1966, p. 170), aunque el mismo Trotsky declaró otro tanto, si bien mucho tiempo después de los hechos (L. Trotsky, *Mi vida*, Ed. Juan Pablos. México, 1973, p. 213.

[52] "Massenstreik", p. 448. Este examen crítico de la validez de la afirmación de que la clase obrera alemana era superior lo veremos ulteriormente con más detalle.

[53] Ibid., p. 453. Naturalmente, esto es lo esencial de la acusación hecha contra ella por visión de la organización como proceso y espontaneidad.

1906— de persuadir a dirigentes y miembros del SPD de que aceptaran su análisis y sobre todo su pronóstico de la situación. "[La espontaneidad] desempeña como hemos visto un papel muy grande en todas las huelgas rusas de masas sin excepción, como elemento de avance igual que como restrictor."[54] Este énfasis tenía doble objeto: minar la burocracia sindical y al mismo tiempo calmar los temores de que las organizaciones cuidadosamente montadas pudieran quedar aniquiladas en el desarrollo de la acción. De ahí la alusión al elemento espontáneo "como elemento de avance igual que como restrictor". El partido era todavía enfáticamente visto en aquella fase como sinónimo de las masas; era el partido el que tenía que proveer el necesario ánimo de movimiento a la manía de organización estática de los sindicatos. Rosa hizo mucho por poner de relieve la diferencia de actitud entre partido y sindicatos —que ella condenaba como "la peor falta de la socialdemocracia alemana". Al postular la antítesis sindicatos/partido no trataba de distinguir *dentro* del SPD entre dirigentes y base. La palabra "ejecutivo" no aparecía en ninguna parte del folleto y todas las referencias al partido se hacían sencillamente diciendo la "socialdemocracia". En 1906, *espontaneidad* era taquigráficamente socialdemocracia mientras *inmovilidad* querría decir sindicatos.

Dados los acontecimientos posteriores, la terminología tiene su importancia. Ese empleo indiscriminado de "socialdemocracia" y de "masas" —siendo la primera sólo "la vanguardia más consciente" de las segundas, pero esencialmente parte de ellas— contenía el germen del mal entendimiento futuro. Se podía tomar a la letra el modo de ver de Rosa —y entonces se llegaba precisamente a esa doctrina de confusa espontaneidad de que después la acusaron los herederos de los altamente "deliberados" bolcheviques de Lenin, para quienes espontaneidad más bien significaba confusión— o bien una diferenciación más estricta entre dirigentes, miembros del partido y masas hubiera debido hacerse en algún momento, distinciones que reconocieran o bien observaran empíricamente las diferencias y que podían ser sustentadas con explicaciones teóricas. Veremos cómo se desarrolló la noción de espontaneidad en el pensamiento de Rosa Luxemburgo; cómo el concepto de partido se dividió primero en dirigentes y masas y finalmente en dirigentes contra masas; y cómo la insatisfacción con los líderes produjo una confianza en las masas que apresó a Rosa en el callejón sin salida terminológico de la espontaneidad —callejón donde sus detractores comunistas estuvieron encantados de confinarla. Pero la trampa era verbal, no de significado.[55]

54 Ibid., p. 444.
55 Llegados aquí sería bueno aclarar la diferencia por una parte entre la llamada doctrina de la espontaneidad todavía atacada por los dirigentes soviéticos y la for-

Especialmente importante y estimulante era un aspecto de la argumentación histórica de Rosa. Su referencia histórica era en gran parte rusa. La lección a aprender de la huelga de masas era sobre todo una lección rusa. No era casualidad. Pero la idea de poner a Rusia de ejemplo revolucionario para Alemania era alterar por completo el orden natural de las cosas, y además era también cambiar por completo de dirección respecto del rumbo generalmente aceptado en los consejos socialistas hasta entonces.

Ya hemos hecho ver que el SPD, con mucha razón, se consideraba el partido más progresista de la Segunda Internacional. Los dirigentes del partido alemán tenían cabal conciencia de su papel internacional, y daban consejos a todas partes. En este servicio de distribución, Rosa

mulación de Rosa Luxemburgo por la otra. La noción comunista de espontaneidad entraña que la aparición "espontánea" de deseos e ideas en las masas prevalecerá sobre la política racional del partido y la gobernará. Naturalmente, esto va en contra de todo el concepto de control del partido en que se basa el gobierno de la URSS, y para ellos es anatema como siempre. En 1958 volvió a declarar Jruschov redondamente: "La espontaneidad, camaradas, es el más mortal enemigo de todos" (discurso al comité central del PCUS, 19 de diciembre de 1958; *Plenum Tsentralnogo Komiteta KPSU 15-9 dekabria 1958 goda, stenograficheskii otchet,* Moscú, 1958, p. 452).

Pero Rosa Luxemburgo nunca propagó semejante doctrina general de la espontaneidad. Primero postuló que la acción de las masas era un rasgo esencial de la actividad socialdemócrata. Nadie se lo hubiera negado. Después, cuando se vio claramente que la dirección del partido no favorecería la acción de masas, se puso a examinar los *límites de los poderes* de la dirección si ésta se oponía a la voluntad de acción de las masas. Su defensa del control y la supremacía de las masas se basaba en la existencia de líderes insatisfechos —de modos concretos y plenamente documentados. En tercero y más importante lugar, el poder espontáneo de las masas se limitaba a un caso especial, el de la acción. La discusión gira ante todo en torno a la acción y sólo incidentalmente se trata de soberanía.

Podría aducirse que en ese caso lo que se imponía era suprimir democráticamente la dirección y reemplazarla por dirigentes más acordes con las tareas políticas de la socialdemocracia. Como veremos, la cabal elaboración de la doctrina luxemburguiana *en el partido alemán* (toda esta argumentación tiene sentido solamente en este contexto) coincidió con el estallido de la guerra, en que quedó suspendida la democracia en el partido. El esfuerzo de Rosa durante la guerra se dirigió específicamente a sustraer el conjunto de los militantes al control del comité ejecutivo del SPD.

En resumen, el concepto luxemburguiano de la espontaneidad es una elaboración y prolongación por otros de algunas ideas expuestas por ella. Hasta cierto punto es una tergiversación. Como veremos, las ideas de Rosa fueron formándose lentamente en este respecto; a medida que aumentaba su descontento con la política que llevaba la dirección del SPD fue vigorizando el concepto de las masas enfrentadas a aquélla. Pero este concepto estaba indisolublemente vinculado con la acción. Según ella, la supremacía de las masas sobre la dirección tenía sentido solamente cuando aquélla favorecía la acción y ésta la inmovilidad.

Sería bueno tener presente este análisis mientras se examinan las ideas en desarrollo de Rosa antes, durante y después de la guerra.

Luxemburgo era uno de los participantes más entusiastas. Sus cartas y artículos sobre cuestiones rusas antes de 1905 predicaban siempre el ejemplo alemán de unidad a los rusos, divididos y pendencieros, y les hacía beneficiarse de su experiencia de seis años en Alemania. De pronto, todo eso cambió. Rusia se había convertido en el punto central del huracán revolucionario, y Alemania quedaba en la periferia; el ciclón de causa a efecto soplaba al revés, y ahora Rosa daba consejos a los alemanes basada en su experiencia rusa. Al principio esto no fue más que un cambio en el mapa meteorológico revolucionario, en que el centro de presión se desplazaba del oeste al este. Todavía no había juicios sobre partidos ni políticas. Pero la idea del "salto" en la evolución histórica implicaba que, en algunos respectos por lo menos, las masas rusas estaban más adelantadas que sus hermanas de Alemania. Rosa Luxemburgo no insinuaba que eso se debiera a los méritos de la socialdemocracia rusa, ni que ésta fuera en nada superior al SPD, pero tampoco disociaba al partido ruso de los éxitos revolucionarios de sus obreros. En realidad, evitaba deliberadamente citar las cuestiones del partido ruso en sus escritos alemanes de entonces, probablemente para no ocasionar mortificaciones. De todos modos, a los alemanes les molestaba bastante la sola idea de aprender algo de los rusos, y esto no sólo entre las autoridades del partido sino también entre los radicales como Ledebour. No era sólo la comparación entre el SPD con todos sus logros y la socialdemocracia rusa, notoriamente desorganizada e ineficaz. Según la historia, reforzada con innúmeras citas de Marx y Engels, Rusia era el principal agente de la reacción europea, y Alemania y su creciente partido socialista incuestionablemente el centro de la futura revolución. Cuando Rosa Luxemburgo expuso su nueva interpretación en su folleto acerca de la huelga de masas, la reacción de sus lectores varió del escepticismo a la indignación nacionalista.

Tiene capital importancia el grado en que Rosa invirtió su empuje político a consecuencia de la Revolución Rusa. La mayoría de sus escritos de antes de 1905 eran en defensa del SPD tal y como ella lo veía establecido: énfasis en la táctica tradicional atinada contra los diversos intentos de enmendarla; énfasis en la unidad y cohesión de la doctrina contra la fragmentación por teorías individuales y preferencias locales. El dogma recibido en la Segunda Internacional era que sólo un partido de masas unido y bien organizado podía ser la punta de lanza progresista del socialismo. A los partidos pequeños, divididos y disputadores como el ruso les convenía tomar ejemplo del SPD. Ahora todo eso había cambiado de pies a cabeza. La organización se había vuelto un obstáculo potencial, la cohesión un factor de inmovilidad, la tradición un peso muerto. Y más allá del horizonte de estos bastiones que se iban de-

rrumbando lentamente surgía la nueva fuerza vital de la socialdemocracia: las masas en movimiento. Hasta ahora el cambio en el pensamiento de Rosa era más bien de énfasis, no de polaridad, pero los cambios de énfasis o interés con frecuencia se convierten por la oposición o la controversia en opciones mutuamente exclusivas. Allí donde anteriormente la tradición y la disciplina habían servido para desarraigar errores, ahora sólo la acción de las masas podía suprimirlos. De este modo la organización y la acción de las masas, la disciplina y el entusiasmo se volvían inesperadamente soluciones alternativas. Además, la acción de las masas no sólo procuraba beneficios revolucionarios objetivos sino también una cura subjetiva para las disputas y diferencias internas del partido. La nueva doctrina de acción tenía la preferencia sobre todos los antiguos debates de táctica y estrategia en el SPD, del mismo modo que la revolución había hecho olvidar las divisiones en el partido ruso.

Históricamente, es interesante e importante el proceso por el cual llegó Rosa ante el umbral de un análisis del imperialismo. Era un proceso de exteriorización, un ensanchamiento de la discusión sobre la táctica del partido y no un intento de defensa contra un verdadero ataque de la sociedad contra el socialismo. La preocupación por el imperialismo y las ideas en desarrollo de Rosa al respecto nacieron directamente del estudio de la huelga de masas, de las dificultades de abrirle camino en el partido. Para abordar el problema de la sociedad era primeramente necesario romper la costra de ensimismamiento a cuyo abrigo dormía un sueño de plomo el SPD. Si no podía galvanizarse al partido desde dentro había que aplicar un estímulo exterior. Así tenemos primero una doctrina de la huelga de masas, después una lucha por su aplicación, luego el descontento con la política del partido sobre un fondo de desencanto personal y finalmente la elaboración de una doctrina del imperialismo para vencer la resistencia del partido. Así como Canning habló una vez de hacer que el Nuevo Mundo restableciera el equilibrio del Antiguo, así Rosa Luxemburgo quería que la sociedad imperialista restableciera el equilibrio dentro del partido.

No era Rosa la única socialista que creara una doctrina acerca del imperialismo, pero su modo de enfoque y el fin que se proponía eran altamente individuales. Tanto Hobson como Hilferding creían que el fenómeno que estaban analizando era en cierto modo único y buscaban las señales y las causas de esa unicidad. Ambos dieron una definición del imperialismo que lo distinguía de cualquier otra forma de sociedad. Hobson ponía de relieve la peculiaridad del fenómeno colonial y decía francamente que ciertas restricciones y modificaciones de la política seguida por las potencias "imperialistas" posiblemente contrarrestarían los

males del imperialismo. Hilferding, marxista, no trató de buscar un remedio al imperialismo, pero él también investigó los efectos particulares que distinguían al Estado imperialista de otrò capitalista normal.[56] En el otro extremo estaba la obra de Lenin.[57] La escribió en la primavera de 1916, en Suiza, mucho después que los otros y en parte para replicarles. En lugar de abordar de frente el problema —qué y por qué— Lenin lo atacó por detrás, por la espalda. Ante todo le interesaba explicar las causas de la guerra y más concretamente, el lamentable fracaso de la socialdemocracia, que no había sabido oponerse a ella. Como siempre, los instrumentos conceptuales movilizados fueron los estrictamente suficientes para su propósito, ni más ni menos. En cuanto a la complexión económica y la estructuración del imperialismo, siguió ampliamente a Hilferding. Pero como el de Rosa, su objeto era principalmente político. A diferencia de ella, la teoría tenía que servir siempre para esos fines y no aventurarse nunca más allá. La traición de la jefatura socialdemócrata se convertía así en factor del imperialismo, que por definición difería del capitalismo precisamente porque lograba que la aristocracia del trabajo sirviera a *sus* intereses y no a los de la socialdemocracia. El aspecto colonial del imperialismo servía para movilizar fuerzas revolucionarias no proletarias como el campesinado, aliados temporales del proletariado revolucionario. Todo esto llevaba directamente a una nueva estrategia, o mejor dicho a una justificación de la estrategia ya adoptada: en la etapa del imperialismo definida por Lenin, el proletariado debe buscar aliados fuera de su propia clase: los campesinos en el país y los pueblos colonizados fuera. Pero más importante todavía era el concepto de imperialismo como arma en la eterna lucha contra los oportunistas. "Las más peligrosas son aquellas personas que no comprenden que la lucha contra el imperialismo sólo será una frase hueca si no va unida a la lucha contra el oportunismo."[58]

Con una significativa y sustancial excepción, Rosa no teorizó acerca del imperialismo. Los problemas que Lenin examinó en 1916 no existían, o no se podía ver que existían, antes de la guerra. No obstante, el problema político del imperialismo ya preocupaba mucho a Rosa y después de 1911 fue su principal preocupación.

Necesitaba una teoría del imperialismo para fines políticos y tenía que

[56] Véase J. A. Hobson, *Imperialism*, Londres, 1902; y Rudolf Hilferding, *Das Finanzkapital*, 1a. ed., Viena, 1910.

[57] Lenin, "El imperialismo, fase avanzada del capitalismo", Petrogrado, abril de 1917 (escrito en 1916); posteriormente, "El imperialismo, fase superior del capitalismo", *Sochineniya*, t. XXII, pp. 173-290. En 1920 se reprodujo este panfleto en ediciones alemana, francesa e inglesa.

[58] Ibid., p. 288.

edificarla con los materiales que tuviera a mano. Antes de 1914 todavía estaba en proceso de creación una idea general socialista; sólo el estallido de la guerra dio el estímulo decisivo para su terminación y para redondearla a fin de que fuera una doctrina ampliamente aceptada. Hasta aquí fue Rosa un pionero.

El primer indicio de representación del imperialismo por Rosa data de 1900, en que criticó la pusilánime tolerancia por parte del partido de la participación alemana en la guerra de China. El principal cuidado de Rosa era entonces evitar la impresión de que el SPD era un partido puramente parlamentario, pero ésta fue de todos modos la primera ocasión en que escogiera un acto concreto de agresión por el gobierno alemán para hacer que la socialdemocracia provocara una respuesta general de las masas.[59] De vez en cuando se hacían comentarios semejantes, como por ejemplo durante la primera crisis de Marruecos en 1905. Retrospectivamente no es difícil ver durante el debate sobre el revisionismo en el énfasis acerca de la índole dual del SPD —revolucionario y parlamentario— el trampolín que usó Rosa para su teoría de la confrontación con el imperialismo. De modo semejante, las discusiones en el congreso internacional de 1907 y la lucha por una resolución más firme sobre la guerra y el militarismo, teórica como lo era todavía, fue por lo menos el marco que después recibiría un contenido más concreto.

El concepto especial de imperialismo recibió fuerte impulso durante la segunda crisis marroquí, en 1911. Una vez más era la crisis interna del partido la que daba el estímulo inicial. En los meses siguientes Rosa se fue volviendo hacia un examen y una revelación sistemáticos de la sociedad en que estaba encajada la socialdemocracia. El grueso de su reportaje social se agrupa así significativamente en dos periodos principales: el debate sobre el revisionismo cuando fue necesario demostrar que el capitalismo no estaba domado y el debate sobre el imperialismo cuando fue necesario mostrar la sociedad pasando a la ofensiva. La principal diferencia entre los dos periodos estaba en la conclusión sacada por Rosa. A partir de 1911, todas las pruebas citadas contra la sociedad tenían que "alzarse sobre los hombros de millones de proletarios y ser llevadas al combate".[60]

Las manifestaciones políticas del imperialismo y sus efectos galvanizadores sobre la socialdemocracia han sido analizados en detalle en sus diferentes contextos. El conjunto de estas diversas experiencias formó la totalidad del imperialismo. Pero la generalización de la experiencia, la creación de la totalidad, no desvirtuaba la intensidad del mal. El im-

59 Para el discurso de Rosa Luxemburgo véase *Protokoll... 1900*, p. 116.
60 *Gesammelte Werke*, t. IV, p. 165.

perialismo era la principal, eterna y suprema preocupación de la socialdemocracia —o por lo menos así lo entendía Rosa. "Las cuestiones del militarismo y el imperialismo son el eje en torno al cual gira la vida política actual [...] estamos presenciando, no una recesión sino un enorme auge del imperialismo, y una agudización de las contradicciones de las clases."[61] Más comúnmente solía hablar de "la gran época en que vivimos", y todo el mundo sabía lo que quería decir. Rosa no consideraba que el imperialismo fuera producto de uno o varios aspectos específicos de la sociedad —ni nuevos ni únicos. Sólo *describió* al imperialismo en sí en raras ocasiones, y casi siempre sin mencionar la palabra. "El militarismo, íntimamente relacionado con el colonialismó, el proteccionismo y la política de poder en general [...] una carrera armamentista mundial... rapiña colonial y la política de *esferas de influencia* por todo el mundo [...] en los asuntos internos y externos la esencia misma de la política capitalista de agresión nacional".[62] Con más frecuencia era su angustioso postulado de universalidad para cualquier acontecimiento o experiencia particular lo que relacionaba su análisis específicamente con el imperialismo, junto con la intensidad del hecho o suceso descrito. Era el *efecto* de esos síntomas —crónicos y corrientes por lo demás— lo que hacía el imperialismo; la agudización de los conflictos entre clases, la proximidad de dos mundos, la necesidad de una respuesta. El imperialismo difería, pues, del capitalismo precedente no por la índole sino por el efecto, no por lo que era sino por lo que hacía; concepción casi utilitaria del imperialismo. Ciertamente, el imperialismo sólo podía "demostrarse" políticamente no por la existencia o el incremento de síntomas dados en la sociedad sino por su efecto concreto en la socialdemocracia. Este análisis del imperialismo como un conjunto de reacciones recíprocas es capital y propio del concepto luxemburguiano.

El imperialismo de Rosa Luxemburgo era así esencialmente un estado general de cosas, un estado de conflicto agudo y no meramente un nombre general para síntomas no relacionados unos con otros. Aparecía aquí nuevamente el método conceptual de la huelga de masas. Además, su definición del imperialismo era una ecuación en que tanto la sociedad como la socialdemocracia eran funciones esenciales; la ubicación social del imperialismo era el producto y se limitaba al lugar de su colisión. Era casi parte constituyente del imperialismo; sin ella resultaba imposible el conflicto social intensificado necesario.

Así como el imperialismo era una etapa avanzada del capitalismo, la socialdemocracia en un país imperialista era una forma superior de so-

[61] Ibid., t. III, p. 527.
[62] *LV*, 6 de mayo de 1911

cialdemocracia, o por lo menos debía serlo, y toda la tesis luxemburguiana del imperialismo estaba orientada hacia ahí. La presión bajo la cual se creó su modo de caracterizar el capitalismo no era intelectual sino política, no científica sino polémica. Lenin puso acertadamente el dedo en la llaga cuando habló de su "autoflagelación", aunque no entendió ni hizo justicia a su contribución.[63] El objeto principal de Rosa era la acción. Cada uno de sus comentarios acerca del imperialismo estaba inmediatamente relacionado con un precepto particular para la acción proletaria con que replicar.

Esto se advierte claramente en la peculiar índole dual que Rosa postulara para el imperialismo. Como se prefiguraba en la discusión sobre la huelga de masas de 1910, lo consideraba al mismo tiempo fuerte y débil. Esta paradoja era el corolario esencial de la táctica socialista de defensa y ataque simultáneos que Rosa elaborara para unificar la participación [sin mucho entusiasmo] del partido en una huelga de masas defensiva con estrategia propia de ataque. La sociedad atacaba a la socialdemocracia al mismo tiempo que se defendía. Los aspectos económicos propios del imperialismo eran una innegable fuente de poderío económico. Y que el mayor armamento daba mayor poderío militar era evidente. Pero a fin de sacar la política socialista de la parálisis hipnótica inducida por un imperialismo cada vez más potente, que había afectado a Bebel tan visiblemente en sus últimos años, Rosa se empeñaba ahora en demostrar lo mejor posible hasta qué punto esas señales de fuerza eran también prueba de debilidad. No era un mero ejemplo de dialéctica clásica según la cual la perfección del imperialismo afirmaría su derrumbe final. Rosa trató por separado este aspecto en *La acumulación de capital.* Era más bien una demostración de que a medida que aumentaba el poder del imperialismo aumentaba también su temor y, por ende, su fragilidad.

> Este orgulloso militarismo alemán que según Bismarck temía a Dios pero a nada más, este militarismo que debería espantarnos en forma de un coloso de hierro y acero erizado de armas de la cabeza a los pies— *este coloso tiembla sólo de pensar en un motín de exactamente doce soldados. Todo el Imperio alemán parece caer hecho pedazos a consecuencia de una manifestación socialdemócrata.*[64]

El énfasis aparentemente contradictorio de Rosa sobre la debilidad y

[63] *Leninskii Sbornik,* t. XXII, p. 346.
[64] Discurso en Friburgo, 8 de marzo de 1914, *Rosa Luxemburg... gegen... Militarismus,* p. 102. Las cursivas son del informe original taquigráfico en el periódico local.

la fuerza simultáneas del imperialismo era un producto de su época. Sintetizaba los dos talentos socialistas prevalecientes pero contrarios: pesimista el uno y optimista el otro. El modo de ver optimista era el de Kautsky, para quien el imperialismo sólo era económico y no tenía connotación política. Su estrategia de desgaste se basaba en ese modo de ver: un despliegue de fuerzas socialdemócratas cada vez mayores que vencerían pacíficamente a los defensores de la sociedad, gradualmente reducidos y enajenados. Frente a ésta, la opinión pesimista, llevaba la carga de la responsabilidad organizacional que cubría como un palio la dirección del partido. Bebel había confesado repetidas veces en privado antes de su muerte que si todo el poderío imperial de Alemania se lanzara contra el SPD, el partido sería impotente, y por eso nunca quiso intentar el enfrentamiento declarado. La cuantía de estos temores fue puesta a prueba al estallar la guerra; mientras era fácil demostrar que la dirección del SPD quería realmente colaborar con el gobierno alemán por razones patrióticas, disimulaba su decisión con los púdicos velos de la impotencia. Este modo de ver pesimista daba pleno crédito al imperialismo; por implicación también intimaba al partido a que se sentara a esperar el desplome de la sociedad predicho por la dialéctica y por su más destacado exponente, Karl Kautsky.

Rosa Luxemburgo no estaba de acuerdo con esto. Ella insistía en que el imperialismo era un estado especial de la sociedad; una agravación —necesaria e inevitable, ya que ella nunca había suscrito la noción de un capitalismo normal y más amable del cual el imperialismo era una variante temporal que podía ser detenida. Al mismo tiempo se negaba a aceptar la deducción de la impotencia. Independientemente y a causa de la dialéctica, el imperialismo era tan débil como fuerte; todo incremento de poder lo debilitaba simultáneamente. Pero ella no se conformaba con paradojas nada más. A la cuestión práctica de qué podía hacerse replicaba poniendo de relieve el robustecimiento inicial de la conciencia de clase en toda la línea de enfrentamiento al Estado imperial. El conflicto de clases existía no sólo en el conocido campo de batalla de la fábrica o el ruedo político sino por ejemplo en el ejército, donde los soldados —"proletarios de uniforme"— se enfrentaban a los oficiales. Tan pronto como se consiguiera que los soldados tuvieran conciencia del hecho de que los uniformes eran tan sólo un disfraz y que el recibir la soldada no podría librarlos de la omnipresente lucha de clases, la obediencia —base cabal del militarismo— se deterioraba.

Así veía pues Rosa el imperialismo. Era una visión consecuente y suficientemente amplia como para merecer el título de doctrina, aunque ella nunca se la dio. Como en el caso de la huelga de masas, se fue formando por partes y como consecuencia de la polémica. Por esta ra-

zón, su contribución al imperialismo no se ha calificado deliberadamente de teoría hasta ahora. Para merecer este calificativo una exposición cualquiera necesita por lo menos ser lógicamente consistente y sus partes componentes deben ser susceptibles de verificación. Su totalidad era amplia más que estructural, como los retratos hablados que usa la policía para aprehender a los criminales.

No es nada sorprendente que la caracterización hecha por Rosa Luxemburgo del imperialismo no haya logrado ningún reconocimiento, y no digamos aceptación. Tanto quienes la critican como sus biógrafos favorables la han pasado por alto. Pero esto sólo en pequeña parte se debe a ignorancia o a no querer reconstituir sus opiniones con un material primario difícil. El principal obstáculo es *La acumulación de capital*, curioso y genial trabajo que ha oscurecido el resto de su obra acerca del imperialismo.

En *La acumulación de capital* Rosa se dispone no a describir sino a justificar y analizar la causalidad básica del imperialismo. El subtítulo de la obra era "Contribución a la aclaración económica del imperialismo". En toda ella descollaba lo económico, y en noviembre de 1911 escribía su autora a Konstantin Zetkin: "Deseo hallar la *causa* del imperialismo. Ando tras los aspectos económicos de este concepto [...] será una explicación estrictamente científica del imperialismo y sus contradicciones." En aquel tiempo enseñaba Rosa economía política. El problema que más excitaba su interés era un aspecto técnico relacionado con la economía de Marx, más concretamente el de la reproducción capitalista, que Marx había empezado a exponer en el tomo tercero de *El Capital*. Es casi seguro que la solución de ella condujo al descubrimiento de lo que tomó por la causa teórica del imperialismo. Era evidente la importancia del descubrimiento, que sin embargo fue claramente incidental. Consiguió matar dos pájaros de un tiro y al hacerlo no sólo descubrió cómo es posible la reproducción compuesta en las sociedades capitalistas sino también cómo inevitablemente ello conduce al imperialismo y finalmente al desastre. En *La acumulación de capital* tenemos así una *teoría* que faltaba en sus escritos políticos; de ahí la razón de que sus partidarios y críticos hicieran resaltar *La acumulación de capital* a expensas de sus otras obras políticas, diversas y, cada una por sí, menores.

La teoría desarrollada en *La acumulación de capital* es en lo esencial bastante sencilla. El marxismo postula el hundimiento del capitalismo bajo el peso de sus contradicciones económicas. Marx hizo parte del camino sustentando esta afirmación con pruebas matemáticas y empíricas. Rosa Luxemburgo creía que éstas no justificaban la conclusión, y ése fue el problema a que se dedicó concretamente. No logrando re-

solver la ecuación matemática, buscaba otra posible causa exterior del hundimiento. La descubrió en la capacidad que tiene el capitalismo de seguir existiendo y creciendo (el capitalismo era esencialmente un proceso de crecimiento que no podía tener existencia estática) mientras haya sociedades precapitalistas que capturar y llevar a la esfera de influencia económica de la potencia capitalista colonial. Cuando toda la faz de la tierra esté dentro del proceso de acumulación capitalista, el capitalismo no podrá seguir creciendo y tendrá que hundirse. Mas ¿qué tenía que ver todo esto concretamente con el imperialismo, aparte de explicar su necesidad "económica" lógica?

Muy poco. Paradójicamente, su obra principal sobre el tema del imperialismo aceptaba como cosa natural todas las implicaciones políticas. No se preguntaba ella "qué era el imperialismo" ni "cuál era su aspecto exterior" sino "por qué era inevitable". En más de cuatrocientas páginas de argumentación desaliñada y a menudo muy polémica (contra los demás economistas) trataba de dar una solución *económica* impecable y repulida, mucho más impecable de lo que podría darla cualquier discurso *político*. No hay relación lógicamente necesaria entre ambos. Rosa no proponía ninguna política específica; en todo el libro no se menciona la socialdemocracia en ningún contexto político ni de ninguna otra clase. De hecho, fue el único ensayo en gran escala de Rosa sobre las ciencias sociales teóricas.

Si hubiéramos de relacionar esta obra con el resto de sus escritos sobre imperialismo —y de ningún modo es segura la validez de tal relación—, falta por lo menos un gran paso. Por una parte tenemos una causalidad económica rigurosa de la existencia del enemigo y por la otra una serie de panfletos sobre la táctica del combate. ¿Cómo se compagina lo uno con lo otro? ¿Cómo se transformaba la necesidad económica teórica en las provocaciones políticas que requería la acción socialista específica? Rosa no nos lo dice. Los dos aspectos de su obra quedan separados en compartimentos distintos; nunca citó a sus lectores de política *La acumulación de capital* ni aconsejó a sus lectores de economía consultar las conclusiones políticas de sus artículos periodísticos. Ciertamente, reconocía que *La acumulación de capital* estaba destinada sólo a los estudiosos adelantados y escribió un comentario simplificado acerca de ella, cuando la tuvieron encarcelada durante la primera guerra mundial, con el fin de aclarar los malos entendimientos que el libro había suscitado por todas partes.

A pesar de eso se ha empleado *La acumulación de capital* como base para criticar la actitud de Rosa para con el imperialismo en todos sus aspectos. La piedra fundamental de esta pirámide de críticas la puso Lenin. Su crítica principal era de capital importancia: la tesis de Rosa

de que la reproducción capitalista amplificada era imposible dentro de una economía cerrada y necesitaba devorar economías precapitalistas para poder funcionar le parecía a él un "error fundamental".[65] Esto ha sido el trampolín desde donde luego se han lanzado muchas críticas comunistas de un tipo mucho más detallado y definido.[66] De ahí se ha deducido la actitud supuestamente "objetiva" de Rosa respecto al hundimiento capitalista, que por implicación casi destruye por completo el papel de la socialdemocracia y su dirección: todo el elemento subjetivo. De donde a su vez salió la herejía del luxemburguismo, basada en una teoría de lo espontáneo que negaba sistemáticamente la función de conocimiento racional, de volición y decisión por parte de la socialdemocracia. Como dice el más enconado enemigo de Rosa en Alemania, cuyas opiniones fueron una larga campaña contra la herencia de su antecesora: "El partido alemán basó su teoría y práctica en lo principal de la teoría luxemburguiana de la acumulación, y ésta es la fuente de todos los errores, todas las teorías de espontaneidad, todas las concepciones erróneas de los problemas organizacionales."[67]

La explicación más verosímil es que Rosa no intentó relacionar *La acumulación de capital* con sus empeños políticos inmediatos, que no veía contradicción entre el análisis teórico riguroso de las causas económicas del imperialismo y la caracterización que ella hacía de sus manifestaciones políticas.[68] De todos modos, es posible argüir —opinión que tiene además la ventaja de ser consecuente— que Rosa creía ciertamente que su análisis económico proporcionaba la única explicación posible de la transición de capitalismo a imperialismo. Esto significaría que los fenómenos militaristas del imperialismo, que producían una presión más intensa sobre la socialdemocracia, eran consecuencia directa de la necesidad de proteger las vitales economías subdesarrolladas dentro de

65 *Leninskii Sbornik*, t. XXII, p. 337.

66 Véase N. Bujarin, "Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals", *Unter dem Banner des Marxismus*, Viena-Berlín, 1925-26, t. II, p. 288. Véase también el resumen en F. Oelssner, *Rosa Luxemburg*, Berlín (oriental), 1956 (3a. ed.), pp. 172-87.

67 Ruth Fischer, *Die Internationale*, t. VIII, n. 3 (1925), p. 107.

68 Cf. la separación metodológica y analítica semejante entre política y economía en el retrato que pinta Rosa de la sociedad capitalista durante el debate sobre el revisionismo. Los lectores interesados en el contexto sociológico de este problema harían bien en leer el notable pero poco conocido ensayo de Talcott Parsons "Democracy and Social Structure in Pre-Nazi Germany", *Journal of Legal and Political Sociology*, Estados Unidos, 1942, t. I, pp. 96-114. Se sostiene en él que el análisis del capitalismo presentaba un problema *especial* para los intelectuales y pensadores en materias sociales de Alemania debido a la incongruencia entre la estructura social estática y la dinámica de la rápida industrialización. Buena parte de la argumentación de este capítulo podría considerarse ventajosamente dentro de este contexto más amplio (para no mencionar la obra de Max Weber).

cada esfera de influencia nacional, sin las cuales ni la economía ni la sociedad podían sobrevivir. Esta interpretación no tenía que modificar necesariamente su descripción del imperialismo en tanto que amenaza a combatir en la patria. Entonces tenemos aquí ciertamente una propensión al automatismo objetivo y la espontaneidad, solamente mitigada por las recomendaciones concretas para la acción. Pero no hay la menor evidencia positiva de este modo de ver, porque la evidencia negativa existe (el no haber podido poner en relación sus escritos políticos con los económicos) se opone a esta conclusión. Podría ser significativo al respecto que Rosa no preconizó ninguna conducta política para que los países coloniales pudieran resistirse a su explotación y apresurar así el hundimiento del capitalismo. Y tampoco recomendó concretamente ninguna política colonial al SPD.

¿Por qué faltaba, pues, ese paso? ¿Era por inadvertencia? ¿Tiene algún significado el hecho de que Rosa no hiciera resaltar ni definiera los rasgos "imperialistas" de sus ideas políticas sino que los relegara simplemente como versión agudizada de un conflicto de clases ya existente? Tal vez fuera la razón política: cuestión de táctica. Aplicada a la práctica política, su "nueva" teoría del imperialismo esbozada en *La acumulación de capital* hubiera podido en efecto suscitar una "nueva" teoría de inacción política. Al hacer ver en el imperialismo un capitalismo con poderes mayores y más terribles tal vez se pudiera inducir a la acción, a una acción del tipo ya conocido por la Revolución Rusa, no otra cosa anodina sacada de las urnas igual a lo que ya estaba preconizando Kautsky como su contribución a "la gran época en que vivimos". En tal caso, la separación de su obra económica de la política era deliberada: para evitar la misma teoría de la espontaneidad que después le achacaron.

La doctrina luxemburguiana del imperialismo se basaba necesariamente en ciertos supuestos acerca de la democracia que debemos esbozar ahora brevemente si queremos entender su teoría de la acción en su conjunto. Después veremos esto más detalladamente en relación con la Revolución Rusa y la Alemana. La acción de las masas nunca fue un concepto puramente formal. La insistencia de siempre de Rosa Luxemburgo en la conciencia de clase predicaba un papel importante para las masas "conscientes" o educadas. El ejemplo de la primera revolución rusa incrementó aún más su estimación de este papel. Así pues, el concepto de acción de masas existía en la mente de Rosa mucho antes de que apareciera, después de 1910, la polaridad entre dirigentes y masas. Jamás formalizó las masas en una abstracción en la medida en que lo hicieron muchos bolcheviques; tampoco había en ella el menor indicio de una doctrina de reemplazo de la dirección del partido por la acción

de las masas. El papel de las masas nunca podía presuponerse.

Durante la guerra, en que fue necesario elegir entre actividad organizacional secreta y propaganda entre las masas en circunstancias difíciles, el Spartakusbund escogió la segunda. La razón para seguir en el partido, para evitar una ruptura de la organización, era entonces como siempre la necesidad de tener abiertos los canales de acercamiento a las masas, cosa que creían sólo podía hacerse dentro de la organización oficial del SPD. Los comentarios de Rosa sobre la Revolución Rusa arrojan incidentalmente mucha luz sobre este problema. Una de las razones principales para aclamar a los bolcheviques era que habían resuelto el problema de obtener la mayoría. Solamente con su dinámica y activa política habían conseguido pasar de "una minoría perseguida y despreciada a la jefatura de la revolución en el menor tiempo posible [...] y con ello habían resuelto la famosa cuestión de la *mayoría del pueblo* que había agobiado a la socialdemocracia alemana desde el principio".[69]

Durante la revolución alemana, Rosa insistió específicamente en que no podía tratarse de tomar el poder sin contar con el apoyo claramente manifiesto de la mayoría del pueblo. Por eso no había contradicción sino la más robusta relación dialéctica entre política revolucionaria por un lado y la aprobación y el apoyo resultantes de la mayoría por el otro; una mayoría además que debía ser real y no meramente supuesta.

¿Qué masas eran ésas? Evidentemente no se trataba de individuos que desfilaban ante las urnas para garrapatear unos pedacitos de papel. Y tampoco, como acabamos de exponer, proletarios por definición que no tenían más remedio que ayudar al partido que hablaba en su nombre. Rosa jamás explicó el contenido positivo de la palabra "masas", pero dado que casi siempre lo empleó relacionado con la acción física dinámica es probable que su modo de ver se asemejara al tipo de manifestación visible del apoyo de las masas en que tal vez pensara Rousseau,[70] por lo menos potencialmente en una situación o periodo revolucionario.

Rosa Luxemburgo veía las revoluciones perfectamente de acuerdo con semejante concepto. Las revoluciones no eran tomas del poder por breve tiempo sino para largo. Como Mehring, estaba fuertemente anclada en la historia. Sus ejemplos revolucionarios —la Revolución Inglesa en el siglo XVII y la gran Revolución Francesa— siempre se extendían por largos periodos de tiempo; de ahí la frase de Mehring de que las re-

[69] *La Revolución Rusa,* pp. 52, 54.

[70] Rousseau fue probablemente el último analista político que habló del pueblo en su conjunto como de una asamblea demostrable, y ni siquiera es seguro que quisiera decir eso exactamente. Escritores posteriores han dicho "masas" o "pueblo" en un sentido puramente formal o lo han dividido en parte reconocibles (clases, grupos, manifestantes, votantes).

voluciones eran grandes empeños. Veremos esta doctrina aplicada en la práctica durante la Revolución Alemana; aquí nos interesa particularmente como consecuencia necesaria de la preocupación luxemburguiana por las masas y la cuestión de la mayoría.[71] Aunque alguna vez aceptara la necesidad del levantamiento armado, lo veía por entero como una manifestación más de la acción de las masas y no como un golpe de mano por conspiradores armados. Tal era su conclusión respecto del alzamiento de Moscú en diciembre de 1905. En su análisis de la revolución bolchevique de 1927, Rosa jamás estudió los aspectos técnicos de la toma del poder; el apoyo *ex post facto* de la mayoría le daba la necesaria aura de legitimidad.

La necesidad de una mayoría era, pues, parte esencial de la doctrina luxemburguiana del imperialismo y de la revolución. Ésta particularmente había sido la causa de una situación casi única en que dos campos socialistas claramente opuestos seguían basando principalmente sus afirmaciones en la lealtad de ella. Tal tenacidad no podía tener una base enteramente ficticia. Los comunistas ponen de relieve el aspecto revolucionario de su pensamiento; los socialistas se apoyan en su preocupación por la mayoría: por la democracia, para decirlo pronto. A causa de la honda división entre ambos, los dos partidos insisten en su posesión exclusiva; para los comunistas, su determinación revolucionaria anula a la vulgar democracia, mientras que para los socialistas, su hondo sentido de la democracia se hubiera contrapuesto al fin a su impaciencia por la revolución de hecho. En este respecto es importante la fecha de su muerte, porque mientras vivió no se le presentó la ocasión de elegir, si es que en realidad hubiera habido que elegir. Pero la misma Rosa Luxemburgo no veía que estas dos ideas se excluyeran mutuamente sino que las creía interdependientes. Sus críticos comunistas nunca la han criticado por excesiva preocupación por la democracia. El ataque teórico contra la espontaneidad evita cuidadosamente toda discordancia con su concepto de democracia en sí y se concentra en los aspectos automáticos y excesivamente objetivos de *La acumulación de capital.* El mismo Lenin ni siquiera mencionó la espontaneidad de modo expreso ni tácito en su resumen de los errores de Rosa, en 1922.[72]

El modo luxemburguiano de ver la democracia adquirió importancia crítica durante un breve periodo en la década de los veintes. Se estaba disciplinando al Partido Comunista Alemán para que aceptara el control ruso. Como ella se había opuesto concretamente a la fundación de

[71] Prefiero emplear la palabra "mayoría" en lugar de "democracia" ya que ésta implica o sugiere un tipo de democracia al que se oponía Rosa Luxemburgo.

[72] Lenin, *Sochineniya*, t. XXXIII, p. 184.

la Tercera Internacional por esa misma razón y había advertido al nuevo KPD semanas antes de su muerte que no importara las tradiciones oligárquicas del SPD, el prestigio de su nombre era un arma importante para los que se resistían a la bolchevización del Partido Comunista Alemán. A partir de este momento, las ideas de Rosa fueron sometidas a una crítica sistemática general. Pero aun así no podía haber desacuerdo abierto con la idea de apoyo de la mayoría en sí. Su modo de ver en las masas al depositario de la autoridad final fue atacado por conducir a la indisciplina —innecesaria herencia de los peores días del SPD. Se hizo un intento de identificar esa indisciplina con el fracaso del SPD y su traición a la verdadera causa del socialismo, hasta la absurda proposición de que había sido su incapacidad de conservar la disciplina y la cohesión la causa de su fracaso en 1914. Y de esta necesidad práctica de contrarrestar la indisciplinaria influencia luxemburguiana nació al fin el ataque contra la noción más complicada de espontaneidad, que ya hemos examinado.

Mas por muchas que fueran las polémicas contra las doctrinas de la Luxemburgo, jamás la clasificaron como reaccionaria. No hubo ningún intento de identificación específica de sus escritos con el oportunismo hasta la famosa carta de Stalin a *Proletarskaya Revolyutsiya,* donde hizo que su coro de analistas ancilares identificaran a la izquierda alemana con su seminconsciente y semideliberado aliado. Al mismo tiempo, las críticas hechas a las ideas de Rosa se entretejieron para formar la doctrina coherente conocida por luxemburguismo: cuestión nacional, espontaneidad, mala aritmética, defectuoso entendimiento del oportunismo en cuestiones organizacionales; siempre es más fácil edificar sobre las ruinas de todo un sistema que meramente contradecir las desviaciones individuales respecto de la ortodoxia.

La cuestión final restante es la medida en que las teorías de Rosa Luxemburgo expuestas por ella entre 1906 y 1914 forman juntas un sistema coherente. No puede dudarse de que creó una *teoría* coherente del imperialismo y una *política* consecuente para la socialdemocracia. Mas ¿fue eso todo? Sus últimos críticos comunistas ciertamente le acreditan todo un sistema: el luxemburguismo. ¿Hasta qué punto era éste un artefacto demoledor y qué parte de él puede en realidad denominarse sistema, independientemente de su contenido?

Nadie de la Segunda Internacional, y ciertamente ni Lenin ni sus partidarios, trató jamás de elaborar una fórmula de gobierno para el Estado posrevolucionario. En todo ese tiempo sólo hubo un artículo en la *Neue Zeit* donde se planteara el problema, y después se apartó de todos los contextos políticos modernos para hundirse en las diversas utopías del

pasado.[73] La especulación sobre el tema era mal vista, por romántica. Incluso la forma y la índole de la revolución que introduciría el futuro socialista no se discutía sino en un contexto puramente formal y estrictamente cuando lo requerían los problemas del momento. Después de la revolución bolchevique, Lenin, táctico extremadamente empírico, pudo así obrar sin temor a contradecir alguna doctrina establecida. Pero él estaba menos ligado por la *tradición* —diferente de la *ortodoxia* marxista— que casi nadie de la Segunda Internacional.

Rosa siguió la práctica acostumbrada evitando cualquier especulación franca acerca del futuro. Creyendo como creía en la fuerza creadora de la acción de las masas, declaró cada vez de un modo más concreto que el aspecto creador de la acción resolvería no sólo los problemas inmediatos que ella hubiera suscitado sino también los que se plantearan con el avance de la revolución. Esto se deducía lógicamente de la creencia de que la organización nacía de la acción de las masas, que la conciencia de clase aumentaba con ella. Si tales organizaciones y conciencias se desarrollaban de un modo sano, automáticamente se hallarían equipadas para resolver los problemas de la tecnología revolucionaria y el problema del poder después de la victoria. Su crítica de la revolución bolchevique contenía fuertes elementos de esta teoría. Fue una de las críticas más importantes y al mismo tiempo desastrosas de la Revolución Rusa; desastrosa porque ella y quienes buscaban su inspiración en ella en Alemania se echaron a cuestas la carga de una obstinada falta de realismo en lo relativo a la tecnología revolucionaria. Ya veremos cómo la constante negativa a encarar los problemas de poder y la posposición de estos problemas hasta que la misma acción los resolviera en definitiva contribuyeron a hacer imposible el triunfo espartaquista, aun cuando las circunstancias hubieran sido más favorables.

Pero aun en sus críticas a los demás dentro o fuera del SPD, Rosa Luxemburgo nunca trató de construir un sistema para oponerlo a otro. Sus soluciones a los sistemas insatisfactorios eran cada vez menos otros sistemas estáticos y cada vez más movimiento, antisistema. Llegó a considerar que los sistemas eran estáticos y los movimientos dinámicos, de modo tal que la misma existencia de un sistema de sociedad aceptado era ya una falta. En sus críticas a Kautsky, constructor de sistemas por excelencia, llevó la desconfianza de las panaceas totales a su límite extremo posible.

Esto no se aplicaba solamente a su negativa a construir un gobierno socialista que oponer al de la sociedad, sino también a su repugnancia a

[73] Karl Kautsky, "Zukunftstaaten der Vergangenheit", *NZ*, 1892-93, t. I, pp. 653-63, 684-96.

enfrentar al sistema insatisfactorio del SPD con alguna otra alternativa. Aunque ella no fue uno de los primeros en hacerlo, sólo reconoció la naturaleza sistemática de la socialdemocracia alemana en 1912, y la dedujo de la excesiva preocupación del partido por sí mismo. Casi todos los fundadores del Spartakusbund estaban fuertemente motivados por su aversión al sistema del SPD. Rosa no era de ningún modo el peor enemigo de la disciplina de partido en sí, como lo muestra su correspondencia con Karl Liebknecht en 1915, que fue mucho más lejos que ella en su negación de la disciplina.[74] Ninguno de estos izquierdistas alemanes fue capaz de volver a considerar el socialismo como algo estático ni pudo volver a sentirse a gusto en una situación estática. Esto explica en gran parte la constante fiebre de los dirigentes espartaquistas, por lo menos en los doce primeros meses después de la guerra.

En última instancia, Rosa Luxemburgo, más que teorizante político era crítico, si bien profundo y agudo. Por medio de sus obras aprendemos mucho acerca de la sociedad y del socialismo, pero en ninguna parte vemos otro sistema coherente como alternativa al que critica. El luxemburguismo —si acaso existió— era a lo sumo una tendencia, un modo de pensar, una actitud respecto de las sociedades existentes. No puede existir en el vacío, en el aire rarificado en que se desarrolla la especulación política pura. Necesita robusta carne donde hincar su dentadura. Rosa necesitaba no sólo la sociedad y la socialdemocracia en calidad de humus para su pensamiento, sino más concretamente la sociedad de la Alemania imperial y en particular el partido socialdemócrata alemán nacido dentro de ella. Volvemos otra vez al problema de la relación entre socialismo y sociedad. ¿Hasta qué punto necesitaba el socialismo y necesita hoy el comunismo sociedades hostiles dentro o fuera para sobrevivir y florecer? El socialismo de Rosa Luxemburgo es inconcebible salvo en relación con una sociedad imperialista que acosaba sin cesar a la socialdemocracia.

Y es precisamente este sentido de continua implicación con la sociedad en su más amplio contexto (y no un retiro a las preocupaciones internas del partido) el que infundió al socialismo de Rosa su intenso calor humano. A diferencia de Lenin, ella no podía teorizar en torno a la primera contienda mundial en términos abstractos, como de una contribución de la historia al parto revolucionario. Ni podía, como Mussolini y otros socialistas admiradores de la acción ante todo y sobre todo, acoger a la guerra como un modo de escapar personalmente a la

[74] *Unter dem Banner des Marxismus*, Viena-Berlín, 1925-26, t. II, pp. 416 y ss. (véase en particular p. 420).

predicación por medio de la acción.[75] De ahí la contradicción inmensamente dolorosa de los primeros años de la guerra, la desorientación que Lenin se apresuró a tomar por un signo de flaqueza: había ciertamente que transformar a la sociedad por la revolución, pero si millones de personas perdían su sangre en un holocausto de degüello mutuo, poco iba a quedar para transformar. Para Rosa Luxemburgo, la sociedad era ante todo y sobre todo gente. Muchas de ellas podían estar desempeñando los papeles que el capitalismo les había impuesto, pero el toque de la revolución social era precisamente repartir mejor los papeles. Sólo en este contexto podía entenderse toda la idea revolucionaria de Rosa, impregnada de humanitarismo.

[75] En Renzo de Felice, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920* (Turín, 1965), puede verse una buena exposición del avance de Mussolini desde el socialismo radical hasta el fascismo a través de una fascinación casi histérica ejercida en él por la acción.

VII
RUSOS, JUDÍOS Y POLACOS: LA REVOLUCIÓN VISTA POR LOS EMIGRADOS. 1898-1904

Los últimos años del siglo XIX fueron testigo de uno de aquellos misteriosos resurgimientos de actividad revolucionaria que se producían periódicamente en el imperio ruso sin saberse cómo y que desaparecían no menos misteriosamente unos cuantos años después. Todos los partidos revolucionarios se beneficiaron: socialistas rusos y socialistas revolucionarios, el Bund, el PPS y el SDKPiL. La socialdemocracia polaca tuvo una ganancia especial cuando los socialdemócratas lituanos con Dzerzhinsky y Zalevski ingresaron en el SPD en 1899. Esto no sólo llevó al partido otra organización sino además varios dirigentes destacados. Dzerzhinsky laboró en Varsovia por este nuevo partido hasta fines de 1901, en que fue detenido; sus esfuerzos produjeron un breve auge de la actividad socialdemócrata en Varsovia y otros centros industriales de Polonia.

Las ondas de actividad socialista que emanaban del imperio ruso impulsaron a los grupos de emigrados a hacer un esfuerzo para unirse. En 1897, las organizaciones judías centradas en Vilna se habían unido formalmente para constituir la Unión General de Obreros Judíos, o Bund. Fueron los más activos propagandistas de la unidad panrusa y eran, con mucho, los que mejor organización doméstica tenían, así como la más eficiente red de transporte entre su comité en el extranjero y la organización nacional. Para Plejánov y otros rusos éste era un ejemplo digno de emulación, pero también causa de envidia y en algunos casos disgusto. Al año de la formación del Bund nació el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (RSDRP), aunque sólo después de mucho argumentar y regatear.

No había sido fácil. Plejánov con su Grupa osvobozhdeñie truda pedía en el nuevo partido un lugar preeminente, mucho más importante que el de padre fundador y fuente de sabiduría filosófica, que era todo cuanto estaban dispuestos a concederle los grupos de Rusia.[1] La cuestión fue archivada, no resuelta. Desde el comienzo, el partido ruso se halló frente a un forcejeo entre las organizaciones locales nacionales y los líderes, distinguidos pero algo lejanos, del extranjero. Además había el problema de las relaciones con los dos precursores del partido

[1] V. Akímov, "Pervii S"ezd RSDRP", *Minuvshie Gody*, n. 2, 1908, pp. 129 y ss.

ruso, el Bund y el SDKPiL, dos fogosos corceles cuya impaciencia había contribuido a poner en camino la chirriante carreta rusa. ¿Debía haber un partido que lo abarcara todo, o debían ser separados pero iguales? Y si no iguales, ¿quién debía predominar? Habiendo conseguido sacar concesiones sustanciales a los demás participantes, Plejánov confirmó la misma primacía para el RSDRP sobre el Bund y los polacos. No se fiaba del Bund —que le pagaba con la misma moneda— y sus relaciones con el grupo de Rosa Luxemburgo habían sido malas durante más de siete años.[2] Además, Krichevsky, Teplov y Akímov, que eran los amigos rusos más íntimos de Rosa y Leo Jogiches, eran también enemigos personales de Plejánov. No había buenos augurios para la unidad rusa y la amistosa colaboración con sus aliados naturales.

Ni Rosa ni Jogiches participaron en esas negociaciones ni ejercieron ninguna influencia en ellas. Habían dejado de tener contacto con los asuntos rusos desde el congreso de Londres de 1896. "¿Cuál es tu impresión del nuevo partido ruso? Exactamente igual que la mía, sin duda. De todos modos, esas calamidades lo lograron. No tuvieron toda la publicidad que esperaban porque escogieron un mal momento [...]"[3] Ciertamente, el anterior entusiasmo por la participación polaca en el partido ruso se había reducido, aunque todavía se contaba con su adhesión ideológica. Los principales polacos no tenían en gran estima a la nueva dirección rusa; además, los asuntos de Rosa en Alemania iban bien y las perspectivas de unidad rusa todavía eran muy inseguras. Sin embargo, Rosa no quería perder del todo el contacto con los rusos, y la ocasión suscitó en ella uno de sus llamados severamente racionales contra la política de Jogiches, de todo o nada:

> Toda tu actitud para con los rusos me parece impropia y exagerada, como ya te he dicho tantas veces en Zurich. Al final hay que convencerse de que la crítica constante, el demolerlo todo pero no hacer nada por mejorar las cosas, es una conducta insensata. Nunca me gustó tu modo de rechazar a cualquier ruso que se te acercara. Puedes excluir y aun ahuyentar a algún individuo e incluso un grupo pero no a todo un movimiento. Tu comportamiento es bueno para un individuo como Krichevsky pero no para una persona noble y fuerte [como tú] [...] Personalmente me importan muy poco los rusos; pero pienso que los contactos que he hecho podrían serte útiles. Todo esto no me afecta mucho de cualquier modo; aunque no estoy

[2] Cartas de John Mill en los Archivos del Bund, citadas por H. Shukman, *The Relations between the Jewish Bund and the RSDRP 1897-1903*, tesis para el doctorado en filosofía de Oxford, 1960, p. 47.
[3] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1962, n. 1 (17), p. 158.

de acuerdo con tu modo de ver, no es tan importante como para pelearse. Tu constante queja de que no te invitaron es ridícula, como habrás comprendido por ti mismo cuando lo escribiste. Escupes en la cara a cualquiera que se te acerca [...] Perdóname por escribirte todo esto; sé que algunas cosas te dolerán y hasta te enojarán, pero esta vez tengo que decirte la verdad. Si lo piensas bien seguramente reconocerás que tengo razón [...] [Tu actitud] no está a la altura de tu calidad. En cuanto a mí, prefiero alabarlo todo en los demás antes que criticarlo todo y no hacer nada por mi parte...[4]

El nuevo brote de vigor socialista en Rusia duró poco; otro tanto sucedió con el afán de unidad. El primer congreso del RSDRP en Minsk, en marzo de 1898, en que se había realizado efectivamente la fundación del partido, no había tenido representación de todos los grupos interesados. Su celebración había sido posible gracias a las facilidades técnicas proporcionadas por el Bund, cuyos dirigentes se habían puesto en contacto con los diversos grupos y habían solicitado la presencia de sus representantes. Un intento de celebrar otro congreso en Smolensk a fines de abril de 1900 fracasó porque la mayoría de sus delegados fueron detenidos en camino.[5] En aquel año, Lenin, Mártov y otros importantes socialistas rusos pasaron a la emigración; esto reforzó su autoridad en el extranjero pero al mismo tiempo trasplantó allí todas las dificultades y los desacuerdos de la actividad clandestina en Rusia; allí echaron fuertes raíces, tenaces como la cizaña. La dirección del RSDRP no tardó en polarizarse en dos facciones principales: Plejánov, Lenin y los otros emigrados jóvenes en torno a la *Iskra* contra la antigua Unión de Socialdemócratas en el Extranjero, dirigida por Teplov y Krichevsky: los malvados "economistas" del futuro ya muy próximo. Las conferencias siguientes en Rusia representaron este alineamiento deliberado y rotundo.[6]

Los años que transcurrieron entre 1897 y 1902 fueron pues de aislamiento improductivo. Tanto rusos como polacos se absorbieron en sus propios problemas internos de partido, y los contactos entre ellos fueron precarios e insignificantes. Además de las dificultades internas, padecían una eficaz contraofensiva policiaca. Hubo detenciones en gran escala, manifiestamente con ayuda de información interior; los que se salvaron

[4] Ibid, 1963, t. VI, n. 1/2 (21-2), pp. 314-15, fechada el 15 de enero de 1899.
[5] *Nasha Zarya*, 1913, n. 6, p. 31.
[6] Por ejemplo el congreso o conferencia de Bialystok en marzo de 1902 y la subsiguiente conferencia de Pskov en noviembre de 1902. Véase *KPSS v rezolyutsiyaj i resheniyaj*, t. I, pp. 28-35. Para la versión de la Unión de Socialdemócratas, de sus actividades y negociaciones, véase *Minuvshie Gody*, 1908, n. 7, pp. 279-96.

de la detención o el encarcelamiento se vieron obligados a salir del país. Al empezar el siglo siguiente, la importancia y el número de los emigrados habían aumentado considerablemente, aunque las organizaciones del interior quedaban en un estado harto precario. En Polonia, donde la vigilancia de la policía se agudizaba por miedo al renacer del sentimiento nacionalista, el SDKPiL, apenas si podía mantener un contacto efectivo con sus grupos de las diversas ciudades. La misma lucha contra el PPS flaqueaba. En cuanto a la dirección rusa, su principal preocupación era librarse de la tutela del Bund; al mismo tiempo que intentaban acabar con el poder de la Unión de Socialdemócratas en el Extranjero, Plejánov y sus nuevos aliados preparaban un ataque contra el Bund. Debía realizarse todo esto en el próximo congreso, al que dedicaban sus energías, con Plejánov, Lenin y todos los demás. En relación con este magno acontecimento fueron una vez más atraídos los polacos a la órbita del RSDRP.

Para Rosa Luxemburgo, el periodo que empezó con su salida de Zurich para Alemania y terminó con el estallido de la Revolución Rusa de 1905, puede dividirse en dos partes. En los dos primeros años, hasta que Jogiches se reunió con ella en Berlín al empezar el 1900, Rosa se interesó tan poco en los asuntos polacos como en los rusos, y consagró todas sus energías a su nueva y magnífica carrera en el SPD. Leo Jogiches, que trataba, sin mucho empeño, de terminar sus estudios en Zurich, seguía en el fondo siendo el amo, pero le preocupaba más dar buenos consejos a Rosa acerca de cómo vivir y obrar en Alemania que en tenerla al corriente de los acontecimientos del SDKPiL tales y como eran. A Rosa Luxemburgo no le pareció muy bien esta intrusión polaca en su nuevo y muy especial territorio alemán.

> Eres un burrito. Allí donde hay docenas de publicaciones y centenas de personas adultas participando en una discusión es totalmente imposible que haya una sola "dirección". La verdad es que con frecuencia he querido escribirte acerca de cómo crees posible exportar los métodos de nuestro establo rusopolaco —donde trabaja un glorioso total de siete personas y media— a un partido con un millón de militantes. Para ti todo depende de "empujar": esta persona debe ser persuadida, a esta otra hay que impulsarla, a la de más allá hay que hacerla algo más activa, etc. Ahora veo que todo eso son tonterías. Nada puede hacerse artificialmente. Uno tiene que concentrarse en su propio trabajo; ése es el secreto, y nada puede hacerse moviendo los hilos entre bastidores.[7]

[7] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1963, t. vi, n. 3 (23), p. 139, fechada el 21 de abril de 1899.

A primera vista, todas sus esperanzas acerca del glorioso SPD se habían realizado y ella estaba ansiosa de adaptarse al nuevo ambiente. Pero la verdad es que no hubo cambio efectivo en Rosa Luxemburgo. Su misión particular siempre había sido "influir", y desde el principio su *milieu* había sido mucho más el movimiento socialista internacional que la manipulación de miembros del SDKP. Llevaba corta y cauta la rienda a su entusiasmo por Alemania, como ya hemos visto. De todos modos la tentación de influir sobre un millón de mentes con carnet del partido —en lugar de siete testarudos y medio— era demasiado excitante para negarla.

La exclusión de Polonia no duró mucho. Para 1900 estaba ya metida en una nueva batalla en el PPS de Prusia bajo los auspicios del SPD; y así volvió entusiasmada a los problemas y métodos polacos, tan conocidos. Desde entonces hasta 1911 estuvo ocupada en actividades alemanas y polacas simultáneamente. La única concesión a los diferentes métodos que requerían fue su rígida separación de las dos vidas; sólo Jogiches conocía toda la amplitud de sus actividades, y en Alemania nadie puso nunca más de un pie en el umbral de su puerta polaca. Esta rígida separación era conveniente, muy propia para conspiradores —Jogiches insistía en la conspiración— y, lo más importante, muy a propósito para Rosa, con su fuerte sentido de lo privado y personal. Pero como veremos, la división no era meramente funcional, ni siquiera se trataba de la aplicación de los diferentes métodos que preconizaba; lo que estaba en juego era nada menos que dos ideologías, o quizá dos relaciones enteramente diferentes entre ideología y práctica. De momento era útil tener las dos actividades separadas en compartimentos distintos y autónomos. Por eso no figuraba Rosa en documentos y proclamas como uno de los dirigentes oficiales del SDKPiL. No obstante, a partir de 1900 aumentó una vez más el volumen y la importancia de su labor polaca. Entre 1900 y 1904 su actuación fue capital en la socialdemocracia polaca.

¿Qué clase de partido era el SDKPiL? La llegada de los socialdemócratas lituanos y sus dirigentes había inyectado nueva sangre al pequeño grupo de intelectuales que se separaran del PPS en 1893. Para entonces había ya salido Rosa de su cuarentena de chivo expiatorio internacional, y sus actividades en Alemania y sus escritos sobre la cuestión polaca le habían asegurado un lugar entre los nombres reconocidos de la Segunda Internacional, aunque todavía no llegaba al primer plano, el de Adler, Liebknecht y Plejánov. Para un hombre como Dzerzhinsky, cuya experiencia era toda de agitación y organización clandestinas, la oportunidad de unirse a esa directiva en el extranjero era motivo de un gran orgullo, y su máximo momento fue cuando vio a Rosa

y habló con ella, acontecimiento que llevaba mucho tiempo imaginando.[8] Hasta Jakob Firstenberg (Hanecki), amigo de Dzerzhinsky que había llegado a Alemania más o menos al mismo tiempo, sintió esta alegría —aunque aquel astuto y tortuoso conspirador no fuera muy propenso al romanticismo.

La dirección del SDKPiL tuvo así una importancia y categoría, desde la fusión de los partidos polaco y lituano y la subsiguiente emigración de sus más connotados líderes, desproporcionada en relación con la magnitud del partido en el país. Es muy difícil juzgar con precisión a éste. Las detenciones habían producido grandes brechas en él, y para comienzos de 1902 otra vez no quedaba casi nadie de relieve en Polonia. La misma Rosa Luxemburgo habló de "nuestros últimos mohicanos".[9] Porque por enconada que fuera la guerra de propaganda entre socialdemócratas y PPS en el extranjero, entre los miembros del país no existía una separación tan marcada. Sólo en las grandes ciudades (Varsovia, Lodz y Bialystok eran las más importantes) habían grupos del SDKPiL claramente definidos; pero aun allí se confundían con frecuencia las respectivas esferas de influencia y control. Cierto número de socialdemócratas estaban en estrecho contacto con el PPS, y hay pruebas de que en aquellos años hubo cierto desplazamiento del SDKPiL en dirección del PPS. Esto parecía aplicarse especialmente a los detenidos, y la influencia del PPS entre los desterrados en Siberia debe haber sido particularmente grande.[10] Aunque el PPS no dejaba de tener sus propios disidentes, algunos de éstos preferían formar un grupo aparte en lugar de irse con los socialdemócratas, tan rígidos en la cuestión nacional. El cuadro de los sucesos en territorio nacional varía mucho según la persona que lo traza: Dzerzhinsky siempre era optimista, y para él el éxito estaba continuamente a la vuelta de la esquina; Hanecki era mucho más pesimista. Esta dificultad de tener un censo exacto del partido se iba a manifestar en las negociaciones para el ingreso en el partido ruso de 1903. Hanecki se preocupaba por el temor de que al aceptar las condiciones rusas y la necesidad de fundir los comités locales con los del Bund se revelaría la verdad acerca de las pretensiones de efectivos del SDKPiL, cuyos abundantes comités locales existían en gran parte en el papel.[11]

Esta situación no espantó lo más mínimo a la directiva. La primera

[8] Feliks Dzerzhinsky a Cesaryna Wojnarowska, 10 de agosto de 1902, reproducida en *SDKPiL dokumenty*, t. II, pp. 100-01.

[9] Rosa Luxemburgo a Cezaryna Wojnarowska, 17 de enero de 1902, *SDKPiL dokumenty*, t. II, p. 10.

[10] Véase *Czerwony Sztandar*, agosto de 1903, n. 8, pp. 4-5.

[11] Véase más adelante, p. 234.

generación de emigrados había estado sin cesar en el extranjero desde los primeros años de la década anterior. Sus intereses eran internacionales. Casi todos participaban activamente en otros partidos: Marchlewski en Alemania, Warszawski en Munich desde 1897 y especialmente unido a los rusos, Cezaryna Wojnarowska íntimamente relacionada con los socialistas franceses en París. Y lo más importante era que Rosa Luxemburgo se había labrado una reputación en los círculos socialistas alemanes, lo que a los ojos de sus contemporáneos empequeñecía su importancia en tanto que polaca. Cuando se enredó en una controversia pública con Lenin en 1904 actuaba, y así lo entendían todos los espectadores, como representante de la socialdemocracia alemana y no como polaca. Este estado de cosas duró hasta la Revolución Rusa de 1905.

La estatura internacional de Rosa encajaba perfectamente en los conceptos políticos de la directiva del SDKPiL. Tradicionalmente, las cuestiones internas del partido y los problemas organizacionales en Polonia misma habían ocupado un segundo lugar respecto a la creación de una imagen internacional del partido. Ahora, por ejemplo, el esfuerzo de relaciones públicas se dirigía de preferencia a los dirigentes de la Segunda Internacional —la "opinión pública" en el mundo socialista de la Segunda Internacional—, más que a los miembros nacionales. Rosa Luxemburgo estaba admirablemente dotada para esta labor. Tenía relaciones y talento para presentar firme e inflexiblemente el caso del SDKPiL ante el público lector inteligente de la Segunda Internacional.

La dirección del SDKPiL, naturalmente, reflejaba esas prioridades de objetivos; la influencia antes que el poder, la posición intelectual antes que la talla. Era más un grupo de presión que un partido político dentro del socialismo internacional, y su organización y sus métodos reflejaban fielmente este hecho. Aunque en el primer congreso del partido (1894) se habían fijado una jerarquía formal y unos respetables estatutos, estas muestras de respetabilidad aparente —tomadas en gran parte del modelo alemán, sobre todo del programa de Erfurt, con algunas concesiones a las circunstancias rusas— en la práctica no fueron más que palabras estampadas en papel.[12] Este mito, naturalmente, producía

[12] Para los estatutos del partido véase *SDKPiL dokumenty*, t. I, parte 1, pp. 174-96, 225-30. Ideas y principios procedían en gran parte de Alemania pero la formación de un comité en el extranjero (*Komitet Zagraniczny SDKPiL*) de enlace y a veces salvavidas del comité central (*Zarzad Glówny*), procedía de la anterior y amarga experiencia rusa y polaca. El comité central, equivalente del posterior Comité Central Ruso, era la autoridad suprema en el partido entre dos congresos: el comité en el extranjero, cuerpo permanente, representaba a los dirigentes exiliados y trataba todas las cuestiones relacionadas con los partidos extranjeros. En el SDKPiL, con su énfasis especial en las relaciones internacionales, el comité en el extranjero dominó bastante al comité central desde el princi-

sus propias tensiones. Cuando funcionaban, los comités de Polonia protestaban ocasionalmente contra las decisiones unilaterales del comité en el extranjero; pero eran protestas más bien formales. Era una situación que se entendía inevitable, crónica y parte del castigo por tener líderes tan notables. Todavía no acostumbrado al modo informal de llevar los asuntos en el SDKPiL detrás de una fachada formalista, Dzerzhinsky empezó su carrera de emigrado en 1902 agitando en conferencias para poner las cosas en su punto —"conferencias para arrancar las malas hierbas [...] para reforzar el procedimiento organizacional", como él decía.[13] Pero aunque se celebró en realidad una de esas conferencias, no tuvo consecuencias dignas de mención y tan sólo dio oportunidad de soltar un poco de vapor sin hacer daño a nadie.

Este sistema también tenía sus ventajas. El control central era lo bastante laxo para permitir a quienes tenían ideas sobre organización diferentes del consenso de la élite, hacer lo que se les antojara en su territorio particular. Cuando Dzerzhinsky volvió a Cracovia al principiar 1903 para dirigir y distribuir el periódico del partido, *Czerwony Sztandar*, aprovechó la oportunidad para crear lo que llamó orgullosamente "un nuevo tipo de organización, sin más derechos que trabajar, ejecutar las instrucciones del comité en el extranjero, capacitarse, distribuir literatura, etc. Esta sección no tendría voz ni ningún derecho de representación en el partido; su objeto era simplemente hacerse socialdemócrata y estar a la disposición [*usluga*] del comité en el extranjero".[14]

No podía ser de otro modo. La dirección del SDKPiL siempre estaba geográficamente dispersa. Rosa Luxemburgo en Berlín, con sólo breves intervalos a partir de 1898. Jogiches, el principal organizador, en Zurich (hasta fines de agosto de 1900), y después por unos meses en Argelia para visitar a su hermano, que estaba allí en un sanatorio antituberculoso; y los problemas organizacionales que se presentaban a con-

pio. La mayor parte del tiempo fungía en ambos un núcleo compuesto por las mismas personas. Y así el comité central nombrado en el tercer congreso del SDKPiL en 1901 no tardó en ser declarado prácticamente moribundo a consecuencia de las detenciones domiciliarias; en una reunión del comité en el extranjero en diciembre de 1902 se trazaron nuevas reglas informales para el manejo del partido. (Véase IML (M) Fondo 163, n. 47, junto con una carta de Dalski a miembros desconocidos del partido.)

Compárese esto con la larga lucha en el partido ruso para sobreponerse al predominio de las organizaciones en el extranjero y unificar la directiva a fin de que tuviera una representación proporcionada de las organizaciones locales rusas y las del extranjero.

[13] *SDKPiL dokumenty*, t. n, p. 100.

[14] Feliks Dzerzhinsky a Cezaryna Wojnarowska, 13 de febrero de 1903, IML (M) Fondo 76, n. 25. La carta y todo el concepto son muy típicos de Dzerzhinsky y su "abnegación revolucionaria".

secuencia de su ausencia se solucionaban sencillamente por correspondencia. Cuando volvió, fue con Rosa a Berlín. Después de su expulsión de Dresde, Marchlewski se estableció al fin en Munich, donde estuvo hasta que volvió a Polonia en 1905 y se metió en una precaria aventura editorial con Parvus, que al final cayó en bancarrota porque la mano del segundo siempre estaba metida en la caja. Warszawski siguió en París hasta 1897 nada más, y después se estableció en Munich, cerca de la nueva directiva rusa, después de 1900. Wojnarowska tuvo su base siempre en París, y fue en gran parte su fortuita residencia en esa ciudad la que le valió el representar al partido polaco en el buró internacional de Bruselas hasta que Rosa Luxemburgo se hizo cargo en 1904. Los otros miembros eran por demás peripatéticos. Tal dispersión era causa de informalidad y de que se escribieran cartas de persuasión y opinión en lugar de instrucciones definidas. En gran medida, cada miembro de la élite obraba de acuerdo con su propia iniciativa y sobre todo con sus gustos y hábitos. Eran raras las órdenes, salvo en casos excepcionales como las negociaciones rusas de 1903, y la comunicación era semejante a los matices de opinión dispensados por un rabino. Dzerzhinsky se horrorizó ante esta laxitud y vio en ella la prueba de un deterioro. "No hay política, ni dirección, ni ayuda mutua [...] cada quien hace lo que le parece."[15] En estas circunstancias, el éxito dependía de la iniciativa y capacidad personales; naturalmente, aquí era donde sobresalía Rosa. "Sólo Rosa Luxemburgo tiene una energía y un talento verdaderamente admirables. Trabaja mucho para nosotros."[16] Lo que Dzerzhinsky no comprendía era que tal caso no resultaba accidental y que sólo en ese medio podía florecer el peculiar genio de Rosa. El tipo de organización del partido en que él pensaba hubiera sido inaceptable para la mayoría de los dirigentes polacos. El bolchevismo, entonces o después, era inimaginable.

Después de los miembros, lo que más escaseaba era el dinero. Aquí también es interesante la comparación con Lenin. No se hacía gran esfuerzo destinado concretamente a recabar fondos, y cada quien se encargaba de ganarse la vida lo mejor posible (en general con la pluma). Y entonces se esperaba que de sus propias ganancias pusiera dinero para sus actividades locales de partido. Las arcas del partido casi siempre estaban vacias. La consecuencia era que los grupos con mayor éxito los dirigían personas que ganaban bastante: o sea Rosa con sus escritos y Jogiches con lo poco que le quedaba de sus fondos privados. En estrecha relación con esto estaba naturalmente el problema de enviar li-

[15] Feliks Dzerzhinsky a Cezaryna Wojnarowska, aprox. 15 de junio de 1903, IML (M) Fondo 76, n. 26.
[16] Ibid.

teratura a Polonia. Por encima del transporte organizado, que nunca tuvo la eficiencia del de Lenin, Jogiches y Rosa utilizaban contactos privados con tal fin. "Parece ser que Kasprzak tiene un amigo dedicado al contrabando de alcohol, etc. Oficialmente está [el amigo] dedicado al comercio de fruta. Pide 45 rublos por *pud* adelantados, porque es un negociante y no quiere arriesgar su capital (aunque contribuye con algo). Vamos a probar, a ver cómo sale."[17] Pero aquellas actividades extra de Kasprzak, por útiles que fueran, no obtenían la aprobación de la elevada mente luxemburguiana: "¡Vaya gentecilla, esos contrabandistas!"[18]

Lejos de ser una laguna accidental en la administración del partido, aquella informalidad la protegía deliberada y celosamente. Hubo un momento en que se decidió formalmente en el partido que Rosa no se ocupara en lo absoluto de cuestiones organizacionales y que no participara en ninguna conferencia ni congreso oficiales. En público por lo menos, Rosa Luxemburgo dejó de tener vigencia en el partido oficialmente.[19] Pero eso no quiere decir que por un solo momento dejara de opinar en asuntos de importancia. Al contrario, seguía formulando la estrategia del partido y buena parte de su táctica, y fue su pluma la que presentó el caso del partido con energía y firmeza. No sería exagerado decir que las principales preocupaciones del SDKPiL entre 1901 y 1904 fueron los intereses particulares de Rosa; acabar con la influencia del PPS en Alemania y la Internacional y tratar de impulsar al PPS a que tomara actitudes francamente antirrusas sometiendo los argumentos acerca del principio general de la autodeterminación a la prueba específica de las relaciones con el partido ruso. La situación del SDKPiL era única, inimaginable tanto en el partido ruso como en el SPD —o en cualquier otro partido socialista. Sólo en esas condiciones era posible que la personalidad descollante del partido no tuviera ninguna función oficial. Y nada muestra más claramente la orientación avasalladora del SDKPiL, que presionaba en otros partidos y no ejercía poder ninguno

[17] Cartas Jogiches, 19 de mayo de 1903, IML (M). Ni siquiera un amigo íntimo del partido como Kasprzak podía ser impuesto ni instruido.

[18] Ibid.

[19] No he podido hallar resolución formal en este sentido. De todos modos, en su correspondencia cita ella repetidas veces esa decisión siempre que alguien pide informes o solicita su opinión en problemas de organización. "Otros se comunicarán con usted acerca de la conferencia [...] Naturalmente yo no participé, porque usted sabe que se ha establecido como principio de una vez para siempre —por lo menos en nuestra organización rusa-polaca— que yo no participe en congresos [...]. No obstante estoy metida hasta el cuello en reuniones [privadas]." Rosa Luxemburgo a Cezaryna Wojnarowska, 18 de agosto de 1902, IML (M), Fondo 209, n. 925.

en su propia casa. Mientras los alemanes y los rusos se referían automáticamente a su "partido", los miembros de la élite polaca preferían llamarse "sociedad" (*stowarzyszenie*), por lo menos en las comunicaciones privadas entre ellos.

Pero esas personas no eran de ningún modo meramente literatos bohemios. No era tanto por su parte una ceguera deliberada ante las necesidades de la organización como el paciente aplomo de los profetas que esperan el advenimiento de los hechos predeterminados en el calendario dialéctico. Cuando esos hechos se acercaran, con seguridad solucionarían los problemas relativamente menores de la membrecía y la organización de las masas. Aunque nadie se expresaba en estos términos mesiánicos, es evidente que se trataba ante todo de una filosofía de la vida. Una vez descubierta, se imponía obligatoriamente a los pocos elegidos, que a su vez se harían los muchos elegidos cuando llegara la hora. Mucho mejor era apresurar los acontecimientos mediante el pensamiento lúcido y público —todos ellos tenían enorme fe en el poder de la palabra escrita— que afanarse en células o capillitas creyendo que sus artificiales creaciones podrían reemplazar el gran cambio social que se avecinaba, ni siquiera contribuir a su advenimiento. Es aquí donde advertimos la gran diferencia que había entre aquellos polacos y los bolcheviques de Lenin, y éste es el secreto de la disputa entre Lenin y Rosa Luxemburgo en 1904. Aunque técnicamente afrontara a Lenin en alemán, su experiencia cognoscitiva tenía un fuerte acento polaco, como toda la obra de Rosa.

Modelo de organización, el SDKPiL no dejó herederos directos. Lo abrumaba por una parte la imperativa bolchevique, que acaparó la atención después de la Revolución de Octubre, y por otra parte la combinación de democracia formal y oligarquía que la socialdemocracia adoptó como premisa de la participación en la vida parlamentaria burguesa. En Polonia particularmente esas ideas no echaron raíces; eran polacas, pero no habían sido creadas en suelo polaco. En cambio influyeron grandemente en el desarrollo de la futura izquierda alemana bajo la dirección de Rosa Luxemburgo. Como veremos, de la oposición atomizada iba a surgir después de 1914 una élite o grupo de iguales semejante. En muchos modos, reacciones, actitudes e ideas personales acerca de la vida y el trabajo que aparecieron en el Spartakusbund se calcaron directa aunque inconscientemente del SDKPiL. En Alemania iban a crear una tradición que al bolchevismo ruso y sus partidarios alemanes, como Ruth Fischer y Thälmann, les costó mucho eliminar. En Alemania fue también su orientación básica la de un grupo de presión que requería la existencia de un partido o de partidos mayores donde operar, organizacionalmente parásito pero supremo intelectualmente. En la Liga Espar-

taquista como en el SDKPiL era grande la renuencia a malgastar esfuerzos en organización: que los demás crearan la infraestructura para que los apóstoles "pescaran". La analogía se extiende incluso a las relaciones personales; un grupo de dirigentes que cooperaba por contacto informal, unido contra los ajenos al grupo pero conservando todas las libertades personales y las extravagancias propias de intelectuales diversos y altamente individualistas. Por debajo de ellos, en el SDKPiL como en el Spartakusbund, había un grupo de activistas menos privilegiados cuya función era recoger dinero, distribuir literatura y por lo general ser útiles a los dirigentes —sin el lucimiento. Nadie contribuyó más decisivamente a crear este ambiente político que Rosa Luxemburgo, con su curiosa combinación de orientación esencialmente pública para sus actividades y celosa autonomía en su vida y sus opiniones privadas.[20]

Desde el principio de 1902, la nueva dirección rusa en el exilio había hecho tenaces esfuerzos para convocar a un congreso general que creara definitivamente la unidad que hasta entonces tanta falta había hecho. Después de la fundación de *Iskra* en 1900, sus redactores se constituyeron en núcleo organizacional del futuro congreso y se formó un comité organizador para negociar con las diversas facciones que había dentro del partido ruso y alrededor de él. Estos gestores eran gente nueva, desconocida para los polacos; no hay señales de que alguien hubiera ya seleccionado a Lenin como el hombre del porvenir. Y si alguno destacaba como arquitecto del próximo congreso para los polacos era Yuri Mártov. Pero lo que atraía particularmente a los polacos era el nuevo tono del partido ruso, y la visible relegación de Plejánov, que pasaba a ser tan sólo *primus inter pares*. Desde que empezara 1903, Warszawski, de Munich, había sido delegado oficialmente por el comité polaco en el extranjero para negociar con el Comité Organizador Ruso acerca de la participación polaca en el congreso y la adhesión del SDKPiL al partido ruso. Los polacos no tenían interés en las complicadas maniobras de los "iskristas" dentro del partido ruso, ni las conocían bien tampoco; no hay indicios de que ninguno de ellos haya leído el *¿Qué hacer?*, de Lenin, y es seguro que nadie lo comentó. En cuanto tocaba al SDKPiL,

[20] Los papeles respectivos de Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches en el SDKPiL siguen en muchos respectos la norma de la aparición de la dirección en pequeños grupos de acuerdo con las teorías de la psicología social contemporánea. Así aparecen, en el caso ideal, "un dirigente de solidaridad y de moral de grupo y otro [diferente] dirigente de tareas"; esta definición general encaja perfectamente con los diferentes papeles de cada uno de los dos dirigentes. Véase P. E. Slater. "Role differentiation in small groups" en A. P. Hare, E. F. Borgatta y R. F. Bales (ed.), *Small Groups*, Nueva York, 1955, pp. 498-515. Véase también bibliografía de Josephine Klein, *Working with Groups*, 2a. ed., Londres, 1963, pp. 116-18.

el principal objeto del congreso era lidiar con el funesto dominio del Bund y si era posible ponerlo en su lugar de subgrupo autónomo. La relación del partido polaco con el Bund se estaba haciendo hostil, de modo parecido a la de los rusos, aunque el Bund se entendiera mucho mejor con el SDKPiL que con el PPS, que preconizaba la integración total de los judíos en la sociedad polaca y no quería reconocer la necesidad de una organización separada de ninguna manera.[21] En el tercero y el cuarto congresos del Bund se condenó categóricamente la demanda de independencia política de los polacos y a sus principales defensores, los del PPS.[22] No obstante, aunque el SDKPiL admitía el derecho del Bund a tener una organización autónoma con poderes limitados, se fue convenciendo del nacionalismo latente en el partido judío. "No hay duda de que el Bund detiene el progreso de la socialdemocracia definitivamente [...] con su perenne y omnipresente insistencia en su carácter de judío."[23]

Esta inquietud no estaba exenta de envidia: "El Bund tiene una organización mejor que la de nadie, buena propaganda y mucho entusiasmo [...] pero una lamentable tendencia nacionalista y esas ideas obstinadamente separatistas en materia de organización."[24] Los polacos comprendían perfectamente que la intención de la *Iskra* era aislar al Bund del próximo congreso e imposibilitar su adhesión al partido ruso, a menos que aceptara condiciones de integración organizacional que serían al mismo tiempo destructoras y humillantes. De ahí el empeño ruso en señalar que el congreso venidero no sería una asamblea constituyente sino el segundo de una serie consecutiva. Aunque era evidente para todos los interesados que en realidad saldría un partido "nuevo", la insistencia en que el congreso sólo sería el segundo de una serie normal y de que el partido se iba a reorganizar, no a crear, logró un genuino signi-

[21] Aunque el SDKPiL no quería utilizar este argumento, por razones evidentes, la actitud del PPS para con el Bund es quizá la mejor "prueba" del nacionalismo latente del primero, mucho más concluyente que algunos abusivos argumentos de tipo Procusto empleados por Rosa Luxemburgo. Porque una de las características del nacionalismo es que al mismo tiempo que afirma su identidad nacional niega la identidad de las minorías étnicas; cuanto más afirma la una más niega la otra. Los ejemplos son legión. Compárese el nacionalismo bávaro con la negativa de que haya una identidad franconia dentro de él, y la actual actitud de Ceilán con los tamiles y del Sudán con sus negros cristianos del sur. En realidad, el PPS daba a entender que en Polonia no había discriminación racial sino "importada" por los rusos.

[22] M. Rafes, *Ocherki po istorii "Bunda"*, Moscú, 1923, p. 45.

[23] Feliks Dzerzhinsky a Cezaryna Wojnarowska, julio de 1903, *SDKPiL dokumenty*, t. II, p. 324.

[24] Adolf Warszawki a Karl Kautsky, 20 de mayo de 1903, Archivos IISH, D XXIII, 63.

ficado constitucional: "El Bund no podrá aparecer como grupo constituyente distinto que ayuda a crear una relación federal."[25]

El reconocimiento de esta táctica no se debió a la particular perspectiva de Warszawski; el comité organizador expuso claramente su posición y manifestó la esperanza de que los polacos lo apoyaron en su ultimátum al Bund. "*Iskra* reconoce que los polacos tienen un interés común especial en lo relativo al Bund."[26] Rosa Luxemburgo y los otros dirigentes otorgaron con su silencio; al parecer no les preocupaba el patente hecho de que todos los argumentos empleados contra el Bund podían igualmente aplicarse a los polacos. Pagados de sí mismos pensaron probablemente éstos que ellos eran la excepción a la regla rusa acerca de la federación, o bien que todo aquel blablablá de principios generales estaba destinado únicamente a ser aplicado al Bund en particular. Cuando ellos habían anunciado sus planes para un partido socialdemócrata ruso reconstruido sobre lineamientos federales hacía dos años, la *Iskra* había publicado enteras las proposiciones polacas, sin comentarios.[27] Es probable que algunos rusos estuvieran dispuestos al principio a conceder a los polacos —distinguido grupo formado nada menos que en 1893 y con cierto derecho a que los consideraran ejemplares— una prerrogativa especial. Pero según veremos, los polacos lo entendían de un modo muy distinto que la *Iskra*. Por el momento todo parecía bastante bien. Dzerzhinsky, que nunca creyó en medias tintas, declaró a Liber, uno de los principales bundistas y al mismo tiempo cuñado suyo, que los polacos se habían comprometido formalmente a apoyar a la *Iskra* contra el Bund.[28]

Las negociaciones realizadas al principiar el verano de 1903 entre los rusos y los polacos fueron largas y delicadas. Los polacos querían una invitación, formal y sin condiciones, al congreso, y el comité organizador alegaba no tener facultades para ello; sólo el congreso en su conjunto podía hacer una invitación. No obstante, se dio a entender a Warszawski que si los polacos aceptaban las condiciones de la *Iskra* se les garantizaba informalmente una invitación. El SDKPiL tenía pues que reconocerse miembro del RSDRP: "Pero nuestra carta con la adhe-

[25] Adolf Warszawski al comité en el extranjero del SDKPiL, mediados de junio de 1903, *Z Pola Walki*, 1929, n. 7-8. p. 171. Los rusos insistieron tanto en esto que Warszawski, quieras que no añadió la palabra *kolejne* (consecutivo) cada vez que escribía a Berlín acerca del congreso

[26] Ibid.

[27] En el tercer congreso polaco en el verano de 1901 (Protocolo en IML [M] Fondo 164, n. 2). Véase *Iskra*, agosto de 1901, n. 7, p. 5 y ss.; *Przeglad Socjaldemokratyczny*, marzo de 1902, n. 1, p. 7.

[28] Véase informe de la conversación en Kirshnits, "Bund un RSDRP", *Visnshaftlikher Iohrbikher*, t. I, p. 72.

sión al partido general *no* se publicará, sino solamente se someterá a las autoridades competentes del partido ruso."[29] Mas los polacos se negaban a aceptar las condiciones y ganaron tiempo excusándose con que debían consultar a los camaradas de Polonia. En realidad, lo que querían Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches era tiempo para pensarlo y sobre todo para convocar a su propio congreso y examinar el asunto más detalladamente. Al fin, Jogiches envió a la redacción de *Iskra* una carta donde reconocía que los polacos se consideraban "ideológica y políticamente pertenecientes a un partido con los rusos, pero temporalmente sin incorporar en una organización única, situación semejante a la de los otros grupos socialdemócratas rusos", fórmula típicamente frágil y artificial de Jogiches,[30] que forzaba las palabras para disfrazar su significado; pero de todos modos, aún había buena voluntad por ambas partes.

El congreso de los polacos, reunido a toda prisa, se celebró en Berlín entre el 24 y el 29 de julio de 1930.[31] En él se decidió que eran deseables las negociaciones con vistas a la participación polaca en el nuevo partido ruso y se nombraron dos delegados con tal fin, con el derecho de negociar dándole "carta blanca dentro del marco de la resolución del congreso".[32] El proyecto de las instrucciones de los negociadores salió con seguridad de la pluma de Rosa Luxemburgo en persona, y la reunión lo aceptó "sin mucha discusión".[33] Los delegados serían Hanecki y Warszawski. Según los polacos, la dificultad de su adhesión dependía en gran parte de la forma organizacional que requería el comité organizador del partido ruso: firme negativa rusa a la federación y en lugar de eso cierto tipo de autonomía limitada que haría del comité central del RSDRP el organismo que en definitiva regiría también al partido polaco. Muchos dirigentes del SDKPiL preferían la federación en lo sustancial, aunque no de nombre; eran renuentes a abandonar la cohe-

[29] Warszawski al comité en el extranjero del SDKPiL, *SDKPiL dokumenty*, t. II, p. 319.

[30] Declaración del SDKPiL a la junta editorial de la *Iskra* para el Comité Organizador, 26 de junio de 1903; *Z Pola Walki*, 1929, n. 7-8, 174. El que Jogiches fuera su autor se establece en *SDKPiL dokumenty*, p. 321, nota 1.

[31] El informe oficial del congreso está en *SDKPiL dokumenty*, t. II, pp. 351-62. Sólo dos comentarios se publicaron acerca del congreso. Uno, de Rosa Luxemburgo, *Przeglad Socjaldemocratyczny*, agosto de 1903, n. 8, pp. 284-96, donde defendía la intransigencia polaca en el congreso ruso subrayando la superioridad del concepto organizacional polaco (p. 293). El otro era de Hanecki y salió 30 años después, cuando era un grave demérito no haber sido bolchevique en 1903. Véase J. Hanecki, "La delegación del SDKPiL en el Segundo Congreso del RSDRP", *Proletarskaya Revoliutsiya*, n. 2 (1933), pp. 187-200.

[32] *Sprawozdanie ze Zjazdu IV SDKPiL*, 24-29 de julio de 1903, segundo día, p. 4, loc. cit.

[33] Hanecki, *Proletarskaya Revoliutsiya*, p. 189.

sión y autonomía de la dirección polaca y dejar que el comité central ruso tratara directamente con sus propias organizaciones locales de Polonia. En parte era repugnancia a desmantelar la organización existente y a rebajar a unos dirigentes que se consideraban tan prestigiosos como cualquier ruso, cuando no más. También había el temor real de que los rusos no tardarían en descubrir en el SDKPiL un ejército latinoamericano: muchos generales y pocos soldados.[34] Estas cuestiones habían asomado entre líneas en la anterior correspondencia entre el comité organizador y el comité en el extranjero del SDKPiL, pero las había disimulado la fraseología acerca del derecho a atender.

El lunes 3 de agosto llegaron dos delegados polacos al congreso ruso de Bruselas, apenas acabó el suyo. Dos días antes, el sábado 1o. de agosto, los rusos habían invitado formalmente a dos delegados polacos a ir a Bruselas, con el derecho de hablar pero no de votar. Incluso esto había sido causa de mucha discusión y se había aprobado contra los deseos de Lenin, Mártov y los demás "iskristas", quienes sostenían que los polacos habían perdido su oportunidad.[35] Warszawski principió con un discurso preparado en que se combinaba el deseo de adherirse con las condiciones especiales polacas a la adhesión. Lo había escrito en Berlín, seguramente también en estrecha colaboración con Rosa.[36] Después de algunos aplausos de rutina empezaron inmediatamente las negociaciones acerca de las condiciones mínimas polacas: el SDKPiL sería el representante exclusivo de la socialdemocracia polaca en el partido ruso y conservaría su estructura organizacional y de control. Además, los polacos pedían una definición más estricta y una aclaración del parágrafo 7 del programa ruso provisional, donde se trataba la cuestión nacional y una clara condena del "socialpatriotismo polaco del PPS", aunque esto *no* era lo definitivo de las condiciones. Los organizadores del congreso ruso, y los "iskristas" en particular, no querían pelearse con los polacos ahora que los tenían allí; reservaban sus mejores andanadas para el Bund. Por lo tanto, se pasaron las negociaciones con los polacos a una comisión especial, lejos del ardor y el enceguecimiento

[34] Véase en particular *Z Pola Walki*, 1929, n. 7-8, pp. 180-82, carta de Hanecki a Dzershinsky. Para la afirmación de la superioridad polaca véase Rosa Luxemburgo, "El IV Congreso del SDKPiL", *Przeglad Sojaldemokratyczny*, agosto de 1903, n. 8, p. 292 y ss. El artículo, naturalmente, fue escrito después de la retirada polaca del congreso ruso y para justificarla.

[35] *Protokoly, vtoroi ocherednoi s"ezd RSDRP, izdanie tsentralnogo komiteta*, Ginebra, 1903, pp. 47-54, 375.

[36] Hanecki, *Proletarskaya Revoliutsiya*, p. 191. Contra una atribución demasiado definitiva de responsabilidad a Rosa debemos decir que para 1933, todos los participantes polacos supervivientes creían conveniente dejar cuanto podían a la puerta de Rosa.

de las discusiones en pleno congreso. Relativamente en privado se preguntó entonces a los polacos si insistían en la autonomía o la federación, y la respuesta fue que sólo lo primero podía considerarse. Entonces se les pidió que definieran la autonomía, y la discusión continuó sin llegar a nada decisivo durante varios días.[37]

Si recibieron o no satisfacción las condiciones de los polacos y se llegó a una autonomía que en realidad era federación es cosa que ya solamente puede conjeturarse. Es probable que no, porque las exigencias polacas iban contra los conceptos básicos de organización que compartían Lenin y Mártov y que una gran mayoría del congreso insistía en imponer al Bund —que a su debido tiempo desistió y se marchó. Como el Bund, los polacos no estaban dispuestos a hacer concesiones en este campo, aun si no se hubiera suscitado súbitamente a fines de julio una cuestión totalmente inesperada que relegó al segundo plano todas las demás.

El número de julio de la *Iskra* llevaba un artículo de Lenin acerca de la actitud rusa respecto de la cuestión nacional, donde afirmaba una vez más la necesidad que tenía el partido ruso de apoyar la autodeterminación de los pueblos sometidos, por ser teóricamente justa y tácticamente necesaria. De acuerdo con eso, el programa del RSDRP "de ningún modo impedía al proletariado polaco tener por consigna una Polonia separada e independiente, aunque hubiera escasa o ninguna probabilidad de hacer realidad tal cosa antes de que llegara el socialismo".[38] Este artículo no tenía la intención de crear dificultades ni de molestar a los polacos. Lenin no tenía nada muy nuevo ni excepcional que decir acerca de la cuestión de las nacionalidades; la autodeterminación era parte integrante del programa del RSDRP, accesible a todos, y Lenin se entretuvo en explicar que de ninguna manera debía interpretarse eso como apoyo del nacionalismo en general ni del PPS en particular. Pero en Berlín hizo el efecto de una bomba. Aunque los polacos sabían por los estatutos elaborados por la *Iskra* que la autodeterminación nacional era parte del programa ruso, lo habían considerado cosa del catecismo formal. Su interpretación de las actitudes mentales rusas se ba-

[37] El informe polaco de lo tratado se halla extensamente en los documentos impresos en *Z Pola Walki,* 1929, n. 7-8; en particular la carta de Hanecki a Dzerzhinsky arriba citada. Véanse también los documentos rusos del congreso, pp. 135 y ss. Posteriormente, el mismo Warszawski estudió el punto de vista polaco en "La delegación polaca al Segundo Congreso del SRDRP" en *Przeglad Socjaldemokratyczny,* 1904, n. 1, pp. 25-41. Algo del material más importante lo reprodujo S. Krzhizhanovsky en "La Socialdemocracia Polaca en el Segundo Congreso Ruso", en *Proletarskaya Revoliutsiya,* n. 2 (1933), pp. 111 y ss.

[38] Lenin, "La cuestión nacional en nuestro programa", *Iskra,* n. 44, reproducido en *Sochineniya,* t. v, p. 346.

saba en un artículo anterior de Mártov, publicado en la *Iskra*, que insistía mucho menos en la autodeterminación; una declaración de la posición que podían suscribir en caso de necesidad.[39] De pronto, la actitud oficial rusa parecía muy distinta, y precisamente cuando se estaban tratando los espinosos problemas organizacionales. Suspicaces por naturaleza y por experiencia, asustados tal vez al pensar que les estaban tomando el pelo, Rosa y Jogiches reaccionaron violentamente. Los delegados recibieron instrucciones sumarias de que dijeran a los rusos que en vista del artículo de la *Iskra* las negociaciones "pendían ahora de un cabello [*na ostrzu noza*] [...] Es muy conveniente que digan a los rusos que a consecuencia del artículo el valor moral de la unión con los rusos [como arma contra el PPS] desaparece prácticamente, y era sólo el aspecto moral el que nos interesaba ante todo. Si no están dispuestos a modificar el apartado 7 [de los estatutos, el que incorporaba el derecho a la autodeterminación puesto de relieve en el artículo de la *Iskra*] tendremos que suspender la afiliación [propuesta]. Digan a Zasúlich que después del artículo de la *Iskra* yo [Rosa] no tengo ningún interés en la afiliación y que he aconsejado que no se hagan más concesiones".[40]

Warszawski había asimismo pedido instrucciones acerca de la cuestión organizacional, y aunque Rosa se interesaba principalmente en la nacional, ahora recibió órdenes y comentarios detallados en relación con todos los problemas que se estaban tratando. A la petición de que los rusos tuvieran representantes en el comité central polaco, Rosa replicó negativamente. A la de que los polacos formaran comités conjuntos con el Bund, dijo que sí, pero no por el momento. Y así sucesivamente. En cada caso recibió Warszawski su respuesta, y su diplomacia predigerida también. Rosa Luxemburgo no sólo daba la decisión de la directiva sino que además proporcionaba argumentos con que sustentarla. Y finalmente, volvía a la cuestión nacional.

> Si tratan de persuadirle de que en vista de su determinación de mantener el punto 3 [que ninguna otra organización polaca pudiera pertenecer al partido general ruso] el artículo de la *Iskra* no tiene significado práctico para nosotros y de cualquier modo el PPS se quedará

[39] Y. Mártov, "Za sorok Let", *Iskra*, n. 33, p. 1. En su correspondencia con los dirigentes polacos, *Warszawski* había mencionado repetidas veces este artículo a manera de indicación de las actitudes rusas. Los rusos habían apoyado también los esfuerzos de Rosa contra el PPS para integrar a los polacos de Alemania en el SDP en 1902-03. Véase "Organización y nacionalidad", *Iskra*, 1o. de abril de 1903, n. 37, pp. 3 y ss.

[40] Carta original en IML (M) Fondo 209, n. 435, reproducida en *SDKPiL dokumenty*, t. II, pp. 368-73. También Krzhizhanovsky, op. cit., p. 121. Rosa Luxemburgo a Adolf Warszawski, probablemente del 5 de agosto de 1903.

al otro lado de la puerta, debe usted replicar que para nosotros todo el problema de la afiliación tiene menos importancia práctica que moral, como manifestación permanente contra el nacionalismo.[41]

Warszawski trasmitió todo esto al comité pero le obligaron a informar a Berlín que el congreso no tocaría el apartado 7, que tenían la intención de confirmarlo, y de acuerdo con la reciente interpretación de Lenin.[42] Rosa y Jogiches hicieron un último intento de reforzar las cartas de sus delegados. En un telegrama —probablemente del 6 de agosto— repitieron enfáticamente su punto de vista e insistieron en que la negativa a borrar del programa ruso el derecho a la autodeterminación significaba nada menos que abandonar la lucha de clases en Polonia y la enajenación de la clase obrera polaca. Esta música estaba destinada con toda claridad a los oídos rusos, y a Warszawski no le quedó más remedio que añadir la cuestión de la autodeterminación a la lista de las peticiones mínimas polacas, que no figuraba antes de salir el artículo de la *Iskra*. Los rusos, claro está, se negaron al punto a aceptar las peticiones del ultimátum polaco; y ciertamente la comisión no estaba facultada para ello. Lenin dio pocas esperanzas a Hanecki. Siguiendo sus instrucciones, los delegados polacos dejaron entonces una declaración de su posición al comité y se retiraron. Al día siguiente, 7 de agosto, todo había acabado. El mismo congreso salió apresuradamente de Bruselas para huir de la policía belga que estaba inquietísima, y se trasladó en bloque a Londres. Allí también se retiró el Bund, como estaba previsto. Al cabo de cierto tiempo, Lenin y Mártov riñeron a propósito de sus respectivas redacciones del parágrafo 1 de los estatutos del partido y el congreso se alineó en las facciones hoy famosas de bolcheviques y mencheviques y acabó más dividido que antes. Pero los polacos no participaron en nada de esto; sus delegados se habían quedado solos en Bruselas cuando los rusos escurrieron el bulto.[43]

El fin de las negociaciones y el modo de acabar ocasionaron de todos modos una ligera conmoción en el partido polaco. Nadie se preocupó por informar oficialmente a sus miembros de las negociaciones ni del porqué de su fracaso; hubo incluso líderes, como Julian Marchlewski y Cezaryna Wojnarowska, que debieron basarse en informaciones rusas

[41] *SDKPiL dokumenty*, p. 372.

[42] *Z Pola Walki*, 1929, n 7-8, p. 189.

[43] De este modo la agenda no dio tiempo a los polacos a comprometerse en la cuestión entre bolcheviques y mencheviques. Por consiguiente se salvaron de que los clasificaran después en la historia comunista, como les sucedió a cuantos estuvieron presentes y participaron en aquella votación. Nadie ha resuelto la cuestión de si el SDKPiL era inicialmente bolchevique o menchevique de acuerdo con el imperativo de la historia comunista posterior, pero no han faltado intentos de hacerlo.

o en charlas de visitantes polacos para averiguar lo sucedido. Había una discrepancia flagrante entre el pensamiento formal del SDKPiL sobre problemas organizacionales, que se daban por objetivo primero y principal de las negociaciones, y la estimación particular de Rosa de que los objetivos principales de la unión eran la ayuda y el apoyo moral contra el PPS. Todo lo que se había hablado de organización resultaba ahora fruslerías y tonterías. Al parecer, Rosa y Jogiches habían decidido hacer las cosas a su manera y establecido prioridades fundamentales que sin duda lo serían para ellos pero no necesariamente para los demás. Algunos miembros no comprendían su razonamiento y siguieron viendo en las cuestiones organizacionales el obstáculo insuperable. Otros consideraban que ni siquiera esta razón era suficiente para no hacer la unidad con los rusos que Rosa predicara tanto tiempo. Nada muestra mejor que estas negociaciones y su fracaso, hasta qué punto dominaba en la estructura oficial y los procedimientos del SDKPiL una directiva no oficial y cómo la política de esa directiva la dictaba Rosa en persona.

Cosa extraña, fue Cezaryna Wojnarowska quien planteó abiertamente el asunto de Berlín. Se sirvió de la ruptura de negociaciones con los rusos como pretexto para externar un modo de ver adverso en general a la política del SDKPiL. Había discrepancia formal entre las instrucciones del cuarto congreso del partido a sus delegados y su posición actual. Además, la política la dominaba el comité en el extranjero —eufemismo por Jogiches y la Luxemburgo. Finalmente, y era lo más importante, la permanente y obsesionante preocupación por el PPS hacía en realidad de la socialdemocracia polaca una organización puramente negativa anti-PPS, con poca contribución positiva. El comité en el extranjero distribuyó la carta a sus miembros y solicitó respuestas. La consecuencia fue la unión de todos los miembros, quienes convinieron en que las críticas eran injustificadas y que los polacos no tenían por qué "capitular" ante los rusos. Se negaron a llamar a una conferencia para solventar el problema —"por razones técnicas y económicas y teniendo en cuenta la urgencia del trabajo de partido"— y se negaron también a nombrar nuevos representantes que prosiguieran los esfuerzos para unirse con los rusos.[44] Rápidamente se elaboraron nuevos estatutos organizacionales para el comité en el extranjero y fueron sometidos a los miembros (únicamente a ellos); todos firmaron asintiendo. Cezaryna Wojnarowska, sintiéndose censurada, renunció a su puesto de representante del SDKPiL en el Buró de la Internacional Socialista y a partir de entonces y hasta su muerte,

[44] Véase proyecto de resolución del comité en el extranjero, 22 de octubre de 1903, IML (M) Fondo 163, n. 65. Dzerzhinsky comunicó estas decisiones a Cezaryna Wojnarowska con cierta alegría el 5 de noviembre de 1903.

acaecida en 1911, desempeñó tan sólo un papel de importancia menor en el partido. Su puesto en el Buró lo ocupó, naturalmente, la candidata Rosa Luxemburgo.

Mas si bien el grupo directivo había conseguido unirse frente al ataque a uno de sus miembros y había impedido que se realizara la amenaza de plantear la cuestión ante el partido, la cosa no pudo silenciarse del todo. No se había hecho ningún intento de acabar con la natural confusión creada en el partido acerca de las razones que había habido para empezar primero y romper después las negociaciones. El comité del SDKPiL en Varsovia aprovechó la oportunidad de su próxima conferencia para publicar una resolución que pedía el pronto restablecimiento de un comité central que radicaría en Polonia y no en el extranjero y censuraba al comité del extranjero por convocar al cuarto congreso "sin suficiente representación local".[45] Ni siquiera la publicación de un comentario oficial sobre estos acontecimentos por Warszawski y Rosa Luxemburgo solucionó el problema del todo; como reconoció Warszawski ingenuamente, su artículo fue necesario solamente por la publicación de las actas oficales rusas del congreso.[46]

Prácticamente, Rosa olvidó de momento la socialdemocracia rusa. Pero no había manera de olvidar a Rusia; al contrario: en el horizonte oriental aparecían nuevas y excitantes posibilidades. Había estallado la guerra ruso-japonesa y como el RSDRP, los socialdemócratas polacos hacían especulaciones acerca de las posibles consecuencias revolucionarias. Pero en primer lugar éstas eran abstractas y generales, no particulares ni inmediatas; por cierto que no se predijo ningún estallido revolucionario. Rosa Luxemburgo se limitó a observaciones generales acerca de las debilidades internas del zarismo que no diferían sustancialmente de los análisis acostumbrados de años anteriores.[47] Cuando llegó, la revolución de 1905 sorprendió tanto a los polacos como a sus colegas rusos. Y la reacción que se produjo entonces no fue pro unidad socialista sino todo lo contrario, incluso hubo una diferenciación aún mayor respecto del PPS. Para Rosa, la unidad entre los pendencieros rusos era una cosa, no había nada sustancial por qué disputar, como no fuera la intransigencia personal; en Polonia, por otra parte, la división era fundamental entre socialistas y seudosocialistas. La unidad sólo podía ser si el PPS capitulaba y desaparecía. Nadie estaba en serio desacuerdo con Rosa en el SDKPiL: la tradición luxemburguiana estaba firmemente asentada.

[45] Véase resolución de la conferencia de activistas del SDKPiL en Varsovia el 27 de diciembre de 1903, *SDKPiL dokumenty*, t. II, p. 537.

[46] A. Warszawski, "La delegación polaca en el Segundo Congreso del RSDRP", *Przeglad Socjaldemokratyczny*, 1904, n. 1, p. 25.

[47] "La guerra", *Czerwony Sztandar*, febrero de 1904, n. 14.

El desbaratamiento del segundo congreso ruso y la subsiguiente y horripilante polémica entre bolcheviques y mencheviques tuvieron ecos adversos en el partido alemán. Los dirigentes del SPD no tenían interés ni conocimiento de los asuntos rusos, pero la tradición de resolver los problemas de los demás impuesta por Wilhelm Liebknecht recurrió, como era casi inevitable, a su juicio y sus buenos oficios. Tanto los mencheviques como los bolcheviques hicieron cuanto pudieron por ganarse opiniones autorizadas alemanas para su bando. Los mencheviques eran más conocidos y tenían mejores relaciones, sobre todo desde que Plejánov se había puesto del lado de los que se enfrentaban a Lenin. Por consiguiente, durante todo 1904 Mártov, Axelrod, Potrésov y Dan pidieron opiniones a sus conocidos alemanes, y principalmente contribuciones para la *Iskra*, que ahora controlaban. "Lo que importa es cómo vencer a Lenin [. . .] Conviene sobre todo incitar contra él a autoridades como Kautsky, Rosa Luxemburgo y Parvus."[48] La colaboración no tardó. Cuando Lenin quiso contrarrestar este apoyo crítico a los mencheviques enviando para exponer el punto de vista bolchevique a Liadov, Kautsky dijo a éste francamente: "Mire, a su Lenin no lo *conocemos*. Es para nosotros una incógnita; pero conocemos muy bien a Plejánov y Axelrod. Sólo gracias a ellos hemos podido saber algo de lo que pasa en Rusia. Sencillamente no podemos aceptar lo que usted dice de que Plejánov y Axelrod se han vuelto oportunistas de repente."[49]

Así, pues, Bebel, Kautsky y los demás estaban naturalmente predispuestos a apoyar a los que tenían mucho tiempo de conocer y no a un advenedizo recién llegado a Rusia. Les interesaba ante todo curar una escisión que no comprendían bien; como en la disputa entre los socialistas franceses unos años antes, los alemanes se lanzaban a la acción a regañadientes y basándose en los procedimientos formales del Buró de la Internacional Socialista. En privado despreciaban aquellas disputas. "[Estas diferencias] son pura palabrería si tenemos en cuenta lo que significan en la práctica y lo mucho [y verdaderamente importante] que queda por hacer."[50]

Sólo dos personas sabían verdaderamente en Alemania algo de lo que se trataba: Parvus y Rosa Luxemburgo. Ella estaba convencida de que la

[48] *Sotsial-demokraticheskoe dvizhenie v Rossii, Materialy* (editado por Potrésov y Nikolaivsky), Moscú-Leningrado, 1928, p. 124.

[49] M. Liadov, *Iz zhizni partii v 1903-07 godaj (Vospominaniya)*, Moscú, 1956, p. 16; también O. Piatnitsky, *Zapiski bolshevika*, Moscú, 1956.

[50] August Bebel a Victor Adler, 1904, en V. Adler, *Briefwechsel*, p. 446. Para un estudio de las actitudes alemanas respecto de la división en el partido ruso véase D. Geyer, "The attitude of German Social Democracy to the split in the Russian party", *International Review of Social History* (1958), t. III, pp. 195-219, 418-44.

aportación de Kautsky a la solución de los problemas rusos sería general y teórica en el mejor de los casos, porque ignoraba totalmente los pormenores. "Karl no entiende estas cosas en detalle. Sus actitudes se basan en gran parte en las mías. Si la gente se pone a hablarle es fácil que vacile [. . .] y se haga un lío."[51] Los mencheviques sabían, pues, perfectamente lo que hacían al concentrar sus solicitaciones en Parvus y Rosa. Quieras que no, ésta hubo de volverse a meter en los asuntos de Rusia, no como candidato polaco a la admisión en el partido ruso sino como experto alemán y árbitro entre las facciones en disputa.

Parvus no quería verse arrastrado a tomar una posición clara. En el partido alemán su situación era precaria. Él opinaba que los rusos se peleaban innecesariamente y que exageraban, y en sus cartas privadas criticó a ambos lados y les aconsejaba la moderación. Por otra parte, Rosa era más fácil de movilizar y comprometer en firme. Los dirigentes mencheviques no eran amigos íntimos suyos sino todo lo contrario, pero tenía una cuenta pendiente más reciente con Lenin por lo de la cuestión de las nacionalidades. Más importante todavía era el hecho de haber ella tomado el lugar de Cezaryna Wojnarowska en el Buró de la Internacional, y esta institución acababa de recibir el difícil encargo de volver a unir a los rusos. Era Rosa el principal experto del partido alemán en cuestiones rusas tanto como polacas. Por consiguiente, al empezar 1904 aprovechó la oportunidad algo tardía de examinar los asuntos suscitados después de la salida polaca del segundo congreso ruso, e inevitablemente dio con el *¿Qué hacer?* de Lenin. Su reacción negativa a las proposiciones organizacionales de Lenin coincidió así con la petición que le hizo Potrésov de que enviara un artículo a la *Iskra;* y mató dos pájaros de un tiro escribiendo un largo artículo para la *Neue Zeit* que ofreció a los rusos para que lo tradujeran.[52]

[51] Cartas Jogiches, IML (M), mediados de octubre de 1905. De hecho, Kautsky contribuyó a la controversia en curso el 15 de mayo de 1904 en la *Iskra*, n. 66: "Un sermón acerca de las virtudes de la tolerancia y la necesidad de respetar a nuestros dirigentes." (J. L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy in Russia*, Londres, 1963, p. 145.)

[52] Rosa Luxemburgo, "Cuestiones organizacionales en la socialdemocracia rusa", *NZ*, 1903-04, t. II, pp. 484-92, 529-35; también "Organizatsionye voprosy russloi sotsialdemokratii", *Iskra*, 10 de julio de 1904, n. 69, pp. 2-7. Se ha sugerido que el empleo de la palabra "russkii" (étnica) en lugar de "rossiskii" (geográfica), que estaba en el título oficial del RSDRP era una alusión peyorativa a la discordia ruso-polaca, para cuestionar el panrusismo que pregonaba el RSDRP (E. H. Carr, *La revolución bolchevique (1917-1923)*. Alianza Editorial, Madrid, 1972. t. I, p. 49). Pero uno se pregunta si este matiz, dado que fuera deliberado, procedía de Rosa o de Potrésov. Las citas están tomadas de *Leninism or Marxism?* (editado por Bertram D. Wolfe), Ann Arbor (Michigan), 1961. Para los comentarios de Rosa Luxemburgo acerca de Potrésov véase *Sotsial-demokraticheskoe dvizhenie v Rossii*, pp. 129 y ss.

En este artículo la emprendía no tanto con las detalladas prescripciones de Lenin como con la filosofía que las sustentaba. Aprovechó su descripción de la socialdemocracia: "jacobinos unidos a un proletariado que ha adquirido conciencia de sus intereses de clase". La noción de jacobinos la llevaba directamente a Blanqui y Nechaev —dos grandes pesadillas heréticas para los adultos de la Segunda Internacional y sus conceptos de masas. "La socialdemocracia no está unida a la organización del proletariado. Es ella misma el proletariado [...] es el poder de la mayoría dentro de su propio partido." En lugar de un comité central todopoderoso cuya potestad abarcara "de Ginebra a Lieja y de Tomsk a Irkutsk, el papel de dirigente debe pasar al yo colectivo de la clase obrera [...] La clase obrera reclama el derecho de cometer errores y de aprender en la dialéctica de la historia. Hablemos claro. Históricamente, los errores cometidos por un movimiento revolucionario de verdad son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del más clarividente comité central."[53]

La analogía que establecía Lenin con la disciplina de una fábrica, como una buena escuela para un partido revolucionario, hizo a Rosa atacar no sólo este símil —tal vez desacertado— sino en general toda la preocupación de Lenin por la disciplina. Ese tipo de directiva capaz de crear o guiar un partido disciplinado era mucho más probable que hiciera retroceder a la clase obrera en lugar de hacerla avanzar:

> La tendencia consiste en que los órganos directivos [...] desempeñen un papel conservador. La actual política táctica de la socialdemocracia alemana es útil precisamente porque es elástica al mismo tiempo que firme. Esto es señal de la buena adaptación del partido, en los menores detalles de su actividad cotidiana, a las condiciones de un régimen parlamentario. El partido sabe utilizar todos los recursos del terreno sin modificar sus principios. Si hubo inercia y un exceso de táctica parlamentaria en Alemania, se debió a la demasiada dirección, no a la falta de ella, y si adoptáramos la fórmula de Lenin, esa inercia conservadora en vez de disminuir aumentaría. Esa camisa de fuerza resultaría mucho peor para la naciente socialdemocracia rusa en vísperas de sus batallas contra el zarismo.[54]

El oportunismo —contra el cual serviría de baluarte, según Lenin, una organización centralizada— no era un ingrediente extraño que hubiera hecho entrar la democracia burguesa occidental en el partido ruso por mediación de viles intelectuales que buscaban carrera en la socialdemo-

[53] *Leninism or Marxism?*, op. cit., pp. 84, 89, 108.
[54] Ibid., p. 93.

cracia. (¿Pensaría Rosa en sí misma?) Era natural hallarlo en el contexto de "una sociedad rusa políticamente atrasada"; estado normal e inevitable, sólo se curaría con el tiempo, el trabajo y la experiencia.

Pero el debate no debe —aunque suele— verse como una colisión entre dos conceptos fundamentalmente irreconciliables de la organización y aun de la revolución.[55] En primer lugar, el conocimiento que tenía Rosa de las condiciones de Rusia era en realidad mucho más reducido de lo que parecía; su competencia sólo era considerable comparada con la del resto de las personas que estaban en Alemania. Ella argumentaba con los rusos basándose en su experiencia alemana. Enaltecía las virtudes alemanas con bastante más energía de lo que autorizaba su fe en ellas, o de lo que de otro modo hubiera hecho en cualquier contexto que no fuera el ruso. Nunca hizo semejante comparación entre las condiciones polacas y las rusas, aunque no hubiera sido menos válida. En segundo lugar, como hemos apuntado, sus propias actitudes en el partido polaco difícilmente se compaginaban con ese afán de "democracia"; en lugar de controlar las organizaciones locales, las desdeñaba olímpicamente. Jogiches, por otra parte, trató después de instituir un sistema de control tan rígido como el de Lenin, aunque no expusiera una teoría de centralización. No debemos olvidar nunca que la argumentación se hacía más aguda por la polémica particular. Con Lenin sucede otro tanto. Por lo demás, en este caso Lenin dio el insólito paso de reconocerlo francamente al decir que todos sabían ahora que los economicistas habían torcido el palo hacia un lado. Para volver a enderezarlo había que torcerlo hacia el otro, "y es lo que hice". Lenin estaba seguro de que la socialdemocracia rusa podría enderezar el palo siempre que lo torciera cualquier tipo de oportunismo y que siempre estaría derecho y listo para la acción.[56] Rosa Luxemburgo también solía estar dispuesta a dejar cierto margen a la excesiva rigidez cuando se trataba de revolucionarios genuinos —como en el caso de Guesde—, pero no quiso hacer tal concesión a Lenin. Es más: tuvo buen cuidado de dar a su artículo el aspecto menos polémico posible, como si lo que afirmaba fuera el mínimo razonable.

Es inevitable la conclusión de que en todas las negociaciones con los rusos y en su debate con Lenin, Rosa Luxemburgo hizo gala de una tortuosidad y una sofistería que en su contexto alemán ella hubiera es-

[55] La tradición liberal y socialista occidental ha acoplado el artículo de Rosa Luxemburgo con su último comentario sobre la Revolución de Octubre, y es significativo que el editor norteamericano de su obra publicó estos dos artículos en un libro aparte, como indicadores de una crítica consistente y fundamental del bolchevismo (véase *supra*, cap. I, p. 21).

[56] *Vtoroi s"ezd RSDRP, Protokoly,* Moscú, 1959, p. 136; también *Leninskii Sbornik,* t. VI, pp. 220-49.

tigmatizado como inferior a todo desprecio. Hay en ello mucho de la vida rusa y polaca, sobre todo tratándose del PPS. Es casi como si se tratase de gente diferente. La cuidadosa y secreta compartimentación no era meramente una comodidad, una diferencia de procedimientos y métodos según la clase de gente con quienes tenía que tratar, sino un sustantivo conflicto de actitudes, mutuamente incompatibles, que había que tener separadas. Hasta cierto punto Rosa siempre tuvo conciencia de ello, y sermoneaba a Jogiches sin comprender hasta dónde llegaba su propia esquizofrenia. Su valoración objetiva de las necesidades de sus dos diferentes mundos y las respuestas que solicitaban era bastante perspicaz, pero hay algo más fundamental, más allá de las diferencias nacionales. La difícil relación entre ideología y acción pragmática se ha identificado como un problema continuo para todos los partidos políticos, *independientemente* de su ideología; pero cuando más intensa es ésta, más crece la dificultad. ¿Dónde termina la pertinencia de las afirmaciones ideológicas para la política práctica y dónde empieza el mero simbolismo o ritual funcional con el fin de asegurar la legitimidad o la unidad? El problema se agudiza en cualquier evaluación de las acciones y los programas políticos de Lenin, y es aún peor cuando se trata de la Unión Soviética o la China de nuestros días. En el caso de Rosa Luxemburgo, ¿hasta dónde era un empeño genuinamente ideológico y hasta dónde retórica simbólica[57] la famosa unidad con el proletariado ruso? Y lo más importante de todo: ¿fue el conocimiento de que la diferencia entre predicación y práctica era la tónica del SPD lo que le hizo conciliar casi puritanamente su propia táctica con las ideas que manifestaba? Es probable; en cuyo caso la polémica tan personal de ella (y de Lenin) era una concesión inconsciente a la política primitiva, todavía muy personal, de Oriente. Allí era necesario confirmar la unidad ideológica antes que nada, mientras que en Alemania se había llegado ya a un nivel en que predominaban la elección de políticas y de los medios de aplicarlas.

Pero Rosa Luxemburgo nunca fue capaz de polemizar de encargo ni de manifestar una opinión que no fuera sinceramente suya. Su llamado en pro de ancha participación popular en la actividad socialdemócrata se debía en parte a un trasplante excesivo de las condiciones alemanas idealizadas al contexto ruso, del mismo modo que las condiciones de Lenin eran demasiado estrictamente rusas para tener validez universal. Pero por debajo de esto había una cuestión fundamental, relativa ya no a la organización sino a la conciencia de clase, a su índole y su

[57] En términos sociológicos, la diferencia es entre la función *pragmática* y la *expresiva* de las ideologías. Para un análisis de la Unión Soviética en tales términos véase Z. Brzezinski, *The Soviet Bloc-Unity and Conflict*, Cambridge (Mass.), 1960.

desarrollo. Lenin creía que sin el esfuerzo activo de una minoría selecta revolucionaria la conciencia de clase del obrero estaba condenada a un círculo vicioso de impotencia, y que nunca podría elevarse sobre el nivel económico de la actividad sindical. Ésta había sido la materia de su lucha con los "economicistas" (quienes de hecho hubieran estado de acuerdo con muchas de sus proposiciones; como solía, Lenin agudizaba su análisis atribuyendo a sus contrarios una opinión extremada que tenía poca relación con la realidad). Pero en verdad él veía el desarrollo de la conciencia de clase en función de un esfuerzo crítico mínimo semejante al de los modernos economistas en relación con el "despegue" del desarrollo; un volumen de esfuerzo inyectado en el sistema mayor que él sería normalmente capaz de engendrarse a sí mismo. Por otra parte, Rosa Luxemburgo creía que la conciencia de clase era esencialmente un problema de fricción entre la socialdemocracia y la sociedad. La fricción era entonces la principal función de la conciencia de clase. Cuanto más íntimamente estaba la socialdemocracia enzarzada con la sociedad burguesa en todos los frentes —económico como político, industrial como social, mental como físico— tanto mayor y más rápido era el crecimiento de la conciencia de clase. No era una tangente sino un continuo. La solución de Rosa era siempre mayor fricción, mayor enzarzamiento; un enfrentamiento cara a cara y puño a puño, en lugar de una inyección específica y peculiar de energía por alguna élite. Con su propia experiencia y su modo de vida demostraba que las élites eran necesarias, pero el que debiera dárseles una función específica en la teoría o la estrategia marxista era otra cosa muy distinta. Ella no era analista ni practicante del poder sino de la influencia; en lugar de una dinamo que moviera toda la fábrica socialista, la élite debía ser un magneto con un fuerte campo de influencia sobre las estructuras existentes, y un magneto además cuya intensidad efectiva creciera a medida que la mayor fricción aumentaba el voltaje de la corriente eléctrica. Una vez más, la fricción era la fuente de toda la energía revolucionaria, análisis ya indicado en su *Reforma social o revolución* y muy elaborado, como ya veremos, después de 1910.

El hecho de que este problema nunca se planteara directamente en su polémica con Lenin sin duda se debe al contexto organizacional dado de la argumentación (véase nada más el título de su artículo), y a su tendencia polémica más que exploratoria. Como Lenin, ella veía en la disputa un encuentro entre el oportunismo y la aplicación de principios consecuentes; la única diferencia entre ellos era sobre cuál era cuál. Para lidiar con el concepto leniniano de oportunismo, inmediatamente se ponía sus gafas alemanas, y al punto se borraban las circunstancias peculiares rusas que habían producido originalmente este concepto; todo cuanto

veía Rosa era la familiar versión bernsteiniana que ya tratara en *Reforma social o revolución*.

Tenemos así tres factores a considerar. Uno, el medio ruso-polaco y su modo de debate, el empleo de *técnicas* rusas en lugar de alemanas por ambos lados. Otro, la real diferencia filosófica entre el esfuerzo de la élite leninista y la influencia de la élite luxemburguiana, debida a una diferencia en la estimación ontológica de la conciencia de clase. Y en tercer lugar las evocaciones conscientes e inconscientes por ambas partes de la *experiencia* que no concordaban: el individualismo centrífugo ruso y la indisciplina que Lenin conocía y la defensa de Rosa frente a la embestida alemana contra la validez y la importancia de la teoría marxista, en favor del pragmatismo reformista. Estos tres factores son de género diferente pero muy difíciles de separar. Mas habiéndolos identificado es posible verlos distintos con todo dramatismo en la acción. Por eso el siguiente trozo muestra la tensión entre la presión ejercida por la filosofía de la conciencia de clase y el marco parcialmente restrictivo del contexto bernsteiniano, con su dicotomía de medios y fines. La tendencia de la argumentación se echa de ver fácilmente. En primer lugar, la conciencia de clase:

> Por primera vez en la historia de la civilización las personas expresan su voluntad conscientemente y en oposición a toda clase dominante. Pero [en definitiva] esta voluntad sólo puede satisfacerse allende los límites del sistema existente. Hoy la masa sólo puede adquirir y corroborar esta voluntad en el curso de la lucha cotidiana contra el orden social existente, es decir: dentro de los límites de la sociedad capitalista.

Después, en lugar de dirigir su argumentación específicamente contra el concepto leninista de conciencia de clase, Rosa Luxemburgo, volvía súbitamente a la relación "alemana" entre medios y fines, entre revolución y reforma, que en realidad no tenía nada que ver en la polémica.

> Por una parte tenemos la masa; por la otra, su objetivo histórico, situado fuera de la sociedad existente. Por una parte, la lucha cotidiana; por la otra, la revolución social [...] De ahí se deduce que este movimiento puede adelantarse mejor zigzagueando entre *los dos peligros que constantemente lo amenazan*. Uno, la pérdida de su carácter de masa; el otro, el abandono de su objetivo. Uno implica el peligro de volver a la condición de partido o facción; otro, el de convertirse

en movimiento burgués de reforma social.[58]

Rosa encajaba la tesis de Lenin en el debate del revisionismo alemán con medios draconianos; sencillamente se convertía en el extremo opuesto al mal bernsteiniano —sectarismo en lugar de reformismo, ambos encaminados a divorciar la revolución social de las actividades cotidianas. La argumentación es finalmente circular. Ambos extremos llevan al fracaso, sólo la posición central y correcta lleva al éxito. El asunto de que se trataba en realidad —el de los medios esencialmente, ya que Lenin no era ni un ápice menos revolucionario que Rosa Luxemburgo— se había olvidado.

Nunca es problema fácil el de confrontar dos series de ideas, aun cuando se relacionen causalmente en una polémica específica. Las mismas oscuras disonancias se advierten en las otras disputas posteriores entre Lenin y la Luxemburgo: la cuestión de las nacionalidades, la Revolución de Octubre, el imperialismo. Y no sólo con Lenin, claro está. La presente elaboración advertirá al lector contra las confrontaciones demasiado fáciles y simplificadas. No se trata solamente de democracia contra autoritarismo. Y hay además toda la multitud de *acuerdos* latentes que ni siquiera asoman a la superficie en esta polémica; el más importante de ellos es el empeño conjunto en la acción revolucionaria, como lo iban a mostrar los acontecimientos de 1905-1906. La diferencia entre hacer y hablar, que acabó por unir a Lenin y la Luxemburgo en un bando, ni siquiera parecía existir en 1904. Tampoco la acusación de espontaneidad, con su supuesto de que si se da mucha importancia a la acción de las masas se reduce proporcionalmente la función de la directiva. Para analizar los conflictos de ideas es buena la retrospectiva histórica —con tal de declararla en la frontera y no querer meterla de contrabando so pretexto de que tiene derecho de residencia y puede exigirse perfectamente a los participantes de aquel entonces.

De todas las aportaciones extranjeras a la causa menchevique, sólo la de Rosa Luxemburgo fue atinada, aunque Mártov había esperado que la intervención de Kautsky fuera su arma más poderosa. El artículo de Rosa picó de tal modo a Lenin que le incitó a una curiosa y típica respuesta que envió a la *Neue Zeit*, pero Kautsky se negó a publicarla. En realidad fue Rosa, a quien le llegó primero para que opinara, quien la rechazó despectivamente calificándola de "charlatanería".[59] Es signifi-

[58] *Leninism or marxism?*, p. 105. Subrayado mío; la cita se refiere directamente a *Reforma o revolución*.

[59] Véase *Cartas a Karl* y *Luise Kautsky*, p. 91, carta fechada en el verano de 1905. El artículo de Lenin se intitula "Un paso adelante, dos pasos atrás (Respuesta a

cativo que Lenin no tratara a la Luxemburgo como a una polaca, oponente de su misma categoría que había estado durante diez años dentro de la órbita de la socialdemocracia rusa, sino como a un distinguido comentarista extranjero revestido de toda la majestad del SPD. Declaró que se debía agradecer a los camaradas alemanes la atención que dedicaban a la literatura del partido ruso y su intento de diseminar esta literatura en los círculos socialdemócratas alemanes. Tampoco presentó combate en todo el frente; cuanto más se empeñaba ella en discutir primero los principios, tanto más quería él argumentar en torno a hechos concretos. Señaló que Rosa Luxemburgo hablaba de absolutos e ignoraba las verdades relativas. Por ejemplo, se le escapaba por completo el objeto del deseo ruso de control centralizado, preocupado como estaba por los horrores del control en sí.[60] Analizaba cuidadosamente la votación del congreso, y en verdad él fue el primer psefólogo científico del marxismo; ¿no había dado el congreso a sus ideas la aprobación de una clara mayoría (bolchevique)? Pero ante todo, el artículo era defensivo. Había aprendido la lección; en adelante, los grupos marginales estarían fuera de su partido o por lo menos quedarían en la periferia. No volvería a correr el riesgo de una confrontación pública. Era una lección que recordó incluso después de 1906, cuando los polacos empezaron a tener un papel importante en el RSDRP; esta vez los trató no como a alemanes sino como a cualquier opositor ruso. Mientras tanto, se preparaba para el siguiente congreso, donde no habría polacos. El caso es que el tercer congreso del RSDRP lo dominaron los bolcheviques, y que se rehusó amablemente el ofrecimiento alemán de servir de mediador en la disputa del partido ruso.[61]

Por ello, fue escaso el efecto que produjo Rosa Luxemburgo en la disputa entre bolcheviques y mencheviques. A Lenin podían afectarle los comentarios extranjeros, pero eso no le haría modificar su política lo más mínimo.[62] Solamente la Revolución Rusa hizo olvidar temporalmente la

Rosa Luxemburgo)", reproducido primeramente en *Sochineniya,* t. VII, pp. 439-50. Este artículo lo redactó Lenin en Alemania con ayuda de un amigo desconocido.

[60] Ibid., pp. 439-41.

[61] *Tretii s''ezd RSDRP, Protokoly,* Moscú, 1959, pp. 339-40. El congreso se celebró en abril y mayo de 1905.

[62] Durante todo 1905, Lenin se afanó en presentar a sus lectores cierto número de referencias derogatorias a lo que para entonces ya se había concretizado en forma de una teoría marxista especial pero falaz de organización: la *organización como proceso* de Rosa Luxemburgo. Por lo general presentaba las opiniones de Rosa como "poco más que defender la falta de principios", y "algo que no se puede tomar en serio" (véase por ejemplo *Vpered,* 14 de enero, 14 de febrero y 21 de febrero de 1905). Naturalmente no desperdiciaba la oportunidad de meter a Rosa en el mismo saco que a Axelrod y otros mencheviques. El resumen más reciente de la literatura de estos asuntos puede hallarse en Luciano Amodio, "La

pelea; pero en cuanto pasó volvió a aparecer el enfrentamiento bolcheviques-mencheviques, agudizado por un nuevo encono posrevolucionario que hasta oscureció los argumentos anteriores. No fue sino mucho más tarde, después de la muerte de Rosa Luxemburgo, cuando se sacaron a relucir sus comentarios aislados sobre los problemas organizacionales de la socialdemocracia rusa y se utilizaron para montar la nueva tecnología de la construcción de la legitimidad política con base en los alineamientos históricos por o contra Lenin.

confrontación de Lenin y la Luxemburgo acerca de la organización del partido", *Quaderni Piacentini,* t. IV, n. 21, enero y febrero de 1956, pp. 3-20.

Esta controversia dejó naturalmente su huella en la polémica subsiguiente, y la crítica que hizo Rosa de Lenin se ha aprovechado muchas veces como prueba —procedente de una fuente marxista impecablemente revolucionaria— de las tendencias fundamentalmente dictatoriales y burocráticas de Lenin. Se hace referencia bastante amplia al respecto en las siguientes obras de importancia: F. Dan, *Proishchozdenie Bolshevizma,* Nueva York, 1946; N. Valentinov, *Mes rencontres avec Lénine,* París, 1964; Bertram D. Wolfe, *Three who made a Revolution*; véase también Amodio, op. cit., pp. 9-10, nota 10.

VIII

LA REVOLUCIÓN REBASA A LOS REVOLUCIONARIOS. 1905-1906

1: ALEMANIA

A los ojos de sus contemporáneos, la Revolución Rusa hizo erupción dramáticamente el 22 de enero de 1905. A un acto de violencia caracterizada en las inmediaciones de San Petersburgo siguieron repercusiones tan intensas y violentas como para justificar la sagrada palabra de revolución, un proceso continuo y sobre todo entrelazado, con enormes aunque imprevisibles consecuencias. Solamente después, al buscar una perspectiva, se identificaron y apreciaron las señales de advertencia anteriores, pero en su tiempo, el aspecto principal de la Revolución Rusa fue su maravilloso carácter repentino. La sorpresa fue universal: para el gobierno zarista, con el paladar estragado por años de informes policiacos horripilantes; para los lejanos alemanes, que pensaban que del este sólo podían venir pendencias, caos y terrorismo; para la mayoría de los revolucionarios profesionales como Mártov, Lenin y Rosa Luxemburgo. El hecho de que ésta elaborara después una relación entre la ola de huelgas que empezó en los últimos años del siglo anterior y los acontecimentos de 1905 es prueba solamente de su sentido de la historia y no de percepción especial contemporánea.

Rosa Luxemburgo se puso en movimiento inmediatamente. Intensificó sus actividades en sus dos papeles: la postulación de tareas para los proletariados ruso y polaco y la traducción de estos eventos revolucionarios para beneficio de los socialistas alemanes. Aunque la importancia de la Revolución Rusa era suficientemente grande para requerir un reportaje detallado punto por punto, Rosa siempre traducía las lecciones de aquellos sucesos al contexto alemán. Su énfasis y su selección eran deliberados. Tenía la suficiente conciencia de las diferencias existentes entre las dos sociedades y entre los dos movimientos socialistas, el de Rusia y el de Alemania, para comprender que era necesario puntualizar; las lecciones se hubieran perdido si se daban sin distinguir. Es probable que fuera Rosa la única persona capaz de llevar a cabo esta doble tarea; y durante 1905 dedicó a ella casi todos sus esfuerzos. Era el problema más importante de la actualidad. "La relación entre la vida política y social en casi todos los Estados capitalistas es hoy tan intensa que los efectos de la Revolución Rusa serán enormes en todo el mundo lla-

mado civilizado —un efecto mucho mayor que el de cualquier revolución burguesa de la historia."[1]

Aunque en Alemania no hubiera hechos revolucionarios de envergadura semejante a los de los rusos, había algunos indicios de fermentación en la superficie. Alemania también era presa de fuerte tensión, de una fiebre que azotaba las regiones más fortificadas y los confines nacionales como una plaga. En 1905, el número y la extensión de las huelgas alcanzaron nueva culminación en Alemania; tanto los sindicatos como los patrones manifestaban un endurecimiento de su actitud, y el lenguaje del conflicto de clases se insinuaba en los enfrentamientos más comunes. Los acontecimientos de Rusia daban un carácter político consciente a esos conflictos económicos. Al mismo tiempo, el primer movimiento verdadero en pro de la reforma del sufragio en Prusia cristalizaba en un gancho político para la nueva militancia; la orientación política de la socialdemocracia se centraba en esta cuestión. La acción recíproca entre las insatisfacciones políticas y las económicas —que Rosa elevó después a rasgo peculiar de un periodo revolucionario— estaba claramente en obra en los primeros meses de 1905. Nada de esto se debía específicamente a la Revolución Rusa, pero en la prensa alemana se estudiaban los acontecimientos de Rusia y ello sin duda elevaba la temperatura. La socialdemocracia alemana tenía un claro sentido de solidaridad con el proletariado de Rusia y de vez en cuando se podían oír en tono menor llamados a la emulación.

Como los años de 1905-1906 no sólo contribuyeron directamente al desarrollo de la política del SPD sino que después se convirtieron en abundante venero de recriminaciones y malos entendimientos en el partido, hay que hacer un breve resumen de los efectos generales de la Revolución Rusa en la socialdemocracia alemana. El partido en su conjunto, o sea el comité ejecutivo y los elementos del SPD que creaban e interpretaban el consenso, sin duda se movía hacia la izquierda. Debe decirse que esa izquierda no eran los brazos de los "revolucionarios románticos extranjeros" como Rosa Luxemburgo y Parvus, sino la disposición a estudiar una acción positiva y a elaborar tácticas en consecuencia. La idea de la huelga general estaba muy de moda. Ya en 1904 la *Neue Zeit* había abierto sus páginas a quien quisiera colaborar en torno al tema, y había favorecido activamente la discusión de la táctica así como de implicaciones más vastas. Los anarquistas y sindicalistas que la socialdemocracia ortodoxa había empujado antes a la clandestinidad salían ahora a la superficie como hongos en torno al SPD; cuando se

[1] "Reflejo de llamas revolucionarias", *SAZ*, 29 de abril de 1905 (número especial del Primero de Mayo).

producía algo parecido a "su" huelga general les parecía que iba a volver otra vez a la legitimidad. Por primera vez durante años aparecían invitados oradores anarquistas en las plataformas provinciales socialistas. La prensa ortodoxa del partido encabezada por *Vorwärts* era mucho más cauta, pero también ella daba lugar preferente a los acontecimientos rusos y en los primeros meses se abstuvo de sermonear sobre la diferencia entre el caos ruso y el orden alemán. El "buen viejo soñoliento de *Vorwärts*", "ese objeto reptante e invertebrado", estaba entre los primeros que saludaban ahora a los trabajadores rusos.[2] Y en un aspecto más práctico, los representantes rusos en Alemania, que vivían en un opaco mundo de círculos ilegales y de seudónimos, hallaban de repente interés y simpatía entre sus huéspedes. Las actitudes pequeñoburguesas y perplejas de indiferencia benévola de los camaradas alemanes se mudaron rápidamente en espontáneas manifestaciones de buena voluntad y ofrecimientos de ayuda práctica; los estudiantes alemanes y los rusos descubriéronse súbitamente muchas cosas en común.[3] Aún más importante en la creación de solidaridad fue el aspecto negativo de la persecución común; las autoridades alemanas se ponían mucho más severas con todos los socialdemócratas sospechosos de aumentar el desconcierto del primo imperial ruso del Kaiser.

Por toda Alemania se celebraban reuniones en apoyo de los revolucionarios rusos, con discursos inflamados de los miembros del comité ejecutivo, seguidos de colectas para proporcionar una ayuda más práctica. El dinero era, como de costumbre, la principal exportación del rico y bien organizado SPD. El año de 1905 fue de agitación en gran escala, y no siendo año de elecciones, la agitación estaba exenta de las limitaciones que imponía la necesidad de solicitar votos. En 1905, la atmósfera en Alemania tenía un nuevo sabor: en lo alto, una propensión a pensamientos y planes más radicales; en la base, una nueva militancia que pedía con apremio confrontaciones políticas y económicas sistemáticas entre el socialismo y la sociedad. Este año de mayores esperanzas dejó en sí pocas huellas positivas en la cumbre o en la base, pero sí recuerdos sobre los cuales pudo edificar cinco años después a

[2] Para los reportajes sobre la revolución en la prensa alemana, derechistas como izquierdistas, véase la exhaustiva colección "*Die russische Revolution von 1905-07* im Spiegel der Deutschen Presse", vols. 2/III a 2/VII en la serie *Archivalische Forschungen zur Geschichte der Deutschen Arbeiterbewegung*, 2a. serie, Berlín (Este), 1955-61.

[3] Véase M. Liadov, *Iz zhizni partii v 1903-07 godaj (Vospominaniya)*, Moscú, 1956, en particular p. 16, y O. Piatnitsky, *Zapiski bolshevika*, Moscú, 1956, p. 38. Pero ninguna de estas dos obras hace justicia al súbito *frisson* de solidaridad rusoalemana en 1905; ambas fueron escritas tras de muchos años de acusaciones de *aburguesamiento* de los comunistas a los socialistas alemanes.

conciencia una nueva ola agitadora. Y para un pequeño grupo del ala izquierda, los acontecimientos de Rusia y Alemania echaban la semilla de la revolución real, que nunca podría ser desarraigada del todo. Fueron ellos quienes inculcaron la idea de que 1905 era un precedente alemán tanto como ruso que no podría ser denegado, aunque agrandaban la importancia que en el proceso había tenido el sentimiento revolucionario alemán. Fue éste el grupo a quien dio Rosa Luxemburgo dirección intelectual y ejemplo personal, porque durante casi un decenio ella fue casi la única encarnación de la validez de aquella experiencia. La posterior declaración de Karl Rádek de que "con *Huelga de masas, partido y sindicatos* [de Rosa Luxemburgo] empieza la separación del movimiento comunista de la socialdemocracia en Alemania" tal vez fuera elíptica, pero no era falsa.[4]

Al estallar la Revolución Rusa, el SPD apenas acababa de salir de su largo forcejeo con el revisionismo. Después del congreso de 1903, el comité ejecutivo se consideraba victorioso y sus aliados atentos a la teoría estaban en el candelero en todo el mundo. Kautsky y Rosa Luxemburgo mano a mano habían llevado a la Internacional la bandera del triunfo alemán sobre el revisionismo, y de Amsterdam habían vuelto con una victoria aún más sonada. Los partidarios del revisionismo capaces de expresarse habían quedado por fin reducidos al silencio. El ataque al revisionismo de índole práctica se había lanzado directamente contra el campo del sur; contra el bastión de las llamadas condiciones especiales que lo permitían todo. Los dirigentes del partido alemán tenían toda clase de razones para estar contentos consigo mismos, y Kautsky era de lo más optimista. Con el revisionismo al parecer acabado, ahora iba a poder dedicar su energía intelectual a formular una estrategia más agresiva en favor de un partido más unido.

Pero la unidad era más aparente que real. Los líderes sindicales, pragmatistas todos, habían estado relativamente callados durante el diluvio verbal a propósito del revisionismo; sólo habían opuesto resistencia cuando los intelectuales los atacaron directamente, cuando —sobre todo los extranjeros— se habían declarado autorizados a hablar en materia de

[4] *Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogiches,* Hamburgo, 1921, p. 15. Para un breve análisis de los efectos de la Revolución Rusa en el pensamiento oficial del SPD véase H. Schurer, "La Revolución Rusa de 1905 y los orígenes del comunismo alemán" en *The Slavonic and East European Review,* t. XXXIX (1961), pp. 459-71. Un examen completo de los archivos oficiales alemanes sobre el efecto de la revolución en Alemania en general, el SPD, los partidos burgueses y los gobiernos del Reich tanto como los provinciales se halla en "Die Auswirkungen der ersten Russischen Revolution von 1905-07 auf Deutschland", vol. 2/I y 2/II en la serie *Archivalische Forschungen zur Geschichte der Deutschen Arbeiterbewegung,* Berlín (Este), 1955-61.

organización con una competencia que ellos, era evidente, no tenían. No obstante, el debate en torno a la huelga general, que había empezado en 1904 en el santuario relativamente lejano de la *Neue Zeit*, estaba pasando ahora a la nave principal. Los votantes de los distritos —en Alemania, como en Inglaterra, se contaban entre los más radicales del partido—, parecían poseídos por el demonio de la huelga de masas y reclamaban el derecho de intervenir en los asuntos sindicales locales. Como el debate se acercaba peligrosamente a la consideración del cuándo y el cómo, los líderes sindicales se vieron obligados a salir a la palestra. No sólo los agitadores inveterados iban y venían con su utopía de la huelga de masas sino que hasta los revisionistas como Bernstein y el doctor Friedeberg, a quienes la huelga les parecía tan sólo un arma para asustar, estaban activamente empeñados en la discusión. Ya no se trataba de si la huelga de masas era factible o no, sino de hasta qué punto el comité ejecutivo del partido podría mantener el control de la huelga. Los líderes sindicales estaban ya inquietos por la erupción de huelgas industriales que se estaba presenciando. En enero de 1905 los líderes de los mineros habían intentado impedir un paro en gran escala en el Ruhr. Sus colegas del consejo central hicieron cuanto pudieron para impedir que aquello se propagara a otras industrias. Y cuando llegó el momento en que se ampliaron deliberamente las huelgas con fines puramente políticos, como el sufragio en Prusia, los líderes se espantaron. En el congreso sindical trienal de Colonia, en mayo de 1905, afrontaron resueltamente el problema y pasaron a la ofensiva. No había allí duchos plumíferos del partido con sus pullas y sus chistes, ni ningún miembro del comité ejecutivo del SPD que predicara la solidaridad de partido. Era ésta la plataforma donde podían declararse los intereses particulares de los sindicatos sin trabas de consideraciones externas. Alocución tras alocución iban reflejando las preocupaciones de los líderes sindicales; los sindicatos no eran suficientemente fuertes para hacer "experimentos" —¡por lo menos mientras no estuviera garantizado el éxito! ¿Y los problemas eminentemente prácticos de alimentar y vestir a las familias de los huelguistas? Y no se podría impedir que los patrones aprovecharan el desconcierto para cerrar fábricas y reducir salarios, mientras los sindicalistas gastaban su fuerza en batallas políticas en que sólo tenían un interés marginal. Con seguridad la solución estaba en mayor y mejor organización y, sobre todo, en paz y tranquilidad para lograrla. "Dejémonos de hablar de huelgas de masas [...] las huelgas generales son tonterías generales."[5]

[5] Para el congreso de Colonia véase K. Kautski, *Der politische Massenstreik*, Berlín, 1914, pp. 117 y ss. La declaración en sí se atribuye a Auer, secretario del partido (véase *Protokoll SPD 1906*, p. 246).

Los dirigentes sindicales creían poder identificar rápidamente a su principal enemigo: esa misma intratable Rosa Luxemburgo que había rebajado y anulado los decenios de magnífica labor de ellos con la metáfora de Sísifo. La extranjera, la fémina, la novicia que vociferaba por el país, predicando la revolución y provocando el caos en la civilizada, culta y segura Alemania —todo el caos y la miseria de la atrasada Rusia. Otto Hué, el líder de los mineros, terminaba un artículo en el número de julio de su periódico sindical con algún consejo en pago.

> En Rusia llevan casi un año de terrible lucha por la libertad. Siempre nos hemos preguntado por qué nuestros expertos en "teoría de la huelga general" no se van a toda velocidad a Rusia para adquirir experiencia práctica, para participar en la batalla. En Rusia, los obreros están pagando con su vida. ¿Por qué todos esos teorizantes, que de todos modos vienen de Polonia y Rusia y están ahora sentados en Alemania, en Francia y Suiza garrapateando artículos "revolucionarios", no se presentan en persona en el campo de batalla? Ya es hora de que todos esos poseídos de excesivo celo revolucionario tomen parte práctica en el combate de Rusia por la libertad en lugar de andar discutiendo de huelgas de masas en los centros vacacionales. Vale más hacer que decir, así que ¡vámonos al frente de Rusia, teóricos de la lucha de clases!

Los revisionistas hicieron coro. Ésta era la oportunidad de desquitarse de su principal adversario sin meterse en problemas de principio que podían desencadenar una vez más sobre sus cabezas la cólera del comité ejecutivo. Los *Sozialistische Monatshefte* decían sarcásticamente de Rosa que era una imitación de Juana de Arco. El espectro de la verdadera revolución hacía de los asuntos del SPD algo de interés apremiante incluso para la prensa liberal. Habían empezado a hablar ya de la "sangrienta Rosa" y como de costumbre gozaban con las disensiones del campo socialista y repetían encantados el grito del sensato líder minero. "Excelentes palabras —escribía Friedrich Naumann en *Die Hilfe*—: que nos diga ella por qué no es lo bastante *internacional* como para salir al punto para Varsovia."[6]

Rosa Luxemburgo devolvió la cortesía. Por primera vez declaró abierta que los dirigentes sindicales eran el más peligroso vehículo del revisionismo en la actualidad dentro del partido. En discursos pronunciados durante todo el año comparaba los heroicos hechos de los obreros rusos

[6] Citado por Rosa Luxemburgo en su discurso del 21 de septiembre de 1905 en el congreso del partido en Jena, *Protokoll... 1905*, p 269.

con la política pusilánime de apaciguamiento seguida en los sindicatos alemanes. El Primero de Mayo en Rusia y Polonia, ocasión tradicional para manifestaciones de la clase obrera, había producido estallidos proporcionalmente significativos de huelgas y protestas en aquel año de revolución. Rosa analizaba los sucesos de mayo detalladamente en la prensa alemana y ocupaba un lugar preferente en *Vorwärts*. La alusión al ejemplo a seguir en Alemania, donde el espíritu del Primero de Mayo nunca había hallado verdaderamente asidero, era apenas velada.[7] Después del congreso sindical de Colonia analizaba sus debates y decisiones y veía en ellos primeramente la renuncia al nuevo espíritu revolucionario de Alemania y en segundo lugar, una declaración sindical de independencia respecto a la supremacía del partido. La decisión de Colonia equivalía a un desconocimiento total de las profundas necesidades sociales que habían sido la causa primera del fenómeno de la huelga de masas. Y lo peor de todo era su carácter localista: para escapar a las inexorables exigencias de la revolución social, los líderes sindicales se encerraban en una arrogante suficiencia alemana que no era otra cosa que una versión mayor, nacional, del particularismo del sur alemán.

> Bélgica, no vale la pena de estudiarla [...] un país latino, "irresponsable", que los expertos sindicalistas alemanes pueden permitirse mirar por encima del hombro. Rusia, bueno, Rusia, "tierra salvaje" [...] sin organización, sin fondos sindicales, sin funcionarios: ¿cómo podía esperarse que los serios y "experimentados" funcionarios alemanes aprendieran algo de ella [...] por más que fuera en Rusia precisamente donde el arma de la huelga de masas había hallado inesperada y estupenda aplicación, instructiva y ejemplar para todo el mundo obrero?[8]

Su alusión era profética, aunque entonces pasara inadvertida para la dirección del partido: al año siguiente, mientras Rosa Luxemburgo estaba en Varsovia, los dirigentes del partido y los sindicatos hubieron de hacer frente a una crisis constitucional acerca de su autoridad respectiva y de sus relaciones mutuas. Para entonces el comité ejecutivo del SPD también estaba ya harto de revolución. En su convenio con los dirigentes sindicales en febrero de 1906 éstos recibían autonomía oficialmente en todas las cuestiones sindicales y en la práctica el partido renunciaba a todo derecho a imponer una línea política a los sindicatos si éstos no la aceptaban plenamente. El hecho de que el acuerdo fuera secreto era la prueba de que se apartaba de las prácticas reconocidas y

[7] Véase *Vorwärts*, 3, 4, 6 y 7 de mayo de 1905.
[8] "Die Debatten in Köln", *SAZ*, 31 de mayo de 1905.

establecidas. Con esto, la participación de la ejecutiva en la atmósfera revolucionaria de 1905, ya de por sí desalentada y deficiente, había llegado a su fin.

Pero Rosa Luxemburgo no era tan sólo el más osado exponente de la política oficial del partido. Ya para fines de 1904 había advertido la diferencia entre medidas defensivas dentro del partido y una táctica más positiva en relación con la sociedad en su conjunto. El gasto de energía en la "persecución de miras oportunistas particulares" cada vez dejaba menos beneficios marginales; el partido en su conjunto debía ir hacia la izquierda y no limitarse a castigar a los reformistas para que volvieran a la "normalidad" socialdemócrata.[9]

Aunque Rosa veía claramente en qué difería de las actitudes oficiales del partido no dejaba traslucir gran cosa de esas diferencias en público. No era posible la oposición pública a la directiva. Sin duda sus principales consideraciones eran de orden táctico; la atmósfera de 1905 era completamente diferente de la de 1910, en que la oposición parecía invitable y por ende deseable, y la conformidad costaría más cara que los posibles riesgos de una campaña dirigida por una sola mujer. Más fundamental era la esperanza de que la lógica de la situación, la presión de los acontecimientos de Alemania y la influencia de la Revolución Rusa impulsaran por sí mismas al SPD en la dirección necesaria, de mayor actividad —y en ella lo mantuvieran. Mientras tanto, la tarea de quienes deseaban una política más radical no era oponer su propia concepción táctica a la de los dirigentes sino difundir entre el público las noticias de Rusia e insistir en su analogía con los acontecimientos de Alemania, con el fin de que las intenciones declaradas por el comité ejecutivo se volvieran realidades.

Éste era, pues, el sistema de Rosa Luxemburgo. Cuando Bebel publicó en nombre del comité ejecutivo del SPD una carta abierta el 9 de abril de 1905 pidiendo a todos los residentes socialistas alemanes en Polonia o Rusia que se unieran a los partidos socialdemócratas organizados de esos países, Rosa persuadió al comité central del SDKPiL de que reprodujera el llamado bajo su propio nombre. Era una buena arma de propaganda contra el PPS en el contexto polaco, pero también servía para subrayar la íntima relación existente entre la socialdemocracia alemana y la rusa. De modo semejante aprovechó Rosa el cauteloso interés del comité ejecutivo por la huelga de masas como prueba de legitimación oficial. Ya no era discutible la autoridad para el empleo de esa arma; lo único que quedaba por resolver era cómo, cuándo y en qué

[9] Carta de Rosa Luxemburgo a Henriette Roland-Holst, 17 de diciembre de 1904; Henriette Roland-Holst, *Rosa Luxemburg*, p. 215, y véase *supra*, p. 218.

escala debía emplearse: Rosa llevó la discusión a todos los campos posibles, de palabras, en epístola y por la prensa. Durante todo aquel año viajó por el país para hablar en mítines e iniciar discusiones. "A pesar de su enorme trabajo literario y organizacional para el movimiento revolucionario polaco y de su mala salud, desencadenó una riada de labor de agitación en Alemania."[10] Tocaba cuanta tecla podía para que la invitaran a hablar, y su posición de dirigente de un partido directamente interesado en la Revolución Rusa y el apoyo de amigos como Clara Zetkin le permitieron presentarse incluso en unas cuantas plataformas sindicales, como el sindicato de los obreros metalúrgicos, que tenían algunas organizaciones filiales muy radicales en las provincias.[11] Estas actividades fueron *in crescendo* en la segunda mitad del año. Pero siempre concediendo importancia preferente a la elaboración y la interpretación de la política oficial del SPD; Rosa tenía buen cuidado de dar la impresión de que sus discursos llevaban la bendición oficial. Lo que había cambiado no era la política (ni ella pretendía hacer una política original) sino la situación; y la nueva línea era tan sólo la adaptación dialéctica del SPD a las circunstancias. El hecho de que su interpretación de la política oficial no fuera rebatida por nadie sino los líderes sindicales se debía al ambiente general de especulación revolucionaria que el comité ejecutivo no hacía nada ciertamente por impedir. En aquellos días dejaban mucha latitud a los oradores y periodistas del partido para interpretar la política oficial; solamente después de 1910 se dedicó mayor atención a la línea oficial del partido.

El 17 de septiembre de 1905 se reunió el congreso anual del SPD en Jena para examinar, discutir y resolver como de costumbre los acontecimientos del año. Tradicionalmente, ésta era la ocasión para confrontar, y si era posible solucionar, las diferentes interpretaciones de la política del partido. Como siempre salía a la luz en los congresos el conflicto latente entre ideología y pragmatismo a que era propenso un partido como el SPD. El comité ejecutivo siempre trataba de evitar una victoria demasiado fuerte y clara de la ideología sobre las necesidales prácticas y sempiternas de la política. En los congresos del partido nunca se intentó disminuir la ideología (no la teoría); en cambio, las resoluciones del congreso se atenuaban después en su aplicación práctica. Por una parte movilizaba así el comité ejecutivo a sus defensores para impedir una desviación demasiado grande respecto de la senda media tradicional, y lograba generalmente sofocar las resoluciones demasiado

[10] *Gesammelte Werke*, t. IV, p. 387 (introducción de esta parte de Paul Frölich).
[11] Ibid., p. 118.

apasionadas. Por otra parte, aceptaba el tono establecido por el "sentido del congreso" y no iba en contra de las opiniones previsibles de la mayoría. Ésta era la medida de sus dificultades. En aquel año revolucionario de 1905 el tono era fuerte, y el comité ejecutivo no hizo gran cosa directamente para suavizarlo.[12]

Rosa Luxemburgo había llevado más lejos que nadie la analogía de la experiencia rusa y la discusión sobre la huelga de masas: hasta los confines de lo lícito. Como siempre, el congreso definiría las zonas fronterizas, aprobaría su conquista de nuevos territorios o la dejaría aislada del otro lado de la valla. El asunto a tratar de inmediato era la huelga de masas, y todo el mundo esperaba atentamente para ver qué posición tomaba Bebel en esta cuestión y hasta dónde iría. Su discurso, que duró más de tres horas, era de tono radical en su configuración general, pero, como era frecuente en él y siguió siendo, sus recomendaciones prácticas fueron "prácticas" en verdad: esperar a ver si nuestros enemigos de clase obran contra nosotros, que ya sabremos cómo responderles. El primer movimiento se lo dejaba al adversario. Dentro de este esquema, la huelga de masas tenía un puesto, pero definido y limitado. "Como para él la revolución era un acto defensivo, recomendaba ante todo la huelga de masas como arma defensiva [. . .] contra un ataque al sufragio universal o el derecho de reunión, los dos prerrequisitos de la táctica de Erfurt."[13] La importancia de Bebel nunca estaba en lo que decía sino en cómo podría interpretarse después; la exégesis e interpretación de los textos era la enfermedad profesional de la socialdemocracia alemana.[14] En gran medida reemplazaba el tono airado al pensamiento

[12] Sin duda se produjo una modificación gradual en la función del congreso del partido entre 1890 y 1905. Lo que al principio había sido un cuerpo que decidía de la política a seguir se fue transformando cada vez más en una fiesta formalista, un símbolo de afirmación ideológica que contribuía a contrarrestar la dispersión y frustración propias de la oposición permanente. Este nuevo aspecto descollante de afirmación ideológica se hizo particularmente notable en el congreso de 1905. El congreso del partido se había convertido en "una función que expresaba la ideología" y cuyos fines eran "incrementar la lealtad de los miembros del partido [. . .] a la ideología aceptada y al partido que la sustentaba". (Ulf Himmelstrand, "Un enfoque teórico y empírico a la despolitización y al compromiso político", *Acta Sociologica,* 1962, t. VI, n. 1-2, p. 91. Véase también R. K. Merton, *Teoría y estructura sociales,* FCE, 1964, cap. I.) Para un estudio de este problema dentro del contexto particular de la socialdemocracia alemana en el actual periodo véase Günter Roth, *The Social-Democratic Movement in Imperial Germany. A Study of class relations in a society engaged in industrialization,* Totowa (NY), 1963; asimismo J. P. Nettl en *Past and Present,* loc. cit.

[13] Carl E. Schorske, *German Social Democracy 1905-17,* p. 43.

[14] Y todavía es así en los países comunistas. Stalin escribía los textos (muy equívocos), e imponía su interpretación. Mao también ("Que florezcan cien flores" y el sustancial análisis de las desviaciones permisibles, por ejemplo, "Sobre la ex-

claro, y esta tergiversación fundamental obligaba a sus críticos a una dicotomía semejante entre el apoyo en público y la crítica en privado. Esta misma incertidumbre se refleja claramente en los comentarios privados de Rosa, como lo que escribió a Jogiches inmediatamente después del congreso:

> Una vez más estuve a la vanguardia de nuestro movimiento, cosa que tú no podrías sospechar leyendo el informe de *Vorwärts* [sobre el congreso], porque lo deformaron por completo. La verdad es que todo el congreso estuvo de parte mía, Bebel coincidió conmigo en todo momento y a Vollmar, que estaba sentado junto a él, casi le dio un ataque de apoplejía. En conjunto, Jena es una gran victoria para nosotros en toda la línea.[15]

A los pocos días, la atmósfera de participación simbólica del congreso había desaparecido y prevalecía una valoración más crítica. A su amiga Henriette Roland-Holst, Rosa le describía el congreso de un modo mucho menos optimista. Ella y sus partidarios ya tenían cara de "oposición de extrema izquierda". El acuerdo con el comité ejecutivo, lejos de ser genuino, era en gran parte táctico: una alianza necesaria contra los revisionistas. Si había un consenso revolucionario, el sometimiento de Bebel sería a regañadientes y no a conciencia, no deliberado.

> Estoy por entero de acuerdo contigo en que la resolución de Bebel trata el problema de la huelga de masas muy unilateralmente y sin emoción [*flach*]. Cuando lo vimos en Jena decidimos unos cuantos montar una ofensiva durante el debate para apartarlo disimuladamente de la consabida receta para la defensa de los derechos políticos y orientarlo hacia su reconocimiento como una de las principales manifestaciones revolucionarias. Pero la alocución de Bebel dio un aspecto diferente a las cosas y la actitud de los oportunistas (Heine, etc.) aún fue peor. En otras cuantas ocasiones nos hemos visto obligados los de la "extrema izquierda" a luchar no contra él sino con él contra los oportunistas, a pesar de las importantes diferencias entre él y nosotros [...] Se trataba más que nada de unirnos a Bebel y después dar a su resolución una apariencia más revolucionaria durante el debate [...] Y de hecho trataron la huelga de masas, incluso Bebel, pero

periencia histórica de la dictadura del proletariado", *Renmin Ribao,* 5 de abril de 1956). Una de las características permanentes de la revolución jruschoviana en la Unión Soviética y en las demás partes es el abandono virtual de esta dimensión exegética de toda discusión relacionada con la acción.

[15] Cartas Jogiches, fines de septiembre de 1905, IML (M).

él tal vez inconscientemente, como una manifestación de la lucha popular revolucionaria. El fantasma de la revolución dominó toda la discusión y aun todo el congreso.[16]

En el congreso, la misma Rosa consideró su tarea doble: ser la punta de lanza del ataque contra los sindicatos y hacer todo lo posible por defender las fronteras revolucionarias frente a la demarcación conservadora de Bebel. Cuanto más personalmente se le enfrentaban sus contrarios, más general era la forma de su respuesta; a todas las críticas detalladas y de índole práctica del concepto de huelga de masas y de la validez de la experiencia rusa, ella oponía la más amplia amalgama de actividad revolucionaria.

Quienquiera que escuchara los discursos precedentes en el debate acerca de la huelga política de masas se sentiría en realidad inclinado a agarrarse la cabeza y preguntar si estamos verdaderamente en el año de la gloriosa Revolución Rusa o si en realidad estamos viviendo diez años antes. (Muy bien.) Día tras días estamos leyendo en los periódicos noticias de la revolución, estamos viendo los comunicados, pero parece como si algunos de nosotros no tuvieran ojos para ver ni oídos para oír. Hay gente que nos piden les digamos cómo lanzar la huelga de masas, con qué medios exactamente, a qué hora se declarará la huelga general, y si ya estamos provistos de víveres y otros artículos indispensables. Que las masas morirán de hambre. Que si estamos dispuestos a tener sobre la conciencia la sangre que se derramará. Pues bien: todos los que hacen tales preguntas no tienen el menor contacto con las masas ni la menor simpatía por ellas, porque de otro modo no se preocuparían tanto por la sangre de las masas, porque da la casualidad de que tal responsabilidad incumbe muy poco a los camaradas que hacen esas preguntas.[17]

La disputa sobre los nuevos confines de la revolución estaba ya dominada por un modo enteramente nuevo de ver el conflicto de clases. Primero era la acción, engendradora de fuerza y organización, y no, como se había sostenido tradicionalmente en Alemania, una ventaja op-

[16] H. Roland-Holst, *Rosa Luxemburg*, p. 218, carta fechada el 2 de octubre de 1905. La inconsciente contradicción en el tono entre el comienzo y el final de este trozo prueba no sólo la dificultad objetiva que presenta la interpretación del verboso pero escurridizo Bebel sino también de la propia capacidad de Rosa para ponerse en un estado de euforia (o pesimismo) relativos escribiendo; su talante fue siempre mucho más claramente definido al final de una carta que al comienzo.
[17] *Protokoll... 1905*, p. 320.

cional pero arriesgada. Este análisis en realidad trastornaba de pies a cabeza el pensamiento alemán: y aún más irritante iba a ser su justificación, la supremacía de la experiencia rusa, que de un golpe amenazaba con borrar años de adelanto alemán y el derecho de la primacía revolucionaria que reclamaba el SPD dentro de la Segunda Internacional. La doctrina de la acción latente de 1905 iba a prosperar aún más y hacerse más sistemática en los próximos nueve años, a medida que Rosa se apartaba de la ortodoxia del SPD. Pero todo esto es visión retrospectiva de historiador. La mayoría de los participantes de entonces no veían otra cosa que un mal entendimiento, cuestión de énfasis y de tono, un exceso quizá de excitación revolucionaria. Bebel resumió en forma semihumorística la tolerante sorpresa del congreso ante el fervor de Rosa:

> El debate ha tomado un sesgo algo insólito [...] He estado en todos los congresos menos los de estos últimos años, en que fui huésped del gobierno, pero nunca había asistido a un debate donde se hablara tanto de sangre y revolución. (Risas.) Escuchando todo esto no puedo impedir de vez en cuando una mirada a mis botas para ver si no están ya bañadas en sangre. (Muchas risas.) [...] Dados mis inofensivos hábitos, yo nunca pretendí tal cosa (cuando presenté mi resolución acerca de la huelga de masas) [...] De todos modos debo confesar que la camarada Luxemburgo hizo un discurso bueno, y debidamente revolucionario.[18]

Y un mes después del congreso repetía su suave protesta en una reunión privada:

> August me acusó (aunque de un modo perfectamente amistoso) de ultrarradicalismo y dijo en alta voz: "Probablemente cuando la revolución venga en Alemania Rosa estará en la izquierda y yo en la derecha", y añadió en broma: "pero la colgaremos; no permitiremos que escupa en nuestra sopa". A lo que yo repliqué tranquilamente "Es demasiado pronto para decir quién ahorcará a quién." ¡Típico![19]

Rosa podía pensar en el congreso con bastante satisfacción. Aunque las fronteras trazadas eran más reducidas de lo que ella hubiera querido, por lo menos se habían ensanchado lo bastante como para abarcar la huelga de masas definitivamente. En los años que siguieron, Rosa vol-

[18] Ibid., pp. 336, 339.
[19] Cartas Jogiches, segunda quincena de octubre de 1905, IML (M).

vió a la resolución sobre la huelga de masas del congreso de 1905 como a una prueba y un precedente irrefutable de que la huelga de masas había sido incorporada oficialmente a la panoplia táctica de la socialdemocracia alemana y que ninguna reinterpretación ni explicación podría sacarla ya de allí. Posteriormente, cuando el comité ejecutivo se orientó hacia la derecha, Rosa se mantuvo firme en este asunto, siempre en la oposición; simultáneamente con el deseo de interpretar el verdadero sentido de la huelga de masas iba la necesidad de mantener antes que nada al comité ejecutivo ligado a su compromiso. De este modo, la revolucionaria interpretación que Rosa hacía de los sucesos de Rusia siempre iba unida a un énfasis formalmente conservador, casi legalista, en los procedentes.

El comité ejecutivo veía ante todo en el congreso una legitimación de sus cuatro años de batallar con los revisionistas y aprovechó principalmente el nuevo ambiente revolucionario para completar la derrota del revisionismo dentro del partido. Uno de los últimos bastiones del revisionismo era *Vorwärts,* la eterna pesadilla de Rosa, lleno de discutidores como Gradnauer y Eisner. A urgente pedido de la organización regional de Berlín, que consideraba a *Vorwärts* como su propio periódico, la comisión de prensa de Berlín decidió efectuar una purga en otoño de 1905. Primeramente, el comité ejecutivo trató de "encajarles" dos redactores radicales para que los ayudaran, pero la consiguiente indignación y la solidaridad de la mesa de redacción provocaron una acción más a fondo. Salieron seis redactores revisionistas y los reemplazó un nuevo equipo. A petición personal de August Bebel, Rosa pasó a la mesa de redacción.[20] *Tempis mutandis:* era el puesto que él mismo le había aconsejado rechazar en 1899.

La purga se olía ya en el verano, y Rosa sentía que era inminente algún cambio, pero no suponía que tuvieran la intención de nombrarla a ella. Le agradó tener la oportunidad de exponer sus opiniones en el

[20] Los redactores expulsados fueron Kurt Eisner (después descollante en la primera fase de la República Soviética de Baviera en 1919), Wetzker, Gradnauer, Kaliski, Büttner y Schröder; los nuevos fueron Rosa Luxemburgo, Cunow, Stadthagen, Strobel y Düwell. Así pues, el nuevo equipo de cinco reemplazaba al antiguo de seis. Esta purga dio a *Vorwärts* una orientación radical que debía conservar hasta los primeros meses de la guerra. Muchos de los redactores se hicieron "centristas" y partidarios de Kautsky; Cunow padeció una conversión cataclísmica al patriotismo y se unió a Lensch y Haenisch en la capillita que se formó después en torno a Parvus en la *Glocke.* Stadthagen murió siendo levemente opositor, en 1916, antes de la fundación del USPD. Cuando Rosa presentó su renuncia a *Vorwärts* a fines de diciembre ocupó su lugar Hans Block, otro de los partidarios de Kautsky, cuyas presencia y actitud en la redacción de la *Leipziger Volkszeitung* en 1913 precipitaron la fundación de la oposicionista *Sozialdemokratische Korrespondenz* bajo la dirección de Rosa Luxemburgo y Julian Marchlewski.

órgano central del partido, pero inmediatamente sintió escepticismo acerca de la extensión de su influencia y sus poderes. A fines de octubre, antes de que su participación fuera todavía segura, atenuaba ella la importancia del cambio: "Siempre estará compuesto por escritores muy mediocres, con el corazón donde debe estar; todos serán bastante *kosher*. Es la primera vez desde que empezó el mundo que *Vorwärts* tiene un régimen totalmente de izquierda. Ahora tienen que demostrarnos lo que son capaces de hacer [...]"[21] De todos modos empezó a colaborar regularmente en el periódico la última semana de octubre, sobre todo acerca de cuestiones rusas; a partir del 25 de aquel mes controlaba ella prácticamente toda la sección de asuntos rusos. Al empezar el mes de noviembre estaba ya formalmente instalada y sus comentarios sobre la Revolución Rusa salían casi a diario, aunque en forma anónima. Para el 3 de noviembre se había aclarado ya la medida de su poder, y había recibido su primera desilusión:

> Como dedujiste correctamente, *Vorwärts* no vale más que la *Sächsische Arbeiterzeitung*. Y lo que es peor: yo soy la única que entiende este problema y en parte, Karl Kautsky; los redactores son una yunta indolente. No hay entre ellos ni un solo periodista, aparte del hecho de que Eisner y compañía, con toda la camarilla de revisionistas, están haciendo campaña decidida contra nosotros en la prensa y todo cuanto tenemos para replicarles es August (!) o Cunow y caballeros semejantes (!!). Estoy reducida a la sección rusa, aunque escribo el editorial de vez en cuando y voy de acá para allá dando buenos consejos y repartiendo alabanzas por alguna iniciativa, y después lo hacen tan endemoniadamente mal que no me queda más que poner el grito en el cielo [...] Hice observar a Ströbel que su respuesta a Calwer [un revisionista] es aún peor que si la hubiera redactado Eisner, y que no veníamos a *Vorwärts* nada más para mover la cola y tapar nuestras huellas, que debíamos escribir con firmeza y claridad. Y al día siguiente replicó: "Ahora lo haré mejor y estará usted contenta conmigo." Y hoy veo en el último número unos horripilantes balidos sobre "el rayo revolucionario": una mezcolanza de frases hueras y blablablá extremista [...] Es una vergüenza y de veras me temo que no hay solución, porque sencillamente no tenemos gente [...] Estoy sola [...] me atormentan mis preocupaciones presentes.[22]

De todos modos, en los meses de noviembre y diciembre Rosa pu-

[21] Cartas Jogiches, fines de octubre de 1905, IML (M). Partes de esta carta han sido publicadas en *Gesammelte Werke*, t. IV, p. 386.
[22] Ibid., 3 de noviembre de 1905, IML (M).

blicó uno tras otro fogosos comentarios sobre los acontecimientos de Rusia. Aquel periodo coincidió con el último gran movimiento ruso: los preparativos para la sublevación de Moscú, la huelga general de San Petersburgo y los concordantes acontecimientos de Polonia. El 17 de octubre (30 de octubre en Occidente), el zar había dado a conocer su manifiesto y su amnistía, pero declaró la ley marcial unos días después. El país estaba en el caos. Todo esto fluía de la pluma de Rosa Luxemburgo, y aunque su misión era sobre todo el reportaje del extranjero, siempre que le era posible sacaba la analogía con Alemania. Como era inevitable, sus actividades atraían constantemente la atención del gobierno, y los partidos derechistas del *Reichstag* exigían que se hiciera algo contra aquella agitadora sin patria, proveedora de odio. Rosa Luxemburgo *dénaturée* y *dépaysée* —dos delitos capitales en una sociedad esencialmente tradicionalista— estaba minando la soberbia estabilidad de la eficiente Prusia. ¿No podía hacerse nada para impedírselo?[23] Le tocó a Bebel defenderla como general en jefe de su partido y —por lo menos frente al enemigo de clase— como amigo personal de ella. En el *Reichstag* se identificó plenamente con su difícil aliada, como lo requería la tradición.[24]

Súbitamente, sus enemigos de dentro y fuera del partido, los que habían estado cantando victoria sobre los revolucionarios que en lugares seguros incitaban a los demás a derramar su sangre, tuvieron que tragarse sus palabras. Rosa Luxemburgo había decidido salir de inmediato para Varsovia, abandonando las eminencias recién conquistadas en *Vorwärts* y todo el debate sobre la huelga de masas en Alemania. Sus razones eran "polacas", válidas y apremiantes: nada menos que el temor de no participar del momento más emocionante en la vida de "su" SDKPiL. Ya veremos con más exactitud por qué se fue cuando examinemos el lado polaco de su historia. En toda la segunda mitad de 1905 había sentido intermitentemente la nostalgia de la verdadera revolución del este; después del manifiesto del zar en octubre, la riada de trasterrados que volvían a Rusia agudizaba su ansiedad. Todos eran amigos, o por lo menos compañeros de exilio, y su vuelta allá la iba dejando cada vez más sola. Aunque Jogiches no era muy capaz de comprenderla, se le quejaba de que "[la noticia de la vuelta de Mártov y Dan a San Petersburgo] me conturba; me oprime el corazón una sensación de aislamiento y ansío librarme de esta calamidad y este purgatorio de *Vorwärts* e ir a algún lado, adonde sea. ¡Cómo los envidio!"[25]

[23] *Stenographische Berichte... Reichstag*, 11o. periodo legislativo, 2a. sesión, 1905-06, col. 359 y ss., 15 de diciembre de 1905.

[24] Loc. cit., col. 2638 y ss., 5 abril de 1906. Otra tradición que había de ser derribada al estallar la guerra.

[25] Cartas Jogiches, fines de noviembre de 1905, IML (M).

A sus amigos de Alemania esta decisión les pareció caprichosa, incomprensible, pero también muy propia de su impetuoso valor. Nunca supieron cuán hondamente estaba apegada al movimiento polaco y hasta qué punto se había hallado envuelta en los asuntos del SDKPiL. Ella misma había tenido buen cuidado de que no lo supieran. Hicieron cuanto pudieron para disuadirla. Bebel y Mehring insistieron en la prudencia elemental, del mismo modo que habían advertido a Parvus en octubre de los riesgos personales que corría.[26] En el caso de Rosa se preocupaban más aún. Era una mujer —aunque hacérselo ver era con seguridad aumentar su empeño—; y había además la horrible y muy reciente ejecución de Kasprzak para servir de ejemplo. Los Kautsky alegaban que iba a abandonar la campaña de radicalización del SPD en el preciso momento en que el éxito estaba al alcance. El lugar del intelectual estaba en su escritorio... Y ésta era otra razón para acicatearla en lugar de hacerla desistir.

En la mañana del 28 de diciembre de 1905, inmediatamente después de las navidades, un grupito de personas estaba reunido en el andén de la estación de Friedrichstrasse, terminal del ferrocarril de Oriente en Berlín. Despedían los Kautsky y otros pocos a Rosa Luxemburgo, que "iba a trabajar".[27] La llenaron de regalos —cosas útiles como chales y bufandas para el invierno ruso— así como de buenos consejos para que no se resfriara. A una familia cuyas aventuras físicas no iban más allá de unas vacaciones al año en un lugar de montaña, la idea de viajar a Varsovia mediado el invierno y en plena revolución le parecía locura cuando no masoquismo, aunque no tenían más remedio que reconocer una admiración oculta por la extraordinaria bravura de Rosa. Finalmente, con un orgulloso pitido el tren se puso en marcha, y Rosa Luxemburgo, conocida escritora e intelectual alemana, se convirtió en Anna Matschke, anónima conspiradora polaca disfrazada de modesta periodista.[28] Y mientras el tren avanzaba hacia el este por entre las sombras que se iban acumulando, Rosa Luxemburgo se preparaba alegremente en su compartimento de tercera clase para la experiencia venidera.

2: POLONIA

La guerra ruso-japonesa y la ignominiosa derrota rusa pusieron al alcance

[26] Parvus, *Im Kampf um die Wahrheit*, Berlín, 1918, p. 9.
[27] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 96.
[28] Rosa tomó el nombre y los papeles de Anna Matschke, que era una persona real. Esta adopción de identidad era la manera usual de infiltrarse ilegalmente en Rusia.

de la visión revolucionaria más optimista la posibilidad de un hundimiento de la autocracia zarista. En unión de los demás partidos de Rusia y Polonia, el SDKPiL elaboró un programa de demandas mínimas que los partidos revolucionarios pudieran imponer a un gobierno debilitado si la ocasión se presentaba. Naturalmente, fue Rosa quien lo redactó. La evolución de sus ideas entre 1904 y 1906 reflejaba no sólo las mayores perspectivas revolucionarias sino el correspondiente endurecimiento también de las exigencias y las evaluaciones socialdemócratas.[29] En el proceso, el programa socialdemócrata evolucionó de declaraciones de principios muy generales a exigencias más concretas. Para empezar, había que aniquilar a la autocracia y reemplazar el gobierno por una república popular. Más inmediatamente relevante era la evidencia de la debilidad oficial, y a publicarla dedicó Rosa la mayoría de sus escritos en 1904.

Hasta ahora era poco más que un acompañamiento rítmico a la composición principal: la lucha contra el PPS. Como hemos visto, incluso las negociaciones con los rusos se habían visto dominadas al fin por las imposiciones de este eterno y único combate. Después de las derrotas militares rusas, en 1904, intentaron los grupos de oposición de Rusia idear alguna forma práctica de colaboración. En octubre de 1904 convocaron a una conferencia en París los representantes de las diversas organizaciones revolucionarias. Las invitaciones se dirigieron a todos los aliados potenciales, incluso los miembros de la clase media opuestos al zarismo, y así la decisión de aceptar o rehusar resultaba la prueba crítica de las actitudes en las filas socialistas; la confrontación con el gobierno ocupaba el segundo lugar, después de las marcadas divisiones ideológicas dentro del campo revolucionario. Los revolucionarios socialistas y el PPS aceptaron la invitación, mientras que el Bund, el SDKPiL y el RSDRP declinaron. El PPS dio amplia publicidad a su participación como prueba de su voluntad de cooperar con quienquiera estuviera empeñado en debilitar al zarismo, y al punto esto introdujo gran cantidad de crítica socialdemócrata de "la obsequiosa deferencia oportunista ante los partidos burgueses, la errónea insistencia en el terror y el derramamiento de sangre y no en la huelga de masas".[30] En el PPS, estaba en su punto de mayor intensidad la influencia de Pilsudski y los activistas.

[29] Véase "Czego chcemy?" [¿Qué queremos?], publicado primero en *Przeglad Robotniczy*, Zurich, 1904, n. 5, pp. 1-21, y 1906, n. 6, pp. 1-40; finalmente se amplió para formar un folleto con el mismo título, publicado en Varsovia en enero de 1906. Véase *infra*, pp. 282 y ss. para un examen más completo de este programa.

[30] O. B. Szmidt, *SDKPiL dokumenty*, 1893-1904, t. I, p. 568; así como el llamado del comité central del SDKPiL, ibid., p. 562.

Veían su oportunidad en la creación de lo que sería en realidad un segundo frente en el conflicto ruso-japonés, y negociaron con los japoneses para que los ayudaran a provocar un nuevo alzamiento nacional polaco. Todavía no había señales en Rusia ni Polonia de actividad revolucionaria que el SDKPiL pudiera oponer a la política de secesión puramente nacional del PPS. Los socialdemócratas polacos estaban a la defensiva y se limitaban a reiterar los principios generales socialistas.

Todo esto cambió de modo impresionante el 22 de enero de 1905. El derramamiento de sangre de San Petersburgo y la violenta respuesta que se propagó por todo el imperio ruso como un reguero de pólvora fueron la señal de que la revolución había estallado.[31] Los polacos se manifestaron cinco días después, el 27 de enero, en respuesta espontánea a los acontecimientos de Rusia y con igual vehemencia. Se proclamó el estado de emergencia y hubo choques y bajas, pero la represión fue esporádica y el ímpetu inicial se mantuvo durante varios meses. Fue un periodo de confusión extremada. Las exigencias económicas y políticas se atropellaban unas a otras, y cualquiera que fuera la causa, el descontento manifiesto de la clase media en Polonia como en Rusia se halló arrastrado por una agitada base de acción de la clase obrera. Los socialdemócratas estaban perplejos. Ellos no habían predicado tales sucesos y de ningún modo tenían que ver con ellos, pero al mismo tiempo las masas se habían lanzado a la acción espontánemente de acuerdo con los pronósticos *más optimistas* de la teoría socialdemócrata.[32] Además, se había establecido formalmente el enlace entre Polonia y Rusia y todos podían verlo; lejos de producirse en Polonia un movimiento separado antirruso, los obreros de los dos países se conducían como si no hubiera fronteras étnicas entre ellos.

En la primera fase de la Revolución Rusa, que alcanzó su culminación en junio, todos los partidos socialistas se ajustaron a los acontecimientos, para engranar con las ruedas en movimiento de la historia y acomodaron su política a la acción de las masas lo mejor que pudieron. "La influencia de los partidos políticos en el desarrollo de los sucesos de

[31] Tradicionalmente, el PPS hacía datar el estallido de la revolución en Polonia de una pelea en la Plac Grzybowski, en Varsovia, que se produjo el 13 de noviembre de 1904, anticipándose así a Rusia dos meses. A los ojos del SDKPiL, eso era un asunto de menor importancia, puramente nacionalista. Véase "Jack nie nalezy urzadzac demonstracji" [De cómo no se hacen las manifestaciones], *Czerwony Sztandar*, diciembre de 1904; J. Krasny (ed.), *Materialy do dziejów ruchu socjalistycznego w Polsce*, Moscú, 1927, t. II, pp. 43-7.

[32] Roza Luksemburg, "Pryklad do teorii strajku powszechnego" [Ejemplo de la teoría de la huelga de masas], en *Wybuch rewolucyjny w caracie*, Cracovia, 1905, pp. 37-40. Se trata de una reedición de un artículo publicado en *SAZ* el 3 de marzo de 1905.

enero y febrero casi no se notaba. Ni el SDKPiL ni el Bund ni el PPS estaban todavía preparados para dirigir grandes masas en acción, política ni organizacionalmente. En aquel tiempo, su propaganda política apenas había empezado a penetrar en las masas y a influir en el carácter de sus acciones."[33]

En esta primera fase se produjo una curiosa contradicción en el alineamiento de partido. En el fondo, en el taller o la célula local, la distinción con frecuencia vaga entre PPS y SDKPiL parecía perder todo sentido en la acción; de todos modos, el control de ambos partidos era muy débil y solamente destacaban los grupos de acción de Pilsudski, bien disciplinados. Esta confusión en la práctica —a pesar de tantos años de bramidos intelectuales— iba a tener profundas consecuencias para el PPS, que pronto se vio obligado a escoger entre las masas y los combatientes armados, entre sumarse a la Revolución Rusa o mantenerse apartado de ella. En marzo de 1905 se convocó una conferencia nacional contra los deseos de Pilsudski y sus amigos, y se constituyó en séptimo congreso del partido. Fue elegido un nuevo comité central y Pilsudski perdió el control de la dirección política del partido. Pero conservó el poder de la organización militar, que él había contribuido en gran parte a formar, y este hecho lo separó aún más de los nuevos dirigentes del partido.[34] Mas en lo alto y en particular en el extranjero, la diferenciación entre PPS y SDKPiL se hizo más pronunciada que nunca; los socialdemócratas hicieron cuanto pudieron para que siguiera así. Los alineamientos relativamente simples producidos por la conferencia de octubre de 1904 formaron un nuevo caleidoscopio, sobre todo al ir apareciendo más claramente las diferencias entre los componentes del partido ruso. Debido en parte a los buenos oficios del comité en el extranjero del SDKPiL se convino en celebrar una conferencia de los revolucionarios rusos en Zurich en enero de 1905. Participarían en ella el SPD y los austriacos, en parte para que su autoridad contribuyera a unir a los alborotados rusos y en parte para comprometerlos a que prestaran ayuda moral y económica a los revolucionarios rusos. La conferencia no tuvo ningún resultado... y Rosa hizo en privado cuanto pudo porque así fuera. Le escribía a Axelrod:

[33] Stanislaw Kałabinski y Feliks Tych, "La revolución en el reino de Polonia en 1905-07", *Annali dell' Instituto Giangiacomo Feltrinelli*, año 5, 1962, p. 198. Este resumen de investigaciones sobre la revolución en Polonia es el informe más moderno y cabal. No hay todavía ninguna historia satisfactoria de la revolución de 1905, en Rusia ni en Polonia. La cita es especialmente interesante en virtud de que representa el pensamiento oficial de los historiadores del partido en la Polonia contemporánea.

[34] Véase Introducción, pp. 1-11, a *PPS-Lewica 1906-18, Materialy i dokumenty*, Varsovia, 1961, t. I, 1906-10.

Bebel se halla tan poco al corriente de los asuntos y todo está tan mal preparado que no podrá salir bien nada. No hay manera de participar en una conferencia con Adler, ese especialista en apoyar al oportunismo, y que además presta toda clase de ayuda y confortamiento al federalismo, el terror, el nacionalismo y la cooperación con el bloque liberal nacionalista, a lo que ya nos habíamos negado; ni de acceder a invitar a los terroristas polacos: todo esto es sorprendente y muy incomprensible.[35]

Aunque el PPS no estaba invitado, el hecho de que Adler estaría presente era para ella más o menos lo mismo. Si bien predicaba con insistencia la unidad rusa, se oponía empeñosamente a todo intento de lograr una semejante entre los polacos, aunque los alemanes, guiados por una lógica simplista de espectador, no siempre apreciaran la sutil diferencia.

Rosa se cuidaba poco de los problemas de tipo práctico de la revolución, pero de todos modos no dejaba de ser la punta de lanza de las formulaciones intelectuales y la política de su partido. Para ella, lo que se necesitaba por encima de todo era lucidez intelectual, y más que nunca en aquel periodo de verdadera actividad revolucionaria. "Si no queremos perder nuestra ventaja, corroborada como nunca por lo de mayo [las hulegas generales y manifestaciones], debemos lanzar ahora un verdadero alud de publicaciones." Por lo tanto, escribiría "hasta que se le cayeran los ojos de cansancio."[36]

¿Para quién escribía? ¿Quiénes eran los jóvenes e intelectuales a quienes no dejaba de referirse en su correspondencia?[37] En esta revolución,

[35] Rosa Luxemburgo a Pavel Axelrod, 9 de enero de 1905 (calendario ruso), en *Sotsialdemokraticheskoe dvizhenie v Rossii, Materialy*, Moscú/Leningrado, 1928, p. 150.

[36] Cartas Jogiches, 20 de mayo de 1905, *Z. Pola Walki*, 1931, n. 11-12, p. 211.

[37] Es interesante la comparación con las afirmaciones de la propaganda bolchevique durante el mismo periodo. El material ruso está bien documentado en la sustancial colección *Revoliutsiya 1905-07 gg. v. Rossii: dokumenty i materialy* (ed. por A. M. Pankratova, Moscú, de 1955 en adelante). Un interesante análisis de este material en función del reparto de énfasis en los asuntos según las divisiones regionales y sociales entre los recipientes o destinatarios de la propaganda en Rusia es el que ha emprendido D. S. Lane en *The "Social Eidos" of the Bolsheviks in the 1905 Revolution: A Comparative Study*, Universidad de Birmingham, Centre for Russian and East European Studies, Discussion papers, serie RC/C, n. 2, octubre de 1964. Aunque no es posible una comparación estadística semejante para Polonia, ya que no se ha publicado una colección documental completa de hojas sueltas y otro material, tengo la impresión, por un muestra de ese material en ZHP, Varsovia, de que la propaganda del SDKPiL se dirigía más a los intelectuales y por ello era más propensa a subrayar la totalidad ideológica de la revolución marxista que el material bolchevique equivalente. La única excepción era el fuerte

como en la alemana trece años después, eran concomitantes esenciales la lucidez de la visión y el ensanchamiento de los horizontes intelectuales, como si la mente revolucionaria y la voluntad revolucionaria fueran susceptibles de expansión infinita bajo la presión de los hechos. Los dos procesos de desarrollo eran complementarios e interdependientes: sin el crecimiento del apetito intelectual se anulaba en gran parte todo el fin moral y autoliberador de la revolución. La mera voluntad era nihilismo.[38] Esto era parte esencial de la filosofía luxemburguiana. Su labor programática siempre tuvo este doble objeto: postular objetivos más altos tanto en calidad de consignas prácticas para la acción política como para la interiorización de nuevas experiencias y más amplias percepciones. El proletariado revolucionario no sólo debe saber qué hacer, sino cómo y por qué. El SDKPiL en 1905 ganó miles de nuevos reclutas o por lo menos partidarios, gentes que acababan de arrebatar y arrastrar al proceso revolucionario acontecimientos que el partido no había hecho ni dirigido. Estos recién llegados necesitaban de estímulos intelectuales, tanto más vivos y llamativos cuanto que era menester meterlos en tan breve espacio de tiempo; era necesario predigerir la larga y firme experiencia alemana. Rosa ofrecía a los nuevos no sólo la carne y la sangre del marxismo sino que trataba de responder por adelantado a los problemas que se le plantean a una conciencia de clase naciente, todavía envuelta en las brumas de la ignorancia y el prejuicio. Al mismo tiempo debía dárseles la seguridad de que no estarían solos; en lugar de apoyarse en sus prejuicios nacionales, Rosa les ofrecía la reafirmación más vasta de la solidaridad no sólo con los rusos sino también con sus camaradas los proletarios alemanes.[39]

Ésta era, pues, la respuesta de Rosa al problema que Lenin planteaba

y repetido énfasis en la cuestión nacional en la lucha contra el PPS, énfasis ausente en los bolcheviques. Naturalmente, esto se aplica sobre todo a la labor de Rosa Luxemburgo; de todos modos, es patente el tono intelectual general del material del SDKPiL en comparación con el de los bolcheviques.

[38] Los lectores familiarizados con la filosofía política clásica captarán el eco de uno de los más antiguos problemas del mundo de la especulación filosófica pero, ¿cómo conciliar esto con el materialismo marxista? Podría aducirse que para Rosa Luxemburgo la apoteosis final y de liquidación propia del materialismo, la capacidad de tal liberación de sí mismo, era el *proceso* de la revolución y no la consecuencia de su victoria. Para el desarrollo de esta tesis véase *supra*, pp. 194 y ss.

[39] Véase, por ejemplo, la disertación bajo seudónimo de Rosa Luxemburgo sobre el problema de la religión, tan importante en este contexto: Józef Chmura, *Kosciol a socjalism*, Cracovia, 1905, curioso ejemplar de sofistería histórica destinada a mostrar la desviación del cristianismo de sus antiguos principios igualitarios y justos por obra de la jerarquía sistematizadora de la Iglesia. Era necesaria la sofistería porque Rosa se oponía a la Iglesia pero no quería atacar a la religión. Este panfleto ha tenido una curiosa repercusión: en el Ceilán de nuestros días, donde el importante partido trotskista la ha convertido en algo semejante a un texto oficial.

en términos más realistas: "Es necesaria la fuerza joven. Mi consejo es sencillamente fusilar a quienes digan que no somos bastantes. Hay mucha gente en Rusia, y lo único que se necesita es ir más allá y ser más audaces, ser más audaces e ir más allá, y una vez más ser más audaces si se quiere atraer a la juventud. Estamos en guerra [...] ¡Rompan con todos los viejos hábitos de inmovilismo!"

En el verano de 1905 Rosa empezó a sentirse sumamente inquieta. Sus camaradas de Cracovia estaban más cerca de los acontecimientos de la Polonia rusa y por ello les interesaban sobre todo las cosas de interés inmediato. "Me parece estar en un círculo encantado. Este perpetuo material de actualidad [...] me impide dedicarme a cosas más serias y siento como que no va a acabar nunca", escribía a Jogiches el 25 de mayo.[40] Allá en Berlín, en el oscuro extremo de los esfuerzos del partido, le parecía estar mal equipada para el periodismo ágil y al día.

> Hoy en particular me sorprendía la total anormalidad de mi labor polaca. Recibo orden de redactar un artículo de introducción a la autonomía (o acerca de la asamblea constitucional): bien. Pero para eso, tengo que leer lo que se publica en ruso y en polaco, para estar al corriente de lo que sucede en aquella sociedad, para tener un contacto regular con las cuestiones del partido. De otro modo no podría sacar más que pálidos esquemas o fórmulas. Yo no puedo tener indicadores de llamada por todas partes y ha pasado mucho tiempo desde que uno se conformaba con endilgar la vieja y fija línea del partido con un poco de aderezo agitacional. Hoy todas las cuestiones vienen derecho del frente de batalla. Limitar esta guerra a combatir contra el PPS a la antigua es un anacronismo. Si he de escribir de la autonomía tengo que mencionar no sólo el PPS sino también los demócratas nacionales, los nacionalistas progresistas, etc. Hay que tomar en cuenta todos los movimientos sin dejar uno. ¿Y cómo voy a hacerlo si nunca veo prensa polaca, ni literatura legal ni clandestina [...] y cuando alguna vez me llega algo sólo son recortes aislados?[41]

No se trataba solamente del mero obstáculo de la geografía. Rosa se sentía obsesionada por la idea de que deliberadamente la guardaban en la nevera, de que la fácil lógica que la tenía en Berlín sana y salva —oficina de correos, membrete y mujer de contacto— era parte de un plan deliberado de Jogiches para reducir su influencia. En la primavera

[40] Cartas Jogiches, *Z Pola Walki*, 1931, n. 11-12, p. 214.
[41] Ibid., carta de fines de octubre de 1905, IML (M).

de 1905, todos los dirigentes importantes del SDKPiL habían ido a Cracovia a reunirse con Dzerzhinsky y Hanecki; estos dos habían ido después clandestinamente a Varsovia mientras Jogiches, Marchlewski y Warszawski desplegaban la bandera del comité central en la antigua y elegante ciudad catedralicia. Y quedaba en Berlín Rosa Luxemburgo para realizar el resto del trabajo: representar al partido en la oficina de la Internacional y manipular e influir en los alemanes.

Lo que colmó su sensación de aislamiento e impotencia fueron los acontecimientos de octubre de 1905 en Rusia. La concesión oficial de una Duma consultiva, la llamada Duma Bulygin, había sido denunciada por todos los partidos socialistas de Rusia y Polonia como una farsa, aunque una parte de la oposición liberal constitucional se había manifestado dispuesta a participar en ella. A principios de octubre los impresores hicieron estallar la huelga en Moscú y nuevamente se extendió por todo el imperio una ola de huelgas generales. El 25 de octubre se unieron a ella los importantísimos obreros del ferrocarril y las comunicaciones quedaron prácticamente paralizadas. Cuando empezaron, las autoridades habían querido ponerse duras y habían dado instrucciones de tomar las medidas más fuertes posibles, incluso el empleo de las armas. Pero las huelgas entonces aumentaron de intensidad e, inesperadamente, el zar capituló. Publicó una proclama el 30 de octubre (a la nueva usanza) en que prometía una constitución y una Duma nueva y más eficaz. Al mismo tiempo concedía una amnistía a los presos políticos y emigrados. Era hora de tomar decisiones de importancia vital rápidamente. La larga lucha ilegal podía salir súbitamente a la luz del día. ¿Cuál sería la nueva táctica? A fines de noviembre el SDKPiL celebró una conferencia plenaria en que participaron no sólo los dirigentes de Cracovia sino también los que ahora salían de la prisión: Dzerzhinsky detenido en Varsovia durante el verano, y aun Bronislaw Wesolowski, viejo amigo de Marchlewski que estaba desterrado en Siberia desde 1894. El único personaje importante que faltaba era Rosa Luxemburgo, que estaba en Berlín consumiéndose de rabia mientras pasaba el río de rusos que volvían a su tierra desde Suiza, Francia e Inglaterra... muchos de ellos directamente por Berlín. La revolución había alcanzado otro nivel de triunfo y emoción en la segunda mitad de 1905 y era inevitable que la impaciencia y frustración de Rosa crecieran en consecuencia. Aunque once días después del manifiesto se declaró un estado de sitio que anuló en la práctica muchas de las promesas del zar, el entusiasmo no sufría diques. Por encima de todo, la mayoría de los revolucionarios había por fin logrado unirse a "su" revolución.[42]

[42] El único socialista ruso importante que no acudió fue Plejánov. Axelrod estaba enfermo y no pudo cruzar la frontera sino a principios de 1906. Pero la ma-

Había en fin el elemento puramente privado, el vínculo con Jogiches. Era fuerte, pero nunca podía darse por supuesto. El aislamiento actual de Rosa también tenía sus consecuencias personales. Había ido a Cracovia a fines de julio de 1905 por cuatro semanas, contra la voluntad de Jogiches. A sus disuasiones respondió con la brutal brevedad de un telegrama. "Voy a Cracovia."[43] Ahora ya no tenía remedio. Lo que antes —con un poco de buena voluntad e imaginación— podía explicarse por las necesidades de la situación y la división del trabajo revolucionario entre ellos, ahora era un intento deliberado de tenerla a distancia; por lo menos así lo veía Rosa, aunque no amigos suyos como Adolf Warszawski y su esposa. El tono perentorio de Jogiches, su negativa a explicar o siquiera informar de sus actividades de partido, ponía en peligro sus relaciones; tanto que Rosa corrió a verlo en septiembre otra vez inmediatamente después del congreso de Jena... y al diablo el aprovechamiento de su victoria alemana. "No me gusta lo que veo en tus ojos y necesito volver a mirarlos de frente." Todavía no estaba resuelto nada, y a su vuelta a Alemania renovó sus peticiones de que compartiera con ella informaciones y consultas. "A pesar de mi labor en *Vorwärts* insisto en que me tengas al corriente de tu trabajo. No seas niño y no quieras excluirme por la fuerza de la labor polaca privándome de informes y noticias."[44] Pero de nada sirvió; cualesquiera que fueran las seguridades que Jogiches le diera personalmente en Cracovia, el silencio se había hecho su costumbre, puntuado tan sólo por breves instrucciones. A fines de octubre, en una de sus últimas cartas antes de que Jogiches se fuera a Varsovia y quedara fuera de toda órbita postal segura, ella le escribía amargamente: "Soy bastante buena para que se me mande cualquier garabato y se me cuente cualquier cosa, pero no para tener el privilegio de saber lo que sucede."

No le quedaba más remedio que dejar el trabajo de Alemania e ir también ella a Varsovia. Antes de la amnistía, la directiva en bloque del SDKPiL se había trasladado ya de Cracovia a Varsovia. La opaca cortina que tenía en torno Rosa Luxemburgo la aislaba ahora por completo. Cuando supieron su intención de ir allá tanto Dzerzhinsky como Warszawski le advirtieron firmemente que no lo hiciera. Aún con más

yoría aprovechó la amnistía inmediatamente, sobre todo los principales dirigentes bolcheviques y mencheviques. Parvus, impaciente como siempre, había ido ya a principios de octubre, mientras Trotsky, naturalmente, estaba en Rusia desde febrero. Fue el primero de todos.

[43] Telegrama del 10 de julio de 1905. "Ich komme nach Krakau." Cartas Jogiches, IML (M). Para la estancia de ella véase también *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, pp. 93-94, 10 de agosto de 1905. Para los Kautsky, Rosa hizo como que era un capricho vacacional.

[44] Cartas Jogiches, fines de septiembre y principios de octubre de 1905, IML (M).

interés trataron sus amigos alemanes de retenerla. Pero a éstos no los tomó en cuenta, mientras las sospechosas protestas de sus colegas polacos sólo consiguieron hacer su viaje más urgente. Todas las noticias del este indicaban que era inminente un nuevo enfrentamiento del gobierno con los revolucionarios; el último aunque nadie lo comprendió entonces. La virtual retractación de las promesas hechas en el manifiesto acicateaba a los revolucionarios a realizar un nuevo y tremendo esfuerzo: el 15 de noviembre estalló otra huelga general en San Petersburgo, seguida de la detención de los líderes del soviet; en Moscú se preparaba el levantamiento en armas. En Varsovia también se hacían planes para replicar enérgicamente al gobierno, esta vez respaldados por las armas, para que la última huelga se convirtiera en algo más efectivo. Objetiva y subjetivamente, por razones revolucionarias tanto como personales, Rosa Luxemburgo comprendió que tenía que ir ahora o nunca.

La intensa emoción de su salida, el 28 de diciembre, casi inmediatamente falló como un cohete mojado, esta vez por culpa de la compañía del ferrocarril. No había trenes directamente a Varsovia debido a la huelga y Rosa hubo de dar una enorme vuelta por Illovo, en la Prusia oriental, y así su primera experiencia rusa fue una buena comida de *Schnitzel* en el restorán ferrocarrilero.[45] Mas al día siguiente se metió de contrabando en un tren de tropas; era la única civil y ciertamente la única mujer; su agudo sentido del humor le hizo recordar la metáfora del caballo de Troya. Finalmente, el sábado 30 de diciembre (con el nuevo calendario) llegaba a su destino, entumida por el frío en aquel tren sin luz ni calefacción que iba a paso de tortuga por temor al sabotaje de los ferrocarrileros huelguistas. "La ciudad está prácticamente muerta, huelgas generales, soldados por doquier, pero el trabajo va bien y yo empiezo hoy."[46]

Varsovia estaba cubierta por un denso velo de ansiedad. Se sabía ya que había fracasado la huelga general de San Petersburgo; los frenéticos esfuerzos de Parvus para reformar el soviet después de la detención de Trotsky y la mayoría de los otros dirigentes y para hacer que los obreros del transporte renovaran la huelga no daban mucho resultado. De Moscú llegaban noticias semejantes, aunque el enfrentamiento final había sido más golpazo que plañido: el soviet controlado por los bolcheviques había ordenado y aun intentado el alzamiento armado en la ciudad. Para mediados de enero parecía evidente a los dirigentes polacos de Varsovia que el impulso revolucionario había amainado. Nadie sabía si eso sería temporal o permanente, pero los dirigentes polacos veían allí un reflujo que

[45] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 97.
[46] Ibid., p. 98.

más tarde se aprovecharía para un nuevo y mejor salto hacia delante, y lo más pronto posible. Rosa escribía a los Kautsky el 2 de enero de 1906:

Para decirlo en dos palabras (pues esto es sólo para ustedes), la huelga general más o menos ha *fracasado* —sobre todo en San Petersburgo, donde en realidad los ferrocarrileros no hicieron ningún esfuerzo por que siguiera [...] En todas partes la gente duda y espera. La razón de todo esto es sencillamente que *una mera huelga general por sí sola* ya no puede desempeñar el mismo papel que antes. Ya sólo el alzamiento general en las calles puede provocar una decisión, pero para ello hay que escoger el momento con todo cuidado. El actual compás de espera podría, pues, continuar durante cierto tiempo a menos que algún "accidente" —una nueva proclama del zar— ocasionara un nuevo y estupendo levantamiento.

En general, el trabajo y los ánimos son buenos; tenemos que explicar a las masas *por qué* la actual huelga general ha terminado sin "resultados" visibles. La organización crece a pasos agigantados en todas partes, pero al mismo tiempo es desordenada, porque todo se halla en un estado natural de fluidez. En Petersburgo, el caos ha llegado al colmo. Moscú está mucho más firme y por cierto que la lucha allí ha despejado nuevos horizontes para la táctica general. En Petersburgo no se piensa en directivas; la gente adopta un punto de vista muy local de un modo ridículo (y entre paréntesis, así se echa de ver por la argumentación de D[eutsch] cuando pidió ayuda para Petersburgo exclusivamente). Según ellos estaba muy mal aconsejado, y yo también hube de decírselo así más adelante: en San Petersburgo solo la revolución no puede triunfar; únicamente puede triunfar en todo el país en su conjunto [...]

[...] Esto es muy bonito, querida, cada día apuñalan a dos o tres personas los soldados en la ciudad; hay detenciones diarias, pero aparte de eso, esto es muy alegre. A pesar de la ley marcial estamos volviendo a sacar nuestro cotidiano *Sztandar*, que se vende en las calles. En cuanto sea abolida la ley marcial volverá a aparecer el legal *Trybuna*. Por ahora, la producción e impresión de *Sztandar* se está haciendo en las prensas burguesas por la fuerza, pistola en mano. Los mítines también volverán a empezar en cuanto acabe la ley marcial. ¡Entonces tendrán noticias mías! Hace un frío terrible y casi sólo viajamos en trineo... Escríbanme inmediatamente cómo van las cosas en *V[orwärts]* y si August [Bebel] está furioso.[47]

[47] Ibid., pp. 98-100. Subrayado por Rosa

Incertidumbre no implicaba vacilación. Para entonces, los partidos revolucionarios polacos habían captado —por lo menos intelectualmente— las posibilidades revolucionarias en toda su plenitud. El PPS se estaba partiendo por la mitad de forma cada vez más patente; la insatisfacción con los esfuerzos militares y exclusivamente antirrusos de Pilsudski se había reforzado con una carta abierta de Daszynski en Cracovia en que pedía una neta separación de la lucha polaca respecto de la rusa; habiendo ésta fracasado, la otra tenía que quedar libre de triunfar por su cuenta. Daszynski se oponía concretamente a la continua ola de huelgas que sólo arruinaba la economía del país sin adelantar nada apreciable en los fines revolucionarios.[48] El SDKPiL también había empezado a apreciar la insuficiencia de los movimientos huelguistas en sí, por lo menos para hacer prosperar la revolución.

> De momento la situación es la siguiente: por una parte se piensa en general que la siguiente fase de la lucha será de encuentros armados [siguiendo el ejemplo de los últimos sucesos de Moscú]. He aprendido mucho con esto *y todo más alentador de lo que podrían imaginar* [...] Por ahora puede considerarse que Moscú es victoria y no derrota. Toda la infantería se mantuvo inactiva, ¡hasta los cosacos! Sólo hubo pérdidas mínimas por parte de los revolucionarios. El grueso de los enormes sacrificios lo soportó la burguesía; es decir, el pueblo que no intervenía en nada, porque los soldados disparaban a ciegas y destruían las propiedades privadas. Resultado: la burguesía entera está furiosa y soliviantada. Llega mucho dinero para armar a los trabajadores, y entre los *principales* revolucionarios apenas ha habido una baja en Moscú.[49]

No podía negarse que los prolongados movimientos huelguísticos estaban ocasionando gran miseria, sobre todo ahora que el gobierno había montodo una contraofensiva. Los patronos, anteriormente ansiosos de llegar a un entendimiento con los obreros en huelga, ahora endurecían su actitud y cerraban sus establecimientos.

> El punto débil de nuestro movimiento [...] es la enorme difusión del desempleo, que causa indescriptible miseria [...] *voilà la plaie de la révolution,* y no tiene remedio. Pero al lado de esto ha aparecido un heroísmo tranquilo y una conciencia de clase entre las masas que me

[48] Véase "Carta abierta", *Naprzod,* 3-5 de enero de 1906. La respuesta de Rosa está en *Czerwony Sztandar,* 16 de enero de 1906 (n. 44) y 27 de enero (n. 48).
[49] *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* pp. 102-03, fechada el 11 de enero de 1906. Subrayado de Rosa.

gustaría mucho ver en nuestros queridos alemanes [...] Aquí los obreros, *por acuerdo propio,* deciden por ejemplo ceder un día de salario cada semana para los que están sin trabajo. Esto no dejará de marcar su impronta en el futuro. Por ahora, la labor que ha realizado la revolución es enorme: ha ahondado las diferencias entre las clases, extremado las condiciones y resuelto todas las dudas. ¡Y en el extranjero no aprecian nada todo esto! La gente dice que se ha abandonado la lucha, pero en realidad se ha llevado a lo más hondo de la sociedad. Al mismo tiempo, la *organización* progresa sin cesar. A pesar de la ley marcial, la socialdemocracia se aplica a montar los sindicatos [...] y la policía no puede nada contra este movimiento masivo [...][50]

La transformación teórica de la huelga de masas en la siguiente fase del alzamiento armado era un problema vital que Rosa Luxemburgo abordó de frente como solía. Los "jóvenes intelectuales" —esos lectores a quienes decía ella se dirigían sus más importantes escritos— esperaban ahora un análisis dialéctico en que el proceso de huelgas de masas se engranaba exacta e históricamente con la etapa siguiente, de alzamientos armados. Primeramente, Rosa analizaba las tres huelgas generales de enero, octubre y diciembre de 1905, cada una de ellas una fase de crecimiento e intensificación. Y las definía así:

En la primera fase de la revolución, el ejército del proletariado revolucionario juntó sus fuerzas y aglutinó su potencial combativo. En la segunda [y tercera] fase, este ejército logró la libertad del proletariado y acabó con el poder del gobierno absoluto. Ahora se trata de suprimir los últimos jirones del régimen zarista, de librarnos de ese dominio violento que impide la evolución de la libertad proletaria.[51]

Importaba mucho diferenciar su concepto de levantamiento armado del del PPS. El de éste era un acto de desesperación, consecuencia del análisis totalmente erróneo que decía que las huelgas de masas habían fracasado y que la acción gallarda de unos cuantos hombres armados podía reemplazar los esfuerzos inútiles de todo el proletariado.[52] Por el

[50] Ibid., pp. 110-11, fechada el 5 de febrero de 1906.
[51] *Z doby rewolucyjnej: co dalej?,* Varsovia, 1906, p. 12. Este folleto era una ampliación y reelaboración del análisis de 1905 con el mismo título. (Véase *Czerwony Sztandar,* abril de 1905, n. 25, y la primera versión del mismo folleto, reproducida de él unos meses después en Cracovia.)
[52] Véase "Blanquismo y socialdemocracia", *Czerwony Sztandar,* 27 de junio de 1906, n. 82.

contrario, el levantamiento armado en que pensaba Rosa lo ejecutarían precisamente los mismos que hacían las huelgas de masas: sólo que en mayor cantidad y con mayor determinación. Serían las masas mismas quienes pedirían esta acción; la antítesis masas/dirigentes aparecía oscuramente por primera vez a manera de justificación del aventurarse por un camino que de otro modo la dirección, naturalmente prudente, vacilaría en seguir.

> En una palabra, el desarrollo de las últimas huelgas de masas ha demostrado no que la causa revolucionaria esté retrocediendo ni debilitándose sino al contrario, que está avanzando e intensificándose; no que los dirigentes socialistas estén empezando a perder influencia en las masas sino que éstas, como suele suceder en cualquier momento decisivo del combate, sencillamente impulsan a los dirigentes espontáneamente hacia objetivos más adelantados.[53]

Lenin lo expresó de modo muy parecido cuando analizaba el grado en que los dirigentes socialdemócratas estaban a la altura de la situación: "El proletariado comprendió el desarrollo de las circunstancias objetivas de la lucha, que exigían el paso de la huelga al alzamiento, antes que sus dirigentes."[54]

Fueron días aquellos de grandes esperanzas, y de esfuerzos en consonancia. Rosa escribía a una velocidad que todavía no había alcanzado hasta entonces, a pesar de su enorme capacidad de concentración: análisis, exposición, redacción, impresión, distribución, todo el proceso de conocimiento revolucionario y de su transformación en teoría y táctica para la socialdemocracia. Las locas carreras para llevar el original a cualquier impresor que se pudiera convencer o forzar, la vigilancia de la impresión, la comprobación, la distribución y finalmente vuelta a empezar la tarea mental de digerir nuevas impresiones e ideas del proceso político y llevarlas al papel: todo esto era primordialmente labor de Rosa. Al mismo tiempo había el contacto renovado con la directiva, las reuniones y discusiones clandestinas, la posibilidad de establecer la política del comité central con sus propias opiniones, vigorosamente expuestas, y, por encima de todo, el conocimento de que en aquel momento de crisis ella estaba cerca del hombre que amaba y admiraba; no es maravilla que en aquellas pocas semanas alcanzara la marca más alta de su vida en muchos años venideros. No sabemos cómo la recibirían sus colegas. Es posible que Jogiches se incomodara por su presencia y que su cooperación, por

[53] *Z doby rewolucyjnej: co dalej?*, p. 14.
[54] "Lecciones del alzamiento de Moscú", *Sochineniya*, t. XI, p. 147.

muy fructífera que fuera políticamente, tuviera algún dejo amargo de tensión personal. El bacilo que iba a producir la muerte por dentro de sus relaciones apenas doce meses después tal vez estuviera ya operando en su colaboración.[55] Pero no era el momento de resentimientos personales. Por primera vez estaba el SDKPiL laborando, y precisamente en las circunstancias que siempre había deseado: una atmósfera de lucidez y optimismo intelectuales que soldaba a un grupo de revolucionarios profesionales acostumbrados unos a otros desde tiempo antes, conocidos fuera de allí tan sólo por sus arcanos sobrenombres, que iban y venían misteriosamente en su quehacer revolucionario, cada uno de ellos conociendo sólo una parte del todo de modo que en caso de captura la pérdida fuera la menor posible. Y a todo esto, los curiosos intersticios de una vida normal, al menos para Rosa. Solemos olvidar que las revoluciones raramente duran veinticuatro horas al día, que la gente come, y duerme, y charla; que visita a sus parientes, y Rosa tenía familiares en Varsovia, a quienes en los últimos dieciséis años sólo había visto de paso. Y estaban determinados a aprovechar su vuelta al máximo. "Personalmente no me siento tan bien como debería. Físicamente estoy débil, y eso no mejora. Veo a mis hermanos y hermanas una vez por semana, y se quejan amargamente, pero *non possumus*."[56] Por debajo de la excitación revolucionaria estaban las necesidades del mundo y los acontecimientos de la vida, que nunca podían olvidarse del todo. Incluso en enero de 1919, cuando Rosa huía y bandas de soldados armados la buscaban por todo Berlín, pudo escribir tranquilamente a su amiga Clara Zetkin que valdría más posponer un poco su visita, hasta que las cosas se calmaran.

El SDKPiL había entrado en la revolución cuando ésta empezó, en enero de 1905, con un montón de ideas que tenían poco que ver con lo que en realidad estaba sucediendo. Sus miembros sumaban cuando más unos cuantos centenares de activistas secretos. Para febrero de 1906 tenía unos 30 000 miembros, artesanos y proletarios, a pesar de que sus actividades habían vuelto a la ilegalidad después de una breve quincena de franca agitación a ojos vistas.[57] Además, su influencia se extendía a

[55] Véase *infra*, pp. 311-15. Las pruebas de la causa de su ruptura se basan en hechos estrictamente relacionados con el periodo posterior a la salida de Rosa de Varsovia y la huida de Jogiches de la cárcel al empezar el 1907. Pero no puedo sobreponerme a la sospecha —basada en algunas de las dudas y preocupaciones manifestadas en las cartas de Rosa en la segunda mitad de 1905— de que la causa de que fracasaran sus relaciones ya existía en aquel tiempo.

[56] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 103, fechada el 11 de enero de 1906.

[57] Kalabinski y Tych, "La revolución en Polonia", *Annali... Feltrinelli*, p. 247. En 1907, la cifra oficial dada en el quinto congreso ruso, en Londres, fue de 25 654; véase M. Liadov, *Itogi londonskogo s''ezda*, San Petersburgo, 1907, p. 84.

grandes masas de trabajadores, directa o indirectamente expuestos a sus ideas: los huelguistas desatados en busca de puntos de apoyo intelectuales.

Habiéndose puesto rápidamente al corriente, el SDKPiL trataba ahora de tomar la cabecera de la revolución. Se convino en que el paso siguiente sería la insurrección armada y al empezar 1906 Julian Marchlewski fue enviado a Bélgica a comprar armas.[58] Nadie sabía cuándo llegaría el momento de esa iniciativa, ni siquiera si llegaría alguna vez; ciertamente no podía dictarlo el partido y sólo podía suceder una vez que las masas volvieran a poner en marcha la máquina revolucionaria. Rosa había sido siempre clara y concreta al respecto; sólo una nueva oleada de acción podía proporcionar el impulso necesario. Entonces, ¿cómo crear la atmósfera necesaria? Ésta era la misión de Rosa, y debemos ocuparnos ahora de ver cómo la realizó.

Primeramente, el lúcido enunciado de un programa. Era necesario identificar y captar aquel momento único y sus posibilidades dialécticas. El programa, siempre instrumento dinámico, tenía que aprovechar cabalmente esas posibilidades y al mismo tiempo ir más allá y pasar a la etapa siguiente. Nada de utopía ni de laxitud: lo que se requería era tensión a todo trapo. El partido siempre había preconizado el aniquilamiento de la autocracia zarista, que consideraba su principal tarea revolucionaria. Su análisis de la revolución era muy semejante al de los bolcheviques: acción autónoma de vanguardia por parte del proletariado para realizar lo que en esencia era una revolución burguesa; mantenimiento de la supremacía proletaria como garantía de que los beneficiarios burgueses de esa revolución, por temor al nuevo espectro revolucionario, no volvieran a caer en el abrazo de oso de la autocracia. Aunque la clase trabajadora debía ser el motor de estos hechos, no reclamaba privilegios correspondientemente exclusivos y su acción era en beneficio de toda la sociedad.[59] Aquí el análisis empezaba a diferir señaladamente del bolchevique. No se hablaba clara ni veladamente de dictadura. En lugar de eso, las conquistas de la clase obrera en beneficio de la sociedad en su conjunto prepararían las condiciones para el necesario desarrollo de la conciencia obrera de clase, de donde surgiría la confrontación de la siguiente fase: proletariado contra *burguesía,* como la situación que se daba en Alemania. "Estas luchas tienen importancia vital para la elevación del nivel general obrero [...] La lucha política sirve principalmente para defender los intereses del proletariado y aumentar

[58] Feliks Tych i Horst Schumacher, *Julian Marchlewski,* Varsovia, 1966, p. 145. Véase también *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* p. 111, fechada el 11 de enero de 1906.

[59] *Czego chcemy? Komentarz do programu SDKPiL,* Varsovia, 1906, p. 29.

su influencia en la legislatura y la política del Estado entero."[60] Rosa definía limpiamente la distribución de papeles entre la clase obrera, actora, y la naciente sociedad burguesa, beneficiaria:

> Cuando se trata de establecer el orden político, es tarea de todo el pueblo, pero cuando se trata de estrangular enérgica y audazmente los restos de la reacción y salvaguardar los fines de la revolución, es tarea de la clase que es el alma verdadera del combate, que ha llevado la madurez política y la conciencia a todo el pueblo: el proletariado soberano.[61]

Lo que pedía exactamente en materia política era una asamblea constituyente para toda Rusia, libremente elegida y con las facultades necesarias para decidir la constitución republicana del Estado. Esta asamblea constituyente sería el nuevo campo de batalla en que la socialdemocracia —la parte organizada y más consciente del proletariado— llevaría adelante la lucha en dos frentes: la ejecución definitiva de la reacción en combate de retaguardia y los preparativos para el asalto final contra la burguesía políticamente madura. Rosa presentaba esta lucha en tres tiempos: primeramente, la consecución de la asamblea constituyente; en segundo lugar, la burguesía obligada a ser leal a la revolución; y en tercer lugar, el gobierno provisional obrero, que resistiría hasta que las formas democráticas constitucionales emanadas de la asamblea constituyente entraran en vigor. Era de suponer que entonces el gobierno provisional obrero sería reemplazado y dejaría los poderes que temporalmente se arrogara en manos republicanas y burguesas. Naturalmente, ésta era la consecuencia lógica del apego a la dialéctica de pasos contados que postulaba que el capitalismo era anterior al socialismo y que provisionalmente desviaba el empuje de la acción de la clase trabajadora de todo objetivo específicamente proletario —insatisfactorio callejón sin salida con que Trotsky y Parvus quisieron romper mediante la noción de una reacción en cadena de revolución permanente que llevara directamente a la solución socialista sin ninguna prolongada "pausa" capitalista.[62]

La asamblea constituyente daría entonces forma concreta a la república panrusa que el SDKPiL ya estaba pidiendo como mínimo progra-

[60] Ibid., p. 14.
[61] *Rzecz o konstytuancie i o rzadzie tymczasowym*, Varsovia, 1906, pp. 13-14.
[62] No intentaremos aquí una comparación detallada con los puntos de vista bolcheviques y mencheviques. *Para los últimos véase* L. *Schapiro, The CPSU* (opinión antileninista), y J. L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy in Rusia*, cap. VII.

mático. Además, todas las nacionalidades se emanciparían, con la seguridad de que serían libres su propio desarrollo cultural, sus sistemas nacionales de educación y el uso de su lengua materna, y autónoma cada región étnica. Las elecciones serían secretas, y basadas en el sufragio directo, igual y universal. Ciudades y pueblos se gobernarían a sí mismos, y las mismas prescripciones electorales regirían para estos gobiernos urbanos y rurales autónomos. Rosa Luxemburgo no atribuía ningún papel oficial a los soviets (ni nadie), aunque tenía plena conciencia de su importancia; eran instrumentos espontáneos de la lucha pero no debían incorporarse a la estructura institucional permanente. Esta idea de que los soviets eran medio y no fin dominó el pensamiento primitivo del Spartakusbund en Alemania doce años después, y no fue sino cuando los dirigentes espartaquistas hubieron de enfrentarse a la importuna petición por parte de la mayoría del SPD de una asamblea constituyente, cuando atribuyeron un papel más positivo y permanente a los consejos de obreros y soldados, inspirados por un ejemplo ruso ya en sí anacrónico.[63]

El principio electivo penetró todo el programa del SDKPiL, y debía aplicarse a los jueces así como a los funcionarios de todos los niveles. En cuanto a lo demás, el programa era la aplicación impecablemente ortodoxa de los derechos del hombre expuestos por la Revolución Francesa: igualdad de todos ante la ley, inviolabilidad personal, libertad de palabra, prensa, asociación y reunión, libertad de conciencia y total emancipación de las mujeres. Añadíanse a esto los frutos de un reciente debate socialista en Alemania: "abolición del ejército permanente y creación de un ejército de todo el pueblo, que sería la mejor garantía del desarrollo pacífico de un país y el mejor medio de facilitar la liberación total del yugo del capitalismo."[64] De la misma fuente procedía la demanda de educación obligatoria y gratuita, la abolición de las tarifas aduaneras y los impuestos indirectos y su reemplazo por un impuesto progresivo sobre los ingresos, la propiedad y la herencia; y, finalmente, una orgía de interesante legislación laboral. Las influencias están claras: la antigua petición "rusa" de que se aboliera la autocracia, la esencia de la legalidad e igualdad burguesa tomada del ejemplo clásico de la revolución burguesa en Francia y finalmente la preocupación alemana por los impuestos directos en lugar de los indirectos y por una milicia popular —con todas las contradicciones y dificultades inherentes a tales demandas.

Rosa Luxemburgo dedicó especial atención al problema de la autonomía porque era el tema más delicado en Polonia y el punto principal

[63] Véase *infra*, pp. 522-23, 527-34.
[64] *Czego chcemy?*, p. 47.

de oposición al PPS. La asamblea constituyente sería panrusa, y las formas constitucionales básicas del nuevo Estado las decidiría centralmente un organismo de toda Rusia. "Pero cada país es una entidad distinta dentro de Rusia, tiene su propia vida cultural y sus formas socioeconómicas diferentes de las del resto del país."[65] De acuerdo con eso, habría un *sejm* o asamblea nacional en Varsovia, también para los problemas positiva e innegablemente polacos. El *sejm* se encargaría, pues, de todos los asuntos relacionados con las escuelas, los tribunales, las oficinas de gobiernos locales y todas las cuestiones concernientes a la cultura nacional. Su autoridad provendría por delegación del centro ruso y se limitaría a esos campos concretos; las grandes cuestiones políticas se resolverían en Rusia, aunque naturalmente los polacos tendrían una representación proporcional en el gobierno central, como las demás minorías. La solución cabalmente federal propugnada por algunos liberales —muy aparte de peticiones extremadas de independencia total— era una treta burguesa para impedir la adecuada representación de la clase obrera; al apoyarla, los obreros polacos apoyarían tan sólo a sus enemigos de clase, que tocaban la cuerda del nacionalismo como un medio de desviar la energía revolucionaria por canales menos peligrosos.[66]

Como había insistido Rosa en 1905, el SDKPiL tenía que oponerse no sólo al PPS, su competidor inmediato de clase, sino también a los partidos burgueses que habían entrado en la liza de la oposición patente al zarismo. El más importante de éstos era el de los demócratas nacionales, y el ataque contra el federalismo era efectivamente una réplica a la solución de componenda en la cuestión nacional preconizada por Dmowski. Rosa Luxemburgo tenía, pues, que caminar con pies de plomo entre estos dos programas contradictorios, el PPS y su exigencia de independencia revolucionaria —a que se debía replicar disociando por incompatibles la revolución y la independencia, que yuxtaponía— y el federalismo no revolucionario o reformista de los demócratas nacionales, concesión que esperaban obtener del zarismo, que a su vez debería ser denunciado demostrando que los intereses de la burguesía rusa y la polaca eran idénticos y que por eso debían recibir una misma respuesta por parte de la clase obrera de los dos países. El camino era tortuoso y la argumentación necesariamente complicada; sólo el talento de Rosa le permitía orientarse entre los Escila y Caribdis de la mutua contradicción. Pero una vez más se le presentaba el antiguo problema de exagerar el caso, como ya le había ocurrido en 1895; si la independencia polaca era realmente algo tan anacrónico (*démodé*), ¿cómo convertir se-

[65] Ibid., p. 23.
[66] *Rzecz o konstytuancie*..., pp. 16-18 y 31-33.

mejante tigre de papel en una amenaza furiosa? Si ni la burguesía ni las masas deseaban realmente la independencia, ¿quién la deseaba? Rosa promovió a ese chivo expiatorio del marxismo de nuestros días, que resuelve todas las ecuaciones de clase difíciles: la pequeña burguesía.[67] Durante años, los intelectuales de la Segunda (y la Tercera) Internacional se dedicaron a rebajar la clase media inferior, indispensable papel mudo de sus creaciones dialécticas, hasta que al fin esta clase olvidada desarrolló su imponente fuerza y se vengó terriblemente de sus detractores tomando la forma de fascistas y nacionalsocialistas.

Aunque los revolucionarios apenas lo comprendían, la intensificación de sus esfuerzos en los tres primeros meses de 1906 iba a la zaga de los hechos. Precisamente en el momento en que Rosa Luxemburgo producía panfleto tras artículo con el fin de crear un marco intelectual y político para el movimiento revolucionario incoado, estaba bajando rápidamente la marea de aquel movimiento. A los últimos grandes esfuerzos de diciembre y principios de enero siguieron sólo cabrilleos limitados que ya no podían engendrar apoyo de las masas obreras en Polonia ni Rusia. En 1906 estaban en huelga 1 180 000 trabajadores en total, mientras el año anterior habían sido 2 863 000. Junto a la acción industrial, la persistente, aunque inarticulada, presión campesina se escindía en actos locales, individuales, de terrorismo y destrucción. Durante cierto tiempo, el SDKPiL se aferró a la esperanza de que la pausa era sencillamente más larga que la prevista. En su quinto congreso, que se reunió en el lugar galiciano de Zakopane del 18 al 23 de junio, los delegados estuvieron casi unánimemente de acuerdo en que podía esperarse para dentro de poco la reanudación del movimiento revolucionario. Por lo tanto se planearon nuevas medidas para proporcionar mejor control organizacional sobre la siguiente acción de masas, para asestarla con más precisión al corazón de las defensas del gobierno. La lucha tenía que ser más política, mejor organizada, y sobre todo más disciplinada y eficaz. Como el SDKPiL se había unido ahora oficialmente con el RSDRP, recién juntado, se puso énfasis especial en la lucha por la unidad de toda Rusia. Aunque estaban inevitablemente ausentes Rosa y Jogiches, Julian Marchlewski inauguró el congreso, y el informe decisivo acerca de lo realizado por la revolución estuvo a cargo del más eminente práctico de la agitación y la disciplina: Feliks Dzerzhinsky.

Pero aun los optimistas pronto hubieron de reconocer que la marea estaba bajando. Las autoridades zaristas habían pasado en marzo de 1906 a la contraofensiva, la primera en más de un año. Barrió las ciudades una ola de detenciones, seguidas a veces de ejecuciones sumarias.

[67] *Rzecz o konstytuancie* . . . , p. 37. Véase también *Program federacji, czyli PPS w bledny, kole,* Varsovia, 1906, pp. 10-13.

La policía redobló sus esfuerzos para penetrar con sus espías en la organización revolucionaria. Se hacían frecuentes llamados al ejército para que colaborara estrechamente con las autoridades civiles. Al mismo tiempo, el crecimiento de los sindicatos, aunque estaba destinado a incrementar y organizar el potencial revolucionario de los trabajadores, en realidad desvió sus energías de la acción política para orientarlas hacia reivindicaciones económicas más inmediatas. De este modo, los esfuerzos del SDKPiL por mantener "políticos" los sindicatos que estaban naciendo fracasaron en gran medida, tanto que cuando el gobierno legalizó después los sindicatos, los líderes socialdemócratas se habían vuelto escépticos respecto a su valor; Rosa Luxemburgo era de los que no veían la necesidad de recrear en las condiciones polacas, y con la bendición de las autoridades, precisamente aquellos sindicatos indisciplinados y egoístas que le habían estado creando problemas en Alemania desde 1900. En todo caso, la influencia más fuerte en la nueva tendencia de la organización industrial no procedía de los socialistas ni de los socialdemócratas, sino de los demócratas nacionales, que formaban sus propios sindicatos para competir con los socialistas. Para entonces ese partido, con su programa de concesiones y componendas, empezaba a ejercer creciente influencia en los obreros, cansados y algo desilusionados. Representaba la consolidación de los beneficios obtenidos y la cooperación limitada con las autoridades mientras éstas estuvieran de humor de hacer concesiones; y mucho después. El desempleo y las privaciones —*"la plaie de la révolution"*— estaban cobrando su impuesto; más que huelgas había paros forzosos decretados por los patrones, que culminaron en la gran lucha de las fábricas de Poznanski, en Lodz, a fines de 1906.

Aunque el SDKPiL no quería —ni podía— reconocer que la revolución se estaba acabando, observaba la desintegración de la acción de masas, transformada en pelea a puñetazos, con bastante preocupación. Ellos también habían perdido a muchos dirigentes con las redadas policiacas: Rosa Luxemburgo y Jogiches emparedados en el famoso Pabellón X, Marchlewski detenido pero no identificado y soltado poco después, Leder detenido también y esperando su proceso. El comité central se retiró a Cracovia en la primavera dejando en Varsovia a sus más expertos conspiradores, Hanecki y Dzerzhinsky. La lucha contra las autoridades había degenerado en costosos encuentros con los combativos partidarios de los demócratas nacionales y la dirección se vio obligada a desaconsejar lo que calificaba de pendencias sin objeto, tanto entre los dos partidos socialistas como entre los obreros organizados por socialistas y liberales.[68] El periodo de práctica activa de la revolución había termina-

[68] *Czerwony Sztandar*, 11 de junio de 1906, n. 76, y 19 de junio de 1906, n. 77. Los llamados llevan el sugestivo título de "Walka ideowa zamiast walki na pie

do; llegaba la hora de hacer la digestión, del análisis teórico. Una vez más tocaba a Rosa Luxemburgo adelantarse al proscenio. Pero de momento lo que le urgía ante todo era sobrevivir.

A fines de enero de 1906 Rosa había escrito a Karl Kautsky que "Luise tiene mil veces razón en desear que vuelva yo a Berlín. Saldría de inmediato para allá si no fuera porque tengo que terminar varias cosas aquí y después ir a San Petersburgo para la *celebración familiar* [el congreso del partido]."[69] Las noticias de Berlín, con el informe de las huelgas de masas en Hamburgo y la contraofensiva de los líderes sindicalistas alemanes, desasosegaban a Rosa. Una vez más empezaba la yerba revolucionaria a parecer más verde en otro valle. Proyectaba volver a Berlín a mediados de marzo. Sus colegas pensaban que la situación era más peligrosa que nunca para ella en Varsovia, y de todos modos había ya realizado estupendamente sus tareas inmediatas de análisis y propaganda. Por consiguiente, Rosa recibió su pase de periodista alemana visado para su viaje de vuelta y empezó a hacer arreglos definitivos para su salida.

Pero el hacha cayó antes de lo esperado. El domingo 4 de marzo (según el nuevo calendario) fue un día templado y húmedo que interrumpió el invierno con su deshielo fangoso. Una incursión policiaca en casa de una condesa Walewska sacó de la cama a dos sonrojados periodistas alemanes que la policía sospechaba eran revolucionarios polacos, aunque enseñaron papeles a nombre de Anna Matschke y Otto Engelmann. Al parecer, unos informes de prensa de Alemania habían dado finalmente la seguridad de que Rosa Luxemburgo estaba en Varsovia; los periódicos de derecha llevaban en aquel tiempo relatos acerca de los revolucionarios rusos en Alemania.[70]

Los dos, hombre y mujer, fueron llevados al ayuntamiento sosteniendo a voces sus alias y su inocencia. Armados de sospechas definidas, los policías catearon la casa de la hermana de Rosa y no tardaron en descubrir fotografías. Ya no era posible seguir disimulando. A Jogiches le fue mejor; descubrieron su alias a principios de junio, tal vez también por conducto de Alemania. Con toda seguridad, el gobierno alemán colaboraba cuanto podía con la policía rusa.

sci" [Luchar con ideas y no con los puños] y "Walka rewolucyjna czy rewolucyjne awanturnictwo?" [¿Lucha revolucionaria o bandolerismo revolucionario?].

[69] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 108.

[70] Esta relación la sugiere Frölich, p. 136. Atribuye la identificación de Rosa en su papel de Anna Matschke a un artículo del conservador *Post*. El doctor Tych me comunica que hay pruebas documentales de que el artículo del *Post* desencadenó la acción policiaca.

Rosa aceptó su suerte con ironía fatalista:

Así estará bien también. Espero que no lo tomen muy a pecho. Que viva la Re... mucho tiempo y todo lo relacionado con ella. En cierto modo, prefiero estar aquí a andar discutiendo con [mi contrario sindicalista alemán] Peus. Me agarraron en una posición muy poco elegante, pero no pensemos en eso. Estoy en el ayuntamiento en unión de "políticos", delincuentes comunes y lunáticos, todos revueltos. Mi celda es una verdadera joya; con sus actuales ornamentos (una celda por persona en tiempo normal) contiene ahora 14 huéspedes, por fortuna todos casos políticos... Me dicen que estas condiciones son casi paradisiacas, porque hubo una vez que se alojaban 60 personas en una celda y dormían por turnos [...] Estamos durmiendo todos como reyes, en tablas, unos por encima de otros, unos junto a otros, amontonados como sardinas, pero nos las arreglamos bastante bien, salvo por la música que nos proporcionan extra; por ejemplo ayer llegó otro colega, una judía loca, que nos tuvo sin respirar durante 24 horas con sus lamentaciones e hizo que cierto número de políticos prorrumpieran en sollozos histéricos. Hoy por fin nos libramos de ella y sólo quedaron tres *meschuggene* [locos] tranquilos [...] Mi ánimo es excelente como de costumbre. Por ahora sirve mi disfraz todavía, pero supongo que no durará mucho [...] En todo respecto, la cosa es gorda, pero estamos viviendo una época muy seria, y "todo cuanto sucede vale la pena". Así que anímense y no se preocupen. En mi vida todo ha ido *magníficamente* [...] mi salud es perfecta. Supongo que me llevarán pronto a otra cárcel, ya que mi caso es serio.

1. Paguen mi renta, todo se lo devolveré pronto, y muy agradecida.

2. Envíen de inmediato 2 000 coronas austriacas al señor Alexander Ripper, a la imprenta [una dirección de Varsovia] y pongan como remitente el señor Adam Pendzichowski. No hagan ningún caso de *cualquier otra petición* de ese lugar [...]

4. No paguen ningún otro dinero aparte de éste *sin una orden mía,* como no sea que lo pida Karski [Marchlewski]; si no no [...] Querido Karl, por ahora tendrá que tomar usted la representación de la socialdemocracia por Polonia y Lituania en la [oficina de la] Internacional. Envíen una comunicación oficial al respecto; después le reembolsarán el viaje para las reuniones [...] No deben publicarse noticias de mi detención hasta la revelación total [del alias]. Después, sí —ya les diré cuándo— convendría que hagan ruido para que los de aquí se asusten. Tengo que terminar; una docena de besos y saludos. Escríbanme directamente a mi dirección. Frau Anna Matschke, Cárcel del Ayuntamiento, Varsovia. Recuerden que estoy [aquí como]

redactora de la *Neue Zeit.* Pero escriban con cautela, naturalmente...[71]

Cualquiera que fuera el destino que la esperaba, había detalles de orden práctico a que atender, tanto por parte del partido como por la suya propia. Sólo en esos momentos de angustia enfocaba Rosa sus problemas económicos con tranquila eficiencia.

Las condiciones en las cárceles de Varsovia eran verdaderamente caóticas. Cada redada de la policía llevaba a ellas más presos, que aumentaban el hacinamiento, y al principio se hacía al azar la tarea de identificación e interrogatorio. Todo ello a la manera clásica zarista, con brutalidad pero sin eficiencia. Al cabo de unos días trasladaron a Rosa de la cárcel municipal a la de Pawiak, y de allí, el 11 de abril, al famoso pabellón X de la ciudadela varsoviana, en las afueras de la ciudad y a orillas del Vístula. Era la fortaleza donde encerraban a los delincuentes políticos peligrosos, el lugar donde habían estado encarcelados en un tiempo los revolucionarios nacionalistas de 1863 y los primeros miembros de *Proletariat,* todos los importantes enemigos públicos. El gobierno no distinguía gran cosa en las alambicadas diferencias entre unos y otros tipos de revolucionarios. La familia de Rosa no tardó en obtener permiso para visitarla, y la hallaron metida "en una verdadera jaula compuesta de dos capas de malla de alambre, o más bien una jaula pequeña dentro de una grande, de modo que el preso sólo puede ver a los visitantes a través de ese doble enrejado". Rosa recordó la escena muchos años después, cuando trataba de animar a la esposa de otro convicto: Karl Liebknecht.

Acababa de terminar una huelga de hambre de seis días en la cárcel y estaba tan débil que el alcaide de la fortaleza me mandó llevar poco menos que en brazos a la sala de visitas. Tuve que asirme con ambas manos a los alambres de la jaula, y con seguridad me parecía a alguna fiera del zoológico. La jaula estaba en un rincón oscuro de la pieza y mi hermano pegó su cara a los barrotes. "¿Dónde estás?", me preguntaba continuamente, y no dejaba de enjugar las lágrimas que empañaban sus gafas.[72]

Su familia, naturalmente, se puso de inmediato en movimiento para sacarla de allí. Su primera sugestión fue pedir clemencia al conde Witte, el primer ministro de Rusia. Pero Rosa la rechazó al punto. El siguiente problema fue el de la confirmación de su nacionalidad alemana. No

[71] *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* pp. 113-15, fechada el 13 de marzo. Esta carta debió salir de contrabando.

[72] *Cartas de la cárcel,* Berlín, 1932, p. 17, fechada el 18 de febrero de 1917.

bastaba con afirmarla, había que probarla; y fueron angustiadas cartas a Berlín e interminables dilaciones en respuesta.[73] Su familia tenía la intención de acoplar esto con una petición al cónsul alemán para que interviniera en ayuda suya, y Rosa también se opuso; pero de todos modos abordaron a las autoridades alemanas. A fines de junio, su hermano hizo una breve visita a Berlín para completar la parte más importante de las formalidades para su liberación: recaudar dinero para la fianza o el rescate.

El delito de Rosa contra el Estado era de los más graves, y sus amigos así lo comprendían. Henriette Roland-Holst acosaba a los Kautsky pidiéndoles noticias, y otro tanto hacían Clara Zetkin y los Mehring. Bebel pidió le transmitieran sus buenos deseos y la seguridad de que la ayudarían en lo posible. Kautsky transmitía todos estos mensajes a sus conocidos del SDKPiL.[74] A su vez pidió a Warszawski noticias más recientes de ella, pero éste no podía buenamente calmar los temores de Berlín. El dinero seguía siendo el mejor medio de aliviar las tensiones con la burocracia rusa.

> Algunas noticias de Rosa, como prometí [...] Las cosas están bastante mal. La amenaza de una corte marcial era harto real. Decidimos solucionar la cosa con dinero. Lo primero era hacer que la acusación pasara a otro artículo de la Ley, que se consiguió [...] Es probable que más adelante haya una amnistía, pero Rosa sería excluida de ella. Estamos haciendo cuanto podemos por mover las cosas, para que [en la acusación] sólo se enumeren los artículos que no excluirían a Rosa [de una amnistía]. Quizá mañana o pasado mañana pueda darles mejores noticias.[75]

Sus advertencias hicieron el debido efecto en Berlín y Josef Luxemburg consiguió reunir 3 000 rublos, la cantidad pedida en calidad de fianza, cuando se presentó allí. Ese dinero procedía seguramente del comité ejecutivo del SPD, aunque es probable que entonces no lo supiera Rosa.[76]

[73] Véase la carta del hermano de Rosa a Arthur Stadthagen el 26 de junio de 1906, *Briefe an Freunde*, p. 34. De este intercambio se desprende que el código telegráfico del asunto de la familia Luxemburg en Varsovia era "Luxemburgeois". (Luxemburgués), irónico mote para un socialista revolucionario.

[74] Correspondencia en los archivos de Kautsky, IISH.

[75] Adolf Warszawski a Karl Kautsky, 15 de mayo de 1906, Archivos IISH, D xxiii, 64.

[76] Las pruebas de esto son circunstanciales pero yo las considero concluyentes. De vez en cuando se hacían insinuaciones acerca de su ingratitud cuando manifestó claramente sus tendencias de oposición después de 1910. Se referían sin género de duda a alguna obligación especial que ella debía tener respecto de la dirección

Estaba decidida a conservar su postura revolucionaria hasta el final y a no pedir ayuda, ni a las autoridades alemanas ni al partido. La directiva del SDKPiL acompañó su persuasión económica con una amenaza oficiosa de represalias: si algo sucedía a Rosa se vengarían en funcionarios descollantes.

Aunque muy animada, Rosa se estaba enfermando y los médicos de la prisión pudieron justificar fácilmente por razones de salud la liberación oficial bajo fianza. Era la reacción a los muchos meses de actividad febril. Se le había empezado a poner gris el pelo, y en junio una comisión médica informó que padecía de "anemia, síntomas de histeria y neurastenia, catarro estomacal y dilatación del hígado". Aunque es probable que estos informes fueran exagerados gracias al soborno, ella misma le decía a su amigo Emmanuel Wurm que estaba "amarilla" y se sentía "muy cansada".[77] La disciplina de la socialdemocracia hace a los revolucionarios parecer casi iguales en la vida normal; pero una vez encerrados entre cuatro paredes y a oscuras, la personalidad de cada uno aparece libre de obstáculos. Parvus en la fortaleza de Pedro y Pablo de San Petersburgo sencillamente lamentaba su suerte; era incapaz de pensar ni de escribir una palabra, como si hubiera estado paralizado. Trotsky, en una celda vecina, se abstraía de la realidad y se sentía feliz de la oportunidad que la soledad le brindaba de completar sus procesos de digestión revolucionaria. La teoría de la revolución permanente con todas sus implicaciones lógicas la elaboró en la cárcel, como si hubiera estado disfrutando del retiro de una universidad de Oxford. Rosa, teniendo que compartir su celda, no era capaz de pensar en calma el tiempo suficiente para hacer otras cosas que retazos de manuscrito, que salían clandestinamente de la cárcel. Pero, por lo demás, hablaba y predicaba y difundía la revolución en el círculo inmediato de sus compañeras de reclusión, y sus cartas denotan una alegría activa y decidida que, interrumpida sólo por breves momentos de desesperación, hubo de conservar durante todo el largo encarcelamiento, mucho más pesado, que padeció en la primera guerra mundial.

El 8 de julio de 1906 la soltaron finalmente, tras de mucho amenazar y rogar a las autoridades, más el diagnóstico de los médicos y sobre todo el encanto del dinero. Estaba libre, pero no le permitían

del SPD. Cuando en 1907 Bebel le ofreció formalmente una suma de dinero de parte del comité ejecutivo para que restaurara su maltrecha economía, rechazó la idea de "otros pagos", porque no quería que el comité la mantuviera. (Declaración de Luise Kautsky a Werner Blumenberg en Amsterdam.) Por último, y es lo más importante, Bebel le escribió perentoriamente después de su liberación en julio mandándole volver a Berlín. Es evidente que algo justificaba a sus ojos el mandato. Véase *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 122; también Frölich, p. 139.

[77] *Briefe an Freunde*, p. 41, carta fechada el 8 de julio de 1906.

salir de Varsovia. No tenía mucho que hacer allí. La revolución había amainado y los principales dirigentes habían ido a Cracovia. Unos pocos artículos para el *Czerwony Sztandar,* la polémica contra Dnowski y los consejos a los obreros fueron los últimos disparos de un partido que se batía en retaguardia.[78] Su principal interés ahora era salir de Varsovia. El fiscal de esta ciudad a quien había pasado su expediente tenía todavía problemas con su nacionalidad alemana. Frecuentes visitas a las oficinas dispersas de una burocracia ineficiente produjeron algo de ese contacto informal que hay incluso con los gobiernos más duros; un hablador funcionario ruso le dijo muy risueño que aun cuando los rusos la dejaran ir, la policía alemana había ya pedido su expulsión en determinado punto de la frontera. Ahora tenía un proceso pendiente en Alemania por declaraciones sediciosas en el congreso de Jena, el año anterior.[79] Pero lo más importante se había logrado ya con su salida de prisión; habíase librado de las garras de la policía, y lo demás era cuestión de tiempo y de formalidades. Finalmente, el 8 de agosto (según el nuevo calendario) se le permitió salir de Varsovia con instrucciones de presentarse a la policía en Finlandia, adonde se dirigía. Para entonces había cristalizado su programa: un mes o cosa así en Finlandia, junto a los dirigentes revolucionarios allí congregados, y la preparación de un análisis bien pensado de los acontecimientos de que había sido testigo, destinado a los lectores alemanes. Porque ahora estaba claro que el siguiente paso debía ser su vuelta a Alemania, a tiempo de asistir al próximo congreso del partido. Una vez más sería Alemania el centro de sus actividades, y su impacto sería mayor por las lecciones que podría impartir a sus graves pero fascinados oyentes.

No había podido Rosa asistir al congreso del SDKPiL de junio de 1906, y, cosa tal vez más importante todavía, tampoco al gran congreso de unificación del partido ruso, al que finalmente había prestado su adhesión el SDKPiL. La reunión de las tribus que se había pensado celebrar en febrero, en San Petersburgo, nunca se realizó; debido a la presión policiaca se creyó más segura la neutral Estocolmo. Parecía recorrer el RSDRP un nuevo sentimiento de unidad y cooperación. Era el momento ideal para que Rosa ejerciera su influencia en los dirigentes rusos. Por encima de todo deseaba ver lo que esos bolcheviques, con su alzamiento casi triunfante de Moscú, parecían de cerca.

Al estallar la revolución, los dirigentes del SDKPiL, y Rosa en particular, se habían orientado hacia los mencheviques. Aunque nunca se compuso la ruptura personal con Plejánov, durante cierto tiempo Rosa

[78] Véase *Czerwony Sztandar,* 30 de agosto de 1906, n. 102, pp. 1-2.
[79] *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* p. 126, carta fechada el 11 de agosto de 1906.

tuvo relaciones corteses y bastante amistosas con Axelrod, Dan y en particular Potrésov. Pero en 1905, a medida que se desarrollaba la política menchevique, Rosa fue criticando cada vez más la nueva *Iskra* menchevique; y en privado sus comentarios tenían un tono de creciente aspereza. No obstante, mientras tuvo esperanzas de persuadir a Mártov, Axelrod y Potrésov de los errores de su actitud prefirió no polemizar con ellos en público. "Soy partidaria de no hacerles excesivamente difícil el pasar a nosotros polemizando con demasiada dureza, tan sólo por hablar. Prefiero intentar obtener su asentimiento para la redacción de la resolución."[80]

Por encima de todo, Rosa estaba decidida a no dejarse arrastrar al torbellino de las querellas de partido rusas y trató de impedir que Kautsky y otros alemanes importantes lo hicieran. Siempre que le pedían su opinión, y aunque no se la pidieran, aconsejaba cautela y suspicacia respecto a los emisarios de los dos campos rusos, que ahora empezaban a solicitar la simpatía y sobre todo la ayuda material de Berlín. Advertía al SPD que no diera mucho crédito a las presuntuosas afirmaciones de cada una de las facciones rusas de que ella sola representaba a todo el partido; cuando los bolcheviques celebraron una conferencia en Tammerfors, Finlandia, y pretendieron tener toda la autoridad de un congreso del partido entero, ella advirtió a los alemanes que no reprodujeran las resoluciones de esa conferencia en Alemania como si fueran el envangelio.[81]

Si acaso, Rosa era más antileninista que promenchevique. Sus críticas a los mencheviques no hacían ciertamente más interesantes a los bolcheviques. El *bolszynstwo* —como se le llamaba en el partido polaco— era todavía sinónimo de estrechez de criterio, obstinación y falta de razón, y era necesario erradicar y deplorar toda huella suya en las actitudes polacas.[82]

80 Cartas Jogiches, mediados de octubre de 1905, IML (M).

81 *SAZ,* 20 de junio de 1905.

82 Una vez que la aprobación de los bolcheviques se hubo convertido en la piedra de toque de la ortodoxia, la actitud de Rosa y los dirigentes polacos para con la facción rusa fue objeto de detallado estudio y comentarios por parte de los comunistas. Véase la introducción de A. Krajewski a las Cartas Jogiches, *Z Pola Walki,* 1931, n. 11-12, p. 178; también "El SDKPiL en la revolución de 1905-07", ibid. Para un estudio moderno del mismo antiguo problema véase Jan Sobczak, "La posición antimenchevique del SDKPiL en cuestiones de la lucha dentro del RSDRP en el periodo comprendido entre el cuarto y el quinto congresos del RSDRP", *Iz istorii polskogo rabochego dvizheniya,* Moscú, 1962, pp. 58-102; también la polémica entre Roman Werfel y Julian Hochfeld en *Po Prostu,* febrero-marzo de 1957, reproducida en Adam Ciolkosz, *Róza Luksemburg a rewolucja rosyjska,* París, 1961, pp. 233-56. Pero hoy en día los polacos han consignado el problema a la historia y los historiadores. Véase la referencia, meramente de pa-

Cuando Rosa llegó a Varsovia y discutió de los acontecimientos de San Petersburgo y Moscú con sus colegas, halló una actitud muy diferente. Las críticas a la deplorable tendencia a sobrestimar el liberalismo ruso, que ya había ocasionado algunas pendencias, pequeñas pero vivas, con los mencheviques en 1905, se habían vuelto ahora algo parecido a condenar la pusilanimidad menchevique en San Petersburgo y admirar correspondientemente al soviet bolchevique de Moscú. Las cosas parecían muy distintas desde Varsovia que desde Berlín. Los bolcheviques por lo menos habían intentado la insurrección armada, y los socialdemócratas polacos se habían empeñado también en dar este paso esencial. Rosa Luxemburgo comunicó las nuevas del diciembre moscovita a los lectores polacos con simpatía y entusiasmo.[83] Más significativo aún fue el que los polacos aceptaran la versión que el emisario de Lenin, que pasaba por Varsovia camino de Berlín, les diera de los sucesos de Moscú y San Petersburgo.

¿A qué se debía este rápido cambio? Para comienzos de 1906, tanto los bolcheviques como los mencheviques habían elaborado su versión de la estrategia revolucionaria; Lenin, con su consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado, y los mencheviques con su apoyo, más ortodoxo, a la revolución burguesa. Lenin en particular había pensado mucho en la táctica inmediata, y en uno de sus artículos más claros contrastaba su propia prescripción con la de sus contrarios.[84] Los polacos coincidían bastante con los bolcheviques aunque ellos por sí no elaboraron ninguna consigna propia en respuesta sino en 1908. La diferencia principal entre bolcheviques y mencheviques estaba en gran parte en lo relativo a la función del proletariado en la revolución que se estaba desarrollando, que —en eso estaban de acuerdo— sólo podía llegar hasta los límites de una revolución burguesa y democrática. Plejánov daba al proletariado un papel secundario, de apoyo a la burguesía, que en el estado actual de la historia debía tenerse todavía por la punta de lanza principal del ataque contra los restos del absolutismo feudal; para Lenin y Rosa Luxemburgo, por el contrario, el proletariado sería —tenía que ser— el primero que interviniera en la creación de una sociedad capitalista burguesa, democracia liberal dentro de la cual el proletariado podría proseguir su lucha anticapitalista.

sada, a esta cuestión en la evaluación ideológica oficial del SDKPiL, por ejemplo Feliks Tych, "En el 70 aniversario de la fundación de SDKPiL", *Nowe Drogi*, julio de 1963, n. 7 (170), pp. 25-37.

[83] "Revolución armada en Moscú", *Czerwony Sztandar*, 3 de enero de 1906, pp. 1-2.

[84] "Dos tácticas para la socialdemocracia en la revolución democrática", *Sochineniya*, t. IX, pp. 1-119.

Pero lo que importaba no era en definitiva solamente una interpretación socialista alambicada. El SDKPiL decidió que los bolcheviques se habían distinguido como los activistas de la Revolución Rusa y por eso se convertían en los aliados naturales de los polacos, igualmente activos. En el cuarto congreso, o de la unidad, del RSDRP en Estocolmo, en abril de 1906, los bolcheviques recibieron a los polacos maravillosamente. A su vez éstos ayudaron a los bolcheviques a obtener mayoría en varias cuestiones importantes ante el congreso. Representantes del SDKPiL, los únicos polacos admitidos en el congreso, se unieron al comité central del partido ruso. Informalmente se creó entonces un curioso paralelogramo: por una parte, el SDKPiL y los bolcheviques; por la otra los mencheviques y la izquierda del PPS, aunque éstos estaban fuera del movimiento ruso. Tal alineamiento, al principio producto incidental de actitudes y programas semejantes, fue pronto reforzado por un apoyo más específico. Bajo la apariencia formal de unidad, ambas facciones rusas conservaban su existencia y organización separadas, sobre todo los bolcheviques; ambas buscaban aliados, y los dos equipos de polacos también estaban ansiosos de apoyo ruso en sus incesantes polémicas. Pero esto estaba todavía por venir. Para Rosa y sus colegas, uno de los logros más importantes de la revolución en 1906 fue la incorporación formal de la unidad del partido en el congreso ruso —unidad que defenderían encarnizadamente en años venideros y que en definitiva fue aún más importante para ellos que cualquier alianza con los rusos.

Rosa llegó a Finlandia en la segunda semana de agosto. Los dirigentes revolucionarios se habían instalado en Kuokkala, dentro de la seguridad relativa de Finlandia pero muy cerca de San Petersburgo. Su vida se desenvolvía con una curiosa rutina: visitas diurnas a hurtadillas a la capital y después, vueltos en la noche a la tranquila Kuokkala, largas sesiones entre nubes de humo hasta las primeras horas de la mañana. Rosa pasaba buena parte del tiempo con Lenin y el círculo bolchevique que lo rodeaba. Sólo una vez lo había visto en persona anteriormente, en 1901 y en Munich, por los buenos oficios de Parvus, quien en los primeros y felices días de la *Iskra* había sido el único contacto con los socialdemócratas alemanes que permitiera la cautela de conspiradores de los rusos. Ahora al fin, después de polémicas y antipatía de lejos, se conocieron bien. Noche tras noche estaba ella en el piso bajo que ocupaba Lenin en casa de la familia Leiteisen en Kuokkala y hablaba largamente de la Revolución Rusa con Lenin, Zinóviev, Kámenev y Bogdánov.[85] E hizo profunda impresión en ellos; era "la primera marxista

[85] N. Krúpskaya, *Lenin*. De memoria dio Krupskaya la fecha errada de junio y por lugar San Petersburgo.

capaz de valorar la Revolución Rusa debidamente y en su conjunto".[86] En aquel tiempo nació una simpatía personal entre Lenin y Rosa Luxemburgo —basada como todas las amistades de Lenin, en el respeto intelectual mutuo— duró seis años, hasta que las diferencias de partido la ahogaron una vez más en la espuma de las polémicas. Y aun entonces, siempre sobrevivió a las hostilidades renovadas una chispa de simpatía personal.

Aunque fascinantes, aquellas discusiones eran secundarias respecto del objetivo principal que tenía Rosa en Finlandia. La organización provincial del SPD en Hamburgo le había encargado un folleto sobre la Revolución Rusa en general y la huelga de masas en particular. Iba a servir de texto para el próximo congreso del SPD en Mannheim, donde Rosa pensaba hacer su dramática reaparición en el partido alemán. También sería el considerado veredicto de Rosa sobre los grandes acontecimientos del año anterior. Dedicó a esta obra la mayor parte de su tiempo en Finlandia. Paraba en la casa de campo o *dacha* de una pintora camarada del partido — cerca de las interminables discusiones rusas, de sus reuniones y comités, pero sin hundirse en ellas; un puertecito de paz y tranquilidad para ella sola, muy a propósito para la actividad intelectual. Con su interés enfocado cada vez más en la próxima vuelta a Alemania, instaba a Kautsky a que le enviara ejemplares de los periódicos alemanes más importantes, para ayuda de sus investigaciones y para volverse a familiarizar con el ambiente alemán y sus circunstancias. Lo que leía no le gustaba, como era natural, pero de todos modos ansiaba volver a la familiar liza. Se iba reponiendo su salud rápidamente, y con la vuelta de su estado de ánimo acostumbrado se sentía cada vez más impaciente por volver a poner manos a la obra. También estaba impaciente por saber qué había del proceso que la amenazaba; no tenía ningún deseo de que la pusieran "tras barrotes preventivos en cuanto huela con la punta de la nariz la real libertad prusiana (ya saben que mi nariz es lo más saliente que tengo)".[87] Pero a sus amigos les era difícil darle la información requerida; la causa todavía estaba pendiente y el fiscal, sin preocuparse por el ansia de saber de ella, estaba todavía pensando en procedimientos contra Bebel como contra Rosa Luxemburgo.[88]

[86] Véase G. Zinóviev, *Zwei grosse Verluste* (discursos en la sesión del soviet de Petrogrado, 19 de enero de 1919), Petrogrado, 1920, p. 18.
[87] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 119, fechada en abril de 1906.
[88] Jena, donde se celebró el congreso de 1905, está en Turingia y por ello el caso competía a las autoridades provinciales. Sus superiores del Reich advirtieron al fiscal que no había esperanzas de condenar a Bebel pero en cambio las perspectivas eran excelentes contra Rosa Luxemburgo. Informe del departamento de Jus-

Las perspectivas que dejaba en Rusia no eran muy brillantes políticamente. La misma Varsovia era mejor que San Petersburgo —"en cuyas calles nadie parece darse cuenta ya de que hay algo que se llama revolución".[89] Pero aunque pretendía tener el prurito de volver a Varsovia, era un deseo personal y no político —y de todos modos no se podía ni pensar en semejante viaje. Su familia le había comunicado que la policía se hallaba por todas partes; amigos y parientes estaban "en verdadero peligro de perder la vida a cada paso". El destino de sus compañeros de prisión era una solemne advertencia. Algunos de ellos fueron objeto de decreto administrativo, pero Jogiches, por ejemplo, sería sometido a juicio. Habían tardado meses en establecer su identidad, pero una vez hubo la policía penetrado su alias —a pesar de los esfuerzos de Rosa por conservarlo con atestaciones alemanas— tendría que encarar no sólo acusaciones de "conspirar para derribar por la violencia armada la forma monárquica de gobierno dispuesta por la constitución", sino además la irónica coletilla de "tratar de obtener la independencia de Polonia". El mando militar del distrito de Varsovia no se preocupaba por refinadas distinciones entre los diferentes tipos de revolucionarios. El juicio se celebró al fin en enero de 1907. La acusación comprendía también a Rosa Luxemburgo, aunque naturalmente ella no se presentó en persona. Jogiches se negó a defenderse y aun a hablar; permaneció orgullosamente callado en los tres días que duró. Lo hallaron culpable de alta traición así como de deserción militar, ya que al igual que millares de otros emigrados de todo color político había rehuido el servicio militar en 1891 yéndose al extranjero. La sentencia fue dura: ocho años de trabajos forzados en Siberia y residencia forzosa allí mismo para toda la vida. Pero como Parvus y Trotsky, escapó, y por cierto que en el mismo momento que precedía a la salida de su transporte. Hanecki había contribuido a organizar su fuga sobornando a un policía.[90] Para entonces, Rosa llevaba ya unos meses de vuelta en Alemania.[91]

Salió de Kuokkala el 14 de septiembre de 1906. Todavía no había seguridad respecto de su situación en Alemania, ni se sabía si la policía prusiana no se presentaría en el barco con una orden de arresto. Ahora

ticia (*Reichsjustizamt*) al canciller del Reich el 17 de octubre de 1905, en *Archivalische Forschungen*, t. 2/I, *Die Auswirkungen... auf Deutschland*, p. 140. Las autoridades estaban visiblemente decididas a que esta vez no se les escapara Rosa.

89 *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 135, fechada el 26 de agosto de 1906.

90 Véase J. Krasny, *Tyszka*, Moscú, 1925, pp. 18-19.

91 "En cuanto a una sentencia de quince años de trabajos forzados, no me ha llegado ninguna notificación oficial del tribunal militar; por consiguiente no puedo confirmar ni negar la verdad de esa información." Carta de Rosa a *Vorwärts*, el 22 de enero de 1907, n. 18, suplemento 1, p. 2.

ya no se preocupaba. Al diablo los abogados siempre cautos, que le aconsejaban esperar las interminables dilaciones de la justicia imperial. Los de Hamburgo le instaban a quedarse unos días para examinar las pruebas de su manuscrito, que ella les había enviado dos semanas antes. La lectura de la prensa alemana en las últimas semanas le había procurado una bienvenida combatividad; aquel tono mojigato la hacía "sentirse mal en Plevna", como el zar al pensar en los turcos, señal segura de que Rosa estaba otra vez lista para la pelea.[92] Para ella ya no se trataba de más descanso, ni de lenta y complicada regurgitación teórica de la experiencia. La siguiente e importante fase de su labor ya la esperaba con impaciencia: el congreso del partido alemán. Clara Zetkin le había rogado que acudiera al "festival de música renana en Mannheim" y Rosa le contestó: "No dudes que estaré allí."

La Revolución Rusa fue la experiencia capital de la vida de Rosa. Las vagas insatisfacciones con la política del partido alemán —sentidas antes pero no analizadas— debían convertirse ahora en doctrina definida por la experiencia rusa. Primero trató de convencer a la dirección alemana y después al partido entero; finalmente se enfrentó a todo el *establishment* del SPD, y desde su pequeña base estuvo endilgando su lección año tras año a quien quería oírla. Es significativo que muchos de sus principales aliados fueran aquellos con quienes había compartido la experiencia rusa, Marchlewski y el no reconocido Rádek. Clara Zetkin, devota partidaria y amiga, era capaz de reemplazar la fe por lo que no podía evaluar mediante la experiencia o el conocimiento. Para cuando llegó la guerra, Rosa tenía una doctrina a toda prueba de oposición a la que podrían adherirse todos aquellos que no aceptaban la capitulación de la directiva.

Pero a pesar de todos sus talentos y esfuerzos, la contribución de Rosa a la revolución en su terruño polaco no iba a dejar huellas de importancia. El siguiente paso previsto, nunca se dio: la vasta acción proletaria conducente a una democracia en que el proletariado forzaría las *condiciones* para su inevitable confrontación con el capitalismo y a la misma confrontación. El siguiente paso sería o bien un tenue liberalismo sin el proletariado, o Lenin con la combinación proletariado-campesinado. O una Polonia independiente o la solución stalinista al problema de las nacionalidades. Ninguno de los dos era bueno para ella, sobre todo aislado, sin un levantamiento alemán correspondiente. Para cualquiera que lea sus artículos y folletos polacos de 1905-06 es abrumadora la sensación de optimismo utópico, toda la realidad percibida de alza-

[92] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 132, fechada el 22 de agosto de 1906.

mientos de masas aprisionadas en un sistema de creencias a menudo irreales. La acción de las masas, que se postulaba muy abierta por aumentar siempre de tamaño e intensidad, era exagerada. No se preveía nada para el impulso extra por un grupo de dirigentes disciplinados y determinados, una élite, necesario para sobreponerse a la resistencia armada de la sociedad existente. En Polonia, es cierto, era mayor que en Rusia la base del apoyo masivo procedente de un proletariado urbano revolucionario, y menores la relativa hambre de tierra y la cuantía del campesinado; no obstante no había que pensar en el triunfo de una revolución social basada en "más de lo mismo", en que basaba Rosa toda su concepción. Además, su solución a la cuestión nacional era una extrapolación de argumentos muy abstractos, nacidos y alimentados en las luchas intestinas de la emigración; a pesar de todo su saber y su maña para persuadir, el intento de aplicarlos a una situación revolucionaria real parecía sin perspectivas. Aunque durante tres meses se entregó de lleno a la labor polaca y creía profundamente en lo que estaba haciendo, ella misma fue la que dio una evaluación, tal vez la más exacta, de su trabajo... al aplicar sus conclusiones en una sociedad que no era la de la Polonia rusa.

El lugar indicado era y seguía siendo Alemania. Era allí donde las experiencias de la Revolución Rusa darían origen a una doctrina viable y aplicable en la práctica. Sólo en Alemania existía verdaderamente la objetivación social de una masa proletaria participante, una clase que hacía posible la orientación social de Rosa. Sólo dentro del contexto alemán podía tener sentido la idea de que masas y líderes eran algo diferente y en conflicto. Todo cuanto se necesitaba era una situación "rusa" en Alemania, una voluntad "rusa" de obrar, y Rosa se dispuso a crearla, o por lo menos a enseñar a la gente a reconocerla cuando se diera. Porque, en definitiva, lo que trajera de Rusia no era análisis ni conocimiento sino la enorme profilaxia de la revolución como estado anímico. Independientemente de la política, era este estado de ánimo el que importaba, la liberación moral del hacer y no planear, de participar y no enseñar. Creyendo que esto estaba por encima de toda necesidad de prueba o demostración, las recetas de Rosa Luxemburgo en 1906 no deben juzgarse demasiado duramente en función de su contenido práctico. Eran para ella un experimento, no para una Revolución Rusa triunfante sino para Alemania, para la transposición de la acción rusa a las circunstancias alemanas. Rosa resumía la esencia de su doctrina con harta sencillez: "La revolución es algo magnífico, y todo lo demás es pura tontería [*quark*]."[93]

[93] *Briefe an Freunde,* p. 44, fechada el 18 de julio de 1906.

IX
LOS AÑOS PERDIDOS. 1906-1909

De vuelta a Finlandia a principios de septiembre de 1906, Rosa Luxemburgo pasó unos cuantos días en Hamburgo con el editor de su folleto sobre la huelga de masas. Ella ya sabía lo que hallaría allí.

> Los de Hamburgo, según lo que escriben [. . .] no están nada contentos; *Vorwärts* da vueltas en torno al problema [de la huelga de masas] como un gato en torno a su leche. Naturalmente, son las instrucciones de Bebel; siempre está pidiendo a los demás moderación, para luego él estallar como un huracán. Sólo que uno nunca sabe en qué parte descargará la tormenta.[1]

Llegada a Hamburgo, la nueva atmósfera de moderación se evidenció en un curioso y significativo incidente. Había enviado su manuscrito de Kuokkala un mes antes o cosa así para que pudiera estar listo a tiempo para el congreso de Mannheim, y ahora solamente esperaba a corregir las pruebas. Pero el comité ejecutivo del SPD había metido la mano en el último momento; hubo que sacar el original, destruir los plomos —precaución normal contra las incursiones de la policía— y publicar en su lugar una versión atenuada. Se trataba de no trastornar el nuevo equilibrio logrado con los dirigentes sindicales. Pero la organización provincial del partido, la que había encargado el folleto (las huelgas de masas más pujantes de 1905 se habían efectuado en Hamburgo), se resintió por esa intervención. La dilación costó a Rosa unos cuantos días de ansiedad.[2] Lo más importante era que ahora el folleto no podía circular como un alegato radical entre los delegados.

En Mannheim, la marejada del 23 al 29 de septiembre quedó en espuma para apagar incendios; la mayoría de los participantes sabían a qué atenerse. "La breve floración de mayo del nuevo espíritu revolucionario afortunadamente ha terminado y el partido volverá a dedicarse con todo su poder a la explotación y expansión positivas de su fuerza

[1] *Briefe an Freunde*, p. 37, desde Finlandia, fechada a fines de agosto de 1906. Para un estudio detallado de este folleto, "Massenstreik, Partei und Gewerkschaften", *Gesammelte Werke*, véase *supra*, pp. 194-204.

[2] *Gesammelte Werke*, t. IV, p. 389 (Introducción), *Briefe an Freunde*, p. 38, a Arthur Stadthagen, fechada el 20 de septiembre de 1906.

parlamentaria", escribió el órgano de los revisionistas con evidente alivio.[3] En tal atmósfera era doloroso contemplar el entusiasmo revolucionario de Rosa, recién llegada de Rusia.

Lo primero que la sorprendió desagradablemente fue el aura de sigilo que caracterizaba a los tratos celebrados entre los dirigentes sindicales y el comité ejecutivo del partido. Nadie en el congreso sabía exactamente de qué se trataba, salvo quienes habían intervenido en ellos; su misma existencia era tan sólo una suposición que parecía harto fundada. Pero ¿de qué otro modo se podía interpretar el súbito y extraordinario intento por parte del comité ejecutivo de pretender ahora que la resolución del congreso sindical de Colonia, celebrado a principios de 1905, donde se declaraba tabú a la huelga de masas y que el partido había criticado en aquel tiempo, era en realidad una confirmación de la resolución tomada por el partido acerca de la huelga de masas en Jena posteriormente aquel mismo año? Aquella resolución había parecido entonces a Rosa harto insulsa, y ahora iba a viciarla más una monstruosa reinterpretación. Pero aparte de la huelga de masas, ¿qué significaba aquel nuevo cuchicheo subrepticio entre los dirigentes sindicales y los del partido?[4]

Durante todo el congreso no dejó ella de volver a la cuestión específica y muy importante de la relación entre partido y sindicatos.[5] Tanto el comité ejecutivo como los dirigentes sindicales habían explorado los peligros del anarcosindicalismo, esa vieja peste de la socialdemocracia; en el fácil eco de la oposición al anarquismo siempre podía hallarse un medio de eutanasia para la idea general de huelga de masas. Pero al unir a su comité ejecutivo al apoyo de los sindicatos contra quienquiera que quisieran éstos calificar de anarquista, el partido estaba en realidad renunciando a su primacía política y a su juicio independiente.

> Temo que en esta relación de los sindicatos con la socialdemocracia suceda como en esos contratos matrimoniales campesinos, donde la mujer dice al hombre: "Cuando estemos de acuerdo, se hará como tú quieras; cuando no lo estemos, se ejecutarán mis deseos" [...] Si expulsamos del partido al anarcosindicalismo, como ha propuesto el comité ejecutivo, sencillamente estaremos sentando un mal precedente para que siempre haya energías y resolución para poner límites bien marcados a la izquierda mientras se dejan las puertas abiertas de par en par a la derecha [...] El anarquismo no es otra cosa en nuestras filas que una reacción izquierdista contra las excesivas pretensiones de

[3] *SM*, 1906, t. x, n. 2, p. 914.
[4] *Protokoll... 1906*, p. 261
[5] Ibid., p. 315.

la derecha [...] Sigamos por lo menos fieles a nuestro antiguo principio: no expulsar a nadie del partido por sus opiniones [...] Como nunca hemos echado a nadie de la extrema derecha, no tenemos el derecho de excluir a la extrema izquierda.[6]

Rosa sentía que los sindicatos eran el nuevo factor implícito en este cambio; por primera vez desde 1898 había atacado abiertamente su influencia institucional y no tan sólo las actitudes de unos cuantos dirigentes. Esto se desprendía naturalmente de su interés por la cuestión de la huelga. La decisión y organización de los movimientos huelguísticos eran en principio prerrogativa sindical; Rosa negaba enérgicamente que estuviera justificada tal dependencia de las decisiones sindicales, pero de todos modos siguió la carnada hasta la cueva del dragón. En los años siguientes, los sindicatos fueron su blanco particular.

Podría parecer que esto era meramente un nuevo síntoma de la antigua batalla contra el revisionismo. Pero Rosa no lo veía así. Los sindicatos eran *sui géneris;* no les interesaba la exposición teórica de sus actitudes y, a diferencia de Bernstein, no podía atacárseles con el bidente de la teoría y la práctica. Los sindicatos eran un enemigo mucho más escurridizo y sin embargo sustancial, bien atrincherado y organizado. El único modo de enfrentarse con él era imponerle la supremacía del bartido desde arriba para después afirmar el punto de vista de la acción de las masas, más revolucionario, desde abajo. Fue un ataque en pinza de breve duración, ya que daba por supuesto lo que en realidad resultó ilusorio: la disposición del partido a imponer sus ideas a los sindicatos, y ciertamente, la existencia de conceptos más revolucionarios en ese partido. En años siguientes hubo un cambio de énfasis. La pinza del partido se embotó, mientras que la de las masas revolucionarias se hacía cada vez más fuerte.

Pero, de momento, el mejor modo de alcanzar a los dirigentes sindicales seguía siendo inponer al comité ejecutivo del partido como fuente suprema de toda autoridad y sabiduría. En 1906 todavía parecía esto posible, a pesar de una derrota temporal. Pero se necesitaba tacto. De nada servía contrastar las experiencias que traía de Rusia con la nueva y negativa actitud del partido alemán, conformándose con predicar el ejemplo del entusiasmo ruso frente al conservadurismo organizado alemán. Rosa era lo suficientemente sensible al ambiente para modificar su enfoque entre su primer discurso y sus observaciones finales cuatro días después. Para entonces pareció estar defendiendo realmente al comité ejecutivo de los abusos de los malignos y obstinados robots sindicales.[7]

[6] Ibid., p. 316.

[7] 27 de septiembre de 1906, *Protokoll... 1906,* p. 316.

Participante personal en los grandes sucesos de Rusia, era naturalmente muy solicitada en los mítines públicos locales. En uno que se celebraba en Mannheim desechó la multitud el programa trazado con gritos de "Cuéntanos de Rusia". Ante este entusiasta público no tenía ella necesidad de ajustarse a las cuestiones sutiles de las relaciones internas del partido. Eran aquellas multitudes, aquellas masas, las que en definitiva hacían y deshacían la política del partido. Y lo que querían oír era precisamente lo que Rosa deseaba en verdad contar: las lecciones de Rusia.

> Esto es lo que he aprendido de la Revolución Rusa. Cuando uno cree que ha muerto, se vuelve a levantar. Quería quedarme en cama hoy, porque no me siento bien, pero he decidido venir aquí y decir unas palabras de la revolución, mientras las fuerzas me lo permitan. Mi predecesor inmediato me ha llamado mártir al final de su oración, y ha dicho que yo era una víctima de la Revolución Rusa. Por eso empezaré protestando contra semejante cosa. Los que no estudiamos solamente la Revolución Rusa desde lejos, sino que participamos en ella, nunca nos consideraremos sus víctimas ni mártires. Puedo asegurarles sin exageración y con toda honestidad que los meses que estuve en Rusia fueron los más felices de mi vida. Más bien me entristece el hecho de haber tenido que dejar Rusia y volver a Alemania [...] El cuadro que en el extranjero se hacen de la Revolución Rusa es el de un enorme baño de sangre, con todos los indecibles sufrimientos del pueblo y sin un solo rayo de luz. Ésta es la concepción de las clases medias decadentes, no la de la clase obrera. El pueblo ruso llevaba sufriendo cientos de años. Lo que sufre con la revolución no es nada comparado con lo que tenía que aguantar antes de la revolución, en condiciones supuestamente normales [...] ¿Cuántos millares han muerto de hambre, de escorbuto? ¿Se ha preguntado alguien cuántos millares de proletarios murieron en el trabajo, sin que ningún estadístico se preocupara lo más mínimo? [...] Comparados con eso, los actuales sacrificios son muy pequeños.
>
> Veamos ahora la otra cara de la moneda. Mientras anteriormente vivía el pueblo ruso sin la menor esperanza de escapar a su terrible miseria, ahora saben por qué luchan y por qué sufren [...] Hoy ya no está la clase media a la cabeza de nuestro movimiento, el proletariado ha tomado la delantera. Sabe muy bien que no es posible implantar el socialismo de la noche a la mañana, que sólo podrá crearse un Estado constitucional burgués [...] Pero el hecho de que tal Estado se cree gracias a las manos proletarias dará al proletariado el conocimiento de su propio papel y de los beneficios que puede repor-

tarle [...] no pelea con las ilusiones que todavía obsesionaban a la clase obrera en 1848, lucha por sus derechos dentro de un Estado burgués, precisamente para poder servirse de esos derechos como armas contra la clase media en el futuro.

Como remate, Rosa trazaba el paralelo esencial entre el este y el oeste.

> Los acontecimientos de Rusia han demostrado que, de acuerdo con la situación general, en Alemania tenemos que prepararnos para combates en que las masas triunfarán. El proletariado ruso debe ser nuestro ejemplo, no para la acción parlamentaria sino por su resolución y audacia para plantar las metas políticas lo más lejos que la situación histórica permita. Si algo sacamos de la Revolución Rusa, no debe ser pesimismo sino el más elevado optimismo.[8]

Si el congreso del SPD no quería escuchar lo que Rosa tenía que decir acerca de la Revolución Rusa, por lo menos el pueblo sí quería. Por primera vez gustaba a las masas en Alemania, a cambio de la falta de interés que inspiraba a la dirección del partido.

Si Bebel se había enojado por su escapada polaca, ya se le había pasado. Le ofreció una moderada cantidad de dinero para que se repusiera algo, porque sus limitados recursos habían desaparecido casi por completo durante sus actividades en Polonia y los subsiguientes esfuerzos para sacarla de la cárcel. Pero Rosa rechazó toda ayuda económica. Le parecía haber aceptado ya demasiado para su independencia. "No quiero que me mantenga el comité ejecutivo."[9] Además, había visto la actitud de éste en Mannheim y estaba dolida; por eso era tanto más importante estar libre de toda obligación política. Bebel nunca le perdonó del todo su negativa, y sus relaciones se hicieron más desconfiadas. También le ofendió un incidente que se dio a principios de 1907. Rosa y Clara Zetkin habían salido de paseo un sábado por la mañana y debían verse con Bebel, que comía en casa de los Kautsky. Habían perdido la cuenta del tiempo y llegaron tarde; al decir Bebel en broma que temía se hu-

[8] *Redner der Revolution,* t. XI, *Rosa Luxemburg,* Berlín, 1928, pp. 26-30. El discurso también se reseña en *Vorwärts,* 29 de septiembre de 1906.

[9] Comunicó este incidente Luise Kautsky a Werner Blumenberg en IISH, Amsterdam. Reconozco agradecido la mucha información sobre Rosa y el esclarecimiento de cierto número de incidentes que me comunicó el finado Herr Blumenberg. Repetidas veces y largamente habló con Luise Kautsky durante la segunda gerra mundial en Amsterdam. En adelante, las citas de esta fuente se harán así: "Blumenberg".

bieran perdido, Rosa se volvió hacia él con una media sonrisa y dijo: "Sí, y puede escribir nuestro epitafio: Aquí yacen los dos últimos hombres de la socialdemocracia alemana."[10] Bebel siempre había sentido una admiración oculta por Rosa, pero aquellas actitudes de tábano agotaron su pequeño fondo de benevolencia e hicieron mucho más verosímiles sus disputas políticas unos años después. En adelante, Bebel todavía ejerció su encanto en Rosa de vez en cuando, pero siempre con fines políticos bien definidos, y Rosa lo comprendía perfectamente.

No tenía planes precisos para el futuro, pero había el querido departamentito de la Cranachstrasse —las habitaciones rojas y verdes, los libros— y había los Kautsky, que tan valientemente habían hecho de base de comunicaciones durante su ausencia. Debieron darle una gran acogida, sana y salva de vuelta de aquel bien reseñado espanto, pero personalmente tan difícil de imaginar: Rusia en revolución. Seguramente fue aquel el punto culminante de aquella amistad triangular, y esto duró varios meses, hasta que empezó a manifestarse la tremenda desilusión de Rosa con el SPD en general y con K. K. —como le decían— en particular. Pero de momento volvió a frecuentar el hogar de los Kautsky y participó en las sesiones dominicales en que a una caminata por el campo con Luise Kautsky o Clara Zetkin antes de comer seguían largas discusiones con visitantes socialistas de todo el mundo. Fue en aquel tiempo cuando conoció a Trotsky, aunque la entrevista no condujo a la amistad: nunca tuvo Rosa nada bueno de él ni por él. Sus situaciones eran entonces algo semejantes, pero sus caracteres y su pensamiento político demasiado individualistas para que hubiera probabilidades de cooperación intelectual.[11] Más importante era el hecho de que Rosa prefería con mucho a Lenin, con cuya facción colaboraba entonces estrechamente el SDKPiL.

Por fin, en noviembre de 1906, llegaron las esperadas vacaciones en el amado mediodía con Luise Kautsky; quedaba muy poco tiempo antes del proceso en Weimar, en diciembre, por su discurso del año anterior en el congreso de Jena —entretanto había pasado toda una revolución. La posibilidad de este proceso la había perseguido durante su estancia en Varsovia y Finlandia. También se vislumbraban en lontananza las elecciones para el *Reichstag* de 1907, con una intensa campaña por celebrar a fines de diciembre y en las primeras semanas del nuevo año. Era esencial un cambio y un descanso al sol, las dos solas: todo lo demás

[10] Se ha dicho en diversos lugares que esta réplica tuvo lugar en algún acto oficial. En realidad, la información procede de Luise Kautsky, transmitida por Blumenberg. Como muchos de los dichos de Rosa, se hizo proverbial en el SPD.

[11] En *Trotsky, el profeta armado,* Ed. Era, México, 1966, p. 175, Deutscher pone de relieve y aun exagera la semejanza de *carácter*.

—Karl, los niños, la abuelita— quedaba atrás. Quizá por primera vez en su vida pudo Rosa abandonarse como una niña. "Perdona a esta loca de Rosa si todo esto es ilegible", escribía Luise en la cabecera de una tarjeta postal a su hijo mayor. Rosa la había estropeado toda con sus interlíneas surrealistas.[12]

El pálido veranillo de San Juan de aire libre y humor no duró mucho en lo personal ni lo político. A mediados de diciembre, Rosa tomaba el tren de vuelta al norte por el Brennero con el corazón en un puño para asistir a su juicio en Weimar, capital de Turingia. El gobierno de Von Bülow había disuelto el *Reichstag* e iniciado la campaña, con un tema colonial y nacionalista que después se llamó —sobre todo entre los socialdemócratas— las "elecciones hotentotes". Era un ataque directo y concreto contra el SPD, enemigo interno permanente de la grandeza alemana, ligado para la ocasión con el enemigo fortuito del momento, el centro católico, que ya a últimas fechas había iniciado con inusitada frecuencia la política colonial del gobierno.[13] El llamado al sentimiento nacionalista, junto con la diestra agitación de las masas copiada a los mismos socialdemócratas, tuvo un éxito superior a todo lo previsto. El SPD ganó sólo cuarenta y tres escaños en el *Reichstag,* en lugar de los ochenta y uno anteriores; todos los demás partidos se unieron contra él.[14] Esta derrota electoral debía preocupar morbosamente a los dirigentes del SPD en los siete años siguientes como medida de su imagen entre los electores; los éxitos hasta ahora crecientes en cada elección se habían considerado cosa natural, parte de la "inevitabilidad" del socialismo. Y ahora la revolución tendría que esperar, por lo menos hasta que se recuperara el terreno perdido; "paciencia y cuidado" se convirtió ahora en la línea oficial, sobre todo en la fraseología revolucionaria.

Rosa había estado tan activa como de costumbre en la campaña electoral, hablando en Berlín y las provincias. Era ahora uno de los oradores estrella del SPD, y comprendía como nadie las condiciones sociales, que era capaz de traducir para el consumo público en frases certeras; además, como nadie en Alemania, ella podía hablar de la revolución por experiencia propia. Para los fines de tal elección se declaró una tregua completa entre las facciones del partido; revisionistas y radicales se pusieron unos a los pies de otros y durante un breve lapso se trató simplemente de defender a la socialdemocracia contra todo el régimen y todos los demás partidos políticos. Fue sobre todo así en aquellas elecciones donde el gobierno

[12] Texto y facsímil parcial en *Briefe an Freunde,* pp. 198-201, fechada el 5 de diciembre de 1906.

[13] Príncipe Bernhard von Bülow, *Imperial Germany,* Nueva York, 1914, pp. 208-47.

[14] Schorske, *German Social Democracy,* pp. 60-61.

pedía un voto de confianza para su política imperial. En adelante, el imperialismo desempeñó un papel capital en la propaganda socialista hasta la primera guerra mundial.

Pero la tregua interna del partido no sobrevivió a la derrota electoral y durante muchos meses después radicales y revisionistas se achacaron mutuamente el fracaso en sus análisis. El comité ejecutivo, aunque oficialmente neutral y desconsolado por la discordia interior, había maniobrado con sutileza contra la táctica extremista incluso antes del congreso de Mannheim. El peligro de desorden "ruso" y el temor por la preciosa y bien montada organización del partido y los sindicatos pusieron aún mayor sordina. El mismo Bebel, cuyas actitudes ya habían sorprendido desagradablemente a Rosa en Mannheim —y tanto más por haber estado ausente en los primeros meses de 1906, cuando se realizó el cambio—, ahora se desprendió de casi todos sus equívocos usuales. Rosa no estaba entre quienes como Liebknecht e —inesperadamente— Kurt Eisner, concentraban su fuego contra el imperialismo y el militarismo alemán, pero todavía desempeñaba importante papel en la defensa de las tendencias radicales en general. Ella también tenía su punto de vista particular en ese momento: la huelga de masas como medio de ensanchar la base popular para la política socialista y para mantener activa a la socialdemocracia. Tocó a Kautsky hacer un análisis amplio y sutil del fracaso general. El flotante elector pequeñoburgués que hasta entonces apoyara al SPD en las elecciones como a un partido demócrata radical, ahora lo había abandonado; pero Kautsky veía en ello la consecuencia de tendencias económicas, la reacción ante el temor que inspiraba el incremento de la socialdemocracia: una agudización de la división final de las clases, y no un huracán de emoción cabalmente nacionalista que podía borrar por un tiempo el proceso dialéctico en cualquier sociedad. Una explicación tan sencilla era demasiado tosca para el delicado mecanismo de su mente marxista.[15]

Rosa no estaba totalmente de acuerdo, pero se guardaba sus comentarios para los amigos íntimos, porque iban mucho más allá de las dudas acerca de la táctica del partido que había expuesto en público. "El partido alemán no es más que un mal sueño, o mejor dicho un sueño de plomo sin soñar nada", escribió con verba impresionista el 20 de marzo de 1907, y a Clara Zetkin le decía con mayor amplitud táctica:

> Desde mi vuelta de Rusia me siento bastante aislada... Advierto la mezquindad y vacilación de nuestro régimen de partido más clara y dolorosamente que nunca. De todos modos, no puedo excitarme con

[15] *NZ*, 1907-08, t. I, pp 590-95.

la situación tanto como tú, porque veo con desalentadora claridad que no pueden modificarse ni las cosas ni las personas hasta que cambie toda la situación, y aun entonces tendremos que contar con la resistencia inevitable si queremos hacer que las masas sigan avanzando. He llegado a esta conclusión después de maduro reflexionar. La verdad lisa y llana es que August [Bebel], y los otros tanto más, se han entregado de lleno al parlamento y al parlamentarismo, y siempre que sucede algo que trasciende los límites de la acción parlamentaria se sienten perdidos, y peor aún que perdidos, porque entonces hacen cuanto pueden para obligar al movimiento a volver al carril parlamentario, y motejan furiosamente de "enemigo del pueblo" a quienquiera se atreve a ir más allá de los límites de ellos. Me parece que las masas organizadas en el partido están cansadas de parlamentarismo y recibirían con gusto una nueva línea en la táctica del partido, pero los dirigentes de éste y más aún el estrato superior de editores oportunistas, diputados y dirigentes sindicales son como un íncubo. Debemos protestar vigorosamente contra este estancamiento general, pero es patente que de hacerlo nos enfrentaríamos a los oportunistas, así como a los dirigentes del partido y August. Mientras se trataba de defendernos contra Bernstein y sus amigos, August y Cía. estaban encantados de nuestra ayuda, porque no les llegaba la camisa al cuerpo. Pero si se trata de lanzar una ofensiva contra el oportunismo. August y los otros están con Ede [Bernstein], Vollmar y David contra nosotros. Así veo yo las cosas, pero lo principal es llevar alta la cabeza y no emocionarse demasiado. Nuestra labor había de durar años.[16]

Aquí estaba en embrión la táctica del ala izquierda en los próximos siete años. ¿Por qué no salió Rosa, tan poco dada a las reticencias o al temor de la publicidad, a la palestra con esto como en 1910? Tal vez creyera que la reacción contra el talante revolucionario de 1905 era temporal. Kautsky y ella eran todavía amigos y aliados; quizá él se lo desaconsejara y una vez más ella lo escuchara. En todo caso, se mantuvo curiosamente alejada de los asuntos alemanes durante tres años. Lo que ella tenía que decir no cuadraba nada con las ideas tácticas que entonces tenía el partido, la directiva se preocupaba más por el restablecimiento de una posición que creía debilitada con las elecciones que por ahondar más el conflicto con la sociedad. Para protestar se necesita que *alguien* haga eco: los amigos o por lo menos las masas anónimas "de fuera", cuyo apoyo imagina uno, como Karl Liebknecht

[16] *Illustrierte Geschichte der deutschen Revolution,* Berlín, 1929, p. 62. Esta carta debe fecharse a comienzos de 1907. Frölich cita partes de ella, pp. 148-49.

lo tuvo en 1916 y la misma Rosa en los tres años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra.

Pero por lo menos florecía la asociación con Kautsky en la *Neue Zeit*. Ambos redactores marcharon al lago de Ginebra en pascuas de 1907 para unas vacaciones de trabajo en que establecieron la política del periódico en la novísima situación, y dieron además a Rosa una nueva oportunidad de descansar y reponerse.[17] Y resulta que esta salida con Kautsky fue el principio de la desilusión de Rosa acerca de la personalidad de su amigo. Era la primera vez que estaban solos cierto tiempo y lo encontró "pesado, torpe, sin imaginación y árido", de ideas "frías, pedantes, doctrinarias". Y lo peor de todo, estaba viejo, lo que es un grave pecado intelectual: "No tenía idea de que [Kautsky] necesitara ya tanto descanso; lo creía mucho más joven." La rutina ideal de Rosa consistía en trabajar con intensa concentración y después dar un rápido paseo, pero era difícil conseguir que Kautsky siguiera su ritmo y pronto dejó de intentarlo. Aunque en las cartas que escribió entonces se refleja claramente su desilusión, sólo después comprendió que en realidad allí empezaba la declinación en sus relaciones.

Estaba particularmente atareada con los asuntos de Polonia, y así siguió durante cuatro años; esto también contribuyó a hacer esporádica su participación en los asuntos alemanes. Pero en política el silencio significa muchas veces regresión. Mientras que estaba en el centro de los asuntos antes de salir para Varsovia, ahora se encontraba súbitamente en posición marginal. De ahí que apenas comprendiera la amplitud de los cambios que se estaban produciendo en la dirección del partido: cambios de actitud, de personas y aun de instituciones. La nueva oposición era "oficial", domesticada y bien educada. Prefería obrar entre bastidores, "políticamente" (lo que quería decir con diplomacia), preparando el centro de tiempos de guerra. Para formar una verdadera oposición había que empezar desde el principio, íntegramente.

Ahora que el drama de la controversia revisionista había ido reduciéndose, todo el tono de la discusión se había modificado también; los tácticos estaban sencillamente tomando el poder en el SPD. No había grandes temas. Los dirigentes sindicales ejercían una influencia callada pero constante sobre el comité ejecutivo, y esto era mucho menos fácil de escoger para el ataque que las declaraciones públicas de un Bernstein o un Max Schippel. La mayor parte del tiempo, la actitud de los sindicatos frente a la controversia era de encogerse de hombros, *lasst schwätzen* (déjenlos bobear), mientras ellos proseguían su trabajo.[18] Noske

[17] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 137.

[18] *Protokoll... 1913*, p. 295, discurso de Gustav Bauer, presidente suplente de la comisión sindical. ¿No son iguales todos los sindicatos?

hizo su primera aparición descollante en el congreso de 1907, en Essen, como portavoz del partido, en materia de defensa nacional y militar: consecuencia directa del deseo que tenía el comité ejecutivo de acordar el partido con el talante más nacionalista de que daba muestras el electorado.[19] Como de costumbre, la actitud del ejecutivo no podía, claro está, calificarse de "nueva"; tenía a mano buenas citas para demostrar que en el SPD había una tradición de patriotismo —pero si uno se ponía a ahondar, había citas para casi cualquier actitud. En este ambiente Rosa Luxemburgo, recién llegada de Rusia, estaba como un pez fuera del agua. Hasta 1910 no hubo tema específico en que pudiera hincar sus combativos dientes.

Rosa cumplió su sentencia de dos meses en junio y julio de 1907. A diferencia del tiempo en que tan orgullosa e impaciente cumpliera, en 1904, ahora se sentía deprimida y sin ganas de comunicarse con nadie. No escribía cartas encrespadas y centelleantes; puro silencio. Ni siquiera consiguió un mandato para el congreso de 1907 del SPD, por primera vez desde 1898 (si bien es verdad que como huésped del gobierno no pudo asistir al congreso de 1904). Predominaban en ella los asuntos del partido polaco y ruso y de la Internacional. Desde la cárcel salió casi directamente para el congreso de la Internacional en Stuttgart, el 18 de agosto de 1907. Apenas tenía tiempo para la labor electoral de distrito que requería el mandato. En todo caso, desde el descalabro de las elecciones al *Reichstag,* cada vez era más difícil para los radicales independientes lograr el apoyo de los electores, a menos de estar firmemente anclados en una organización local del partido, como Clara Zetkin en Stuttgart.

Pero las razones políticas no bastan por sí solas para explicar el silencio y retraimiento de Rosa. La adversidad nunca la deprimía; al contrario, solía soltarle la lengua para la controversia política.

Al empezar 1907 se produjo un grave trastorno en sus asuntos privados, quizá el más importante de toda su vida. Sus relaciones con Leo Jogiches sufrieron un cambio total, y con ellas todo su modo de ver la vida y la gente.

Cuando Rosa salió de Varsovia para Finlandia después de su liberación en julio de 1906, su relación con Jogiches no había cambiado. Que ella supiera, él todavía estaba preso y esperando su proceso; ella se inquietaba grandemente por él, y en su correspondencia con amigos polacos dejaba ver cuánto la preocupaba. En febrero de 1907, Jogiches se escapó y vivió oculto breve tiempo en Varsovia, y después en Cracovia, antes

[19] *Protokoll... 1907*, p. 230 y ss. También Gustav Noske, *Erlebtes aus Aufstieg und Niedergang einer Demokratie*, Offenbach del Meno, 1947.

de viajar por Alemania en abril camino de Londres, para asistir al congreso del partido ruso en mayo de aquel año. Durante ese tiempo parece que lo ayudó y cuidó una camarada del partido polaco, que se llamaba Izolska (Irena Szer-Siemkowska). No se sabe exactamente de qué índole era esa relación, pero parece ser que había en Moscú algunas cartas de ella a Jogiches que indicaban que si bien breve, fue íntima.[20] Tampoco está muy claro cómo llegó esto a conocimiento de Rosa. El intervalo entre la escapatoria de Jogiches y su aparición en Occidente no fue mayor de seis u ocho semanas; persona de tipo conspirador, es muy difícil que fueran notorias sus relaciones con Izolska, si es que fue ésta. Lo más probable es que él mismo se lo escribiera a Rosa desde Cracovia, pero como no queda ninguna de las cartas que ella recibió, no hay manera de confirmarlo.

Rosa interrumpió de inmediato toda relación personal. Se negó a ver a Jogiches y a comunicarse con él; como hombre, había muerto para ella; pero naturalmente, no como dirigente del partido. La diferencia era bastante clara para Rosa, pero para Jogiches era incomprensible e inaceptable. No volvieron a encontrarse hasta el congreso del partido ruso en Londres, mediado el mes de mayo de 1907, al cual acudieron por separado. El congreso, con sus discusiones de altos vuelos y sus apartes furtivos que revelaban ominosamente la amenaza oculta de los encuentros entre Rosa y Leo Jogiches, fue como uno de esos sucesos pasionales que se precipitan inesperadamente en *El idiota* de Dostoievsky. Aparte de todo lo demás, un hermano de Rosa que vivía en Inglaterra los invitó a ambos a una comida excelente durante el congreso. Al pasar Jogiches con ella la entrada entre macetas de plantas para enfrentarse a las sonrisas y las viandas ya dispuestas en mesitas le murmuró: "En cuanto termine esta comida te mato"; "y ese terrible momento se esfumó al instante con las risas y los apretones de manos, aunque no para mí".[21] Mientras se desarrollaba aquel forcejeo entre dos voluntades fuertes, *sotto voce* en la vertiginosa atmósfera de un congreso del partido ruso, Rosa consiguió pronunciar dos brillantes discursos acerca de la Revolución Rusa y presentar el análisis del SDKPiL.

Sea lo que fuere lo que Jogiches había hecho después de su escapatoria cuando iba para Siberia, estaba decidido a no dejar que Rosa se

[20] Según mis informes, estas cartas se hallan probablemente en IML (M). Los detalles y fechas de la fuga de Jogiches están en J. Krasny, *Tyszka,* Moscú, 1925, p. 19, informe muy breve pero el único seguro. Krasny (seudónimo de Józef Rotstadt) era también colega de Jogiches y durante breve tiempo después de 1916 fue miembro del comité central del SDKPiL y una importante personalidad del primitivo Partido Comunista Polaco.

[21] Carta a Konstantin Zetkin, mayo de 1907.

le fuera. Amor es una palabra anodina; estos dos personajes de carácter tan marcado requieren que se juzgue su relación de un modo más acucioso. En el caso de Jogiches —y hemos de confiar en gran parte en la interpretación de Rosa acerca de sus motivos—, los celos y su actitud posesiva entraban en gran parte en su sentimiento. Rosa era "suya", y no dejaba de repetirle que ya nunca podría verse "libre" de él. Y así sucedió ciertamente, aunque él después fue apretando el cerco de la disciplina de partido a medida que la vida personal de ella se iba alejando de su horizonte. Rosa sabía bien que la castigaban, y por esa misma razón aceptaba las cosas. No sería exceso de imaginación atribuir a la lucha altamente personal de Jogiches algo de la obstinación y arbitrariedad con que después llevó a la secesión a una parte importante del SDKPiL.

Por parte de ella, el factor principal era sin duda el orgullo. Durante toda su vida, Rosa rompió al momento cualquier relación que le parecía en peligro o tomada a la ligera. Varias veces volvió a hacerlo en los años siguientes. En esto, su norma moral era absoluta. Tenía la pasión de la claridad en lo personal como en lo político. "Quiero que me veas tan lúcidamente como yo te veo", escribía, sabiendo perfectamente que la demasiada claridad es cegadora y que puede ser el elemento más destructor en todas las relaciones humanas.

Así pues, el fin de lo que en el fondo había sido su matrimonio fue instantáneo. Por una de esas coincidencias tan corrientes en las novelas, un joven amigo estaba en el departamentito de Rosa en la Cranachstrasse cuando ella supo la brutal noticia sobre Jogiches, y al punto se enamoró de él perdidamente. Se trataba nada menos que del hijo de su amiga y colega Clara Zetkin: 22 años. Él se sentía ya lleno de admiración y apego por ella; y como es frecuente, la propia desdicha de ella volvió el afecto en pasión. A fines de abril eran amantes, en una relación que Rosa describió con justeza como salida directamente de las páginas de *El rojo y el negro,* de Stendhal, y que le procuró la prodigiosa satisfacción de ser al mismo tiempo amante, mentor y amiga. Quizá no fuera del todo una coincidencia. Era Rosa una de esas personas capaces de mantener a cierta distancia infranqueable a todas sus amistades, personales y políticas, sólo porque siempre tenía una amistad íntima total, pero sólo una; simetría más común de lo que suele creerse en la vida de las personas temperamentales. La pasión es curiosamente exclusiva y la necesidad de ella irresistible, mientras que la promiscuidad es desapasionada: simple manía de coleccionista. De no haber sido así Rosa, que tenia temple para diez, tal vez se hubiera dado a confiar un poco aquí y un poco allá, como no pocos hacen de un modo indiscriminado, con lo que continuamente están sufriendo los bumerangs de la confianza

traicionada.

Jogiches sentía tener harta razón para estar celoso. Poseía aún las llaves del departamento que otrora compartiera con Rosa, y aparentemente por razones de conveniencia política en su labor insistía en conservarlas. Podía visitarla en cualquier momento del día o de la noche, y así lo hacía. Cogió una de sus cartas —sin nombre y dirección— a Konstantin Zetkin, y la amenaza de matarla se transformó ahora en la de matarlos a los dos. En los dos años siguientes solía correr tras ella cuando Rosa viajaba por el extranjero, para sorprenderla, según él, con su amante. La compra que hizo Rosa de una pistola, mencionada por Luise Kautsky, no era más que para defenderse. La situación siguió así al filo de la navaja durante dieciocho meses.

En estas circunstancias, Rosa se debatía desesperadamente para romper todo contacto con Leo Jogiches que no fuera el más esencial de partido y librarse de sus incesantes exigencias. "Soy más yo misma desde que me liberé de Leo [...]" Para rematar esta liberación era necesario llegar a un arreglo satisfactorio en cuanto al departamento y asegurarse de que sus visitas sólo se realizarían previo acuerdo. "No puedo soportar este constante roce de hombros", le comunicaba en septiembre de 1908. A partir de 1907 sus cartas se hacen impersonales, siempre que es posible en tercera persona, sin salutación. Al fin se logró un *modus vivendi* satisfactorio. Y por mucho que él la disgustara personalmente, nunca perdió la ecuanimidad ni el respeto por su talento. En julio de 1909 escribía a alguien que no confiaba en la capacidad de Jogiches para expresarse por escrito:

> Leo por ejemplo es totalmente incapaz de escribir, a pesar de su extraordinario talento y de su agudeza intelectual; en cuanto coge la pluma se siente paralizado. Esto era antes la maldición de su existencia... sobre todo cuando tuvo que dejar el trabajo práctico y la organización de Rusia [a su salida de Vilna en 1890]. Se sentía totalmente sin raíces, vegetaba en constante amargura y al final hasta perdió la facultad de leer, ya que de todos modos no parecía tener objeto [...] Entonces vino la revolución y súbitamente alcanzó no sólo la posición de dirigente del movimiento polaco, sino aun del ruso; además le cayó en los brazos el papel de jefe de redacción del partido. Como antes, es incapaz de escribir una sola línea y, sin embargo, es el alma de las publicaciones de nuestro partido.

Y ciertamente en lo tocante al grueso de los camaradas del partido alemán y el polaco —debemos recordar que sólo los dirigentes de ambos partidos sabían que hubiera una relación personal entre Rosa y Leo—,

los dos nombres siguieron mencionándose unidos.

La ruptura con Jogiches afectó a todas las relaciones de Rosa. Fue una divisoria en su enfoque de la gente. Siempre había tenido un fuerte espiritu crítico, pero ahora se hizo aún más difícil ganar su amistad sin reservas: "Estoy decidida a poner aún más severidad, lucidez y reserva en mi vida", escribía en 1908. El efecto inmediato fue no creer nada de nadie (*niemandem nichts*). Este escepticismo era tanto político como personal. Pero paradójicamente por el halo del revolucionario que está de vuelta, era muy solicitada. Parvus no la dejaba ni a sol ni a sombra desde que él mismo escapara de Rusia: "Viene con tanta frecuencia como permite mi cambiante humor"; tal vez con demasiada frecuencia, porque se vuelve tan "fogoso que me asusta". Pero Rosa tenía una debilidad por él y cada vez respetaba más su intelecto. A fines de 1906, reliquia menchevista, él todavía era un "hablador"; en 1910 alababa Rosa su último libro, "aunque estoy empezando a creer que está loco"; lo cual en Rosa era reconocer su fogosidad y no implicaba nada desfavorable.

Aparte de Parvus, había un grupo asiduo y fiel de varones que le ofrecían flores, entradas para la ópera y viajes en la última novedad: el automóvil. Gerlach, Kurt Rosenfeld —como Parvus, un amigo al que fue necesario advertir con suave energía que no intentara volverse pretendiente— y naturalmente Hans Diefenbach. En la agitación emocional de su vida privada de esa época, el temple tranquilo y parejo de este último a veces la irritaba: "Hace tiempo que me de dado cuenta de que Hans tiene una inteligencia netamente limitada, y su rostro pálido y su perpetuo pesimismo son capaces de ensombrecer el día de campo más soleado. Diefenbach perseveró —ignorando la acogida dudosa o a pesar de ella— y obtuvo su recompensa durante la guerra.[22] Había también Faisst, el "maestro", pianista e intérprete especial de Hugo Wolf, quien fue el que presentó a Rosa al más escrupuloso de sus compositores. Lo que pasaba con ellos es que todos eran interesantes de un modo u otro. Hacían llorar o reír a Rosa; si la aburrían, pronto dejaba de estar para ellos; de todos modos no alteraron en nada su aislamiento fundamental, compuesto por las circunvoluciones más recónditas de su vida privada, la soledad política y su labor dedicada a la escuela del partido. De vez en cuando deseaba que se fueran todos al demonio, sólo para abrirles sus puertas una o dos semanas después.

[22] Según Luise Kautsky y Blumenberg, el círculo más íntimo de amigos de Rosa creían que después de la guerra se casaría con Diefenbach. No he hallado la menor prueba positiva en apoyo de ello; tal vez fuera un sueño a medida del deseo por parte de los amigos de Rosa. Muchas personas gustan de disponer la vida de sus amigos con sencilla geometría.

También veía a su familia, intermitentemente. Uno de sus hermanos se vio con ella en Londres en 1907 y otro —su favorito— en Italia dos años después. La hermana mayor, gravemente artrítica, pasó unas semanas con Rosa en Kolberg, a orillas del Báltico. Acometida por súbito remordimiento, Rosa decidió hacer la estadía de su hermana sobremanera agradable y como se hallaba casi privada de movimiento, la acompañaba a todas partes. Ahora corregía la larga ruptura de antes de la revolución. Su familia en general y esta hermana en particular nunca consiguieron entender plenamente cuáles eran las convicciones políticas de Rosa ni las tareas de su partido, pero respetaban unas y otras.

> [Mi hermana] sabe muy poco de socialismo científico, pero buena como es, se queja amargamente de mis hermanos, que son unos cobardes y han perdido del todo la fe en la revolución. Ella por lo menos cree en ésta tan firmemente como yo. Al mismo tiempo es lo bastante simple... como para querer llevarse en el bolsillo a Varsovia el último número de *Przeglad Socjaldemokratyczny*, que tenía yo encima de la mesa, y asombrarse de mi negativa.

En plena estancia suya en "aquel agujero", Kolberg, rodeada del sonsonete de su hermana acerca de su salud, y con las templadas aguas del Báltico lamiéndole los pies, Rosa escribió los complicados y polémicos artículos sobre la cuestión nacional para la revista polaca que representaba la quintaesencia de sus pensamientos al respecto. Nadie sino Rosa podía haber hecho un artículo tan complicado y teórico en aquel ambiente de tarjeta postal.[23]

A la molestia de la política alemana desde su vuelta, hacía pareja —e inspiraba en parte— una oleada de irritación contra todo lo alemán, parte de una serie que había estado irrumpiendo en la conciencia de Rosa desde 1898. Al parecer, no podía salir al extranjero sin sentir a la vuelta un anticlímax, y cuanto más tiempo estaba fuera, más fuerte le daba. Animaba a sus amigos a aprender el ruso, "que pronto será la lengua del futuro". A Konstantin Zetkin le escribió repetidas veces que no tomara muy a pecho la situación alemana; no siendo él alemán (era ruso por parte del padre), nunca podría contaminarlo el embotamiento político del Reich. A fines de 1910 tuvo una discusión casual

[23] Durante cierto tiempo, la sobrina inglesa de Rosa, Jenny (hija del hermano que había emigrado a Inglaterra unos cuantos años antes), pasó cierto tiempo en Berlín y visitó con frecuencia la casa de su tía. Cuenta ésta cómo Jenny se comprometió en 1912 con "un buen muchacho" pero sin nombre. Bien pudiera ser, pues, que los últimos descendientes de la familia Luxemburg estuvieran viviendo en algún lugar de Inglaterra.

sobre Tolstoi con Kurt Korn, intelectual y crítico socialista; la pedante insistencia de éste en que Tolstoi no era "arte" la puso fuera de sí: "Ahí lo tienes en la calle como un mingitorio público [*Pissrotunde*] [...] En cualquier pueblecito siberiano que a uno se le antoja mencionar hay más humanidad que en toda la socialdemocracia alemana." Una vez más se apoderó de ella el ansia de vivir en cualquier otra parte. Naturalmente, no era posible, a pesar —o a causa— del insatisfactorio estado del partido alemán; por lo menos no se podía "mientras no estén saldadas todas las cuentas" —ocasión tan remota como el día del juicio. El único modo de sobreponerse a su depresión era "abalanzarme a lo más reñido del combate y narcotizar mi pobre corazón con una lucha política de verdad". Escribía estas palabras en el verano de 1910; la agitación en torno a la lucha de masas, muy independientemente de sus efectos en la socialdemocracia alemana, producía también uno estimulante y profiláctico en la misma Rosa, y estaba decidida a no volver a mantenerse al margen de la controversia política.

¿Le gustaba realmente el trabajo práctico de agitación y oratoria en público? Su opinión acerca del éxito de cualquier mitin solía ser tan formal como su modo de ver las "masas". El entusiasmo del público, la sensación de que respondía, le resultaban placenteros y estimulantes, pero con demasiada frecuencia traducía estas reacciones como evidencia política concreta para justificar su punto de vista. Al mismo tiempo, tales reuniones le costaban mucha energía nerviosa; corría de un lugar a otro, pasaba el día viajando y en la noche dirigía sus mítines; a veces tomaba el tren a las dos de la mañana después de un *post mortem* con los dirigentes locales del partido que llegaba hasta el mismo andén de la estación. Se quejaba de "jaquecas pesadísimas", de "un cráneo que se parte de cansancio", sobre todo en verano, y una total inapetencia. Había momentos en que todo aquello le daba asco: "Como de costumbre, me enferma el contacto con esta masa coagulada de personas extrañas." Tal vez los hechos hablarían por sí mismos mejor que sus apresuradas declaraciones, que necesariamente variaban según su humor y su estado de salud. Después de 1910, su determinación de volver a la agitación regular se mantuvo en la práctica hasta el fin de su vida, salvo cuando estuvo encarcelada. Sin duda había en ello un sentimiento de deber, pero la escala de sus esfuerzos era superior a las exigencias mínimas de la obligación de partido, en especial por estar en oposición con las autoridades de éste y por lo tanto no tener obligaciones sino consigo misma y su conciencia.

En el verano de 1907 habló repetidas veces de mandarlo todo al diablo: "Me iría inmediatamente al sur y lejos de Alemania si tuviera la

menor idea de cómo ganarme la vida", escribía a una amistad. Pero ésta no tomó la cosa al pie de la letra, ni debemos tomarla nosotros; era un estribillo en ella, engendrado por la impaciencia, la frustración y el odio temperamental a Alemania y lo alemán, nunca muy oculto. El desdén por la organización alemana, aunque harto real, era también una moda intelectual; era eso lo que prestaba al mediodía latino —y aun suizo— el atractivo inmerecido de ser sencillamente diferente, sobre todo para quien creía, como ella, haber caído "directamente del Renacimiento, por error" en un siglo de lo más impropio.

Súbitamente, el 1o. de octubre de 1970, todo aquel hablar se acabó con un trabajo excitantemente nuevo que la tendría ocupada por lo menos seis meses al año. En 1906 el partido había decidido fundar una Escuela Central del Partido en Berlín para reforzar la labor de la *Arbeiterbildungsschule* [Escuela de formación de trabajadores], ya existente. Esta caduca institución daba una instrucción general para obreros socialistas adultos y sus limitados esfuerzos desde 1891 se completaban por medio de conferenciantes del partido, que continuamente recorrían las provincias y recorrían un circuito dando clases. La nueva creación iba a ser más bien una escuela para élites, para preparar candidatos apropiados de las organizaciones del electorado y los sindicatos, que a su vez se convertirían en maestros o activistas. Una vez más el SPD diseminaba una imagen refleja de una función nacional —la educación superior—, de cuyos beneficios no habían podido participar suficientemente los socialistas; el Estado dentro del Estado extendía así también su actividad a este campo, como hubiera tenido que hacerlo ciertamente tarde o temprano.

Esta idea se había debatido ya a principios de 1906: "La Revolución Rusa liberaba el [...] torrente de energía y movilidad [...] y el deseo de examinar cuestiones fundamentales, y [...] las resoluciones de los congresos de partido para medidas planeadas de educación teórica aumentaron en consonancia", según dice Heinrich Schulz, el experto del SPD en materia educacional.[24]

El comité ejecutivo estaba encantado de que se propagara la revolución teórica en una escuela con tal de que no se preconizara en la práctica. Si no puedes hacer, enseña. Esto se aplicaba tanto a los revolucionarios como a cualquiera otra gente y absorbería satisfactoriamente el exceso de energía extremista. En el otoño de 1906 se formó una comisión educacional del partido, con nueve miembros, entre ellos Franz Mehring y Clara Zetkin; el 15 de noviembre de 1906, la nueva escuela abría oficialmente sus puertas. El plan entero se discutió a fondo en el con-

[24] *NZ*, 1907-08, t. II, p. 883.

greso de Essen, en 1907, después de haberse impartido los primeros seis meses de instrucción.

Luise Kautsky había escrito de ello a Rosa cuando ésta estaba en Finlandia; era uno de los chismes que contaba a su amiga para tenerla al corriente de lo que sucedía en el SPD. Rosa había resoplado con suspicacia: "¿Qué es eso? ¿Quién lo mueve?"[25] Al principio, con gran desconsuelo suyo, no tenía lugar allí, aunque tuvo el orgullo de presentar su propia candidatura cuando Bebel recorría una lista de actividades posibles para ella al terminar 1906.[26] Pero se interesó en esas actividades desde el principio. Durante el primer periodo persuadió a su amiga Clara Zetkin, miembro del cuerpo de vigilancia, de que sugiriera a sus colegas la inclusión de un curso de historia del socialismo, que no estaba en el programa original.[27] La idea prendió en seguida, y el curso lo dio Franz Mehring, que con Schulz fue la principal luminaria de la nueva escuela.

Pero la policía prusiana hizo un servicio a Rosa sin saberlo. Hilferding y Pannekoek, dos de los profesores de la escuela, eran extranjeros: Hilferding austriaco y Pannekoek —el astrónomo, como le decían— holandés. La policía les presentó un ultimátum inmediatamente antes del 1o. de octubre, en que debía empezar el segundo periodo de la escuela: si seguían participando era la expulsión inmediata. Entonces Hilferding y Pannekoek se retiraron y Rosa ingresó por recomendación de Karl Kautsky, quien no podía enseñar, según él, porque no disponía de tiempo. "En Rosa Luxemburgo tendrán uno de los mejores cerebros de Alemania", le dijo a Schulz.[28]

Rosa dudaba, o lo fingía acaso porque sólo la invitaban para llenar un hueco: "Toda esa escuela me interesa bien poco y no soy buena para maestrita." Además era posible que la escuela fuera una cosa pesada y oficial, inspirada por el comité ejecutivo. No obstante, aceptó; según ella, el sueldo era "una atracción magnética". En breve estuvo zambullida en un río de enseñanza. Daba cursos de economía política y de historia de la economía: 50 horas al mes.

Aunque era la única mujer del personal docente, pronto se labró una reputación y además descubrió que aquel trabajo le gustaba en extremo. En general, los cursos duraban desde el 1o. de octubre hasta fines de marzo o abril, salvo en 1910, en que Rosa se fue a principios de marzo para avivar las llamas de la agitación a propósito del sufragio,

[25] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 133.
[26] De Werner Blumenberg.
[27] Dieter Fricke, "Die Parteischule", en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, Alemania (oriental), 1957, t. v, n. 2, p. 237.
[28] Archivos de Kautsky, IISH.

y dos meses después de Navidades en 1911, cuando se celebraron las elecciones para el *Reichstag* y tanto los maestros como los discípulos salían a ayudar en calidad de tropas de choque. Cada curso tenía 30 miembros, que recibían un programa intensivo en el tiempo de su asistencia a la escuela. En siete cursos pasaron 203 estudiantes por la escuela del partido, sita en la Lindenstrasse. Todos estaban de acuerdo en el beneficio que les habían reportado las clases de Rosa Luxemburgo. Ésta era una maestra natural y entusiasta, y aclaraba las cuestiones más complicadas del marxismo con ejemplos e ilustraciones vivos, con lo que el asunto no sólo resultaba real sino también importante. Tomaba especial empeño con cada uno de los alumnos y estaba dispuesta si era necesario a darle enseñanza particular después de las horas de clase. Unos cuantos de ellos se hicieron visitantes asiduos de su departamento y partidarios de confianza. Los testigos de su éxito no eran sólo del ala izquierda. Wilhelm Koenen, que murió de funcionario en Alemania oriental, recordó siempre sus experiencias en la escuela, como lo escribió en una carta a Dieter Fricke.[29] Pero alabanza semejante le tributó Tarnow, quien luego había de ser miembro del ala derecha del SPD.[30]

Aparte de todo lo demás, su labor en la escuela le proporcionaba un ingreso fijo de 3 600 marcos por curso, que para un socialista era mucho dinero. En 1911, Mehring se retiró de la enseñanza activa por razones de salud y Rosa se encargó también de parte de su curso sobre historia del socialismo. La escuela tuvo a Rosa física y mentalmente ocupada hasta la guerra; las muchas alusiones que contienen sus cartas en este periodo prueban su absorción e interés. Mientras la escuela funcionaba, Rosa daba dos horas de clase cada día, y con mucha frecuencia tenía conferencias o trabajo extra con los estudiantes en la tarde. Cuando no, Rosa comía en su casa, ya algo cansada, y sólo podía reanudar su trabajo o recibir amigos después de un descanso o un rápido paseo. La intensidad de su enseñanza en la escuela se advierte sobre todo en el hecho de que hubo semanas sin fin en que ella y Mehring o Schulz sólo se veían en los pasillos o en ocasiones oficiales y les resultaba imposible decir dos palabras en privado.

De su trabajo en la escuela nacieron a la postre dos obras capitales

[29] Fricke, op. cit., p. 241.

[30] *Vorwärts*, 2 de diciembre de 1909. La misma Rosa escribió a Clara Zetkin acerca de este joven: "Tarnow es mi estudiante más dotado, y se ha deshecho de mucha influencia revisionista que padecía. No quiero cederlo a los sindicatos, donde podría llegar a ser una amenaza para nosotros [...]" IML(B)NL 2-20, p. 85 (fines de 1908). Rosi Wolffstein, después Rosi Frölich, esposa del biógrafo de Rosa Luxemburgo, que vive todavía, fue también alumna de la escuela en el periodo de 1912-13. Me ha concedido el beneficio de sus vivos recuerdos de la escuela del partido y de los cursos de Rosa.

de análisis marxista. Una fue la *Introducción a la economía política,* la sustancia de sus clases hecha proyecto y borrador de un libro que pudo acabar sólo en la cárcel durante la primera guerra mundial.[31] Durante casi cuatro años trabajó en él siempre que pudo, e hizo toda clase de esfuerzos para rehuir cualquier otro compromiso. "He jurado por la barba del profeta no dar una sola conferencia mientras no tenga la *Introducción a la economía política* lista para la imprenta", escribía a Pieck en 1908, rechazando una vez más una petición de su reciente ex-alumno para que hablara en Bremen, donde Pieck era secretario del partido.[32] Y luego, en el otoño de 1911, un sorprendente aspecto del gran asunto acaparó de repente toda su atención y se desarrolló por sí solo. Era un estudio del imperialismo, que empezó como un intento de aclararse a sí misma algunas contradicciones técnicas en la estructuración de la economía marxista y que al final fue *La acumulación de capital,* el libro más importante de Rosa Luxemburgo y el que más la dio a conocer. Sin duda, el constante repulir sus ideas ante los alumnos ayudó mucho a Rosa a poner en claro su mente en relación con las proposiciones fundamentales de su fe política; "sólo afinando el tema por la enseñanza pude desenvolver mis ideas".

La escuela del partido no dejaba de tener enemigos, y éstos se hacían más vociferantes a medida que se iba afirmando el éxito de aquélla. En realidad, la asistencia al curso no parecía imponer ninguna actitud particular a sus alumnos. Algunos se hicieron después comunistas (Pieck —quizá el alumno más importante de Rosa—, Wilhelm Koenen y Jacob Walcher), pero otros, como Winnig y Tarnow, destacaron en el ala derecha. De todos modos, los revisionistas del partido, en particular los del sur de Alemania, veían en la escuela un medio institucional de propagar doctrinas radicales en el partido. En 1908 se montó un ataque contra todo el concepto en general. "La escuela debe ir a las masas, no a una élite recogida en la escuela de Berlín", escribía Kurt Eisner en *Vorwärts.*[33] Además, los sindicatos no se interesaban en el programa de la escuela y nunca ocuparon los diez lugares reservados para ellos.

Todo aquel asunto se ventiló en el congreso del partido, en Nuremberg (13-19 de septiembre de 1908). Había dos opiniones; una, que la escuela debía ayudar a elevar el nivel general de instrucción entre los trabajadores, y otra que debía ser un lugar de adiestramiento para maestros y agitadores. El comité ejecutivo ansiaba que Rosa defendiera la

[31] *Einführung in die Nationalökonomie,* publicado primeramente por Paul Levi como parte de la obra literaria de la Luxemburgo en 1925.

[32] Rosa Luxemburgo a Wilhelm Pieck, 1o. de agosto de 1908, papeles de Henke, Archivos del SPD, Bonn.

[33] *Vorwärts,* 22 de agosto de 1908.

escuela, y en ese sentido le dio un mandato. Bebel le escribió dos veces para estar seguro de que acudiría.

En un discurso moderado y digno, Rosa reconoció haber tenido también dudas desde el principio acerca del proyecto, "en parte por una natural tendencia conservadora [risas] y en parte porque el partido socialdemócrata siempre debe apuntar su agitación hacia la mayor masa posible".[34] Pero sus dudas se habían disipado en gran parte. Reconocía que había mucho que mejorar en lo relativo a la elección de los estudiantes, la clase de instrucción impartida, y así sucesivamente. Y estaba también la cuestión de qué pasaba con los alumnos una vez que volvían a sus organizaciones locales.

> Lo que ha estado ocurriendo es que las organizaciones del partido han enviado estudiantes de la escuela como chivos expiatorios al desierto, para no preocuparse más por ellos, y no les han dado empleos que valieran la pena cuando estuvieron de vuelta. Por otra parte, hay también el peligro de que se exija demasiado de los estudiantes cuando se les da un trabajo. Los camaradas les dicen: "Estuviste en la escuela del partido, demuéstranos al instante lo que sabes hacer." Los alumnos de la escuela del partido no pueden dar satisfacción a semejantes pretensiones. Hemos tratado de exponerles desde el principio hasta el fin que no les íbamos a dar la ciencia ya hecha, que tendrían que seguir aprendiendo, que tendrían que aprender durante toda su vida [...] Hay, pues, mucho que criticar en la escuela del partido, pero críticas como la que acaba de hacer Eisner no tienen ninguna justificación.[35]

Rosa reveló que el excesivo respeto por las ciencias de que hacían gala quienes criticaban a la escuela del partido era una farsa táctica. ¿Debían popularizarse las materias complicadas dando a los miembros del partido un conocimiento superficial de ellas? Era una absurda deferencia a los odiados académicos burgueses. Lo que en realidad querían al pedir la enseñanza práctica era rebajar a la escuela del partido al nivel de un instituto gremial. El contraste entre la enseñanza teórica y la práctica era para Rosa tan espurio como el contraste entre estrategia y táctica. La escuela existía precisamente para llenar una laguna enseñando algo que la escuela normal de la vida práctica no podía enseñar. Al insistir en que la escuela del partido enseñara cosas prácticas, sencillamente desdeñaban la capacidad de los obreros para apren-

[34] *Protokoll... 1908*, p. 230.
[35] Ibid.

der de sus actividades diarias; es decir, negaban toda la base de la conciencia de clase creciente postulada por el marxismo.

No tienen la menor idea del hecho de que la clase obrera aprende "su oficio" de su vida diaria, y aun lo hace mejor que Eisner. Lo que necesitan las masas es enseñanza general, un conocimiento teórico que les dé la oportunidad de lograr un sistema de los detalles adquiridos por la experiencia y que les ayude a forjar un arma mortífera contra nuestros enemigos. Si ninguna otra cosa me hubiera convencido de la necesidad de tener una escuela del partido, de la necesidad de difundir la teoría socialista en nuestras filas, la crítica de Eisner lo habría logrado.

Sin duda esperaba Rosa que los estudiantes por su propia voluntad se convirtieran en bastión contra el revisionismo en el partido. En esto se equivocó. En el curso de 1910-11 se organizó un gran debate, bajo los auspicios de ella y Franz Mehring, para descubrir lo que pensaban los estudiantes acerca de la política del partido. En este curso estaba ampliamente representada el ala derecha, y tanto Franz Mehring como Rosa vieron con horror que una parte de los estudiantes defendía vigorosamente toda la posición revisionista. Todos ellos deploraban el aislamiento de la socialdemocracia y su escasa influencia. Seguramente, el valor real de la educación y la agitación estaba en ganar concesiones concretas y lo antes posible. Después Franz dijo a Rosa que "en ese caso me pregunto si la escuela del partido tiene en realidad algún objeto".[36] De todos modos, le gustaba trabajar en ella y tenía la intención de seguir haciéndolo en el futuro previsible. El cierre de la escuela durante la guerra fue una brecha importante en su vida.[37]

En el calendario de Rosa, el principal acontecimiento político de aquellos años fue el congreso de la Internacional en Stuttgart (18-24 de agosto de 1907). Fue una magna ocasión, digna sucesora de Amsterdam. Por primera vez el magnífico SPD era huésped en tierra alemana. Rosa estuvo allí con su amiga Clara Zetkin, y pasaron mucho tiempo juntas en el congreso. Presentó su amiga a Lenin que había ido de Finlandia para encabezar con Mártov la delegación del RSDRP, de nuevo —y temporalmente— unido en el congreso de Estocolmo el año antes. La Revolución Rusa y las largas charlas de Kuokkala habían acercado a Lenin y Rosa.

Ésta y Marchlewski representaban a los socialdemócratas polacos. Por

[36] Fricke, "Parteischule", p. 246.
[37] *Briefe an Freunde*, p. 73, a Hans Diefenbach, 1o. de noviembre de 1914.

eso estaba en el congreso como uno de los miembros del grupo ruso, vagamente unido, y no por parte del partido alemán. Esto le facilitó oponerse a la resolución oficial alemana y hablar contra Bebel como su igual extranjera y no como súbdito alemán. La delegación alemana estaba llena de sindicalistas; miembro de esa delegación, la acostumbrada disciplina alemana de votación en bloque le hubiera impuesto una difícil tensión.

Pero probablemente fueran los debates más importantes del comité y el pleno los relativos al militarismo y la guerra. Había tres posiciones fundamentales. La delegación alemana, dirigida por Bebel, no quería, en realidad, discutir aquella cuestión ni veía la necesidad de nuevas resoluciones. Ya en marzo de 1906 el SPD no había logrado persuadir a la oficina de la Internacional de que mantuviera el antimilitarismo fuera de la agenda del congreso. Todo el problema estaba relacionado de muy cerca con el delicado asunto de la huelga de masas —la única arma del proletariado que parecía efectiva para el caso de que llegara a estallar la guerra— y era la oposición a la propagación irresponsable de esa táctica lo que rigió entonces y hasta el día de su muerte el pensamiento de Bebel. La mayoría de los franceses, presionados por una vociferante ala sindicalista, creían que la huelga de masas era una panacea y deseaban una resolución para uncir al pesado carromato del antimilitarismo, de una vez y para siempre, el veloz caballo de la huelga de masas. Algunos de sus dirigentes, por ejemplo Jaurès y Vaillant, veían la necesidad de hacer algunas concesiones a esta opinión; ya en el congreso socialista francés (SFIO) de Limoges, celebrado el año antes, la política del partido se había plasmado en una de esas brillantes frases francesas: "Antes la insurrección que la guerra" [*Plutôt l'insurrection que la guerre*]. Ésta era, pues, la segunda opinión, fuertemente matizada por la idea de Jaurès de que los socialistas de alguna manera lograrían impedir la guerra, o detenerla en seguida si llegaba, sin muchas instrucciones detalladas de antemano. No podía él aceptar lo que consideraba pesimismo negativo de Bebel. "Sería triste cosa ciertamente si uno no pudiera decir más que Bebel, que de cualquier modo no tenemos medios específicos de impedir la pelea y el asesinato entre las naciones; triste cosa si el siempre creciente poder de la clase obrera alemana y del proletariado internacional no fuera más allá."[38] Bajo la diferencia de opinión por la táctica estaba la antigua rivalidad franco-alemana: entusiasmo contra disciplina, acción contra conceptos, frases contra tesis. Un conflicto que agudizaba en público el antagonismo temperamental.

[38] *Protokoll... Internationalen Sozialistenkongress... Stuttgart, 1907*, p. 89.

Rosa Luxemburgo habló el miércoles 21 de agosto en nombre de las delegaciones rusa y polaca. Lenin, que estuvo mucho tiempo con ella en Stuttgart, había comprendido pronto que la posición de Rosa era muy parecida a la suya, y que ella podía representarla con mayor experiencia y posibilidades de éxito. Por eso se conformó con callar y aun ofreció a Rosa un mandato ruso para el comité de votación.[39]

> Cuando oí hablar a Vollmar me dije: "si las sombras de los revolucionarios rusos caídos pudieran estar aquí, dirían a una: —Guárdate tus tributos, pero al menos aprende de nosotros." Tengo que discrepar del todo con Vollmar y por desgracia con Bebel también, cuando dicen que no están en condiciones de hacer más de lo que ahora hacen [en relación con las huelgas de masas] [...] Soy una marxista convencida y precisamente por ello considero muy peligroso dar al marxismo una forma rígida y fatalista [...] No podemos estar con los brazos cruzados nada más esperando que la dialéctica de la historia deje caer su fruto maduro en nuestro regazo [...] Jena [el congreso del SPD en 1905] mostró al SPD como un partido revolucionario al adoptar una resolución para aplicar la huelga de masas en determinadas circunstancias [...] Es verdad que esto no se entendía como un arma contra la guerra, sino para conseguir el sufragio universal [...] [Por consiguiente] después de los discursos de Vollmar y Bebel hemos decidido que es necesario dar mayor fuerza a la moción de Bebel [...] En parte vamos ahora más allá de la enmienda a esa resolución, de Jaurès y Vaillant; nuestra agitación en caso de guerra no tiende sólo al fin de la guerra sino a servirnos de ella para apresurar el *hundimiento general del dominio de una clase*.[40]

La influencia de Lenin era evidente en la conclusión.
Se adoptó su enmienda, y la resolución final fue un compuesto de partes de las resoluciones propuestas por los alemanes, por las secciones moderadas de los franceses y por el deliberado endurecimiento de unas y otras con el añadido de Luxemburgo y Lenin. La enmienda fue adoptada a despecho de la oposición de Bebel. No era en verdad una resolución de término medio, sino una compuesta. Decía así:

> El congreso confirma las resoluciones de anteriores congresos internacionales contra el militarismo y el imperialismo y declara nuevamente que la lucha contra el militarismo no puede separarse de la guerra de la clase socialista en su conjunto.

[39] Ibid., p. 101.
[40] Ibid., p. 97.

Las guerras entre Estados capitalistas son por lo general consecuencia de su rivalidad en los mercados del mundo, porque cada Estado se preocupa no sólo por consolidar su mercado propio sino por conquistar otros nuevos, en cuyo proceso desempeña parte principal el sometimiento de pueblos y países extranjeros. Además, estas guerras nacen a consecuencia de la interminable carrera de los armamentos del militarismo, que es uno de los principales instrumentos del dominio de la clase burguesa y del esclavizamiento de la clase obrera.

Favorecen las guerras los prejuicios de una nación contra otra, sistemáticamente suministrados a las naciones civilizadas en interés de las clases dominantes o para apartar a la masa proletaria de las tareas de su propia clase, así como de la obligación de la solidaridad internacional de clase.

Las guerras son por lo tanto inherentes al capitalismo; sólo cesarán cuando sea abolida la economía capitalista o cuando la magnitud del sacrificio de seres humanos y dinero que requiere el desarrollo técnico de la guerra y el disgusto popular contra los armamentos conduzcan a la abolición de este sistema.

Por eso la clase obrera, que es la primera en dar soldados y hacer los mayores sacrificios materiales, es enemiga natural de la guerra, que se opone a su objetivo: crear un sistema económico basado en los cimientos socialistas, que hará realidad la solidaridad de las naciones.

El congreso afirma por eso que es la obligación de la clase trabajadora y en especial de sus representantes en los parlamentos, reconocer el carácter clasista de la sociedad burguesa y el motivo para conservar la oposición entre las naciones, combatir con todas sus fuerzas contra el armamento terrestre y naval y negarse a aprontar recursos para él, así como laborar por la educación de las juventudes obreras en el espíritu de la hermandad de las naciones y del socialismo, y procurar imbuirla de la conciencia de clase.

El congreso ve en la organización democrática del ejército, en la milicia popular en lugar del ejército permanente, una garantía esencial de la prevención de las guerras agresivas y la facilitación de la supresión de diferencias entre las naciones. La Internacional no puede determinar la forma exacta de la acción de la clase obrera contra el militarismo en su debido lugar y tiempo, porque esto, naturalmente, difiere según los países. Pero su deber es reforzar y coordinar los esfuerzos de la clase obrera contra la guerra en cuanto sea posible.

En realidad, desde el congreso de la Internacional en Bruselas, el proletariado, mediante su incansable lucha contra el militarismo, negándose a proporcionar los medios para el armamento militar, y por sus esfuerzos para democratizar la organización militar, ha empleado

las más diversas formas de acción, con creciente vigor y éxito, para impedir el estallido de guerras o ponerles fin, así como aprovechando el trastorno creado en la sociedad por la guerra para el fin de liberar a la clase trabajadora: por ejemplo, el acuerdo entre los sindicatos ingleses y franceses después del incidente de Fashoda para garantizar la paz y restablecer las relaciones amistosas entre Inglaterra y Francia; la intervención de los partidos socialdemócratas en los parlamentos alemán y francés durante la crisis de Marruecos; las declaraciones preparadas por los socialistas franceses y alemanes con igual fin; la acción conjunta de los socialistas austriacos e italianos que se reunieron en Trieste para impedir un conflicto entre los dos Estados; y además la enérgica intervención de los sindicatos socialistas en Suecia para impedir un ataque a Noruega; y por fin la heroica y abnegada lucha de los obreros y campesinos socialistas en Rusia y Polonia contra la guerra de inspiración zarista, con el fin de detenerla y aprovechar la crisis del país para liberar a la clase obrera.

Todos estos empeños dan fe de la creciente fuerza del proletariado y de su poder para garantizar la paz por medio de una intervención decisiva; la acción de la clase obrera será tanto más victoriosa cuanto más preparadas estén sus mentes por una acción apropiada y cuanto más la anime y una la Internacional. El congreso está convencido de que la presión por parte del proletariado puede lograr los beneficios del desarme internacional mediante la seria intervención de los tribunales de arbitraje en lugar de las lastimosas maquinaciones de los gobiernos. Esto haría posible aplicar a fines culturales las enormes cantidades de dinero y energías que consumen los armamentos militares y la guerra.

Si amenazare estallar la guerra, es obligación de la clase obrera y sus representantes parlamentarios en los países participantes, fortificados por la acción unificadora de la oficina de la Internacional, hacer todo lo posible por impedir el estallido de las hostilidades por todos los medios que les parezcan más eficaces, que naturalmente diferirán según la intensificación de la lucha de clases y de la situación política general.

Si a pesar de todo esto estallare la guerra, es su obligación interceder por que termine rápidamente, y hacer cuanto esté en su poder para aprovechar la violenta crisis económica y política producida por la guerra para levantar al pueblo y así apresurar la abolición del dominio de la clase capitalista.[41]

[41] Copiado del apéndice en James Joll, *The Second International*, pp. 196-98. Básase éste en el texto oficial alemán impreso en el protocolo del congreso; un texto francés con variaciones insignificantes se halla impreso en Carl Grünberg,

Al imponer la enmienda y en particular al meter en el mismo saco a Vollmar y Bebel como representantes más o menos del mismo punto de vista, Rosa Luxemburgo había lanzado una declaración velada de guerra contra la dirección alemana. Para ella se trataba nada menos que de volver a la posición de 1905, ahora con la autoridad del congreso de la Internacional. Las interpretaciones regresivas y prohibitivas de la resolución de 1905, en vigor desde el congreso de 1906 del SPD, quedaban ahora anuladas, según ella, por una autoridad superior. Lejos de ser algo nuevo, la posición que adoptó era esencialmente conservadora, una vuelta a los principios ya conocidos y declarados. Ella se atenía a esta resolución como a una expresión significativa de intención y desdeñaba las realidades de que había nacido, como hubiera hecho Lenin, aunque a diferencia de éste pronto comprendió que la "buena táctica antigua" era un mito e indeseable la vuelta a ella. Y es que Rosa atribuía a la Internacional una soberanía casi mítica —y además una práctica: la facultad de poner en vigor sus decisiones. Pero por esta vez su visión era borrosa, y no había tal; en el mejor de los casos la Internacional no podía ser sino la suma de sus componentes, de cuyas debilidades estaba ella perfectamente enterada. Al estallar la guerra, traicionar a la Internacional fue para ella el primero y el peor de los crímenes de los principales partidos socialistas europeos.

Es fácil rechazar las declaraciones de Stuttgart contra la guerra como retórica autoestupefaciente. Y ciertamente fue un guiso en que intervinieron muchos cocineros, de muy distintos gustos, que se anulaban unos a otros. El creciente pesimismo y temor de Bebel, el optimismo francés de que cualquier crisis traería su propia solución, contribuyeron a hacer del congreso una mera declaración de buenas intenciones. Los socialistas de la Segunda Internacional eran curiosamente legalistas, sin resolución ni compromiso. Lenin notó con sorpresa y horror algo que Rosa sabía ya: que

> esta vez la socialdemocracia alemana, hasta ahora firme representante de la concepción revolucionaria del marxismo, vacilaba y aun tomaba una posición oportunista [...] La resolución de Bebel, propuesta por los alemanes [...] padecía del defecto de que no ponía ningún énfasis en las tareas *activas* del proletariado. Esto posibilitaba ver las formulaciones perfectamente ortodoxas de Bebel con gafas oportunistas. Vollmar hizo al punto un hecho de esta posibilidad. Por esa razón, Rosa Luxemburgo y los socialdemocratas rusos plantearon una enmienda a la resolución

"Die Internationale und der Weltkrieg", *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, t. I (1916), pp. 12-13. La adición de Luxemburgo y Lenin se componía de los dos últimos párrafos.

de Bebel...[42]

Lenin se equivocaba al distinguir tan tajantemente entre las intenciones de Bebel y la mala aplicación que de ellas hacía Vollmar. No entendía cabalmente el proceso de cambio que se estaba produciendo en el SPD. En realidad, nunca entendió al SPD tampoco. Lo único que él veía era un error aislado que se conformó con presentar a sus lectores de Rusia sazonado con un excelente y desdeñoso comentario de Engels acerca de la infinita capacidad alemana de aburguesamiento cuando los franceses los dejaban de la mano.[43]

La actitud de la Internacional —y ciertamente de los diversos partidos nacionales— respecto de la guerra es incomprensible a menos de ver que en 1907 la guerra era para los socialistas un concepto pero no una realidad. Había guerras en los Balcanes desde 1912, campañas contra los africanos y escaramuzas entre potencias coloniales. Se habían producido algunos incidentes de importancia en los años posteriores a 1905, que los historiadores presentan ahora como el inevitable *hors-d'oeuvre* de la primera guerra mundial. Todo ello había empezado solamente en 1907. En el mismo año del congreso de la Internacional socialista se reunía en la Haya una conferencia para civilizar la guerra futura mediante un convenio internacional; detrás de los aspectos técnicos se transparentaba el acuerdo general para suprimir la guerra mediante una reglamentación. El filántropo millonario Andrew Carnegie, que asistía por su cuenta y a costa suya, estaba seguro de predicar la suprema importancia de la paz a oídos favorablemente dispuestos, incluso los del kaiser. Entre las clases gobernantes había optimismo —y si los socialistas se burlaban en público de esa seguridad y calificaban la conferencia de La Haya de "festín de ladrones", era una manifestación de desdén por todos los gobiernos burgueses y no un triste pronóstico de guerra de verdad.[44] En realidad, la guerra era más bien como la revolución social para los miembros de la Segunda Internacional, el producto inevitable de la sociedad capitalista, que requería una postulación constante para

[42] *Proletarii*, n. 17, 20 de octubre de 1907, en *Sochineniya*, t. XIII, p. 64.

[43] "Calendario para todos para 1908", en *Sochineniya*, t. XIII, pp. 67-68. En su evaluación de la obra del congreso se apoya ampliamente en los artículos de Clara Zetkin en su periódico para mujeres *Gleichheit*, al que había Rosa atraído su atención. Pero esto tampoco le hizo realizar ningún análisis profundo de los acontecimientos. Kautsky entendió mejor lo que sucedía cuando dijo que el SPD había renunciado a su primacía dentro de la Internacional. Mientras se tratara de resoluciones, Kautsky era bastante sensible a cualquier manifestación de debilidad o componenda.

[44] La observación la hizo, en el congreso de Stuttgart, un inglés, Quelch, a quien el gobierno provincial de Württemberg expulsó sin tardanza. *Protokoll Internationaler Sozialistenkongress... 1907*, p. 32.

engendrar protesta, pero capaz también de infinita posposición en cuanto suceso real.[45]

El periodo de 1907-10 fue de atrincheramiento y desilusión, no sólo para Rosa Luxemburgo sino para toda la socialdemocracia alemana. El gobierno imperial tenía una espléndida coalición en el *Reichstag*, el bloque de Bülov, del que sólo estaban excluidos los católicos y los socialistas; entre tales compañeros de viaje no había base para una oposición conjunta. Contrariado en su sondeo en busca de puntos débiles en la cara hostil de la sociedad, el SPD se dedicó a la reorganización interna. La caricatura de una burocracia pedante contra la cual embestían los franceses siempre que se encontraban frente al disciplinado y unido contingente alemán en los congresos internacionales —unido por lo menos en las votaciones— se estaba haciendo rápidamente realidad. La organización estaba penetrando firmemente desde el centro hasta las raíces más alejadas. El reforzamiento de las organizaciones centrales del partido después del congreso de Jena en 1905, sobre todo el advenimiento de las secretarías adicionales, condujo al funcionamiento de la ley de Parkinson: con los nuevos administradores llegaron funcionarios menores pagados, y adminículos como teléfonos y máquinas de escribir.[46] Cuando el congreso del partido votó la autorización necesaria para estos aparatos, la mayoría de la izquierda se mostró amable; el SPD era todavía el partido de la resolución de 1905 sobre la huelga de masas, sólo en espera del próximo periodo revolucionario. Organización era sinónimo de más avance efectivo. Pero hubo algunas advertencias. El gran Max Weber dijo en una conferencia:

> Debemos preguntarnos quién tiene más que temer de esta [tendencia a la burocracia], si la sociedad burguesa o la socialdemocracia. Personalmente, creo que ésta; es decir, los elementos de ella que sustentan la ideología revolucionaria [...] Y si las contradicciones entre los intereses materiales de los políticos provisionales por una parte y la ideología revolucionaria por la otra pudieran desarrollarse libremente, si ya no se expulsara a los socialdemócratas de las asociaciones de veteranos, si los admitiéramos libremente en la administración del partido, de que ahora son excluidos, *entonces* se plantearían por primera vez para el partido graves problemas internos. Entonces [...] se vería

[45] Muchos historiadores modernos consideran que la guerra era por lo menos una "probabilidad" para el congreso de Stuttgart (Schorske, *German Social Democracy*, p. 84) y que la famosa resolución fue un "arreglo para la inacción" (Joll, *Second International*, p. 138). Me he detenido algo en esta cuestión porque creo ambas opiniones erradas.

[46] Para este desarrollo organizacional véase Schorske, cap. v, pp. 116-45, y fuentes citadas.

no que la socialdemocracia esté conquistando las ciudades y el Estado sino, por el contrario, que el Estado está conquistando a la socialdemocracia.[47]

Pero los marxistas tenían un cerebro más político que sociológico (y así es hoy todavía); con tal que la política estuviera acertada —y tocaba al congreso anual vigilar al comité ejecutivo en esto— no veían conflictos. La noción de una burocracia que se formaba una voluntad propia y *para su propio beneficio* era impensable. En la Unión Soviética se ha anegado esa noción en los múltiples gemidos sobre el culto de la personalidad y más efectivamente en frecuentes purgas; las democracias populares sólo han adquirido conciencia del problema en los diez últimos años, pero con creces; en cuanto a Occidente, la "revolución de los gestores" y toda la literatura acerca de la burocracia las pasan por alto sencillamente los analistas soviéticos. Por eso no podemos culpar al SPD por no tener nuestra actual perspicacia. Y después, los radicales disgustados y furiosos no andaban tan errados cuando echaban la culpa con bastante estrechez de ideas a la gente en particular y no a las tendencias generales. Los hombres que dirigieron el partido después de 1907, como Molkenbuhr, Ebert, Scheidemann y Braun, eran eficientes, prácticos —y nada revolucionarios. Para ellos, revolución significaba sencillamente autoaniquilamiento, en lo funcional y lo personal —y sabían bien lo que eso quería decir.[48]

Esto no implicaba que la democracia desapareciera proporcionalmente al surgimiento de la burocracia. Han llamado a Ebert el Stalin alemán y lo fue, por lo menos en lo relativo a mentalidad y actitudes, porque cruel no era. Tampoco era una farsa el deliberado mantenimiento de las formas democráticas. El proceso fue mucho más complicado. Se tomó una multitud de decisiones menores pero en definitiva significativas sobre todo en los intersticios de la vida de partido donde no penetraba el congreso, los mil asuntos de importancia secundaria que afectaban a la administración y el control locales. En la cumbre, las resoluciones del congreso seguían siendo imperativas; antes de 1914 nadie se hubiera atrevido a insinuar que fueran mera formalidad. Con frecuencia, el comité ejecutivo tenía que hacer uso de toda su destreza para obtener la mayoría, como en 1911. Pero la fuerte tradición de apoyo al ejecutivo solía prevalecer, a menos que hubiera muy fuertes razones de conciencia

[47] Discurso ante el *Verband für Sozialpolitik*, 1908, citado en Schorske, pp. 117-18.

[48] Para un análisis de la estructura del partido y de sus efectos en el papel del SPD véase J. P. Nettl, "The German Social-Democratic Party", *Past and Present*, n. 30, abril de 1965, pp. 74-86.

o principio. Era además una tradición de disciplina voluntaria, de convicción. No había disciplina a tres niveles en el SPD, y poco sentido de compulsión. En resumen, un ejemplo clásico de la noción weberiana de carisma rutinizado.

En realidad, no había conflicto visible entre las tareas del partido socialdemócrata y su administración. Sólo cuando la atmósfera cambió en su totalidad durante la guerra, y con ella el papel del partido, se advirtió finalmente que los cimientos del SPD no descansaban —como creía Rosa Luxemburgo— en las masas sino en una estructura concreta de burocracia y jefatura. Si la situación de agosto de 1914 se hubiera producido por algún milagro en 1900, hubiera habido confusión, seguida de un genuino realineamiento de opiniones. Pero para 1914 se consideraba natural que la dirección propusiera y el partido entero aceptara. Naturalmente, esto no equivalía a adoptar la táctica comunista de primero acaparar y manipular deliberadamente los deseos de los miembros; la actitud del SPD durante la guerra sólo la hizo posible el número de miembros que apoyaban a la dirección. La aceptación de la legitimidad en la estructura de control existente es en sí manifestación positiva de intención, igual que si la política adoptada hubiera sido resultado de un referéndum. En ningún momento se trató de obediencia ciega de tipo nazi.

Rosa Luxemburgo participó poco en los debates de aquellos años. No le interesaban nada los problemas de organización. Correspondió a Karl Kautsky repasar la masa inatenta de aquellos años en *El camino del poder*.[49] Este libro presenta probablemente la cúspide de la dialéctica kautskiana, donde combina una total negación de la revolución en la práctica con un énfasis estricto en las actitudes revolucionarias. Reflejaba fielmente el talante de entonces; y ciertamente captaba la desilusión general, no sólo dentro del SPD sino de toda la Alemania imperial. Constantemente se estaba hablando de escándalos en los círculos del emperador, y en la vida política de los partidos principales.[50] Kautsky tomaba la decadencia moral de la sociedad y la elevaba a factor revolucionario. Al estar la sociedad también en decadencia, la socialdemocra-

[49] *Der Weg zur Macht*, Berlín, 1909.

[50] Uno de estos rumores fue que el Kaiser había estado durante cierto número de años en manos de una *camarilla* [en español en el original] vesánica e irresponsable. Véase Johannes Ziekursch, *Politische Geschichte des neun deutschen Kaiserreiches*, Frankfurt, 1930, t. III, pp. 190-92. Rumores semejantes habían circulado, claro está, durante años acerca del Zar en Rusia y eran un acompañamiento normal de todo el poderío cortesano, sobre todo allí donde la Corona tenía un poder arbitrario y la corte influencia. Incluso en tiempos recientes aparecieron rumores de ese tipo en relación con la familia real holandesa, y la inglesa no siempre está a salvo de ellos.

cia sólo tenía que aumentar sus efectivos y seguir fiel a sus principios revolucionarios de hostilidad irreductible —y sencillamente tomar la sucesión en el momento dado, cuando cayera la estructura actual. La única condición era que el SPD siguiera fiel a sus principios y se mantuviera apartado de la corrupción reinante en torno suyo. En efecto, la doctrina de *El camino del poder* no era otra cosa que los argumentos de Kautsky contra el revisionismo engalanado con otra vestimenta más revolucionaria. En lugar de ser una cuestión interna de partido solamente, la pureza doctrinal y el alistamiento para el combate que de ella resultaba tenían ahora mayor pertinencia respecto de lo que estaba pasando fuera.[51]

Para Kautsky, la revolución era autogeneradora; no requería de acción material como la que veía Rosa Luxemburgo en su doctrina de la huelga de masas. Las condiciones necesarias para la revolución eran destruir la confianza en el régimen existente, que una mayoría de personas se le opusiera decisivamente y que hubiera en la oposición un partido bien organizado para recoger ese descontento y hablar en su nombre y proveer un sustituto al régimen, un foco visible en torno al cual pudieran juntarse las lealtades de la población.[52]

Para los contemporáneos de *El camino del poder*, éste era un documento revolucionario —la palabra "revolución" aparece en él con mucho mayor frecuencia que en ningún escrito anterior— y el comité ejecutivo del SPD sin duda tuvo fuertes reservas a su respecto. Es difícil conciliar la declaración de un erudito de que "la actividad de Kautsky no puede separarse de la de Bebel [...] Bebel, dirigente político indiscutido, y Kautsky, su principal ideólogo, siempre estaban de acuerdo acerca de la tendencia fundamental de sus ideas a pesar de ocasionales diferencias de opinión",[53] con las cartas irritadas y severas que se cruzaron entre el comité ejecutivo y Kautsky cuando el libro de éste estaba en galeras. Así escribía Kautsky a su amigo Haase: "[...] Las cosas se están haciendo cada vez más extraordinarias [...] o el comité ejecutivo me dice de una vez por todas qué es lo que insiste en que modifique o, si no, que me deje de una vez publicarlo como a mí me parece."[54] Al final, el comité insistió en que se suprimieran ciertos trozos molestos; igual destino había tenido el folleto de Rosa Luxemburgo sobre la huelga de masas, que era muy diferente.

No hay pruebas de que Rosa reaccionara de algún modo a *El camino del poder*. Es harto probable que no lo leyera en aquel tiempo, al menos

[51] Karl Kautsky, *Der Weg zur Macht*, pp. 107-18 [*El camino del poder*, Grijalbo, México, 1968.]
[52] Ibid., p. 64.
[53] Matthias, *Kautsky*, p. 172.
[54] Karl Kautsky a Hugo Haase, sin fecha [1909], C432, Archivos IISH.

hasta su controversia con el autor al año siguiente. Desde la Pascua de 1907, cuando Rosa y Karl Kautsky habían estado juntos a orillas del lago Lemán, en Ginebra, planeando los números venideros de la *Neue Zeit,* toda la base de la cooperación de Rosa con Kautsky se había hundido y sólo había quedado la apariencia de la antigua relación y la falsa intimidad del tuteo. Era parte del disgusto crítico con que veía Rosa todo lo alemán. Para 1908 empezaron a parecerle aburridas las sesiones de almuerzo dominicales y las reuniones ocasionales en casa de los Kautsky: "Chismes periodísticos en la mesa, bromas judías de Bendel [Benedicto, el hijo de Kautsky] y demasiada glotonería por parte de todos los presentes." El 27 de junio de 1908 escribía a una amistad: "Ya pronto no podré leer nada escrito por Karl Kautsky [...] Es como una repugnante serie de telarañas [...] que sólo puede uno deshacer mediante el baño mental de leer al propio Marx [...] por tercas que sean sus opiniones sobre húngaros, checos, eslavos, etc." ¿Fue la comparación con Marx, confrontación a que pocos comentaristas de Marx han podido sobrevivir, la que empezó a revelar la calidad de los escritos de Kautsky a un crítico tan fino como Rosa Luxemburgo, llena de experiencia revolucionaria reciente? En su búsqueda de material de lectura estaba releyendo las obras póstumas literarias de Marx y Engels, y sobre todo los artículos de la *Neue Rheinische Zeitung,* y comentaba: "Muchas tonterías y muchas antiguallas, pero qué valor para hacer juicios independientes [...] qué hechos concretos [...] en comparación con las aburridas y borrosas explicaciones de historia en abstracto que hallamos en Karl Kautsky [...]" En el verano de 1909, en que Kautsky fue a unirse con ella a Italia, Rosa estaba buscando en el reino animal metáforas que aplicar a su amigo. Ya lo había nombrado acémila y burro.

Bajo las discusiones políticas y los chismes del partido había en casa de los Kautsky mucha tensión matrimonial privada y Rosa, y es lo menos que se puede decir, no era un mero espectador. Antes de 1910 había ya las condiciones necesarias para una querella. El veneno con que ambas partes iban a dirigir la discusión sobre el partido llevaba dentro todas estas cuestiones personales. Cuando se produjo la explosión, en 1910, la estructura aparentemente sólida de doce años de estrecha colaboración se vino abajo sin más. Para los amigos mutuos y colegas del SPD que no se habían dado cuenta entre bastidores de los cambios en su relación personal ni de la desilusión de ella con el Kautsky escritor y pensador, la polémica de 1910 sólo podía explicarse por el ponzoñoso temperamento de Rosa. Kautsky no hizo nada para disipar tal suposición.

En el verano de 1909, Rosa realizó un viaje insólitamente largo por el mediodía. Pasó cierto tiempo en las bibliotecas suizas trabajando en su

historia de Polonia, proyecto que llevaba varios años sin tocar.[55] De allí fue a Italia, atravesando la barrera de los Alpes para pasar "a las soleadas y soberbias llanuras italianas".

> Aquí estoy en *Genova superba*, como la ciudad se llama a sí misma, mientras que la gente de Toscana piensa de otro modo y dice que todo cuanto se encuentra allí es *mare senza pesce, montagne senza alberi, uomini senza fede e donne senza vergogna* [mares sin peces, montañas sin árboles, hombres desleales y mujeres desvergonzadas]. Estoy de acuerdo con los toscanos, con esta sola diferencia: me parece que también los hombres son *senza vergogna*, por lo menos en las tiendas, donde siempre tratan de engañar a uno y siempre se las arreglan para meter alguna moneda falsa con el cambio.[56]

Rosa había descubierto el sur con sentido vindicativo y con la misma alegría exenta de crítica que tantas generaciones de alemanes. El mito goethiano del mediodía había penetrado hondamente en la actitud romántica hacia Italia; lo que era atroz e intolerable en Alemania —deshonestidad patente, ineficiencia, irresponsabilidad, y hasta la pérdida del valioso correo de Rosa— se advertía pero excusaba en los italianos, porque no era sino una pequeña desventaja para pagar tanto sol y tanta canción. Rosa tenía todo el optimismo septentrional de aceptación transalpina. Estuvo en Italia casi tres meses y se determinó a visitar Córcega al año siguiente.[57] Sus cartas eran largas, divertidas y extrañamente desprovistas de críticas. Todo el victorianismo anticuado de un gran socialista y revolucionario de vacaciones en el extranjero salía al primer plano.

> Primero las ranas. En cuanto se pone el sol empiezan por doquier [...] conciertos de ranas, como nunca oí en ninguna parte. Ranas, por mí perfecto, pero *esas* ranas [...] Después las campanas. Me encantan las campanas de iglesia, pero oírlas a cada cuarto de hora [...] es para volver loco a cualquiera [...] Y en tercer lugar [...] en tercer lugar, Karl, cuando vengas a Italia no olvides traerte una caja de insecticida. Por lo demás, esto es maravilloso.[58]

[55] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 141, fechada el 1o. de mayo de 1909.
[56] Ibid., pp. 142-43.
[57] El plan de visitar Córcega con su amigo Konstantin Zetkin se posponía cada año con la creciente determinación de llevarlo a cabo el año siguiente; al fin, Rosa fue sola (probablemente en 1912). Aun encarcelada, durante la guerra, planeó una vez más hacer el viaje con Sonia Liebknecht.
[58] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 153.

Estas cartas de Italia son un curioso testimonio de la fibra de Rosa, porque su alegría era más artificial que real. Mientras escribía a los Kautsky de los gozos de la soleada Italia estaba liberando, rompiéndose el corazón, a su amigo Konstantin Zetkin de sus relaciones, porque temía estar ahogándolo. Aquella rígida disciplina de Rosa Luxemburgo, que tenía las amistades en compartimentos estancos y nunca permitía que los asuntos de una relación se mezclaran con los de otra, ni de persona a persona ni entre persona y política, hace tanto más difícil la tarea de sus biógrafos.

X

DAVID Y GOLIAT. 1910-1911

Al terminar 1909, el frente frío antisocialista estaba disolviéndose en la política alemana. El bloque Bülow empezó a desintegrarse por la cuestión de si se introduciría la tributación directa para hacer frente a la cuenta de los armamentos, que iba aumentando. Buena parte de la afirmación patriotera que había abrumado a la socialdemocracia en las elecciones de 1907 se había reducido dos años después. Además, por primera vez desde 1905, había vuelto a plantearse la cuestión del sufragio, y en el *Landtag* se había lanzado un ataque contra el sistema prusiano de las tres categorías electorales. Ambos problemas estaban relacionados. El jefe de la minoría conservadora del *Reichstag* declaró que su partido no votaría en favor de la reforma hacendaria y la tributación directa porque no quería "entregar de un modo tan vago la facultad de gravar la propiedad [...] a un cuerpo parlamentario elegido por sufragio de igualdad".[1]

La sección revisionista del SPD, que había insistido en la derrota de 1907 como advertencia contra la importancia política, veía ahora en la desintegración del bloque de Bülow una oportunidad de restablecer la influencia socialista en el *Reichstag*. La fusión, en marzo de 1910, de varios grupos progresistas de la clase media para formar el nuevo Partido Progresista del Pueblo (*Fortschrittliche Volkspartei*) se consideró señal de buenos tiempos y foco de un partido radical burgués como el que había habido en Francia, pero que hasta entonces faltara tristemente en la política alemana. Finalmente, había ahí un aliado lógico para el SPD, o por lo menos para aquellos de sus miembros que creían en las alianzas.

El SPD se encontraba ahora frente a un problema complicado: por una parte, la alianza con la naciente oposición de la clase media al gobierno a fin de agitar conjuntamente en favor de la tributación directa y de la reforma del sufragio; por otra parte, la continuada negativa por principio a apoyar cualquier medida oficial propuesta por el gobierno imperial y votar así indirectamente el odiado sistema de los impuestos indirectos sobre los artículos de consumo. ¿Votar de acuerdo con los intereses archiconservadores de los Junkers o votar con el gobierno, igualmente odioso? De cualquier modo, el partido estaba en un aprieto. Los

[1] *Reichstag debates*, 1909: CCXXXVII, 9323.

radicales, previendo y aceptando el dilema, crearon la consigna de "Impuestos nuevos no, reducción de armamentos sí": la posición antigua de la oposición por la oposición, en todos los frentes.[2] Parecíales que la propaganda, solvente mágico, debería aclarar al pueblo que al negar el apoyo a las medidas del gobierno, el partido no aceptaba la responsabilidad del antiguo sistema impositivo; y al pedir la reducción de los armamentos atacaba al imperialismo en su punto más sensible. Paul Singer, copresidente del partido, que hablaba contra su propio comité ejecutivo en esta ocasión, creía que el SPD quedaría así libre de toda implicación y con sus principios intactos, como había estipulado precisamente Karl Kautsky en *El camino del poder*.[3] La *Neue Zeit* puso manos a la obra en apoyo de Liebknecht y los extremistas; la misma pluma, radical pero oxidada, de Parvus se lanzó nuevamente a la liza, y por última vez. Pero el comité ejecutivo temía que el SPD perdiera popularidad en las próximas elecciones si no preconizaba un cambio en el sistema impositivo, y con la bendición escrita de Bebel desde Zurich, su opinión prevaleció como de costumbre.[4]

De este modo, la ruptura de la coalición de Bülow en 1909 replanteó algunas de las cuestiones fundamentales de la política socialista, de que la fiscal era sólo parte; suscitó todo el problema de la cooperación potencial con los burgueses y aun la de la participación en "política". Dado que la cooperación fuera posible, ¿podían alcanzarse otras antiguas metas socialistas, como la de la reforma electoral en Prusia, con semejante alianza? Era la misma situación en que se habían encontrado los socialistas belgas al buscar la colaboración con los liberales seis años antes, cuando Rosa Luxemburgo los había flagelado duramente. Era ciertamente la antigua cuestión revisionista planteada de un modo nuevo y más atractivo, ahora que Kautsky había formulado su doctrina de la decadencia sutil en una sociedad que diez años antes aún parecía inconmovible.

La crisis de los impuestos, aunque sin resolver, ocasionó un cambio de canciller y de gobierno. Bethmann-Hollweg reemplazó a Bülow y el nuevo gobierno se apoyó en una coalición de conservadores y centristas, con los liberales y progresistas en la oposición, junto con la eterna desairada de la socialdemocracia. Había grandes esperanzas de que el nuevo conciller en persona propusiera una reforma electoral en Prusia. En Hessen se introdujo un nuevo proyecto de ley electoral en la dieta provincial, pero al contrario de lo que se había esperado, la representación

[2] *NZ*, 1908-09, t. II, pp. 838 y ss.

[3] *Protokoll... 1909*, p. 364.

[4] En parte por razones de salud, Bebel, ya mayor, pasaba cada vez más tiempo en Zurich, centro de la antigua emigración SPD, donde vivía su hija casada.

de la clase obrera disminuyó en lugar de aumentar. Las primeras protestas públicas del SPD contra ella impulsaron movimientos de simpatía en Brunswick, donde también tenían el sistema electoral de las tres clases. Después se movieron Bremen y Mecklemburgo. Habíase formado ya una cadena de agitación en torno de Prusia cuando el SPD convocó a un congreso provincial a principios de enero de 1910.[5]

A consecuencia del espíritu de cooperación con los liberales que había reinado en el congreso de 1910, Bernstein y sus amigos prepararon una cuidadosa campaña para orientar la táctica del congreso prusiano en la misma dirección.[6] Pero resultó que el espíritu prusiano era mucho más militante. La idea de colaborar con los liberales para una campaña parlamentaria en torno al sufragio fue rechazada con cajas destempladas. En lugar de eso, el congreso pidió no ya una campaña parlamentaria sino un "ataque pro sufragio".

Los radicales preguntaban cómo podía lanzarse una campaña exitosa en el parlamento estando éste tan numerosa e injustamente desequilibrado, en perjuicio de la representación socialista. Ya los liberales nacionales estaban enseñando la mano; lejos de apoyar una campaña de gran envergadura pro sufragio igual para los varones, ni siquiera parecían dispuestos a votar en favor de tal medida si la proponía la legislatura. Las esperanzas de un "frente popular" después de la quiebra de la coalición de Bülow se habían desvanecido rápidamente, quizá por no haber sido otra cosa que una ilusión; casi sin que lo comprendieran los asociados potenciales, la usual polarización había vuelto a realizarse. La clase media dio media vuelta a la derecha y el SPD hizo otro tanto, con mayor rapidez, a la izquierda. Esta vez, el comité ejecutivo se quedó casi solo. En lugar de adoptar la posición intermedia de la antigua controversia en torno al revisionismo, la mayoría del comité fue a remolque de los revisionistas, aunque no el copresidente, Paul Singer, que estaba con los radicales. Y había buenas razones para ello. Anteriormente había habido otros tantos debates sobre conceptos teóricos, pero esta vez se trataba de algo de interés actual y de una amenaza real de ver por que se hiciera algo. Era otra vez 1905, pero el centro de la tormenta estaba ahora en Alemania. El comité ejecutivo se vio obligado a buscar sus defensas y no sólo su teoría.

Las fechas son importantes. El 4 de febrero de 1910, el gobierno publicaba el anteproyecto de Bethmann-Hollweg para la reforma electoral en Prusia, que no satisfizo a nadie. Remendaba el sistema pero no lo alteraba; su principal disposición era que unos cuantos grupos —sobre

[5] Schorske, *German Social Democracy*, p. 172.
[6] *SM*, t. XIII, n. 3, pp. 1655-71.

todo académicos— pasaban de abajo a la sección media de los votantes. Los socialdemócratas y unos cuantos progresistas protestaron violentamente. *Vorwärts* revolvió su arsenal de frases revolucionarias y dijo que el proyecto era una brutal y altiva declaración de guerra.

Casi inmediatamente estallaron manifestaciones en Berlín y las provincias prusianas. El 10 de febrero, el canciller y primer ministro de Prusia —ocupaba los dos puestos la misma persona— habló en el *Landtag* prusiano para apoyar sus proposiciones y lo recibieron con un *¡pfui!* —la más expresiva de las calificaciones alemanas— en los bancos de la izquierda. Pero ni siquiera aquella incompleta medida se hizo ley sin modificación. Después de un regateo político, el *Landtag* aceptó el proyecto el 16 de marzo, pero en la cámara alta (*Herrenhaus*) lo retocaron y ambas cámaras se empeñaron en su actitud. Entonces el gobierno retiró el proyecto definitivamente y las cosas volvieron a su estado anterior.

A todo esto, las manifestaciones socialistas estaban en marcha. A cada domingo había en las calles visiblemente más gente que la semana antes. El 13 de febrero, el jefe de la policía berlinesa, Von Jagow, amenazó con represalias en un brusco edicto donde hacía el anticuado comentario de que las calles estaban exclusivamente reservadas al tránsito. Hubo colisiones y en Frankfurt, el 27 de febrero, las primeras víctimas. El 6 de marzo, el SPD se apuntó un tanto incruento anunciando un "paseo electoral" en sarcástica conformidad con las instrucciones de la policía. Habiendo atraído a las fuerzas de la ley y el orden a un parque en las afueras de Berlín, el paseo se volvió en realidad congregación masiva en pleno centro de la ciudad, adonde la policía acudió sin aliento cuando ya todo terminaba.[7] Pero los conservadores tomaron el incidente muy en serio y pidieron represalias.

Coincidiendo con estas manifestaciones hubo una serie de huelgas, pruebas de fuerza organizadas por los sindicatos mineros y de la construcción. Nunca se supo claramente quién estaba en huelga y quién estaba en paro forzoso: el hecho es que en 1910 había casi 370 000 trabajadores parados.[8] Los dos movimientos empezaron a imbricarse en marzo, y las manifestaciones se henchían con huelguistas de media jornada que apoyaban abiertamente la campaña pro sufragio. Las colisiones se hicieron más frecuentes en Berlín y las provincias. Era lo que Rosa

[7] El incidente lo describe ampliamente Paul Frölich en Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, t. IV, pp. 496-98, y en *Vorwärts*, 6-8 de marzo de 1910. Con el tiempo fue un hito en el calendario del SPD y su pasado revolucionario, triste pero cómico aniversario comparable al 22 de enero de 1905 en Rusia. El SPD sentía agudamente la falta de una cronología verdaderamente heroica.

[8] Schorske, p. 180, nota 32.

Luxemburgo había calificado de situación típicamente revolucionaria: interacción de movimientos económicos y políticos, talante suficientemente agresivo entre los obreros como para requerir movimientos de tropas en gran escala en las regiones mineras, y aquí y allá la exigencia de una acción definitiva. Parecía que después de todo no habían sido en vano las lecciones de 1905-06 y se pedía la aplicación de la huelga de masas según había quedado incluida en el programa socialdemócrata en el congreso de Jena de 1905.[9]

Para Rosa Luxemburgo, la inactividad había terminado. Estaba más que lista para tomar la pluma en defensa de un movimiento que se ajustaba tan exactamente a todas sus predicciones. Y no sólo la pluma, porque en los tres meses siguientes tomó la palabra incesantemente por toda Alemania en favor de la campaña pro sufragio. Estaba tan solicitada que en un momento dado hubo de suspender su curso en la escuela del partido.

> [...] Desde el "frente de guerra" [...] Anteayer, martes 15 de marzo, se dispusieron 48 mítines nocturnos [en todo Berlín] con la clara intención de que en la mañana del 18 se haga algo. Los oradores eran todos de cuarta o quinta cotegoría, en su mayoría ¡funcionarios sindicales! Además, *Vorwärts* publicó una prohibición por adelantado de todas las manifestaciones callejeras después del mitin. Por casualidad oí en la escuela del partido el día 12 que faltaba un orador en el cuarto distrito electoral, me ofrecí al punto y hablé aquella misma noche. No cabía un alma (había unas 1500 personas) y el ambiente era magnífico. Naturalmente, me di vuelo como es debido, y fue una tempestad de aplausos. Hannes [Diefenback], Gertrud [Zlottko], Costia [hijo de Clara Zetkin] y Eckstein, todos estaban allí. El último me dijo que desde ayer lo había convertido.
>
> Hoy me invitaron por teléfono desde Bremen y por escrito desde Essen para que hable en mítines acerca de la huelga general. Me pregunto seriamente si no debería mandar al diablo la escuela y trasladarme al campo para atizar el fuego por doquier.[10]

Luego recorrió el sur. El 10 de abril estaba de vuelta en Frankfurt para hablar ante una imponente concentración sobre "la campaña pro sufragio en Prusia y sus lecciones".[11] De allí fue al Ruhr y habló a me-

[9] Véase el artículo de Heinrich Ströbel en *Vorwärts*, 5 de enero de 1910.

[10] Rosa Luxemburgo a Luise Kautsky, 17 de marzo de 1910, en "Einige Briefe", IISH *Bulletin*, 1952, t. VII, pp. 41-42.

[11] *Der preussische Wahlrechtskampf und seine Lehren*. Este discurso fue reeditado en un folleto con el mismo título (Frankfurt, 1910).

diados de abril en Essen y Dortmund bajo la égida de Konrad Haenisch, un redactor extremista frustrado que se consumía en una de las más remotas avanzadillas de la socialdemocsacia. Aquel combativo mitin condujo a la amistad y a ulterior colaboración.[12] En todas partes era el mismo tema: la lucha por el sufragio y el mejor modo de dar la batalla. No es maravilla que la acción empezara a parecerle mucho más excitante que la enseñanza. Todas sus cartas dan fe de las grandes muchedumbres, del entusiasmo, de un deseo universal de obrar. Pero al mismo tiempo notaba oscuramente la mano restrictiva del comité ejecutivo. Ésa sería la cuestión crucial en la polémica posterior. No sabemos exactamente qué pruebas tendría, pero es el caso que estaba convencida de que el comité saboteaba bajo cuerda las peticiones de acción desde fines de febrero.[13] Para fines de abril estaba Rosa otra vez de vuelta en Berlín.

En febrero, antes de irse, había escrito un provocativo artículo intitulado *"Was weiter?"* [¿Y después qué?], donde analizaba las fuentes de radicalismo que confluían en aquel momento y proponía los pasos que entonces debía dar la dirección: favorecer el desarrollo del incipiente movimiento de huelgas de masas cuanto fuera posible, mientras por el lado político se agitaba en favor de una república; esto contribuiría a radicalizar más a las masas y a agudizar el conflicto que amenazaba entre el socialismo y la sociedad. Dada la controversia subsiguiente conviene recordar que nunca lo entendió como una petición de que se hiciera realidad sino sencillamente como medio de mantener tensa la agitación. Siempre creyó que era obligación de los dirigentes socialistas imponerse tareas agitacionales superiores a las posibilidades prácticas inmediatas. Éste era, más que ninguna otra función organizacional, el papel de la dirección en la socialdemocracia. Era el mismo principio que intentaría hacer efectivo durante la revolución alemana en los tres últimos meses de su vida.

Vorwärts le devolvió el artículo el 2 de marzo con el siguiente comentario: "Sentimos tener que devolverle su artículo porque, en virtud de un acuerdo entre el comité ejecutivo del partido, la comisión ejecutiva de la organización provincial prusiana [del SPD] y el jefe de redacción, la cuestión de la huelga de masas no debe tratarse en *Vorwärts* por el momento."[14]

[12] *Briefe an Freunde*, p. 24.

[13] "Durante mi viaje a Renania pude hacerme con un maravilloso documento acerca de la famosa mordaza a la discusión...", comunicó Rosa a Leo Jogiches. Al mismo tiempo repetía que "el comité ejecutivo hace cuanto puede por sofocar todo este asunto".

[14] "Die totgeschwiegene Wahlrechtsdebatte", *LV*, 17 de agosto de 1910. La correspondencia relativa a estos hechos fue apareciendo gradualmente en el curso de

La huelga de masas era el tema principal del momento y Rosa quería que el artículo saliera en el diario oficial del SPD. Lo envió después a la *Neue Zeit,* donde sabía que tenía derecho preeminente a declarar sus opiniones. Kautsky tomó el artículo y dijo que era "muy interesante y muy importante", pero se reservó también el derecho de estar en desacuerdo con sus conclusiones y le anunció que así lo haría a su debido tiempo, por estar entonces muy ocupado. De cualquier modo, se negó rotundamente a publicar la parte relativa a la agitación en favor de una república. Para empezar, aquello "partía de una premisa [*Ausgangspunkt*] totalmente equivocada. En nuestro programa [del partido] no hay ni una palabra acerca de la república". Sin dejar de reiterar que no era necesario volver a las conocidas objeciones marxistas a cualquier agitación específicamente republicana, se tomó la molestia de escribir varias páginas al respecto, citando las advertencias de Marx y Engels en el sentido de que el énfasis exagerado en un objetivo limitado y puramente político podía deformar la totalidad dialéctica.[15]

De todos modos, Kautsky no publicó el artículo, y así aflojó la primera piedra de un alud de recriminaciones entre Rosa y él, en que se hundiría bajo una impenetrable montaña de insultos e incomprensión la larga y amistosa colaboración que había habido entre ellos. Nunca salieron a la luz las verdaderas razones de su negativa, al menos en una versión que todo el mundo pudiera aceptar. Decía que él hubiera publicado el artículo, tal vez con cierta dilación, pero que mientras tanto decidió devolvérselo para que lo reconsiderara. "Vacilé bastante tiempo [. . .] pero no dejé a la camarada Luxemburgo ninguna duda acerca de que el artículo me parecía un error [. . .] Me repugnaba la idea de publicarlo [con mi respuesta polémica] para deleitar a nuestros muchos enemigos comunes [. . .] quise convencerla de que renunciara a su publicación."[16] Tampoco está claro si obró *motu proprio* o presionado por el comité ejecutivo del partido. Rosa estaba convencida de que detrás de todo aquello se hallaban las "altas potestades" del partido y de que Kautsky no hizo otra cosa que ejecutar sus órdenes "en su propia esfera de poder, la *Neue Zeit*". Nunca se ha publicado la carta de Kautsky a Rosa cuando le devolvió al artículo, si es que acaso la escribió.[17]

la polémica, cuando tanto Kautsky como Rosa empezaron a publicar trozos seleccionados de su correspondencia privada. Como con tanta frecuencia sucediera en el pasado, *Vorwärts* no pudo mantener su actitud inequívocamente frente a las críticas ulteriores. En el suplemento del 9 de junio, los redactores se quejaban de que "toda esa cháchara acerca de una prohibición de discutir la huelga de masas y el concepto de república [no es más que] chisme y mala información".

[15] "Die Theorie und die Praxis", *NZ,* 1909-10, t. II, pp. 566-67.

[16] Ibid., pp. 335-36.

[17] Rosa Luxemburgo, *Gesammelte Werke,* t. IV, p. 502; *NZ,* 1909-10, t. II, 336.

La polémica subsiguiente demuestra claramente que él estaba sorprendido por la inesperada vehemencia de la reacción de Rosa. Nunca antes había ésta escrito con tal furia a propósito de un camarada socialista y ex-amigo: "[Karl Kautsky], ese cobarde que sólo tiene valor para atacar a los otros por detrás; pero se las verá conmigo." Siguió así durante tres meses. Sólo al año siguiente empezó a amainar la cuestión personal, y Karl Kautsky pasó, objeto de piedad y de condena, al mustio panteón de los enemigos políticos de Rosa: "Hay que sentir lástima por él y no enojo, porque en realidad no hace más que defenderse en una situación enredada." Pero quedaba algo, y a veces el nombre de Kautsky tuvo la virtud de excitar como pocos su capacidad de vituperio.

En todo caso, Rosa estaba decidida a no dejarse imponer silencio, ni de palabra ni en la prensa.

> Todo marcha magníficamente, ya he dado seis mítines y faltan otros seis. Por todas partes hallo en los camaradas adhesión entusiasta y sin reservas. El artículo de Karl provoca mucho encogimiento de hombros; lo he observado sobre todo en Kiel, Bremen, en Solingen con Dittmann [. . .] Dile que sé muy bien apreciar la lealtad y amistad que entrañan esas artimañas, pero que ha metido la pata de mala manera al apuñalarme tan intrépidamente por la espalda.[18]

Aunque estimulada grandemente por el pleito personal, había una clara actitud política en la actitud de Rosa. "Esperemos que toda esa discusión y su continuación en Magdeburgo [el congreso del partido en septiembre de 1910] estimulará a nuestros amigos y los incitará a estar alerta contra las "potestades competentes" [*Instanzen*]. En todo caso yo creo que mi deber para con el partido es proceder con implacable franqueza."[19]

Cuando le devolvieron el artículo de la *Neue Zeit*, lo mandó inmediatamente a otra parte. Konrad Haenisch publicó el voluminoso manuscrito en su periódico con su título de "¿Y después qué?", el 14 y el 15 de marzo. Junto con el original iba un resumen de la situación tal y como Rosa la veía.

> El comité ejecutivo del partido y la comisión general [de los sindicatos] ya han estudiado la cuestión de la huelga de masas y tras largas negociaciones [el partido] hubo de rendirse a la posición de los dirigentes sindicales. En vista de esto, el comité ejecutivo cree naturalmente que tiene que replegar velas, y si pudiera salirse con la suya,

[18] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, pp. 156-57; fechada el 13 de abril de 1910.
[19] *Briefe an Freunde*, p. 27.

llegaría hasta prohibir toda *discusión* de la huelga de masas. Por esta sazón considera urgentemente necesario llevar el asunto ante las más alejadas masas del partido. Las masas deben decidir. Nuestra obligación por otra parte es proporcionarles todos los pros y los contras, las bases para la argumentación. Cuento con el apoyo de usted y con que publicará el artículo inmediatamente.[20]

Aquel artículo era nada menos que el comienzo de una nueva política —por lo menos a ojos del comité ejecutivo— de la socialdemocracia alemana.

Nuestro partido debe elaborar un esquema claro y definido acerca de cómo ampliar los movimientos de masas que él mismo ha provocado [...] Las manifestaciones callejeras son, como las demostraciones militares, solamente el comienzo de la batalla [...] la expresión del conjunto de las masas en una lucha política [...] debe reforzarse e intensificarse, debe adoptar formas nuevas y más eficaces [...] Si al partido que las manda le falta determinación [y no da] a las masas la consigna acertada, habrá desánimo, desaparecerá el impulso y la acción entera se desbaratará.[21]

Por primera vez preconizaba Rosa Luxemburgo un nuevo papel para los dirigentes del partido: no ya gobernantes, no el gobierno de un partido, sino el papel genuino de *líderes,* de dirigentes, la "guardia avanzada" del proletariado en el sentido que decía Lenin, pero sin el elemento jacobino de control. Una vez más era la política que Rosa seguiría precisamente al hallarse en una posición dirigente después de la revolución alemana.

Los medios con que proponía intensificar la acción de las masas eran, naturalmente, la huelga de masas. En su afán de evitar el que pareciera estar propagando una panacea anarquista —el coco del partido como de los sindicatos—, insistía en el elemento espontáneo y volvía así hasta cierto punto sobre su anterior insistencia en el papel de guía del movimiento para la dirección del partido.

Aun dentro del partido de la clase proletaria todo movimiento grande y decisivo debe arrancar, no de la iniciativa de un puñado de dirigentes sino de la determinación y convicción de la masa de los miem-

[20] Ibid., p. 26. La carta se refiere claramente a la oferta del artículo original y el recopilador la fechó erróneamente en el verano de 1910, cuando debe de ser aproximadamente del 10 de marzo de 1910.
[21] "Was weiter?", *Dortmunder Arbeiterzeitung,* 14 de marzo de 1910.

bros del partido. La decisión de ganar la victoria en nuestra actual campaña pro sufragio en Prusia... "a como dé lugar" —incluso mediante la huelga de masas— sólo pueden tomarla las más grandes secciones del partido.[22]

Dos factores determinaron, así, la actitud de Rosa Luxemburgo. Por una parte, la necesidad de impulsar a las autoridades del partido haciendo presión sobre ellas desde abajo, presión además justificada objetivamente por los acontecimientos. En su artículo, y en los meses siguientes, señaló una y otra vez que la presión extremista estaba en el fondo de la jerarquía del partido, en las masas; aplicación directa de las lecciones rusas de 1905-06, expuestas en *Huelga de masas, partido y sindicatos.* El otro factor, que a su vez conducía a dar mayor relieve a la base que a los dirigentes, era la necesidad de distinguir entre la concepción que ella tenía de la huelga de masas y la antigua idea anarquista de que era un ejercicio planeado por los *illuminati,* una panacea definitiva que se aplicaría al sonar la voz de "¡en marcha!" Nunca pudo hacer válida esta distinción a los ojos de sus contemporáneos, e incluso comentaristas posteriores han identificado con demasiada rapidez la noción luxemburguiana de huelga de masas con el anarcosindicalismo.[23]

Después de éste y otros artículos dedicados al mismo tema hubo un intervalo de dos meses en que Rosa recorrió el occidente de Alemania haciendo discursos políticos y "atizando el fuego". Mientras estaba lejos, Kautsky ejerció su opción de estar en desacuerdo con ella.[24] Analizaba la situación de un modo enteramente diferente del de Rosa. "La excitación de las masas no basta para una acción tan extremada [...] pero de todos modos era lo bastante fuerte para que el estímulo de la camarada Luxemburgo produjera intentos aislados, experimentos de huelga de masas que tenían que fracasar."[25]

No queriendo criticar una proposición táctica sin el beneficio de una teoría que cubriera los hechos —porque tal era su estilo— Kautsky se puso a idear una doctrina a propósito para la ocasión. Tomó por modelo al general romano Fabio Cunctator, el que derrotó a Aníbal, y con ese ejemplo creó una versión moderna de la estrategia de desgaste (*Ermattungsstrategie*). Que siguieran las manifestaciones callejeras, pero en el nivel

[22] Ibid., 15 de marzo de 1910. Para un análisis de esta "espontaneidad" y su importancia véase *supra,* pp. 211 y ss.

[23] Por ejemplo: "Animaba a su política una suerte de romanticismo sindicalista...", George Lichtheim, *Marxism. An Historical and Critical Study,* Londres, 1961, p. 319.

[24] "Was nun?" (¿Y ahora qué?), *NZ,* 1909-10, t. II, pp. 33-40, 68-80.

[25] Ibid., p. 336.

actual; de momento no había excusa para llevar artificialmente al movimiento a chocar de frente con la sociedad. En lugar de eso, que el partido pensara en las próximas elecciones para el *Reichstag*, donde podrían recogerse mejor los frutos del actual sentimiento radical —en la forma de una votación mucho mayor. Más bien temprano que tarde, el SPD lograría la mayoría absoluta que Kautsky postulaba como una de las condiciones para lo que él llamaba revolución. "De tal victoria resultará nada menos que una catástrofe para todo el sistema que nos gobierna."[26]

Rosa replicó en cuanto le fue posible después de su vuelta, con una magistral demarcación teórica entre ella y Kautsky.[27] ¿Qué había sido de aquel Kautsky, "teórico del radicalismo", que hacía poco escribiera que "desde que existe el Reich alemán nunca fueron tan grandes las contradicciones sociales, políticas e internacionales y es [...] muy posible que se creen condiciones en que la huelga de masas, con el apoyo de los sindicatos, pudiera derribar el régimen actual"? ¿Era simplemente el deseo de una victoria hueca, sobre insignificantes ilusiones anarquistas acerca de la huelga de masas, los "vacíos trompeteos de Domela Nieuwenhuis, que nadie tomaba en serio"? No era la agitación de ella ni la de nadie la que había provocado el llamado a la acción de las masas, sino la misma situación. Y ¿por qué se ponía Kautsky a especular con la historia de Roma en plena acción de las masas proletarias? La cautela era si acaso buena para la directiva oficial (y también su vicio dominante); pero no para un distinguido y respetado pensador marxista. "Para freno, camarada Kautsky, no *te* necesitamos." La polémica duró muchas semanas en las páginas de la *Neue Zeit*, haciéndose cada vez más personal.[28]

En el verano se introdujo en el debate un elemento nuevo. Los dirigentes del SPD en el sur, y principalmente Wilhelm Keil en Wurtemberg, aprovecharon el trastorno en el hasta entonces firme frente radical. Habiendo sido durante tantos años el chivo expiatorio del partido, ahora pasaban por fin a la ofensiva. Reforma o revolución, escribían burlona-

[26] Ibid., p. 77.

[27] "Ermattung oder Kampf?" (¿Desgaste o combate?), *NZ*, 1909-10, t. II, pp. 257, 291 (27 de mayo, 3 de junio de 1910).

[28] El resumen de la polémica de Kautsky estaba en *NZ*, 1909-10, t. II: "Was nun?", pp. 33-40, 68-80; "Eine neue Strategie", 332-41, 364-74, 412-21; "Zwischen Baden und Luxemburg", 652-67; "Schlusswort", 760-65. La polémica de Rosa contra Kautsky en *NZ*, t. II: "Ermattung oder Kampf?", pp. 257, 291; "Die Theorie und die Praxis", pp. 564, 626; "Zur Richtigstellung", p. 756. La polémica de Mehring en *NZ*, t. II: "Der Kampf gegen die Monarchie", p. 609, 29 de julio de 1910 (aunque no se mencionaba a Rosa por su nombre) y la respuesta de Rosa, "Der Kampf gegen Reliquien", *LV*, t. XIV, n. 3, p. 1186.

mente; pero no vacilen, escojan.[29] Ellos, naturalmente, optaban con maligno placer por la reforma. El comité ejecutivo del SPD en Baden, ya notorio en el partido por el apoyo anual que recibía del presupuesto del gobierno provincial, publicó una declaración para decir que seguiría con su política, sucediere lo que sucediere. Esto era llevar agua al molino de Kautsky. En lugar de discutir con Rosa Luxemburgo y debatirse con la delicada y peliaguda cuestión de la acción revolucionaria, podía volver al antiguo y eufórico estado de preocupación por los asuntos internos, para mantener la pureza estrictamente conceptual que él consideraba tan importante. En un "gobierno" socialdemócrata cuyo poder dependía de la maximalización de la exclusividad y del apartamiento de la sociedad, Kautsky era el funcionario de relaciones públicas del ministerio del Interior por excelencia. En julio insinuó a Rosa que su debate sin duda podía hacerse a un lado —y esperaba que para siempre— con el fin de "evitar lo que parece una *disputa en el campo marxista* ... [*en vista de* la declaración de Baden], el deber de todos los elementos revolucionarios y verdaderamente republicanos de espíritu de nuestro partido es estar unidos y olvidar nuestras diferencias para formar un frente común contra el oportunismo".[30]

Rosa Luxemburgo se negó. No le atraían los placeres melancólicos de sacudir deshilachadas y polvorientas alfombras meridionales habiendo a mano cuestiones mucho más interesantes. Su negativa a unirse a la caza de brujas del sur provocó otro chaparrón de acres comentarios. Kautsky bordó su desilusión en un artículo donosamente intitulado "Entre Baden y Luxemburgo", donde acusaba a Rosa de insistir en polémicas de importancia secundaria, cuando había una labor de vital importancia a realizar.[31] Fue la más importante de las formulaciones polémicas de Kautsky en aquel periodo, porque exponía la verdadera diferencia entre él y Rosa, lo cual los llevaría a ambos a la amargura y desprecio mutuo aun durante la guerra."Cuando vemos los ducados de Baden y Luxemburgo en el mapa hallamos entre ellos a Tréveris, la ciudad de Carlos Marx. Si de ella vamos a la frontera, nos hallamos con Luxemburgo. Si damos media vuelta a la derecha y cruzamos el Rin, estamos en Baden. La situación que advertimos en el mapa simboliza la de la socialdemocracia alemana."[32] Daba a entender Kautsky que su propia posición central se identificaba con la de Carlos Marx. Ni por un momento abandonó la idea de que sus opiniones eran la única expresión ortodoxa del marxismo. Esta ubicación central del marxismo más que nada fue

[29] Wilhelm Keil en *SM*, t. XIV, n. 3, p. 1186.
[30] *NZ*, 1909-10, t. II, p. 564.
[31] Ibid., pp. 652-67.
[32] Ibid., p. 667.

lo que al final le conquistó el odio vivo y duradero de los bolcheviques, que hacía tiempo habían llevado a Marx hacia la izquierda.

Pero Rosa no era de quienes ceden terreno al adversario. Estaba perfectamente dispuesta a poner la situación del sur de Alemania dentro de la esfera de sus argumentos. Pero, a diferencia de Kautsky, ella no creía que Prusia y Baden fueran dos problemas diferentes y que sólo había que decidir la prioridad entre ellos. Para Rosa, toda la cuestión de Baden era no sólo un síntoma crónico, resistente a la medicación, de la antigua enfermedad revisionista, sino que estaba directamente vinculada con la cuestión, más interesante, de táctica estática o táctica de avance para el partido. No tenía caso conformarse con condenar o llorar los quebrantamientos de la disciplina del SPD cuando había en juego algo mucho más importante. Porque la situación del sur, lejos de ser un mal aislado, tenía una conexión causal con el estado del partido en su conjunto.

> ¿Cuándo se preocupa el partido por lo que ocurre en el sur? Cuando se produce un escándalo mayúsculo en materia de presupuesto; pero el partido entero *nunca* se cuida de las actividades diarias de la directiva del partido, de las camarillas que se forman en el parlamento provincial, de la prensa en el sur [...] Doce años lleva ya el partido a la defensiva contra las tendencias revisionistas todas y apenas hace de vigilante nocturno, que sólo asoma y da la alarma cuando en la calle hay algún alboroto. Las consecuencias enseñan que con esos medios no se suprimirá el mal [...] No con prohibiciones pro forma ni con disciplina, sino sólo con el máximo desarrollo de la acción de masas siempre que la situación lo permita y allí donde lo permita, una acción de masas en que participen las mayores masas proletarias [...] sólo de ese modo podremos librarnos de las persistentes neblinas del cretinismo parlamentario, de las alianzas con la clase media y [todo ese] localismo pequeñoburgués.[33]

Las relaciones entre Rosa y Kautsky eran ahora tan malas que ya no escribía ella directamente en la *Neue Zeit,* sino que se servía de su joven amigo Hans Diefenbach como intermediario; el pobre pero leal muchacho escribió una serie de notas torpes y rígidas a Kautsky para averiguar si se publicarían o no nuevas réplicas de ella.[34] En cuanto a Rosa concernía, los grandes pilares de la ideología SPD quedaban en un mero montón de sofistería que estaba bonitamente encolado pero que ahora

[33] "Die badische Budgetabstimmung", *Bremer Bürgerzeitung,* agosto de 1910.
[34] Hans Diefenbach a Karl Kautsky, sin fecha (presumiblemente del otoño de 1910), IISH Archivos, D VII, 425.

se derrumbaba bajo la presión de la campaña pro sufragio. Todo el concepto de revolución y aun el mismo empleo de la palabra por Kautsky resultaba carente de sentido; había bastado el contacto con una situación verdaderamente revolucionaria para que se descompusiera en sílabas audaces sin significación real. Rosa nunca se repuso completamente de aquel fuerte trago. Porque detrás del fracaso particular asomaba otro de índole más general: si la dirección no se andaba con cuidado, ¿cuánto más del programa de desafío quedaría en meras palabras? El contraste entre dirigentes —individuos con evidentes fallas humanas— y las masas, felizmente anónimas y sólidas, se agudizaba así por la experiencia de la campaña pro sufragio y sus consecuencias. Cuanto mayor era la desilusión de ella con el "sistema" definible, más ponía de relieve el papel profiláctico de las masas conceptuales —hasta que en 1914 éstas también la abandonaron y hubo de recurrir a un concepto propio de las masas, casi tan arbitrario como el del proletariado de Lenin.

La ruptura con Kautsky significaba también que el principal apoyo que tenía en el partido se convertía en su enemigo. Bebel podía contar ahora con Kautsky para que lo ayudara a tener callada a la calamitosa mujer. "No debemos dejar que la querida Rosa estropee nuestros planes para Magdeburgo [...] Yo me ocupo en que esa disputa sea relegada [...] a la oscuridad."[35] Victor Adler exultaba. Tenía "instintos lo bastante bajos para gozar en cierto modo con lo que Karl padecía a manos de su amiga. Pero en realidad la cosa es grave, y esa venenosa bribona puede hacer todavía mucho daño, sobre todo porque es lista como un demonio [*blitzgescheit*], mientras por otra parte no tiene el menor sentido de responsabilidad y su único móvil es un deseo casi perverso de autojustificarse. Imagínate —escribía a Bebel— a Clara ya provista de un mandato y sentada junto a Rosa en el *Reichstag*. Esto sí que sería algo grande, y no las cosillas que pasan en Baden".[36] Mehring también apoyaba a Kautsky. No veía en lo que decía Rosa sino una confusión de tácticas; anclado en su conocimiento de los textos marxistas, convenía con Kautsky en que si se suscitaba el tema de la república se olvidarían los fines socialistas de la revolución.[37] Rosa no vaciló en polemizar asimismo con Mehring; la consecuencia fue que también con el viejo se

[35] August Bebel a Karl Kautsky, 6 de agosto de 1910, IISH Archivos, D III, 140.

[36] Victor Adler a August Bebel, 5 de agosto de 1910, en Victor Adler, *Briefwechsel*, p. 510. Pero Bebel no iba a humillarse ante ningún "te lo dijimos" desde Viena. "Todo ese *rosario* no es tan terrible [comparado con] el oportunismo desenfrenado de los alemanes del sur [...] y a pesar de los chorros de veneno de esa condenada, no quisiera tener al partido privado de ella", replicó agriamente Bebel a Adler; 16 de agosto de 1910, ibid., p. 512.

[37] *NZ*, 1909-10, t. II, p. 610.

peleó, y la ruptura duró hasta la grave enfermedad de éste dieciocho meses después.[38]

El apoyo que tuvo Rosa procedía de un grupo extraño y abigarrado, y no siempre plenamente de acuerdo con lo que ella proponía. Clara Zetkin fue cabalmente leal, como siempre. Konrad Haenisch pensó que aquello era un medio excelente de molestar a la burocracia local del Ruhr, que tanto odiaba. En Bremen, Pannekoek y Henke lanzaban alegremente la organización local tras todo cuanto fuera agitación extremista. Su amigo Marchlewski, que había vuelto a sus actividades en el partido alemán a su vuelta de Polonia, la apoyaba de todo corazón. Pero enfrente estaban ahora formados todos los radicales de 1909, toda la mesa de redacción de la *Neue Zeit*, incluso el amigo de Rosa, Emmanuel Wurm (que por ello fue degradado y quedó en *Würmchen* [gusanillo]), sus colegas de la escuela del partido y naturalmente el comité ejecutivo y casi toda la burocracia del partido. El papel de Rosa era el más solitario de todos en cualquier partido político que se respete: el del individuo. El hecho de que la libertad de expresión fuera un derecho fomentado y apreciado hacía aún más patente su aislamiento.

En el extranjero también la mayoría de los socialistas estaban con Kautsky; los austríacos, el PPS y los belgas le enviaron cartas de aliento. Incluso los bolcheviques, de todos los principales partidos de la Internacional los que era más probable apoyaran a Rosa, manifestaron una sorpresa reservada. Para Lenin, Karl Kautsky era todavía el hontanar de la ortodoxia marxista. León Trotsky, corredor autonombrado entre las facciones rusas y con sus propias fuentes de información en cada grupo, escribía a Kautsky a fines de agosto de 1910:

> Unas cuantas palabras acerca de su polémica con Rosa Luxemburgo. En esta cuestión, como en todo lo demás, los rusos son de opiniones diversas. Los mencheviques se declaran perfectamente de acuerdo con usted, pero tratan de interpretar su punto de vista como un "cambio" respecto de su anterior intransigencia táctica para con... el menchevismo. Según mi amigo Kámenev, que acaba de venir a verme de París, los bolcheviques, o más exactamente Lenin (es el único que habla por ellos), opinan que usted está muy acertado en su juicio en cuanto a la situación política actual, pero que la índole de la agitación que Lux [sic] está haciendo podría ser muy útil e importante para Alemania. Con el fin de poder aprobarlo a usted sin restricciones sugiere Lenin que plantee usted en el próximo congreso de su partido

[38] "Der Kampf gegen Reliquien", rechazado por *NZ* y publicado en *LV*, 9 de agosto de 1910. Véase también *infra*, pp. 373-74.

una moción en que pida fuerte agitación y señale el carácter inevitable de la lucha revolucionaria [futura]. En todo caso yo no he visto ni un solo camarada —aun entre los bolcheviques— que se declare abiertamente en favor de la Luxemburgo [*der sich mit Luxemburg solidarisch erklärt*]. Por lo que hace a mi humilde persona, creo que el factor táctico que gobierna en la Luxemburgo es su noble impaciencia. Es una cualidad muy hermosa, pero sería una tontería erigirla en principio rector del partido [alemán]. Ése es el método típicamente ruso...[89]

Trotsky tenía toda la razón. Era el método ruso, que sólo fue defendido abiertamente a partir de 1906.

Kautsky no desdeñaba aceptar las formulaciones de otras personas que le caían convenientemente en el regazo. Podía haber utilizado ésta para crear otra de aquellas atractivas antítesis cuando se puso a analizar, en 1912, lo que ya entonces se conocía por el "centro" marxista. La posición intermedia era la única correcta para el partido alemán. En cada ala veía un tipo de impaciencia, desastrosos uno y otro. A la izquierda estaba la impaciencia rebelde (apuntada por Trotsky, pero Kautsky nunca mencionó que debiera a nadie la frase). Esto significaba adelantarse al desarrollo natural de la revolución en todas partes y provocar con medios artificiales y prematuros la catástrofe que él predijera en *El camino del poder*. Es interesante que Trotsky fuera también el primero en identificar el origen "ruso" de la actitud luxemburguiana. Naturalmente, es anterior a aquella fecha: es de 1898. Todo el modo de argumentar de Rosa, su amor apasionado por la acción, siempre fue más ruso o polaco que alemán. Tal vez fuera éste el indicio que escogieron Kautsky y sus amigos al principio de la guerra cuando acusaron a Rosa de ser prorrusa.

Diametralmente opuesta en el ala derecha del partido estaba la "impaciencia de estadista" de los revisionistas, que también querían acción, pero de otro tipo: acción *en* la sociedad y no contra ella. Kautsky reconocía que la fuente de estos dos tipos de impaciencia era la misma aunque los objetos fueran diferentes. Nacían ambos de la incapacidad de hallar satisfacción dentro de un mundo socialista estático y aislado. Había un elemento fuerte, aunque inconsciente, de autodefensa en la actitud de Kautsky. Él era el rey intelectual de un mundo socialista que solamente se había hecho real por la organización del SPD, por el poder y la política del comité ejecutivo y de su burocracia local. Sin el aislamiento organizado, la importancia de Kautsky como teórico acabaría;

[89] León Trotsky a Karl Kautsky, 21 de julio de 1910, IISH, D XXII, 68.

ya no habría nadie a quien se aplicaran sus formulaciones. Y así sucedió. Kautsky se vio relegado al papel de figura del pasado sin saber realmente por qué. Y es una ironía que solamente el odio de Lenin y los bolcheviques por su ex-héroe Kautsky, del que se hace eco el partido comunista alemán, lo mantuvo en vida.

"Perfectamente, sola." Rosa Luxemburgo no tenía el nexo de amistades políticas que siempre tuvieron a Bernstein al alcance del oído del poder central aun después de haber condenado el partido sus ideas. Para la inmensa mayoría de los socialistas alemanes, era una mujer en extremo pendenciera, que no vacilaba en atacar a los que fueran sus amigos si osaban estar en desacuerdo con ella. Pero eso la estimulaba en lugar de desanimarla. Desde 1907 era mucho más autosuficiente. Si era necesario, podía renunciar de plano a sus amigos políticos. No habría más transigencia; pondría su norma mucho más alta; y sólo quienes dieran la medida podrían ser admitidos en el círculo de sus amigos íntimos.

Al mismo tiempo, estaba de vuelta en el *maelstrom* de la política tras de una ausencia de casi tres años. Sus intervenciones dramáticas en los primeros meses de 1910 determinaron un alud de invitaciones para hablar en mítines, que aceptaba o rechazaba según su humor y el tiempo de que disponía. No le gustaban las muchas interrupciones en sus cursos de la escuela, a la que había vuelto, naturalmente. Su salud también la molestaba con intermitencias. Mas para cualquier tema importante siempre estaba dispuesta a dedicar sus fines de semana a los mítines. Cualquier insinuación de que la socialdemocracia podía ser mal representada por oradores inapropiados la hacía intervenir rápidamente.[40]

El nivel de oratoria del SPD era bueno, pero aburrido. Los funcionarios locales del partido no podían obtener fácilmente la cooperación de visitantes interesantes de Berlín; y los miembros del comité ejecutivo solían estar ocupados, amén de ser muy pedestres en su oratoria. Rosa Luxemburgo tenía fama de atraer grandes multitudes y siempre creaba un ambiente de emoción y euforia que se estaba haciendo bastante raro en los mítines del partido. El resultado es que ella se beneficiaba de una curiosa simetría política: a medida que perdía su influencia con el ejecutivo y los dirigentes tenía mayor demanda en la periferia de la vida de partido. ¿Contribuía esta facilidad situacional al desarrollo de sus

[40] Por eso aceptó ella ansiosamente una invitación, por lo demás inconveniente, a una reunión fraternal en Leipzig con Guesde y Vaillant, representando a los socialistas franceses, durante la crisis de Marruecos en 1911. Acerca de una serie de tales reuniones en Berlín escribió indignada que "es un escándalo que todo lo que nos mandan de Francia sean representantes de los anarquistas y no verdaderos socialdemócratas".

opiniones "democráticas"? Pero el entusiasmo de los miembros y funcionarios locales era engañoso; Rosa con frecuencia tomaba la reacción de su público por un fervor radical genuino. Los sindicalistas que la criticaban tenían razón en acusarla de ignorar totalmente la organización y sus problemas peculiares; verdaderamente, desconocía el aburrimiento y la rutina de las vidas de gente como Dittmann en Solingen, Henke en Bremen o Haenisch en Dortmund, y el calor con que acogían las ramas locales a cualquier orador interesante o distinguido, sobre todo si se trataba de una mujer que era capaz de hablar de revolución de primera mano.

Casi todos sus mítines le parecían "grandiosos"; si tal era el talante entonces, era hora de compensar los años de calma. "Me he prometido agitar más en lo futuro que en los últimos siete años", escribía en el verano de 1910. Con estilo típicamente luxemburguiano estaba decidida a llevar la guerra sin rodeos al campo enemigo. En agosto de 1910 asistió al congreso del partido de Baden en Offenburg, donde se tomó la ofensiva decisión de apoyar el presupuesto oficial de aquel año. Cuando Adolf Geck —otro radical perdido en un desierto de revisionismo— le ofreció una serie de mítines, ella aceptó con entusiasmo. Habló en cuatro de ellos y sólo interrumpió su gira, de mala gana, para asistir al congreso de la Internacional en Copenhague. En cuanto terminó éste, intervino en otros seis mítines, hasta que hubo de huir a Berlín para reponerse de "un exceso de manos y rostros extraños".[41]

El ejecutivo del SPD veía estas actividades con bastante hostilidad, y no digamos los dirigentes de Baden, que consideraban a Rosa su enemigo particular. Bebel, cualquiera que fuera su opinión personal, era un político demasiado diestro para dejarse influir por consideraciones individuales. En 1910, si quería algo de ella todavía podía ponerse almibarado (*zuckersüss*); al menos en privado confesó que prefería aguantarla a ella que a cualquier revisionista. Pero un año después, se produjo otro incidente que puso fin prácticamente y de un modo definitivo a todo contacto personal entre Rosa y Bebel. "A partir de entonces, el camarada Bebel sólo pudo oír con su oído derecho", según el aforismo médico de Rosa.[42]

En el verano de 1911 estalló de súbito otra crisis internacional, la

[41] Su primer intento de hacer que Merker, el secretario del partido en Baden, organizara mítines había tropezado con los sombríos pronósticos por parte de aquél de que fracasarían. La invitación de Geck fue algo inesperado. Dejó en paz a Merker hasta 1913, en que volvió a la carga y él organizó realmente algunos mítines, que casi le cuestan su carrera en el partido.

[42] Según Friedrich Stampfer, "August Bebel" en *Die grossen Deutschen*, t. III, Berlín, 1956, p. 559.

más grave hasta la fecha. Bajo la dirección personal del emperador, el ministerio de Asuntos Extranjeros alemán ansiaba tensar sus músculos para intimidar a Francia. Lo que Palmerston pudo hacer con impunidad por Inglaterra mediado el siglo XIX, el gobierno alemán lo imitaba ahora: ¿acaso no tenía derecho Alemania a la paridad? El 1o. de julio de 1911 fue enviado el crucero *Panther* a Agadir, Marruecos, para "proteger" los intereses alemanes locales. Camille Huysmans, el secretario del Bureau de la Internacional Socialista, envió un memorial a todos los partidos miembros inquiriendo de su reacción a la inminente crisis; hubo diferencias considerables, pero todos manifestaron el deseo de tomarlo con calma. Algunos opinaban en favor de una conferencia general de delegados de la oficina de la Internacional, otros de una reunión de representantes de los países directamente implicados; los demás no propusieron nada.[43]

En Alemania llevaba la correspondencia Herman Molkenbuhr, funcionario importante del partido. Bebel estaba nuevamente en Zurich, ahora su segunda patria. En su respuesta a Huysmans, Molkenbuhr subrayaba los factores tendientes a la paz y señalaba que los intereses de clase mutuos hacían improbable una guerra entre dos potencias capitalistas. Estos argumentos disimulaban el hecho de que las preocupaciones del SPD estaban en otra parte: en las próximas elecciones para el *Reichstag*. El ejecutivo hacía tenaces esfuerzos por enmendar la derrota de 1907, para demostrar el teorema de Kautsky de que los votos eran más eficaces que las huelgas de masas. En tales circunstancias, la carta de Molkenbuhr era razonable, aunque le faltaba mayor elaboración

> Si hubiéramos de comprometernos prematuramente a tal grado y dejar que la cuestión de Marruecos tome la precedencia respecto de las cuestiones de política interna, de modo que puedan emplearse contra nosotros las armas electorales, las consecuencias serían imprevisibles [...] No debemos permitir que pasen a segundo plano los asuntos internos: política fiscal, privilegios agrarios, etc. Y eso es precisamente lo que ocurriría si predicáramos la cuestión marroquí en cada pueblecito. Lo único que lograríamos sería reforzar la tendencia contraria.[44]

Hacia fines de julio, Inglaterra intervino oficialmente en la crisis y esto provocó en Alemania una reacción patriotera, precisamente la que temía Molkenbuhr. Bebel escribió a Huysmans que si era necesario y las

[43] La correspondencia con los diversos partidos nacionales fue reproducida en forma de apéndice en el protocolo del congreso del SPD: *Protokoll... 1911*, pp. 464 y ss.

[44] Ibid., pp. 466-67.

cosas llegaban al extremo podía convocarse a una reunión del Bureau. Pero el comité ejecutivo reconoció después que, de ser posible, prefería evitar la convocación de una reunión especial del Bureau de la Internacional.

En el partido mismo se produjo alguna reacción espontánea a la crisis. Se convocó a mítines, sobre todo en Berlín, y hubo mucha asistencia.[45] La crisis avanzó hacia su clímax en la última semana de julio sin que hubiera ninguna manifestación resuelta de política por parte de la dirección del partido.

Súbitamente, se hizo una hórrida luz donde menos se esperaba: Rosa Luxemburgo, en su calidad de representante del SDKPiL en la oficina de la Internacional, había recibido la carta de Huysmans así como una copia de la respuesta de Molkenbuhr. El 24 de julio, en el punto culminante de la crisis, publicó la carta, junto con un punzante ataque a los argumentos de Molkenbuhr. Las opiniones y actitudes internas del comité ejecutivo del SPD eran ahora propiedad pública: precisamente lo que Rosa deseaba. Porque primordialmente lo que menos le interesaba era la crisis internacional.

> Es posible sostener diferentes puntos de vista acerca de la necesidad o no de una conferencia del Bureau de la Internacional Socialista a consecuencia del problema marroquí [...] pero la actitud del partido alemán ante los esfuerzos de los socialistas en otros países no ha sido muy alentadora. Por eso es tanto más interesante examinar las razones que han llevado a nuestro partido a seguir esta línea. Por imposible que parezca, éstas son una vez más... la consideración de las próximas elecciones al *Reichstag*.

Reconocía que era probable que los círculos gubernamentales y los partidos derechistas utilizaran el asunto de Marruecos para azuzar el sentimiento nacional. Por esa misma razón se hacía tanto más necesario responder con vasta agitación para "exponer a las masas el miserable trasfondo y los sucios intereses capitalistas implicados". El éxito o no en materia de votos era de importancia secundaria. "El verdadera objeto de las elecciones al *Reichstag* es permitirnos difundir la educación socialista, pero esto no puede hacerse si reducimos el círculo de nuestras críticas excluyendo los grandes problemas internacionales, [mientras deberíamos] propagar la condenación del capitalismo a todos los rincones del mundo [...]". La favorable condición en que estaba llegando el SPD a las elecciones para el *Reichstag* no era un accidente político sino

[45] *Vorwärts*, 4 de julio de 1911.

"el fruto de toda la evolución histórica dentro y fuera de Alemania, y la ventaja de *esta* situación sólo puede perderse si seguimos considerando la vida entera del partido y todas las tareas de la lucha de clases tan sólo desde el punto de vista de los votos."[46]

Todo ello parecía mucha presunción y aun descaro viniendo de una persona que sólo un año antes parecía haber quedado disminuida en importancia. Sin embargo, al día siguiente de enviar el artículo a la *Leipziger Volkszeitung*, escribía Rosa a una amistad que "no sabía si habría hecho bien" enviándolo. Aunque no dudaba de que su modo de ver era acertado, el aplomo de su estilo era más aparente que real. En realidad, ahora ya no tenía a quién pedir consejo.

A esta erupción siguió un mes después una crítica concreta del folleto agitacional sobre la crisis de Marruecos, publicado finalmente por el SPD, más para calmar las críticas que para protestar sustancialmente en público.[47] Esta vez no dudó Rosa, porque le parecía que el llamado oficial lo había escrito nada menos que Karl Kautsky. Una vez más tenía el partido el espectáculo de una polémica entre Kautsky y la Luxemburgo, ésta ahora con la divisa de la *Leipziger Volkszeitung* y Kautsky con la de *Vorwärts*, en calidad de representante oficial del partido, por primera vez desde 1905.[48]

A principios de agosto, Bebel volvió de Zurich hecho una furia. El comité ejecutivo sabía que esta vez no se podía desviar la discusión hacia generalizaciones confortantes acerca de la política futura. Era inevitable un fuerte encuentro personal, y el ejecutivo decidió convertir la defensa en ataque lanzando una campaña personal contra Rosa Luxemburgo inmediatamente antes del congreso, para que este aspecto predominara en el recuerdo de las personas. Se envió una circular a todos los delegados donde se repetía la posición del comité en el caso de Marruecos, con un respetable legajo de documentos anexos; se acusaba a Rosa de indiscreción, deslealtad y ruptura de la disciplina de partido. Bebel calculó fríamente las perspectivas del conflicto: "Es probable que hayamos de discutir con la Lux en Jena. Sin duda, estará usted contento", hacía notar a Victor Adler.[49] Y en el congreso actuó

[46] Todo en *LV*, 24 de julio de 1911.

[47] "Unser Marokko-Flugblatt", *LV*, 26 de agosto de 1911. La manifestación del comité ejecutivo está en *Vorwärts*, 9 de agosto de 1911.

[48] Rosa Luxemburgo, "Um Marokko", *LV*, 24 de julio de 1911; "Friedensdemonstrationen", *LV*, 31 de julio de 1911; "Die Marokkokrisis und der Parteivorstand", *LV*, 5 de agosto de 1911. "Unser Marokko-Flugblatt", *LV*, 26 de agosto de 1911; "Wieder Masse und Führer", *LV*, 29 de agosto de 1911; "Zur Erwiderung", *LV*, 30 de agosto de 1911. Karl Kautsky en *Vorwärts*, 4, 5, 29 y 30 de agosto de 1911.

[49] Victor Adler, *Briefwechsel*, p. 539.

soberbiamente, con un tono de confianza sencilla y llana, creando al conjuro de su voz una atmósfera impregnada de lealtades de antigua camaradería que iban mucho más allá de los descontentos actuales, y que Rosa y sus iguales eran, por alguna oculta razón, incapaces de compartir.

> Sí, ciertamente, camaradas, algunos de ustedes parecen descontentos con su gobierno y piensan que éste no ha hecho lo que debía y podía, y que era necesario echar leña al fuego para impulsarlo [...] no es sino señal de vitalidad el que el partido se agite y muestre sus insatisfacciones [...] Pero en general están ustedes satisfechos con nosotros; después de todo, siempre nos reeligen [...][50]

En cuanto a la Internacional, "si hay una nación —y digo esto sin ánimo de ofender a ninguna otra— que haya hecho siempre cuanto ha podido por la Internacional en todo momento y por encima de todo, es el partido alemán".

> [...] Es evidente que la camarada Luxemburgo cometió una grave indiscreción al publicar la carta del camarada Molkenbuhr en la *Leipziger Volkszeitung* [...] Si las negociaciones han de llegar a una conclusión satisfactoria, la discreción es materia de honor para todos los que intervienen. Además, la camarada Luxemburgo indujo gravemente a error a otros camaradas al publicar la carta de Molkenbuhr sin su primera frase y al afirmar que representaba la opinión del comité ejecutivo del partido.[51]

Siguiendo la mejor tradición británica, se sacrificaba la solidaridad del gabinete bajo la presión y se dejaba recaer el reproche por lo menos personalmente sobre los hombres de Molkenbuhr, pero eso no fue ni la cuarta parte de lo que le soltó Bebel en privado.[52]

La táctica era ahora aniquilar la personalidad política de Rosa Luxemburgo:

> Ahora ya saben qué pensar de los métodos de lucha de la camarada

50 *Protokoll... 1911*, p. 173.
51 Ibid., p. 216.
52 Cuando Adler escribió a Bebel que según él recordaba la carta de Molkenbuhr había sido muy sensata pero evidentemente no destinada a la publicación, Bebel replicó que "las cosas nunca hubieran ido tan lejos si Molkenbuhr no fuera un pobre diablo [...] Le hice ver las cosas con harta claridad, pero de qué sirve eso cuando uno está lejos y sólo se entera de lo que sucede demasiado tarde y es probable que los acontecimientos sean más veloces que nuestras respuestas e indicaciones". Adler a Bebel, 7 de agosto de 1911; Bebel a Adler, 9 de agosto de 1911, en Victor Adler, *Briefwechsel*, pp. 538-39.

Luxemburgo. Otro tanto hizo a Kautsky el año pasado. Yo se lo dije entonces a él, cuando se dejó arrastrar a un debate público: "hubieras hecho mejor en dejar la pluma mientras duró". La camarada Luxemburgo no vaciló en publicar cartas absolutamente privadas de Kautsky. A partir de aquel momento juré, no tanto dejar de escribir a la camarada Luxemburgo, que hubiera sido imposible, como no escribirle nunca nada de que después pudiera servirse [. . .]

Al final la atacó directamente, porque las reglas del debate en los congresos del SPD no eran muy estrictas en exigir que los oradores se dirigieran a la presidencia. "Ésa es la consecuencia de su comportamiento. Usted ha hecho que recordemos con la opinión que el Bureau de la Internacional Socialista tiene de usted. Como ya dije, fui yo quien les disuadí de su primera intención [de no enviarle ya correspondencia ninguna]."[53]

Rosa defendió animosamente su posición y contraatacó con vigor en la cuestión de principio. No era muy difícil contestar a las acusaciones de tergiversación. Citando las propias palabras de Bebel demostró que la versión de éste de que favorecía la reunión del Bureau no podía sostenerse. "Si mis ojos no me engañan [estas citas] demuestran una intención negativa, pero nunca me atrevo a no creer algo que afirma el comité ejecutivo del partido; como leal miembro del partido acepto el antiguo dicho de *credo quia absurdum*: lo creo precisamente por ser absurdo."[54]

En cuanto a la cuestión de la indiscreción, aunque menos importante, hubo de verse más detenidamente.

No solamente niego que haya indiscreción por parte de un miembro del partido en disputar en público acerca de las actividades del comité ejecutivo en interés de todo el partido, sino que voy más allá y declaro: el comité ejecutivo del partido ha sido culpable de negligencia en el cumplimiento de su deber, por no plantear el caso ante nosotros. Era su obligación publicar la correspondencia y someterla a las críticas del partido. De veras: no estamos tratando sencillamente de formalidades sino de una cuestión muy importante; la de si el comité ejecutivo ha sido o no culpable de negligencia, con o sin acciones de protesta contra el imperialismo [. . .] Si la idea de Molkenbuhr [acerca de lo que debía hacerse] no era la del comité ejecutivo —y acepto esto en vista de la declaración de este último— yo pregunto qué fue lo

[53] *Protokoll*. . . *1911*, pp. 216-18.
[54] Ibid., p. 204.

que les indujo a no hacer nada cuando había que hacer algo [...] Para terminar quiero decir que en todo este asunto de Marruecos el comité ejecutivo no es el fiscal sino el acusado, el que tiene que justificarse del pecado de omisión. (Muy bien.) Su triste situación no podía estar más clara que en las declaraciones del camarada Müller. En mi vida entera he visto jamás un cuadro de confusión tan patético. (Risas; Bebel: "Tómalo con calma".) Por eso no tomo a mal sus acusaciones, les perdono y les doy el paternal consejo... (Bebel: "maternal" —gran regocijo) de que en el futuro lo hagan mejor.[55]

Habiendo terminado con el aspecto personal, Rosa quiso hablar al día siguiente de la cuestión internacional en general. El comité ejecutivo había seguido la línea oficial del gobierno atribuyendo la gravedad de la crisis en su mayor parte a la intervención de Lloyd George en un choque de intereses puramente franco-alemán. "Pero eso no hace nada al caso. Por el contrario, yo mantengo —y creo que todos conmigo menos Molkenbuhr— que no fue este o aquel discurso de un ministro inglés sino el hecho de que los alemanes enviaran un crucero a Agadir, o sea la intervención de hecho del imperio alemán en la cuestión marroquí, lo que debería haber sido para nosotros el momento de desarrollar nuestra acción de protesta contra el peligro marroquí.[56] Por primera vez aparecía el germen de la idea de que el enemigo principal está dentro, opinión que se desarrolló durante la guerra y que inmortalizara Liebknecht con su famoso slogan.[57]

Pero hubiera sido demasiado esperar que la cuestión personal quedara resuelta al primer día. A medida que el congreso avanzaba, Rosa y Bebel se asían más y más de los cabellos. A lo que él mencionara acerca de su correspondencia futura replicó ella: "Esa precaución es del todo innecesaria. Usted, camarada Bebel, sabe tan bien como yo que las cartas que nos escribimos no suelen ser aptas para reproducirse en público. (Gran regocijo.)" Finalmente, Rosa sacó el arma que las circunstancias habían puesto en su mano el año anterior.

He tenido una última satisfacción. Durante su discurso, camarada Bebel, ¿notó acaso de donde procedía la gran ovación? (Risas.) Las manos que aplaudían eran todas bávaras y badenses. (Gran agitación. Voces —"¿Qué tiene eso de malo?" "¡Qué desfachatez! Increíble." "Eso es lo que llamamos unidad del partido.") [...] No le regateo

[55] Ibid.
[56] Ibid., p. 247.
[57] Véase *infra*, p. 466.

sus laureles del sur, se los ha ganado usted ampliamente. (Aplausos y silbidos.)

¡Y los silbidos eran raros en el fraternal SPD!

Pero ahora no estaba sola Rosa. El sentimiento moral era hondo en lo relativo al militarismo y la guerra. Aparte de los diversos amigos que se había hecho el año antes, muchos futuros centristas y amigos de la *Neue Zeit* y aun algunos del ala derecha, como Eisner y Frank, salieron a la palestra a defenderla. Ledebour, el quijote bizco a quien tan mal caían su persona y su política, por esta vez la defendió vigorosamente.

A nadie toca responder aquí sino al comité ejecutivo. Como profeticé, se le ha tendido una trampa a Rosa Luxemburgo por la publicación de su carta. Todo esto se hace tan sólo para disimular el meollo de la cuestión. La camarada Luxemburgo y yo hemos solido estar en conflicto; tal y como yo conozco a la camarada Luxemburgo —y como ella me conoce— estaremos todavía muchas veces en conflicto, en el curso de una larga y fructuosa carrera para el partido, según espero [...] Esas manifestaciones masivas contra la guerra y los traficantes de ella, no se debían a Müller y al comité ejecutivo [...] el crédito principal debe atribuirse a Rosa Luxemburgo, por sus críticas, y sólo a ella.[58]

La trifulca no se limitó al partido alemán. Presionado por el ejecutivo del SPD, el Bureau de la Internacional Socialista examinó las implicaciones de la acción de Rosa Luxemburgo. Huysmans había ido a Berlín el 30 de julio y allí había vuelto a recibir las opiniones de Bebel acerca de la improbabilidad de la guerra (según Bebel, "la única guerra por Marruecos estallará en casa"[59]) y del mal comportamiento de la camarada Luxemburgo. Persuadido de que iba en ello la autoridad del partido alemán, Camille Huysmans propuso con poca inteligencia que se impidiera a Rosa Luxemburgo todo acceso a la correspondencia privada, como no fuera la que concernía de modo directo al partido polaco. No comprendía que sus cogitaciones privadas también se convertirían en propiedad pública, porque Bebel no vaciló en servirse de tan útil munición. Con cierta untuosidad señaló que sólo a él se debía que tal prohibición no se aplicara —y así a su vez cometió él su propio abuso de confianza.

La sugerencia de que se aplicaran sanciones a Rosa Luxemburgo en

58 *Protokoll... 1911*, pp. 212-13.
59 Victor Adler, *Briefwechsel*, p. 539.

el Bureau de la Internacional no pasaba de ser una treta, y Rosa lo sabía; el Bureau no tenía facultades para ello. "Husymans es el secretario, empleado por el Bureau de la Internacional, que ejecuta nuestra labor y hasta ahora la ha realizado a las mil maravillas. No toca a él decidir quién debe obtener copias de información del Bureau de la Internacional, sino a éste mismo, del cual soy miembro; me gustaría ver qué Bureau es el que osa prohibirme su información."[60] En cuanto a la declaración de Huysmans de que Rosa había cometido una indiscreción, y no por primera vez, en la reunión del Bureau de la Internacional Socialista, celebrada en Zurich poco después del congreso, el 23 de septiembre de 1911 ésta quedó resuelta. Rosa le preguntó tajantemente si en verdad había dicho todo aquello a Bebel. Él lo reconoció molesto, pero dijo que las actas del congreso de Jena, al que asistiera, le habían convencido de que no se había expresado bien debido a su insuficiente conocimiento del alemán. Lo que él había querido decir a Bebel era que sin duda se habían cometido indiscreciones, pero no necesariamente por ella.[61] Esta inesperada intervención en las luchas intestinas del SPD era dolorosa y sorprendente. La *Leipziger Volkszeitung*, que había publicado los artículos de Rosa tenía también que defender su posición y publicó una cortante réplica al torpe intento de Huysmans por salir del paso.[62]

La última palabra oficial la dijo en un comunicado el Bureau de la Internacional Socialista. "Después de tratar la agenda se suscitaron algunas cuestiones de índole privada. En particular se decidió que todas las comunicaciones del secretario a los miembros del Bureau se considerarán confidenciales, salvo las que publique el propio secretario."[63] El honor quedaba a salvo para todos. La moción de censura a Rosa Luxemburgo en el Bureau había sido retirada oficialmente, al mismo tiempo que se concedía a la mayoría que Rosa había pecado por la forma y que en adelante no publicaría correspondencia privada relacionada con el BIS. Tanto Lenin como Plejánov fueron de los partidarios de mantener la disciplina.

El congreso de Jena fue una de aquellas raras ocasiones en que un suceso exterior al partido agitaba a grupos e individuos y los hacía salir de su alineamiento habitual. Las cuestiones eran profundas y emocionales: burocracia contra membrecía, poder ejecutivo contra democracia —y sobre todo ello la cuestión de la paz y la guerra. Muchos de los que apoyaban a Rosa no aceptaban sus actividades del año anterior, ni apoyarían su táctica de oposición en los años venideros. Al suscitar

60 *Protokoll... 1911*, p. 205.
61 *Vorwärts*, 27 de septiembre de 1911.
62 *LV*, 28 de septiembre de 1911.
63 *Bulletin périodique du BSI*, Bruselas, 1912, n. 8, pp. 129 y ss.

él mismo la cuestión, tal vez Bebel hiciera un buen servicio, ya que muchos de los resentimientos acumulados en un partido con grandes esperanzas pero escasas perspectivas inmediatas podían ser expuestas y cada quien dar salida a sus sentimientos. Una explosión ocasional era saludable siempre que pudiera contenerse; el SPD no estaba todavía listo para que lo tuvieran sujeto.

XI
EN LA OPOSICIÓN. 1911-1914

Entre las frases sonoras del congreso de Jena acerca de la próxima victoria de la socialdemocracia se escondían las proposiciones tácticas del comité ejecutivo para las elecciones al *Reichstag*. Las hacían con sordina, con cierta vacilación, viendo que requerían la cooperación electoral con otros partidos. El mismo Bebel había manifestado sus dudas acerca de si el partido las aceptaría, sobre todo dado que significaban bajar de momento un poco el tono en el aspecto clasista de la agitación, siempre popular localmente.[1] Pero el congreso había estado tan absorto en el espectáculo del ejecutivo metido en problemas por el asunto de Marruecos que las propuestas para las elecciones habían pasado virtualmente sin oposición. Las preocupaciones de Bebel habían resultado injustificadas, y esto era otro tanto en favor del comité ejecutivo.

El debate interno del partido siempre se posponía por la duración de la campaña. Radicales y revisionistas por igual iban y venían agitando y solicitando. Los temores manifestados por los amigos de Rosa, de que la acritud de las disputas recientes podría afectar a su disposición para hablar, fueron desdeñosamente rechazados.[2] Pues si bien la atmósfera de las reuniones actuales era nuevamente "grandiosa", esta vez todo el aparato electoral la dejaba fría. Ni siquiera se animó a declarar alguna satisfacción por la victoria del partido, aunque era sustancial. Los votos socialistas aumentaron de 3 250 000 a 4 250 000 respecto de 1907, y sus diputados de 43 a 110. Esto convirtió al SPD, con mucho, en el mayor partido político de Alemania. Recibió el doble de votos que el centro católico, su rival más cercano, que obtuvo 91 escaños. Todo el mundo estaba jubiloso: los revisionistas, el comité ejecutivo, Kautsky y sus amigos. Los pronósticos de *El camino del poder* y la política de desgaste pacífico estaban triunfalmente justificados. O al menos así parecía a fines de enero de 1912.

Pero las elecciones tuvieron una curiosa secuela. De acuerdo con la decisión tomada en el congreso del año antes, el SPD había en realidad formado una alianza electoral con el partido progresista para la segunda

[1] Philipp Scheidemann, *Memoiren eines Sozialdemokraten*. Dresde, 1928, t. I, p. 109.
[2] *Briefe an Freunde*, a Konrad Haenisch, fechada en diciembre de 1911, p. 28.

vuelta de las elecciones.[3] Como de costumbre en un sistema de distritos de un solo miembro, el primer escrutinio había castigado a los partidos pequeños. Los liberales nacionales ganaban sólo cuatro escaños, mientras los progresistas, que habían recibido un total de 1 500 000 votos, no tenían ninguno. El ejecutivo vio ahí una excelente ocasión de reforzar todavía más la coalición antirreaccionaria. La alianza entre SPD y progresistas en el segundo y último escrutinio aseguraría una fuerte alianza anti-azul-negro (conservadores-católicos) haciendo que saliera electo el candidato que más garantías de éxito tuviera, ya fuera liberal, progresista o socialista.[4]

Pero es el caso que los votantes progresistas no siguieron las instrucciones de sus dirigentes. Mientras los socialdemócratas y su disciplinada organización entregaban a los progresistas todos los distritos que habían prometido entregar, recibieron muy poca ayuda de sus aliados. "En realidad los progresistas debieron su continuidad como partido político a la política electoral de la socialdemocracia y a la disciplina de sus votantes."[5] Naturalmente, las recriminaciones empezaron al punto en el SPD, y Rosa Luxemburgo fue uno de los primeros críticos, y de los más claros.

Ya el año anterior había advertido cuán ilusorio era esperar que los dos partidos de la clase media fueran aliados sinceros contra la derecha. "Esos dos partidos atacan a la izquierda y adulan servilmente a la derecha, y los pocos dirigentes que consevan algo de su conciencia liberal hacen desesperados intentos [. . .] por sacar la carreta del liberalismo del pantano de la reacción."[6] Ahora, a fines de febrero de 1912, examinaba la política y sus resultados detenidamente. Antes de pasar a la cuestión de principio comparaba lo esperado con lo logrado, y era tan visible el fracaso que ella, que siempre había afectado despreciar la política "práctica", pudo escribir rotundamente: "Un arreglo práctico pide ante todo que se le juzgue según sus resultados prácticos."[7] No era necesario un análisis electoral muy complicado para demostrar que los socialistas habían dado lo prometido y recibido a cambio menos de la

[3] De acuerdo con el sistema electoral alemán se daba una segunda vuelta en los distritos del *Reichstag* donde la primera votación no arrojaba una mayoría definida para el candidato de ningún partido. En la Alemania imperial los distritos eran representados por un solo miembro en el Parlamento, de forma semejante al sistema inglés y no a un sistema de listas de partido.

[4] *Protokoll . . . 1912*, pp. 27-28; véase también Paul Hirsch y Bruno Borchardt, *Die Sozialdemokratie und die Wahlen zum deutschen Reichstag*. Berlín, 1912, pp. 24-25.

[5] Schorske, *German Social Democracy*, p. 231.

[6] *LV*, 16 de junio de 1911.

[7] "Unsere Stichwahltaktik", *LV*, 29 de febrero de 1912.

cuarta parte de lo que tenían derecho a esperar. "Es difícil leer los detalles del convenio sin enrojecer de vergüenza y rabia ante la actitud de los progresistas [...]"

> Sólo queda una sencillísima conclusión: la antigua lección del materialismo histórico marxista, de que *los verdaderos intereses de clase son más fuertes* que ningún "arreglo".[8]

Era mucho mejor, declaró, obrar *contra* los progresistas, y tal vez también contra los liberales, que *con* ellos, valía más combatirlos que conciliárselos, defender los intereses propios de la clase, única y exclusivamente, que comprometerlos en aras de beneficios inexistentes. "Un poco menos de esfuerzo en los cambios de escena parlamentarios, menos fe ingenua en una 'nueva era' a cada ocasión que la política parece oscilar hacia la derecha o la izquierda; en lugar de eso, más firmeza y visión a largo plazo en nuestra política, más cálculo de la distancia para los grandes y decisivos factores de la lucha de clases: esto es lo que necesitamos en los grandes tiempos que vivimos."[9]

Y a su debido tiempo las alianzas políticas del *Reichstag*, en que había puesto tantas esperanzas el comité ejecutivo del SPD, resultaron tan efímeras como la electoral. Un intento de dar significado institucional a la primacía del SPD en la legislatura haciendo a Scheidemann vicepresidente del *Reichstag* se deshizo a las pocas semanas por la defección de los liberales nacionales. El comité ejecutivo del partido hizo ciertamente cuanto pudo por apaciguar a sus asociados potenciales. En cuestiones militares, tan caras a los liberales nacionales, el SPD introdujo resoluciones destinadas a mejorar la instrucción premilitar en las escuelas, e incidentalmente a procurar a las cooperativas del SPD una oportunidad de competir en las ofertas de suministros al ejército.[10]

En su batalla contra las combinaciones en el nuevo *Reichstag* recibió Rosa el inesperado apoyo de Franz Mehring, quien en un principio había aprobado la alianza electoral, pero que ahora se volvía impetuosamente contra ella.[11] Y como veremos, esta inesperada alianza entre Rosa Luxemburgo y Franz Mehring iba a formar el meollo de la nueva izquierda, llevando primero a la fundación de la *Sozialdemokratische Korrespondenz* y proporcionando después una base alrededor de la cual habría de sustentarse la *Spartakus*.

La historia interna del partido desde 1911 hasta 1914 es confusa y

[8] *LV*, 1o. de marzo de 1912; 2 de marzo de 1912.
[9] *LV*, 4 de marzo de 1912.
[10] *Protokoll... 1912*, pp. 141-42.
[11] *NZ*, 1912-13, t. I, p. 628.

contradictoria, y no tan esquemática como han querido hacérnosla ver algunos historiadores recientes. En primer lugar, los miembros que componían los diferentes grupos dentro del partido eran mucho más variable y erráticos de lo que podría suponerse. El realineamiento después del terremoto de 1914 sin duda tenía sus raíces en los acontecimientos de la preguerra, pero el impacto de la guerra fue tan grande que en muchos dio ocasión a un cambio completo de actitud. La honda división que la guerra hizo asomar a la superficie y al mismo tiempo contribuyó a oscurecer durante un pequeño lapso, no era la triple entre revisionistas, centro e izquierda sino la más profunda antítesis entre revolucionarios teóricos y prácticos.[12]

Dos acontecimientos piden mayor relieve en nuestra exposición. En la primavera de 1911, Paul Singer, copresidente del partido y amigo y partidario bastante firme del ala izquierda, murió súbitamente. La elección de un sustituto dio lugar a largas discusiones acerca de la composición y la política del comité ejecutivo. Al año siguiente, con el nuevo impulso del asunto de Marruecos, se hizo un intento de reorganizar dicho comité. Los que se le habían opuesto en 1911 esperaban ahora hacerlo más radical, más favorable a la política de ellos. Pero la cohesión de la izquierda resultó efímera y esta vez los atacantes fueron derrotados sin alharacas. El comité no fue aumentado como habían propuesto ellos y el número de funcionarios pagados siguió igual: en aquel tiempo se consideraba todavía una medida radical al aumento de burócratas de tiempo completo; por otra parte la comisión de control del partido, donde había una mayoría favorable (Clara Zetkin era uno de sus espíritus impulsores), vio sus funciones reducidas en castigo por no haber apoyado al ejecutivo en la cuestión marroquí. El único punto halagüeño era que el nuevo copresidente, Hugo Haase, era también del ala izquierda, pero como seguía con su práctica legal nunca pudo dedicar tanto tiempo a la labor ejecutiva como los funcionarios de tiempo completo, como Ebert y Scheidemann.

De cualquier modo, todos estaban satisfechos con la elección de Hugo Haase. Para Kautsky, encumbrado en su globo de optimismo, había así quedado suprimido uno de los últimos obstáculos a la cordial colaboración con el ejecutivo.

En los últimos años éste [el ejecutivo] se había convertido en el

[12] Para un estudio cuidadosamente documentado de los asuntos internos del partido en estos años véase Schorske, pp. 197-285. Debo hacer hincapié en que su tratamiento es demasiado sistemático y que indica dentro del partido cohesiones grupales que por lo general contradice la evidencia de cartas privadas y documentos. El autor confía excesivamente en los escritos publicados y los discursos.

hazmerreír del mundo entero. Pero no todo el mundo puede deleitarse públicamente con su decrepitud como Rosa. Pocas personas habrá que no se sientan alentadas por su elección [...] El único remedio es no meterlo en algo con que no pueda, sino hacer que las personas que están en él hagan un cuerpo competente de uno incompetente.[13]

Mientras Kautsky se reconciliaba así con el ejecutivo después de 1912, Rosa Luxemburgo se sentía totalmente desilusionada por las elecciones. En su correspondencia privada calificaba las actividades resultantes de "escandalosas", "desesperantes" e "increíbles"; para ella todo aquello no conducía a nada. Incluso durante la campaña del *Reichstag* no pudo resistir a una oportunidad ocasional de apuntarse un tanto a expensas del comité ejecutivo en los mítines electorales. El comité, naturalmente, se desquitó. A partir de 1912 los extremistas fueron quedando cada vez más apartados de la vida del partido y reducidos a protestar; el ejecutivo tenía la máquina y el poder. En este método de neutralización de sus oponentes reflejaba el SPD la política y los cambios de humor de la sociedad, su huésped involuntario; en los dos últimos años anteriores a la guerra la socialdemocracia organizada se convirtió casi en la imagen de la Alemania imperial.[14] El talante del país afectaba al partido. La oleada de *Reichsverdrossenheit* (desilusión con el imperio) que el canciller de entonces habría de recordar en años posteriores, tenía su pareja en la *Parteiverdrossenheit*.[15]

El otro aspecto de la evolución del partido que debe ponerse de relieve era la creciente importancia y autoafirmación del grupo parlamentario del SPD. Es un aspecto que muchos historiadores han descuidado por completo. Sin embargo, la cristalización del grupo parlamentario de diputados como factor del partido era bastante natural. La representación del SPD en el *Reichstag* pasó a más del doble en 1912. Los nuevos legisladores, en lugar de ser un puesto avanzado pequeño y solitario de la socialdemocracia dentro del fuerte ajeno que era la sociedad, se habían convertido en el grupo mayor dentro de ésta. Sin que ellos lo comprendieran, los socavaba la lealtad institucional, la atmósfera y la tradición que esos organismos fomentan, en particular cuando la entrada al *club* sólo puede conseguirse mediante los esfuerzos y los riesgos de la elección pública. *Homme élu, home foutu.* Todos los miembros importantes del ejecutivo habían sido tradicionalmente

[13] Karl Kautsky a Hugo Haase, IISH, s.f., C436.

[14] Para un análisis comparativo de esta similitud véase Gerhard Ritter, *Die Arbeiterbewegung im wilhelminischen Reich*. Berlín, 1959, pp. 52 y ss.

[15] Theobald von Bethmann-Hollweg, *Betrachtungen zum Weltkrieg*. Berlín, 1919, t. I, p. 95.

miembros del *Reichstag*, aunque en los estatutos del partido no se dispusiera nada al respecto. Es interesante especular acerca de lo que hubiera sucedido si los miembros del ejecutivo automáticamente hubieran sido excluidos del *Reichstag* o si, como en el RSDRP, la naturaleza ilegal del partido hubiera obligado a los dirigentes a residir en el extranjero. En los partidos comunistas occidentales se tuvo en cuenta el peligro después de la guerra y se hicieron complicados arreglos para subordinar a los delegados parlamentarios a la dirección que el partido tenía en el extranjero.

En todo caso, la concentración del esfuerzo político del partido en las elecciones produjo inevitable mejoría en la condición de los candidatos victoriosos. Ser diputado era algo importante, a ojos ajenos como a los propios. La misma Rosa Luxemburgo tenía pruebas de ello entre quienes la rodeaban de más cerca. "Es cosa de risa cómo se les sube a la cabeza a todas esas buenas gentes el serlo [miembro del *Reichstag*.][16] El desprecio del ala izquierda por la actividad parlamentaria, llena de orgullo, no pudo sino reforzarse después de 1912. Nadie comprendía todavía que el poder estaba pasando del comité ejecutivo a la facción parlamentaria (mejor dicho, que el ejecutivo estaba haciendo sentir su poder por medio de la facción parlamentaria, y no por los canales normales del partido); esto sólo se advirtió después de 1914, cuando la delegación parlamentaria tomó francamente el poder en el partido. Pero el universal orgullo por la representación del partido, grandemente aumentada, corría parejas con el creciente desdén de los radicales por toda la mística parlamentaria.

Rosa Luxemburgo empezó a buscar una alternativa concreta a las elecciones y el parlamento. Ya no bastaba la crítica de los errores oficiales. A partir de 1906, la confianza en una vuelta a la táctica adecuada —"el buen tiempo pasado"— se estaba haciendo anticuada y artificial. Ni siquiera el énfasis en una táctica de cara hacia adelante basada en las masas, que era la esencia de la doctrina de huelga de masas, parecía ya suficiente; la huelga de masas era todavía un fenómeno aislado, que sólo podía tener sentido durante un periodo revolucionario. Para 1912 reconocía Rosa que era necesario un cambio mucho más radical en el pensamiento socialista de Alemania. "La eterna postura contra

[16] Eberhard Pikart señala algunos puntos interesantes en "Die Rolle der Parteien im deutschen Konstitutionellen System vor 1914", en *Zeitschrift für Politik*, t. IX (1962), n. 1 (marzo), pp. 12-32. Entre otras cosas hace ver Pikart que el papel de los partidos era más importante de lo que suele suponerse en la vida constitucional de la Alemania imperial y que entre los diputados había la sensación real de hallarse cerca del centro del poder. Claro está que esto debió atraer particularmente a los miembros del SPD.

el oportunismo basada sólo en frases acerca de nuestras 'antiguas y probadas tácticas' está caduca [...] por el contrario, necesitamos darnos un gran impulso hacia delante [...] Estoy pensando mucho en todo este problema y en la formulación de una táctica completamente nueva."

Con todos los oídos oficiales ya firmemente tapados, la creación de cualquier táctica nueva tenía que limitarse a las discusiones personales y a su exposición más detallada en la prensa... Pero con circunspección. No se trataba de organizar una oposición interna. Ledebour y algunos de los que se habían unido contra el comité ejecutivo en 1911 habían hecho un intento en ese sentido; la mayoría del partido les puso el desdeñoso marbete de *Sonderbund* [alianza especial] y desencadenó una tormenta para reconvenir a los "escisionistas".[17] Pero había señales de una cooperación más sutil, no oficial, entre individuos de igual tendencia y organizaciones locales. Eran medidas necesarias de autodefensa. Como a otros radicales extremos, a Rosa le costaba ahora más que antes obtener mandatos para los congresos del partido. De los cinco últimos congresos celebrados antes de la guerra, sólo asistió a tres. Con todo esto resultaba aún más necesario cuidar los distritos que la apoyaban y en particular a sus dirigentes locales. En julio de 1911 escribía a Dittmann: "Aunque ya tengo un mandato de Hagen, no quisiera renunciar al de Remscheid. No quiero perder contacto con los electores y de cualquier modo me repugna la idea de aparecer en cada congreso del partido con un mandato diferente."[18]

La autoayuda de los radicales era especialmente eficaz en el campo personal. Rosa aprovechó su amistad con Clara Zetkin y Luise Kautsky para fomentar amistades convenientes y a ex-estudiantes de la escuela del partido. Influyó para que dieran a Wilhelm Pieck, que deseaba dejar su puesto de secretario del partido en Bremen, el empleo de ayudante del jefe de despacho de la comisión cultural del partido.[19] Recomendó a Thalheimer primero con Haenisch en Dortmund y después con Lensch en Leipzig.[20] Hizo cuanto pudo por conseguir para Konstantin Zetkin un puesto en la escuela del partido en Berlín o algún empleo en que su

[17] *Sonderbund* era el nombre que en 1847 se daba a un grupo de cantones suizos que se oponían a la unión federal. El SPD sentía una curiosa devoción por la historia, sobre todo tratándose de terminología y epítetos.

[18] Rosa Luxemburgo a Wilhelm Dittmann, 28 de julio de 1911, papeles de Dittmann, Archivos del SPD, Bonn. Remscheid era la capital de la jurisdicción de Dittmann en la cuenca del Ruhr. El mandato de Hagen era probablemente consecuencia de algunos discursos que ella pronunció allí en el otoño de 1910 acerca de la cuestión de la huelga de masas.

[19] *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* 9 de enero de 1913, p. 166.

[20] *Briefe an Freunde*, a Konrad Haenisch, 24 de marzo de 1910, p. 25.

probidad radical y su capacidad —vistas con los ojos del afecto— pudieran ser útiles al partido; más utilidad que como factotum en el *Gleichheit* [Igualdad] de su madre. Fue esa misma organización radical de autoayuda la que ocasionó el paso temporal y desastroso de Rádek primero de Berlín a Bremen y después a Göppingen en Württemberg, para ayudar a la *Freie Volkszeitung* local mientras su director estaba de vacaciones.

No debemos exagerar la importancia de tales actividades. Ni siquiera los historiadores comunistas posteriores, empeñados en hallar las huellas de una organización del ala izquierda antes de la guerra, consiguieron probar la existencia de un grupo extremista organizado. Por temperamento como por necesidad, Rosa obraba individualmente y por su propia cuenta. Las decepciones anteriores con amigos políticos la hacían muy circunspecta cuando se trataba de entrar en alguna alianza. En 1911 formó una sociedad de trabajo con Lensch, el director de la *Leipziger Volkszeitung,* quien parece haberla admirado mucho y que la visitaba para estudiar los asuntos del partido siempre que iba a Berlín. Quedaba Rosa contratada para escribir artículos regulares, encargo que aceptó sólo después de cierta vacilación, y en gran parte por la necesidad de dinero. Pero incluso esa colaboración con Lensch fue a veces tormentosa. Y cuando él salió de vacaciones en 1912, su suplente Hans Block, a quien Rosa llamaba "ese animal" (*das Vieh*), resultó mucho menos dispuesto a cooperar.[21] Amenazó ella con dejar el trabajo de la *Leipziger Volkszeitung* para siempre, pero retiró su renuncia cuando Lensch volvió y se excusó profusamente. Pero él siguió tratando de suprimir en los artículos de Rosa los trozos más polémicos. Esta colaboración con la *Leipziger Volkszeitung* prosiguió hasta que Block sucedió definitivamente a Lensch en 1913 y el consejo editorial entró en irremediable conflicto con Rosa.

Para muchos de sus partidarios políticos, era bastante incomprensible que Rosa fuera tan poco comunicativa y tan amiga de la soledad. En septiembre de 1911 se quejaba Konrad Haenisch de que "nadie ha visto a Rosa; si bien envió una carta muy amable y benévola a Mehring, con quien había roto por completo [...] lo cual confirma nuevamente [...] que al fin y al cabo no es mala persona."[22] Pero solamente unos cuantos días después él también se rendía. "Rosa se ha vuelto completamente irresponsable", escribía entristecido a su corresponsal.[23]

[21] Block había ocupado el puesto de Rosa en *Vorwärts* en diciembre de 1905 cuando ella fue a Varsovia; entonces ella estimaba en mucho su "perspectiva fresca y revolucionaria" (véase *supra*, pp. 264-65.

[22] "Aus den Briefen Konrad Haenisches", en Carl Grünberg, *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung,* t. XIV, 1929, p. 470.

[23] Loc. cit., 18 de septiembre de 1911.

Tal vez no fuera Konrad Haenisch un juez muy agudo de personas ni situaciones. Le había agitado y afligido mucho un incidente que era de varios modos típico de Rosa. Quiso publicar una defensa de ella en el congreso de Jena, arguyendo que en vista de los leales y abnegados servicios que siempre prestara al partido se le excusara cualquier falta que hubiera cometido en el presente.[24] Había además insinuado —fatalmente— que ella tenía derecho a especial consideración por ser mujer. Rosa descargó súbitamente toda la furia de que era capaz sobre su cabeza. Primero envió un telegrama a Henke, director del periódico de Bremen: "Suprima cretino [*lümmelhaft*] artículo Haenisch." y cuando el pelirrojo caballero andante le escribió perplejo para averiguar cuál era la causa de semejante explosión, recibió la siguiente respuesta:

> Claro está que me puse furiosa con usted, sencillamente porque se empeñaba en *defenderme* mientras con su absurda estrategia lo que en realidad hacía era atacarme por la espalda. Quería usted defender mi *moralidad* y en cambio cedía mi posición *política*. No es posible actuar más equivocadamente. Mi moralidad no necesita defensa. Habrá usted observado que desde 1898 [...] continua y bajamente me han estado atacando, sobre todo en el sur, y *nunca* he contestado una línea ni una palabra. El callado desprecio es lo mejor que tengo para esas cosas. [¿Por qué?] Porque —aparte de orgullo personal— tengo la sencilla creencia política de que esas denigraciones personales son simplemente maniobras destinadas a evitar la cuestión política. Antes de Jena era evidente que el comité ejecutivo del partido, que estaba con un grave problema, no tenía otra solución que llevar la disputa al campo de la moralidad personal. Era igualmente evidente que todos quienes consideraban importante la cuestión debían haberse opuesto a esta maniobra y no permitir que la polémica se hiciera personal. Pero usted hizo todo lo contrario, ya que concentró su atención en mi persona y sustancialmente abandonó mi posición [...] es posible que usted no comprenda la impresión que ha causado su artículo: un noble y cauteloso alegato en busca de circunstancias atenuantes para alguien condenado a muerte. Es suficiente para hacer estallar a cualquiera que esté en una posición táctica tan importante y favorable como la que yo tenía en Jena [...] Eso en cuanto al asunto de que se trataba. Pero mi "enojo" ha desaparecido ya y en verdad tengo otras cosas en la cabeza sin necesidad de preocuparme de semejantes tonterías. Por eso pongamos aquí punto final.[25]

[24] *Bremer Bürgerzeitung*, 7 de septiembre de 1911.

[25] *Briefe an Freunde*, diciembre de 1911. A pesar de estas explicaciones, Konrad Haenisch no pudo comprender su punto de vista, e hizo comentarios de pre-

Henke también tuvo ocasión de probar la susceptibilidad de Rosa. A fines de 1912 le pidió que volviera a escribir para la *Bremer Bürgerzeitung* después de un silencio de dos años, pero descubrió que Rosa no quería tener ninguna relación con él por haber defendido a Rádek.[26] Rosa cumplía con creces su decisión de jamás volver a transigir con nadie.

Pero esa intransigencia tenía sus compensaciones. En forma totalmente inesperada, su ataque a la política del partido en las elecciones, recientemente celebradas, de 1912 le atrajó a un aliado inesperado: Franz Mehring. Sus relaciones habían atravesado por un periodo de celos e indiferencia en los últimos cinco años, y no habían mejorado con el apoyo de Mehring a Kautsky en 1910. Después, a fines de 1911, el mismo Mehring tuvo problemas con el comité ejecutivo. Había él atacado la política electoral del partido ya antes de las elecciones, y después de la victoria recibió una repulsa oficial, que fue un secreto a voces en el partido.[27] En abril, después de algunas maniobras, Kautsky logró hacerle perder su puesto de escritor principal de la *Neue Zeit*. En adelante no saldrían ya sus artículos de fondo con la conocida flecha diagonal; Mehring tendría que limitarse a reseñas y otros trabajos de menos sensibilidad política en el suplemento de la *Neue Zeit*.[28]

En cuando supo Rosa que Mehring había decidido renunciar a toda colaboración con la *Neue Zeit* le apremió:

> Cualquier persona decente del partido que no sea simplemente esclava del comité ejecutivo estará con usted. Pero ¿qué ha podido inducirle a dejar una posición de tan grande importancia? Le ruego tenga presente la situación general del partido. Seguramente usted también siente que nos estamos acercando cada vez más a tiempos en que las masas del partido necesitarán una dirección enérgica, inquebrantable y generosa y que nuestros actuales poderes —ejecutivo, órgano central, grupo parlamentario, y el "periódico científico" sin *usted*— serán cada

tendiente rechazado: "He quedado mal por ella con todos los radicales de aquí (sobre todo con los de *Vorwärts*), he tenido tremendas discusiones con Mehring, estoy muy mal con Kautsky y Eckstein, y todo por serle siempre fiel; y ahora resulta que también ella me propina un puntapié." (Grünberg, op. cit., p. 481.)

[26] Rosa Luxemburgo a Alfred Henke, 15 de noviembre de 1912, papeles de Henke, Archivos del SPD.

[27] Escribía Rosa: "Mehring ha recibido un regaño [*einen Rüffel erhalten*] por su artículo de la *Neue Zeit* donde criticaba a nuestros cretinos parlamentarios. ¡Así es nuestro nuevo ejecutivo radical! Lástima que el hecho no sea más conocido. Las gentes del país necesitan saber lo que pasa entre bastidores." (9 de diciembre de 1911.) Papeles de Dittmann, Archivos del SPD. Véase también Schleifstein, *Mehring*, p. 57.

[28] Véase Schleifstein, *Mehring*, pp. 57-60.

vez más miserables, pobres de espíritu y cobardes. Está claro que habremos de hacer frente a este atrayente futuro, y que debemos ocupar y conservar aquellas posiciones que hacen posible ejercer el derecho de crítica a pesar de la "dirección" oficial. Usted sabe mejor que yo cuán escasas son esas posiciones y cuán pocas personas comprenden la situación. El hecho de que las masas estén de todos modos con nosotros y quieran otros dirigentes se vio en la última asamblea general en Berlín, en la actitud de casi todas las asociaciones que el partido tiene en el país. Esto nos obliga a aferrarnos y a no hacer a los amos oficiales del partido el favor de marcharnos. Hemos de aceptar las luchas y fricciones continuas, sobre todo cuando alguien ataca al santo de los santos, el cretinismo parlamentario, tan vigorosamente como usted lo ha hecho. Pero a pesar de todo, la consigna adecuada parece ser no ceder un paso. No hay que entregar por completo la *Neue Zeit* a la senilidad y el funcionarismo. Ríase de esos pobres insultos y siga colaborando en el periódico para que todos nos alegremos con lo que usted escriba.[29]

Él no hizo caso del consejo. "Sólo queda desear que no siempre tome las cosas tan personalmente...", suspiró ella a sus amigos. Eran personas muy diferentes: sensibles las dos pero personalmente la una y políticamente la otra. Rosa se había endurecido mucho al respecto. Doce años antes, en Dresde y Leipzig, había dimitido por una cuestión muy semejante, y todavía podía sentirse tentada a amenazar con la renuncia por algunos de sus actuales desacuerdos con Lensch. Pero estaba desarrollando ahora rápidamente la tesis del combate continuo, sin retirada y cualesquiera que fueran el costo y la humillación personal. Esto conduciría directamente al principio de tiempos de guerra de "seguir con las masas cueste lo que cueste" y explica una vez más por qué no cabía imaginar una ruptura total de la organización.[30]

A consecuencia de este acercamiento con Mehring, Rosa Luxemburgo tuvo algunos problemas con Henke en Bremen —el caso de Rádek estaba todavía en el horizonte— y con Lensch en Leipzig para asegurarse la colaboración de Mehring en sus periódicos. A Lensch le indicó que pidiera a Mehring que escribiera con regularidad, si era necesario al-

[29] Rosa Luxemburgo a Franz Mehring, 19 de marzo de 1912, IML(M).

[30] Es interesante observar que los historiadores comunistas no han tomado nota de lo que entrañaba esta actitud. Schleifstein pone su parte de crítica en la actitud personal de Mehring y su retirada. Al mismo tiempo, la historiografía oficial de Alemania oriental continuamente lamenta la poca disposición de la izquierda alemana a organizarse fuera del SPD antes y después de la guerra. La idea leninista de organización distinta se basaba, y así tenía que ser, en apartamiento de la matriz desde el principio.

ternando con ella. Para junio de 1912 se habían exorcizado las últimas huellas de la presencia de Mehring de la *Neue Zeit*. Pero la colaboración de Leipzig duró apenas un año. En el verano de 1913, Lensch dejó la *Leipziger Volkszeitung* y lo reemplazó Block. Inmediatamente empezaron a tener dificultades Mehring y Rosa para que se publicara su labor tan libremente como hasta entonces. Cierto número de artículos les fue rechazado rotundamente y a otros los privaron de sus más agudos aguijones, práctica que siempre tuvo la virtud de enfurecer a Rosa.[31]

El impulso final para la creación del primer periódico independiente del ala izquierda, la *Sozialdemokratische Korrespondenz*, fue, como con tanta frecuencia sucediera en la historia de la afirmación radical en el SPD, tanto una reacción personal como política. Hans Block, entonces director de la *Leipziger Volkszeitung*, estaba de vacaciones. Marchlewski, que vivía en Alemania al borde de la ilegalidad y por ello no podía arriesgarse a una controversia pública, se encargó temporalmente del periódico a principios de septiembre de 1913. Era un curioso arreglo, porque Marchlewski era un radical insobornable del ala izquierda, pero logró conservar la confianza de los dirigentes del SPD y en parte tomó el papel de Rosa como consejero en asuntos polacos. Kautsky en particular tenía una debilidad por aquella barbada y doctoral figura, que consideraba "por encima de las facciones", aunque no está del todo claro por qué.[32]

Para sorpresa de Marchlewski, sus colegas de la *Leipzinger Volkszeitung* se negaron súbitamente a imprimir más artículos de Rosa Luxemburgo, aunque se le habían encargado con anterioridad, y el propio Marchlewski los había aceptado ya. La comisión de prensa de la *Leipziger Volkszeitung* trató de resolver el conflicto mediante una componenda, pero su proposición resultó inaceptable para todos. Una vez más estaba Mehring en favor de una retirada digna y dolida.

[31] Los artículos de Rosa sobre las perspectivas del congreso de 1913 en Jena sólo aparecieron el 11 y el 18 de septiembre ("Die Massenstreikdebatte", "Die Massenstreikresolution des Parteivorstandes", *LV*, 11, 18 de septiembre de 1913). Su comentario acerca del congreso, escrito inmediatamente después, jamás se publicó sino hasta 1927 (*Die Internationale*, 1o. de marzo de 1927, t. x, n. 5, pp. 147-53).

[32] Kautsky y Marchlewski mantuvieron correspondencia amistosa hasta 1912. La primera ruptura entre ellos se produjo cuando Kautsky se negó a aceptar un artículo de Marchlewski en la *Neue Zeit* sobre el mandato de Jagiello en Varsovia, cuestión que agitaba a los polacos como a los rusos en aquel tiempo (véase *infra* p. 425, nota 85). La negativa de Kautsky se debía sencillamente a que estaba cansado de los asuntos rusos y polacos. Por la misma razón rechazó también un artículo sobre el tema a Warszawski. No cabe duda que una de las ventajas de su ruptura con Rosa fue que las páginas de la *Neue Zeit* se vieron libres de aquellas interminables disputas. La correspondencia en Archivos Kautsky. IISH.

Rosa Luxemburgo tenía diferente opinión acerca de lo aconsejable que sería romper las relaciones. En su departamento se celebró una serie de reuniones entre Mehring y Marchlewski y al fin ambos, de temperamento tan parecido, la convencieron de que la previa censura por el consejo de redacción aniquilaría efectivamente la expresión de sus opiniones. Después de alguna discusión entre ellos, Marchlewski escribió formalmente a Block de parte suya y de sus dos colegas:

> De lo que se trata aquí es de esto: nosotros tres, y yo en particular —cosa que deseo poner de relieve—, somos de opinión de que el partido está padeciendo una crisis interna mucho mayor que cuando apareció el revisionismo. Estas palabras podrán parecer duras, pero es mi convicción de que amenaza al partido un total estancamiento [*marasmus*] si las cosas siguen como hasta aquí. En esta situación sólo hay una consigna para un partido revolucionario: la más robusta y despiadada autocrítica.[33]

A los once días de esta carta, el 27 de diciembre de 1913, apareció el primer número de la *Sozialdemokratische Korrespondenz.* Las oficinas de la redacción estaban en el departamento de Marchlewski, porque el dinero no abundaba. En por lo menos uno de cada tres números semanales aparecía por lo general un artículo de fondo por Rosa Luxemburgo o Franz Mehring, y un estudio económico por Marchlewski. La idea no era tanto lograr una gran circulación como colocar sus breves y medulares ensayos en otros periódicos sindicándolos. En este aspecto no tuvieron mucho éxito, porque no más de cuatro periódicos locales reimprimieron alguno de sus artículos en algún momento, y con frecuencia aparecían números enteros sin hallar ningún eco. El periódico sobrevivió hasta después de empezada la guerra, pero a partir de noviembre de 1914 se abandonaron los artículos de fondo y sólo siguió apareciendo el estudio económico.[34]

El año de 1913 fue de desilusión general: con el imperio entre sus partidarios y con los logros de la socialdemocracia dentro del SPD. Como el SPD no podía "hacer" política, su gran número de escaños no servía para nada claro. No podían emplearlo destructivamente como querían los radicales, ni constructivamente como esperaban los revisionistas: en la práctica resultaba inútil.

Aquel año murió Bebel y con él una era; aquel hombre frío y astuto

[33] Ernst Meyer, "Zur Loslösung der Luksradikalen from Zentrum in der Vorkriegszeit", *Die Internationale,* 1927, t. x, n. 5, pp. 153-58. Julian Karski (Marchlewski) a Hans Block, 16 de diciembre de 1913.

[34] Véase *infra,* pp. 438, 446-47.

tenía un aura tal de éxito que la suerte del SPD se asociaba en gran parte a su persona. Hasta nuestros días, esa fama sigue apegada a su recuerdo. Los historiadores comunistas han deshecho al antiguo SPD, retazo por retazo revisionista, pero han denigrado poco el valor de la actuación de Bebel —que otra vez está en alza. Lo inhumaron en Suiza, donde murió, y en su largo cortejo se derramaron muchas lágrimas genuinas. Rosa habló, entre otros, y también pareció afectada por la innegable talla de aquel hombre: en adelante, jamás habló de él para desaprobarlo.[35] Su sucesor, Ebert, fue un hombre mucho más oscuro, aunque desempeñó un papel con que Bebel nunca soñara: el de canciller de Alemania y heredero de buena parte del poder imperial.

Mientras tanto, el partido retornaba a sus preocupaciones de siempre. En el congreso de 1913 se volvió a discutir la huelga de masas, no ya un arma alegre o terrible como antes; "no con sentido de victoria sino por simple perplejidad".[36] Se necesitaba algo para combatir aquel malestar. Hubo asentimiento callado pero amplio cuando dijo Rosa Luxemburgo que "no cabe duda acerca de la insatisfacción ahora considerable y profunda en las filas de los miembros de nuestro partido".[37] Tampoco ella tenía nada nuevo que aportar. Habló de la necesidad de "aire nuevo en la vida de nuestro partido" y del descontento con "el parlamentarismo como la única panacea". Quizá por primera vez desde que asistía a congresos del SPD, Rosa planteó esto directamente ante la puerta del comité ejecutivo en general y de Scheidemann —que hablaba por el comité en el congreso— en particular. Pero contra la táctica equivocada contra los múltiples síntomas de imperialismo rampante —crisis económica, presupuestos más elevados para la defensa, oposición a la reforma del sufragio— únicamente podía ella ofrecer su propia "táctica clara, fuerte y revolucionaria para robustecer el valor de las masas".[38] Para los delegados esto era nada más retórica penosa. El tenor general del debate podía resumirse así: "nada nuevo". Era notorio que faltaban en Alemania, en el Reich como en el SPD, las palabras y la atmósfera adecuadas para hacer cosas nuevas. Hasta Kautsky hubo de reconocer sinceramente que "hay una inquietud general aquí, una búsqueda insegura de nuevos modos, algo tiene que suceder... [pero] ni siquiera los partidarios de Rosa son capaces de decir qué [...]"[39]

[35] La única información de su discurso es una larga cita de Dittmann en *Die Freiheit,* 22 de febrero de 1920.
[36] *NZ,* 1912-13, t. II, p. 559.
[37] *Protokol... 1913,* p. 289.
[38] Ibid., p. 290.
[39] Karl Kautsky a Victor Adler, 8 de octubre de 1913, en Victor Adler, *Briefwechsel,* p. 582.

Desaparecido Bebel, la táctica del ejecutivo perdió su brillo, y quedó el poder desnudo. El caso de Rádek fue un ejemplo típico de la nueva aspereza por parte del ejecutivo y de la confusión política de la izquierda. Era algo complicado y oscuro que ni siquiera empezó en el SPD sino que se lo comunicaron al ejecutivo los dirigentes del SDKPiL.[40] Pero en lo tocante al comité ejecutivo alemán, las acusaciones contra Rádek no hallaron justicia neutral, y mucho menos simpatía. El ejecutivo tenía que habérselas con alguien molesto, que le había creado muchos problemas aprovechando la fricción intrínseca entre la base rural, la provincia y el centro. Como Stalin, Ebert y Scheidemann iban más allá de los aniquilamientos puramente verbales de Bebel, que desdeñaban; ellos hablaban menos, pero hacían más.

Rádek se había encargado temporalmente de dirigir un periódico pequeño y batallador del ala izquierda en Württemberg, la *Freie Volkszeitung,* de Göppingen. Faltándoles dinero y siendo una espina clavada en la carne de la maquinaria política provincial derechista de Keil, los editores del periódico habían acudido en su apuro económico al SPD. Al hacerlo esperaban evitar el precio que pedía la organización provincial para dejarlos vivir: cambio de director y cambio de tono. Dentro de esta situación llegó Rádek de Bremen con un nombramiento temporal e inmediatamente tocó a redoble por la justicia del ala izquierda y contra lo que él afirmaba era una alianza oculta entre la dirección provincial y la central. Poco tiempo tardó Rádek —con su afilada pluma y su característica mezcla de secreto y confidencia, siempre insinuando que algún misterio quedaba todavía por revelar— en crear un escándalo de proporciones nacionales. Los periódicos radicales tomaban en todas partes la defensa de la incomprendida y maltratada *Volkszeitung.* Injustamente acusado, esta vez, de colusión con la organización provincial revisionista, el comité ejecutivo decidió vérselas con el molesto Rádek. Según la práctica burocrática establecida, primero pidieron los archivos para conocer mejor a aquel desconocido individuo, y pronto descubrieron que había alguna duda acerca de su situación dentro del partido alemán. Además, había una seria queja polaca contra él.

En el congreso de 1912 ya se había estudiado, sin llegar a nada concluyente, la situación de Rádek en el partido alemán; si había alcanzado la calidad de miembro que pagaba sus cuotas y si la aparente morosidad en el pago de sus cuotas lo había privado ya del derecho de ser miembro, su buena labor en pro de la causa radical le había ganado el apoyo personal de los radicales de Bremen, Knief y Pannekoek; incluso

[40] Para una más cabal explicación de los aspectos polacos del caso Rádek en sus efectos sobre las actitudes alemanas véase *infra,* pp. 421-23.

Henke, el amo local del partido, se sentía inclinado a apoyarlo, pero sólo lo hizo claramente después de una reunión del distrito en que sus miembros se pronunciaron decisivamente en favor de Rádek. A todo esto, a fines de 1912 y en los primeros meses de 1913, el comité central del SDKPiL apremiaba a los alemanes para que decidieran su caso, Rosa Luxemburgo era su intermediaria. El ejecutivo alemán había decidido que podía pasar por alto definitivamente la cuestión de la situación de Rádek en el partido alemán. En el congreso de Jena de 1913 presentó un informe acerca de su situación polaca. El ejecutivo pidió al congreso que tomara dos resoluciones: la primera, que todo socialista que hubiera sido expulsado de otro partido por razones válidas no podía ser miembro del SPD y la segunda, que esa regla general debía aplicarse específica y retroactivamente a Karl Rádek.

El congreso aprobó las dos resoluciones, aunque después recorrió el partido una oleada de mala conciencia. Ni la votación del congreso ni la reacción ulterior siguieron las divisiones "normales"; como en la crisis marroquí de 1911, los alineamientos políticos usuales desaparecieron casi por completo al tratarse de una cuestión moral. Últimamente había habido un caso de expulsión de un derechista y tanto el ala derecha como la izquierda manifestaron serias dudas acerca de la posición moral de un partido capaz de tratar a sus miembros de modo tan sumario.[41] Había todavía un grupo elocuente de miembros que consideraban que la razón de ser del SPD era tanto moral como política; en cuestiones morales, Liebknecht y Eisner, Mehring y Heine tendían a votar juntos contra el comité ejecutivo, aunque propusieran remedios muy diferentes unos de otros. La moral es siempre mejor cohesivo como reacción *contra* que como instigador *de* la política.

La posición de Rosa era difícil. Siendo un miembro del ejecutivo polaco que había condenado y expulsado a Rádek del SDKPiL, apenas podía hacer otra cosa que emplear su influencia en el partido alemán para proseguir con la solicitud de expulsión que había presentado formalmente en nombre del partido polaco. Al mismo tiempo no era capaz de permitir que una decisión del partido se sobrepusiera a convicciones personales hondamente sentidas en contra. Le disgustaba intensamente Rádek. En abril de 1912, antes de que se hubiera reunido siquiera el

[41] Véase Ernst Heilmann, "Parteijustiz", *SM*, XIX, n. 3, pp. 1267-72. Éste fue sólo uno de varios artículos sobre el tema que aparecieron en aquel tiempo en la prensa del partido. La expulsión de una personalidad del ala derecha, Gerhard Hildebrand, por una organización de provincia que casualmente resultó radical había sido criticada por izquierdistas como Mehring y Laufenberg; de modo semejante criticaron Heilmann y Heine, conocidos por sus opiniones derechistas, la expulsión de Rádek.

tribunal del partido polaco aconsejaba ya a los amigos alemanes que se libraran de él. "Rádek es de la categoría de las prostitutas. Con él puede suceder cualquier cosa, y por eso es mucho mejor tenerlo lejos", advertía a los Zetkin. Cuando Rádek y el amigo de Rosa Thalheimer (director oficial del periódico de Göppingen a quien Rádek reemplazara durante sus vacaciones) hicieron una visita desesperada a Berlín en junio a fin de solicitar por lo menos el apoyo moral de radicales bien conocidos, Rosa los recibió fríamente. Después de la reunión llamó despreciativamente a la delegación "patético grupo" (*traurige Gesellschaft*). Según ella, Rádek descomponía cuanto tocaba, y de no haber sido por él a los radicales les hubiera ido mejor en los congresos de 1912 y 1913.

Es difícil para nosotros separar la actitud de Rosa en tanto que miembro prominente del SDKPiL, de su opinión "alemana". Era manifiestamente injusta con Rádek. No tomaba en cuenta para nada el hecho de que las opiniones de él sobre el imperialismo, tales y como las expusiera en la *Neue Zeit* y el periódico de Bremen, fueran más parecidas a las de ella que las de ninguna otra persona en Alemania. Lejos de alegrarse por la llegada de un vigoroso recluta para la causa radical, sólo veía el escándalo y la mala reputación. Ni siquiera hay pruebas de que haya leído su obra, Tampoco hacía ningún caso de la oportunidad de hostigar al ejecutivo. A veces tenía Rosa sus puntos totalmente ciegos, y Rádek fue quizá el más importante de ellos. Pero es una ironía que precisamente lo que ella condenaba en Rádek (meter las narices en cosas que no le importaban) era lo que Kautsky, Adler, Bebel y tantos otros del SPD aducían contra ella.

En el congreso de Jena de 1913, Rosa habló del caso Rádek sólo en términos de principios generales. Una de las soluciones propuestas por Liebknecht y otros muchos era que el partido alemán reexaminara por lo menos las pruebas en que se basaba la condenación del partido polaco, para evitar la expulsión ciega y retroactiva. Si bien al principio el ejecutivo del SDKPiL se había negado a que el SPD volviera a examinar la causa, Rosa persuadió a sus amistades polacas de que esa intransigencia sólo podía perjudicar a los polacos, quienes estaban más que nunca necesitados de buenas relaciones con el SPD en aquel momento en que tenían entre manos una rebelión doméstica de partido. Casi al final de los procedimientos ofreció ella en nombre del ejecutivo polaco entregar toda la documentación para que los alemanes revisaran el caso si así lo deseaban.[42]

De todos modos, uno se pregunta si la negativa del congreso a aceptar la proposición de Rosa realmente la afligió mucho.

[42] *Protokoll... 1913*, pp. 543-44.

Durante el largo lapso de insatisfactorio temporal político, Rosa se dedicó una vez más a sus intereses intelectuales. Trabajando todavía en su tratado de política económica, de repente, hacia fines de 1911, se sintió fascinada por un problema particular: la índole de la acumulación capitalista. Aquello empezó con la dificultad de conciliar el inacabado análisis matemático que Marx hiciera de la acumulación compuesta con sus propias observaciones. Tratando de resolver el problema se sintió arrastrada hacia lo que ella declaraba modestamente "un análisis totalmente nuevo y estrictamente científico del imperialismo y sus contradicciones". Le fascinaba tanto que al año siguiente renunció a unas vacaciones que tenía proyectadas a España y lo dejó todo, salvo las obligaciones políticas más inmediatas: las elecciones de 1912 y los artículos contratados con la *Leipziger Volkszeitung.* Mediado 1912 había concluido la obra y la tenía ya en manos de los editores. Aunque no la terminó, como después dijo, en "cuatro meses de sesión continua", de todos modos era una hazaña, una erupción intelectual que descuella como un monumento a la enorme capacidad de concentración de Rosa Luxemburgo.[43] A la larga, la influencia de *La acumulación de capital* se debió a su modelo teórico de la acumulación y el imperialismo, pero en aquel momento la mayoría de quienes la reseñaron se interesaron menos en su teoría que en la evidencia de la actitud política de Rosa Luxemburgo, nada ortodoxa. Parecíale a ella que buena parte de lo que escribiera no había sido entendido, y por ello pasó después su tiempo de ocio en prisión, durante la guerra, en contestar a los críticos volviendo a su razonamiento con términos más sencillos y ejemplos más fáciles de entender.[44]

Políticamente, el libro no hizo sino reforzar su fama de brillante *enfant terrible.* Dentro del SPD, la relación íntima con ella llegó a ser el beso de la muerte política. La visita al sur con que amenazaba en 1913 fue suficiente para que varias organizaciones locales se pusieran frenéticas. Pero en otro sentido, el aislamiento de Rosa dentro del SPD fue un acto arbitrario querido por ella. El SPD en los últimos años que precedieron a la guerra era mucho más que un vehículo político cuyo sólo motor fuera la política: era un mundo, un estado mental, una protesta ideológica contra la sociedad. Y de esto nunca se desdijo Rosa ni por un momento. Cuando quedó atrapada en la noria de los tribunales imperiales, la saludaron como a una mártir del partido; nadie podía adi-

[43] "Sabrás que escribí las 30 galeras de un jalón en cuatro meses —increíble hazaña— y las envié a la imprenta sin siquiera otra ojeada [...]" (*Briefe an Freunde,* a Hans Diefenbach, 12 de mayo de 1917, p. 105.)

[44] Véase una reseña muy criticada de Eckstein en *Vorwärts,* 16 de febrero de 1913 (suplemento literario); también Marchlewski en *Münchener Post,* n. 24-25, enero de 1913, y Marchlewski y Mehring en *LV,* 21 de febrero de 1913.

vinar por el tono de la prensa socialista que Rosa Luxemburgo no era ni mucho menos la preferida del partido. Y otro tanto se puede decir del comité ejecutivo, que fuera durante tanto tiempo el lugar a donde dirigía ella de preferencia sus flechas. Por difícil que fuera su relación con la dirección del SPD en materia de política de actualidad, todavía tenía fácil acceso a esas cuestiones por el lado polaco y en todo aquel tiempo no dejó de escribir o hablar de política por parte del SDKPiL. Nadie sabía en Alemania tanto como ella de los polacos, y muchos intrépidos exploradores, como Ledebour, se habían quemado los dedos en el intento. Los esfuerzos de Kautsky por promover a Marchlewski nunca tuvieron éxito. "Si quieren algo inteligente acerca de la historia de Polonia —comunicaba Ryazánov, que tampoco era amigo de Rosa, a Kautsky— tienen que acudir a Rosa o si no a un historiador burgués."[45] A su vez, Rosa tenía buen cuidado de no abusar de su posición y en varias ocasiones advirtió a sus amigos polacos que no abusaran de la confianza del comité ejecutivo alemán.

Desde 1910, Rosa había estado tratando de salir del departamento de la Cranachstrasse. Le recordaba demasiado a Jogiches, quien todavía iba y venía con sus llaves, sin darse por vencido. Rosa ya no era muy joven; la casa era ruidosa, había allí demasiados niños ahora, y además la hacía demasiado accesible a los visitantes. Con el trabajo en la escuela por una parte y la concentración que necesitaba para sus escritos de economía, no quería que su casa fuera el centro de constantes reuniones informales. No era fácil encontrar lo que ella buscaba, y pasó casi un año indagando por los nuevos suburbios de Berlín, hasta que finalmente, en la segunda mitad de 1911, se trasladó al Südende, Lindenstrasse número 2. Había allí campos verdes y sólo los más tenaces de sus visitantes se juntaban para recorrer el largo camino. La esperanza de estar sola resultó ilusoria, porque muchos de sus amigos llegaban hasta allá, así como una riada de polacos, refugiados de la batalla perdida contra Lenin en París. La familia entera de Warszawski se aposentó en su casa varias temporadas largas. Finalmente, había un pequeño grupo de intelectuales disidentes del SPD; fue en su casa donde se tomó la decisión de fundar el SDK.

De este periodo hay varios vislumbres de alta comedia humana, que contrastaban con todas sus quejas políticas; la primera visita de Rosa a un cine, en compañía de su entusiasta ama de llaves, y la visita de una trabajadora socialista de Denver, Colorado, que había conseguido reunir fondos suficientes para hacer una gira personal por Europa.

[45] Archivos de Kautsky, IISH.

Me visitó miss Twining... todas estas solteronas [*Schachteln*] de Inglaterra y Estados Unidos verdaderamente parecen salir del zoológico. Ésta me preguntó si no creía que Alemania era un *país muy pequeño* [*very small country*] y si no sería mejor para el movimiento que Alemania fuera más grande. También me preguntó si Bebel era un *gran hombre* [*a great man*] y si Lafargue *era también un gran hombre* [*was also a great man*].[46]

Los años habían gastado su entusiasmo, aunque no su pasión. Instintivamente, tenía conciencia de su edad. No le interesaban personajes viejos-jóvenes que, como Karl Liebknecht, mariposeaban de causa en causa. Cada vez apreciaba más el retiro y la moderación. Pero seguía despreciando a la gente latosa, incolora e impersonal. Ella estaba orgullosa de su fuerte temperamento —componente esencial de toda personalidad política satisfactoria— pero encauzaba sus aspectos más volátiles hacia actitudes más disciplinadas y permanentes. Reemplazaba el espejo impresionista que siempre había puesto frente a todas las personalidades del partido alemán con juicios más razonados; inevitablemente aceptaba también la existencia de instituciones y la continuidad en la vida del partido alemán con su propia ideología. Con unas cuantas significativas excepciones como la de Kautsky, le preocupaban menos ahora las peculiaridades de esta o aquella personalidad, y pensaba en "el ejecutivo", "el congreso" o "el conjunto del partido". Hasta había conceptualizado su disgusto por lo alemán y se sentía cada vez más lejos de lo que calificaba desdeñosamente de "mentalidad alemana". ¿No es acaso este reemplazar las personas por las instituciones, este juzgar lo general y no lo particular, prueba evidente de hasta qué punto el crítico se sentía al margen?

Y de pronto, su voz no fue ya la del que clama en el desierto. En los primeros seis meses de 1914 se reanimó marcadamente la agitación industrial y política en Alemania, y en Rusia también. Las decepciones fueron barridas como telarañas. Rosa trató ansiosamente de ensanchar la discusión lo más posible, para que la huelga de masas no apareciera aislada —como en el congreso de 1913— sino como parte del enfrentamiento general al imperialismo. Las luchas económicas también debían entrar en el movimiento general. "¿Triunfarán las huelgas? Pregunta ociosa. La lucha es de por sí una victoria para la clase obrera."[47]

En 1914, sintiendo el cambio de aire, hablaba y escribía del tema cuanto podía. La huelga de masas volvía a ser una proposición práctica. El

[46] Las frases en cursiva las puso en inglés Rosa. Lafargue era el hijo político de Marx y una atracción turística para los visitantes de ultramar.
[47] "Märzenssturme", *Gleichheit*, 18 de marzo de 1912.

mismo *Vorwärts* tenía acentos belicosos: "Empieza la segunda fase de la campaña pro sufragio", clamoreaba.[48] Rosa todavía se sentía escéptica acerca de la actitud oficial; aquel mismo perro la había mordido ya en 1910. "Es claro que quedaremos en ridículo con amigos y enemigos [...] si permitimos que las masas tengan la sospecha de que detrás de nuestra combativa consigna no hay serias intenciones de obrar [...]" Si en el centro no había resolución, la iniciativa, "en un partido verdaderamente democrático como el nuestro, debe venir de abajo, de la periferia".[49]

Ya no se trataba de persuadir a la dirección, ni siquiera de obligarla, con resoluciones. El escepticismo acerca de las intenciones del ejecutivo, expresado en artículos de fondo, era una cosa; cuando se trataba de dirigirse a las masas, esa precaución resultaba inútil. En el fondo, Rosa Luxemburgo ya no hacía ningún caso de la dirección. El único modo de lograr algo, de hacer que no se repitiera el fracaso de 1910, era poner en movimiento a las masas y esperar que realmente arrastraran consigo a la directiva. Dos días después de haberse aprobado en un mítin de Berlín por aclamación una resolución de ella enérgicamente redactada, volvía a insistir en que las masas debían presionar a la dirección.

> Quiéranlo o no los dirigentes sindicales, los sindicatos *tienen* que entrar en batalla tarde o temprano [para defender el derecho de asociación económica]. Ésta es para los sindicatos una amenaza mucho mayor que para las organizaciones del partido [...] pero si verdaderamente formamos nuestras columnas en favor de lo campaña pro sufragio en Prusia, sin duda podremos contar con el apoyo entusiasta de todos los miembros de los sindicatos. Porque también a ellos les atañe. "*Tua res agitur*: se trata de tu propia causa."[50]

No sólo presión sobre la dirección política, sino también acción recíproca de todos los esfuerzos análogos en uno: la lucha contra el imperialismo.

No era nada más una teoría, Rosa Luxemburgo se sentía ya directa y personalmente implicada en el problema del imperialismo. El 26 de septiembre de 1913 "hubo en Bockenheim [cerca de Frankfurt] un mítin grande y magnífico en que la camarada doctora Luxemburgo pronunció una alocución", que casi duró dos horas.[51] Y no era ésta una duración excepcional; los miembros llegaban a sentirse inspirados con toda la disciplina receptiva de los presbiterianos del siglo XVII, y esta comparación

[48] *Vorwärts*, 24 de mayo de 1914.
[49] *SDK*, 6 de junio de 1914.
[50] Ibid., 16 de junio de 1914.
[51] *Volksstimme*, Frankfurt (del Meno), n. 227, 27 de septiembre de 1913.

no es caprichosa. "Paso a paso describía la forma del estado de la clase capitalista con toda su barbarie y las desesperadas perspectivas que presentaba para la población obrera [...] Acompañada por fuertes aplausos, la oradora rindió tributo al camarada Bebel por su énfasis sistemático y crítico en los malos tratos a los soldados y después pasó a hablar de la huelga de masas."[52] En el curso del desenvolvimiento de su argumentación, Rosa "tocó la cuestión de si nos dejaríamos arrastrar sin remedio a una guerra. A los clamores que en toda la sala se oyeron de *¡Nunca!* parece ser que ella dijo: *—Si creen ellos que vamos a alzar las armas asesinas contra nuestros hermanos franceses u otros, debemos gritarles que no lo haremos*".[53] Esta frase fue la base de la acusación contra Rosa Luxemburgo, en virtud de los párrafos 110 y 111 del código criminal, puesto que llamaba a la desobediencia pública a las leyes.

El proceso se celebró en Frankfurt el 20 de febrero de 1914. Era segura su condena, pero al final del juicio, Rosa pronunció uno de los discursos más grandes de su vida. No era ni en defensa de sí misma ni para pedir que se le mitigara la sentencia; de acuerdo con la práctica socialista en los tribunales, el acusado tenía la oportunidad de hablar y la usaba para lanzar un ataque político contra el procedimiento, la ley y la sociedad entera.[54]

Fue sentenciada a un año de prisión. Como de costumbre, el procedimiento de apelación duró varios meses. Según era de suponer, el tribunal superior del Reich rechazó su apelación el 20 de octubre de 1914, cuando ya había estallado la guerra.[55] La ejecución de la sentencia en las condiciones del estado de guerra era inminente en todo momento y podía producirse sin aviso. Quedaba a discreción de las autoridades la notificación del cumplimiento de la sentencia. Como veremos, Rosa trató de diferirla lo más posible, en parte por razones de salud, pero al final la aprehendieron y la llevaron a la cárcel sin advertencia ninguna al principiar el año de 1915.

La índole de la acusación y la inspirada calidad de su defensa tuvieron amplia publicidad y le valieron gran simpatía y apoyo.[56] Durante muchos años se recordó aquel caso y la alocución de Rosa Luxemburgo se convirtió en uno de los clásicos menores de la historia del SPD, incluso en un momento en que hacía tiempo había ella renunciado ya inequívo-

[52] Ibid.
[53] *LV*, 21 de febrero de 1914.
[54] *Vorwärts*, 22 de febrero de 1914.
[55] *LV*, 23 de octubre de 1914.
[56] Véase *LV*, 21 y 28 de febrero de 1914; también Clara Zetkin en *Die Gleichheit*, 4 de marzo de 1914. El comentario "oficial" salió en *Vorwärts* el 23 de febrero de 1914.

camente a su adhesión al partido, del mismo modo que los ciudadanos no conversos de Tarso, que no tenían interés por el discípulo itinerante, recordaron durante mucho tiempo a Saulo.

Las cuestiones militares estaban en primer plano en la primera mitad de 1914. El SPD siempre había luchado contra la ruda tradición disciplinaria del ejército prusiano, causa que, como otras, subía y bajaba de intensidad siguiendo misteriosos ciclos; 1914 fue un año culminante. Con su error Rosa había provocado la controversia sólo accidentalmente y por cortesía de las autoridades; porque el militarismo era un problema aparte que nunca había despertado su interés. Ahora la puso en contacto más estrecho con Karl Liebknecht, de quien había sido especial preocupación desde 1906. La línea oficial del partido —mejores condiciones para los reclutas, idea de una milicia— no había sido enteramente del gusto de Rosa puesto que la sugerencia hecha abiertamente por Bebel y Noske en el congreso de 1907, de que el mejor trato a los reclutas mejoraría la calidad del ejército imperial no parecía destinada a apresurar la revolución. En la actual colisión de frente esos matices se perdían; era precisamente la confrontación general que Rosa siempre había prescrito como única medicina para la atrofia revolucionaria. Ella tenía plena conciencia de las repercusiones que provocaban los trámites de Frankfurt; cada nuevo impulso sólo podía aguzar la dialéctica.

Inmediatamente después del proceso, en febrero de 1914, Rosa quiso embarcarse en una gira de pequeñas apariciones personales en Alemania occidental, como en 1910. Ésta también era una práctica establecida; los miembros del partido condenados, como mártires expuestos, siempre eran objeto de demostraciones masivas de solidaridad. En el mismo Frankfurt se organizó inmediatamente una protesta en masa el día en que se pronunció su sentencia. Mítines semejantes de protesta se celebraron en Berlín al domingo siguiente. Leyendo los relatos, es difícil recordar que tanto la *Leipziger Volkszeitung* como *Vorwärts* habían excluido a Rosa de la colaboración y la habían condenado más de una vez como elemento de desunión del partido. *Vorwärts*, que no quería aceptar ni una frase de mano de Rosa, reproducía ampliamente sus discursos en el tribunal y a la multitud que protestaba afuera. Igual que en el caso de Lenin, la polémica no debe tomarse demasiado literalmente como prueba de hostilidad irreconciliable.

Rosa estaba en excelente forma y entusiasmó a su público desde la primera palabra:

> Una gran delincuente se encuentra ante ustedes, condenada por el Estado, una mujer que el fiscal calificó de desarraigada. Camaradas, cuando contemplo esta asamblea sólo ensombrece mi alegría de hallar

aquí tantos hombres y mujeres con una misma opinión, el que falten unos cuantos: el fiscal y los jueces del tribunal de Frankfurt [...] Es evidente que tengo raíces mejores y más sólidas que ningún fiscal prusiano.[57]

Acompañada por sus amigos y consejeros de la defensa, Paul Levi y Kurt Rosenfeld, Rosa hizo un desfile triunfal por el sudoeste de Alemania. A su vuelta a Berlín habló en varios mítines con mucho público —y nuevamente en torno al militarismo. Cuando estaba en boga revolucionaria un tema, era sensato insistir en él. Aquí también hallaron cabal aprobación las palabras de Rosa Luxemburgo. Nada muestra el grado del interés público mejor que los largos informes acerca de la vista de la causa y de los mítines subsiguientes, no sólo en la prensa socialista sino también en la liberal y conservadora.[58] En los lugares donde hablaba Rosa, las reuniones convocadas por los liberales nacionales y los partidos de derecha condenaban enérgicamente la "inactividad" de las autoridades frente al "escandaloso comportamiento de Rosa Luxemburgo [...] el pueblo alemán que no rema detrás de los socialistas no puede entender por qué no se pone fin al impertinente proceder de esa mujer."[59]

Las autoridades no dejaban de observar estas reacciones. Después del proceso de Frankfurt, el ministro prusiano del Interior dio instrucciones a las autoridades locales de que tuvieran buen cuidado de procurarse informes taquigráficos oficiales de las reuniones socialistas, sobre todo cuando hablaba "la agitadora Luxemburgo".[60] Sus discursos ulteriores fueron todos cuidadosamente analizados en la oficina del fiscal y al fin hallaron lo que buscaban. Esta vez fue el ministro de la Guerra quien pidió se la acusara "en nombre de todo el cuerpo de jefes y oficiales del ejército alemán".[61] Rosa Luxemburgo había manchado su honor al afirmar que los malos tratos a los soldados eran cosa corriente en el ejército alemán. Había alguna duda acerca de si se podía sostener aquel proceso, pero el ministro del Interior apoyó plenamente el proceso pe-

[57] Discurso en Friburgo, 7 de marzo de 1914, reseñado en *Volkswacht*, Friburgo, 9 de marzo de 1914.

[58] Véase por ejemplo la *Frankfurter Zeitung* del 21 de febrero de 1914. Para un resumen de la prensa de derecha, véase *Vorwärts*, 22 de febrero de 1912.

[59] *Vorwärts*, 2 de abril de 1914, en que comunicaba una resolución de un mitin del partido Liberal Nacional en Württemberg.

[60] *Rosa Luxemburg im Kampf gegen den deutschen Militarismus*, Berlín (oriental), 1960, pp. 60-61, tomado del Deutsches Zentralarchiv de Merseburg.

[61] *Vorwärts*, 14 de mayo de 1914. La frase ofensiva del discurso de Friburgo decía así: "Una cosa está clara: que el reciente suicidio de un recluta seguramente es sólo una de tantas tragedias que se producen un día sí y otro también en los cuarteles alemanes y que es muy raro que los gemidos de quienes las padecen lleguen hasta nuestros oídos." (Véase *Volkswacht*, Friburgo, 9 de marzo de 1914.)

dido por su colega en el ministerio de la Guerra. En su estimativa de la situación declaró el ministro del Interior que era necesario volver a ventilar todo el problema legal del derecho a convocar públicamente a huelgas y manifestaciones.[62] Como caso de prueba, el proceso se haría en Berlín y no en Friburgo, donde se había pronunciado el discurso ofensivo.

Rosa estaba encantada; semejante acusación sólo podía conducir a la más amplia publicidad, y valía por meses de agitación. "No puedo decirle cuánto gusto me da [...] no es un *lapsus linguae,* algo de estupidez o torpeza por parte de la oradora, lo que se va a juzgar, sino verdades fundamentales, componentes esenciales de nuestra ilustración política."[63]

Los consejeros de su defensa apelaron a todos los recursos organizacionales del SPD. Se publicó un llamado para que se presentaran testigos y dieran fe en favor de la acusada; cualquiera podía mostrar pruebas de malos tratos a los reclutas. Se esperaba que los muchos casos revelados por la prensa socialista permitirían llenar la sala de testigos.[64]

El proceso se celebró en Berlín del 29 de junio al 3 de julio de 1914.[65] La defensa inundó el tribunal de solicitudes para prestar testimonio y aun se ofreció a ampliar la investigación del ejército prusiano a todos los servicios armados alemanes en su conjunto. Durante todo el proceso la prensa socialista, comprendiendo el efecto de los testimonios, celebraba la derrota de la acusación. El 3 de julio pidió ésta que se aplazara la vista de la causa, esperando que pasara a un tribunal militar. La defensa se opuso empeñosamente a ello, así como la misma Rosa, que había estado puliendo otro ataque para lanzarlo después del veredicto. Pero no hubo ocasión. El juez concedió el aplazamiento, contra los deseos de la defensa; pero no se hizo nada para que la causa pasara a un tribunal militar. La prensa socialista, con *Vorwärts* impetuosamente al frente, pudo anunciar una victoria completa, mientras los periódicos derechistas satirizaban al gobierno por su incompetencia.[66] Nunca volvió a hablarse de aquella acusación.

Para julio de 1914 podía Rosa con razón sentir que su política, tan penosamente elaborada en la oposición durante los últimos cuatro años, estaba al fin avanzando impetuosamente. La discusión sobre la huelga

[62] *Rosa Luxemburg... gegen... Militarismus,* pp. 135-56.
[63] Rosa Luxemburgo a Franz Mehring, 22 de mayo de 1914, IML (M), fondo 201; fotocopia IML(B), NL2 III-A/18, p. 74.
[64] Véase el llamado en *Vorwärts,* 25 de junio de 1914.
[65] Detalles de los discursos y testimonios en *Rosa Luxemburg im Kampf gegen den deutschen Militarismus,* pp. 142-206.
[66] *Vorwärts,* 5 de julio de 1914.

de masas estaba otra vez en marcha. En lugar de verse obligada a comulgar con dirigentes de partido por los que no sentía simpatía, su modo de ver estaba haciendo directamente su impacto en las masas. En los mítines de la capital la aplaudían y, lo que era más importante, aprobaban sus resoluciones. En Berlín se había aprobado una particularmente fuerte el 14 de junio de 1914, en contra de las advertencias del comité ejecutivo. Este esfuerzo agitacional en Berlín en 1913 y 1914 dio sus frutos plenamente durante la guerra; Nieder sería la base de las actividades *espartaquistas* y el boletín de información que publicaba la dirección de aquel distrito fue la base de las famosas cartas de *Espartaco*. Los esfuerzos de Rosa Luxemburgo y sus amigos del 4º distrito de Berlín hicieron de éste la sede de la Liga Espartaquista (Spartakusbund) y además proporcionaron un núcleo firme para el KPD después de la guerra. Al mismo tiempo, la preocupación de Rosa por el militarismo y los dos procesos reunieron masas de camaradas por todo el país. En el verano de 1914, el nombre de Rosa Luxemburgo era más conocido que nunca. Después del proceso de Frankfurt había anunciado ella que "consideramos nuestro deber emplear las semanas venideras en cuanto sea posible en apresurar el próximo paso del desarrollo histórico que nos llevará a la victoria".[67] Al mismo tiempo, esta intención parecía plenamente susceptible de cumplimiento.

"Puño con puño y codo con codo." Finalmente, las molestas preocupaciones por los asuntos internos del partido quedaban atrás; parecía inevitable una agudización general del conflicto. Hasta físicamente se sentía mejor. La presión de los acontecimientos había hecho cristalizar a un grupo de radicales de pensamiento igual: Liebknecht, Mehring, Marchlewski, Pannekoek, y amigos como Stadthagen, Levi y Rosenfeld. De ningún modo se trataba de un partido nuevo, sino de una camaradería, esa mezcla de relaciones personales y políticas tan propia de Rosa Luxemburgo, que la había llevado consigo desde los primeros tiempos de la socialdemocracia polaca.

Unos días después del triunfante final del proceso berlinés, Rosa tomó el tren para Bruselas, donde iba a celebrarse la reunión, planeada de tiempo atrás, de la Oficina Internacional Socialista en torno a la cuestión rusa. Salió de Berlín llena de entusiasmo; una posibilidad al fin de un congreso SPD que podría soportar un tónico asalto contra el comité ejecutivo y poner el sello de aprobación a las acciones en gran escala. La Internacional se congregaría en Viena en el otoño, no sólo para tomar nota de los recientes éxitos socialistas contra el militarismo sino para coronar los esfuerzos destinados a unir al partido ruso, en que Rosa

[67] *Volkswacht*, Friburgo, 9 de marzo de 1914.

había tenido tan destacado papel. Bruselas estaría excitada y se discutiría mucho, pero Rosa estaba ansiosa de ir allá; recientes sus éxitos en Alemania, se sentía segura de que su política se impondría, aun contra la obstinación de Lenin y sus bolcheviques.[68]

Pero todas esas esperanzas y planes se desvanecieron como los de millones de personas. Mientras ella estaba en Bruselas, la crisis internacional provocada por el asesinato de Sarajevo se agudizó mucho. Ya se había descubierto la debilidad de la Internacional Socialista frente a la guerra que amenazaba, por lo menos para los que participaron en la reunión apresuradamente convocada de la última semana de julio, aunque el ancho mundo no lo sabía todavía. Para cuando volvió Rosa a Berlín, la guerra era ya casi segura; todas las esperanzadoras señales de una confrontación con el imperialismo habían desaparecido como si nunca hubieran existido. El mundo que terminaba en agosto de 1914 era esencialmente el mundo de Rosa, tanto como el de Bebel, de Victor Adler y del emperador. La protesta y aun la impugnación siempre se habían basado en el entendimiento de los procesos esenciales de aquel mundo, habían sido parte, siquiera extrema, de él. Los Lenines, los Hitlers, con sus anteojeras ideológicas bien ajustadas, habían estado en él sin ser de él... Pero heredaban el futuro, junto con aquella masa ciegamente duradera: la clase media capitalista. Por un breve instante, la llama del potencial revolucionario de la Segunda Internacional siguió oscilando en el Berlín de la posguerra; después la extinguieron para siempre la reacción burguesa y la eficiencia comunista.

[68] Véase *infra*, pp. 427-28.

XII
POLACOS Y RUSOS. 1907-1914

La Revolución Rusa, que estallara tan inesperadamente en las mismas narices de los revolucionarios desprevenidos, ahora estaba retrocediendo casi con la misma rapidez. A partir de la primavera de 1906 y aparte de algunos importantes cierres de fábrica y de algunas erupciones campesinas, las manifestaciones perdieron su carácter espontáneo, de masa. Todavía había en actividad pequeños grupos de conspiradores: las cuadrillas armadas de Pilsudski en Polonia y las partidas de bolcheviques que corrían el campo en el Cáucaso. La reacción avanzaba pisando los talones de los revolucionarios en rápida retirada, y empezó una ola de contraterror policiaco. Cada uno de los emigrados tenía amigos o familiares por quienes preocuparse. Rosa Luxemburgo no sabía nada de Jogiches desde enero de 1907, en que lo sometieron finalmente a proceso; ella estaba acusada con él pero, naturalmente, se negó a comparecer. Sin duda supo por medio del partido que a Jogiches le habían impuesto una sentencia de trabajos forzados por desertor y dirigente revolucionario y que después había escapado; ninguna notificación oficial parece haberle llegado acerca de su propia sentencia *in absentia*.[1] Pero las angustias personales fueron característica continua durante los años siguientes. A su familia no la molestaron, aunque temió por ellos hasta 1908; de todos modos, capturaron a muchos miembros del SDKPiL, que fueron víctima de aquella mezcla particular de crueldad y negligencia que caracterizaba a la Ojrana. Hubo un caso que la lanzó a una actividad desesperada: alguien cuya supervivencia era "una pieza vital de mi misma vida", que estaba enfermo y que ella temía no podría sobrevivir al cautiverio. Como en su propio caso dos años antes, la seguridad del Estado ruso podía darse por satisfecha, mediante certificado médico, con una transacción pecuniaria. Rosa bombardeó a sus amigos alemanes para que le prestaran con qué completar los pobres recursos de la familia del muchacho, después de haber puesto ella cuanto dinero líquido tenía. Y lo consiguió: el cabo de un mes o cosa así "su muchacho" estaba en Berlín sano y salvo.[2]

[1] Véase *supra*, p. 298, nota 91. Algunos de los documentos relacionados con su causa están en el legajo especial Rosa Luxemburgo en Zaklad Historii Partii, Varsovia.

[2] Este incidente se ha reconstruido con referencias aisladas en varias cartas inéditas a la familia Zetkin, y a Faisst. La identidad del joven nunca fue revelada;

Estas tragedias personales, secuela inevitable del fracaso, se producían en un ambiente de desilusión en Rusia e indiferencia en el extranjero. Los dirigentes socialistas alemanes, después de su primer entusiasmo, habían perdido ya el interés para el verano de 1906; la revolución en Rusia era una bonita aventura del extranjero, estrictamente deplorable si pudiera contagiarse a la patria, y las autoridades del imperio contribuían con el granito de arena de sus advertencias. Se hablaba incluso —sin base, como después se vio— de apoyar con las armas al primo Romanov. En Rusia, las esperanzas de agitación legal disminuían a medida que una Duma sucedía a otra Duma, cada vez con más restricciones, y en junio de 1907 fueron detenidos en bloque los diputados socialdemócratas: *pour décourager les autres* [para desanimar a los demás]. Con poquísimas excepciones, todos los dirigentes del SDKPiL huyeron durante 1907. Dzerzhinsky y Hanecki ayudaron a Jogiches a escapar; a ellos los detuvieron y los deportaron a Siberia varias veces entre 1907 y 1909, pero siempre lograron huir. Marchlewski, cuya coartada no fue quebrantada durante una breve detención fue a duras penas disuadido por Jogiches de volver a Polonia después del congreso de la Internacional en 1907 y finalmente volvió a establecerse en Alemania. Al finalizar el año, ni siquiera Finlandia era ya segura, y los dirigentes bolcheviques se dividieron en pequeños grupos y huyeron a Occidente, a París. Para 1908 se había restablecido la norma revolucionaria de preguerra: los dirigentes en el exilio, un rudo núcleo de militantes en la clandestinidad y una membrecía que se reducía a ojos vistas. La actividad policiaca no se detenía en la frontera. Penetraban en las organizaciones de emigrados los propios agentes disfrazados de revolucionarios y trataban de detener a correos y delegados al pasar la frontera. La existencia de una delegación socialista legal en la Duma hacía la tarea de identificación mucho más fácil para la policía, aunque todos los partidos socialistas, polacos y rusos por igual, trataban de mantener su organización legal estanca y tan separada de los grupos clandestinos como fuera posible. La nerviosa seguridad de que había una victoriosa penetración policiaca en casi todos los niveles hacía a los dirigentes del extranjero suspicaces e intransigentes; los opositores del partido fácilmente recibían el marbete de espías de la policía o por lo menos de instrumentos inconscientes de ella. Después de 1907, la atmósfera de partido en el exterior, en el SDKPiL como en el RSDRP, se corrompió y transformó en una de ner-

según parece, los amigos de Rosa conocían bien el lance y el nombre de su protegido. Es posible que fuera Leder, a quien siempre estimó mucho Rosa y cuyas circunstancias conocidas —enfermedad, encarcelamiento, excarcelado por dinero— coinciden con esos hechos. De ser así, pagó a Rosa con un tremendo ataque en 1912. Véase *infra*, pp. 417, nota 64; y pp. 419-20.

viosismo e irritación extremados. No pudiendo influir en los acontecimientos de la patria, toda la considerable energía de los dirigentes se concentraba una vez más en los asuntos internos de partido. Cada disputa se continuaba hasta el final implacablemente. Durante los siete años siguientes, la historia de ambos partidos, junta o separadamente, es sólo comprensible dentro de aquella atmósfera de sospechas y desalientos. De todos modos, el efecto fue muy diferente en ambos partidos: el SDKPiL se resquebrajó, y el RSDRP se escindió.

A la participación activa en la revolución la reemplazaban ahora complicados estudios post-mortem. Los revolucionarios que habían regresado se lanzaban celosamente a esa importante tarea marxista. Como de costumbre, era una batalla en dos frentes. Para todos los marxistas, el análisis es esencialmente una batalla, una contribución creadora a la lucha misma que se supone analiza, porque el análisis es lucha, y la crítica aún más. Por una parte estaba la relación entre proletariado y sociedad, la amplia confrontación de clases; por la otra, la lucha por una táctica adecuada contra los opositores del partido. Este último aspecto era de esencial importancia en el socialismo ruso y polaco, donde era marcada y permanente la división entre bolcheviques y mencheviques, entre SDKPiL y PPS. En la práctica, los dos elementos de la lucha estaban estrechamente relacionados, y Rosa Luxemburgo tenía particular autoridad para dedicarse a ese continuo análisis con dos variables. En los dos años que siguieron, sus escritos formularon excelentemente el modo de ver del SDKPiL, tanto en la táctica intrapartidaria como en el enfrentamiento socialista con el zarismo resurgente. Además de esos dos aspectos, tenemos que desentrañar lo específicamente polaco del contexto general ruso. En el cuarto congreso, o de la unidad, del RSDRP en Estocolmo, en 1906, el SDKPiL se había convertido por fin en partido miembro autónomo del RSDRP reunido; después del quinto congreso hubo dos representantes polacos en el comité central ruso y uno en el órgano central del partido, *Sotsial-Demokrat*. En los tres años siguientes, Rosa escribió tanto y tan frecuentemente de los asuntos rusos como de los polacos.

El primer suceso post-mortem de importancia se desarrolló en el quinto congreso ruso en Londres, a partir del 13 de mayo de 1907. Fue un asunto de tipo más práctico y tranquilo que su antecedente de Estocolmo del año anterior. Los antiguos alineamientos estaban cuajando nuevamente y aunque el congreso representaba todos los grupos, había continuas reuniones de las facciones entre bastidores. El "centro" bolchevique dentro del RSDRP oficialmente unido, que se había formado con mucho secreto en Estocolmo en abril de 1906, estaba ahora agitando activamente para buscar apoyo entre los delegados no comprometidos

—el Bund, los polacos y los letones—, los cuales se habían unido al partido ruso en calidad de grupos distintos en Estocolmo. Rosa, Jogiches y Marchlewski asistían al congreso como delegados polacos; Warszawski y Dzerzhinsky, que representaban al SDKPiL en el comité central ruso, no tenían esa calidad. Los bolcheviques negociaron con aquellos personajes individualmente, así como con los polacos en tanto que grupo. Rosa se reunía por lo menos dos veces al día en plan secreto antes del congreso y el día de la inauguración acudió a una cita en lo que resultó ser un bar dudoso en el East End. Llovía afuera y en las vulgares piezas flotaban nubes de humo; el ambiente correspondía al cambiante humor de Rosa, tan pronto excitada como deprimida.[3]

La reunión del congreso en gran parte se debía a los bolcheviques, que contaban con tener mayoría y poder dominar a todo el partido reunido. No se les planteaban problemas de capital importancia a los delegados, muchos de los cuales rezongaban que todo aquel esfuerzo no era sino perder tiempo y dinero.[4] En el congreso se evidenció una vez más la fuerte diferencia que había entre bolcheviques y mencheviques; mientras éstos creían en las propiedades profilácticas de la discusión en público y de la razón —como el SPD—, los bolcheviques movían sus hilos ocultos y cosechaban misteriosos resultados en las votaciones. Con una excepción significativa, lograron pequeñas pero consistentes mayorías durante las reuniones. El *Sotsial-Demokrat,* órgano central del partido, pasaba ahora a las manos de la mayoría bolchevique y Warszawski salía nombrado para la nueva junta editorial como representante del SDKPiL. Ocupó también uno de los dos puestos polacos en el comité central ruso recientemente elegido, en unión de Dzerzhinsky, mientras Jogiches, Marchlewski, Malecki y Hanecki se convertían en miembros candidatos.[5] Lenin los conocía personalmente a todos, y tenía ya anotadas las cualidades de Hanecki, Warszawski y Dzerzhinsky para referencia futura. En el congreso, los polacos apoyaron a las bolcheviques con bastante constancia, ya que a cambio del apoyo contra el PPS habían empezado a identificarse cada vez más con la política de Lenin y con la oposición a los mencheviques después de la gran llamarada de la revolución en enero de 1906.[6] Pero este apoyo no era total ni automático. La gran excepción

[3] De cartas inéditas escritas desde el congreso, en Zaklad Historii Partii, Varsovia. Ignoramos a quién vería allí.

[4] L. Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union,* p. 95.

[5] *Protokoly, Londonskii s''ezd RSDRP, Izdanie Tsentralnogo Komiteta,* París, 1909, p. 786.

[6] Para un resumen del apoyo del SDKPiL a los bolcheviques entre el cuarto congreso de 1906 y el quinto, de mayo de 1907, véase Jan Sobczak, "Antimenshevitskaya pozitsiya SDKPiL po voprosy vnutripartiinoi borby v RSDRP v period mezhdu IV i V s''ezdama RSDRP" (La posición antimenchevique del SDKPiL en

fue la adopción por mayoría abrumadora de la resolución menchevique que condenaba las incursiones armadas y la expropiación del dinero capturado— en términos generales, pero los bolcheviques eran los únicos que podían ser afectados. Tanto Jogiches como Rosa votaron contra Lenin, quien sólo obtuvo 35 votos contra 170, con 52 abstenciones en que entraban bolcheviques tan prominentes como Zinóviev.[7] En cuanto a Lenin, el apoyo polaco era inapreciable para él, dado el equilibrio casi absoluto de las facciones; pero no le agradaba tener que depender de un grupo que no podía controlar y cuya buena voluntad tenía que ganarse a cada vez.

La posición oficial polaca en las cuestiones internas del RSDRP fue expuesta por Rosa Luxemburgo en dos largos discursos. Los congresos rusos no padecían la necesidad del congreso anual del SPD de recorrer rápidamente una agenda cargada para que los delegados pudieran volver a sus obligaciones normales. Los rusos no tenían "obligaciones normales" y Rosa, como todos los demás, exponía largamente las cosas. No había delegación del PPS; el SDKPiL se había adherido en 1906 a condición de que sería el único representante del proletariado polaco. Rosa hablaba así exclusivamente en el nombre de la porción más adelantada, próspera y revolucionaria del imperio ruso. Además, hablaba por sí; era ahora un personaje por derecho propio, y muchos de los delegados conocían sus obras. Un oscuro bolchevique del Cáucaso y discípulo de Lenin tranquilamente sentado en la parte de atrás de la sala halló la alocución de la camarada Luxemburgo "especialmente impresionante" y observó con gusto que ella, como delegada fraternal del SPD así como en su calidad de dirigente del SDKPiL, "apoyaba cabalmente a los bolcheviques en los problemas tácticos más importantes de la revolución". El joven Stalin halló las formulaciones de Rosa lo bastante impresionantes como para reproducir algunas de ellas al pie de la letra.[8] Pero aunque Rosa hablaba siempre por sí, su análisis era también el de su partido polaco, y lo había discutido con Jogiches antes del congreso, a pesar de las penosas dificultades de su relación.

Los polacos apoyaban particularmente a los bolcheviques en su énfasis sobre la función principal y orientada hacia sí mismo del proletariado en la revolución. El análisis que Rosa hizo de los papeles de clase correspondía exactamente al de los bolcheviques; conseguir la democracia

cuestiones de la lucha intrapartido en el SRDRP en el periodo comprendido entre el cuarto y el quinto congresos RSDRP), en *Iz istorii polskogo rabochego dvizheniya,* Moscú, 1962, pp. 58-102.

[7] *KPSS v resolyutsiyaj i rezheniyaj s''ezdov konferentsii i plenumov Ts. K*, Moscú, 1954, t. I, p. 109; *Protokoly*, pp. 609-10.

[8] Stalin, *Sochineniya,* t. II, pp. 63-64.

constitucional pero *por* la acción consciente y la primacía decidida del proletariado. En lugar de apremiar (o peor aún, mendigar) a los liberales para que realizaran esfuerzos a fin de sacar a duras penas concesiones democráticas de la autocracia, el proletariado tenía que conquistarlas por sí mismo, arrastrando consigo a los liberales renuentes, aunque ellos serían los inmediatos y principales beneficiarios. Según Rosa, el liberalismo había muerto, no sólo en Oriente, sino en Occidente también: en Alemania, en Francia, en Inglaterra. Esto significaba mejores perspectivas proletarias para la revolución en Occidente de las que hasta ahora se habían supuesto, y no porque los liberales fueran fuertes y por ende eficaces como barrera al cambio dialéctico sino porque eran débiles, y por eso el socialismo podía saltar toda una etapa de la dialéctica.[9]

Pero este análisis en su contexto mundial era demasiado general y arbitrario. No tomaba en cuenta la fuerza real de la burguesía en Francia e Inglaterra, y en Alemania la misma existencia de la clase que llegaría al poder heredando la tradición de autoridad y fuerza estatales: la clase media inferior. Ciertamente era temprano para eso, en una Alemania todavía pletórica de poderío imperial. Pero ¿era mucho pedir que quienes de todos modos proclamaban al colapso función integrante de tan gran poderío vieran también las realidades de tal colapso? ¿No eran acaso las elecciones para el *Reichstag* de 1907 una clara advertencia? Lo que parecía evidente para Trotsky veinticinco años después, lo declaraba ya Rosa Luxemburgo en 1907; la burguesía clásica alemana, como la rusa, no tenía pasado ni futuro... Pero en Alemania sí lo tenía la clase media inferior, que después volvió la espalda al intento liberal de sus fracasados ancestros por limitar el poder del Estado y utilizó ese poder, y aun lo incrementó, para sus propios fines, hasta llegar a los superestados de la Alemania nazi y la Italia fascista. En cuanto a Inglaterra y Francia, la burguesía tenía de todos modos fuerzas para sobrevivir, pero a costa de su liberalismo; una fuerza conservadora y no ya liberal. Por eso el punto de vista bolchevique y polaco, aunque tosco, no era errado; y su propia rudeza le salvó después de la incapacidad stalinista y trotskista para entender el fascismo. Pero a cualquier inglés o francés que hubiera estado escuchando aquella exposición en que tanto se insistía en acabar con su sociedad, el cuadro de aquellos gobernantes democráticos que se desvanecían como una fuerza agotada le hubiera parecido verdaderamente extraño y remoto.

Donde diferían el análisis de Rosa y del partido polaco de los bolcheviques era en la valoración del levantamiento armado. Esta parte del discurso, naturalmente, cosechó el aplauso sincero de Plejánov y Axel-

[9] Para esta opinión, elaborada en el contexto alemán, véase *supra*, p. 365 y ss.

rod. En realidad, los polacos estaban en aprieto. Aparte de su duda en aceptar la validez del concepto leninista de organización —el único modo en que una situación revolucionaria pudiera conducir sensatamente a levantamientos armados— era difícil hallar un argumento consistente para apoyar a los bolcheviques por una parte mientras que por la otra se oponían violentamente a las incursiones armadas de la fracción revolucionaria de Pilsudski. Era necesario elegir, y el SDKPiL decidió que su principal obligación era insistir en la acción de las masas en contra del levantamiento armado y tomar posición contra sus contrarios polacos, aunque significara desacuerdo con el ala, por lo demás preferible del partido ruso.[10]

Rosa asistió al congreso de Londres no sólo como polaca sino también como alemana. Era la delegada fraternal alemana y su discurso inaugural estuvo dedicado por entero a una analogía entre las condiciones de Rusia y las de Alemania. Por primera vez ante un público ruso se reconocía abiertamente la primacía de la Revolución Rusa sobre los sucesos de Alemania, parte de la misma inversión de la corriente de experiencia y consejo que desde 1905 ya se había mostrado en el folleto sobre la huelga de masas.[11] Se negaba Rosa categóricamente a seguir reconociendo que las condiciones de Alemania fueran más "adelantadas". Por el contrario, se tomó muchos trabajos históricos para mostrar que la debilidad y poca confiabilidad de los liberales era igual en Alemania que en Rusia. Las recientes elecciones para el *Reichstag* eran ejemplo de ello, por lo menos para Rosa; ni ella ni Kautsky ni nadie estaba dispuesto a admitir que la lucha de clases podía ser temporalmente conjurada por una oleada de sentimiento nacionalista y que en ésta había un atractivo irresistible para todas las clases si se hacía bastante fuerte: para la clase media inferior radical que hasta entonces había apoyado al SPD y para los mismos obreros si la guerra se hacía inminente. Era mucho más sencillo y cómodo ver a los liberales huyendo de la izquierda y pasándose a la derecha. Parte de su discurso inaugural en el congreso ruso fue publicada en la prensa alemana; es de dudar que al comité ejecutivo del SPD le gustara la interpretación de su delegada fraternal y su modo de estimar la situación del socialismo alemán respecto de los rusos.[12]

10 "Los camaradas polacos y yo no compartimos el modo de ver de los camaradas bolcheviques [...] en lo relativo al llamado levantamiento armado." (*Protokoly*, p. 288.) Aunque Rosa Luxemburgo habló contra los bolcheviques en este punto, votó con ellos en favor de una resolución mitigada. De ahí la confusión en torno a su actitud (cf. Schapiro, *The CPSU*, pp. 106-07).

11 *Protokoly*, p. 20.

12 *Vorwärts*, 16 de junio de 1907, 1er. suplemento.

Su tono de confianza en sí misma y la fluida y constante sucesión de sus ideas cubrieron el revuelto torbellino de la vida privada de Rosa en los doce días que pasó en el congreso (que duró desde el 13 de mayo hasta el 1o. de junio de acuerdo con el calendario occidental). No había visto a Jogiches desde que se lo llevaron a la ciudadela de Varsovia. La relación en torno a la cual había girado realmente la vida de Rosa —aunque en secreto celosamente guardado— se había desplomado ya. Aunque la presencia física del hombre a quien amara tan intensamente la espantaba y probablemente disgustara ahora —y sobre todo la obstinación con que él seguía afirmando su derecho—, Leo Jogiches era el dirigente reconocido del partido, y Rosa aceptaba ese papel sin discutir. Sus cartas revelan que era dolorosa para ella la necesidad de conferenciar, de aparecer sonrientes en público. Su actividad pública en el congreso es así testimonio de la robustez y disciplina de su intelecto. Pero el aplauso se perdía, ella ansiaba estar lejos, aunque dos veces se vio obligada a pospener su marcha. Nunca le había gustado menos Londres. Y esta paradójica relación con Jogiches, antagonismo personal y subordinación al partido, dominaba no sólo el papel de Rosa en el SDKPiL durante los años siguientes, sino también el de Jogiches, cuya fuerza y cuya ceguera habían de dejar fuerte huella en la historia del partido polaco.

Aunque Rosa se mantenía personalmente fuera de la organización rusa y no tenía voz directa en sus procedimientos ni sus querellas, su contacto con los bolcheviques y en particular con Lenin no se limitaba a discursos de apoyo en público. El consenso alcanzado durante las largas sesiones con él, Zinóviev y Bogdánov en Kuokkala en el verano de 1906 se confirmo en las reuniones de Londres y en el congreso de la Internacional en Stuttgart en el siguiente mes de agosto. Su colaboración en Stuttgart culminó en la enmienda Luxemburgo-Lenin a la resolución del congreso acerca de la guerra. Lenin dio muestras de tener bastante confianza —hecho raro— para dejarle la redacción enteramente a ella, y la proveyó de un mandato ruso para la comisión sobre el militarismo. En justa correspondencia, Rosa presentó orgullosamente a Lenin a amigos íntimos, como Clara Zetkin. La esposa de Lenin, Krúpskaya, que sabía cuán tácticas eran las amistades de su marido y en sus recuerdos raramente deja que alguna nota personal entone un poco el seco desfile de nombres y fechas, reconoce no obstante que "desde Stuttgart, Rosa Luxemburgo y Vladímir Ilich habían intimado mucho".[13] Camino de París, en enero de 1908, Lenin pasó furtivamente por Berlín

[13] Nadezhda Krúpskaya, *Memories of Lenin 1893-1917.* Londres, 1942, pp. 120-21. [*Lenin*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970].

registrado como cocinero finlandés y una de aquellas pocas tardes la pasó con Rosa.[14] Pero de todos modos tuvo Lenin buen cuidado de no poner a todos sus amigos polacos en una misma cesta, y cuidaba también su amistad con Dzerzhinsky y Hanecki; ambos le fueron muy valiosos en 1917. Warszawski también era objeto de sus atenciones e hizo su labor para los bolcheviques hasta 1911.

De momento, Lenin esperaba haber ganado en Rosa a un recluta permanente para las causas bolcheviques. Le encargó un artículo para el nuevo periódico bolchevique *Proletarii*, donde Rosa denunció las desviaciones "izquierdistas" del partido (otzovismo y ultimatismo).[15] Escribiendo para agradecerle su artículo, Lenin le reprochaba en tono semihumorístico que no dedicara más tiempo al RSDRP y sus publicaciones; era comprensible, pero lamentable, su tendencia a volver con demasiada facilidad a la vida regalada del SPD. "A todos nos han gustado mucho sus artículos [...] Lástima que escriba tan poco para los rusos, y que prefiera la rica socialdemocracia alemana a la pobre socialdemocracia de los rusos. De todos modos, que sea para bien. Saludos a Tyshka [Jogiches]. Un apretón de manos."[16] Una broma, naturalmente; pero para que se la tomaran en serio, como todas las nada frecuentes bromas de Lenin. Ciertamente, fueron colaboradores íntimos en aquellos años, y buena parte de su mutuo respeto había de sobrevivir aun a su renovada enemistad política.

¿Hasta dónde era esto un cumplido personal para Rosa y hasta dónde política polaca, o para el caso, leninista? Las maniobras para ganar posiciones dentro del RSDRP estaban ya sacudiendo la endeble nave de la unidad, pero sólo alcanzaron y sobrepasaron el nivel prerrevolucionario de bárbaras recriminaciones en 1909, cuando se trató de dinero. La política del SDKPiL era apoyar a los bolcheviques *dentro* del partido ruso; o sea, en todas las cuestiones salvo las que conducían patentemente a la desintegración organizacional: la temida escisión.[17] Las actitudes polacas respecto de las facciones nuevamente emergentes en el RSDRP no tenían ninguna "espontaneidad"; había que aclararlas con Jogiches. Rosa aceptaba la disciplina; cuando Gorki y Bogdánov le pidieron una

[14] Ibid.

[15] *Proletarii*. n. 44, 8 de abril de 1909 (calendario ruso). Así como los polacos solicitaban artículos rusos para su prensa, los rusos recurrían a los polacos; aparte de Rosa Luxemburgo, Marchlewski, Warszawski y Leder contribuyeron todos al *Sotsial-Demokrat* y otros periódicos.

[16] *Sochineniya*, t. XXXIV, p. 347, fechada el 18 de mayo de 1909.

[17] Para una discusión de la política SDKPiL dentro del RSDRP véase Jan Sobczak, "Z dziejow udzialu SDKPiL w zyciu wewnetrznym SDPRR w latach 1909-10" (De la historia de la participación del SDKPiL en la vida interna del RSDRP en el periodo de 1909-10), *Z Pola Walki*, 1963, n. 4 (24), pp. 40-57.

conferencia en la nueva escuela del partido de Capri, que se abría frente a la hostilidad bolchevique, inmediatamente consultó a Jogiches. "¿Crees que eso afectará a la política del partido dada la disputa entre la colonia de Capri y [. . .] Lenin?"[18]

En el movimiento polaco, la posición de Rosa era naturalmente mucho más importante. La revolución había aumentado grandemente la fuerza del SDKPiL, tanto en lo absoluto como en lo relativo, en relación con el PPS. Éste se había escindido ahora en dos bandos mutuamente hostiles, el llamado abiertamente Fracción Revolucionaria nacionalista, dominado por la granítica figura de Pilsudski, y la mayoría más socialista de la izquierda PPS. Había ésta sufrido considerable transformación desde 1906, en que se deshiciera de las cuadrillas de combatientes. Habiéndolas rechazado concretamente así como su énfasis en la independencia polaca, el PPS ocupaba ahora una posición media. Pero la decidida presión hacia la polaridad en el socialismo polaco necesariamente lo acercó más al SDKPiL. Había poco espacio organizacional o intelectual tanto en el socialismo polaco como en el ruso, para cualquier posición media consistente, con toda la tierra de nadie disponible absorbida desde hacia tiempo por uno u otro de los extremos competidores. En la actitud y política del SDKPiL como en las de los bolcheviques y del RSDRP era inherente la zapa de una posición media viable, y la creación de una izquierda intolerable y organizada por separado en el mismo año de la fundación del partido unido absorbió, agregó y articuló toda la oposición potencial a la dirección del partido principal. Mientras en otros países —Alemania, Francia, Italia— una izquierda nítida y coherente se fue precipitando gradual y laboriosamente a partir de diversos grupos de oposición dentro del partido (y eso se vio bien sobre todo en Francia), y sólo llegó a tener una existencia autónoma separada después de la Revolución de Octubre, los polacos y rusos tenían su izquierda ya hecha, y los polacos antes aún que los rusos. La izquierda del PPS se parecía en algunos respectos al ulterior USPD de Alemania; intento, condenado al fracaso, de fundar una posición intermedia; pero no debemos llevar muy lejos la analogía. Su vida (1906-18) fue más larga y vigorosa que la del USPD (1917-22), en parte porque las escisiones eran anatema en Alemania y comunes en Polonia y en parte por la escisión producida dentro del SDKPiL en 1911. Además, la violación de la causa nacionalista por Pilsudski era más brutal y patente que el coqueteo y el humilde cortejo de los revisionistas alemanes; las circunstancias de 1906 en Polonia que condujeron a la creación de la

[18] Cartas Jogiches, 10 de julio de 1909, IML(M). Para la escuela, véase Schapiro, *The CPSU*, p. 111.

izquierda del PPS se reprodujeron en Alemania solamente después de 1914.

De este modo, Rosa libraba una curiosa batalla en dos frentes entre 1907 y 1911; contra Pilsudski —*Frak*, como llamaban a la fracción revolucionaria— y contra la izquierda del PPS. La primera era una tarea lógica del principal propagandista y teórico del SDKPiL; para ella, *Frak* era ahora parte de la alianza burguesa contra el socialismo, junto con Dmowski y sus demócratas nacionales —*Endecja*— todos agentes más o menos conscientes del zarismo.[19] Más importante y oscura era la actitud respecto de la izquierda del PPS. El antagonismo personal todavía era hondo entre las respectivas direcciones, que les hacía interpretar del modo más desfavorable posible los motivos de los otros. Ese disgusto casi despechado prevaleció hasta la primera guerra mundial, aunque para entonces ya no tenía sentido en la política.[20] Rosa también se alegraba visiblemente con las dificultades que tenía la izquierda del PPS para determinar su debida orientación y programa en las cambiantes circunstancias posteriores a la revolución. Para alguien que podía jactarse con razón de una constancia que el PPS anteriormente siempre había despreciado como ciega terquedad, era grato ahora ver a los otrora contrarios acercarse rastreros a su propia interpretación, revisando regular y penosamente la línea del partido.[21] Si había posibilidades de cooperación, Rosa no hizo nada ciertamente por animar al PPS. Y no era mera aversión personal, sino la línea convenida del SDKPiL al respecto.

La *Schadenfreude* podría ser apropiada para la propaganda popular en el *Czerwony Sztandar*, pero las diferencias entre el SDKPiL y la izquierda del PPS iban más a lo hondo, y era la tarea particular de Rosa enunciarlas claramente. A instancias de la jefatura del partido se puso a hacerlo en un largo artículo en febrero de 1908, que apareció en la importante revista teórica que el partido publicaba.[22]

Toda revolución es una época de eliminación política [...] en que

[19] Véase por ejemplo "Czarna Karte rewolucji" (La lista negra de la revolución), *Przeglad Socjaldemokratyczny*, julio de 1918, n. 5, p. 369.

[20] Véase carta de H. Stein (Kamensky) a J. Hanecki, 3 de octubre de 1915, IML (M), fondo 486, n. 79; para información sobre las relaciones del tiempo de guerra entre los grupos polacos véase F. Tych, "La participation des partis ouvriers polonais au mouvement de Zimmerwald", *Annali dell' Istituto Giangiacomo Feltrinelli*, 1961, t. IV, pp. 90-125.

[21] "Czwarty program—*na razie*" (el cuarto programa... por el momento), *Czerwony Sztandar*, 25 de febrero de 1908. Un artículo anónimo atribuido a Rosa Luxemburgo en *Z Pola Walki*, 1961, n. 1 (13), p. 72.

[22] "Likwidacja" (Eliminación), *Przeglad Socjaldemokratyczny*, 1908, t. III, n. 1, pp. 46-62; t. IV, n. 2, pp. 112-31.

se fomentan los focos sanos y viriles del éxito y se barren todas las reliquias del pasado y todas las ficciones ideológicas [...] como el patriotismo social. En tres años de revolución, un partido lleno de obreros, intelectuales y escritores, un partido abundante en recursos materiales, energía ilimitada y perseverancia, se ha hundido.[23]

De las ruinas habían salido dos bastardos; uno, la antigua y decidida "fracción" de Pilsudski, y otro, un partido oportunista que, como los seguidores de Jaurès o Bernstein (pero Rosa no trazaba el paralelo), ajustaba su política sin principios a todos los altibajos políticos a medida que se presentaban. Porque el apartarse del compromiso de la independencia polaca no era cambiar de principios sino caer en un vacío oportunista. En el proceso, el "PPS reconstruido no ha quedado en una cosa ni otra: ni carne ni pescado". Casi prefería Rosa a Pilsudski, que por lo menos tenía un programa y no un mero manojo de tácticas.[24]

Pero lo peor de todo es que la renuncia al nacionalismo era falsa. Aunque no era parte del programa mínimo, la independencia polaca seguía siendo la solución final para el PPS.[25] Lo que daba a entender este artículo lo repitieron más adelante Rosa y sus colegas: que nada había cambiado fundamentalmente en el PPS; que la evicción de *Frak* era un paso pequeño en comparación del grande que había al campo del genuino socialista SDKPiL, que la izquierda del PPS no estaba dispuesta a dar; que la dirección del PPS estaba todavía aferrada a las malas tradiciones de Daszynski y del congreso de la Internacional de Londres. Más seria empero, era la negativa de Rosa a ver asomar detrás de los viejos fieles a una dirección nueva, más joven y radical, que representaba aspiraciones en verdad semejantes a las del SDKPiL. Cuando llegó el tiempo, la operación de fundir el centro con la izquierda resultó realmente más fácil que en ningún otro país y se realizó más pronto; el Partido Comunista de Polonia se soldó por la unión de esos componentes hasta entonces enemigos antes que pasara un año del fin de la guerra, y dos años antes de que se realizaran operaciones semejantes en Alemania y Francia. Pero entonces Warszawski, representando al SDKPiL, cuyos dirigentes anteriores estaban diseminados entre Berlín y Moscú, pudo añadir su esfuerzo personal para ello, y tanto que fue acusado de haber ido demasiado lejos en el acercamiento a la dirección de la iz-

[23] Ibid., citado de *Wybor pism*, t. II, p. 7.

[24] Ibid., *Wybor pism*, pp. 59, 63, 37. Compárese una preferencia semejante por la derecha conservadora (Graf Westarp) sobre el centro socialdemócrata "deshonesto" en las condiciones alemanas, véase *infra*, p. 483.

[25] Véase por ejemplo *Mysl Socjalistyczna*, t. I, n. 1; también H. Walecki, *Przyczynek do programu PPS* (Comentario al programa PPS), 1908.

quierda PPS.[26]

Todas estas razones son válidas, pero extrínsecas. Había un factor fundamental pero específico que hacía casi imposible toda colaboración entre el SDKPiL existente y la izquierda PPS. Ésta había ido muy lejos en el abandono del patriotismo polaco, pero no aceptaba el patriotismo, muy diferente, del SDKPiL, que era el del proletariado internacional.[27] Esta patria socialista era tan real para Rosa Luxemburgo como Polonia para Pilsudski; sustitución de referencias, que no negación de conceptos. Era el cemento del grupo afín del SDKPiL, que unía a personalidades tan diferentes como Rosa Luxemburgo, Marchlewski, Dzerzhinsky y Hanecki. ¿Cómo podía entonces semejante grupo obrar con la izquierda PPS, para la que el patriotismo era una mera consideración táctica, cuestión de programa oportunista que hacía malabarismos de acuerdo con las necesidades del momento? Mientras Rosa estuvo allí, el abismo era infranqueable. Sólo Zalewski o Warszawski podrían haberlo superado —y en 1918 sólo quedaba el segundo para hacerlo, con ayuda de una izquierda PPS que entonces se acercaba a la totalidad socialista.

Habiendo participado en la reunión general rusa post-mortem sobre la revolución —aunque todo el mundo se afanaba todavía oficialmente en mantener en vida al paciente— en el congreso de Londres, el SDKPiL se dispuso a bruñir su propio análisis de aquellos grandes acontecimientos y a sacar sus lecciones para el futuro. Una vez más, Rosa escribió uno de sus grandes resúmenes de política para la revista polaca, vasta justificación aclaratoria de la política de su partido en el *combate* contra los liberales, rusos y polacos por igual, para *conseguir* una monarquía liberal.[28]

Más importantes —y ciertamente más animadas también, por no estar destinadas a la publicación— fueron las actas del sexto congreso de partido del SDKPiL, que iban a adquirir gran importancia retrospectivamente después de la división del partido. Este congreso se celebró semisecretamente en Praga en diciembre de 1908. Rosa no asistió, según parece por su propio deseo, ya que estaba muy nerviosa y la perspectiva de un largo confinamiento claustrofóbico con Jogiches le era insoportable. Pero su influencia fue grande en el congreso. Su artículo fue el

[26] Véase su artículo en *Nasza Trybuna*, 13 de diciembre de 1918; véase también *infra*, pp. 429-31.

[27] Para el programa del PPS véase F. Tych (ed.), *PPS Lewica 1906-1918, Materialy i dokumenty*, t. I (1906-10), Varsovia, 1961, pp. 279-86 (1907) y pp. 389-95 (1908).

[28] "Nauki trzech Dum" (Las lecciones de tres Dumas), *Przeglad Socjaldemo-Kratyczny*, t. v (1908), n. 3, pp. 177-94.

memorial del comité central para su informe al congreso. El discurso de apertura de Jogiches lo habían discutido ampliamente entre los dos y tenía la total aprobación de ella; el 22 de julio de 1908 Rosa escribía ya con evidente orgullo a una amiga que "el *Slaventag* [congreso polaco] será un triunfo sonado para mis ideas".[29]

El discurso de Jogiches era un curioso popurrí de ideas bolcheviques y mencheviques, con mucha insistencia consciente en que había un enfoque polaco distinto del modo de ver ruso. En la cuestión campesina, los polacos daban muestras de la misma incomprensión marxista neoclásica de las tácticas que los menchiviques. "El gobierno —declaraba solemnemente Jogiches— *realiza la obra de la revolución por ella* librándose de formas agrarias arcaicas, creando un proletariado con tierras y, al hacer que la propiedad predial se acumule en las manos de la burguesía campesina, creará [en realidad] mayores contradicciones de clase y un aumento del potencial revolucionario [general]."[30]

Basta comparar este pronóstico con lo que dijo Lenin acerca de la política del mismo gobierno expresada por las reformas agrarias de Stopypin: "Si esto sigue así [...] bien podría obligarnos a renunciar a todo programa agrario [...] la agricultura se hará capitalista y toda 'solución' [revolucionaria] del problema agrario —radical o no— resultará imposible con el capitalismo."[31] Esto es tanto más sorprendente porque estaba en el congreso el único que sabía algo verdaderamente de la cuestión campesina, y en particular conocía el grado en que las relaciones agrarias polacas diferían de las de Rusia en la creación de un potencial mucho menos revolucionario en el campo. Pero Julian Marchlewski pronunció su informe sobre la cuestión agraria con su estilo acostumbrado, harto docto y complicado, y no causó mucha impresión.[32] El SDKPiL nunca se interesó especial ni prácticamente en los campesinos, y descuidó esta cuestión casi con desdén; ya en Londres los rusos habían atacado a Rosa Luxemburgo por ello.[33] Y ahora las formulaciones de Jogiches eran sorprendentemente parecidas en tono y contenido a los discursos de Rosa tres años antes.

De todos modos, no se podía simplemente no tomar en cuenta la tajante consigna de los bolcheviques: "Dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado." Sobre todo, dado que en los

[29] Cartas inéditas, ZHP, Varsovia.

[30] *Sprawozdanie obrad zjazdu VI zjazd ZHP*, p. 101. Cursivas mías.

[31] Citado por Bertram D. Wolfe, *Three who made a Revolution*, p. 361. Cf. Lenin, *Sochineniya*, t. XV, p. 30.

[32] Para sus escritos sobre la cuestión campesina véase Julian Marchlewski, *Pisma Wybrane* (Obras escogidas), Varsovia, 1956, t. I, pp. 559 y ss., 567 y ss.

[33] *Protokoly Londonskii s"ezd*, p. 321.

bolcheviques en tanto que grupo había mucho que merecía admiración y apoyo. Por eso los polacos sacaron su propia consigna —obra más bien de Jogiches que de Rosa: "La dictadura del proletariado apoyada por el campesinado."

> Cuando el proletariado llegue a intentar aprovechar los logros de la revolución, sus aliados —el campesinado— se volverán ciertamente contra él [...] la configuración política del campesinado le veda todo papel activo e independiente y le impide alcanzar su propia representación de clase [...] Por naturaleza es burgués y muestra su esencia claramente reaccionaria en ciertos campos [...] Por eso, la proposición hecha al congreso habla de la dictadura del proletariado solo, *apoyado* por el campesinado [...] El campesinado debe ayudar al proletariado, y no el proletariado al campesinado en el logro de sus deseos.[34]

Cualquiera concesiones que se hicieran al papel del campesinado en el discurso de apertura, en la discusión quedaron bastante borradas. "En la concepción bolchevique, el campesinado hace el papel del tercero en discordia de las farsas de alcoba, que el autor saca a relucir cuando se mete en problemas y no puede resolver la situación de un modo natural [...] El campesinado no puede desempeñar junto al proletariado el papel autónomo que los bolcheviques le atribuyen." Un orador reconoció brevemente un rasgo distintivo al campesino de Polonia; pero sólo para hacerlo salir definitivamente del tablado revolucionario.[35]

Todo esto implicaba dar mayor y aun exagerado relieve al papel del proletariado, no sólo a expensas del campesinado sino también de la clase media. Aquí el SDKPiL seguía de cerca a los bolcheviques, y nuevamente Jogiches tomaba mucho de Rosa. Las anteriores reservas acerca del alzamiento en armas habían desaparecido en gran parte. Como dijo un orador: "El proletariado tiene que imponer su propia solución, alzándose y peleando en las barricadas, llegando a la dictadura de clase, tomando las cumbres del poder para elevar y extender el de sus eventuales antagonistas: la burguesía."[36] Ésta era exactamente la línea bolchevique, salvo el famoso pero aislado compromiso de Lenin por la revolución continua en 1905: "Debemos [...] pasar directamente [...] a la revolución socialista [...] sin detenernos a medio camino"; y difería señaladamente de la audaz proyección de revolución permanente, de

[34] *Sprawozdanie ... VI zjazd*, p. 105.
[35] Ibid., p. 117.
[36] Ibid., p. 114.

correa sin fin, elaborada por Trotsky "apoyado por" Parvus.[37] Pero cuando se trataba de organización, Jogiches seguía fiel a los principios enunciados por Rosa en 1904.

> Somos un partido de masas y tratamos de incrementar en el proletariado la conciencia de su papel; podemos dirigirlo pero no podemos —y en ningún sentido debemos— sustituirlo en la lucha de clases [...] Por otra parte debemos igualmente no borrar la distinción entre la organización política y la masa políticamente informe, como sugiere el ala oportunista del RSDRP.[38]

Sin serlo de un modo concreto esto era sin duda una indirecta a los bolcheviques, atemperada sólo ligeramente por la formal advertencia contra los peligros de lo informe. Y como declaración de política tenía bastante de ruda ironía, ya que nada estaba más lejos del modo de obrar que en la práctica tenía el SDKPiL. Claro está que Jogiches se refería a la masa de adeptos que el partido había ganado durante la revolución, que trataba angustiosamente de retener, así como a la necesidad de unir a todos los miembros en la lucha de clases. Mas para quienes lo escuchaban, algunos de los cuales estaban al borde de la rebelión contra su arbitrariedad personal y toda la oligárquica dirección del extranjero, estas palabras deben haber sonado extremadamente cínicas. Como Rosa no asistía al congreso no pudo captar los matices que presagiaban problemas, pero es fácil ver por qué consideraba ella que el congreso había sido una victoria para sus ideas y sus principios rectores.

En un asunto empero hubo casi opinión unánime en el SDKPiL: la cuestión nacional. No hubo necesidad de detenerse mucho en ideas ya perfectamente establecidas. No obstante, el tema recibió un esmerado tratamiento teórico de Rosa en la revisión, en forma de declaración cabal y puesta al día de la posición del SDKPiL. Su artículo, "La autonomía y la cuestión nacional", era la más completa y perfecta exposición de su modo de ver que saliera jamás de su pluma, y fue el que Lenin utilizara después cuando tomó el tema como arma contra ella. El hecho de que ese artículo fuera un texto clásico de la cuestión nacional, y la complicada y cuidada forma de la discusión en el desarrollo de la polémica ulterior, nos hace preferir que su examen se haga por separado (véase Apendice).[39]

[37] L. Trotsky, "W czym sie roznimy (Losy rewolucji rosyjskiej)" (¿En qué diferimos?) (El sino de la revolución rusa), *Przeglad Socjaldemokratyczny*, 1908, n. 5, pp. 405-18.

[38] *Sprawozdanie... VI zjazd*, pp, 105-106.

[39] "Kwestia narodowosciowa i autonomia", *Przeglad Socjaldemokratyczny*, 1908, t. VII-XII, n. 6, pp. 482-515. n. 7, pp. 597-631; n. 8-9, pp. 687-710; n. 10,

A estas alturas es evidente que, aparte de las cuestiones de política y las actitudes conscientes, el SDKPiL había padecido cambios más sutiles pero profundos. Por primera vez desde su fundación había logrado su deseo —y aun su razón de ser oficial— de tener el apoyo de la masa. El declinar de las posibilidades revolucionarias en Rusia abría grandes brechas en el apoyo al SDKPiL, pero aunque no había cifras, el partido nunca volvió a quedar en la estrechez de una dirección sin adeptos. De todos modos, una vez más se desplazó el énfasis de la jefatura política y el centro de gravedad político al extranjero, en parte a Cracovia —el punto más cercano de contacto con la Polonia ocupada por Rusia— y en parte a Alemania, donde vivían Rosa Luxemburgo, Jogiches, Marchlewski y otros dirigentes. El papel del SDKPiL dentro del partido ruso creó un tercer centro de gravedad polaco en París, donde estuvo el cuartel general ruso desde 1908 hasta 1912, en que Lenin trasladó su comité bolchevique a Cracovia y dividió el RSDRP.

Pero esto no condujo de todos modos a ningún aflojamiento de la estructura organizacional del SDKPiL. Lejos de someterse a un control más democrático como consecuencia del acrecentamiento revolucionario, la dirección en realidad se endureció en la política y la organización. Hasta cierto punto esto era un proceso normal, siquiera oculto, que siempre acompaña al crecimiento de los partidos; y correspondía, por ejemplo, a lo que se producía dentro del SPD. Pero aparte de las relaciones entre los dirigentes y los miembros esta tendencia afectó también a las relaciones de los dirigentes entre sí. A diferencia de los bolcheviques, el SDKPiL había sido antes de la revolución una asociación mucho más laxa de individuos destacados que cooperaban para ciertos fines y seguían su propio camino en otros: el grupo de iguales que ya describimos. Pero desde su vuelta de Varsovia, Jogiches había endurecido el control a tal punto que se parecía mucho al de Lenin. La historia del SDKPiL desde 1907 hasta 1914 no puede comprenderse sin comprender a su jefe Leo Jogiches.

El tono uniforme y la argumentación formal de sus discursos no deben engañarnos y hacernos tomar la apariencia por la realidad. Era capaz de ser un dirigente duro e intolerante que no permitía oposiciones; sus modos de tratar a quienes se le oponían, si bien menos polémicos que los de Lenin, no eran menos efectivos. Los que estaban en desacuerdo con él preferían renunciar, y entre 1908 y 1911 varios miembros del comité central del SDKPiL —el comité ejecutivo polaco— se

pp. 795-818, 1909, t. VI-IX, n. 12, pp. 136-63; n. 14-15, pp. 351-76. Reimpreso *in toto* en Rosa Luxemburgo, *Wybór pism* (obras escogidas), t. II, pp. 114-67. Las polémicas de Lenin en *Prosweshchenie*, 1913-14, reimpresas en *Sochineniya*, t. XX, pp. 365-424.

retiraron calladamente. Los que quedaron fueron sometidos a una disciplina cada vez más rígida y un trato autoritario: o aguantar y callar o marcharse. A fines de 1912 le reprochaba Rosa: "A Julek [Marchlewski] sabes tratarlo debidamente a pesar de sus faltas, pero a Adolf [Warszawski] insistes en tratarlo como a un criado. Eso le hace sufrir, y no lo merece."[40] Todavía después Marchlewski y Rosa, que por lealtad y convicción apoyaban a Jogiches en su lucha contra la organización dividida, insistían no obstante en que les dejase participar en la formulación de la política, sobre todo cuando se trataba de enfrentarse con los disidentes. El 4 de octubre de 1913 escribía enérgicamente Rosa: "Insisto en una conferencia *a trois* con Julek [y yo] para tratar de los asuntos del partido, sin la cual sencillamente no trabajaré más." Y para cerciorarse de que la cosa estaba clara, Marchlewski añadió una posdata en que se sumaba a la petición de que se celebraran reuniones regulares.[41] Estos dos vistazos entre otros muchos indican una situación muy diferente de la apariencia exterior de uniformidad que presentaba el SDKPiL, que hizo parecer tan incomprensible a todos los espectadores la escisión de 1911.

La posición de Rosa en el movimiento polaco durante aquellos años era muestra de una insólita y en ella casi única sumisión a una disciplina que respetaba intelectualmente, pero que en lo personal odiaba y despreciaba. La presencia física de Jogiches era penosa para ella, pero al mismo tiempo nunca trató de evitar las reuniones necesarias con él ni rechazó ninguna tarea de partido. A Luise Kautsky se quejó medio en broma en varias ocasiones de la imposición de sus obligaciones con "mis polacos", pero sabía que su papel en el movimiento polaco era de vital importancia. Hasta 1911 fue el principal portavoz del SDKPiL en materia de teoría. Era no sólo la más importante colaboradora del periódico teórico del partido polaco, *Przeglad Socjaldemokratyczny*, sino además el principal consejero de Jogiches en materia editorial. Todos los artículos pasaban por sus manos y casi todas sus cartas a Jogiches en este periodo tienen que ver con comentarios de cuestiones editoriales. Buena parte de la fama del SDKPiL en el partido ruso y más allá se debía a la calidad de esta revista, que durante un tiempo fue probablemente la más interesante y estimulante de todas las publicaciones socialistas de la Segunda Internacional. Los temas tratados abarcaban una gama tan amplia como los de la *Neue Zeit*, pero sin la pedantería y la atmósfera a menudo excesivamente académica de ésta. El debate entre Lenin y Trotsky sobre la índole de la revolución se desarrolló en parte

[40] Cartas Jogiches, IML (M).
[41] Ibid., 4 de octubre de 1913.

en las páginas de *Przeglad Socjaldemokratyczny* en 1908.[42] De hecho, cubría todas las cuestiones de capital importancia del día —si no había quien contribuyera de fuera se recurría a Rosa Luxemburgo, a veces con urgencia, para que pasara a la acción. Jogiches y Rosa hacían cuanto podían para mantener al periódico más popular del partido en distribución clandestina en Polonia junto con el "denso" teórico; el *Czerwony Sztandar* se siguió publicando —aunque con intermitencias— hasta inmediatamente antes de la guerra. En 1910 siguió a un nuevo periódico, *Mlot* (El Martillo), otro más, *Wolny Slos* (Voz Libre) en 1911, y aún hubo otros cuatro en diversas ocasiones antes de 1914. Para estos periódicos más populares escribieron también los mejores talentos polacos. El SDKPiL contaba con mejores publicaciones, tanto en calidad como en distribución venturosa en la patria, que ninguna otra organización rusa o polaca.

Rosa Luxemburgo representaba también de un modo peculiar a su partido polaco en el SPD. Era esto consecuencia lógica de su posición en el movimiento alemán; ella y Marchlewski eran los únicos polacos *persona grata* y personalmente conocidos para los dirigentes alemanes. Pero había un peligro en la explotación indiscriminada de esta posición, tanto que se vio obligada a señalar a Jogiches después de la escisión del partido polaco que "no puedo acudir a los alemanes con todos los escándalos grandes y pequeños del partido sin poner en peligro toda nuestra posición".[43] Pero en general ejecutaba esas órdenes escrupulosamente y da la medida de su éxito el que su puerta abierta con el comité ejecutivo alemán no se había modificado, al parecer por su actitud cada vez más opuesta en los asuntos del partido alemán.

Pero todas estas actividades eran hasta cierto punto marginales. Su papel en la formulación de la política SDKPiL, en relación con el de elaboración de la misma por escrito o la negociación con los alemanes, era de toda evidencia menor de lo que había sido antes de la revolución, y siguió reduciéndose continuamente. Las sugerencias contenidas en las cartas a Jogiches por lo general no eran atendidas —y no era Rosa capaz de aceptar mucho tiempo esa situación.[44] Por eso al final declinó su

[42] Lenin, "Przycynek do oceny rewolucji rosyskiej" (Comentario sobre la evaluación de la revolución rusa), *Przeglad Socjaldemokratyczny*, 1908, n. 2, pp. 102-11, *Sochineniya*. t. xv, pp. 35-47; la respuesta de Trotsky, *supra*, p. 406, nota 37. La traducción de Lenin pudo haberla emprendido Rosa Luxemburgo (aunque este privilegio lo reclamó después un tal Waclaw Konderski).

[43] Cartas Jogiches, IML (M).

[44] La prueba es indirecta pero concluyente. Como muestran las cartas de Jogiches (y las de Marchlewski a Jogiches, y de Rosa Luxemburgo a Marchlewski), ella opinó en diversas cuestiones —a veces sin que se le pidiera, y otras sí. De modo semejante estaba informada de la mayoría de las decisiones tomadas por el comité

interés por el movimiento polaco. Disciplinadamente contribuyó en la disputa con la oposición del partido, y su lúcida y vigorosa pluma era esencial para el combate público en la prensa alemana y polaca y en la defensa de la causa del comité central ante la Internacional. Pero es significativo que la cantidad de sus escritos sobre asuntos polacos después de 1911 bajó mucho; en 1913 publicó sólo un artículo en polaco, y ya no volvió a publicar ninguno más.

Con frecuencia hemos mencionado la escisión del SDKPiL, y es menester ahora que nos lancemos a exponer uno de los más oscuros y difíciles episodios de la historia del socialismo polaco, aunque no atañe directamente a Rosa Luxemburgo.[45] No era del todo una pendencia cantonal. La división del SDKPiL en dos grupos, ruidosamente polémicos, tuvo vastas repercusiones en el movimiento ruso y también se impuso a la conciencia alemana, sobre todo con el caso Rádek —aunque en realidad nunca supieron cabalmente de qué se trataba. Afectó mucho a la estabilidad y la evolución del socialismo polaco, en el que Rosa era un personaje importante; también aceleró la desilusión de Rosa con el SDKPiL e indirectamente hizo que ella dedicara mayor atención a los asuntos de la Internacional y del partido alemán. Pero en su calidad de consejera de Jogiches —cada vez más autonombrada, ya que él persistía en no hacer caso de sus consejos— no podía escapar a la participación privada o pública en la polémica creada por el asunto. Aunque no era miembro del comité central —su ordenanza propia de abstención de la preguerra seguía en pie—, su nombre aparece en varios de los desplegados públicos que cual andanadas lanzaba el cuartel general contra la oposición.

Dos fueron los factores que contribuyeron a la escisión. El primero fue la jefatura de Jogiches. En el sexto congreso en diciembre de 1908, saltó a la cara de la dirección cierto grado de insatisfacción, que se manifestó en forma de críticas a su política; como en Alemania, los antagonismos personales y sociales dentro del partido tendían a expresarse en discusiones sobre política, más que sobre acciones o incluso papeles desempeñados. Entre 1908 y 1911, tres importantes dirigentes po-

central, aunque no de todas. Pero las actas del comité central, que en general se conservan, no indican ninguna referencia hecha ni atención prestada a sus opiniones. (*Sprawozdanie ZG*... en ZPH.)

[45] Hay gran cantidad de material polémico después de la división, cada lado denunciando al otro y utilizando versiones no siempre exactas de los acontecimientos pasados. Se halla mucho material de fuentes originales acerca de estos acontecimientos en los archivos del SDKPiL en ZHP, en Varsovia, así como en los archivos del SPD en Bonn y del IISH en Amsterdam.

lacos dimitieron por turno del comité ejecutivo: Malecki, Hanecki y Leder.

Las cuestiones de política en que había desacuerdo se plasmaron primeramente en torno al problema sindical. La revolución había prolongado en forma básicamente espontánea la actividad sindical y a pesar de la rápida declinación de su membrecía después de 1907, se conservó cierta cohesión organizativa. La legislación oficial había dispuesto la posibilidad de que hubiera sindicatos legales, con tal de que no estuvieran conectados con ningún movimiento político. El debate en el SDKPiL se enfocaba sobre la alternativa de apoyar —al menos en parte— a los sindicatos legales organizados independientemente o bien apoyarse en organizaciones ilegales pero controladas de muy cerca, y necesariamente mucho menores. Rádek, Leder y otros apoyaban la idea de sindicatos legales, del mismo modo que en el partido ruso había un cuerpo de opinión en su favor. El comité ejecutivo estaba firmemente en contra de esta proposición; a Jogiches no le interesaban mucho las organizaciones de masas que él no pudiera controlar, mientras que Rosa conocía demasiado bien las actividades de los sindicalistas alemanes libres del control del partido para insistir desde el principio en que una organización semejante quedara estrictamente subordinada a la socialdemocracia política. Escribió a Jogiches que estaba firmemente contra los sindicatos independientes y que no veía la necesidad de hacer que semejante idea ganara terreno en el partido polaco, y ni siquiera quería que se discutiera.[46]

Otra cuestión litigiosa era la relación con el PPS. Había entre muchos miembros del partido un sentimiento callado pero creciente en favor de la izquierda PPS: la convicción de que desde que fuera expulsada la fracción revolucionaria la posición de combate de los partidos había perdido mucho de su sentido. En lugar de atacar continuamente al PPS se debían hacer esfuerzos para atraerlo más a la órbita socialdemócrata. Aquí también pensaban igual Jogiches y Rosa: en forma estrictamente negativa. Para ellos, las diferencias tenían un contenido mucho más hondo de lo que les parecía a los miembros más recientes, más estrechamente envueltos en los problemas cotidianos de la confrontación dentro de Polonia misma.

Era evidente que la oposición se estaba reuniendo en torno a un núcleo geográfico en Cracovia, que a su vez tenía las más estrechas relaciones con las organizaciones del interior. Tanto el apoyo a los sindicatos legales como el deseo de un acercamiento con el PPS eran en cierto modo la expresión de los obreros prácticos, que tenían el pro-

[46] Cartas Jogiches, 1909 (?), IML (M).

blema del conflicto diario con el PPS, así como el hostigamiento de las actividades policiacas indiscriminadas, mientras que la intransigencia de la dirección del partido databa en parte de tiempo atrás y de experiencias extrañas (de Suiza y Alemania), y en gran parte era la negativa a moverse de una posición teórica bien cimentada. Pero había mucho más que una mera rivalidad entre Cracovia y Berlín, entre los activistas de tipo práctico y los emigrados intelectuales. Los que como Rádek y Leder reflejaban las ideas de la oposición entre los emigrados, necesariamente propagaban sus opiniones de un modo informal; unos cuantos artículos cuidadosamente redactados en la prensa del partido antes de 1911 son apenas prueba de la existencia de una verdadera oposición. En el verano de 1910, Jogiches todavía logró persuadir a Rádek de que retirara un artículo ya aceptado para *Czerwony Sztandar* por la razón de ser "de espíritu oportunista" y que su publicación podía resultar perjudicial.

La despótica negativa de Jogiches a ceder a la creciente presión en favor de que se discutieran de un modo más general aquellas cuestiones de política provocó una crisis. En 1910, Hanecki viajó por Alemania y Austria y estudió con varios miembros bien conocidos del partido la posibilidad de una oposición más declarada.[47] Este viaje de un importante dirigente que había sido miembro del comité central desde 1903 y cuyas relaciones con las organizaciones del interior de Polonia y Rusia eran tan buenas como las de cualquier otro, resultó decisivo. Los estados de resentimiento, vagos, incipientes y en gran parte personales, cristalizaron en un intento organizado de oposición a la política del comité central y pronto de impugnación de la autoridad de aquel organismo. Únicamente la unidad del partido se había visto sometida a la tensión de una disputa con Trusiewicz, quien había creado un grupo oposicional (Solidarnosc) dentro del SDKPiL para contrarrestar la intransigente actitud antiPPS del comité central. Resultó esto anuncio de acontecimientos más graves.[48]

Encima de estos problemas polacos llegó la repercusión de la maniobra faccional en el partido ruso, en que estaba muy implicado el SDKPiL. En conjunto, éste apoyaba a los bolcheviques, como hemos visto. En

[47] Karl Rádek, *Meine Abrechnung*, Bremen, 1913, p. 57.

[48] Trusiewicz (Zalewski) fue durante mucho tiempo el petrel de la tempestad de la socialdemocracia polaca. Él más que nadie había defendido últimamente el acercamiento a la izquierda PPS. El tribunal de partido que examinó su caso en 1909 era típico signo de los tiempos —y entre paréntesis un precedente del caso Rádek. Algunos de los documentos relacionados con el proceso contra él se conservan (*Sad partyjny nad K. Zalewskim*, ZHP). Trusiewicz se unió a los bolcheviques en 1918 y murió un año después.

una carta a Jogiches, Rosa decía que la preferencia del partido polaco por los bolcheviques era cuestión de principio así como de táctica, por más que en Lenin y los bolcheviques hubiera aspectos de "salvajismo tartaromongol" que a veces habían de hacer la relación incómoda.[49] Mientras se tratara de asegurar el ascendiente bolchevique en un partido unido y el éxito de la política de Lenin, los bolcheviques podían contar con el apoyo polaco. Pero en 1910, esta supremacía, que requería constante negociar con los aliados y maniobrar dentro del RSDRP, ya no satisfizo a Lenin. Estaba decidido sea a expulsar a los mencheviques y los llamados liquidadores del marco organizacional del RSDRP, sea a fundar una organización totalmente distinta para los bolcheviques. Pero siendo Lenin, no tenía la intención de quedarse aislado como un movimiento grupuscular; quería irse, pero con la ropa de los contrarios además. Los bolcheviques serían el RSDRP y los otros el grupúsculo aislado. Pero su intención no era manifiesta entonces y Lenin, naturalmente, hacía cuanto podía por disimularla. Además, las maniobras y negociaciones durante todo 1910 y 1911 no fueron muy complicadas sino que se llevaron a cabo en una profusión de comités y organizaciones de índole puramente temporal y táctica. Cada grupo trataba de hacer proliferar esas organizaciones y reclamaba legitimidad para ellas dentro del partido.

Los polacos habían desempeñado un papel particularmente importante en la lucha por el control del órgano central del RSDRP, *Sotsial-Demokrat*. Jogiches había trabajado en la comisión editorial y después de 1907 transmitió su función a Warszawski, quien vivía permanentemente en París y casi estaba dedicado por completo a los asuntos rusos. Fascinado por Lenin, empezó a defender las opiniones de los bolcheviques en el comité central del SDKPiL mucho más que a representar a éste en los consejos del partido ruso.[50] Por eso le hacían sentir "los defectos de la troika de Berlín" siempre que había algún desacuerdo entre los bolcheviques y los polacos.[51] La troika de Berlín eran Jogiches, Leder y Marchlewski. Al irse haciendo más abiertamente centrífuga la táctica de Lenin, la actitud del comité central se endureció, y las cartas de Warszawski también, en protesta por este "cambio de orientación". Al fin, el comité central revocó a Warszawski en septiembre de 1910 y ocupó su puesto Leder, más "duro". Pronto parece haber sufrido Leder la misma fascinación. En 1910 "con frecuencia había pregonado opi-

[49] Tomado de las cartas Jogiches, 10 de agosto de 1909. *Protokoly soveshchaniya rasshirennoi redaktsii "Proletariia" iiul', 1909*, Moscú, 1934, pp. 260-63.

[50] Véanse sus cartas al comité central durante este periodo en la colección *Pisma A. Warski z Paryza do ZG w Berlinie*, en ZHP, Varsovia. Véase también Jan Sobczak, "Z dziejów udzialu..."

[51] Sobczak, loc. cit.

niones antibolcheviques, en la comisión editorial, contra su propia conciencia".[52]

Pero los contactos entre los dos partidos no se limitaban a esto. Las maniobras dentro del partido ruso eran en buena parte una confrontación de poder, basada en votos y fondos. A cambio de su apoyo a la política bolchevique, el SDKPiL recibía subsidios de los bolcheviques del producto acumulado de las incursiones armadas que efectuaban en Rusia y de otras fuentes.[53] Hacia fines de 1910 hallamos a Jogiches en diversas reuniones en París, convocadas por Lenin o sus más cercanos partidarios, junto con Kámenev, Zinóviev y Ríkov.[54] Cuando los mencheviques y los delegados del Bund habían sido obligados a salir mediante maniobras del comité central del partido ruso, Jogiches figuró de nuevo entre los partidarios que les quedaban a los bolcheviques. Pero ahora surgía entre los propios partidarios bolcheviques de Lenin un cuerpo de opinión que no estaba dispuesto a llegar hasta la ruptura oficial y definitiva. A éstos se les llamó los "conciliadores" bolcheviques, una de las desdeñosas designaciones que tenía Lenin para sus contrarios o sus partidarios tibios. De acuerdo con la política establecida del SDKPiL, de conservar por lo menos la apariencia de la unidad, Jogiches fue una de las principales figuras de este grupo. Frente a la clara alternativa de un partido ruso o dos, los conciliadores y los bolcheviques leales a Lenin se enfrentaron en manifiesto desacuerdo. En las postrimerías del verano de 1911, las "maniobras rusas", como dijo Rosa Luxemburgo, se resolvieron en un conflicto cara a cara entre Lenin y Jogiches.

La fuerza de Jogiches tenía dos fuentes principales. Una era el apoyo al punto de vista polaco manifestado por un creciente grupo de conciliadores, quienes controlaban las organizaciones que el propio Lenin había contribuido a montar para quebrantar el poder del comité central, donde tenían fuerza los mencheviques. Actualmente esas creaciones —la comisión de organización y la comisión técnica —eran los órganos en que se juntaba contra él el poderío de los conciliadores. La otra base de movilización de Jogiches contra Lenin eran sus relaciones alemanas. Esto tenía gran importancia en el partido ruso. Una cantidad de dinero —la llamada herencia Schmidt— que había dejado al RSDRP un joven simpatizante de la socialdemocracia, hubo de ser colocada

[52] *ZHP*, fondo 179, n. 623.

[53] Véase *Protokoly soveshchaniya... 1909,* p. 126. Son las actas de la junta editorial de *Proletarii,* durante cierto tiempo el periódico bolchevique, hasta que el grupo de Lenin obtuvo el control virtual del órgano oficial, *Sotsial-Demokrat.* La junta editorial de *Proletarii* hacía más o menos de centro organizacional del grupo. El subsidio para los polacos y otros aliados se discutía regularmente en aquellas reuniones.

[54] L. Schapiro, *The CPSU,* p. 120.

bajo el control de tres fideicomisarios —Kautsky, Mehring y Clara Zetkin— mientras se producía un acuerdo entre los bolcheviques y los mencheviques. En la lucha por el poder de Rusia era un arma de vital importancia el fácil acceso a esos fideicomisarios y la facultad de persuadirlos. Jogiches podía confiar en Rosa, quien tenía gran amistad personal con Clara Zetkin y conocía bien a Mehring, aunque en el verano de 1911 todavía eran indiferentes el uno para el otro; y con Kautsky, naturalmente, estaba trabada en disputa. De todos modos, los tres fideicomisarios —custodios renuentes de lo que resultó un nido de avispas— estaban encantados de contar con el consejo de alguien que los librara del rumor de interés egoísta que emanaba de todas partes de Rusia. Jogiches tenía una posición firme. Y los dos futuros contendientes gustaban del combate cuerpo a cuerpo que se anunciaba.[55]

Fue Jogiches quien perdió el combate, por combinación de mala suerte y poca habilidad. Sus más importantes favorecedores en el partido ruso, que habían ido a Rusia para preparar una conferencia de todo el partido, pronto fueron detenidos: Nogin y Lindov en abril de 1911 y Ríkov en agosto del mismo año.[56] La policía rusa de aquel tiempo tenía particular interés en apoyar a los bolcheviques partidarios de la desunión. Con el fin de impedir una socialdemocracia unida y por ende más peligrosa, la Ojrana tenía instrucciones de dedicarse a detener a los conciliadores.[57] Reducido así el número de sus partidarios, las organizaciones en que Jogiches se apoyaba no podían sobrevivir. En octubre de 1911 Jogiches mostró su juego francamente. La comisión técnica se negaba a proveer más fondos para la publicación de *Sotsial-Demokrat* y los bolcheviques tenían que pedir prestado. Lenin estaba decidido a que

[55] La posición de Jogiches puede verse mejor por el siguiente extracto de la correspondencia con Kautsky: "Por correctas que sean las acusaciones de Lenin contra Mártov, Dan y su tendencia [...] él no es nada objetivo en su juicio acerca de otros grupos, *Vpered* y *Pravda* [Trotsky]. Estos grupos que él denomina anarquistas y 'liquidadores' aceptan la base de reconocer el partido ilegal [...] La cooperación con estos elementos [...] es no sólo posible sino esencial [...] [Lenin] quiere aprovechar el caos del partido para conseguir dinero para su propia facción y asestar un golpe mortífero al partido entero antes de que pueda reunirse ningún pleno." (30 de junio de 1911.)

"Me parece esencial una respuesta inmediata y negativa a la petición de Lenin de que se tome una decisión final acerca del dinero, puesto que Lenin manifestaba la intención de llevarse a sus representantes de la comisión y de disolverla." (10 de julio de 1911.)

Fondo G4 (*Russenfond*), IISH. La relación entre dinero y poder en el RSDRP en aquel tiempo se desprende claramente de la última frase.

[56] El último fue denunciado por un agente policiaco disfrazado de miembro de la facción bolchevique.

[57] Véase M. A. Tsyavolvskii (ed.), *Bolsheviki. Dokumenty po istorii bolshevisma... byvsh moskovskago ojrannogo otdeleniya...*, Moscú, 1918, pp. 48 y ss.

dejaran de existir tanto la comisión técnica como la de organización. En noviembre revocó a sus miembros, quienes salieron de ambas organizaciones llevándose los fondos en caja. Todo cuanto podía hacer Jogiches era denunciar públicamente a Lenin, y lo hizo. Pero así era nada más uno de tantos cuyo único medio de desquitarse de la objetable pero triunfante táctica leninista de escisión era recurrir a la literatura.

Es difícil reconstruir la posición de Rosa en todo aquello. Según confesó a Luise Kautsky, ella no sabía mucho de los acontecimientos que se desarrollaban "en el campo de batalla ruso en París, en que Leo está metido hasta el cuello con telegramas y cartas diarios".[58] Lo que ella sugería para tratar con los díscolos rusos reflejaba con bastante fidelidad lo que pensaba Jogiches, pero sin el elemento de implicación personal; una conferencia a como diera lugar, mas de los miembros del partido en Rusia y no meramente de los "gallos de pelea" del exterior. Pero probablemente su ignorancia de los detalles era parcialmente fingida. Trató con Clara Zetkin y Kautsky acerca del dinero de parte de Jogiches, aunque tuvo buen cuidado de no ser importuna ni de parecer demasiado partidaria. De todos modos, cuando Mártov publicó un panfleto en que descubría las tretas financieras bolcheviques ella se unió al coro de protestas airadas —en beneficio de los oídos alemanes— y Kautsky sin duda tomó de ella su propia inspiración condenatoria.[59] Para los mencheviques, Rosa Luxemburgo era sencillamente el partidario más activo que tenía Lenin en Alemania, y en la práctica arrastraba consigo a la ingenua Clara Zetkin. Axelrod y Trotsky fueron a meterse entre bastidores en el congreso del SPD, en Jena, en septiembre de 1911 para conseguir a fuerza de halagos que Kautsky tomara una decisión favorable acerca del dinero. También a Haase lo solicitaron; lo principal era que no los descubriera "ningún delegado amigo de la Zetkin o la Luxemburgo".[60] En febrero de 1912, cuando las relaciones entre Lenin y Jogiches ya estaban rotas, Rosa todavía procuró al emisario de Lenin, Poletaev, una presentación para Kautsky.[61] Lo más importante es que pidió a Jogiches por lo menos en dos ocasiones que no se sirviera del dinero para chantajear, una vez en relación con los fideicomisarios y otra cuando la comisión técnica, presidida por Jogiches, negó a Lenin

58 *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 160.

59 I. Mártov, *Spasiteli ili uprazdniteli* (Salvadores o Demoledores), París, 1911. *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 161. Véase también la colección especial de papeles (*Russenfond*) pertenecientes a la actividad de fideicomisario de Kautsky en IISH, Amsterdam —retirados ahora hasta su publicación (¡tal vez en la década siguiente!).

60 *Pisma P. B. Akselroda i I. O. Martova*, Berlín, 1924, p. 127.

61 *Russenfond*, IISH. Véase también N. Poletaev, *Vospominaniya o V. I. Lenine*, Moscú, 1956, t. I, p. 272. O. Piatnisky, *Zapiski bolshevika*, p. 153.

los fondos para publicar el *Sotsial-Demokrat*. Pero formulaba sus advertencias fría y desapasionadamente, sin mucha esperanza de que la escucharan.[62] Como veremos, no estaba dispuesta a seguir a Jogiches en una condenación desenfrenada de Lenin después de la pelea de París, ni siquiera cuando Lenin la atacó abierta y específicamente en 1912.

Estos acontecimientos tuvieron su efecto incluso en el partido polaco, que desde 1910 estaba al borde de la división. Aunque, en general, Jogiches obraba dentro de la política establecida del SDKPiL, la mayoría de los dirigentes polacos pensaban que su implicación tenía un aspecto más personal, de prosecución de fines y ambiciones privados. La virtual exclusión del SDKPiL de los consejos de la sección "viva" del partido ruso proporcionaba útil munición a una directiva ya agitada contra Jogiches. La sección berlinesa del SDKPiL escribió una enérgica carta de protesta al comité central en que hablaba de la "grosera negligencia" de éste por no haber tenido al partido informado de esos sucesos.[63] Pero no debemos tomar este documento demasiado al pie de la letra, como prueba de negligencia; era más bien un arma ofensiva.

La oposición en el partido no tenía la intención de forzar una ruptura al estilo de Lenin. Teniendo relaciones particularmente íntimas con las organizaciones locales de Varsovia y Lódz, Hanecki y sus colegas estaban en condiciones de mover a sus partidarios para que ocuparan posiciones de autoridad. Pero cuando llegaron a Berlín dos representantes de la oposición para negociar con el comité central, pronto los pasaron a un tribunal de partido.[64] Después de esto, en el otoño de 1911, dos organizaciones locales, y en particular la de Varsovia, desafiaron abiertamente a la dirección de Berlín y organizaron una conferencia de oposición en la capital para diciembre. Después de algún acalorado intercambio de opiniones en público, el comité central declaró disueltas ambas organizaciones locales, pero éstas se negaron a aceptar su propia disolución y anunciaron su intención de seguir existiendo, independientemente del comité central. A su vez envió circulares al Bureau de la Internacional así como al partido alemán y a otros para comunicarles que había ahora una organización disidente que no tenía ninguna vigencia en el partido. La ruptura, ya oficial y pública, dividió las organizaciones de las dos ciudades principales y de las demás localidades en dos: una que seguía leal al comité central de Berlín (*zarzadowcy*) y la otra que apoyaba a

[62] Cartas Jogiches, a partir de octubre de 1911, IML (M).
[63] *List sekcji berlinskiej SDKPiL do ZG,* 22 de julio de 1910, ZHP, Varsovia.
[64] Véase carta de Leder a Henke, 17 de enero de 1913. Ésta fue después dirigida como carta abierta en polaco al comité central del SDKPiL. En los papeles de Henke, en los Archivos del SPD, Bonn (en alemán) y en un panfleto impreso en ZHP, Varsovia (en polaco) se hallan copias.

los "escisionistas (*rosamowcy*) o, como a veces se le llamó, la Oposición SDKPiL (*opozycja*). Al principiar 1914, la Oposición organizó un comité ejecutivo propio, llamado comité nacional (*Zarzad Krajowy*) en Cracovia, mientras el comité ejecutivo de Berlín seguía con su antiguo título (*Zarzad Glowny*).

Los leales partidarios del comité central se congregaron en torno al núcleo de quienes habían fundado el SDKP original, antes de 1900 y lo habían criado durante toda su infancia. Los cuatro mosqueteros seguían juntos: Jogiches, Rosa Luxemburgo, Marchlewski y Warszawski. Salvo las antiguas lealtades, es difícil decir por qué; Marchlewski y Jogiches no armonizaban personalmente, aunque siempre se trataron con circunspección. Warszawski se había visto arrastrado a la órbita bolchevique en París, y por esa razón le habían dado órdenes de regresar; Jogiches lo trataba con muy pocas ceremonias. Y Warszawski de hecho nunca podría llegar a sentir con tanta vehemencia como Jogiches respecto de la oposición. Pero como los demás, tenía un amor muy real por el partido que había contribuido a fundar y fue él el principal instrumento de su reunificación durante la guerra. Más que otros, Warszawski defendía la realización práctica de la unidad de la clase obrera no sólo en la dividida socialdemocracia sino también con la izquierda PPS.

Entre quienes apoyaban al comité central estaba Feliks Dzerzhinsky. Solamente después del arresto de este fanático personaje, devoto organizador, pudo el comité nacional asentarse en terreno propio. Su adhesión era tanto más sincera dado que Lenin, que tenía muy buena vista para los revolucionarios y partidarios potenciales, había conocido a Dzerzhinsky desde 1906 y lo había cortejado sin cesar; había de obtener su obediencia de todo corazón en 1917. En los pocos meses que estuvo en libertad después de la escisión declarada, Dzerzhinsky hizo un papel extrañamente esquizofrénico, apoyando al comité central en la cuestión polaca pero apoyando con no menor firmeza a Lenin en Cracovia en su táctica divisora rusa.[65]

[65] A muchos historiadores occidentales de la historia del bolchevismo les han fascinado tanto las maniobras de Lenin, que ven su mano en toda división faccional dentro de la órbita del RSDRP antes de 1914 (por ejemplo Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, pp. 106, 123-24 y en particular p. 129: "[Lenin] había poco antes dirigido una ruptura destinada a dejar a los dos dirigentes Tyszka y Rosa Luxemburgo aislados en su partido".) Un estudio detenido del papel y la actitud de Dzerzhinsky en este periodo muestra claramente que cualquier beneficio que Lenin obtuviera de la división polaca no fue ciertamente debido a sus manejos. Dzerzhinsky era el partidario más cercano de Lenin entre los polacos en cuestiones rusas. "Tocante a la política del OC [*Sotsial-Demokrat*, el órgano central del partido], estoy de acuerdo con ella en lo que me permite mi conoci-

Contra la antigua dirección se alineaban Hanecki, Unszlicht, Malecki y Ettinger, junto con una tropa de reclutas más jóvenes, como los hermanos Stein —y naturalmente Rádek. Hanecki era el jefe indiscutible de la oposición. Ni la historia de estos individuos ni su carrera futura dan una explicación general satisfactoria de su alineamiento. Hanecki se hizo el agente confidencial de Lenin, y eso era mucho más que ser tan sólo un bolchevique; para 1917 prácticamente había cortado su conexión con el movimiento polaco y estaba en Estocolmo realizando negociaciones ultrasecretas, para Lenin, con Alemania, con el fin de obtener fondos y apoyo. Algunos de los compañeros más cercanos de Lenin veían su papel con suspicacia y no gustaban de su afable apariencia, que incluía un ojal ostentoso e invariable, pero Lenin siempre lo defendía vigorosamente. Unszlicht también se unió a los bolcheviques después de la revolución y durante cierto tiempo ayudó a Dzerzhinsky en la Cheka (policía de seguridad soviética), y después fue diplomático y funcionario bolchevique. Pero también Dzerzhinsky y Marchlewski se unieron a los bolcheviques, en 1917 y 1918 respectivamente, de modo que es un error querer ver demasiada profundidad en esta relación entre la oposición polaca y los bolcheviques.

Unos cuantos dirigentes tomaron posiciones neutras o intermedias semejantes a la de Trotsky en el partido ruso antes de 1914. El más im-

miento de estas materias —sólo quiero ir más allá y declarar mi cabal solidaridad con la política de Lenin." (Dzerzhinsky a Jogiches, 13-14 de febrero de 1911, ZHP, 25/4, n. 593 Kl.) De modo semejante respaldaba específicamente casi cada una de las maniobras de Lenin durante la primavera y el verano de 1911, contra los *golosowcy* (los alineados con el periódico menchevique *Golos soltsialdemokrata*). Dzerzhinsky admitía francamente que sólo podía amar y odiar de un modo total y nunca en parte. Su corazón era "completamente bolchevique" (ZHP, 25/5, n. 685 Kl). Véase Z. Dzerzhinskaya, *V gody velikij boev*, Moscú, 1964, pp. 160-68 (las memorias de la viuda de Dzerzhinsky). Zahería a Jogiches por no aclarar su política en materia rusa a sus colegas; hacía tiempo que Lenin debía "haber escupido sobre los esfuerzos [por crear] la unidad [en el RSDRP] y proseguido con su política sin más impedimento" (ZHP, 25/6, 754, Kl-2). Pero Dzerzhinsky, como los demás polacos y a pesar de su estricto apego personal a Lenin y de su corazón bolchevique, no fue más allá en la división final. Desaprobó la acción de la "comisión organizadora rusa" bolchevique al pedir la conferencia de Praga en enero de 1912, en que los bolcheviques se constituyeron en el partido oficial ruso. "De este modo el partido simplemente se dividiría en siete partes y eso significaría el final de la unidad efectiva. La situación es en extremo compleja y nosotros [Dzerzhinsky y Jogiches] tenemos que estar aquí y encontrar alguna salida." (ZHP, 25/5, M679, Kl y 25/6, M789.) Después de la misma conferencia Dzerzhinsky apoyó a los bolcheviques en principio, pero también la posición adoptada por el comité central en materia polaca. En sus restantes meses de libertad condenó rotundamente a los *roslamowcy*. Para cuando Lenin entró oficialmente en las listas polacas, Dzerzhinsky había sido capturado y se salvó así de la oposición declarada a Lenin en un momento en que los asuntos polacos y rusos ya no podían tratarse separadamente.

portante fue Leder, que trabajó en Viena en aquel periodo. Condenando al comité central por su intolerancia y en particular por su manejo del caso Rádek, Leder se negaba de todos modos a aprobar la división y no se comprometió con ninguno de los bandos. No es maravilla que la escisión del SDKPiL fuera incomprensible para el resto del mundo socialista. Las polémicas y acusaciones (entre éstas las de haber dado albergue y amparo a los espías de la Ojrana) volaron en uno y otro sentido durante los años siguientes, en todas las lenguas, y sólo contribuyeron a confundir aún más las cosas.[66]

Los acontecimientos en el interior de la misma Polonia, por interesantes y poco conocidos que sean, no nos conciernen aquí. Rosa Luxemburgo no tuvo nada que ver con ellos y su actividad en el movimiento polaco se limitó a lo referente a los emigrados. Ella también desaprobaba la táctica de Jogiches pero, como Warszawski, se sentía hondamente apegada al SDKPiL, su primer hogar político. A partir de 1911, Rosa estuvo pues en la —para ella— posición insólita de aplicar una política por la que sentía poca simpatía. Redactó muchas de las declaraciones públicas del comité acerca de la escisión y los informes al Bureau de la Internacional Socialista y al partido alemán.[67] La tarea de enlace con el comité ejecutivo alemán no siempre era fácil. Si hubiera escuchado a Jogiches, cada tercer día hubiera estado en sus oficinas con la última faceta del escándalo —procedimiento que no hubiera tardado en disgustar a los alemanes, como ella sabía bien.[68] La impresión de las polémicas cuesta dinero, y éste escaseaba sobre todo ahora que se había perdido el apoyo bolchevique, así como una parte sustancial de los miembros que pagaban cuotas. Rosa Luxemburgo tenía, pues, la desagradable tarea de sacar dinero a la directiva del SPD, con la cual estaba ella en oposición ruidosa en las cuestiones alemanes. No obstante lo lograba, aunque las sumas fueran menores que las esperadas. Jogiches quiso devolver a los alemanes una donación con una desdeñosa nota, y solamente desistió cuando Rosa le hubo demostrado la inanidad de semejante gesto.[69]

[66] El comité central había escogido especialmente a Unszlicht para el papel de agente provocador, pero sin mencionar su nombre. Hasta donde me ha sido dado descubrir, no había vestigio de verdad en la acusación. Había algunos espías en la segunda fila de la organización *roslamowcy*, pero eso era común a todos los grupos clandestinos en aquel tiempo.

[67] Véase, por ejemplo, "Do ogólu partii", *Pismo ulotne ZG SDKPiL*, junio de 1912, ZHP, también *Czerwony Sztandar*, julio de 1912, n. 188, pp. 4-6. Por desgracia hay pocas referencias en sus cartas a Jogiches sobre el tema de la escición; sin duda realizaron un intercambio a fondo de opiniones al respecto. Pero lo que tenemos señala la línea general de ella con toda claridad; véase *infra*, pp. 428-29.

[68] Ver cartas Jogiches, fines de 1912 (?), IML (M).

[69] Ibid.

Necesariamente estuvo metida a fondo en el caso Rádek. Esto era menos embarazoso para su conciencia, ya que a ella también le disgustaba el personaje —aunque tampoco aprobaba plenamente la severidad de la acción de Jogiches. Éste había decidido hacer un ejemplo del desventurado Rádek, blanco vulnerable en Alemania y cuya posición era endeble en el SPD. Tenía Rádek una pluma fuerte y viva, y su destrucción silenciaría a uno de los más persuasivos críticos del comité central. Un antiguo escándalo —o mejor dicho una serie de escándalos— fue desenterrado en diciembre de 1911 y fueron depositados ante una comisión las pruebas para que se averiguara lo que había en unas acusaciones de robo; acusaciones contra las cuales Jogiches, Rosa Luxemburgo y Marchlewski habían defendido indignados a Rádek en septiembre de 1910, cuando las suscitaron Häcker, antiguo oponente del PPS en Alemania, y Niemojewski en el periódico, muy hostil, *Mysl Niepodlegla,* como parte de una embestida antisemita contra la dirección del SDKPiL.[70] La comisión avanzaba lentamente y Jogiches no cesaba de apremiarla y finalmente la disolvió, a pesar de sus protestas, el 30 de julio de 1912. El siguiente paso fue el tesorero tribunal de partido; éste se reunió en agosto de 1912 y con poca ceremonia sentenció a Rádek a la expulsión. El comité ejecutivo alemán fue oficialmente informado de la decisión el 24 de agosto, en un documento firmado no por Rosa Luxemburgo sino por Marchlewski, uno de los convocadores del tribunal.[71] Al hacerlo, el comité central polaco quebrantaba su seudónimo y empleaba el verdadero nombre de Rádek; según éste, su salida de Bremen en 1912 se debía al peligro que para él representaba la policía de la capital.

Rosa estaba en contra de todo el procedimiento formal. "Considero el potencial de Rádek como centro de oposición grandemente exagerado y estoy contra tu plan [de un tribunal de partido]." [72] Jogiches no se dio por enterado. Como era de esperar, Rádek tuvo el apoyo explícito de todos los *roslamowcy,* así como de Leder, que esta vez se manifestó vigorosamente en contra del comité ejecutivo. Al aumentar el apoyo po-

[70] Karl Rádek, *Meine Abrechnung,* p. 57. Para los artículos de Rosa Luxemburgo véase *Mlot,* 1, 8, 15 y 29 de octubre de 1910.

[71] "Dios le ayude, porque no sabe lo que dice", escribió Rádek. Los robos de que lo acusaban eran varios: 1. Libros pertenecientes a la hemeroteca del partido; fueron el tema del ataque de Häcker. 2. Un abrigo (o alguna ropa) perteneciente a un camarada. Esto se convirtió en un tema tradicional de la mitología del partido alemán (véase Ruth Fischer, *Stalin and Serman Communism,* pp. 201-02. 3. Dinero. Éste era el cargo más serio. Rádek lo negó insistentemente, aunque admitió lo referente a los libros y la ropa.

El caso merece mayor estudio, especialmente en vista de la eminente posición que Rádek había de lograr después en el partido ruso, y de su influencia en asuntos de la izquierda alemana.

[72] Cartas Jogiches, 1912 (?), IML (M).

laco para Rádek, Jogiches apremió aún más para que el partido alemán emprendiera contra él una acción paralela, y fue Rosa la encargada de insistir para que el comité ejecutivo del SPD lo expulsara. Las circunstancias de Alemania la ayudaron considerablemente, aunque la misma acción que hizo a Rádek impopular en Alemania contribuyó a asegurarle el apoyo de la organización radical del partido en Bremen, que se oponía al ejecutivo del SPD. Consecuencia de ese apoyo fue que Rosa riñó con sus antiguos amigos del norte, Henke y Knief, así como con Pannekoek. Hubo una fase en que su posición fue casi esquizofrénica; la presión polaca la obligaba a una actitud alemana que en definitiva no podía sino desaprobar. En el congreso del partido de 1913, en Jena, donde Rádek fue expulsado formalmente del partido alemán, ella votó contra la medida de expulsión automática, porque sentaba un precedente peligroso para todos los no conformistas del partido alemán. Al mismo tiempo, la decisión polaca tenía que ser validada y respetada. Ella y Marchlewski hubieron de pelear mucho con Jogiches para que aprobara el ofrecimiento al partido alemán de que se haría por lo menos una revisión de las pruebas polacas contra Rádek en el tribunal de partido, si se pedía. Pero nunca se pidió.[73]

Parte de la campaña dirigida por Rosa Luxemburgo contra Rádek en Alemania debía mostrar que era un intruso sin apoyo digno de mención. "Entre los rusos, sólo lo apoyan personalidades sin importancia y arcaicas, como Plejánov y Axelrod, sólo las ruinas del anterior partido ruso", escribía ella en una carta a *Vorwärts,* que la imprimió de mala gana al segundo intento como declaración de "el representante más conocido del SDKPiL".[74]

Pero entonces recibió Rádek apoyo de un lugar inesperado. La persona que replicaba a Rosa Luxemburgo no era uno de aquellos desdeñosamente calificados de ruinas sino nada menos que Lenin, quien envió a *Vorwärts* una carta vesicante intitulada "Rosa Luxemburgo y el 'Comité Central' polaco siguen los pasos de Mártov". El periódico no la imprimió, pero en sus archivos quedó empolvándose.[75] Aunque cuidaba de no manifestar gran entusiasmo por la causa de Rádek, comparaba la acción del comité central con la sed de venganza bajo mano que denotaban las "revelaciones" públicas de Mártov. Ligaba la insinuación de que el SDKPiL no valía más que los mencheviques con repetidas afirmaciones de que uno y otros no eran sino vainas vacías, sin valor revolucionario

[73] Ibid., noviembre de 1913. Para el asunto alemán, véase *supra,* pp. 378-80.
[74] *Vorwärts,* 14 de septiembre de 1912.
[75] Para traducción y discusión más completa de las circunstancias véase J. P. Nettl, "An unpublished Lenin article from September 1912", *International Review of Social History,* t. IX (1964), parte 3, pp. 470-82.

o sin partidarios, que era lo mismo; naturalmente, aquel dramatismo estaba destinado a la dirección del SPD. Desde entonces, Lenin fue el más fuerte sostén de Rádek fuera del socialismo polaco, y el adversario más procaz del comité central.

La amplitud de la responsabilidad que tuviera Lenin en la escisión polaca es una cuestión difícil, y con las pruebas existentes sólo puede resolverse en parte. La división del partido polaco estaba relacionada por lo menos parcialmente con la del partido ruso. Habiendo vencido con sus maniobras a Jogiches y sus partidarios los conciliadores, Lenin pasó a la ofensiva en el terreno de su contrario —no era capaz de dejar que Jogiches polemizara en su contra sin responder. En el verano de 1912 trasladó su cuartel general a Cracovia y, como dijo donosamente su esposa, "Vladímir Ilich tenía allí la oportunidad de estar en contacto más estrecho con los socialdemócratas polacos y de estudiar su punto de vista sobre la cuestión nacional".[76] Hacía tiempo que sugiriera Dzerzhinsky el traslado a Cracovia, pero ahora eran los *roslamowcy* quienes le daban la bienvenida.[77] "Como el comité de Varsovia [el de la oposición] pedía que el partido polaco tomara una posición más definida en los asuntos internos del RSDRP, Vladímir Ilich se puso de parte del comité de Varsovia... No podía ser un mero espectador... respecto de una parte importante de la lucha general dentro del partido, tan aguda en aquel tiempo."[78]

Fuera del RSDRP, la ayuda más obvia que Lenin podía proporcionar a los rebeldes era en el plano internacional. Como Rosa, él era miembro del Bureau de la Internacional Socialista. Y fue en calidad de uno de los representantes del RSDRP —el otro era Plejánov— que replicó al anuncio del comité central con otro suyo. Rosa Luxemburgo había escrito el 8 de julio de 1912 que

> en Varsovia se ha formado un grupo disidente [...] y un pequeño grupo de miembros organizados ha cometido una serie de graves violaciones de los estatutos, la disciplina y la unidad del partido [polaco] y no ha querido aceptar los procedimientos de justicia del partido contra dos de sus representantes. [Esto no es consecuencia de] diferencias de opinión políticas sino meramente el fruto de la indisciplina y la desorganización de unos cuantos individuos y [...] agentes provocadores. Han quedado formalmente excluidos tanto de la socialdemo-

[76] Nadezhda Krúpskaya, *Memories of Lenin*, p. 175.
[77] Ibid., p. 176.
[78] Ibid., p. 179. ¿Osaríamos descubrir aquí un poco de mala conciencia acerca de tan obvia pesca en el río revuelto de otras gentes?

cracia polaca como del RSDRP, del que la primera es un miembro autónomo.[79]

Lenin replicó el 31 de agosto. Negaba toda la versión que el comité central del SDKPiL daba de la división.

1. El comité central no tiene el derecho de decidir ni anunciar quién pertenece al RSDRP y quién no. El comité central [polaco] no tiene relación con nuestro partido, cuyo comité central represento, ni pertenece a él.
2. La escisión existía ya desde que Hanecki fue *excluido* del comité central polaco en 1910.[80]

El órgano de los desidentes imprimía esta declaración con gozosos comentarios.[81]

Entonces lanzó Lenin todo el peso de su ataque contra el comité central, que calificaba de "comité sin partido".[82] Jogiches y Rosa Luxemburgo, fieles defensores de los bolcheviques hasta ahora, ascendieron rápidamente de conciliadores a liquidadores —demoledora acusación en el periodo inmediatamente anterior a la guerra.[83] Naturalmente, Jogiches replicó en el mismo tono, con un sinnúmero de panfletos en que denunciaba la táctica divisionista de Lenin en el partido ruso y su perversa influencia en los polacos. Habiendo bombardeado a Kautsky con cartas en favor de su comisión técnica en el verano de 1911 —las actividades de Rosa no eran suficientemente decisivas— ahora la zahería por no haber sido suficientemente firme en materia financiera con Lenin. La disputa prosiguió en 1912 y 1913, ensordeciendo con su fragor a aquellos cuyos oídos estaban acordados con el ruso o el polaco, e incluso con cierto número de aplicadas traducciones al alemán. Para el comité central, Lenin era ahora el enemigo particular.

Pero no debería ser totalmente sorprendente el descubrimiento de que en 1912 todavía había contacto personal entre Rosa Luxemburgo y Lenin. A fines de febrero de aquel año se presentó Lenin en Berlín para triunfar donde Poletaev había fracasado y lanzó un asalto a Kautsky

[79] Comité Central al Bureau de la Internacional, 8 de julio de 1912, papeles de Henke, archivos del SPD, Bonn.
[80] Lenin, *Sochineniya*, t. XVIII, pp. 252-53. Cursivas mías. Hanecki en realidad había dimitido.
[81] *Gazeta Robotnicza*, n. 19, noviembre de 1912.
[82] Lenin, *Sochineniya*, t. XVIII, p. 383.
[83] Para la historia de esta palabra y su justificación véase Schapiro, *The CPSU*, cap. VI y VII.

con el fin de conseguir nuevos pagos del dinero del fideicomiso. Y aprovechó la oportunidad para visitar a Rosa varias veces en dos días. "Lenin estuvo aquí ayer y hoy ha vuelto cuatro veces. Me gusta hablar con él, es inteligente e instruido —me gusta ver su fea cara [...] Mimí [la gata de Rosa, cuya aprobación de los visitantes era preliminar esencial para la simpatía de su dueña] le pareció muy imponente, un *barskii kot* [un señor gato]." No fue sino hasta la disputa en el Bureau de la Internacional, a fines de 1913, cuando verdaderamente hubo animosidad entre ellos. Nunca deben tomarse automáticamente las polémicas de Lenin como guía de sus actitudes personales. Las costumbres rusas eran exactamente lo contrario de las alemanas, *c'était la musique qui faisait le ton* [el tono lo daba la música].

La coyuntura feliz y la oportunidad para un contraataque polaco se presentó cuando Lenin llevó adelante la división final en el partido ruso insistiendo en que se separaran no sólo las respectivas organizaciones de partido sino que también se escindiera la representación socialdemócrata en la cuarta Duma. Los representantes del RSDRP, aunque divididos en bolcheviques y mencheviques, estaban laxamente controlados por sus respectivos jefes de grupo, y en el curso de 1912 se manifestó entre ellos una tendencia institucional hacia la unidad. Era la antigua dicotomía entre activistas locales, legales o ilegales, y dirigentes forasteros. Durante todo 1913, Lenin planeó separar por completo a "sus delegados parlamentarios. Era cuestión nada más de hallar una oportunidad favorable; ésta se presentó, con maniobras apropiadas para inculparlos, en octubre de 1913.[84] El grupo parlamentario socialdemócrata ruso quedaba ya dividido formalmente en dos: seis bolcheviques y siete mencheviques.[85] Cualesquiera que fueran los misterios de la lucha interna, que incluso Rosa confesaba que "le producía mareos", fue éste un acto público de desunión visible para todos. La consternación fue general.

Hacia fines de 1913, el renuente Bureau de la Internacional tuvo una vez más la cuestión rusa en su agenda. En la reunión de Londres a mediados de diciembre —la última ocasión en que Rosa Luxemburgo visitó esa ciudad— debían discutirse los planes para la reunificación. La moción formal para incluir la división rusa era de Rosa Luxemburgo. Citaba la escisión en la delegación en la Duma como "el último acto

[84] Véase A. Badaev, *Bolsheviki v gosudarstvennoi dume, Vospominaniya,* Moscú, 1964.

[85] De aquí la crucial importancia de la elección de Jagiello en Varsovia en 1913. Para sardónica diversión de Rosa, tanto Warszawski como Marchlewski trataron de conseguir que Kautsky les publicara artículos en la *Neue Zeit.* Pero el director estaba harto de polacos y rusos y así se lo dijo cortésmente —"a riesgo de desdeñosas observaciones acerca de oportunismo y de falta de carácter". (Karl Kautsky a Adolf Warszawski, 22 de enero de 1913, C. 756, IISH.)

en el curso de dos años de comprometer el creciente movimiento obrero de Rusia [...] por parte del grupo de Lenin". Como golpe oblicuo especial contra Lenin enfatizaba "la irregularidad de la representación rusa en el Bureau de la Internacional, uno de cuyos dos portavoces representa meramente a un grupo disidente creado por él mismo". Rosa Luxemburgo pedía se dieran "pasos [...] para conseguir la unidad [...] sin la cual [...] el problema [habría de] someterse al [...] congreso de la Internacional en Viena [en 1914], del mismo modo que se trató de la reunificación francesa en el congreso de Amsterdam en 1904."[86]

Lenin replicó haciendo que algunos de sus *roslamowcy* escribieran a la oficina para solicitar con urgencia la prioridad para la cuestión de la división polaca, pero Rosa pudo impedir que se adoptara en la agenda.[87]

En la reunión del Bureau el mismo Plejánov, que había sido un inesperado pero temible aliado para Lenin los dos últimos años, lo abandonó ahora, y renunció a su mandato (el segundo mandato del RSDRP) para el Bureau, que lo dio a un menchevique ortodoxo. Por desgracia, Kautsky, que estaba verdaderamente hastiado de los asuntos rusos después de su experiencia de fideicomisario, seguía empeñado en oponerse a la fórmula de Rosa. Si ella proponía que sólo los partidos representados en la oficina y miembros del RSDRP fueran llamados a reunirse para que se prepararan para una conferencia general sobre reunificación, Kautsky pedía una base más ancha de "todos los partidos interesados que se consideren socialdemócratas [...] debemos evitar juicios sobre el pasado y concentrarnos solamente en el futuro".[88]

Esto parecía una repetición de las versiones de Lenin y Mártov de los miembros socialistas en el famoso segundo congreso del RSDRP en 1903. Pero en realidad, la defensa harto obstinada por parte de Rosa de su definición, más rigurosa, tenía otro objeto. Su fórmula apuntaba a excluir a los *roslamowcy*, que no estaban representados en el Bureau de la Internacional, mientras con el plan de Kautsky hubieran sido incluidos. Es probable que los motivos de Kautsky fueran en general un deseo sincero de unidad y poco interés en prejuzgar a los grupos contendientes, pero el vivo intercambio entre él y Rosa Luxemburgo señalaba claramente que el elemento personal todavía estaba latente entre ellos. Después declaró Kautsky con regocijo a Victor Adler que había logrado

[86] *Vorwärts*, 21 de noviembre de 1913, 1er. suplemento ("Aus der Partei").

[87] *Suplemento al boletín del BIS*, n. 11. Reunión del BIS en Londres, 13-14 de diciembre de 1913. El texto de la carta no se da, ni se revela su autor. Para la correspondencia de Lenin con el secretario del Bureau de la Internacional Socialista tratando de evitar esa interferencia en los asuntos rusos véase *Correspondance entre Lénine et Camille Huysmans 1905-1914*, París / La Haya, 1963, pp. 100 y ss., 119 y ss.

[88] Ibid., p. 4. Véase también *Vorwärts*, 18 de diciembre de 1913.

"mojarle la pólvora" a Rosa. Pero de hecho se llegó a una transacción. Sin que eso le impidiera tratar con quien le pareciera, el Bureau debía efectuar sondeos entre los "partidos afiliados a la Internacional antes de convocar a una conferencia general". Como subrayó Rosa Luxemburgo especialmente en una de sus perpetuas "rectificaciones" a la prensa, el principio era reunir un partido existente, no fundar uno nuevo.[89] Se había conseguido lo principal, implicar a la Internacional en los asuntos del RSDRP.

Pero fueron las circunstancias, más que una acción efectiva de Rosa, las que alinearon las opiniones en el Bureau de la Internacional cuando por fin se presentó a discusión el problema ruso en julio de 1914. A comienzos del año, Vandervelde, presidente del Bureau, había visitado Rusia por su cuenta y había discutido el problema de la unidad con todas las facciones.[90] Su informe mostraba que el principal obstáculo para la unidad era la intransigencia bolchevique. La reunión de julio se convocó para considerarla, así como los pasos siguientes a dar. Tomó la forma de una conferencia ampliada de todos los grupos interesados, de acuerdo con la resolución del Bureau en diciembre de 1913. Aparte de los dos grupos rusos —una vez más incluyendo a Plejánov— estaban el Bund, los letones y las dos secciones de la socialdemocracia polaca, así como la izquierda PPS. La oposición del SDKPiL estaba presente sólo a causa de un ultimátum bolchevique en el sentido de que si no se invitaba a sus aliados polacos, ellos mismos no asistirían. Jogiches también estaba dispuesto a denunciar toda la conferencia de Bruselas si significaba una participación de los *roslamowcy,* pero Rosa lo disuadió: "Soy partidaria de esta conferencia aunque entraña dificultades y hasta estaría dispuesta a admitirlos [a los *roslamowcy*] con condiciones claramente definidas." Por desgracia, no existe ningún documento oficial de las discusiones y los discursos, salvo los informes de los denunciantes policiacos que asistían bajo sus respectivos disfraces de bolcheviques y mencheviques, así como una parte de las notas manuscritas por el secretario del Bureau.[91] Aunque miembro del Bureau, Lenin, furioso por toda esta interferencia en sus asuntos, no asistió, y declaró que tenía cosas mejores que hacer. Envió a su partidaria de confianza y amiga íntima Inessa Armand, con un enorme y detallado memorándum que le daba instrucciones de bloquear todo esfuerzo de unidad y de oponerse a toda persuasión con el ahora tan conocido "*niet*".[92]

[89] *Vorwärts*, 23 de diciembre de 1913 ("Aus der Partei").
[90] E. Vandervelde, *Three Aspects of the Russian Revolution*, Londres, 1918, p. 19.
[91] M. A. Tsyavlovskii, *Bolsheviki. Dokumenty ... ojrannogo ...*, pp. 146-48.
[92] Lenin, *Sochineniya,* t. XX, pp. 463-94 (informe oficial e instrucciones del co-

Inessa Armand se encontró casi completamente sola. Plejánov, que nunca hizo nada moderadamente, se volvió contra los bolcheviques con tanta incontinencia como recientemente los apoyara, y dio tanto gusto a su afilada lengua que el presidente hubo de llamarlo al orden. Rosa Luxemburgo también habló. No sólo representaba la opinión del comité central polaco sino que llevaba consigo toda la autoridad de una protagonista avezada de la unidad rusa, cuya experiencia se reconocía en aquella difícil cuestión. Fue su insistencia la que prevaleció en la conferencia para que se sometiera el informe de la reunión al próximo congreso de la Internacional Socialista, que se iba a reunir en Viena en agosto de 1914. Esto hacía de la continua negativa bolchevique a aceptar las condiciones de unidad propuestas por la conferencia nada menos que un desafío franco a toda la Internacional.[93]

Rosa podía estar satisfecha con lo realizado en la conferencia.[94] El antiguo deseo de unidad de los polacos había recibido el sello oficial de aprobación de la Internacional —e incluso los representantes de los *roslamowcy* votaron en favor de la resolución y contra los bolcheviques; la unidad rusa era tanto su política como la del comité central, con tal que no implicara disminución. Las actividades de Rosa en pro de la

mité central), pp. 495-502 (para las instrucciones privadas y pautas tácticas de Lenin). Es interesante comparar este último documento con las instrucciones de Rosa Luxemburgo a Warszawski en el segundo congreso ruso en 1903 (*supra,* pp. 236-39). Aunque el estilo de Lenin era más duro y abrupto, ambos abordaban un problema diplomático algo semejante de un modo muy semejante —y ambos estaban determinados a formular no sólo la política sino el modo preciso de su ejecución. Para algunos documentos recientemente publicados acerca de cómo se formuló y ejecutó la política bolchevique en esta ocasión véase *Istoricheski Arjiv,* n. 4 (1959), pp. 9-38 (en particular la carta de Litvínov que incidentalmente identificaba a Rosa Luxemburgo como la promotora de que se impusiera la reunión a los rusos).

93 Las observaciones de Rosa Luxemburgo han de deducirse de referencias dispersas en su correspondencia de aquel tiempo, en particular en sus cartas a Jogiches; también de las notas relativas a la discusión tomadas a mano, conservadas todavía en los documentos privados de Huysmans. Las condiciones para la unidad eran cinco: aceptar el programa del partido, reconocer las decisiones de la mayoría, aceptar la necesidad del secreto en la organización de partido (esto iba contra los deseos mencheviques), prohibir toda formación de bloques parlamentarios con los partidos burgueses y acceder a participar en un congreso de unificación general (O. H. Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War,* pp. 131-32). La resolución oficial de la reunión se publicó en *La Peuple* (Bruselas), 20 de julio de 1914, n. 201, p. 1.

94 Con inesperado placer, Kautsky se halló plenamente de acuerdo con Rosa por primera vez; habría de ser la última. Ambos coincidían en la política pro reunificación contra la intransigencia bolchevique. Kautsky reconocía donosamente el agradable hecho ("Karl Liebknecht und Rosa Luxemburg zum Gadächtnis", *Der Sozialist,* 24 de enero de 1919, t. v, n. 4, p. 56). Los bolcheviques se sirvieron después de esta única identidad de opinión como munición pesada contra ella.

reunificación rusa no podían sino elevar el prestigio del comité central del SDKPiL a los ojos de la Internacional. Además, otra vez quedaba la cuestión de la división polaca fuera de la agenda oficial a pesar de los tenaces esfuerzos de Lenin para enfocar la atención en ella (para muchos no enterados, el objetivo completo de la reunión había sido discutir "la actual situación de la socialdemocracia en Rusia *y Polonia*"). Y finalmente, Lenin había sido expuesto como único obstáculo a la unidad.[95]

Cuando estalló la guerra, los dirigentes polacos en Alemania fueron automáticamente separados del contacto con las organizaciones de la Polonia rusa. Mediante tenaces esfuerzos consiguió Jogiches conservar algún contacto en aquellos primeros años por la península escandinava, la clásica vía secreta por la que los emigrados rusos se mantenían en contacto con la patria.[96] En todo caso, el movimiento obrero en Polonia como en Rusia había caído para 1914 en un estado peligroso, y la súbita oleada de huelgas masivas del verano de 1914 sólo pudo reanimarlo parcialmente. De todos modos, la declaración de guerra fue un hachazo cabal para aquella recuperación. Por un breve momento, todos los grupos socialistas polacos y el Bund decidieron colaborar, pero el intento no duró mucho; el socialismo organizado se desperdigó una vez más entre sus partes constituyentes enemigas. Pilsudski apoyó a las potencias centrales a fondo. No fue sino cuando la ofensiva alemana de 1915 inundó la mayor parte de Polonia que la dirección emigrada del SDKPiL y la izquierda PPS consiguieron restablecer el contacto con las organizaciones locales. En este respecto, los *roslamowcy*, muchos de ellos en Suiza, estaban en mejores condiciones que el comité central de Berlín, limitado por las severas restricciones a toda actividad socialista en tiempo de guerra. De cualquier modo, Rosa Luxemburgo tenía las manos más que llenas con los dolores del parto de una oposición efectiva de izquierda en el SPD, mientras Jogiches se iba haciendo cargo más y más del papel vacante de organizador del Spartakusbund.

Pero los tristes asuntos de la guerra habían irrevocablemente convertido en absurdas las diferencias en gran parte personales entre los dos grupos polacos. Tocó a Warszawski, en Suiza, emprender la reunificación, tarea grata a su corazón. Viajó a Varsovia en el verano de 1916 y en noviembre de aquel año las organizaciones locales del SDKPiL habían

[95] Para una interpretación diferente (pero que creo ingenua) de Lenin como comprometido con cierta forma de unidad socialdemócrata hasta el momento de la intervención aliada en Rusia después de la guerra véase Rudolf Schlesinger, "Lenin as a Member of the International Socialist Bureau", *Soviet Studies*, t. XVI, n. 4 (abril de 1965), pp. 448-58, en especial p. 451.

[96] Para un análisis gráfico de estas vías véase Michael Futrell, *Northern Underground*, Londres, 1962.

vuelto a fundirse en una.[97] Para Warszawski fue solamente un paso preliminar a la tarea más difícil de reunir el SDKPiL y la izquierda PPS, aunque esto sólo lo consiguió al formarse el partido comunista, al final de la guerra. Se sabía que Warszawski era un vigoroso defensor de la unidad —y hubo de pagar la usual pena comunista por el entusiasmo, cuando no salió electo para el primer comité central del nuevo partido polaco por haber sido considerado demasiado blando en las negociaciones con la izquierda PPS. Pero tenía la aprobación de Rosa.[98] El programa del nuevo Partido Comunista de Polonia fue enviado a toda prisa y en difíciles condiciones a Berlín y obtuvo la aprobación de los dos grandes dirigentes. Propiamente, esta última acción de Jogiches y Rosa Luxemburgo por el socialismo polaco fue de unidad y aprobación. Rosa Luxemburgo tenía otras cosas en qué pensar en noviembre de 1918, pero podemos suponer que este gran logro, particularmente la aceptación por la izquierda PPS de todo cuanto había representado el SDKPiL, le causó satisfacción.

Cuando se corrieron las cortinas al final de la guerra, muchos de los actores aparecían en papeles nuevos y diferentes. Atraía a no pocos el imán de la Revolución Rusa. Marchlewski, rescatado por los bolcheviques después de la paz de Brest-Litovsk, pasó al partido ruso pero siguió hablando con autoridad de los asuntos polacos. Dzerzhinsky también fue sacado de prisión por la revolución de marzo de 1917, y en adelante dedicó por entero sus impetuosos talentos y lealtades al partido bolchevique ruso. Hanecki era el agente secreto confidencial de Lenin en Estocolmo. Pero nadie efectuó una reaparición en escena tan impresionante como Karl Rádek, que viajó ilegalmente a Alemania en diciembre de 1918 como representante del partido bolchevique, llevando el manto de enorme prestigio que confería ahora el formar parte de los medios allegados a Lenin. Fue un momento de sentimientos encontrados para Jogiches y Rosa Luxemburgo. La momentánea resurrección de su antigua comunidad política y la atmósfera algo nostálgica en que se discutieron las brillantes carreras posrevolucionarias de tantos amigos y camaradas aportan su irónica contribución al final de la historia de Rosa Luxemburgo.[99]

El legado de Rosa al socialismo polaco fue, pues, muy diferente, del

[97] Véanse los documentos en O.B. Szmidt, *Dokumenty*, t. III, pp. 169-71, también *Czerwony Sztandar*, junio de 1917, n. 191.

[98] Véase *infra*, pp. 524-25. Para Warszawski, véase su artículo en *Nasza Trybuna*, n. 5, 13 de diciembre de 1918, en que trataba de fusión y no de capitulación. En general véase Jósef Kowalski, *Zarys Historii polskiego ruchu robotniczego 1918-38*, t. I (1918-1928), Varsovia, 1962, p. 110. Es una historia oficial del partido.

[99] Véase *infra*, pp. 549-51.

que dejó al socialismo alemán, aunque no menor. Estuvo directamente relacionada con el ala izquierda en Alemania hasta su muerte. Como veremos, se debió en gran parte a ella la creación del Partido Comunista Alemán, cuya política durante muchos años se configuró según sus ideas. En Polonia, por otra parte, hubo una interrupción. La creación del Partido Comunista Polaco no tuvo relación alguna con ella; muchas de las personalidades asociadas con el partido después de la guerra ni siquiera la conocían personalmente; y aunque se reconocía su gran influencia en la creación del SDKPiL y el surgimiento de la madura política de éste, eran los hechos de una figura histórica. Y así en el informe de la reunión del comité organizador del nuevo Partido Comunista Polaco, en diciembre de 1918 no se mencionó a Jogiches ni a Rosa Luxemburgo.[100] Pero a instigación de Warszawski, un tal Ciszewski —miembro de la izquierda PPS— viajó a Berlín antes del congreso y presentó las proposiciones de unidad a Rosa y Jogiches, quienes las aprobaron con pocas alteraciones. Aunque fuera una mera formalidad, el nuevo Partido Comunista Polaco tuvo así la bendición oficial de Rosa Luxemburgo —quien a su vez tuvo la satisfacción de verlo creado aun antes que el partido alemán, como resultado de la fusión con la izquierda PPS y no de la separación como el KPD.[101]

El socialismo polaco se dividió en dos periodos bien marcados, antes y después de la guerra; conectar a los dos es tarea de historiadores y de filósofos políticos, no de políticos contemporáneos. La sensación de empezar de nuevo en 1918 fue mucho mayor en el comunismo polaco que en el alemán. El asalto stalinista contra la izquierda anterior a la guerra no tocó por eso el pasado polaco —ni a Rosa Luxemburgo directamente como en Alemania, y después de muerto Stalin los polacos sacaron su reputación casi inalterada del féretro en que estaba puesta para conservarse. Todo cuanto se necesitaba era suficiente interés para bruñirla y abrillantarla con la investigación, y ese momento se acerca mucho.

Pero en Alemania fue, y es todavía, un personaje discutido, no sólo históricamente sino en términos de política actual. La continuidad de su influencia, el hecho de que estuvo indiscutiblemente ligada al comunismo alemán contemporáneo, hacen toda discusión de Rosa Luxemburgo controvertida y peligrosa. De ahí la inundación de publicaciones polacas y el limitado y muy selectivo tratamiento de Rosa Luxemburgo en Alemania oriental.

[100] *Sprawozdanie ze zjazdu organizacyjnego KPRP (Zjednoczonych SDKPiL i Lewicy PPS)*, Varsovia, 1919. No han sobrevivido las minutas del congreso de fundación; es posible que se pronunciaran discursos de tributo a los dos grandes dirigentes.

[101] Véase J. Ciszewski, "Wspomnienia z roku", *Z Pola Walki*, Moscú, 1928, n. 7-8; también *Z Pola Walki*, 1958, n. 4, pp. 39-63.

XIII

LA GUERRA

En el calendario marxista, el 4 de agosto es una fecha divisoria. Durante una década bastaba mencionar el 4 de agosto en los círculos sociales alemanes para que cada quien supiera de qué se trataba: no tanto de la declaración de guerra cuanto del apoyo oficial a ella del SPD. Aunque posteriormente todos convenían en que no había sido consecuencia de un choque súbito sino una reacción natural (o a los ojos hostiles la culminación de un largo proceso de decadencia), no debemos dejarnos cegar por la percepción del hecho después de sucedido. En aquel momento, el voto de la delegación del SPD en el *Reichstag* para los créditos de guerra fue una decisión muy importante y un golpe para todos salvo los participantes inmediatos. Como con las innovaciones más profundas, la defensa psicológica inmediata era alegar la inevitabilidad. "No pudimos remediarlo", es el grito clásico de todos los conservadores que realizan una revolución.

La primera confrontación real de los dirigentes socialistas europeos con su propia importancia, fue en una reunión del Bureau de la Internacional Socialista en Bruselas el 29 de julio de 1914. Rosa Luxemburgo, como de costumbre, estaba presente en nombre del SDKPiL; había estado en Bruselas desde mediados de julio en busca de la perenne pero evasiva panacea que unificara al centrífugo partido ruso, y sólo sabía de segunda mano lo que estaba ocurriendo en Berlín. Pero los periódicos hablaban claramente y la delegación alemana pudo completar el cuadro cuando llegaron los miembros el 28 de julio. Y las otras delegaciones nacionales hicieron sus relatos desde Viena y desde París. El tono de la resolución adoptada era bastante familiar. "El Bureau de la Internacional Socialista encarga a los proletarios de todas las naciones comprometidos no sólo que prosigan, sino aun que intensifiquen sus demostraciones contra la guerra [...]"[1] Pero los discursos de la sesión privada reflejaban opiniones muy diferentes. Victor Adler declaró la total impotencia de su partido. Dio a entender que la única alternativa era o la destrucción del socialismo organizado o el alineamiento con el furor de las multi-

[1] Traducido del francés de A. Zévaes, *Jaurès*, París, 1951, p. 245. El texto completo de las resoluciones está reproducido en Carl Grünberg, "Die Internationale und der Weltkrieg", *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1916, t. I, p. 405.

tudes de Viena; todos los que lo escuchaban quedaron sorprendidos por el horrible realismo de su resignación, que sin embargo llevaba el sello acostumbrado de su autoridad. Pero la mayoría de los delegados no querían aceptar todo lo que implicaban sus palabras; los más combativos, entre ellos Rosa, disintieron enérgicamente. Como dijo uno de los participantes, ella estaba "extremadamente indignada" ante tal derrotismo; "la reunión no puede proseguir en semejante atmósfera". Jaurès también era optimista; los alemanes se dividieron entre sí.[2] La reunión consideró un cambio de local para el próximo congreso de la Internacional, que debía celebrarse en agosto en Viena; esta ciudad, agitada por un nacionalismo popular, era obviamente inapropiada. Rosa Luxemburgo y Jean Jaurès recalcaban los derechos alternativos de París, donde acompañarían al congreso gigantescas manifestaciones contra la guerra.[3] Pero dos días después sería asesinado Jaurès en París.

Aquella noche, un grupo representativo de participantes habló ante una enorme multitud en el Cirque Royal, que "literalmente se estremeció al final del magnífico discurso de Jaurès".[4] La asamblea de Bruselas fue un epítome de todo lo mejor y lo más desesperanzado de la Segunda Internacional, la creencia de que el idealismo, la opinión pública, la buena voluntad popular podían ser excitados a voluntad por los dirigentes y que podían absorber o por lo menos desviar el curso de la historia. Rosa estaba agotada por sus negociaciones rusas y por la impotencia, cada vez más clara, de la última reunión del Bureau de la Internacional.[5] No participó en el frívolo parloteo inconexo de los delegados, sino que se mantuvo callada y al margen.

La reunión de Bruselas se distinguió no sólo por los participantes sino también por los que no acudieron. Significativamente, algunos de los "realistas" se mantuvieron alejados; el ala derecha del PPS no veía nada salvo bondades para Polonia en una guerra entre Rusia y las potencias centrales, mientras los bolcheviques tampoco se interesaban en impotentes protestas en público acerca de la unidad y la guerra. Las fuerzas revolucionarias habían estado creciendo y fermentando últimamente en

[2] Hay un breve resumen de los discursos de esta reunión en *Compte rendu de la réunion du BSI tenue à Bruxelles le 29-30 juillet 1914*, en los papeles privados del señor Huysmans. Para un informe reciente con documentos véase George Haupt, *Le Congrès manqué*, París, 1965, quien cita al socialista español Fabra Ribas sobre la actitud de Rosa Luxemburgo en la reunión.

[3] Carl Grünberg, loc. cit.

[4] Angélica Balabánov, op. cit., p. 134. Según ella, Rosa habló también; Grünberg no la menciona

[5] Camille Huysmans a Benedikt Kautsky, 11 de marzo de 1949, en *Briefe an Freunde*, p. 116.

Rusia y la perspectiva de la guerra era casi una esperanza demasiado buena. "Franz Joseph y Nikolasha no nos harían el favor", comentaba Lenin, con un destello optimista en los ojos; se había ido a excursionar por los Tatra eslovacos para señalar su desprecio por la reunión pro unidad del Bureau de la Internacional.[6]

Haase, Rosa Luxemburgo y los demás delegados alemanes volvieron a Berlín el 31 de julio. Allí también la rapidez de los acontecimientos había anulado las percepciones realistas. En un manifiesto del 25 de julio, el comité ejecutivo del SPD casi se adelantaba al llamado de la Internacional; todas las debilidades y vacilaciones de 1911 parecían haber desaparecido. "El proletariado alemán con conciencia de clase [...] eleva una ardiente protesta contra las criminales maquinaciones de los traficantes de la guerra [...] Ni una gota de sangre de ningún soldado alemán debe sacrificarse a la sed de poder de la pandilla que gobierna a Austria, a los buitres imperialistas."[7] Denuncias semejantes siguieron diariamente, pero en menos de una semana los miembros mayores del comité ejecutivo habían vuelto de la última vacación de paz y decidieron conjunta y separadamente que el SPD no podía hacer absolutamente nada contra la guerra. Las frases automáticas de desconfianza extraídas por los miembros más jóvenes bajo la influencia de Haase —este activo abogado no tenía vacaciones— no tenían ya objeto, porque la guerra en el exterior y el gobierno militar en el interior aparecían ciertos e inminentes; en verdad, sólo daño podían causar al SPD. El comité ejecutivo publicó un nuevo manifiesto, de tono apologético y quietista, cuyo urgente mensaje era: ¡nada de riesgos![8] Al mismo tiempo, con una furtiva ojeada retrospectiva a la historia, uno de sus miembros fue enviado a París para hablar a los franceses; "no quedará por no haberlo intentado". La cuestión crucial de votar los inevitables créditos de guerra en el *Reichstag* se estaba ya discutiendo, aunque todavía no se llegaba a ninguna conclusión.[9] Algunas secciones de la prensa del partido estaban todavía repitiendo fielmente los sentimientos antimilitaristas tan laboriosamente labrados en los años de desmedida confianza

[6] En una carta a Máximo Gorki, citada en Bertram D. Wolfe, *Three who made a Revolution*, p. 608.

[7] Reproducido en Carl Grünberg, op. cit., p. 423. Esta fraseología es un eco directo de la famosa observación de Bismarck acerca de que los Balcanes no valían los huesos de un solo granadero de Pomerania, que ya había sido citada *verbatim* en una resolución del comité ejecutivo del partido fechada el 15 de octubre de 1912. El SPD fue siempre muy receptivo a los lemas de cualquier fuente y los repetía fielmente; en los diez últimos años de su existencia prebélica se había convertido en un partido de "lemas".

[8] Grünberg, op. cit., pp. 435-36, fechada el 31 de julio.

[9] Karl Liebknecht, *Klassenkampf gegen den Krieg*, Berlín, 1919, p. 11.

en el socialismo, con *Vorwärts* a la cabeza.[10] Durante cierto tiempo, la prensa siguió su acostumbrada rutina —después de todo no conocía otro lenguaje—, mientras los dirigentes vacilaban. Todo dependía de la esperanza de que el gobierno alemán no respaldara a los locos de Viena.

Pero los respaldó. Y una vez Alemania adentro, la perspectiva entera cambió. Por una parte había miedo: miedo a quedar aislados de las masas, el antiguo temor de Bebel a la todopoderosa dictadura militar —el partido había tenido en 1910 una muestra de lo que los jefes militares ansiaban justamente hacer con la socialdemocracia,[11] y también el conocimiento de la total impotencia en caso de guerra, que Bebel previera en privado cuatro años antes.[12] Por otra parte estaba el legado práctico de tantos años de aislamiento, firmemente asentado después de la victoria sobre los revisionistas. En su actual necesidad, la sociedad tendía su mano y la socialdemocracia la estrechaba. Para algunos fue una catarsis, el fin de un periodo sombrío de inútil penar; como en Francia, un grupito de radicales de izquierda se hacían ahora los más vociferantes partidarios de la guerra.[13] Para muchos otros fue un subproducto bienvenido de una malhadada situación. Resultaba que las clases gobernantes, no eran monstruos sedientos de sangre sino sencillamente personas con antecedentes y opiniones bastante diferentes, pero se podía colaborar con ellas. "Ningún lector de Scheidemann puede pasar por alto el genuino placer que sintió al ser invitado a discutir los asuntos en un pie de igualdad con los ministros de Estado."[14] Noske fue aún más clamoroso. El mismo sentimiento, algo mejor disimulado, aparece también en las memorias de Ebert y en las de Keil, el dirigente de Württemberg.[15] Pero sería injusto ver en todos estos hombres a so-

[10] *Vorwärts*, 30 de julio de 1914. "El proletariado socialista rechaza toda responsabilidad por los acontecimientos que ha provocado una clase gobernante ciega hasta la locura [...]" Era todavía el *Vorwärts* moderadamente radical creado después de noviembre de 1905, del que Rosa fuera redactora unas cuantas semanas.

[11] *Protokoll... 1910*, p. 430. Un llamado del general von Bissing relacionado con su confianza en "nuestra segura clase obrera" —confianza que "de ninguna manera debe defraudarse"— apareció en *Vorwärts* el 17 de agosto de 1914, con el comentario editorial de que "con esta última proclamación Herr von Bissing se ha puesto por encima de toda crítica".

[12] Para una curiosa ojeada sobre este aspecto de Bebel desde un punto de vista inglés véase la carta de sir Henry Angst a William Braithwaite, *Lloyd George's Ambulance Wagon*, Londres, 1957, pp. 65-66.

[13] Para la conversión de Konrad Haenisch véase su declaración personal en Eugen Prager, *Geschichte der USPD*, Berlín, 1922, p. 34; y también su razonamiento más "político" en *Hamburger Echo*, 1o. de diciembre de 1914, n. 280.

[14] Schorske, *German Social Democracy*, p. 292. Hubo además un incidente en una recepción imperial en que el Kaiser, demasiado bien aleccionado, se precipitó a dar la bienvenida a un invitado a quien erróneamente tomó por Scheidemann.

[15] Gustav Noske, *Erlebtes aus Aufstieg und Niedergang einer Demokratie*, Of-

cialdemócratas *faute de mieux*. Hubo dos factores nuevos de importancia crucial en su vida: una guerra a la que se habían opuesto pero que no podían impedir; y, cosa todavía más importante, una guerra defensiva contra el viejo coco de la Europa progresista: la Rusia zarista. Con una extraña mezcla de arrogancia y conservadurismo histórico se veían de pronto ayudando a una Alemania relativamente progresista a destruir el zarismo. Ahora sabemos que aquella reacción era de prever, más de lo que entonces parecía; pruebas documentales recientes indican que la vacilación del canciller alemán en ordenar la movilización total fue tan sólo una maniobra para provocar que los rusos movilizaran primero y asegurarse así el apoyo patriótico del SPD.[16]

El resto de la desconfianza del 30 de julio, cuando Ebert y Otto Braun fueron enviados a Zurich con la caja del partido a manera de precaución contra la proscripción, se había disuelto ya para el 3 de agosto. El debate del *Reichstag* sobre los créditos de guerra era inminente; ¿cómo irían a votar los 110 miembros del SPD? Considerando lo que después resultó haber estado en juego —todo el futuro del socialismo del siglo XX— la discusión fue insulsa y breve. Las perspectivas de la mayoría se habían reducido. Para ellos "ahora se trataba exclusivamente de decidir si en el momento en que el enemigo había ya penetrado en el país y [ese enemigo] daba la casualidad de que era Rusia, un partido que representaba a la tercera parte del pueblo alemán podía negar los medios de defensa y protección a quienes eran llamados a defenderlos, con sus familias [...] Imposible". Frente a esto, una pequeña minoría, "entre la sexta y la séptima parte", sentía dudas —no una certidumbre opuesta sino dudas. "¿Podía uno pensar en votar los créditos para la guerra cuando la información de los acontecimientos era parcial, y de todos modos procedía del bando de los enemigos de la socialdemocracia? Hubiera sido contradecirse a sí mismo, y hubiera causado la peor impresión en los obreros de otros países y creado confusión en la Internacional Socialista."[17] La mayoría estaba, pues, segura de su deber, y la minoría no. Los veinte más firmes partidarios de votar los créditos para la guerra declararon después que los hubieran votado,

fenbach, 1947, pp. 39, 43, 55. Friedrich Ebert, *Kämpfe und Ziele*, Dresden, sin fecha [¿1924?]. Wilhelm Keil *Erlebnisse eines Sozialdemokraten*, Stuttgart, 1947, t. I, p. 306.

[16] Véase Immanuel Geiss (ed.), *Julikrise und Kriegsausbruch 1914*, colección de documentos, t. II, Hanover, 1965.

[17] Eduard Bernstein en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, II*, Kriegsheft, 1915, pp. 19-20. Hay otras versiones, entre ellas una apología por Kautsky en la *Neue Zeit* (1915-16, t. I, p. 132), cuya veracidad ponía en duda Mehring (*Die Internationale*, abril de 1915, comentario editorial, p. 10). Bernstein, pacifista pero no radical da el informe más sereno y menos egocéntrico.

en caso de haber sido necesario, contra el partido, mientras los catorce contrarios no se pudieron decidir a quebrantar la larga tradición de disciplina, sobre todo después de que el partido había ya resuelto hablar y votar unánimemente en el *Reichstag* al día siguiente, de uno u otro modo.[18] En la junta de la oposición algunos recordaron el precedente de abstención de Bebel y Wilhelm Liebknecht en 1870; otros —entre ellos el hijo del gran anciano, Karl— querían un sonoro voto negativo. Pero finalmente se decidió apoyar al gobierno. Irónicamente, Hugo Haase, contrario al voto afirmativo, fue el designado para pronunciar la declaración del SPD en el *Reichstag* —en su papel de primer presidente del partido. Lo hizo en el espíritu de la inmensa mayoría, no en el suyo propio. Y los diputados burgueses lo aplaudieron estrepitosamente.

Hoy ya no nos sorprende eso, porque tal decisión era la consecuencia inexorable de veinte años de historia del partido. Los hilos de la inevitabilidad se han deducido de dos modos, por historiadores objetivos que podían evaluar el material sabiendo cómo terminaba el relato —y por lo tanto poner de relieve lo "real" y hacer ver lo que era "falso"— y por los comunistas buscando siempre la prueba anterior de una gran traición. Con sus diferentes objetivos y técnicas, unos y otros llegaron a conclusiones semejantes: el voto en favor de los créditos de guerra era el final de un largo proceso, no el comienzo; consecuencia lógica de acciones pasadas y no aberración brutal. Pero los contemporáneos no veían aquello del mismo modo. Los más afectados veían una fluctuación que pronto sería corregida, que tenía que serlo. Lenin en Suiza, adonde llegó unas pocas semanas después de su salida de la cárcel en la Cracovia austriaca, apenas podía creerlo. Porque el partido alemán era la joya de la Internacional; por muy indignos de confianza que pudieran ser los otros partidos, con su historia de divisiones y oscilaciones, el SPD había declarado muchas veces su firme odio al Estado imperial y a la política militar imperial y su determinación de impedir o hacer abortar cualquier guerra. En cualquier momento el ejecutivo, la junta de la minoría en el *Reichstag,* pedirían acción. Pero no. Como los veinte años de historia en que habían participado no podían ser sencillamente una mentira, la minoría de los socialistas revolucionarios de todas partes empezó a pensar que los dirigentes socialistas alemanes habían traicionado la causa. No cabía otra explicación. Su propia retahila de palabras debía servir ahora para darles garrote.

El comité ejecutivo del SPD sabía instintivamente que había empe-

[18] *Die Internationale,* abril de 1915, p. 49; Karl Liebknecht, *Klassenkampf gegen den Krieg,* Berlín, 1919, p. 55.

ñado su palabra de honor con el gobierno, garantía de su buen comportamiento y del de los miembros del partido. La tregua de los partidos (*Burgfrieden*) significaba, en efecto, la suspensión mientras durara de toda oposición digna de ese nombre, a excepción de algunas pequeñas concesiones que se negociarían amistosamente. El principal beneficiario de esas concesiones no era el partido, sino los sindicatos. Pero por lo menos el partido y sus organizaciones tendrían el derecho de existir sin que los molestaran; sus miembros podían hablar en el *Reichstag*, por pequeñas que fueran las probabilidades de influir en el gobierno. A cambio, el SPD debía probar que su existencia continuada tenía a los trabajadores aliados en el esfuerzo bélico. La disciplina que el ejecutivo ejerciera antes en beneficio del aislamiento socialista se aplicaría ahora en pro del gabinete de guerra, y tenía un papel doble: reprimir la oposición a sí misma y al *Burgfrieden* (que se hicieron sinónimos para los socialistas) y abogar por los transgresores menores e inadvertentes respecto del ejército; responsabilidad dual con el partido y el Estado.[19] El 4 de agosto de 1914 el SPD, como los demás partidos de la Alemania imperial, se convirtió en un grupo de presión que articulaba intereses especiales (aunque tácticamente en tiempo de guerra) pero sin la esperanza de tomar o empuñar el poder en el Estado.

Y no es que todo se dividiera y cayera bonitamente de una vez en su lugar debido. Dijeran lo que dijeran algunos periódicos locales —que siempre tenían tendencia a ser extremados en uno u otro sentido— los principales dirigentes del SPD no eran alegres revisionistas ni patrioteros. Sinceramente creían haber hecho lo que habían podido, y haber fracasado, pero tenían que vivir en una situación que ellos no habían creado. El que de ella pudiera salir algo bueno era incidental.[20] Después de todo, la guerra y la amenaza de invasión eran realidades; y la mayor parte de los muchachos que estaban en el frente eran obreros. Los dirigentes asumían su responsabilidad tal y como la veían. Creían que pronto estaría todo el mundo de acuerdo con su punto de vista. Casi todos los periódicos así lo hicieron al cabo de poco tiempo, con fallas ocasionales. La censura suspendió dos veces la publicación de *Vorwärts* en el mes de septiembre. La *Sozialdemokratischer Korrespondenz* era uno de los clientes favoritos del censor. Scheidemann informa que "cada día teníamos que abogar por un periódico u otro".[21]

[19] El 27 de septiembre de 1914 se reunió el comité ejecutivo del SPD y decidió medidas para imponer la uniformidad en el partido (*Protokoll... 1917*, p. 29). Ya el 5 de agosto, el próximo congreso del partido, en Wurzburgo, fijado apenas una semana antes, había sido pospuesto *sine die* (*Vorwärts*, 6 de agosto de 1914).

[20] Véase Schorske, p. 294, nota 26.

[21] Philipp Scheidemann, *Memoiren eines Sozialdemokraten*, Dresden, 1928, t. I, p. 271.

En las primeras semanas, el sentimiento principal del centro y la izquierda fue de desasosiego y vergüenza, conocimiento de que las cosas no habían ocurrido como debían, pero sin noción clara de qué otra cosa podía haberse hecho. Kautsky volvió a tomar la pluma y halló apologías históricas de su propia posición e incidentalmente una filosofía especial de tiempo de guerra para el SPD, que debía ser verdaderamente socialista al mismo tiempo que conformista.[22] Tanto Rosa Luxemburgo como Clara Zetkin padecieron una postración nerviosa, y hubo un momento en que estuvieron al borde del suicidio.[23] Juntas intentaron todavía, el 2 y el 3 de agosto, planear una agitación contra la guerra; establecieron contacto con veinte miembros SPD del *Reichstag* conocidos por sus opiniones radicales, pero sólo hallaron apoyo en Liebknecht y Mehring.[24] Rosa, naturalmente, no daba cabida a la desesperación tan fácilmente como Clara Zetkin, pero tampoco pudo hacer más que insistir en su aislamiento y en las dificultades de hacer impacto en un partido "embrutecido con la guerra [. . .] La vida de partido de las masas ha sido sofocada totalmente".[25]

[22] Karl Kautsky, *Der politische Massenstreik*, Berlín, 1914, "Die Sozialdemokratie im Weltkrieg", *NZ*, 1915-16, t. I, p. 322; "Der Krieg", *NZ*, 1913-14, t. II, p. 843.

[23] Clara Zetkin carta a Helen Ankersmith fechada el 3 de diciembre de 1914, en *Ausgewählte Reden und Schriften*, t I, p. 639. Esta carta es un informe tal vez demasiado dramático de la tragedia personal en el desplome de un mundo socialista hasta entonces firme. Para los sentimientos de Rosa Luxemburgo, comunicados por Luise Kautsky, véase Maurice Berger, *La nouvelle Allemagne*, París, 1919, p. 262: "Le 4 août, j'ai voulu m'enlever la vie, mes amis m'en ont empêchée"

[24] Clara Zetkin, *Reden und Schriften*, t. II, p. 129. Clara Zetkin hizo este relato por primera vez en un discurso en la asamblea constituyente provincial para Württemberg, el 14 de abril de 1919, donde representaba al KPD. Sus oponentes se rieron: "Si se hubiera unido a Rosa Luxemburgo para ir al encuentro de los [ejércitos] franceses, sin duda hubieran corrido éstos en cuanto las hubieran visto a las dos." La galantería parlamentaria fue una de las cortesías que no sobrevivieron a la guerra.

[25] Véase carta a Karl Moor en Suiza, 12 de octubre de 1914, impresa por primera vez en la *Niedersächsische Arbeiterzeitung*, 7 de agosto de 1926; reproducida en *Germanskoe rabochee dvizhenie v novoe vremya* (El movimiento obrero alemán en nuestra época), Moscú, 1962, pp. 402-04. Esta reproducción de extractos de diversas cartas de la Luxemburgo es interesante, ya que la carta a Karl Moor se da como "a un destinatario desconocido en Suiza". Moor, socialista suizo a quien Rosa viera en Bruselas en julio de 1914, donde representaba al partido suizo en el Bureau, se hizo ardiente partidario de Lenin y los bolcheviques y fue a Rusia después de la Revolución. Posteriormente, las reservas de Lenin resultaron justificadas: los documentos del ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania revelaron que era alemán y además —solapadamente— un agente austriaco. Ahora es una "no persona" — de ahí el destinatario desconocido. El original de esta carta está en IML (M).

La primera tarea ahora era disociarse de la votación del *Reichstag,* tanto a los ojos de las "masas del país" como de los camaradas extranjeros. Rosa convocó inmediatamente una conferencia de sus amigos íntimos en su departamento en la noche del 4 de agosto, tan pronto como salieron las noticias de la votación. Estaban presentes Mehring, Julian Marchlewski —todavía estrictamente vigilado por la policía—, Ernst Mayer, Hermann Duncker y su esposa Käthe, y Wilhelm Pieck. Rosa envió 300 telegramas a funcionarios locales que se creía ser oposicionistas, preguntándoles su actitud ante el voto e invitándolos a Berlín para una conferencia urgente. Los resultados fueron lamentables. "Clara Zetkin fue la única que inmediatamente y sin reservas me comunicó su apoyo. Los demás —los que se tomaron siquiera la molestia de enviar una respuesta— lo hicieron con excusas perezosas o estúpidas."[26] La primera negación pública de la política oficial del SPD apareció en septiembre de 1914 en forma de una temeraria comunicación en el sentido de que *había* una oposición en Alemania, ni más ni menos.

> Los camaradas doctor Südekum y Richard Fischer han realizado en la prensa de partido extranjera [en Suecia, Italia y Suiza] el intento de presentar la actitud de la socialdemocracia alemana durante la guerra actual a la luz de sus propias concepciones. Por ello consideramos necesario asegurar a los camaradas extranjeros que, ciertamente con otros muchos socialdemócratas alemanes, vemos esta guerra, sus orígenes, su carácter así como el papel de la socialdemocracia en la situación actual desde un punto de vista enteramente diferente, y que no corresponde al de los camaradas Südekum y Fischer. La ley marcial nos impide de momento explayar públicamente nuestro modo de ver. Firmado: Karl Liebknecht, Dr. Franz Mehring, Dr. Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin.[27]

[26] Hugo Eberlein, *Die Revolution,* 1924, n. 2. Es el mejor informe de la reunión y de la acción subsiguiente emprendida. Este número de *Die Revolution* celebraba el jubileo de los diez años de la fundación de la Liga Espartaquista. El artículo es anónimo pero probablemente puede atribuirse a Eberlein, que era el agente confidencial de la dirección radical, ya que era una figura relativamente oscura y por lo tanto poco descollante dentro del SPD (véase *Briefe an Freunde,* p. 137, a Marta Rosenbaum, fechada el 5 de enero de 1915). Véase también Ernst Meyer, *Spartakus im Kriege,* Berlín, 1928, p. 6.

[27] *Dokumente und Materialien zur Geschichte der Deutschen Arbeiterbewegung,* Berlín, 1958, serie 2, t. I, p. 31. La carta apareció en dos periódicos suizos; ignoro si fue reproducida en Italia o en Suecia. Su aparición en Suiza fue debidamente anotada por Lenin (*Sochineniya,* t. XXI, pp. 16-17). Esta declaración fue recogida posteriormente como el primer paso concreto para la creación de un partido comunista separado (*Bericht über den Gründungsparteitag der KPD Spartakusbund,* discurso de bienvenida por Ernst Meyer, Berlín, 1919, p. 1).

La idea de enviar la carta, y su tono moderado —con la vana esperanza de atraer a más firmantes— era particularmente de Rosa Luxemburgo; fue ella quien persuadió a Clara Zetkin de que la firmara durante una breve visita a Stuttgart en septiembre, y también se dirigió a Mehring y Liebknecht pidiéndoles permiso para poner sus nombres. "¿Nos autorizaría usted —escribió Rosa a Mehring—, a añadir su firma? Es usted tan conocido en el extranjero que tendría un gran valor moral y sería una bofetada [*Ohrfeige*] merecida por las infames protestaciones del ejecutivo del partido. Pronto vendrá Karl L[iebknecht] aquí y espero que firme también. Le ruego me responda inmediatamente por cable al recibo de estas líneas."[28]

En privado, Rosa dio rienda suelta a la manifestación de su frustración en lograr que el abigarrado grupo de oposicionistas se reuniera para cualquier acción concertada y eficaz. Pues su cohesión era negativa, el disgusto por la actitud del partido, sin un entendimiento que compensara en el sentido de hacer algo. Era una barca oscilante en que los cuatro navegaban contra el viento oficial, y Rosa estaba sola en el timón.

> Quiero emprender la acción más fuerte posible contra las actividades de los delegados [del *Reichstag*]. Por desgracia, hallo poca cooperación en mi [colección de] incoherentes personalidades [...] Karl [Liebknecht] es muy difícil de encontrar, porque va y viene como una nube por el cielo; Franz [Mehring] siente poca simpatía por cuanto no sean campañas literarias, la reacción [de Clara Zetkin] es de histeria y de negra desesperación. Pero a pesar de todo eso tengo la intención de ver qué puede hacerse.[29]

Siempre habían reconocido sus contrarios hasta dónde era Rosa el punto focal de la oposición. Ebert había escrito acerca del efecto de "la guerra en el 'grupo de Rosa', que les inspirará toda clase de 'nuevos planes'."[30] En noviembre de 1914, Kautsky, escribiendo a su amigo Victor Adler, caracterizaba la situación de este modo:

> [... el voto que intentaba Karl Liebknecht contra el presupuesto en el *Reichstag*] ciertamente no significa una división [en el partido] por ahora. El único resultado podría ser que ese pobre muchacho de Karl se convierta no en un terror sino en un hazmerreír. No obstante, podría ser el comienzo de una división.

[28] Rosa Luxemburgo a Franz Mehring, 13 de septiembre de 1914, de Stuttgart, IML (M), fondo 201, n. 857.

[29] Carta a Konstantin Zetkin, fines de 1914.

[30] Friedrich Ebert, *Schriften Aufzeichnungen Reden,* Dresden, 1926.

No tengo ningún contacto con el campo de la extrema izquierda. Pero por diversos indicios supongo que Rosa está febrilmente ocupada en intentar la escisión del partido. Ella también prefiere ser cabeza de ratón que cola de león. Si no puede mandar en el partido grande, quiere uno pequeño que jure por ella. Pronto tendrá que cumplir su sentencia y según parece, quiere realizar la escisión antes de que llegue ese momento. Probablemente teme que una vez esté detrás de los barrotes, la actual fase crítica de la guerra pase sin escisión y cuando salga se encuentre otra vez con el partido de clase sólido y unido del tiempo de paz, donde ella no tendrá cabida.

Hasta dónde puedan tener éxito esas tácticas divisorias es difícil de decir. Son muy pocos los que siguen a Rosa [...] El grupo de David, Südekum, Heine y los sindicatos están laborando para ella, aunque no intencionalmente [...] Si el "centro marxista" aparece como aliado de este grupo, bastantes obreros pasarán al grupo de la Luxemburgo. Pero si nos oponemos abiertamente al ala derecha, a su vez nos denunciarán a las masas como *Rosaurier,* como dice Ledebour; gente que sólo difiere de Rosa en [lo relativo a] nuestra falta de valor.[31]

En esta fase no había mucho donde escoger entre la opinión oficial del partido y la del centro respecto de la izquierda, por lo menos en lo tocante a la atribución de motivos. Entre los muchos ligamentos desgarrados por la guerra estaba el beneficio de la duda que los socialistas siempre concedieron a sus motivaciones mutuas. En todo caso, ni el gobierno alemán ni el SPD tenían dudas acerca de que era Rosa Luxemburgo el centro intelectual de gravedad que movía a la oposición radical. Ha sido privilegio de los historiadores stalinistas poner en duda la primacía de su papel en aquel tiempo.[32]

Se decidió también establecer contacto personal con grupos antibélicos de otros países; a indicación del Partido Laborista Independiente Británico, Franz Mehring, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo enviaron en diciembre de 1914 saludos formales, algo rígidos, al periódico *Labour Leader* de Londres.[33]

Además de la desastrosa situación en la misma Alemania hay que tomar en cuenta los estragos que causó la guerra dentro de la Internacio-

[31] Victor Adler, *Briefwechsel,* pp. 606-07, fechada el 28 de noviembre de 1914.

[32] Prefacio (anónimo) por el comité central del SED, a Clara Zetkin, *Ausgewählte Reden und Schriften,* t. I. Esto fue escrito en 1951. Escritos históricos más recientes han visto el papel de Rosa de modo más favorable.

[33] *Dokumente und Materialien,* t. I, pp. 78-9. también Drahn und Leonhard, *Unterirdische Literatur ...,* p. 15. Las cartas salieron de contrabando por Holanda.

nal. Cada partido había votado por su gobierno beligerante salvo dos solitarios servios y los grupos bolcheviques y mencheviques en la Duma rusa. Pero por lo menos el Partido Laborista Independiente se pronunciaba contra la guerra en Inglaterra, aunque sólo por un tiempo, y los neutrales de Suiza e Italia eran intensamente partidarios de la antigua oposición de la Internacional a la guerra. Era vital que alguien enarbolara la misma bandera en Alemania.

Estas protestas, por cautelosas y de tono menor que fueran, cristalizaban por primera vez un sentimiento que distinguiría a la oposición del ala izquierda en Alemania a partir de entonces —el odio creciente por la socialdemocracia organizada, por el símbolo SPD, que con el tiempo se hizo tan virulento como la original oposición contra el capitalismo y el Estado capitalista. Hasta cierto punto era la violencia de la yuxtaposición la que había hecho al SDKPiL odiar más que nada al vecino PPS; la que hacía al SPD concentrar su fuego electoral contra los liberales. Pero había también un fuerte elemento personal: la eterna, mal reprimida impaciencia y frustración de los emigrados como Rosa Luxemburgo con los circunspectos y "oficiales" alemanes. Mas no sólo los emigrados; todos odiaban sincera y fuertemente, cada cual a su modo: Rosa, Karl Liebknecht y Mehring. Sólo Clara Zetkin se volvió comunista por lealtad y amor. Pero ¿por qué habían de extrañarse ahora ellos, que tantas veces en los últimos años habían tronado contra la decadencia de los ideales revolucionarios en el SPD? ¿Creían acaso enfrentarse con unos cuantos dirigentes equivocados u obstinados, mientras que las masas —aquella fabulosa, sensible, incorruptible clase obrera— sabrían todavía lo que debían hacer llegado el momento? Los mitos son a veces más difíciles de desbaratar que las realidades, e incluso las ideologías en que se reflejan las realidades; por eso quedan los mitos cuando todo lo demás se hace pedazos. La violenta reacción de los bolcheviques rusos es más fácil de comprender, porque ellos siempre ignoraron las realidades del SPD y sencillamente hubieron de sobreponerse en breve tiempo a sus muchos años de admiración y deferencia. Para la izquierda alemana, la guerra puso en libertad un diluvio de resentimiento reprimido. Era cuestión de honor odiar al máximo a los traidores de casa; en cada país, la tarea de quienes siguieron fieles a los antiguos principios del socialismo internacional era combatir al enemigo de dentro: réplica dialéctica a quienes ansiaban hallar la salvación combatiendo al enemigo de fuera. En un volante publicado por el Spartakusbund en el verano de 1916, intitulado "Política para perros" (*Hundepolitik*), recogía Rosa Luxemburgo las observaciones del doctor David —antiguo revisionista— quien decía que la actitud de Liebknecht era la del perro que ladra pero no muerde.

Un perro es quien lame las botas de su amo por haberle dado patadas tantos años.

Un perro es quien mueve alegremente la cola ante la boca de fuego de la ley marcial y contempla con fidelidad a sus amos, los dictadores militares, gimiendo quedamente para apiadarlos.

Un perro es quien ladra a una persona —sobre todo en su ausencia— y busca y acarrea para sus amos inmediatos.

Un perro es quien, por orden de los gobiernos, cubre toda la sagrada historia del partido de lodo y la tira a la basura de un puntapié.

Perros son y siempre fueron los Davids, Landsbergs y camaradas, y recibirán el puntapié tan merecido de la clase obrera cuando llegue el día de saldar cuentas.[34]

Comentarios semejantes fluyeron de la pluma de Karl Liebknecht. La izquierda se afanaba en amar internacionalmente y odiar en su tierra. Al cabo, esto culminó en la formulación de Liebknecht: "El enemigo principal está en casa."

Tenía, pues, alguna base la acusación de que los radicales alemanes esperaban la derrota de Alemania, del mismo modo que los bolcheviques contaban específicamente con la derrota de la Rusia zarista.[35] Al descomponerse la Internacional, cada partido —o grupo oposicionista dentro de él— tenía la responsabilidad especial de enfrentarse al enemigo en la patria. De ahí al derrotismo revolucionario no había más que un pequeño paso; Lenin desde Suiza pudo darlo fácilmente. Los alemanes nunca dieron el paso final. Lo que impidió que Rosa Luxemburgo celebrara abiertamente las esperanzas de un desastre alemán fue su inmensa y siempre repetida preocupación por la pérdida de vidas que entrañaba. Estaba desgarrada entre dos deseos en conflicto: la derrota del imperialismo alemán como la manifestación más malvada de todas; pero igualmente el fin de la guerra lo antes posible, para impedir más derramamiento de sangre, y sobre todo la matanza de soldados que no eran sino proletarios vestidos temporalmente de gris (*feldgrau*).[36] Lo que im-

[34] *Ausguewählte Reden und Schriften*, t. II.

[35] Uno de los enemigos personales de Rosa, Georg Ledebour, también radical, la acusó incluso de patriotismo ruso, de desear la victoria zarista sobre Alemania. Karl Kautsky a Victor Adler, 28 de noviembre de 1914, en *Briefwechsel*, pp. 606-07.

[36] Ocasionalmente, en *Die Krise der Sozialdemokratie*, Zurich, 1916, observó ella que "una nación que capitula ante el enemigo exterior no tiene dignidad" (p. 68) y "los socialdemócratas tienen la obligación de defender a su país en una gran crisis histórica" (p. 80). Estas declaraciones han sido extraídas de su contexto para dar a entender que Rosa Luxemburgo apoyaba en cierto modo una guerra de defensa nacional. Como todo el panfleto está dedicado a demostrar que tal

pidió a los radicales alemanes adoptar alegremente el derrotismo revolucionario de los bolcheviques fue precisamente el legado de optimismo de un partido de masas en un país capitalista altamente desarrollado. La reacción contra el optimismo no es el pesimismo sino la desesperación; la destrucción de la sociedad por la guerra no es progreso sino barbarie.

El principal esfuerzo se hacía, pues, en el país. Después de una vacilación inicial —no acerca de qué hacer sino de cómo hacerlo— y de una desesperada aunque ineficaz busca de armas, Karl Liebknecht determinó aprovechar su posición de diputado tanto en la dieta prusiana como en el *Reichstag*. Esto le daba mejor medio de concentrar la oposición en su persona que el relativo aislamiento de Rosa. No era tanto la elección obvia, el dirigente claramente destinado —como Lenin o incluso Hitler; era inevitable porque era el único. No había sido un discípulo, y mucho menos un colega, de Rosa; en los últimos siete años habían entrado en conflicto con tanta frecuencia como habían coincidido, y la opinión que Rosa tenía de él, aunque tolerante, nunca fue halagadora. En enero de 1915, un mes después de su solitaria protesta en el *Reichstag*, escribía ella: "Es un buen muchacho, pero [. . .]"[37] Este abogado terriblemente porfiado, con su buen corazón y su pasión por lo dramático, había bombardeado a los personajes del partido durante años con buenos consejos fuertemente subrayados acerca de lo que debía hacerse.[38] La dirección del partido había tenido encuentros con él por sus radicales proposiciones acerca de una política para con la juventud entre 1904 y 1907: y nunca lo había tomado en serio; lo consideraban un desequilibrado e indigno sucesor de su gran padre.

Sobre este hombre al parecer incompetente recaía ahora la representación pública de su grupo, y él aceptaba el desafío de todo corazón. Según parece, no estuvo en la primera reunión en casa de Rosa Luxemburgo, ni tampoco se destacó en el debate de su grupo minoritario del *Reichstag* el 3 de agosto.[39] Pero una gira por el frente occidental como

no era el caso en lo relativo a Alemania, estas observaciones no tienen valor para probar ese punto de vista.

La argumentación de Rosa Luxemburgo contra la guerra porque costaba principalmente vidas proletarias fue después contrastada desdeñosamente por historiadores del partido comunista, en tiempos de Stalin, con el derrotismo revolucionario de Lenin (el mismo Lenin nunca puso esta argumentación entre las faltas de ella). Es curioso que Jruschov empleara exactamente el mismo argumento contra los comunistas chinos en 1963. "[. . .] en tiempos de guerra es la clase obrera la que más muere. [La necesidad de guerra] nada tiene que ver con el marxismo leninismo" (discurso en Moscú, 23 de mayo de 1963, mencionado en el [*Manchester*] *Guardian,* 24 de mayo, p. 13).

[37] Carta a Konstantin Zetkin, enero de 1915.

[38] Por ejemplo, cartas a Karl Kautsky a partir de 1907 en IISH, DXV.

[39] Frölich, p. 232. *Spartakusbriefe,* Introducción, p. x.

diputado del *Reichstag* en octubre parece haberlo convencido por fin de que unas cautas cartas de protesta no bastaban ya.[40]

En noviembre empezó a bombardear a los delegados del SPD en el *Reichstag* para que emitieran un voto negativo en el próximo debate presupuestario. Y siguió a esto con una campaña personal la semana anterior al mismo debate.[41] Pero al final fue él el único en quebrantar la disciplina del partido, el *Burgfrieden* —quebrantamiento total, cómo él lo había deseado; fue el único en votar contra los créditos. Al instante, su nombre se convirtió en símbolo de las cosas y las personas que representaba, para sus enemigos y para los que en el extranjero observaban buscando una brecha en la densa niebla germana. Su explicación escrita al presidente del *Reichstag,* que éste negó después haber hecho constar en el registro escrito, fue distribuida ilegalmente y se convirtió en el precursor de las cartas de *Espartaco.* Al principio eran éstas parte de las circulares de información distribuidas a funcionarios del partido simpatizantes por los buenos oficios de la organización local del partido en Niederbarnim, distrito electoral de Berlín controlado por los radicales. Allí había hablado Rosa Luxemburgo muchas veces en el pasado; y allí empleaba ahora todo su encanto magnético y su persuasión para formar un núcleo de protesta. Su influencia se limitó al principio a la capital, pero se fue extendiendo gradualmente a otras ciudades, con mejor distribución del material y más contactos. Había otros centros radicales en Alemania en Bremen, Stuttgart, Brunswick y Leipzig.

Rosa Luxemburgo trabajaba también febrilmente en su propio campo. En diciembre de 1914 fue a un hospital por poco tiempo; el largo aislamiento y el desastre de la guerra fueron demasiado para ella. Tenía violentos cambios de humor; a principios de noviembre había escrito a Hans Diefenbach que "mi primera desesperación ha cambiado por completo. No es que las cosas sean más agradables, al contrario. Pero uno se acostumbra más a una tempestad de golpes que a uno solo [...] precisamente las crecientes proporciones del desastre [...] piden un juicio objetivo".[42] La sentencia de prisión que había recibido en Frankfurt al comenzar aquel año era para diciembre, pero fue pospuesta al 31 de marzo de 1915 a causa de su enfermedad.[43] No obstante, ella sabía que el tiempo era poco. La *Sozialdemokratische Korrespondenz* casi había sobrevivido a su objeto; ya no podía estimular apoyo en los demás perió-

[40] Camille Huysmans a Benedikt Kautsky, 11 de marzo de 1949, en *Briefe an Freunde,* pp. 69-70.

[41] Drahn y Leonhard, *Unterirdische Literatur,* p. 13.

[42] *Briefe an Freunde,* p. 71, 1o. de noviembre de 1914.

[43] *Supra,* p. 385. La apelación contra el veredicto fue rechazada por el tribunal de apelación (*Reichsgericht*) el 20 de octubre.

dicos, aunque hubieran querido tomarle material, porque todos estaban censurados. Lo que se necesitaba era un periódico más teórico, un órgano central para los fieles, que pudiera escapar a la censura y al mismo tiempo anunciar lo más ampliamente posible la base sobre la cual debía el partido hacer frente al nuevo reto de la guerra y las acciones de una dirección obstinada en el error, pero no traidora todavía. Bajo la dirección particular de Rosa se preparó *Die Internationale*, con la colaboración de Franz Mehring y Julian Marchlewski. Todo había que procurárselo de la nada, juntar dinero, hallar un impresor —y esto resultó muy difícil; y con razón, porque colaboradores, editor e impresor, todos fueron encausados después.[44] Aun después de arrestada pudo Rosa, mediante las visitas de su secretaria Mathilde Jacob, estar informada de la carrera de última hora para sacar *Die Internationale*. Por intermedio de Mathilde Jacob se establecían comunicaciones cuidadosamente puestas en clave entre Rosa y Leo Jogiches, siendo éste, como de costumbre, la mano práctica entre bastidores, yendo y viniendo entre autores, editores e impresores, organizando la distribución, y teniendo informada todo el tiempo a Rosa de la marcha de los asuntos.[45] Es incluso posible que recibiera ayuda Rosa de un miembro del personal de la cárcel de la Barnimstrasse, llamado Schrick, conocido entre los lectores de *Espartaco* por su buena disposición respecto a la prisionera.[46] El hecho de que la concepción y la forma fueran en lo esencial obra de Rosa lo reconocía Mehring en la introducción del número primero y único, que salió en abril de 1915; el censor confiscó inmediatamente todos los ejemplares que pudo hallar y prohibió las nuevas ediciones.[47] Para entonces, ella llevaba ya dos meses encarcelada.

A principios de marzo había planeado acompañar a Clara Zetkin a una conferencia internacional femenina en Holanda; ni siquiera una conferencia femenina era de desdeñar ya. Pero el 18 de febrero fue detenida súbitamente y llevada a la prisión de mujeres de la Barnimstrasse.

[44] El 20 de julio de 1915 fueron acusados los autores y editores del periódico: Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Clara Zetkin en calidad de autores, Berten y Pfeiffer en la de editores. La acusación se hacía contra "la escritora Rosa Luxemburgo y sus camaradas" y se basaba en el apartado 9C de alta traición de las ordenanzas de emergencia. No obstante, la fiscalía del Reich desaconsejó el procedimiento por parecerle que no se podría sustentar la acusación de alta traición. La vista, proyectada originalmente para el 22 de marzo de 1916, se aplazó *sine die* y el proceso se detuvo. Los documentos del fiscal oficial relativos a la causa están en IML (M), fondo 209, n. 1356.

[45] Leo Jogiches a Mathilde Jacob, 2 de abril de 1915, en *International Review of Social History*, t. VIII, 1963, parte I, p. 100.

[46] Quedan todavía cartas de esta mujer a Mathilde Jacob en la Hoover Institution Stanford University, California.

[47] *Die Internationale*, 15 de abril de 1915, p. 10.

El arresto era totalmente inesperado y lo ejecutó el departamento criminal de la policía, no el procurador del Estado. La *Deutsche Tageszeitung,* con buenas conexiones oficiales, informó que el arresto se debía al hecho de que Rosa Luxemburgo —"la prima donna roja"— había organizado mítines en Niederbarnim.[48] Karl Liebknecht habló en el *Reichstag* en apoyo de su "íntima amiga de partido". "Esto demuestra la índole de nuestro *Burgfrieden,* de la paz en el frente del interior. [Pero] no debemos molestarnos siquiera en lamentar el que esta sentencia altamente política —en sentido de partido político— impuesta en tiempo de paz se ejecute súbitamente a pesar del *Burgfrieden* [...] Sé que mi amiga Luxemburgo sólo puede sentirse honrada por esta ejecución de sentencia, igual que yo [...]"[49] Había empezado la gran campaña propagandística de un solo hombre: Liebknecht. Con Rosa Luxemburgo encarcelada, su principal estímulo intelectual había desaparecido. Ahora estaba más solo que nunca.

Por mucho que dijera a sus amigos que deseaba tiempo para escribir y pensar, era un momento muy desafortunado, desde un punto de vista político, para estar entre las paredes de una prisión. "Hace medio año lo esperaba; ahora el honor cae sobre mí como una Cruz de Hierro caería sobre ti."[50]

En aquel momento, su supresión de la escena política era un golpe demasiado grande para la oposición para que ella lo soportara con su ecuanimidad usual. No obstante, *Die Internationale* estaba lista; ahora en la cárcel saldría "el estudio sobre la guerra" que "naturalmente" quería ella escribir, y tal vez por fin el esbozo de la obra de economía sacada de las notas para sus lecciones en la escuela.[51] El estudio sobre la guerra fue *La crisis de la socialdemocracia,* conocido mejor como la *Juniusbroschüre* a causa del seudónimo Junius. Escribió también una respuesta a las críticas hechas a su *Acumulación del capital* —otra tarea que había tenido que dejar para un inesperado periodo de paz y calma en plena guerra.

Rosa siempre se relajaba en prisión, como si su personalidad política estuviera normalmente consolidada y conjunta tan sólo por la presión de la vida. Era casi como si todo hubiera de crecer ahora para llenar el

[48] Véase *Vorwärts,* 20 de febrero de 1915.

[49] *Berichte über die Verhandlungen des Preussisches Haus der Abgeordneten,* XXII periodo legislativo, sesión II, 1914-15, Berlín, 1916, t. VII, columna 8754.

[50] *Briefe an Freunde,* p. 74, carta a Hans Diefenbach, 1o. de noviembre de 1914.

[51] Ibid. Esto último nunca lo hizo; sólo quedó el esbozo y fue publicado con unos cuantos comentarios y adiciones por Paul Levi en 1925 (*Einführung in die Nationalökonomie*).

vacío político, y en el proceso se separaran las partes que componían su personalidad. Rosa la reclusa, la pensadora, la botánica y la crítica de literatura emergían y se iban flotando como prolongaciones de Rosa la mujer. Hubo un súbito redoblamiento de cartas a los amigos, todas hechas a la medida de la personalidad del recipiente. A su ama de llaves Gertrud Zlottko, le escribía con tonos campesinos exentos de sentimentalismo: "Tu acento resignado realmente no me convence [. . .] Bah, Gertrud, eso no tiene objeto. Me gusta que mi gente esté alegre. La orden del día es trabajar; haz tu parte y el resto no lo tomes a pecho [. . .] Mantente animosa."[52] Para Luise Kautsky era "una persona perpetuamente seria de quien la gente siempre esperaba algo profundo —mala suerte [. . .] necesito *alguien* que me crea cuando digo que sólo estoy en el maelstrom de la historia universal por accidente, y que en realidad yo había nacido para cuidar una granja avícola. Tienes que creerme, ¿oyes?"[53]

Pero había otro aspecto siempre importante de sus actividades: su contacto práctico con la lucha en el exterior. Después del esfuerzo de los meses anteriores, ésta estaba en reflujo en los nueve primeros meses de 1915. Alemania parecía ganar la guerra y cierto número de miembros del SPD empezaban a sentir la comezón de la misión civilizadora alemana a la manera de los revolucionarios franceses, como algo que debía hacerse avanzar con las bayonetas. Al mismo tiempo, el comité ejecutivo del SPD montó, como era inevitable, un contraataque contra la oposición del partido —lo que quedaba de la antigua y lo que había empezado a manifestarse de la nueva. En Württemberg, la organización del *Land* sencillamente había reemplazado a la oposicionista *Schwäbische Tagwacht* ya en noviembre de 1914 y en vista del éxito del golpe, el ejecutivo del Reich lo apoyó de buena gana.[54] En todas partes se suprimían asimismo los últimos rescoldos de independencia por parte de los periódicos locales. *Vorwärts* fue más difícil de abordar. El tribunal de arbitraje del partido, la comisión de control, estaba bastante a la izquierda del centro; su miembro principal era Clara Zetkin y "de nada servía quejarse del diablo con la abuela del diablo [. . .]"[55] Pero el comité ejecutivo esperó simplemente el momento oportuno para lanzar un golpe contra los recalcitrantes que quedaban en el periódico; restringir su pu-

[52] *Briefe an Freunde*, p. 185, fechada el 25 de mayo de 1915. Para ayudarla a seguir animosa, Rosa le dibujaba cosas divertidas en sus cartas e incitaba a las demás mujeres a hacer otro tanto.

[53] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, fechada el 18 de septiembre de 1915.

[54] W. Keil, *Erlebnisse*, t. I, pp. 306-07; también Ossip K. Flechtheim, *Die Kommunistische Partei Deutschlands in der Weimarer Republik*, Offenbach, 1948, p. 13.

[55] Scheidemann, *Memoiren*, t. I, p. 268.

blicación no bastaba ya, y el gobierno quería un apoyo genuino y entusiasta para la política oficial. Los ejemplos inglés y francés de participación socialista en el gobierno de guerra, que el ejecutivo SPD citaba con tanta envidia, eran desdichadamente engañosos. El gobierno alemán nunca ofreció una verdadera participación en el poder, ni en el nivel local ni en el central; solamente verbosidad e impedimentos; pero en ausencia de entusiasmo espontáneo para el gobierno era tanto mayor la necesidad de un apoyo disciplinado de los trabajadores.

Entre la Luxemburgo y Liebknecht por una parte y la mayoría del comité ejecutivo por la otra estaba el "centro". Sus componentes no estaban a gusto con las unánimes certidumbres de la mayoría, pero también les repelía la violencia, la intransigencia doctrinaria de la izquierda, que les parecía no tener en cuenta toda la realidad del tiempo de guerra. Ellos tampoco eran un grupo homogéneo, ni mucho menos.[56] Algunos, como Bernstein y Eisner, se oponían al ejecutivo sólo porque eran pacifistas convencidos de tipo inglés. Otros eran más revolucionarios, pero les parecía que debían esperar las condiciones para volver a aproximarse a sus creencias. Todos sentían gran apego por la unidad del partido. En marzo de 1915 se presentó una prueba todavía más severa de lealtad u ortodoxia que en agosto y diciembre de 1914; por primera vez votaba el *Reichstag*, no los créditos especiales para la guerra sino el presupuesto normal anual, el obstáculo con que siempre se había encontrado el SPD naturalmente. Con o sin guerra ésta era la ocasión para los tradicionalistas de dar a conocer su pensamiento. A Liebknecht se unió Otto Rühle en su voto negativo, pero otros treinta se abstuvieron. Una enmienda especial a la antigua regla de la unanimidad había sido aceptada de mala gana por el comité ejecutivo el 3 de febrero de 1915, para evitar que se pasara más gente con Liebknecht. La mayoría de los centristas seguían viendo en Liebknecht a un maniático pendenciero del mismo siniestro tono que Rosa Luxemburgo en su primera pelea con Kautsky en 1910. Podía haber una oposición, decían, pero no de ese tipo; no una provocación deliberada, a la cual sólo podía darse una respuesta efectiva. En agosto de 1915 una vez más se hizo la misma agrupación para el mismo voto, pero esta vez Rühle se abstuvo en lugar de votar con Liebknecht; éste quedaba solo de nuevo.

En abril salió *Die Internationale*; una filosofía para revestir la acción. El artículo de fondo de Rosa, "Der Wiederaufbau der Internationale" (La reconstrucción de la Internacional), planteaba las alternativas en el tono más enérgico.

[56] Para un informe contemporáneo véase Eugen Prager, *Die Geschichte der USPD*, Berlín, 1922.

La nueva versión del imperialismo histórico [enmendado por la dirección del SPD] nos da a escoger entre esto o aquello. O bien la lucha de clases es la razón de ser del proletariado incluso durante la guerra y la proclamación de la armonía de las clases por las autoridades del partido es una blasfemia contra el verdadero interés vital de la clase trabajadora, o la lucha de clases incluso en tiempo de paz es una blasfemia contra los "intereses nacionales" y la "seguridad de la patria" [...] O la socialdemocracia subirá ante la burguesía de la patria para decir "Padre, he pecado" y cambiará toda su táctica y sus principios incluso de tiempo de paz [...] o se plantará ante el movimiento nacional de la clase obrera para decir "Padre, he pecado" y adaptar su actual actitud de tiempo de guerra a las necesidades normales de la paz [...] O Bethmann-Hollweg [el canciller alemán] o Liebknecht, o imperialismo o socialismo como Marx lo entendía [...] La Internacional no resucitará entonando después de la guerra el mismo estribillo de siempre [*die alte Leier*] ... Sólo puede empezar el renacimiento de la Internacional mediante una cabal y cruel burla de nuestras propias debilidades y tibiezas, de nuestro propio desplome moral a partir del 4 de agosto, y el primer paso en ese sentido sólo puede ser la rápida terminación de la guerra.[57]

Ya no era posible olvidar ni perdonar el 4 de agosto; había que sacarlo del partido por el fuego, junto con los responsables. Como organismo funcionante de la socialdemocracia, la Segunda Internacional había muerto; sus dirigentes la habían traicionado. Pero la idea estaría viva mientras hubiera unas cuantas personas que conservaran sus principios intactos.

Era ahí donde Rosa Luxemburgo difería de Lenin. Él veía el colapso no sólo en términos de unos cuantos dirigentes traidores —aunque eso también—[58] sino porque toda la laxa estructura federal de la Internacional había contribuido a su ruina. La pasión por el número, la unidad a toda costa, había destruido la unidad real de la disciplina y de la cabal adhesión a los principios revolucionarios. No podía tratarse de reconstituir la antigua Internacional con nuevos dirigentes; se necesitaba una Internacional *diferente,* que contuviera tan sólo a quienes aceptaran su firme organización y sus nuevos ideales.[59]

[57] *Die Internationale,* abril de 1915, pp. 6-7.

[58] "[...] la afirmación de que grandes masas de proletarios se apartaron del socialismo es una mentira; a las masas *nunca se les preguntó nada,* las masas fueron equivocadas, espantadas, divididas domeñadas por el estado de emergencia. *Sólo* los líderes pudieron votar libremente, y lo hicieron *por* la burguesía y *contra* el proletariado". (Lenin, *Sochineniya,* t. XXI, p. 405.)

[59] Véase la reseña de Lenin acerca de la conferencia de Zimmerwald, 5-8 de

El modo de ver de Lenin era más simple y menos sofisticado que el complicado cataclismo de Rosa Luxemburgo. Hacía tiempo que él equiparaba el oportunismo en cuestiones de principio con el oportunismo en cuestiones organizacionales; el fracaso del SPD y de la Internacional se debía sencillamente a una cepa particularmente virulenta de la antigua, y tan antigua, enfermedad del oportunismo. Aunque quebrantado al principio por los acontecimientos del 4 de agosto, pronto se recobró. A diferencia de Rosa Luxemburgo, que buscaba a tientas nuevas y más hondas causas hasta entonces desconocidas para un cataclismo moral y político de tan singular envergadura, cuya mera comprensión embargaba plenamente sus grandes facultades, Lenin se preocupaba tan sólo por la *magnitud* del problema, porque su índole le era bastante conocida. Hizo su diagnóstico y pasó al remedio: una escisión y una nueva organización; sus antiguos preceptos de integridad organizacional quedaban triunfantemente vindicados. Era satisfactorio que hubieran resultado acertados de un modo tan completo. Y así, mientras Rosa Luxemburgo sufría agudamente, Lenin estaba alegre y tranquilo. Y comentaba perceptivamente sobre la *Juniusbroschüre*, de cuyo autor todavía no estaba enterado:

> Siente uno al que está al margen, como un lobo solitario, que no tiene camaradas vinculados a él en una organización ilegal, acostumbrada a pensar soluciones revolucionarias hasta el fin y a educar a las masas en ese sentido. Pero estos defectos —y sería enteramente injusto olvidarlo— no son fallas personales en Junius sino consecuencia de la debilidad de *toda* la izquierda alemana, atajada por todos lados por la infame red de la hipocresía y la pedantería kautskistas y toda la "buena voluntad" de los oportunistas.[60]

Suponía que el violento rechazo de Junius a la política oficial del SPD conduciría a su propia concepción de la guerra civil revolucionaria.

> Junius casi acierta con la respuesta debida a la cuestión y con la solución correcta: la guerra civil *contra* la burguesía y *en favor* del socialismo; pero al mismo tiempo vuelve *una vez más* a la fantasía de una guerra "nacional" en los años de 1914, 1915 y 1916 como si tuviera miedo de decir la verdad hasta el fin [...] "Proclamar" la revolución, [aunque sea] con un programa revolucionaria *incorrecto*.
>
> En el mismo lugar declara Junius correctamente que no se puede "hacer" una revolución. Pero la revolución estaba en el programa [de

septiembre de 1915, en *Sochineniya*, t. XXI, pp. 350-55; también *Sozialdemokrat*, Ginebra, n. 45-46, 11 de octubre de 1915.

[60] Lenin, *Sochineniya*, t. XXII, p. 305.

la historia] en los años de 1914-1916. Estaba en las entrañas de la guerra; y hubiera *nacido* de la guerra. Esto hubiera debido *proclamarse* en nombre de las clases revolucionarias: su programa hubiera debido desarrollarse sin temor [...][61]

En un aspecto estaba Lenin obligado a reconocer la superior y anterior percepción de Rosa Luxemburgo. En una carta a Shliápnikov en octubre de 1914 reconocía que "Rosa Luxemburgo tenía razón. Hace tiempo había comprendido que Kautsky era un teórico contemporizador, siervo de la mayoría del partido, siervo del oportunismo, en breve."[62] Era un curioso reconocimiento, ya que Kautsky había sido durante mucho tiempo el punto flaco de Lenin. Tanto él como Trotsky lo habían admirado grandemente. Y a ambos les había parecido entonces la querella de Rosa con él absolutamente injustificada.[63] Ahora descubrían lo que Rosa sabía desde mucho antes, que Kautsky se servía del marxismo como de plastilina, para suavizar los contornos de una guerra imperialista. Lenin se volvía violenta y muy personalmente contra él y así volvía a exagerar su importancia.[64] Cuando Clara Zetkin estuvo en Moscú en 1920 hubo un problema con el elevador en casa de Lenin, y al instante exclamó éste enojado: "[Es] exactamente como Kautsky, perfecto en teoría pero le falla a uno en cuanto lo necesita."[65]

Por otra parte, Rosa comprendió pronto el aislamiento y la declinante importancia de su antiguo amigo. A excepción de unas cuantas citas pasajeras en artículos futuros y en su correspondencia privada con Luise Kautsky, nunca se volvió a ocupar de él. Su fuego político se concentraba en otras partes. Los verdaderos dirigentes de la oposición centrista no eran Kautsky, Eisner y Bernstein sino Haase, Dittmann y Ledebour, hecho que Lenin no comprendió sino a fines de 1917.

Si las opiniones de Lenin según las expuso en sus artículos de aquel tiempo y en las declaraciones de política de la Izquierda de Zimmerwald, son mencionadas aquí con cierta extensión, es con el propósito de dar mayor

[61] Ibid., pp. 302-03.
[62] Ibid., t. xxxv, p. 120; también Frölich, p. 236.
[63] Véase *supra*, pp. 351-52.
[64] Las polémicas posteriores de Lenin contra Kautsky —por implicación polémica contra su propia adulación anterior— son muchas y enconadas. Todo cuanto Lenin había detestado en el USPD se volvía ahora acusación personal contra Kautsky. Tal vez la mejor descripción del marxismo de Kautsky (con la que sin duda concordaría Lenin) sea la de Parvus: "Las ideas de Marx, el estilo de Kautsky, y el *todo* rebajado al nivel [...] de la descripción popular, completamente desvirtuado. De la buena masa heñida por Marx, Kautsky hacía *Matzes* [juego de palabras con pan ázimo y tonterías]" (*Die Glocke*, t. I, 1915, p. 20).
[65] Clara Zetkin, *Reminiscences of Lenin*, Londres, 1929, p. 13. [*Recuerdos sobre Lenin*, Editorial Grijalbo, México, 1968.]

claridad. La historia de la izquierda alemana desde el comienzo de la primera guerra mundial ha estado (y todavía está tan firmamente comprendida en la historia del partido bolchevique que es esencial una confrontación basada en los hechos Lenin-Luxemburgo. Sin embargo, se ha de decir que hasta 1917 las opiniones de los bolcheviques acerca de la guerra prácticamente no tuvieron influencia sobre Rosa Luxemburgo y sus amigos; por razones puramente materiales, es probable que no supieran lo que entonces se estaba diciendo en Suiza. El único contacto personal fue con el amigo de Rádek, Knief, en Bremen, y halló primero alguna expresión local en las páginas de la *Bremer Bürgerzeitung* y a partir de junio de 1916 en el semanario *Arbeiterpolitik*. Se celebraron después las dos reuniones de Zimmerwald, cerca de Berna, en septiembre de 1915 y en Kienthal en la Pascua de 1916. En la primera conferencia hubo diez delegados alemanes, siete del centro dirigidos por Ledebour y Hoffmann, dos del grupo de Rosa y Liebknecht, que tomó el nombre de su difunto periódico, "Internationale" y Julian Borchardt, que representaba un minúsculo grupito, con su periódico *Lichtstrahlen*. Lenin propuso una nueva Internacional y la tesis "Transformar la guerra imperialista en guerra civil". Obtuvo para ésta siete votos contra treinta, y entre los alemanes sólo lo apoyó Borchardt. Cedió presionado por sus amigos y se publicó una resolución de transacción en que se pedía en términos generales la guerra de clase contra una paz anexionista y se condenaba a los socialdemócratas que habían apoyado la guerra. Pero Lenin siguió maniobrando entre bastidores; la Izquierda de Zimmerwald era un grupo separatista potencial. La importancia concedida a sus opiniones en Alemania puede verse mejor por el hecho de que la carta de *Espartaco* de noviembre de 1915, que comunicaba la conferencia, dedicaba precisamente una frase a Lenin y los bolcheviques.[66]

En Kienthal, al año siguiente, Lenin estaba preparado para disolver la conferencia si los delegados centristas alemanes insistían otra vez en que ninguna resolución tomada en una conferencia podía obligarlos en sus acciones dentro de su país. Hoffman propuso que el Bureau de la Internacional Socialista que se había trasladado de Bruselas a La Haya convocara a una conferencia, pero esta proposición se malogró, y dos delegados espartaquistas, Bertha Thalheimer y Ernst Meyer, votaron también contra

[66] *Spartakusbriefe*, p. 81. Véase también Arthur Rosenberg, *Geschichte des Bolschewismus von Marx bis zum Gegenwart*, Berlín, 1932, p. 81. La literatura de Zimmerwald es vasta; para un resumen reciente véase F. Tych, "La participation des partis ouvriers polonais au mouvement de Zimmerwald", *Annali dell'Istituto Giangiacomo Feltrinelli*, año IV, 1961, p. 90. Véase también O. H. Gankin y H. H. Fisher (eds.) *The Bolsheviks and the World War. The Origins of the Third International*, Stanford/Londres, 1940, sobre todo la bibliografía.

ella.[67] Al final se llegó a una transacción que pedía específicamente a "los representantes de los partidos socialistas" abandonaran inmediatamente el apoyo a todos los gobiernos beligerantes y concretamente que votaran contra los créditos para la guerra. En el curso del debate el delegado alemán por Bremen, Paul Frölich, criticó tanto al grupo centrista del Reichstag como a la oposición de la "Internationale" por su continuada negativa a una neta ruptura organizacional con el SPD.

El posterior alegato comunista de que los radicales se habían acercado bastante a los bolcheviques en abril de 1916 es sólo cierto en parte.[68] Nunca se unieron a la Izquierda de Zimmerwald, y la idea de una nueva Internacional escindida, por pura que fuera, les repugnaba. En noviembre de 1914, Rosa Luxemburgo pudo todavía escribir a Camille Huysmans: "Le felicito por la solución que halló para el comité E[jecutivo] [trasladarse a Holanda]. Le ruego se atenga a ella y siga en su puesto a pesar de todos los intentos que podrían hacerse para despojarlo de sus poderes o persuadirle de que renuncie a ellos."[69] Para 1915 ella había aceptado el desplome de la antigua Internacional. En su polémica contra Kautsky en la *Juniusbroschüre* se burlaba concretamente de la esperanza de olvidar y perdonar simplemente. Pedía en ese folleto una neta reconstrucción de la Internacional, de donde habrían sido expurgados los antiguos elementos. La diferencia estaba entre la expulsión de indeseables de una organización mancillada pero esencial y la creación de una totalmente nueva. Aun al final de la guerra no podía enfrentar la creación de una nueva Internacional bajo los auspicios de los bolcheviques victoriosos. Probablemente la cuestión pertenece a esa área grande e indefinida de problemas que sólo la revolución real, efectiva, podía y debía resolver. Mientras tanto, las maquinaciones organizacionales secretas no eran más que un irresponsable autoengaño.

En colaboración con Liebknecht, Rosa había elaborado algunos principios guía que someter a la primera conferencia de Zimmerwald. En realidad no llegaron a la conferencia, oficial ni privadamente; los arreglos de última hora para la reunión, la necesidad de secreto, y sobre todo la dificultad de comunicación desde la prisión impidieron que la redac-

[67] Véase Ernst Meyer, Introducción a las *Spartakusbriefe* (primera edición). Berlín, 1926, t. I, p. 7. Bertha Thalheimer era la hermana del antiguo protegido de Rosa, August Thalheimer (véase carta a Konrad Haenisch, 24 de abril de 1910, en *Briefe an Freunde*, p. 25).

[68] Véase Ernst Meyer, loc. cit. Esta afirmación se fue haciendo más enfática en obras posteriores alemanas y rusas, hasta que en 1930 ordenó Stalin una inversión y la denigración sistemática del papel de la izquierda no bolchevique en Europa.

[69] *Briefe an Freunde*, p. 67, fechada el 10 de noviembre de 1914 (en francés). De todos modos, se opuso a cualquier intento de convocar a una reunión de la oficina. Carta a Karl Moor, *supra*, p. 439, n. 25.

ción estuviera lista a tiempo, cosa que molestó bastante a Rosa. Después se imprimieron como hojas sueltas ilegales y aparecieron en forma de apéndice a la *Juniusbroschüre* en 1916.[70] Como era de esperar, el plan general no era un programa, ni siquiera una recomendación de políticas específicas sino una declaración de principios: unas leyes fundamentales del socialismo internacional. Como tales, sirvieron de recuadro de cabecera para las cartas de *Espartaco* y proporcionaron, si no una plataforma, por lo menos una afirmación de fe en torno a la cual podría juntarse la oposición de izquierda.

Si parecen ser vagas declaraciones de principios en lugar de consignas o peticiones específicas, y evitar cuanto pudiera asemejarse a una plataforma bolchevique para reunir partidarios en torno suyo, Rosa Luxemburgo, que los redactó enteramente, hubo de luchar sin embargo por puntos concretos como los que allí quedaban plasmados. Liebknecht escribió que su plan contenía "demasiadas menciones de disciplina y no suficiente espontaneidad"; era "demasiado mecánico y centralista". Rosa aceptó muchas de sus sugerencias menores para una nueva redacción, pero en la cuestión de la disciplina internacional —su propia versión no era nada áspera, ni siquiera para las normas de su tiempo— siguió inconmovible.[71]

La correspondencia entre Rosa encarcelada y Karl en el frente ilustra la índole de su relación y la de toda la dirección espartaquista, más parecida al antiguo SDKPiL que al SPD. Una vez más emerge Rosa si no como el jefe por lo menos como la principal inspiradora de la oposición de izquierda y de sus ideas. El tipo de autodisciplina, de compromiso más que de control, lleva inconfundiblemente su sello. Fue ella quien rogó a Liebknecht no que obrara, lo que él podía haber hecho sin necesidad de nadie, sino que pensara y formulara; ella quien halagaba a Mehring y calmaba a Clara Zetkin. Después de aprobadas por Liebknecht y Mehring, Jogiches hizo imprimir las tesis, que fueron adoptadas en la reunión de los espartaquistas el 1 de enero de 1916.

Rosa Luxemburgo había terminado la *Juniusbroschüre* en la cárcel a fines de abril de 1915 y había logrado hacerla salir ocultamente, aunque debido a las dificultades para hallar un impresor no pudo publicarse sino al año siguiente. "Cuando salió de prisión a principios de 1916 halló el manuscrito todavía intacto en su escritorio."[72] Le llevó tres meses su publicación. Al principio insistió en poner su nombre, pero la disuadieron; el seudónimo escogido a la postre debía ilustrar un paralelo histó-

[70] Véase *infra*, p. 457, n. 73.
[71] Ernst Meyer, "Zur Entstehungsgeschichte der Juniusthesen", *Unter dem Banner des Marxismus*, año I, 1925-26, n. 2, p. 423.
[72] Frölich, p. 245.

rico con el siglo XVIII inglés. El folleto reflejaba la atmósfera de principios de 1915, en que los socialistas revolucionarios estaban en un vacío de desesperación y humillación, y sin hallar otra política alternativa. Su título predecía el contenido, la historia de un desastre.[73] Como el último ensayo sobre la Revolución Rusa, era un purgativo privado tanto como un opúsculo político. No debemos olvidar que ambos fueron escritos en la cárcel.

Este folleto contiene también una de las declaraciones más claras y sentidas de Rosa acerca de la ética proletaria. Como Marx, nunca se puso a discutir un tema hoy y otro mañana —el enfoque acumulativo del marxismo. Lo esencial del luxemburguismo —si es que hay tal cosa— no es esta o aquella variación del bolchevismo o de cualquier otra doctrina neomarxista sino la totalidad de su enfoque en todo momento.[74] La ética es una parte muy especial de esa totalidad, pero la ética involuntaria, no las lecciones acerca de cómo conducirse. La *Juniusbroschüre* está positivamente erizada de acusaciones contra la ética imperialista: brutal, hipócrita, donde la vida es el artículo más barato y sacrificable de todos, sobre todo la vida de los proletarios.

> Los trenes del ferrocarril llenos de reservistas ya no son acompañados por las ruidosas aclamaciones de las damas jóvenes, los soldados ya no sonríen al pueblo desde las ventanillas; en lugar de eso se deslizan silenciosos por las calles, con su paquete en la mano, mientras el público atiende a sus ocupaciones cotidianas con gesto huraño. En la atmósfera grave de la mañana siguiente, otro coro ocupa la escena: los roncos gritos de los buitres y las hienas que aparecen en todo campo de batalla: ¡diez mil tiendas de campaña garantizadas según especificación! Un centenar de toneladas de tocino, cacao, *ersatz* de café, entrega al instante pero sólo de contado, granadas de mano, herramientas, cinturones de munición, corredores matrimoniales para las viudas de los caídos, agencias para suministro del gobierno; ¡sólo se toman en cuenta las ofertas serias! La carne de cañón henchida de patriotismo y despachada en agosto y septiembre de 1914 se pudre ahora en Bélgica, en los Vosgos, en los pantanos de Mazuria, creando fértiles llanuras de muerte donde pueden darse las ganancias. Corran, que la

[73] Junius. *Die Krise der Sozialdemokratie*. Zurich, 1916, reimpreso en 1920 con una introducción de Clara Zetkin. Las citas están tomadas de la edición original. Esta obra ha sido reproducida también en las *Obras escogidas* de Rosa Luxemburgo, t. I. Cuando salió *Die Krise der Demokratie* en 1916 iban anexas las 11 proposiciones y 6 títulos de política adoptados todos como programa por el Grupo Internacional el día de Año Nuevo de 1916; véase *supra*, p. 456.

[74] Como ha señalado tan perceptivamente Georg Lukács en *Historia y conciencia de clase*, Ed. Grijalbo, México, 1969.

gran cosecha debe juntarse en los graneros — mil manos ávidas se extienden por encima del océano para ayudar.[75]

El panfleto de Junius une lo general a lo particular. En el persuasivo estilo histórico de Rosa Luxemburgo se ayuda al lector a dar los pequeños pasos de los hechos históricos y al mismo tiempo se le empuja hacia suposiciones mucho mayores. Habiendo expuesto la mentira de la guerra defensiva, Rosa Luxemburgo pasaba a una proposición general: "En la era del imperialismo no puede haber más guerras nacionales [justificadas]", ya que "hay completa armonía entre los intereses patrióticos y los intereses de clase de la Internacional proletaria, en la guerra como en la paz; una y otra exigen el más enérgico desarrollo de la lucha de clases y el más empeñoso cumplimiento del programa socialdemócrata".[76] En última instancia era cuestión de entrega personal al mundo exterior. No hay tragedia sin compromiso; ni negación tampoco. Lo contrario del amor —y el odio— es la indiferencia, la abstracción. Lenin, desembarazado, estaba en Suiza y reducía las proposiciones de Rosa a su contexto y relevancia particulares; y después las atacaba en ese contexto. Y no por primera vez: en su polémica de dos años antes, Lenin había atacado sus opiniones sobre la cuestión nacional tratándola no como una proposición universal sino dentro del contexto de la constitución y la táctica de su partido. Es inútil preguntarse si la negación de Rosa de cualquier guerra defensiva nacional se aplicaba o no a las naciones coloniales emergentes en África y la India, puesto que no escribió el folleto pensando en ellas. Negar todas las guerras nacionales en aquel punto estaba destinado a frustrar nuevos intentos de demostración de que Alemania libraba una guerra defensiva; rebatir el argumento no con negaciones sino destruyendo los cimientos en que se asentaba. Así como la autodoterminación polaca estaba errada porque toda autodeterminación lo está, así la guerra no era una guerra alemana de defensa patria porque semejante cosa hace tiempo que no existe. ¿Pretensión excesiva? Quizá, pero Rosa Luxemburgo siempre lo apostaba todo. Lenin hacía de la táctica una filosofía, mientras que Rosa utilizaba la filosofía para justificar la táctica.

El panfleto de Junius fue lo último que logró sacar de la prisión Rosa durante unos meses. Es probable que la ayudara algún miembro desconocido del personal, como también tuvo ayuda posteriormente en la fortaleza de Wronke. "Tal vez recibiera un trato más severo entonces a consecuencia del encuentro que tuvo con un insolente detective que fue

[75] *Die Krise der Sozialdemokratie*, p. 3.
[76] Ibid., pp. 82, 97.

a examinarla. No está del todo claro lo que sucedió, pero Rosa Luxemburgo puso fin a la entrevista tirándole un libro a la cabeza, y después recibió un castigo por ello."[77]

Los sucesos políticos estaban aislando personalmente a Rosa. Había perdido a muchos de sus antiguos amigos políticos; Parvus, Kautsky, Lensch, Haenisch, Dittmann, Stadthagen, Wurm: todos se le habían vuelto contrarios. No estaba en comunicación con sus amigos extranjeros. Quedaban Jogiches y Marchlewski en Berlín. El segundo había sido detenido en enero de 1916, antes de que Rosa misma saliera de prisión.[78] Clara Zetkin había sido puesta a buen recaudo en junio de 1915 y sólo la dejaron salir a principios de 1916 teniendo en cuenta que estaba gravemente enferma. Pasó cierto tiempo con Rosa en Berlín en los primeros meses de 1916, última vez que las dos amigas se vieron. El segundo escalón de la nueva izquierda lo componía una generación más joven con la que Rosa no tuvo nunca contacto personal. Mehring, que entonces tenía ya 70 años, era un amigo antiguo, aunque delicado. Las relaciones de Rosa con Liebknecht eran estrechas, políticamente, y estaban destinadas a hacerse aún más estrechas, pero nunca fueron amigos personales. Ella admiraba su valentía y despreciaba su existencia desenfadada. Así describía al Liebknecht del tiempo de la guerra a Hans Diefenbach, ante quien no necesitaba afectación política:

> Probablemente sabes cómo ha vivido durante muchos años: completamente envuelto en parlamento, reuniones, comisiones, discusiones; corriendo y con prisas, siempre saltando del metro al tranvía y del tranvía al autobús. Todos los bolsillos llenos de libretas de notas, los brazos cargados de los periódicos más recientes, que nunca tendrá tiempo de leer, cubierto cuerpo y alma con el polvo de la calle, pero siempre con una sonrisa amable y alegre en el rostro.[79]

[77] Frölich, p. 242. Se puede suponer que Frölich supo esos incidentes por la misma Rosa. No obstante, como el 22 de septiembre de 1916 se produjo un incidente semejante que Frölich no menciona, es posible que mezclara los dos.

[78] Liberado a principios de 1918 de acuerdo con los convenios de intercambio del tratado de Brest-Litovsk, fue a Rusia, donde se unió a los bolcheviques.

[79] *Briefe an Freunde*, pp. 93-94, carta a Hans Diefenbach fechada el 30 de marzo de 1917. Rosa escribió por entonces una caracterización idéntica a Luise Kautsky (*Cartas a Karl y Luise Kautsky*, pp. 199-200). En este segundo caso, la descripción continúa así: "[...] en el fondo de su corazón es de naturaleza poética como pocos, y capaz de deleitarse casi como un chiquillo con cualquier florecilla". Es el caso más patente de un fenómeno que sorprende al lector de las cartas luxemburguianas: no sólo el empleo continuado de ciertas frases en toda su correspondencia sino la avara economía de descripciones e incidentes. ¿Espontaneidad? Cf. *infra*, p. 502, n. 60.

Pero su valor —que era indudable— contenía un elemento de imprudencia que inquietaba a muchos de sus amigos. A fines de octubre de 1915 indicó Rosa a un camarada que hacía de intermediario entre ella y Liebknecht que le dijera a éste con tacto unas palabras al respecto. A consecuencia de "un misterioso malentendido", algunos de los comentarios de Liebknecht sobre la situación política, escritos desde Rusia, habían aparecido en el correo de ella. "Considero sumamente peligrosas para Karl esas actividades literarias desde esa distancia y haría usted bien en advertírselo si encontrara una manera apropiada de hacerlo."[80]

Rosa tenía amistades, pero privadas, en su mayoría mujeres; y admiradores y discípulos políticos, como Hugo Eberlein, los Duncker, los Thalheimer. Pieck (su ex-alumno de la escuela del partido), y Paul Levi, que la había defendido ante los tribunales y que un día la sucedería en su doble posición de dirigente de partido y después del más severo crítico de éste.[81]

Sin apreciar el vacío personal así como político de aquellos años de guerra no es posible comprender a Rosa encarcelada, y sobre todo a la Rosa de los últimos agitados meses después de su excarcelación en 1918. Pero pronto las cosas iban a mejorar, cuando el Spartakusbund estubo mejor organizado y amplió el alcance y la calidad de su atractivo; y los amigos de Rosa se juntaron en torno a ella para aligerar la carga mental y física de su segundo encarcelamiento largo.

El 29 de diciembre de 1915, veinte diputados del SPD votaban finalmente contra los nuevos créditos de guerra, y otros veintidós se abstenían. Era creciente la oposición articulada al comité ejecutivo. La fidelidad a los principios de antes de la guerra corrompía la disciplina del tiempo de guerra. ¿Por qué? La guerra no era un paso militar. Y nada

[80] Rosa Luxemburgo a Fanny Jezierska, probablemente a fines de octubre de 1915, en Archivos IISH, Amsterdam. Rádek también aconsejó a Liebknecht desde Suiza, en 1915, que no se arriesgara innecesariamente, Karl Rádek. *Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogiches.* Hamburgo, 1921, p. 33. Karl Liebknecht escribió a Fanny Jezierska el 18 de octubre de 1915: "No sé qué hacer y cuento contigo [...] Sé que tú también tienes mucho que hacer, pero no sé a quién más recurrir; las 5 de la mañana, un sueño de media hora [...]. Estoy muerto. No puedo dejar mi [verdadero] trabajo a pesar de todas las obligaciones literarias; por eso nunca descanso."

[81] Rosa mencionaba a Eberlein como "completamente devoto maestro" en una carta a Marta Rosenbaum, el 5 de enero de 1915, *Briefe an Freunde,* p. 137. Antes de la guerra, Rosa había recomendado a Pieck para un empleo con el siguiente comentario, especialmente interesante dada la carrera política de éste y su eminente capacidad de supervivencia: "Es enérgico, tiene iniciativa, idealismo y gran entusiasmo y es un lector diligente" (*Cartas a Karl y Luise Kautsky,* p. 166, fechada el 9 de enero de 1913).

debilita tanto como el fracaso. Mientras el gobierno alemán era prisionero de la idea de una victoria decisiva, la guerra podía continuar indefinidamente. Todo esto daba a las dudas sofocadas una oportunidad de reafirmarse. El compromiso de la dirección del SPD con la guerra parecía ahora una opción y no ya una necesidad. La oposición creía sentir la desilusión de la base; precisamente la misma base cuya aceptación de la unanimidad patriótica había mantenido callada durante tanto tiempo a la oposición. El rasgo principal de los centristas, que después fueron el USPD, era su base esencialmente democrática; jamás estuvieron dispuestos, entonces ni después, a perder el contacto con la realidad de la masa pasando a un aislamiento heroico. La idea de la izquierda de crear un apoyo en la masa con un gesto revolucionario les repugnaba. Ellos también eran un partido revolucionario, pero sólo si las masas manifestaban a gritos su deseo de revolución. En la izquierda, el Grupo Internacional (*Gruppe Internationale*) empezaba a atraer gente. A medida que crecía su influencia se manifestaba el peligro verdadero de que se apropiara el apoyo en que descansaba el centro. Como escribía (abril de 1915) uno de sus más inteligentes miembros, antiguo amigo de Rosa:

> Los redactores de la *Neue Zeit*, especialmente usted [Kautsky], tienen de todos modos la obligación de responder a los ataques del grupo I[nternationale]; el silencio se interpretaría como un abandono de la posición [...] es un hecho que la I[nternationale] se está difundiendo ahora por toda Alemania; gracias a la dedicada labor de los amigos de Rosa la estaban distribuyendo en todas las reuniones locales [*Zahlabende*] en el Gran Berlín el martes pasado. Las masas están inquietas acerca de la guerra y sobre todo acerca del alza de la vida, no tienen dónde descargar su rabia, y como no pueden atacar al gobierno, el partido se convierte en el chivo expiatorio. Ésta es la "acción" que pide Rosa a gritos [...][82]

Algunos centristas pasaron a la oposición voluntariamente, otros sintiéndolo mucho. No había unanimidad acerca de los motivos. La primera abstención en la votación sobre los créditos, en marzo de 1915, había sido justificada por uno de los dirigentes, no como oposición al esfuerzo bélico sino como un medio de evitar el voto directo de confianza al gobierno.[83]

[82] Emmanuel Wurm a Karl Kaustky, 21 de abril de 1915, Archivos IISH, DXXIII, 259.

[83] Hugo Haase a Friedrich Ebert, 5 de marzo de 1915, en Ernst Haase, *Hugo Haase, sein Leben und Wirken*, Berlín, sin fecha [¿1929?], p. 105.

De este modo, la ruptura entre el centro y la mayoría condujo primero a la expulsión de los recusantes de la junta de la minoría el 24 de marzo de 1916 y finalmente en enero de 1917 a la formación de un nuevo partido socialista de oposición, el USPD.[84] La ruptura organizacional era un proceso largo y difícil. Los que votaron contra los créditos de marzo de 1915 en adelante creían estar siguiendo los innegables mandatos de su conciencia; no sentían el deseo de romper con el SPD. Fue la mayoría quien lentamente los fue haciendo salir; por consultas informales ya en el verano de 1915 y por los miembros oficiales de la delegación en el *Reichstag* en marzo del año siguiente. Si hubiera habido algún congreso del partido, bien hubiera podido hacerse algo para expulsarlos del partido definitivamente. La creación de un bloque de oposición en el *Reichstag*, y después de un nuevo partido, no era deseada por los disidentes sino consecuencia de la intolerancia de la mayoría —como señalaba gozosa la izquierda. E incidentalmente, es significativo que la aparición de la oposición articulada en el SPD se hiciera desde la cima hacia abajo —no la expresión de disentimiento local contra el centro, de las masas contra la autoridad—; ni siquiera era un fenómeno de partido: todo salió del seno de la junta minoritaria en el *Reichstag*, que oficialmente no tenía ningún valor constitucional en el SPD.

Nada de esto redujo la brecha entre la izquierda —la oposición "cabal" (*entschieden*), como la llamó Meyer— y el centro, la *Arbeitsgemeinschaft*, como fue denominada la asociación de expulsados en el *Reichstag*.[85] Por el contrario, se hizo mayor. La izquierda tenía el mismo temor del centro que éste de ella: quitarse unos a otros el apoyo de la masa o, para usar la frase de combate, la confusión de las masas. Liebknecht atacó vigorosamente a los "hombres de diciembre de 1915", con ecos históricos de los decembristas rusos. Nunca se había manejado la analogía histórica con tanta dureza como por la izquierda alemana, señal segura de duda y tensión intelectuales.[86]

Hasta aquí, los dichos y hechos del centro se habían citado meramente en las cartas sin mucho comentario. Pero desde que Liebknecht había sido expulsado de la minoría parlamentaria el 12 de enero de 1916, la izquierda había ganado confianza y se había organizado mejor. A pesar del diezmo —Mehring, Marchlewski, Clara Zetkin detenidos al empezar 1916; Meyer, Eberlein, Westmeyer y Pieck detenidos o movilizados— ahora tenían su propia red de agentes, establecida en una conferencia

[84] Para la declaración del centro acerca de su voto contra el presupuesto y el abandono de la disciplina del grupo parlamentario véase Prager, USPD, pp. 94-96.

[85] La traducción más exacta sería "grupo de trabajo ad hoc". Para Meyer véase *Spartakus im Kriege*, Berlín, 1928.

[86] "Die Dezembermänner von 1915", *Spartakusbriefe*, p. 86.

secreta en marzo de 1915, en gran parte para ordenar la distribución de *Die Internationale*.[87] El primero de enero de 1916 se celebró una importante reunión en el bufete de Liebknecht. Los delegados llegaron muy secretamente, de a dos o tres.[88] Era para la izquierda el verdadero momento de decidir y estuvieron de acuerdo en mantener un núcleo de oposición al comité ejecutivo del partido, así como a la recién creada *Arbeitsgemeinschaft,* pero también de trabajar dentro del partido mientras fuera posible. Como programa adoptó esta conferencia las 12 declaraciones y las 6 proposiciones que Rosa Luxemburgo desarrollara para Zimmerwald y consiguiera sacar de la prisión en diciembre de 1915. Decían así:

1. La guerra mundial ha aniquilado el resultado de 40 años de labor del socialismo europeo [...] Ha aniquilado a la clase obrera revolucionaria en tanto que instrumento político de poder [...] Ha aniquilado a la internacional proletaria y ha [...] encadenado las esperanzas y los deseos de las grandes masas al carro de guerra del imperialismo.
2. Al votar los créditos de guerra y proclamar el *Burgfrieden,* los dirigentes oficiales de los partidos socialistas en Alemania, Francia e Inglaterra (a excepción del *Independent Labour Party*), han reforzado el imperialismo y [...] aceptado la responsabilidad de la guerra y sus consecuencias.
3. Esta táctica es una traición a las lecciones más elementales del socialismo internacional [...] A consecuencia de ello ha sido condenada la política socialista a la impotencia incluso en aquellos países donde los dirigentes del partido han seguido fieles a su deber; en Rusia, Servia, Italia y —con una excepción— Bulgaria.
4. Al renunciar a la lucha de clases durante la guerra oficial, la socialdemocracia ha dado a la clase gobernante de cada país ocasión de reforzar enormemente su posición a expensas del proletariado en las esferas económica, política y militar.
5. La guerra mundial no sirve ni a la defensa nacional ni a los intereses económicos ni políticos de las masas en ninguna parte; es tan sólo una erupción de la rivalidad imperialista entre las clases capitalistas de los diferentes países para lograr el dominio del mundo y el monopolio de la explotación de los países todavía no desarrollados por el capital.[89] En la época actual de imperialismo descarado, las guerras

[87] Introducción, *Spartakusbriefe,* p. xiii.
[88] *Dokumente und Materialien,* t. I p. 283. Informe de memoria por Rudolf Lindau, uno de los participantes, en *Neues Deutschland,* n. 1, 1o. de enero de 1956.
[89] Es curioso observar cómo con esta frase logró Rosa en realidad la aprobación de toda la izquierda alemana para su tesis de la *Acumulación de capital,* aunque

nacionales ya no son posibles. Los intereses nacionales son únicamente el engaño para hacer de la clase obrera el instrumento de su enemigo mortal, el imperialismo.

6. Ninguna nación sometida puede obtener la independencia y la libertad de la política de los Estados imperialistas y de esta guerra imperialista.

7. La actual guerra mundial, ya dé la victoria o la derrota a cada quien, sólo puede representar la derrota del socialismo y la democracia. Cualquiera que sea su final —salvo la intervención revolucionaria del proletariado internacional— sólo puede conducir al reforzamiento del militarismo, a la agudización de las contradicciones internacionales y a las rivalidades económicas mundiales. De este modo, la guerra mundial de nuestros días crea simultáneamente las precondiciones para nuevas guerras.[90]

8. La paz mundial no puede asegurarse mediante planes en apariencia utópicos pero fundamentalmente reaccionarios, como el arbitraje internacional por los diplomáticos capitalistas, los arreglos diplomáticos acerca del "desarme", la "libertad de los mares" [...] las "comunidades europeas" [*Staatenbünde*], las "uniones aduaneras centroeuropeas", los "estados tope nacionales" y así sucesivamente. El único medio [...] de garantizar la paz mundial es la capacidad política de acción y la voluntad revolucionaria del proletariado internacional de echar su peso en la balanza.

9. El imperialismo, última fase del poder político mundial del capitalismo, es el enemigo común de la clase obrera de todos los países, pero tiene el mismo destino que las fases anteriores del capitalismo en que su propio desarrollo incrementa la fuerza de su enemigo *pro rata* [...] Contra el imperialismo debe intensificarse la lucha de la clase obrera en la guerra como en la paz. Esta lucha es [...] tanto la lucha del proletariado por el poder político como la confrontación final entre socialismo y capitalismo.

10. En relación con ello, la tarea principal del socialismo actualmente es juntar al proletariado de todos los países en una fuerza viva revolucionaria [...]

11. La Segunda Internacional ha sido aniquilada por la guerra. Demostró su decrepitud la incapacidad de hacer de barrera eficaz contra el nacionalismo fragmentario durante la guerra y la incapacidad de

en aquel tiempo ningún marxista destacado estuviera dispuesto a suscribir su análisis del capitalismo y su caída.

[90] Ésta es la más completa contradicción a las tesis de Lenin acerca del potencial revolucionario de la primera guerra mundial que puede hallarse en la literatura izquierdista alemana de la época.

llevar una misma táctica y una misma acción con la clase obrera de todos los países.
12. En vista de haber traicionado sus representantes oficiales los objetivos e intereses de la clase trabajadora [...] se ha convertido en necesidad vital para el socialismo crear una nueva Internacional obrera que se encargue de la dirección y la coordinación de la guerra de clases revolucionaria por doquier contra el imperialismo.[91]

Proposiciones:

1. La guerra de clases con los Estados burgueses contra las clases gobernantes y la solidaridad internacional de los proletarios de todos los países son dos reglas indivisibles y vitales para la clase obrera en su lucha por la liberación. No hay socialismo fuera de la solidaridad internacional del proletariado y no hay socialismo sin lucha de clases. Ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz puede el proletariado socialista renunciar a la guerra de clases ni a la solidaridad internacional sin suicidarse al mismo tiempo.
2. La acción de clase del proletariado de todos los países debe tener por principal objeto la lucha contra el imperialismo y el impedir las guerras. La acción parlamentaria, la acción sindical, y toda la actividad de los movimientos de la clase obrera deben ser sometidas a la más firme confrontación en cada país contra su burguesía nacional.
3. El centro de gravedad de la organización de clase está en la Internacional. En tiempo de paz, la Internacional decide la táctica de las secciones nacionales en cuestiones de militarismo, política colonial, política económica, celebraciones del Primero de Mayo, así como la táctica a seguir en caso de guerra.
4. La obligación de ejecutar las resoluciones de la Internacional precede a todas las otras obligaciones organizacionales. Las secciones nacionales que vayan contra estas resoluciones se colocan automáticamente fuera de la Internacional.
5. En la lucha contra el imperialismo y la guerra, el esfuerzo decisivo sólo pueden hacerlo las masas compactas del proletariado. La tarea táctica principal de las secciones nacionales deberá, pues, tender a educar a las grandes masas para que tomen una iniciativa decidida en la acción política. Debe también garantizar la cohesión de la acción de masas, desarrollar la organización política y sindical de modo que se asegure la rápida cooperación de todas las secciones y que la voluntad de la Internacional se transforme en la acción de la masa obrera de todos los países.

[91] Cf. *supra*, p. 455.

6. La siguiente tarea del socialismo es la liberación espiritual del proletariado de la tutela burguesa, que hace sentir su influencia con su ideología nacionalista. Las secciones nacionales deben desarrollar su agitación en el parlamento y la prensa en el sentido de denunciar la anticuada fraseología del nacionalismo, que es un mero medio de dominación burguesa. La única defensa verdadera de la libertad nacional genuina es hoy la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria de todos los proletarios es la Internacional Socialista, y su defensa debe tener prioridad ante todo lo demás.[92]

Se insistía principalmente en el internacionalismo y contra el sentimiento nacional. Rosa ponía su fe en esto contra las falibles fantasías de los partidos nacionales; cambio de énfasis más que táctica nueva. Tal vez fuera la marca del ideal internacional entre los espartaquistas. Es probable que nadie sino Rosa Luxemburgo hubiera pensado en una estructura organizacional donde los partidos nacionales estuvieran efectivamente subordinados a la Internacional. Partidos "nacionales" era en este contexto una denominación peyorativa, así como un caso de pensamiento vago, consecuencia del hecho de que lo dominara la reciente experiencia alemana. EL RSDRP, por ejemplo, y Rosa lo sabía bien, no se consideraba partido "nacional", ni tampoco el Partido Socialdemócrata Austriaco. En todo caso, el énfasis intelectual y extremado sobre lo internacional fue transitorio; a partir de entonces, la táctica de Liebknecht, basada en que "el enemigo está dentro" fue predominando con su matiz revolucionario positivo.[93] La diferencia entre Rosa Luxemburgo y Liebknecht, según reconocían, era de énfasis más que de política, pero es de todos modos notoria. El hecho de que fuera adoptada la concepción de Rosa demuestra una vez más cuán potente era su influencia en el pensamiento espartaquista en los dos primeros años de la guerra.

Pero había completo acuerdo entre ella y Liebknecht en cuanto a agudizar las diferencias entre *Spartakus* y *Arbeitsgemeinschaft*. La conferencia del 1o. de enero de 1916 decidió seguir adelante inexorablemente con el "proceso de esclarecimiento" consistente en atacar a los dirigentes centristas para quitarles el apoyo de la masa. Rosa escribió su propio comentario sobre los "hombres de diciembre", más personal y más profundo que el de Liebknecht; aquellos hombres habían sido al mismo tiempo sus colaboradores y sus amigos. "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas porque eres tibio, y

[92] *Dokumente und Materialien,* t. I, pp. 279-82. Después cada una de las *Cartas de Espartaco* iba encabezada por extractos de una o varias de estas proposiciones.
[93] "Der Hauptfeind steht im eigenen Land", volante ilegal de mayo de 1915, reproducido en Drahn und Leonhard, op. cit., pp. 24-27.

no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca."[94]

Salió Rosa de la cárcel el 22 de enero de 1916, aunque el fiscal todavía seguía cavilando el editorial de *Die Internationale,* buscando materia para una acusación. El día de su salida tuvo que estrechar la mano a centenares de personas que la felicitaban. "He vuelto a la 'libertad' con una tremenda ansia de trabajo."[95] Karl Liebknecht estaba con prolongación de permiso de su regimiento para asistir a la sesión del *Reichstag;* en el alto mando y la policía, muchos hubieran querido apresarlo, pero no podían tocarlo —de momento.[96] Estaba utilizando su turno de interpelación, la única oportunidad que tenían los diputados privados de molestar; cada pregunta estaba destinada a pinchar al gobierno y a reiterar su tesis de guerra imperialista y de agresión. El ala derecha y los diputados liberales trataron incluso de agredirlo personalmente; en verdad lo creían loco.[97] Hubo insistentes peticiones y presiones en el *Reichstag* para que se pusiera fin a su traidora actividad y a las maquinaciones de sus amigos. Los informes de policía de aquellos días están henchidos de material relativo a *Spartakus,* en que se predecía la perpetua inminencia de un estallido revolucionario; aunque basadas en información real, es evidente que las conclusiones a que llegaban los agentes eran las que sus superiores deseaban oír. Para las autoridades,

[94] Apocalipsis, iii, 15-16. De "Entweder-Oder" (Lo uno o lo otro), en *Ausgewählte Reden und Schriften,* II, p. 533. Este trozo circuló como volante ilegal escrito a máquina. Fue citado en el testimonio ante la comisión del *Reichstag* que sesionó (1925-29) para examinar las causas de la derrota alemana. *Untersuchungskommission der Reichstages, Vierte Reihe: Die Ursachen des deutschen Zusammenbruches im Jahre, 1918, Der innere Zusammenbruch* (El desplome interior), t. IV, pp. 102-03.

[95] Rosa Luxemburgo a Regina Ruben, fechada el 25 de febrero de 1916, IML (B). Véanse también las *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* p. 196: "No puedes tener idea de la tortura que fue recibir a 80 personas (exactamente) [en mi departamento] el primer día y decir unas cuantas palabras a cada una de ellas después de un año en la Barnimstrasse." (Sin fecha; probablemente de principios de 1917.)

[96] *Dokumente und Materialien,* t. I, p. 336. (Informe confidencial del jefe de la policía de Berlín al ministro prusiano del Interior, fechada el 31 de marzo de 1916.) Véase también p. 355 (telegrama del canciller al Consejo Privado del emperador, fechado el 9 de abril de 1916).

[97] Véanse informes del debate del *Reichstag* en que se interrumpió constantemente a Karl Liebknecht con gritos de "¡tontería!", "¡locura!", "¡manicomio!" (*Reichstagsverhandlungen,* 13 periodo legislativo, 2a. sesión, Berlín, 1916, t. CCCVII, columnas 952-53). La historia tiene la costumbre de repetirse, por lo menos en las minucias. La posición solitaria de Karl Liebknecht, el tono de su discurso y la actitud de sus contrarios fueron casi una repetición exacta de la ocasión en que Janko Sakasoff hizo un discurso contra la guerra en representación de los socialdemócratas búlgaros en el *Sobranie* el 8 de octubre de 1912 (véase *Bulletin Périodique,* Bureau de la Internacional Socialista, Bruselas, 1913, 2o. suplemento al t. 3, n. 9, p. 7.

Spartakus parecía mucho más peligroso que en la realidad, y era buena política que lo siguiera siendo.[98]

Fue un periodo de intensa actividad para Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. En momentos robados a los mítines y a la labor editorial, caminaban en la primavera por las inmediaciones de Berlín, con el corazón alegre por el placer de la acción. Karl era menos estable emocionalmente; él era quien daba volteretas sobre las manos y de repente se ponía a cantar, mientras Rosa lo miraba con tolerancia, aunque ella era incapaz de tales transportes.[99] La amistad entre Rosa y la joven esposa rusa de Karl, Sonia, se hizo una relación intensa y protectora. Después, cuando Karl estuvo en la penitenciaría y Rosa encerrada en una fortaleza, desde ésta le mandaba ella a la joven cartas destinadas a cauterizar el dolor de la separación. Como con otras personas, Rosa no sólo emprendió la protección moral sino también la educación de su amiga, aunque sus esfuerzos no siempre dieran el resultado esperado; el efecto que producía esta correspondencia en la misma Rosa era el de un "vaso rajado".[100] Ella veía a todas las amistades de su amiga, entre ellas a Hans Diefenbach, que ahora estaba ejerciendo de médico en el frente oriental. Aquellos seis meses fueron la última vez en la vida de Rosa que ésta pudo llevar algo parecido a una existencia normal.

[98] Véanse los extractos de los informes e instrucciones secretos policiacos publicados en *Dokumente und Materialen*, t. I. Para 1917 y después véase Leo Stern, *Der Einfluss der grossen sozialistischen Oktoberrevolution auf Deutschland und die deutsche Arbeiterbewegung*, Berlín (oriental), 1958. No sería muy indicada una discusión detallada aquí de todo este asunto. Los historiadores de Alemania Oriental han hallado útil este material para probar la importancia de la oposición "de masa" a la guerra así como a las organizaciones oficiales del partido; pero el deseo es padre de la prueba.

[99] *Briefe an Freunde*, p. 94, carta a Hans Diefenbach fechada el 30 de marzo de 1917. Véase también *Letters from Prison*, Berlín, 1923. Es una traducción de las cartas de Rosa Luxemburgo a Sonia Liebknecht, publicadas con el título de *Briefe aus dem Gefängnis*, Berlín, 1920. Las referencias a las citas son de la edición inglesa, aunque con frecuencia he retraducido del original alemán.

[100] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 188. "Sonia me envió todo un paquete de literatura para que leyera — todo inútil." (*Briefe an Freunde*, p. 128, carta a Hans Diefenbach fechada el 13 de agosto de 1917.) Sonia Liebknecht vive todavía en Berlín oriental y últimamente salió de un largo silencio para amenazar al gobierno de Alemania occidental con un proceso por exonerar a los asesinos de su marido. Véase infra, p. 572, n. 74. Es posible que Sonia Liebknecht pareciera más ingenua de lo que era. Graduada de universidad, un escritor la ha descrito recientemente como "atractiva", de apariencia ingenua, pero perfectamente capaz de llevar importantes mensajes a su marido encarcelado y plenamente implicada en su actividad política". Véanse los archivos de la Ojrana, policía secreta rusa, legajos de 1870 a 1917 en la Institución Hooper de la Stanford University de California, citados en Ralph H. Lutz, "Rosa Luxemburg's Unpublished Prison Letters 1916-18", *Journal of Central European Affairs*, octubre de 1963, t. XXIII, n. 3, p. 305.

Pero no hubiera sido normal si no hubiera estado también llena de actividad política. Entre el gobierno y *Spartakus* había dos parachoques que amortiguaban la necesaria lucha de clases, ardientemente deseada, y eran los primeros obstáculos a remover. El primero de ellos era la mayoría SPD, con su comité ejecutivo. Éste había tomado la ofensiva; ahora que la oposición estaba preparada a salir al campo raso ya no podía haber razones, según Ebert y Scheidemann, para paños tibios. Además, la creciente presión del gobierno y los militares sobre los socialistas de la mayoría —censura de prensa, restricción de temas "discutibles" en las plataformas públicas, en algunos casos prohibición cabal de mítines SPD— a su vez hicieron al ejecutivo apremiar más duramente a la oposición, a la que culpaban de sus problemas.[101] Organizaciones distritales dudosas pasaron a cargo sencillamente de gente conveniente nombrada desde el centro, y el silenciamiento de los periódicos de oposición del partido culminó en la ocupación material, por parte del ejecutivo, de *Vorwärts*, en octubre de 1916, después de diversos intentos de regir su política. Fue éste un despojo que la organización berlinesa del partido, que tradicionalmente consideraba a *Vorwärts* como cosa propia, nunca perdonó.

Pero el verdadero combate, la lucha cuerpo a cuerpo, era con los centristas, que ahora estaban también en oposición a la mayoría del partido. Las *Spartakusbriefe* publicaban una advertencia tras otra de que no debía confundirse la oposición centrista con la oposición "verdadera", ni las maniobras tácticas con la lucha. "El progreso que presenta el 24 de marzo [segundo voto centrista contra el presupuesto] se debe precisamente a la implacable crítica de todas las medias tintas por los radicales" —lo *medio* y lo *entero* eran vocablos favoritos de Liebknecht— "y confirma cuán fructífera es esa crítica para el *reforzamiento general del espíritu de oposición*."[102] Y terminaba así: "Quienquiera se aventure entre dos ejércitos trabados en batalla caerá abatido por el fuego cruzado a menos que busque refugio en uno u otro lado. Mas cuando llega a uno de ellos, no es un héroe, sino un refugiado."[103]

Pero la solución no era todavía la de Lenin; era democracia y no escisiones, disciplina más laxa y no más exigente.

> Hacia arriba desde abajo. A las masas más amplias de camaradas en el partido y los sindicatos debe llegarse, en la batalla por el partido, *en* el partido [...] deben romperse las esposas de la burocracia [...]

[101] *Reichstagsverhandlungen*, 1916, t. CCCVI, col. 716; CCCVII, cols. 943, 1244.

[102] *Spartakusbriefe*, p. 130. Subrayado por mí. Sin firma, pero evidentemente de Liebknecht.

[103] Ibid.

ni ayuda económica, ni contribuciones, ni un centavo para el ejecutivo [...] no escisión ni unidad, no partido nuevo ni viejo, sino *recuperación* del partido hacia arriba desde abajo por la rebelión de las masas [...] no palabras, hechos de rebelión [...][104]

Aunque Rosa atendía a muchas reuniones de comité en que se libraba una continua batalla por el control con los centristas, lo hacía por lealtad más que por convicción. No era ésa la lucha que quería, era estrecha y no ancha: mucho mejor era olvidar la estructura burocrática formal y ampliar la batalla hacia fuera y hasta las masas. Después de un año en la cárcel, su paciencia se había reducido bastante: "No puedo conceder importancia a ese combate entre pigmeos [*Froschmäusekrieg*] dentro de los organismos oficiales [...] nuestros 'proletarios' exageran burdamente esta pelea burocrática", se quejaba a Clara Zetkin.[105]

Las actividades de la oposición radical eran más fuertes en Berlín. Sólo allí, bajo la mirada crítica de los líderes, era posible conseguir la separación teórica precisa de *Spartakus* de la *Arbeitsgemeinschaft,* que debía impedir la confusión de la clase obrera. Pero una historia basada en las declaraciones de los dirigentes induce a error, porque en nivel regional, y más aún en el local, *Spartakus* y la *Arbeitsgemeinschaft* eran bastantes difíciles de distinguir, y para muchos funcionarios locales, el "esto o aquello" de Rosa no tenía mucho sentido, como sucedió todavía cierto tiempo después de la guerra.[106]

La situación estaba muy confusa. Era bastante difícil decidir entre los miembros oficiales y la oposición del SPD fuera del *Reichstag.* Incluso en la organización de Berlín había confusión. El 31 de marzo se examinaron en una reunión general de la organización del Gran Berlín los acontecimientos del *Reichstag* del 24 de marzo, la última votación contra el presupuesto. Se adoptó una resolución en favor de la *Arbeitsgemeinschaft,* y apareció al día siguiente en *Vorwärts,* debidamente borrada por la censura. Rosa Luxemburgo, que estaba presente, no logró ni siquiera permiso para poner una enmienda a la resolución. Su solicitud a *Vorwärts* de que imprimieran sus críticas a la resolución fue rechazada: ¿no representaba acaso la opinión unánime de la oposición? Aproximadamente

104 Ibid., pp. 132-33. Ésta fue una de las primeras sugerencias de embargo financiero.

105 Rosa Luxemburgo a Clara Zetkin, 30 de abril de 1916, IML (M), fondo 209 fotocopia IML (B), NL2-20, p. 130.

106 La historia de Alemania oriental hace hincapié en lo contrario y pretende establecer una clara distinción entre el centro y la izquierda en todos los niveles. Es necesario aclararlo porque de otro modo se ve erróneamente a Spartakus como un grupo compacto y bien definido detrás de dirigentes igualmente bien definidos y articulados — cosa que no tiene sentido.

por entonces, el comité ejecutivo realizó el primer intento de regular la política de *Vorwärts*. Esta vez pudo Rosa plantear en la comisión de prensa local una resolución más categórica que la propuesta por la oposición centrista. Su resolución perdió por una pequeña minoría: sólo porque la había propuesto Rosa. Pero ocho días después, el ejecutivo de la organización provincial berlinesa adoptaba la misma resolución de Rosa *verbatim,* por encima de las cabezas de su propia comisión de prensa.[107] Cada bando sacó su conclusión, errónea, sobre la confusión en las filas del contrario; la confusión era universal.

El 22 de abril de 1916, Rosa Luxemburgo pasó a la ofensiva. El estribillo era cada vez más *hechos, no palabras.* Se decidió hacer un gesto real, visible y tangible; convocar a una manifestación el Primero de Mayo en el centro de Berlín. Incluso las más moderadas celebraciones del Primero de Mayo habían quedado suspendidas mientras duraran las circunstancias, razón tanto mayor para hacer algo memorable. Hubo negociaciones con el "grupo Ledebour" — era el grupo Ledebour, el grupo Haase, el grupo Kautsky, según la preferencia; tales atribuciones personales siempre eran derogatorias. Al fin no se pudo lograr el acuerdo sobre una acción conjunta. Los centristas opinaban que era locura: no había pruebas suficientes de sentimiento revolucionario entre las masas, ni señal alguna de que se deseara el patente suicidio; el fracaso sólo podía poner en ridículo a la oposición.[108] Entonces Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, con unos cuantos partidarios, decidieron salir solos, después de mucha agitación y mucho proclamar sus intenciones.[109] Naturalmente, esto atrajo gran cantidad de policía. "A las ocho en punto [...] en plena Potsdamerplatz, se oyó la sonora voz de Karl Liebknecht que decía: 'Abajo el gobierno, abajo la guerra.' " Lo arrestaron al punto, pero según parece los otros líderes no fueron molestados. Al arresto siguió una manifestación mayor pero más silenciosa que duró varias horas, aunque en tales ocasiones nunca es fácil distinguir a los participantes de los espectadores; la misma presencia de grandes refuerzos policiacos aumentaba el número de espectadores curiosos.

[107] *Spartakusbriefe*, pp. 149-52. Véase también *Vorwärts* de fechas relevantes, 1o. de abril, 7 de abril y 15 de abril de 1916.

[108] *Spartakusbriefe*, p. 166.

[109] Rosa habló de "manifestación imponente", de "densa multitud", sin dar cifras (ibid.). Según testigos de vista contemporáneos, hostiles y amistosos, el número de la primera manifestación parece haber sido de unos centenares, aunque unos días después las noticias de la detención de Liebknecht provocaron manifestaciones mayores. Véase *Dokumente und Materialien*. t. I, p. 379. también el informe mencionado pero no impreso en *Archiv der Reichskanzlei*, n. 8/7, "Socialdemócratas", t. XI, hoja 189, en IML (B). En *Dokumente und Materialien*, t. I, p. 373, se reproduce un facsímil de la proclamación ilegal.

Primero fue sentenciado Liebknecht, el 28 de junio, a dos años y medio de trabajos forzados; inesperadamente —para todos los interesados— esto ocasionó la primera gran huelga política de la guerra. A su debido tiempo, el tribunal militar superior (*Oberkriegsgericht*) aumentó la sentencia a cuatro años y un mes.[110] Una apelación a la Corte Suprema del Reich fue rechazada; y empezó a cumplir su sentencia el 6 de diciembre de 1916 en Luckau, Sajonia. El *Reichstag* se había apresurado a los pocos días de la detención de Liebknecht, a quitarle la inmunidad parlamentaria, y una mayoría de socialistas había votado con el "enemigo de clase" en favor de esta medida. Muchos de ellos no sentían la menor simpatía por su acción, ni la entendían.[111]

Por lo menos la detención de Liebknecht, si no su manifestación, le atrajo el apoyo personal y la simpatía de Hugo Haase, el dirigente de la *Arbeitsgemeinschaft* y ex-presidente del partido. Se hizo un nuevo esfuerzo para colaborar con *Spartakus*. En julio comunicó Haase a su mujer que había "pleno entendimiento con el grupo de Rosa". La detención de Liebknecht había "rechazado todos los problemas de personalidad hacia el fondo".[112]

[110] En Alemania, la condena a trabajos forzados o penitenciaria —al contrario de la de prisión— implicaba la pérdida de los derechos civiles, en el caso de Karl Liebknecht por seis años. Esto significaba exclusión del foro —era abogado—, de las votaciones y naturalmente el no poder presentarse como candidato para las legislaturas provinciales o la del Reich.

Las sentencias militares de Alemania durante la guerra fueron de tres categorías: penitenciaría o trabajos forzados, por actividades de traición, cárcel por delitos menores, y custodia administrativa, a menudo en una fortaleza; éste era el modo más cómodo de tratar con los socialdemócratas sin las costas y las molestias de un proceso. La fortaleza era más "política" y menos rigurosa que la prisión. En comparación con las normas actuales para la sedición en tiempo de guerra, tanto las sentencias impuestas a los dirigentes espartaquistas como los tratos en prisión eran suaves. Las vociferantes protestas de los espartaquistas contra la detención y el encarcelamiento de sus dirigentes no deben inducirnos a error haciéndonos creer lo contrario.

[111] "Señores [. . .] tenemos en Liebknecht a un hombre que quiso, por medio de un llamado a las masas, obligar al gobierno a firmar la paz, a un gobierno además que ha señalado repetidas veces su deseo de paz ante el mundo entero [. . .] Ésta es una guerra por nuestros hogares [. . .] cuán grotesca fue su empresa [. . .] cómo puede nadie imaginar que [Liebknecht] puede influir en el destino del mundo, y hacer política de altura [*hohe Politik machen*] repartiendo octavillas a la gente, montando una manifestación en la Potsdamerplatz [. . .] Compárese esta inestabilidad patológica con nuestra calma inteligente y lúcida [la oficial del partido] [. . .]"

(*Reichstagsverhandlungen,* loc. cit., cols. 1027-28, discurso pronunciado por Landsberg. Las observaciones relativas a la "política de altura" son un interesante ejemplo de la actitud oficial de "deferencia" del SPD para con el gobierno.

[112] Ernst Haase, *Haase,* pp. 120, 125.

Esto no significaba que alentara o fomentara lo que le pareció otra tontería:

En la reunión general [de las organizaciones del distrito berlinés] Rosa hizo un discurso muy diestro [...] con un fuerte efecto, tanto más cuanto que no insistió al final en el embargo de las cuotas de membrecía, pero su proposición era [de todos modos] peligrosa; olía a medidas organizativas separatistas. El comité ejecutivo del partido se hubiera opuesto a ello al punto, y por eso yo la combatí, con tal éxito que sólo un puñado [de personas] quedó con Rosa al final. Pronto se puso en claro cuán acertado estaba yo en la práctica. El ejecutivo no podía atacar la resolución ya aceptada [...] Estoy de acuerdo contigo en que debe reforzarse la unidad de la oposición en el país.[113]

Pero Rosa Luxemburgo y sus amigos no estaban preparados para asir la mano tendida con condiciones de comportamiento "inteligente". Por el contrario, la negativa original a colaborar el 1o. de mayo hizo de los actuales ofrecimientos de unidad y reconciliación "el colmo de una vil desvergüenza" para Rosa. Ésta administró "un merecido puntapié en el trasero"; y *Spartakus* siguió trazando con firme energía lo que le distinguía de la *Arbeitsgemeinschaft.*

En los dos meses de libertad restantes, Rosa siguió combatiendo a las autoridades del partido, sobre todo en los distritos oposicionales de Berlín. Hablaba en todos los mítines que le era posible y los bombardeaba con resoluciones animadas —todo cuanto podía para hacer del sentido común de los centristas algo más positivo. Políticamente, Rosa estaba casi sola. Nada más unos cuantos dirigentes de izquierda estaban en libertad, y eso implicaba tanto más trabajo para ella. Jogiches estaba allí, moderado y eficiente; el proceso técnico de copiar, distribuir y controlar la literatura de *Spartakus* estaba casi por completo en sus manos. Después de arrestado Ernst Meyer (agosto de 1916), él se encargó de la dirección formal de *Spartakus* con el seudónimo de W. Kraft. Desde agosto de 1916 logró por fin hacer arreglos para impresión, y las cartas ya no fueron hectografiadas. Quedan unas pocas de sus circulares: lacónicas, objetivas, sin emoción, sin nada del carisma de la Luxemburgo ni de Liebknecht; aún más impersonales en alemán que en polaco.[114] Pero eficaces. Nunca antes se había interesado tanto en los asuntos ale-

[113] Ibid. El informe completo del discurso de Rosa y la réplica de Haase en la reunión del 25 de junio de 1916, en que la oposición de izquierda y la *Arbeitsgemeinschaft* se enfrentaron directamente, está en *Vorwärts,* 27 de junio de 1916.
[114] *Spartakusbriefe,* p. 206.

manes, excepto cuando atañían al SDPKiL; salvo en calidad de eminencia gris y amigo de Rosa era totalmente desconocido en el SPD. No obstante, fue él quien realizó toda la labor de organización clandestina, y en 1916 emergió como gestor efectivo de la oposición de izquierda; notable hazaña que todavía no ha sido documentada. Sin él no hubiera habido Liga Espartaquista; ninguna de las centelleantes figuras asociadas con la dirección intelectual de la izquierda era capaz de hacer el rudo trabajo conspirativo de crear un vehículo para su política.

El 10 de julio, súbitamente volvió a ser arrestada Rosa.[115] Pasó las primeras semanas en la cárcel de mujeres de la Barnimstrasse, donde ya había estado antes, pero fue trasladada a las celdas de interrogatorio de la jefatura de policía, en la Alexanderplatz: la famosa "Alex" de la sátira berlinesa, de triste memoria durante el Tercer Reich.

Entonces no había todavía decidido la policía si someterla a proceso o sencillamente tenerla bajo custodia; a principios de otoño se decidió por la segunda solución. Las seis semanas pasadas en la Alexanderplatz fueron la peor experiencia de prisión en la vida de Rosa. "El infierno de la Alexanderplatz, donde mi celda tenía exactamente 11 metros cúbicos, sin luz en la mañana ni en la noche, aplastada entre el frío [de la llave del agua] (no había caliente) y una plancha de hierro."[116] Durante un tiempo estuvo casi totalmente incomunicada.[117]

En octubre la trasladaron por fin a la antigua fortaleza de Wronke (Wronki) en Posen (Poznania); perezosa, cómoda, invadida por la yerba. Rosa tenía privacía y el privilegio de caminar de arriba abajo los mismos almenajes que los centinelas. Y, sobre todo, debió haberse arreglado por

[115] Algunas fuentes dicen erróneamente 10 de junio. (Meyer, Introducción a las *Spartakusbriefe,* t. I, p. VIII.) La errónea fecha de Meyer es tanto más sorprendente por cuanto él estaba presente cuando la detuvieron. "El doctor Ernst Meyer [...] y Eduard Fuchs la acompañaron a su casa aquel domingo. Mathilde Jacob los esperaba con la mala noticia de que dos hombres de aspecto sospechoso querían hablar con Rosa acerca de unos impresos. A la mañana siguiente al romper el alba reaparecieron los mismos hombres y la llevaron por fin a la cárcel de mujeres [...]" Ralph H. Lutz, *Journal of Central European Affairs,* octubre de 1963, t. XXIII, n. 3, p. 309. Este relato está claramente compuesto con detalles hallados en la correspondencia de Mathilde Jacob. Véase *infra,* p. 494.

[116] *Briefe an Freunde,* p. 45, carta a Mathilde Wurm, fechada el 28 de diciembre de 1916.

[117] La carta de *Spartakus* del 20 de septiembre de 1916 contiene dos contribuciones, naturalmente sin firmar, de Rosa Luxemburgo. La primera, "Der Rhodus" (*Hic Rhodus, hic salta* —cita de Marx en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*), fue probablemente escrita antes de su detención en julio (*Spartakusbriefe,* pp. 211-17). La segunda, "Liebknecht", trata de la revisión y agravamiento de la sentencia de éste el 23 de agosto y por consiguiente debe haber salido clandestinamente de la prisión de la Barnimstrasse, por obra de Mathilde Jacob o de Fanny Jezierska (ibid., pp. 217-20).

lo menos con un miembro del personal; su correspondencia, legal e ilícita, alcanzó proporciones de diluvio. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de que la soltaran nuevamente, y le era necesario hallar un nuevo modo de vivir. Siguió produciendo materia ilegal pero, excluida como estaba de la lucha del exterior, su pensamiento evolucionó poco; durante un año sus escritos fueron estáticos, casi repeticiones. Sólo su temperamento y su animado estilo impidieron que parecieran rancios.

Dentro de las nuevas circunstancias todavía halló modo de dar rienda suelta a su personalidad. En las muchas cartas que escribió a los amigos durante los dos años siguientes, su personalidad alcanzaba fuera de la prisión como con tentáculos, cortejando, abrazando o regañando a sus amistades, arrastrándolas a la órbita de su intelecto y sus emociones. Daba igual que escribiera de política, literatura o de la vida. La existencia carcelaria, en lugar de ahogarla, en realidad le hizo alcanzar una notable madurez espiritual y emocional —como los medios que ideó para comunicar el aluvión de sus sentimientos e ideas. En los dos años siguientes, el aspecto político de su vida hubo de ceder la primacía a las exigencias de una personalidad rebosante confiada en un espacio relativamente pequeño.

XIV
PRISIÓN EN ALEMANIA, REVOLUCIÓN EN RUSIA

En la superficie de la Alemania de tiempo de guerra, el incidente de Liebknecht apenas conmovió. Ni nuestra preocupación por aquel pequeño grupo de revolucionarios ni la solemne prolijidad de los informes policiacos pueden alterar el hecho de que la inmensa mayoría de los alemanes apenas conocía la existencia de los espartaquistas. Aunque había desaparecido la euforia de las primeras victorias, la necesidad de llegar hasta el fin" (*durchhalten*) —la frase de que *Spartakus* se hacía eco con tanto desprecio— seguía siendo la política oficial del SPD. La guerra iba ahora a ser larga y costosa. Fue el comprenderlo lo que provocó el primer movimiento, no todavía de oposición, pero sí por lo menos de confusión de los dirigentes del SPD. Pensaban en las frecuentes protestas de intención puramente pacífica y defensiva y en su propio ideal, opuesto a la guerra de conquista. A manera de corroborante se celebró una conferencia de todo el Reich —no se podía pensar en un congreso del partido propiamente dicho mientras durara la situación— del 21 al 23 de septiembre de 1916. Por última vez se reunieron representantes de todos los matices de opinión dentro del antiguo y vasto seno del SPD, y fue la última ocasión en que se pusieron frente a frente dentro del partido el comité ejecutivo, los centristas y *Spartakus*.

El *Gruppe Internationale* (como se conoció oficialmente al espartaquismo hasta fines de 1918) envió a Käthe Duncker y Paul Frassek como representantes. Con el lenguaje restringido propio de las ocasiones públicas en tiempo de guerra —la sala estaba salpicada de policías— los dos trataron de exponer la opinión de los espartaquistas acerca de la guerra. Se distinguieron tan firmemente de la *Arbeitsgemeinschaft* que sus censuras a ésta con frecuencia provocaron risas y aprobación de la mayoría.[1]

Frassek presentó lo que iba a ser la última declaración oficial de la oposición dentro del SPD.

> La conferencia del Reich se ha reunido en las sofocantes condiciones del estado de sitio [. . .] El estado de sitio y la censura hacen imposible desde el principio toda libre discusión de política; el estado de

[1] *Protokoll der Reichskonferenz der Sozialdemokratie Deutschlands von 21, 22 y 23 September 1916*. Berlín, s.f. p. 85.

sitio, al dar toda la ventaja a los partidarios de la llamada mayoría dentro del partido, pone a los que pertenecen a la oposición genuina en desventaja particularmente grande, diezmados como están por las persecuciones, las detenciones y el servicio militar. En todo caso, la elección de delegados no ha sido realizada por los miembros o delegados de los distintos distritos, sino por los comités o ejecutivos locales de la organización del partido. En estas circunstancias es evidente que ninguna resolución adoptada por esta conferencia puede tener el menor valor político ni moral.[2]

Otra declaración de *Spartakus* en aquella conferencia, concebida en un lenguaje más fuerte, no fue aceptada por el presidente de la conferencia y por consiguiente ni siquiera apareció en el *Protokoll.*[3]

Los espartaquistas no esperaban que sus discursos y resoluciones pudieran influir en el ánimo de la mayoría de los delegados en la conferencia. Su principal objetivo era la propaganda. Como todos los representantes socialistas elegidos en asambleas hostiles, los dos espartaquistas sencillamente "hablaban por la ventana", a las masas que suponían atentas afuera. Para sus fines, la directiva del SPD era impugnada como un mero secuaz del gobierno del Reich.

El 17 de octubre de 1916 se realizó por fin el exitoso golpe contra *Vorwärts;* por fin la misma junta editorial "kosher" de que Rosa había sido miembro durante unas semanas en 1905 fue removida. El 5 de diciembre, la *Bremer Bürgerzeitung* y el 30 de marzo de 1917 el *Volksfreund de Brunswick* siguieron el mismo camino. Entre los periódicos principales, sólo la *Leipziger Volkszeitung* quedó bajo control centrista, mientras la izquierda se limitaba a *Der Kampf,* que había sacado en Duisberg el 1o. de julio como su periódico legal.

Con el comité ejecutivo contraatacando fuertemente en todos los frentes, no tenía caso que la *Arbeitsgemeinschaft* continuara dentro del SPD, privada de toda influencia. Se preparaba un movimiento para sacar definitivamente a sus miembros del partido. Para impedirlo, el 7 de enero de 1917 se celebró en Berlín una conferencia nacional de la oposición socialdemócrata. Este desafío público condujo a una ruptura franca; el ejecutivo del SPD decidió formalmente cortar toda relación de partido con los participantes en la conferencia y éstos no tuvieron otro remedio que fundar su nuevo partido. El congreso fundador del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD) se celebró en Gotha en la primera semana de abril, en medio de nostálgicos recuerdos del con-

[2] Ibid., p. 14.
[3] Véase *Die Internationale,* 1927, t. XII, pp. 379-80.

greso fundador del antiguo SPD, celebrado hacía casi cincuenta años en la misma población.

Los historiadores comunistas han reprochado fuertemente al *Spartakus* que no produjera una ruptura organizativa en el SPD antes de la guerra, pero especialmente después del 4 de agosto de 1914. Era ésta otra oportunidad obvia. Con prestidigitación histórica señalan la coherente pero democrática organización de Lenin —dirigentes y miembros en armonía— que pronto hizo posible la toma de todo un Estado, unilateralmente y sin aliados oficiales. Es verdad que *Spartakus* daba poca o ninguna importancia a los problemas puramente organizativos. Había fuertes razones históricas para ello: la orgullosa exclusividad de un potente partido de masas antes de la guerra y la tesis de la oposición, tanto tiempo preconizada por Rosa Luxemburgo, de la necesidad de mantener contacto con las masas a toda costa. Las disputas dentro del partido —a partir de 1910, la oposición a toda autoridad del partido— eran una cosa, pero retraerse respecto de la clase obrera organizada de Alemania era otra. A ojos de Rosa, el contacto con las masas era enfáticamente más importante incluso que cualquier política errada. Ella había desaconsejado tenazmente tal cosa a su amiga Henriette Roland-Holst en 1908.

> Una fragmentación de marxistas (no confundir con diferencias de opinión) sería fatal. Ahora que quieres dejar el partido quiero impedir con todas mis fuerzas que lo hagas [...] Tu dimisión del SDAP [*Sociaal-Democratische Arbeiderspartij*, holandés] significa simplemente que te apartas del movimiento socialdemócrata. Eso no lo debes hacer, ¡nadie entre nosotros lo debe hacer! No podemos estar fuera de la organización, fuera del contacto con las masas. *El peor partido de la clase obrera es mejor que no tener ninguno.*[4]

Y el 6 de enero de 1917, el día antes de la conferencia de la oposición del partido, escribía:

> Por comprensible y digna de alabanzas que sea la impaciencia y la dura cólera de nuestros mejores elementos... huir es huir. Para nosotros, es traicionar a las masas, que así quedarían a merced de un Scheidemann o un Legien[...] y de la burguesía, para que al final la lucha fuera estrangulada. Uno puede "salirse" de sectas o conventículos cuando ya no le acomodan, y siempre puede hallar nuevas sectas o nuevos conventículos. Pero es sólo fantasía infantil hablar de

[4] Roland-Holst, p. 221, carta fechada el 11 de agosto [1908].

liberar a la masa entera de los proletarios de su grave y terrible destino sencillamente "saliéndose" y dejándoles así un bravo ejemplo. Tirar el carnet del partido en ademán de liberación no es sino una loca caricatura de la ilusión de que el carnet del partido es en sí un instrumento de poder. Ambas cosas son los dos polos del cretinismo organizativo, enfermedad congénita de la vieja socialdemocracia alemana [...][5]

De todos modos, este sentido llamamiento a seguir en el partido y a proseguir la lucha contra las traidoras autoridades desde dentro no significaba que Rosa cambiara un ápice a su crítica de la insinceridad de los hombres que habían convocado a la conferencia sobre la oposición. La más rigurosa crítica a los dirigentes centristas y su política, pero nada de escisión organizativa respecto del partido existente: la política de *Spartakus* en relación con el nuevo partido Socialista Independiente era la misma de siempre en el antiguo SPD. En una circular a los simpatizadores, el 25 de diciembre de 1916, Jogiches hacía algunas proposiciones sobre la actitud a adoptar por los delegados espartaquistas en la próxima conferencia sobre oposición a que había sido invitado *Spartakus*. Ponía de relieve en ellas la necesidad y los medios de exponer la política del SPD a las masas de todos los modos posibles: elecciones, mítines, volantes, etc.; el énfasis se ponía en la propaganda entre las masas, no en los problemas de otra organización aparte.[6] Y *Spartakus* fue a la conferencia para ver qué pasaba; insistiendo en mantener su línea política pero sin condiciones organizativas distintas. Aceptó la decisión de la conferencia de apartarse del SPD y formar un nuevo partido. Todo cuanto requería era conservar la propia identidad. "Si aquellos que representan a nuestra dirección deciden participar en una conferencia conjunta [con la *Arbeitsgemeinschaft*], lo haremos naturalmente como grupo aparte, independiente y autónomo."[7] Esto, de la pluma de la más profesional organizadora de la izquierda fuera de las filas de los bolcheviques. Si la *Arbeitsgemeinschaft* no se hubiera constituido en partido Socialista Independiente —contra la opinión de Rosa—, *Spartakus* hubiera preferido seguir en el SPD —el "hediondo cadáver del 4 de agosto de 1914"— antes que formar su propio partido dentro de lo

[5] *Der Kampf*, n. 31, 6 de enero de 1917. Este artículo, sacado clandestinamente de la fortaleza de Wronke con ayuda de Mathilde Jacob, apareció bajo el seudónimo de *Gracchus*.

[6] *Spartakusbriefe*, pp. 206-10. Sus proposiciones sobre reclutamiento fueron la base de las resoluciones que llevó *Spartakus* a la conferencia de oposición. (*Protokoll... Gründungsparteitag der USPD 6-8 April 1917 in Gotha*, Berlín, 1921, pp. 98-99).

[7] *Spartakusbriefe*, p. 207.

que bien pudiera resultar un vacío político.

Los dirigentes del USPD, y Haase en particular, concretaron la atención de la conferencia en cuestiones prácticas y no en principios. También ellos querían una nueva unidad, y el debate público de principios entonces irrealizables era el mejor medio de dividir al nuevo partido desde el principio. Todo dependía de la marcha de los acontecimientos; era precisamente la absurda palabrería en favor de principios vacíos el que según ellos había hechizado al SPD de la preguerra. El USPD estaba decidido a no ligarse las manos de antemano, y sobre todo con *Spartakus*. Al final, éste se unió al USPD sin la definición clara que había pedido Jogiches. Pero *Spartakus* siguió apremiando con su política propia dentro del USPD, y Rosa Luxemburgo siguió ridiculizando a sus dirigentes en público como antes.

La relación entre ellos era difícil, pero menos de lo que podría dar a entender el tono de la polémica de *Spartakus*. Las terribles denuncias en la cumbre no calaban muy hondo en la amorfa membrecía socialista. Kautsky todavía veía la principal función del USPD como la de un honesto David combatiendo contra dos Goliats: el predatorio comité ejecutivo del SPD por una parte y *Spartakus* por la otra. Pero el modo de ver los centristas a *Spartakus* había cambiado sutilmente. En lugar de hablar del "grupo de Rosa" —unos cuantos marxistas arrogantes, listos e intransigentes cuya ambición los llevaba a preferir un grupúsculo mínimo pero dedicado a un partido democrático de masas— los dirigentes del USPD se encontraban ahora frente a un pujante mito: la adoración al héroe Karl Liebknecht. Sus manifestaciones de abril y mayo de 1916 no sólo habían estrechado las filas de la oposición sino que le habían proporcionado el más sencillo grito de combate; un nombre. "Este chico Karl se ha convertido en una amenaza [*fürchterlich*]. Si los de la *Arbeitsgemeinschaft* no hubiésemos aparecido y hecho ver que también existimos, la oposición irresistiblemente creciente sencillamente se hubiera pasado con *Spartakus*. Si se ha evitado la ruptura y mantenido a los espartaquistas a raya es enteramente por obra nuestra. El ala derecha no nos ha ayudado, solamente a *Spartakus*."[8]

Kautsky tenía razón, por lo menos en esto: Liebknecht se había convertido en un hombre proverbial en los más remotos rincones de Europa, y *Spartakus* hacía cuanto podía por mantenerlo vivo. Algunos soldados franceses hablaban en las trincheras de la futilidad de su propia participación en la guerra:

[8] Victor Adler, *Briefwechsel*, pp. 634-35; carta de Karl Kautsky fechada el 28 de febrero de 1917.

"Sin embargo —dice uno—, hay una persona que se ha alzado por encima de toda la bestial guerra, que se yergue iluminado por toda la belleza y la importancia del gran valor... Liebknecht [...]" Una vez más salió Bertrand de su silencio glacial. "El futuro, el futuro. La tarea del futuro será barrer todo esto ... como algo abominable y vergonzoso."[9]

Lenin también identificaba cada vez más la oposición a la guerra y el movimiento revolucionario alemán con el nombre de Liebknecht. Era una cómoda abreviatura que todo el mundo entendía. "El futuro pertenece a quienes trajeron a Karl Liebknecht, a quienes crearon el grupo de los espartaquistas, cuyo modo de ver está en la *Bremer Arbeiterpolitik*."[10] Encarnación de *Spartakus*, Liebknecht era uno de esos vehículos políticos en que las ideas de Lenin se comunicaban en forma comprensible y sin tropiezos. "La propaganda revolucionaria del grupo de *Spartakus* se hace cada vez más intensa y en nombre de Karl Liebknecht más popular en Alemania cada día."[11] Esta identificación de *Spartakus* con la persona de Liebknecht había de tener importantes consecuencias. Un mártir muerto puede ser manipulado por sus herederos, y uno vivo es capaz de llevar consigo a sus colegas a extremos dictados por las presiones contingentes de su martirio.

La búsqueda de *Spartakus* en demanda de su identidad propia, de la que Karl Liebknecht se convirtió en símbolo, fue expresada con máxima lucidez por Rosa Luxemburgo. Iba más allá de la "mera" política. Entre *Spartakus* y los independientes había dos concepciones de la vida que diferían en sus aspectos más fundamentales. Es imposible comprender a Rosa Luxemburgo como persona política sin aceptar su capacidad de juzgarlo todo en forma de una dicotomía extrema: palabras o acción, esperanza o deseo, vivir o morir. Las meras diferencias políticas eran insinceras declaraciones a medias; lo que sucedía era una dialéctica privada en miniatura propia de ella, el nacimiento de un nuevo mundo entre el polvo y las cenizas de la *Arbeitsgemeinschaft*. Las contribuciones de Rosa a las cartas de *Spartakus* se distinguían por su frenético "esto o aquello", lleno de toda la fogosidad de que ella era capaz. Sin embargo,

[9] Henri Barbusse, *Le feu (Journal d'une escouade)*, París, 1916 (premio Goncourt), p. 280. Junto con la obra de Erich Maria Remarque, *Im Westen nichts Neues (Sin novedad en el frente)*, ésta fue una de las más famosas novelas antibélicas de entonces.

[10] Lenin, "Carta de despedida a los obreros de Suiza", *Sochineniya*, t. XXIII, p. 363.

[11] Discurso de Lenin el 4 de noviembre de 1917, *Sochineniya*, t. XXVI, p. 258.

sólo en su correspondencia privada se ponía fuertemente de relieve esta esencialmente personal separación. La siguiente carta, escrita a la esposa de Emmanuel Wurm, dice más de Rosa que cualquier documento oficial:

Wronke, 28 de diciembre de 1916.
Querida Tilde:

Quiero responder inmediatamente a tu carta de Navidad porque todavía soy presa de la rabia que me inspiró. Sí, tu carta me puso fuera de mí [*fuchsteufelswild*], porque aunque breve, cada línea mostraba claramente hasta qué punto te encuentras prisionera de tu medio [*im Bann deimes Milieus stehst*]; ese tono plañidero, ese lamentar las "decepciones" que has sufrido — según tú por culpa de los demás; ¡en lugar de mirarte de una vez al espejo para ver la perfecta imagen de todo el misterio de la humanidad! En tu lenguaje, "nosotros" significa los otros renacuajos de tu cloaca particular; hubo un tiempo en que cuando estabas conmigo significaba mi compañía y yo. Muy bien, ahora te trataré con el "usted" que deseas [*dann wart', ich werde Dich per "Ihr" behandeln.*

Insinúa usted tristemente que no es "bastante radical". No es así como debería decir. Usted no es nada radical, sencillamente es invertebrada. *No es cuestión de grado, sino de género.* Son "ustedes" una especie zoológica totalmente diferente de la mía y nunca detesté su miserable, acidulada, cobarde y mezquina existencia como en este momento. No le importaría ser radical, dice usted, pero lo malo es que lo encierran a uno y ya no puede servir para nada. Ustedes, miserables almas trapaceras, estarían perfectamente dispuestos a ofrecer un poco de heroísmo, pero sólo cobrando de contado, cuando se pueda ver la compensación inmediata; un "sí" sincero —las simples palabras de aquel hombre honesto y recto: "aquí estoy, no puedo hacer otra cosa, que Dios me ampare"— no fue hecho para ustedes.[12] Por fortuna, hasta ahora la historia del mundo no la han hecho gentes como ustedes, porque en otro caso no habría habido reforma y estaríamos todavía estancados en el feudalismo.

Por lo que a mí hace, nunca fui suave, pero en los meses últimos me he puesto tan dura como el acero templado y no haré la menor concesión en el futuro, ni en política ni en mis amistades personales.

[12] Naturalmente, ésta es la famosa frase de Lutero. Rosa concluía el artículo de *Der Kampf* arriba citado (p. 479, n. 5) con la misma frase. No sólo ésta sino todo el concepto expresaba exactamente el modo de ver de ella. Esta carta es interesante porque fue escrita al mismo tiempo y con el mismo talante que el artículo en *cuestión*, pero éste concluye en favor de la moderación política y aquélla de la intransigencia personal.

Me basta evocar la galería de retratos de los héroes de ustedes para oír maullidos: el dulce Haase, Dittmann, con su culta barba y sus cultos discursos en el Reichstag, el claudicante pastor Kautsky, a quien naturalmente el esposo de usted sigue pase lo que pase, el magnífico Arthur [Stadthagen] —*ah, je n'en finirai!* se lo juro... preferiría pasarme años aquí: y no digo aquí, que es casi el paraíso, sino en el infierno de la Alexanderplatz donde en una celda diminuta, sin luz, recitaba yo mis poetas favoritos, que "combatir" a sus héroes o, para el caso, tener nada que ver con ellos. Preferiría para eso a Graf Westarp [jefe del partido conservador en el *Reichstag*] —no porque habló una vez en el parlamento de mis ojos aterciopelados y almendrados— sino porque es un *hombre*. Se lo juro, una vez que salga de prisión voy a correr y dispersar a su compañía de renacuajos cantarines con trompetas, azotes y perros de presa: quería decir como Pentesilea, pero por Dios, entre ustedes no hay Aquiles.[13] ¿Ya se hartó de mis deseos para Año Nuevo? Pero trate usted de seguir siendo *humana*. Lo principal es ser humano, y eso significa ser fuerte y lúcido y *de buen ánimo* a pesar de todo y a causa de todo, porque las lágrimas son la preocupación de los débiles. Ser humano significa poner la propia vida "en la balanza del destino" si es necesario, alegrarse por cada día bueno y cada nube bella... ¡oh! si yo pudiera darle algunas recetas para ser humana. Yo sólo sé *ser* humana, y usted también sabía, cuando solíamos caminar unas horas por el campo en las cercanías de Berlín y ver ponerse el sol tras las mieses. El mundo es tan bello a pesar de tantas miserias, y aún sería mucho más bello si no tuviera tontos y cobardes.

Bueno, un beso después de todo, porque en el fondo es usted buena persona. ¡Feliz Año Nuevo![14]

La corresponsal debió defenderse tan firmemente como sabía, porque el 16 de febrero Rosa le escribía otra vez:

No te preocupes: aunque me contestaste tan gallardamente y aun ofreciste someterte al combate, siempre estaré bien dispuesta para contigo. El que quieras llorar por mí me da risa. Querida muchachita, yo siempre estuve bien firme en la silla, y hasta ahora nadie me ha desarzonado, y me gustaría ver quién se atreve a hacerlo. Pero tenía que sonreír por otra razón; ni siquiera quieres meterte conmigo y te

[13] Pentesilea era la reina de las amazonas que luchó contra los griegos en Troya y fue muerta por Aquiles.
[14] *Briefe an Freunde*, pp. 44-46, a Mathilde Wurm. Subrayado por Rosa.

hallas políticamente mucho más cerca de *mí* de lo que estás dispuesta a reconocer. Seguiré siendo tu brújula porque tu honrada naturaleza te dice que *yo* soy la única que no se equivoca, puesto que no sufro de síntomas menores destructores: aprensión, rutina, el cretinismo parlamentario que afecta los juicios de los demás [...] Querida muchachita, el estar "desengañado de las masas" es siempre la más lamentable excusa para un líder político. El verdadero dirigente no acomoda su táctica precisamente a la actitud de las masas, sino a la evolución de la historia. Se atiene a su táctica a pesar de las decepciones y espera que la historia complete su trabajo. Que termine el debate con esta nota. Me encantaría seguir siendo tu amiga. El que siga o no siendo tu maestra depende de *ti*.[15]

En su prisión, Rosa se sentía más firmemente apegada a las realidades de la vida política, por desagradable y dura que fuera, que antes.[16] La vida política, no la política; una ampliación, no una contracción: esta era la consecuencia de su situación. Todo acto e interés se hacía símbolo grande de vida, y tomaba su lugar en el compuesto pero vital negocio de vivir. Éste era el optimista mensaje que vertía de la prisión a sus amigos. Separado de la vida colectiva de la comunidad, el individuo en lugar de encogerse tenía que hacerse suficientemente grande para hablar no sólo por sí mismo, sino por todo. Las cosas tenían que sustituir a las personas: las plantas, las flores, los animales, grandes y chicos. La antigua fortaleza de Wronke se convirtió en un universo con sus leyes y fines propios, lo bastante fuerte para llegar hasta la conciencia de todos los amigos de Rosa. Debieron frotarse los ojos al recibir el correo en la mañana y preguntarse si no eran ellos los alejados de la realidad.

Rosa Luxemburgo estuvo en Wronke desde octubre de 1916 hasta julio de 1917. Todo era tranquilo, espacioso, y aun algo cómodo allí. Podía recorrer la fortaleza, pasear por sus murallas cubiertas de yerba, y entregarse plenamente a la visión y el aroma del campo en derredor.

Hoy llovió a torrentes, pero pasé dos horas vagando por el jardincito;

[15] Ibid., pp. 46-47.

[16] Los diferentes efectos de la prisión en los revolucionarios serían un interesante objeto de estudio. Parvus se sentía del todo incapaz en la incomunicación, y sólo sabía quejarse. Unas cuantas celdas más allá, en la fortaleza de Pedro y Pablo, en 1906, Trotsky se abismaba en fructuosos análisis políticos de índole totalmente abstracta; la prisión proporcionaba la calma y el silencio necesarios para ese tipo de obra. Rosa, que se sabía encerrada para mucho tiempo, rehizo su vida normal; como las de un ciego, sus restantes facultades de comunicación —la correspondencia— se hicieron mayores de lo normal para compensar su ausencia de contacto personal.

como de costumbre sin paraguas, tan sólo con mi sombrero viejo y la capa de la abuela de Kautsky [probablemente la que le habían dado cuando fue a Varsovia a fines de 1905]. Era delicioso pensar y soñar caminando, aunque la lluvia calara sombrero y pelo y me corriera por el cuello formando arroyuelos. Hasta los pájaros estaban despiertos. Uno de ellos, de quien me he hecho amiga, suele acompañarme cuando camino: yo camino siempre por dos lados del jardín a lo largo del muro, y el pájaro sigue mi paso saltando de rama en rama. ¿No es bonito? Los dos arrostramos cualquier tiempo y ya hemos hecho nuestra ronda cotidiana con una tormenta de nieve. Hoy el pajarillo parecía agotado, calado y lastimoso, y yo probablemente también; sin embargo, los dos nos sentíamos muy bien. De todos modos, en la tarde se puso el tiempo tan tormentoso que sencillamente no nos atrevimos a salir. El pájaro se posa en los barrotes de mi ventana e inclina la cabeza a derecha e izquierda para mirar por el vidrio. Yo estoy a mi mesa y escucho complacida el tictac del reloj, que hace un ruido agradable y me ayuda a trabajar.[17]

Animosamente volvió a interesarse en algunas cosas que la habían fascinado años antes.

Qué feliz soy de haberme entregado hace tres años a la botánica con mi usual intensa absorción, con toda mi alma; tanto que el mundo entero, el partido y mi trabajo desaparecieron y una sola ansia tenía: errar por los campos primaverales, llenarme los brazos de plantas y después de seleccionarlas en la casa, ponerlas en mis libros. Pasé toda la primavera como enfebrecida. ¡Cómo sufría cuando me hallaba frente a una nueva planta y durante largo tiempo no acertaba a reconocerla ni clasificarla correctamente! El esfuerzo me agotaba a tal punto que Gertrud [Zlottko] solía amenazarme con llevarse las plantas de plano. Pero ahora al menos estoy en este mundo verde. Lo he capturado —al asalto y con devoción; porque cualquier cosa a que uno se entrega con tal intensidad echa fuertes raíces en uno mismo.[18]

Pero la guerra nunca estaba lejos. Se cernía indistintamente sobre avispas o bebedores, y en cuanto uno se sosegaba algo con los feroces microcosmos de la naturaleza, la escena pasaba brutalmente al estrépito de los hombres en guerra.

[17] *Briefe an Freunde*, pp. 97-98, a Hans Diefenbach, 16 de abril de 1917.
[18] Ibid., p. 93, a Hans Diefenbach, 30 de marzo de 1917.

Hace poco tuve uno de esos dolores. En el patio donde paseo suelen llegar camiones del ejército cargados de mochilas o túnicas y camisas viejas del frente; a veces están manchadas de sangre. Las mandan a las celdas de mujeres para que las remienden, y luego vuelvan al ejército para ser usadas de nuevo. El otro día llegó uno de esos camiones arrastrado por una pareja de búfalos en lugar de caballos. Nunca había visto aquellas creaturas de cerca. Son mucho más fuertes que nuestros bueyes, con la cabeza aplastada y cuernos muy curvados hacia atrás, de modo que su cráneo tiene una configuración parecida a la de los ovinos. Son negros, de ojos enormes y suaves. Esos búfalos eran botín de guerra de Rumania. Los soldados que los guiaban dijeron que era muy difícil agarrar a esos animales, que siempre habían vivido salvajes, y aún era más difícil ponerles el arnés. Los habían azotado despiadadamente, de acuerdo con el principio de *vae victis*. Tan sólo en Breslau hay un centenar de cabezas. Estaban acostumbrados a los lozanos pastos rumanos y aquí tienen que acomodarse con un forraje escaso y pobre. Explotados sin duelo, uncidos a pesadas cargas, el trabajo no tarda en matarlos. El otro día llegó un camión cargado a tal punto de costales que los búfalos no podían hacerle pasar el umbral de la verja. El soldado que los guiaba, una verdadera bestia, golpeaba a los pobres animales tan bárbaramente con el mango de su fuete que la guardiana de la puerta, indignada al verlo, le preguntó si no le daban compasión. "Tampoco tiene nadie compasión de nosotros, los hombres", contestó él con una mala sonrisa, y redobló sus golpes. A la larga, los búfalos lograron pasar el obstáculo con la carga, pero uno de ellos sangraba. Sabe usted que es proverbial el espesor y la dureza de su piel, pero se la habían roto. Mientras descargaban el camión, las bestias, visiblemente exhaustas, estaban del todo inmóviles. La que sangraba tenía en su negra cara y sus suaves ojos negros una expresión como de niño que llorara... un niño que hubieran azotado fuertemente y que no supiera por qué, ni cómo escapar al tormento de los malos tratos. Yo estaba de pie frente a la pareja; la bestia me miraba; brotaron las lágrimas de mis ojos. El sufrimiento de un hermano tiernamente amado apenas habría podido conmoverme más hondamente que mi impotencia frente a su muda agonía. Muy lejos, perdidos para siempre, quedaban los verdes, ricos prados de Rumania. Cuán diferente allí la luz del sol, el hálito del viento; cuán diferente el canto de las aves y la melodiosa llamada del pastor. En lugar de ello, la horrible calle, el fétido establo, el heno seco mezclado con paja mohosa, los hombres extraños y terribles — golpe tras golpe, y la sangre manando de las heridas abiertas. Pobre de mí, yo soy tan impotente, tan torpe, como tú; estoy contigo en mi dolor, mi debilidad y mi nostalgia.

A todo esto, las prisioneras se empujaban unas a otras al descargar afanosamente la carreta y llevaban los pesados costales al interior del edificio. El carretero, con las manos en los bolsillos, andaba a grandes trancos por el patio de acá para allá, sonriendo satisfecho de sí mismo y silbando un estribillo popular. ¡Tuve la visión de todo el esplendor de la guerra! [...][19]

Con las flores y las plantas, Rosa tenía todavía el toque profesional adquirido tiempo atrás cuando estudiaba en Zurich. Sus comentarios, igualmente intensos, sobre arte —literatura, música, pintura— eran los de una aficionada dotada. Pero nuevamente las reverberaciones de una rutina solitaria sacaban a la superficie un interés más intenso y sistemático por el arte. Rosa ya no veía ni leía, reabsorbía, criticaba y analizaba, y se alimentaba de arte como una planta de abono — ella y sus amigos, que se regalaban con su festín. Esto también era parte de la base de su nueva autosuficiencia.

Como siempre, Rosa tenía preferencias bien marcadas. Lo grosero, demasiada ornamentación, la mera destreza —todo exceso— le repugnaban. Siempre le atraía la simplicidad porque las cuestiones sociales eran esencialmente simples:

Acabo de terminar *Wallenstein*, de Ricardo Huch... en definitiva la descripción no es nada. De tanto detalle y adorno no sale un cuadro completo... No tiene remedio, la escrupulosidad germánica hace imposible crear un retrato delicado y vivo de una época o una persona [...] Aunque mujer, le falta la *finesse* mental que hubiera debido decirle cómo el afán de detallarlo todo acaba por cansar y repeler a cualquier persona sensible [...][20]

El interés de Rosa por el idioma ruso —"la lengua del futuro"— seguía sin disminuir ni ocultarse. La elección de una traducción recayó sobre la autobiografía de Vladimir Korolenko *Historia de mis contemporáneos* (*Istoriya moego sovremennika*). Su correspondencia con los editores y con Luise Kautsky claramente muestra su deseo de contribuir

[19] *Cartas de la prisión*, pp. 56-58. [Ed. en español de Editorial Cenit, Madrid, 1931.] Fuera lo que fuera la respuesta de Sonia Liebknecht, no tenía más remedio que notar que los padecimientos vicarios de Rosa eran mucho menores que los más directos de su esposo, y se desahogó vivamente con Mathilde Jacob acerca de las diferentes circunstancias de Rosa y de su esposo, Karl. Véase Ralph H. Lutz, "Rosa Luxemburg's... letters", *Journal of Central European Affairs*, octubre de 1963, t. XXIII, n. 3, p. 310.

[20] *Briefe an Freunde*, pp. 102-03.

a colmar un vacío en el estudio de las letras modernas de Rusia. Pero el valor de este trabajo era social además de literario. Su prefacio a la traducción subrayaba el vínculo. Ponía a Korolenko dentro de la majestuosa tradición de la literatura rusa; y aunque Rosa Luxemburgo nunca tuvo pretensiones de crítico literario atribuyendo puntos de mérito y demérito, enfáticamente declaraba que merecía un alto lugar entre los escritores vivos. Analizaba además las obras de Korolenko dentro del contexto de la historia social. Aquí sus juicios eran desembarazados. Los escritores como Tolstoi y Korolenko, que tenían conciencia de lo que *era* y de qué modo estaba cambiando, merecían su aprobación sobre los que huían de las realidades sociales mediante la absorción introspectiva y espiritual. Dentro del grupo selecto de escritores con conciencia social comparaba en particular a Gorki con Korolenko. Éste se interesaba todavía en el campo y los campesinos, mientras Gorki,

> el devoto seguidor del socialismo científico alemán, se preocupaba ya por el trabajador de la ciudad y su sombra, el Lumpenproletariat [...] Korolenko, como Turguénev —a quien tanto estimaba—, tenía una índole cabalmente lírica y receptiva, era un hombre de estados de ánimo; Gorki, por otra parte, seguía la tradición de Dostoievski —hombre con una concepción totalmente dramática, repleto de energía, rebosante de acción— [...] si el teatro es la poesía de la acción, entonces [las obras de Korolenko] sólo son poesía a medias pero sí totalmente verdad, como todo cuanto es parte de la vida.[21]

Korolenko combinaba un estilo sin pretensiones —reportaje, pero hondamente sentido— con un irrevocable apego a la sociedad que lo rodeaba. Estas virtudes se reflejan en su introducción. No hay afirmaciones retumbantes, ni consignas atractivas de tipo marxista, solamente la exultación de la continuada protesta social, pero manifestada individualmente. Rosa hacía una breve biografía de Korolenko y el lector siente con ella la intolerable necesidad de protesta y acción, más que de una tesis de oposición racionalizada. Korolenko —y ella misma— ya no trataban de rusos, polacos o judíos, sino de personas.

> Es una de las necesidades de la sociedad moderna que la sociedad humana, siempre que se siente un poco inquieta por una u otra razón, debe hallar inmediatamente un chivo expiatorio en los miembros de otra nación, raza, religión o color; y habiendo desahogado su mal humor en ellos vuelven ya más tranquilos a su camino trillado. Y como

[21] *Die Geschichte meines Zeitgenossen*, Berlín, 1919-20, p. 50 (Introducción).

es natural, los únicos chivos expiatorios a propósito son siempre las nacionalidades económica, histórica o socialmente atrasadas.[22]

Ampliada por el creciente énfasis de Rosa en la cabalidad, la protesta ya no consistía en *hacer* sino que requería *ser*; los gestos individuales de protesta perdían su significado y tal vez hacían más daño que bien. Pero ¿y Liebknecht? Él también sufría su expansión en la cárcel, si bien mediante un proceso de oscilación violenta, y no con el crecimiento directo y bien proporcionado de Rosa ¿Cómo podía nadie imaginar que uno u otro pudiera volver a caber dentro de los límites personales y políticos del SPD de la preguerra?

La traducción de Korolenko y sus escritos sobre economía en la prisión era una disciplina autoimpuesta. Todavía empujaba fuertemente contra los límites de su existencia. Las visitas y cartas ocasionales eran la única forma de comunicación con el mundo viviente del exterior. Pero estaba determinada a vivir —quizá más plenamente de lo que nunca viviera antes; y sus amigos se volvieron delegados que, prensados y moldeados, vivían la vida de ella por ella. Ya fuera que animara a los demás a ser valientes y fuertes; ya insistiera en una nueva intimidad con Luise Kautsky o Marta Rosenbaum mediante un convenio de símbolos sobre el papel que nunca buscara en la intimidad del habla; o ligara a un discípulo como Hans Diefenbach más íntimamente a ella desplegando sin cesar su centelleante personalidad en beneficio de él: siempre se trataba de su propia vida y no de la de los otros. Había tan pocos vehículos de donde escoger —literatura, política, el trocito de vida instantáneo, intemporal, observado y captado; los juicios de base general alternando con la implacable penetración crítica de una aguja—; todo se sigue uno a otro en compleja, desconcertante procesión. El presente y el pasado se fundían en un todo flexible, mientras otros prisioneros hubieran preferido gemir por el contraste. Captada una visión minúscula y fugitiva en el patio de la prisión, le hacía evocar una experiencia del pasado. Pero era tal el talento de Rosa que insuflaba vida a sus corresponsales ... quienes tomaban nuevas y más definidas proporciones. Luise Kautsky, más o menos de la misma edad que Rosa, necesitaba tan sólo una seña, una indicación con el dedo, para dejarlo todo y correr a unirse mentalmente con Rosa en Wronke. En pago Rosa a veces era fría y aun brutal; el lector reconoce o siente que Luise dio más de sí misma a su amiga de lo que recibía a cambio, porque la amistad nunca es pareja, o digamos justa. En un trozo que Luise omitió en su edición de las cartas de Rosa, ésta la reprendía irónicamente por su sentimental negativa a ver la

[22] Ibid., p. 44 (Introducción).

situación como era y aceptar sinceramente su apego emocional a otro hombre.[23]

Este trozo es revelador porque señala una faceta del carácter de Rosa que ninguno de sus biógrafos ha mencionado, y del que tal vez sólo tuviera conciencia Luise. Rosa Luxemburgo no tenía interés en ninguna campaña de elevados principios por los derechos de la mujer, a diferencia de su amiga Clara Zetkin.[24] Como el antisemitismo, la condición inferior de la mujer era un rasgo social que sólo sería eliminado con advenimiento del socialismo; mientras llegaba, no tenía caso convertirlo en tema especial de debate. Pero el desinterés en público no implicaba la indiferencia en privado. Desde la ruptura de su propio "matrimonio" con Leo Jogiches en 1907, Rosa había emprendido una campaña por la posesión del alma de sus amigas, en especial contra los maridos que eran sus contrarios políticos. Esta sutil seducción la llevaba a cabo Rosa con su usual mezcla de intelecto y pasión; una guerra en dos frentes. Desde la prisión, la campaña redobló.

La misma aceleración de ritmo se echa de ver en la correspondencia con Hans Diefenbach. Esta amistad se hizo muy especial, y en sus cartas al joven médico castrense durante la guerra Rosa desencadenó una ofensiva de múltiple esplendor, con un talento emotivo que nunca sobrepasara. Aun hoy podemos sentir los tentáculos que salen de la prisión como los de un pulpo exigente y apasionado. En ninguna parte están la mezcla de emoción, ética, política y estética más diestra y limpiamente combinada, el pasado, el presente y el futuro más dialécticamente fundidos que en estas efusiones que proceden al parecer directamente del corazón. Por las descripciones de sus contemporáneos y unas cuantas cartas que de él nos quedan sabemos que Diefenbach fue un joven reservado y algo rígido al que le resultaba difícil mantenerse firme entre todos sus amigos tan incisivos y capaces de expresarse de palabra.[25] La veta un tanto caníbal de la amistad de Rosa le hacía golpear despiadadamente el diletantismo de Diefenbach: "Es una lástima que Hänschen tenga más talento que conocimiento [...] —le decía— y si tu temperamento es un poquito demasiado parecido a la harina extra refinada [*semmelbond*]

[23] Este trozo se halla en la carta número 93, fechada el 19 de noviembre de 1917. Todos los originales de las cartas de Rosa a los Kautsky están en IISH. Siendo deseo especial de Luise Kautsky que no se hiciera público este aspecto particular de su vida, me limito a este comentario.

[24] Uno de los temas favoritos de Clara Zetkin era una cita de Engels (*Origen de la familia*). "*Él* es el burgués de la familia, la mujer representa el proletariado." Véase por ejemplo Clara Zetkin, *Ausgewählte Reden und Schriften*, Berlín, 1957, t. I, p. 95.

[25] Véase el breve esbozo que hace Benedikt Kautsky, el hijo de Karl y Luise, en *Briefe an Freunde*, pp. 16-17.

y tus manos perpetuamente frías me irritan a veces, de todos modos digo: 'Benditos sean quienes no tienen temperamento, siempre que esto signifique que nunca sacarán provecho de la felicidad o la tranquilidad de otras personas'." Y después de muerto ella le escribía a la hermana:

> Sus flaquezas —naturalmente también las tenía— eran las de un niño no equipado para las realidades de la vida, para la lucha y las inevitables brutalidades; siempre le asustaba algo la vida. Me temía que quedara para siempre en diletante, golpeado por todas las tormentas de la vida. Hice cuanto pude por obligarle suavemente a echar al fin raíces en la vida, a pesar de todo.[26]

¿Qué efecto hacían estas maravillosas cartas en quienes las recibían? En el caso de Diefenbach no lo sabemos. Siempre se dirigió a él tratándolo de *Sie*, la forma deferente, pero ésa era su única restricción. Por lo demás, esas cartas tienen un algo intensamente provocativo, erótico, desafiando casi a aquel cohibido joven a resentirse y protestar. Pero no hubiera podido continuar en ese tono si no hubiese tenido alguna reacción favorable. "Por Dios, que en cuanto siento el menor indicio de que no gusto a alguien, mis pensamientos huyen de su presencia como un pájaro espantado; hasta volverle a mirar a la cara me parece demasiado."[27] La devoción de Diefenbach a su volátil y fascinante amiga venía de lejos, aunque acaso teñida de desesperanza, después de tantos años de someterlo ella voluntariamente a esa alternancia de calor y frío. Y luego, en 1914, esa amistad experimentó una súbita y misteriosa promoción. Habiéndose ido Konstantin Zetkin y reducido el círculo de sus amigos por la defección política, ¿quién sino el fiel, nada romántico pero transparentemente decente y mimoso Hans Diefenbach, tan a menudo objeto de divertida compasión e irrisión, iba ahora a avanzar hacia el divino cáliz de su íntima afección, rodeado por un brillo de virtud? La necesidad de un solo y supremo confidente era mayor que nunca en la impersonal rutina de Wronke. Los amigos de Rosa estaban todos encantados; el maridaje del escarlata y el alabastro, tan apropiado para ambos, se hizo su tierna esperanza para la conclusión de la guerra.[28] Pero tampoco era ingenuo el afecto de Diefenbach por Rosa Luxemburgo. Tal vez él no comprendiera las circunstancias de su ascenso, pero conocía las debilidades de Rosa tanto como su gran fortaleza. Con

[26] *Briefe an Freunde*, pp. 77, 78, 134.
[27] Ibid., p. 77.
[28] Citado por Blumenburg. Pero la declaración de Luise Kautsky de que el casamiento era una cosa que "se daba por supuesta" estoy seguro de que es una exageración, al menos por lo que hacía a Rosa. Cf. *supra*, p. 305, n. 9.

un afecto ligeramente burlón proveía para Rosa en su testamento... cierta suma de dinero conservada en fideicomiso estricto, entre otras cosas para que no la gastara "políticamente". "Administrará el dinero una persona responsable —por ejemplo mi hermana— y la beneficiaria recibirá la renta anualmente hasta la fecha de su muerte. Dispongo esto porque mi excelente amiga quizá no resultara tan genial en su economía personal como en su entendimiento de la economía de toda una sociedad."[29] A pesar de su gran dolor, Rosa se sintió más molesta que halagada cuando se reveló esto después de la muerte de Diefenbach en campaña, en 1917.[30]

Muchas de las cartas de Rosa desde la prisión fueron publicadas como un acto de piedad. Estaban destinadas a mostrar que la roja revolucionaria, la entusiasta propagandista de violencia y destrucción, era en realidad una mujer amable muy sensitiva, fácil de herir, que sufría por una avispa helada y amaba hondamente la vida y sus creaturas. Lo que Luise Kautsky y su hijo Benedikt hicieron fue decirnos: escojan —en tre la Rosa pública y la privada—, o al menos observen el contraste entre ellas. En cuanto a Rosa, probablemente hubiera reído del intento y cubierto de desprecio tal sentimentalismo. Porque lo que se da a entender es que debemos tomar estas cartas como prueba de que había otra Rosa, una espontánea y mucho más humana, en contraste con el ente intensamente político de sus escritos públicos. El error está en ver sus escritos políticos como artificio y las cartas como genuinas manifestaciones de un torrente temperamental. La verdad es que esas cartas no tenían nada de espontáneo. Las escribió aprisa, pero el escribirlas era una actividad tan disciplinada y deliberada como cualquiera de sus obras políticas. Frases y pensamientos las recorren como inspiraciones súbitas, pero son materia prima, cebo, no fines en sí. Cada sílaba tiene su objeto. La única y verdadera espontaneidad de que Rosa fuera capaz era el silencio. Cuando estaba verdaderamente conmovida, era incapaz de comunicarse. Pero el silencio no puede citarse ni registrarse y debemos recurrir a sus ocasionales referencias. Así por ejemplo después de la muerte de su padre escribió Rosa a Minna Kautsky: "Este golpe me hirió tan hondamente que no pude comunicarme durante muchos meses ni por carta ni de palabra."[31] Y después de uno de los peores golpes de su vida, la muerte de su devoto Hans Diefenbach: "Acabo de recibir la noticia de que Hans ha caído. Por el momento soy incapaz de escribir otra cosa. La brevedad y la franqueza son las cosas más piadosas, igual

[29] *Gedenbuch,* p. 53.
[30] Carta a Luise Kautsky, fechada el 29 de mayo de 1918, en *International Review of Social History,* 1963, t. VIII, parte 1, pp. 106-07.
[31] 30 de diciembre de 1900. Archivos IISH, publicado ahora ibid., p. 97.

que con una operación difícil. No puedo hallar palabras."[32] Era todavía la misma mujer que años antes había escrito tímidamente acerca de su compulsiva necesidad de comunión consigo misma y preguntándose si había algo peculiar en ella por eso... como si fuera una terrible prueba de que fallaba en algo.[33]

Y por último, aunque no es lo menos importante, estaba la imperceptible re-creación de *Spartakus* —muy aparte de sus fines políticos— como un grupo de igual ideal, muy semejante a aquel cómodo aunque tenso colchón sociológico que fuera el SDKPiL original.

Juraba ella que después de la guerra, pasara lo que pasara, no volvería al aburrimiento y a la máquina burocrática de medir las palabras, del partido de preguerra: "no más reuniones, no más conventículos. Allí donde se estén haciendo grandes cosas, donde el viento ruja en los oídos, allí estaré, en medio de ello, pero no en la noria cotidiana."[34] Mientras tanto, Rosa sólo quería tratar con "amigos" políticos de verdad, amigos casi en el sentido inglés de ser de la misma opinión, selección hecha por las circunstancias y por ella misma: ya no habría necesidad de reservas, de tacto, de todas aquellas concesiones políticas que habían desfigurado la sociología del antiguo SPD. El nuevo grupo de afines e iguales se reunió para el 70 aniversario de Franz Mehring. "Honramos al anciano con discursos, todos serios y propios de la ocasión. Muy diferente de aquella francachela con Bebel, ¿te acuerdas?"[35] Un grupo de afines impone responsabilidades personales. Desde la misma prisión animaba Rosa al anciano por todos los medios a su alcance, porque cada miembro de la pequeña banda era inmensamente valioso.

> Cuán equivocado está al pensar que su mal humor tiene que ver con la edad. ¿Qué mejor prueba de juventud que su indestructible placer en su labor, en la lucha y en la risa, en el modo de poner manos a la obra cada día [*Sie noch jeden Tag in die Pfanne hauen*]. No puede usted imaginar hasta qué punto su maravillosa capacidad de trabajo, la idea de su flexibilidad mental y aun la esperanza de obtener su aprobación, me acucian. ¡Qué ganas tengo de volverme a sentar en su cómodo estudio, frente a la mesita, para charlar y reír con usted.[36]

[32] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 204, 10 y 15 de noviembre de 1917.

[33] Cartas Seidel, p. 70.

[34] Rosa Luxemburgo a Clara Zetkin, 1o. de julio de 1917, fotocopia IML (B), NL5iii-A/14.

[35] Rosa Luxemburgo a Clara Zetkin, 9 de marzo de 1916; archivo 209, n. 494, IML (M).

[36] Ibid., archivo 201, n. 858, IML (M).

Tanto Mehring como Clara Zetkin pasaron cierto tiempo custodiados durante la guerra, y ambos tenían muy mala salud. Rosa organizó un servicio completo de limosnas en beneficio de Clara Zetkin, y apremiaba sin cesar a sus amigos para que la visitaran o por lo menos no dejaran de escribirle; hasta llegó a reprender vivamente a Hans Diefenbach por ir a Stuttgart sin acordarse de visitar a Clara Zetkin.[37] El limosnero mayor era nada menos Mathilde Jacob, la secretaria de Rosa. Se conservan sus cartas de la guerra a Clara, y si bien contienen poca cosa de interés político —Mathilde Jacob no era muy política, pero *sí* devota de Rosa— reflejan el torrente de instrucciones, indagaciones y sugestiones que dimanaba de Wronke y Breslau para la mejor preservación de Clara Zetkin. Era una mujer hipersensible y con frecuencia obstinada a la que era necesario rogar... y éste era el trabajo de Mathilde, según instrucciones precisas de Rosa, entreveradas de prendas concretas de consideración, como libros y flores.[38]

Es digno de nota el que Rosa se preocupara tanto por la generación mayor, por el pequeño grupo de intelectuales que tan angustiosamente se había separado después del 4 de agosto de 1914. Sólo hay unas cuantas referencias a simpatizadores jóvenes, las nuevas tropas de choque del radicalismo, que después dominarían el KPD hasta que muchos de ellos, también, salieron despedidos del vertiginoso disco giratorio de la bolchevización. En esa medida estaba Rosa anclada en la Segunda Internacional; en sus relaciones personales miraba hacia atrás, al pasado más que al futuro. Sólo al advertirse que era necesaria una organización social diferente para hacer efectiva una antigua filosofía empezaron los hombres nuevos a ocupar el primer plano.

No es que la labor de cuidado y protección fuera en un solo sentido. Se hizo un decidido esfuerzo para que Rosa no sintiera mucho las exigencias de la prisión —y la única razón de que esto se olvidara es que su inspirador y director era Leo Jogiches, furtivo como nunca. Rosa siempre había padecido del estómago, y ahora lo tenía más delicado que antes. En aquella Alemania de guerra y bloqueo, no era tarea fácil la de proveerla del arroz necesario para su dieta. Rosi Wolffstein, ex-alumna de Rosa, había ayudado mucho en esto y fue convocada a una reu-

[37] *Briefe an Freunde,* p. 102.

[38] Las cartas están en IML (M). Muchas de las otras cartas de Mathilde Jacob se conservan en la Hoover Institution, Universidad de Stanford, con unas 125 cartas de Rosa Luxemburgo a Mathilde Jacob, del 10 de julio de 1916 al 8 de noviembre de 1918. Estudia esta colección, aunque por desgracia de un modo muy a la ventura y nada sistemático, Ralph H. Lutz en *Journal of Central European Affairs,* t. XXIII, n. 3, octubre de 1963, pp. 303-12. Este artículo contiene muchos errores en cuanto a los hechos, pero podemos suponer que sus citas y las referencias directas de las cartas de Mathilde Jacob son de fiar.

nión por un terrible doctor Krystalowicz (Leo Jogiches) en un café de estación para recibir el agradecimiento formal de parte de Rosa.[39] Ciertamente, Jogiches se consagraba a Rosa ahora del modo más conmovedor, abriendo así el tercero y último periodo de paz en sus largas y a menudo tormentosas relaciones.

La revolución de febrero en Rusia fue la primera fisura en la empresa desalentadoramente monolítica de la guerra imperialista. Pero nadie imaginaba que los acontecimientos de Petrogrado acabarían por poner fin a la participación de Rusia en la alianza contra Alemania. Al contrario, se esperaba que un gobierno más popular liberara la energía nacional para la prosecución más eficaz de la guerra. Nadie sabía qué pensar de los sucesos, ni si serían de buen o mal agüero para Alemania, o digamos para los socialistas. La primera reacción de Rosa fue personal. "Tantos antiguos amigos encerrados durante años en Moscú, Petersburgo, Orel o Riga, andan ahora sueltos. Esto hace mucho más llevadera mi propia encarcelación. Es un extraño cambio de papeles, ¿no es así? Pero estoy satisfecha y no les regateo su libertad, aunque eso signifique que *mis* oportunidades hayan bajado mucho."[40] En julio de 1917, y otra vez al año siguiente, se planteó la cuestión de si Rosa podría reclamar la ciudadanía rusa y tener el beneficio de la deportación, como Marchlewsky. Otra posibilidad era un canje especial de revolucionarios distinguidos; una cosa así se había pensado ya en cierta ocasión para Karl Liebknecht. Rosa estaba indecisa; "acaso, tal vez... cuestión difícil". Al final declinó. Lo que importaba era la inevitable revolución alemana, y quería estar allí cuando se diera, aunque eso implicara un encarcelamiento más largo de momento.[41]

Para informarse de los acontecimientos rusos necesariamente tenía que basarse en los periódicos, y éstos eran cautos. Desde el principio, el gobierno alemán había dado a la prensa instrucciones precisas relativas a su información de aquellos acontecimientos. No se permitía estudiar las nuevas formas constitucionales nacidas de la Revolución Rusa, puesto que "únicamente indican cómo habríamos de proceder aquí en caso de algún trastorno". Aun después de la Revolución de Octubre, manifiestamente ventajosa para Alemania, las autoridades alemanes sólo permitieron los comentarios acerca del Estado ruso que pudieran servir de espantoso ejemplo; "todo cuanto explique o ensalce los hechos de los re-

[39] Esto lo contó al autor la misma señora de Frölich.
[40] *Briefe an Freunde*, pp. 87-88, 27 de mayo de 1917.
[41] Rosa Luxemburog a Mathilde Jacob, 29 de julio de 1917, fotocopia IML (M), NL2 III A/16, p. 20.

volucionarios en Rusia debe ser suprimido".[42]

La primera reacción oficial de Rosa en la carta de *Spartakus* de abril de 1917 fue también cauta.[43] Era un análisis histórico y retrospectivo, señal segura de incertidumbre. Todo cuanto podía hacerse era volver a los sucesos de 1905-06. Se exponían los nuevos objetivos casi silábicamente: república democrática, jornada de ocho horas, confiscación de latifundios y, por encima de todo, fin a la guerra imperialista. La paz era tan sólo la primera de diversas reivindicaciones a plantear, menos con la esperanza de lograrla que como medio de galvanizar la acción de la clase obrera. Ésta era la idea antigua de un programa: no expresión política de necesidades sino proceso de estimulación política. Importa comprender esto para que tenga sentido la reacción de *Spartakus* a la inesperada conclusión de la paz por los bolcheviques menos de un año después. Pedir la paz era un arma, no algo que verdaderamente se esperaba conseguir.

La segunda parte del artículo era una valuación de la pretensión del gobierno alemán y sus defensores del SPD de que la guerra contra Rusia era una guerra de liberación del absolutismo zarista.

> Los acontecimientos de Rusia han hecho también al proletariado alemán confrontar una vital cuestión de honor [...] No bien el proletariado ruso ha quebrantado la solidaridad del frente patrio mediante la franca revolución, el proletariado alemán lo apuñala desvergonzadamente por la espalda al seguir apoyando claramente la guerra. Desde este momento, las tropas alemanas del este no luchan ya contra el zarismo sino contra la revolución; en cuanto el proletariado ruso se declara por la paz, el proletariado alemán se hace, si calla, cómplice de traición flagrante a sus hermanos rusos... si sigue callado. Rusia se ha liberado, pero ¿quién librará a Alemania de la dictadura militar, la reacción de los *Junker*, la matanza imperialista?[44]

En la siguiente carta de *Spartakus*, de mayo de 1917, salieron dos largos artículos de Rosa Luxemburgo.[45] Había tenido tiempo de leer y pensar. La preocupación por el pasado dejaba el lugar a un examen más riguroso del presente.

[42] *Revolutionäre Ereignisse und Probleme in Deutschland während der Periode der grossen socialistischen Oktoberrevolution 1917-18*, Berlín (oriental), 1957, p. 282, citando una minuta del Ministerio del Interior.

[43] "Die Revolution in Russland", *Spartakusbriefe*, pp. 302-05. La atribución a Rosa Luxemburgo es mía.

[44] Ibid., p. 305.

[45] "Der alte Maulwurf" (El topo viejo), *Spartakusbriefe*, pp. 322-29; "Zwei Osterbotschaften" (Dos mensajes de Pascuas), ibid., pp. 347-51.

En la pesada atmósfera de Europa, donde todo ha sido sofocado efectivamente durante tres años, una ventana se ha abierto al fin bruscamente, y ha penetrado una corriente de aire puro y vivo [...] Pero incluso con el mayor de los heroísmos, el proletariado de un solo país no puede romper por sí solo el estrangulamiento [de la guerra mundial]. De este modo, la Revolución Rusa se convierte inevitablemente en problema internacional. El empeño de los obreros rusos por lograr la paz entra en grave conflicto no sólo con su propia clase media sino también con la de Inglaterra, Francia e Italia [...] En cuanto a la burguesía alemana [...] sólo quiere utilizar al proletariado ruso para librarse de la guerra en dos frentes, viendo cuán desfavorable es la situación estratégica en el exterior y cuán defectuoso el aprovisionamiento en el interior. Es la misma maquinación, por parte del imperialismo alemán, para servirse de la Revolución Rusa en favor de sus fines interesados que la intentada por los aliados, sólo que a la inversa. Las potencias occidentales quieren utilizar la tendencia liberal burguesa de la revolución para [...] derrotar a sus competidores alemanes. Los imperialistas alemanes quieren utilizar las tendencias proletarias de la revolución para evitar una derrota militar; y ¿por qué no, caballeros? La socialdemocracia alemana ha servido tan fielmente y durante tanto tiempo para disfrazar las matanzas en masa de "liberación" del zarismo ruso; y ahora se pide a los socialdemócratas rusos que ayuden a librar al "libertador" sacándolo de su triste implicación en una guerra fallida.[46]

El papel de Scheidemann como intermediario entre Rusia y Alemania, lo había ideado Parvus moviendo los hilos entre bastidores, con la bendición del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán. Algo de esto sabía *Spartakus,* peró todavía no comprendían allí todo el alcance de lo planeado. Rosa sentía que la iniciativa de Ebert y Scheidemann en Copenhague era parte de un coqueteo oficial con los revolucionarios rusos *contra* los liberales rusos, que habían declarado su apoyo a la guerra. Estaba segura de que tal misión "sólo podía recibir una patada en el trasero por parte de los socialistas rusos de todas las tendencias", pero se equivocaba. En esta fase Parvus pasó por alto al SPD y logró que las autoridades alemanas trataran directamente con Lenin, en lugar de hacerlo con el Soviet de Obreros y Soldados de Petrogrado.[47]

Habiendo analizado con mucha corrección los intereses de los gobiernos beligerantes y de sus partidarios, Rosa volvía a los de la clase

46 Ibid., pp. 323-25.
47 Philipp Scheidemann, *Memoiren eines Sozialdemokraten,* t. I, pp. 420-27.

obrera rusa y la alemana. Según su opinión, ahora era posible al fin hablar de una verdadera guerra de liberación, el tipo de combate defensivo que había indicado en la *Juniusbroschüre.*

> El estallido de la revolución y la fuerte posición del proletariado que ha tenido por consecuencia, han modificado la [índole de la] guerra imperialista en Rusia para hacerla algo semejante a lo que pregona en su propaganda la clase gobernante de todos los países: una guerra defensiva. Los liberales, con sus sueños de una Constantinopla rusa, han tenido que tragarse sus planes; y de repente, la solución de una guerra patriótica defensiva se ha hecho realidad. Pero el proletariado ruso sólo puede poner fin a la guerra y firmar la paz con buena conciencia al estar asegurada su labor: las conquistas de la revolución y su progreso libre de trabas. Los trabajadores rusos son hoy los únicos que defienden *verdaderamente* la libertad, el progreso y la democracia.[48]

El análisis divergía ya señaladamente del de Lenin. Mirando de Rusia para fuera, era la misma antigua guerra imperialista, ejecutada ahora por Kerensky y Chjeidze en lugar de Nicolás y sus ministros, y había que combatirla con los mismos medios; los que fueran, incluso la ayuda alemana. Pero vista desde Alemania, la Revolución Rusa había alcanzado algo que valía la pena defender contra la fuerte e impenitente reacción alemana, que podría querer la paz con Rusia por razones tácticas pero que a la larga aun desearía más intensamente acabar con la revolución. Ésta fue en lo esencial la posición en *Spartakus* durante los dieciocho meses que siguieron. Reconocían la necesidad de la paz, único medio de abrir más vastos horizontes revolucionarios, pero no una paz que dejara triunfante a la Alemania imperial. La *x* de esta ecuación era la revolución alemana.

Incluso antes del pacto entre Lenin y Trotsky, en que el uno aceptaba la organización bolchevique y el otro la insurrección armada como motor de la revolución permanente, Rosa Luxemburgo había anunciado desde su cárcel alemana la dependencia total de la Revolución Rusa respecto de todas las demás revoluciones. Para triunfar, la revolución tenía que prender la chispa revolucionaria en otros puntos, y principalmente en Alemania. Ésta era la clave. Las negociaciones de Scheidemann por la posible paz entre la Revolución Rusa y el imperialismo alemán sólo se mencionaban para hacer ver cuán grotescas y absurdas eran. Rosa ignoraba las asiduas negociaciones entre Parvus, Karl Moor y el

[48] *Spartakusbriefe*, pp. 326-27.

ministerio alemán de Relaciones, el próximo viaje de Lenin y su séquito por Alemania en un tren sellado proporcionado por el gobierno alemán. Creía tales eventualidades no sólo indeseables sino imposibles. La tarea de ella y sus amigos era ahora provocar un estallido revolucionario en Alemania. A partir de entonces, todos los esfuerzos de *Spartakus* se dirigieron a tal fin. ¡Había que despertar a las masas y hacerles ver su propio interés! A ello dedicaba ahora ella todo su empeño, con un tono cada vez más rudo y sarcástico, a medida que sus palabras se dispersaban como inútiles hojas de otoño entre los transeúntes, preocupados por otros cuidados que el de salvar la Revolución Rusa.

Spartakus se felicitó abiertamente de los acontecimientos de febrero y los propagó tan ampliamente como era posible en Alemania. Por cierto que los artículos de *Spartakus* escritos por otros camaradas seguían muy de cerca el análisis de Rosa Luxemburgo. En agosto de 1917, el desconocido autor de un artículo intitulado "Cuestiones candentes del momento" preveía en Rusia la aparición de una dictadura del proletariado, pero añadía: "Aquí empieza el fatal destino de la Revolución Rusa. La dictadura del proletariado en Rusia está destinada a padecer una derrota irremediable, comparada con la cual el final de la Comuna de París será juego de niños, a menos que la revolución proletaria internacional le preste apoyo a tiempo."[49]

Aquí pueden hallarse también las primeras huellas de ese profundo pesimismo por el futuro inmediato que caracterizó el pensamiento de Rosa en torno a la Revolución Rusa y después la alemana. No era cosa fácil de exponer en público, sobre todo prosiguiendo la guerra. Ya en abril de 1917 escribía Rosa a Marta Rosenbaum:

> Naturalmente, las maravillas de Rusia me prestan nueva vida. Son una gracia salvadora [*Heilsbotschaft*]. Sólo me temo que todos ustedes no las aprecien como es debido, que no reconozcan suficientemente que es nuestra propia causa la que está triunfando allá. *Tiene que* tener y *tendrá* un efecto salutífero en todo el mundo y debe irradiar hacia toda Europa estoy absolutamente segura de que traerá una nueva época y que la guerra ya no durará mucho.[50]

Pero este entusiasmo era para un futuro distante. Una época era un concepto para largo; en cuanto sus amigos empezaron a hacer horóscopos favorables para los hechos políticos inmediatos, Rosa sopló frío: "No

[49] *Spartakusbriefe*, p. 356. Según el estilo de este artículo, bien pudo haber sido de Leo Jogiches.
[50] *Briefe an Freunde*, p. 157.

debemos contar con éxitos duraderos [en Rusia], aunque en todo caso incluso el intento de tomar el poder es ya una bofetada en el rostro a nuestros socialdemócratas y a toda la miserable Internacional."[51] Y a Luise Kautsky predecía aún más tajante que "claro está, los bolcheviques nunca podrán sostenerse."[52] Una vez más reflejaba y creaba Rosa la opinión de *Spartakus*, si bien Franz Mehring y Clara Zetkin habían de resultar más optimistas en cuanto a los sucesos de octubre.[53]

Ni las circunstancias de la Revolución de Octubre ni las implicaciones de la política leninista de paz y distribución de tierras a los campesinos eran claras para nadie en Alemania; salvo quizá para el gobierno. Las izquierdas, sobre todo los dirigentes encarcelados, eran incapaces de distinguir lo inevitable de lo peculiar, lo histórico de lo "hecho por mano de hombre" en los acontecimientos de Rusia. Por eso no podían ver los factores de la supervivencia bolchevique. Su desaprobación de esos factores cuando los conocieron, y su capacidad para juzgarlos —que los bolcheviques pusieron en duda después precisamente por su mala información— eran, como veremos, un asunto completamente diferente.

En julio de 1917, los engranajes de la administración de seguridad alemana produjeron el traslado de Rosa de la fortaleza de Wronke a la prisión de la ciudad de Breslau. Era un confinamiento mucho más estricto en cuanto el espacio material, las visitas y las comodidades. No hay pruebas de que el traslado fuera en castigo por algún quebrantamiento de la disciplina ni por sospechas del contrabando de material ilegal por mediación de Mathilde Jacob y Marta Rosenbaum.

> Aquí estoy llevando la existencia de un verdadero convicto, o sea que día y noche me tienen encerrada en mi celda y todo cuanto puedo ver afuera es la prisión de los hombres [...] Limito mi presencia [en el patio donde puedo ver correr de acá para allá a los demás presos] al mínimo prescrito por el doctor por razones de salud y durante mis paseos miro en torno lo menos posible. La diferencia con Wronke es grande en todos los respectos, pero esto no es una queja sino una simple explicación de que por el momento no escriba cartas bañadas en el aroma de rosas, azul del cielo y nubecillas a que los tenía acostumbrados [...][54]

[51] Ibid., pp. 160-61. El historiador de Alemania oriental, Leo Stern, resumiendo la reacción de las izquierdas alemanas ante el estallido de la revolución en Rusia, da la cita alegre pero no la pesimista (*Der Einfluss der grossen Oktoberrevolution*, p. 79).

[52] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 207.

[53] Véase *infra*, pp. 501-02, 505.

[54] *Briefe an Freunde*, pp. 126-27.

Además, la salud de Rosa había vuelto a empeorar. "Mi estómago lleva varias semanas rebelándose fuertemente y ahora paso parte del tiempo encamada; vivo todavía casi a base de vendajes calientes y sopa muy clara. La causa es dudosa, probablemente la reacción nerviosa se debe al empeoramiento súbito de mis circunstancias generales."[55]

Desde fines de 1917, la influencia de Rosa en la táctica y la política de *Spartakus* bajó a no dudar. Varios factores contribuyeron a ello, en parte por la misma Rosa y en parte por la situación. Con su traslado a Breslau quedó más aislada, y necesariamente su cerebro se absorbió más en ella misma. Las cartas de *Spartakus* habían sido en gran parte inspiración y esfuerzo suyo y sin sus frecuentes contribuciones perdieron mucho brillo. Además, su círculo inmediato de amigos políticos, para quienes había sido hontanar de estrategia como de táctica, empezó a perder poder sobre los acontecimientos. El 24 de marzo de 1918 detenían a Leo Jogiches; las autoridades sabían que con él tenían al principal organizador de las actividades de *Spartakus* así como el vehículo voluntario de las ideas de Rosa Luxemburgo.[56] Quedaban ahora de encargados Franz Mehring, ya con setenta años, Ernst Meyer y Paul Levi. Aún más importante era que la evolución de la oposición en Alemania se orientaba temporalmente contra la influencia espartaquista. Hubo dos oleadas de huelgas, una en abril de 1917 y otra mucho mayor en enero de 1918, que fue la primera en tener matices claramente políticos. Pero si bien todos estos acontecimientos tuvieron pleno apoyo de *Spartakus*, con volantes y llamados, no se realizaron bajo su dirección, ni con mucha influencia suya.[57] De estas huelgas, y dirigiéndolas, salió una fugaz organización obrera con base en las fábricas más grandes de Berlín, y con ella las primeras huellas de consejos obreros. A pesar de las detenciones y de la leva para el ejército de miles de obreros inquietos, la organización siguió más o menos intacta durante toda la guerra y halló su expresión política en los Delegados de Taller Revolucionarios (*Revolutionäre Obleute*), que tan importante papel habían de desempeñar en el periodo de noviembre de 1918 a marzo de 1919.

A partir de fines de 1917, *Spartakus* siguió más que hizo los acontecimientos de Alemania. Los intelectuales, que le dieran su refinado programa e hicieran el necesario análisis de la situación, ahora no tenían función significativa que cumplir, sobre todo desde la cárcel. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo eran demasiado honestos para reclamar

[55] Ibid., p. 127.

[56] *Archivalische Forschungen*, 4/III, p. 1282. Véase también *Dokumente und Materialien*, t. II. p. 131.

[57] Para resumen y fuentes de esta evidencia véase E. Kolb, *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik*, 1918-19, Düsseldorf, 1962, p. 49.

para sí un papel rector que entonces no tenían; Liebknecht, cuya correspondencia estaba muy restringida por los reglamentos de la prisión, sencillamente anotaba un comentario continuo de los acontecimientos, mientras que las cartas de Rosa no daban sino citas pasajeras y desesperanzadas. Había alejamiento y ensimismamiento; los restantes esfuerzos de Rosa se concentraban en el único acontecimiento de que podía hablar con autoridad indiscutible: la Revolución Rusa.

Entre los primeros comentaristas públicos de la victoria bolchevique de noviembre de 1917, Rosa estuvo notoriamente ausente. Puede haberse debido esto a dificultades materiales. El apoyo más entusiasta procedía de los antiguos amigos de Rádek en Bremen y de Clara Zetkin.[58] Ambos artículos, aunque ponían de relieve los peligros y las dificultades, daban apoyo total e inmediato para los bolcheviques. Pero en privado, Rosa Luxemburgo preguntaba a Luise Kautsky, el 24 de noviembre:

> ¿Estás feliz con los rusos? Naturalmente, no van a poder mantenerse en aquel aquelarre, no porque las estadísticas señalen que el desarrollo económico de Rusia es muy pequeño, como dice tu inteligente marido, sino porque la socialdemocracia del Occidente, altamente desarrollado, está compuesta por miserables y desdichados cobardes que seguirán mirando en calma y dejarán que los rusos se desangren hasta morir. Pero ese fin es mejor que "seguir viviendo por la patria"; es un acto de significado histórico cuyas huellas no se borrarán por muchas épocas que pasen. Espero que sucedan grandes cosas dentro de pocos años, pero deseo ardientemente no tener que admirar la historia mundial a través de los barrotes de mi jaula.[59]

Una semana antes había escrito a Mathilde Wurm: "Mi corazón se duele de los rusos; no espero la victoria duradera de los leninistas pero de todos modos vale más acabar así que "seguir viviendo por la patria'."[60]

[58] *Arbeiterpolitik*, n. 46, 14 de noviembre de 1917. Véase también Clara Zetkin en el suplemento femenino de *LV*, 30 de noviembre de 1917.

[59] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, p. 207. Esta carta fue escrita casi inmediatamente después de la muerte de Hans Diefenbach, durante un periodo en que Rosa estuvo emocionalmente imposibilitada para escribir.

[60] *Briefe an Freunde*, p. 55, 15 de noviembre de 1917. Una vez más, la fraseología parcialmente idéntica de las dos cartas es un interesante ejemplo del cuidadoso "racionamiento" de palabras y sentimientos por parte de Rosa, prueba incidental de que sus cartas eran deliberadas, no creaciones espontáneas. La desdeñosa alusión a "vivir por la patria" [en lugar de morir] se basa en el sarcástico retrato que traza Heinrich Heine de los emigrados revolucionarios polacos de su tiempo, en ademán heroico pero sobreviviendo siempre.

Para mediados de noviembre, la prensa alemana había publicado que se avecinaban las negociaciones de paz con los bolcheviques, y los comentarios de Rosa se hicieron mucho más incisivos.

> Sí, los bolcheviques; naturalmente, tampoco a mí me gustan, con su fanática determinación de paz a toda costa [*Friedensfanatizismus*], pero en resumidas cuentas no hay que culparlos *a ellos*. Están en un apuro y tienen que escoger entre dos series de problemas, y escogen la menos grave. *Otros* son los responsables de que sea el diablo quien salga ganando con la Revolución Rusa [...] Por consiguiente, limpiemos primero nuestra casa. En general, los acontecimientos que allí se desarrollan son gloriosos y tendrán consecuencias inconmensurables.[61]

En el primer comentario público de *Spartakus* acerca de los sucesos de octubre se emitían dudas sobre la prudencia de una paz revolucionaria rusa con el imperialismo alemán. Se había producido una curiosa inversión de papeles entre el USPD y *Spartakus*. El primero saludaba ahora la perspectiva de negociaciones y trataba de aprovechar los acontecimientos rusos para presionar al gobierno alemán en dirección de la antigua idea de Kautsky de paz "justa" sin anexiones.[62] Habían heredado así la consigna espartaquista de paz a cualquier precio, antes que nada y por encima de todo, si había de ganar algo el proletariado. Por otra parte, *Spartakus* no veía ahora en la firma de la paz con Rusia sino beneficio para el imperialismo alemán y su deseo de aniquilar la Revolución Rusa. El artículo "Responsabilidad histórica", aparecido en la carta de *Spartakus* de enero de 1918, era de tono desabrido y descontento; su anónimo autor no advertía nada bueno en ninguna de las probables alternativas del futuro próximo. Ahora que se había firmado el armisticio, el tratado de paz separada entre Alemania y Rusia era sólo cuestión de tiempo.

> Es comprensible psicológicamente que los bolcheviques vean un éxito prestigioso en la importantísima cuestión de la paz y que se presenten como triunfadores ante el pueblo ruso. Pero viéndolo con detenimiento, los bolcheviques aparecen de otro modo. El efecto inmediato del armisticio en el este será sencillamente que las tropas alemanas de allí sean trasladadas al oeste [...] Los últimos, sangrientos avances alemanes en Flandes y el mediodía, los nuevos y "maravillosos" éxitos en

[61] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, pp. 214-15, 19 de diciembre de 1917.
[62] *LV*, 12 de noviembre de 1917.

Italia son las consecuencias directas de la victoria bolchevique en Petersburgo [...] la máscara de virtud y moderación que imponía hasta ahora al imperialismo alemán su precaria situación militar será arrojada al regazo de los Scheidemanns. Con la ayuda de Dios —quien indudablemente está de parte de los grandes batallones— será dictada una "paz alemana" [...] Así es como está en realidad la situación ahora y los bolcheviques solamente engañan a los demás y a sí mismos si oyen la melodía de paz en la tierra... Por eso el que ríe el último con la Revolución Rusa hasta ahora es exclusivamente Hindenburg, con los nacionalistas alemanes.[63]

Enero de 1918: el punto más bajo de confianza y esperanza. El incógnito Jeremías no podía ni siquiera ofrecer un buen consejo, porque todos los caminos estaban cerrados. En verdad, el artículo tenía todo el aspecto de un epitafio.

Los obreros alemanes siguen presenciando el espectáculo pacientemente, como meros espectadores, y el gobierno soviético no podrá así tener otro fin que el de la Comuna de París. Esta conexión [entre Alemania y Rusia] es ya visible en el deterioro de la política bolchevique. Sólo la búsqueda desesperada de alguna señal de acción proletaria en Alemania puede explicar por ejemplo —aunque no lo excuse— el hecho de que los bolcheviques se hayan permitido siquiera por un momento efectuar negociaciones con los socialistas oficiales alemanes. Sus negociaciones con Hindenburg y Hertling [el nuevo canciller alemán] tal vez no sean para ellos sino una triste necesidad que ilumina meramente las malas condiciones de Alemania, pero por lo menos no arrojan ningún reflejo sobre los que ocupan el poder en San Petersburgo. El hecho de que les parezca necesario difundir la revolución en las masas alemanas por conductos tan sucios como Parvus y Scheidemann demuestra que también ellos padecen de falta de principios [*zerfahrene Zweideutigkeit*], muy distinta de su habitual moralidad y su intolerancia de las componendas.[64]

[63] *Spartakusbriefe*, pp. 406-09.

[64] Ibid., pp. 415-16. No me siento capaz de identificar al autor de este deprimente artículo con alguna seguridad. Esa desesperación categórica e inflexible no recuerda en nada a Rosa Luxemburgo. Por otra parte, su largo estudio de la autodeterminación polaca y lituana hace por lo menos posible la atribución a Leo Jogiches.

La referencia a Parvus y Scheidemann está relacionada con la visita de los dirigentes socialdemócratas a Estocolmo en diciembre de 1917, a petición de Parvus, para negociar una posible paz con los rusos. Esta visita se efectuó con el conocimiento y la anuencia de las autoridades alemanas, que deseaban mostrar una antena

Era la crítica más grave hecha en público a los bolcheviques por la izquierda alemana —típica manifestación del profundo pesimismo y odio de sí mismo de aquel negro periodo.

Después de firmada la paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918 volvió a aparecer en *Spartakus*, cosa sorprendente, una opinión más favorable. Lenin se había tomado mucho trabajo para explicar y excusar la paz separada; le parecía, muy acertadamente, que sin duda en Alemania la interpretarían mal y con resentimiento. Acompañado por fuertes aplausos declaró que era "el único modo de que sobrevivieran los esfuerzos del proletariado y de los campesinos pobres [...] por duras que fueran las condiciones impuestas". En cambio excusaba la inacción de la clase obrera alemana: ¿no sería acaso una forma disimulada de transacción moral? "Es injusto acusar a los obreros alemanes porque no hacen una revolución [...] las cosas no suceden así. Las revoluciones no se hacen de encargo [...] maduran como parte de la evolución histórica [...]"[65] En todo caso, "las masas obreras [alemanas] comprenderán y dirán: 'Los bolcheviques han actuado correctamente' ".[66]

Aparte del entusiasmo emocional de Clara Zetkin y el asentimiento del pequeño grupo de Bremen, la justificación histórica de los bolcheviques se debió principalmente a Franz Mehring, quien a fines de 1917 había adoptado en público la visión de largo plazo que Rosa Luxemburgo se contentara con manifestar en sus cartas privadas.

> Las revoluciones tienen mucha resistencia cuando son genuinas; la Revolución Inglesa del siglo XVII y la Revolución Francesa del XVIII tardaron cuarenta años en imponerse [en la historia], y sin embargo, las tareas de esas revoluciones se empequeñecen —y hasta podría decirse que parecen minucias— comparadas con los enormes problemas con que debe batallar la Revolución Rusa.[67]

Al comenzar 1918 y durante todo este año, Franz Mehring siguió propagando la gran fuerza de resistencia de la historia. No era sólo la ne-

hacia el gobierno soviético para averiguar sus condiciones. Parvus había estado en contacto financiero y político con la oficina bolchevique de Estocolmo desde el verano. El intento fracasó; en definitiva, los rusos no quisieron tratar con el SPD, mientras que el comité ejecutivo de éste no estaba preparado para cumplir los deseos rusos de que produjera una agitación auténtica en favor de la paz en su tierra. Véase Philipp Scheidemann, *Memoiren eines Sozialdemokraten*, t. II, pp. 123 y ss.

[65] Discurso pronunciado en la conferencia de comités de fábrica en la región de Moscú el 23 de julio de 1918, *Pravda*, n. 153, 24 de julio; Lenin, *Sochineniya*, t. XXVII, pp. 506-07.

[66] Discurso en la sesión del Ejecutivo central panruso, 23 de febrero de 1918, *Sochineniya*, t. XXVII, p. 26.

[67] *LV*, 31 de diciembre de 1917.

cesidad de justificar a toda costa los acontecimientos de Rusia en público, que *Spartakus* y aun Rosa —a regañadientes ésta— aceptaban. Incluso Karl Liebknecht, casi totalmente aislado en su prisión de Luckau —"incapaz una vez más de enterarme como es debido de los problemas rusos", se quejaba amargamente— había marcado un temprano estallido contra la política de paz bolchevique en sus notas privadas: "¡No se imprima! Con toda reserva, por el peligro de aplicación errónea. Sólo como base de discusión [...] Debemos evitar cualquier tendencia básica al antileninismo. ¡Máximo cuidado y tacto en toda crítica alemana del proletariado ruso!"[68] Mehring era más positivo. Nunca le había interesado la táctica. En contraste con todos sus odios, hasta el odio de sí mismo, sentía un verdadero amor por los procesos impersonales de la historia. Allí donde Rosa había detestado sobre todo el aniquilamiento y los sufrimientos de la clase obrera durante la guerra y donde Lenin veía el valor de la muerte y la destrucción para fines revolucionarios, Franz Mehring consideraba meramente el abstracto devenir de la historia. Su creciente apoyo a los bolcheviques —aunque él también había criticado la paz separada— y su fe en que sobrevivirían tenían un colorido altamente personal y sin duda no aportan ninguna prueba a la posterior tesis bolchevique de que la acción de éstos servía en realidad a los mejores intereses del proletariado alemán.

Aparte de Mehring, el creciente compromiso de *Spartakus* con los bolcheviques era inevitable si no se quería que la clase obrera alemana se viera apurada por las negativas que entrañaba la carta de *Spartakus* de enero de 1918. A consecuencia del tratado de Brest-Litovsk, las tropas alemanas ocuparon Ucrania en la primavera y el verano de 1918, junto con grandes porciones de los países bálticos y Finlandia. La violenta oposición a lo que eran prácticamente anexiones de grandes partes de Rusia debía ayudar a los bolcheviques a pesar suyo; una vez más se hallaba Alemania prácticamente en guerra con Rusia, y los problemas de conciencia planteados por la paz separada eran cosa del pasado. Además, el USPD, que había saludado los acontecimentos de febrero y octubre en Rusia, criticaba ahora acremente a los bolcheviques. El 15 de noviembre de 1917, Kautsky había analizado las condiciones de Rusia y las había hallado defectuosas; según las mejores normas marxistas, las condiciones de Rusia no estaban maduras para un gobierno socialista. Esta tesis provocó una reacción inmediata de Franz Mehring en *Der Sozialdemokrat* el 5 de enero de 1918; también indujo a Rosa Luxemburgo a burlarse de Kautsky en público y en privado. Si se trataba de combatir a la dirección del USPD o de discutir con Kautsky, Rosa tomaba las

[68] Karl Liebknecht, *Politische Aufzeichnungen*, pp. 32, 102.

armas al punto en favor de los bolcheviques.[69]

Pero la gran fuerza de resistencia de la revolución en Rusia inutilizaba la oportunidad de una versión alemana en un futuro previsible. Rosa no estaba dispuesta a reconocerlo en público, pero Franz Mehring sí. En una carta abierta a los bolcheviques escribía: "Ojalá pudiera enviarles mejores noticias de la vida interna del mundo obrero en Alemania. Pero el socialismo oficial se extiende como una mancha de aceite, aunque acaso esté cerca de la quiebra política y moral, y diariamente se acerca más a ésta."[70] Al declarar en quiebra a todo el potencial revolucionario alemán, Mehring reconocía necesariamente el fracaso de toda la política de *Spartakus;* para él en lo intelectual era todo o nada. "Hemos cometido un gran error, a saber, que desde un punto de vista organizativo nos unimos a los independientes con la esperanza de impulsarlos hacia delante. Hemos tenido que renunciar a esa esperanza [...]"[71] Y el 5 de septiembre de 1918 todavía escribía Ernst Meyer a Lenin más o menos con el mismo tenor.[72]

Rosa Luxemburgo había anunciado su intención de publicar sus críticas de la Revolución Rusa en forma de folleto y estaba tratando de lograr que Franz Mehring hiciera otro tanto. Todos los esfuerzos para disuadirla parecían en vano.[73] En la carta de *Spartakus* de septiembre de 1918 Rosa rompió un largo periodo de silencio y redactó una fuerte crítica de los bolcheviques, que los directores solamente publicaron con una nota de advertencia que le pusieron.[74] Escribió después otro artículo en que atacaba aún más duramente los protocolos suplementarios del tratado de Brest-Litovsk; esa vez, Levi, Meyer y Leviné decidieron no publicárselo.[75]

Después de ser entregado el segundo artículo en Berlín por los buenos oficios usuales de Mathilde Jacob, Paul Levi viajó a Breslau para decirle

[69] *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* p. 207. Para la opinión que tenía Lenin de este apoyo véase infra, pp. 512-13.

[70] *Dokumente und Materialien,* t. II, p. 158.

[71] Ibid., p. 161.

[72] Ibid., p. 195. Cf. su versión bastante diferente en la *Rote Fahne,* 15 de enero de 1922: "En vano hice toda clase de esfuerzos para imbuir en la camarada Luxemburgo la idea de que podíamos prever grandes sucesos revolucionarios en Alemania para un futuro muy próximo." El artículo estaba escrito en parte como defensa del KPD contra la publicación de Paul Levi, y puede perdonarse a Meyer, persona muy puntillosa, este optimismo retrospectivo.

[73] Clara Zetkin. *Um Rosa Luxemburgs Stellung zur russischen Revolution,* Hamburgo, 1922, reproducido en Clara Zetkin, *Ausgewählte Reden und Schriften,* t. II, p. 385.

[74] *Spartakusbriefe,* p. 453.

[75] Véase Ernst Meyer, "Rosa Luxemburgs Kritik der Bolschewiki", *Rote Fahne,* 15 de enero de 1922.

las verdades de una vez para siempre a la impenitente crítica. Lo único que nos queda de este encuentro es su propio informe, que es bien breve.[76]

La discusión fue larga y obstinada, pero al final la ganó Levi, y tal vez fuera la única ocasión en toda la década en que Rosa se dejara disuadir de su intención de publicar algo. Y aun entonces, fue únicamente el argumento de que sus observaciones serían utilizadas por los enemigos lo que la convenció. Pero después de haberse ido Levi volvió a ponerse a escribir inmediatamente y trazó un borrador que le envió en septiembre de 1918 por un intermediario: "Escribo esto para usted tan sólo y si logro convencerlo, no habré trabajado en vano", le aseguraba.[77]

Rosa podía permitirse más franqueza y detalle en lo que prácticamente era una discusión privada, del mismo modo que Karl Liebknecht se vertía sin reserva en la cárcel en sus libros de notas privadas. Y ahora volvía ella a los principios primeros. Su folleto no era sólo un comentario sobre la Revolución Rusa sino además una crítica de la noción misma de revolución socialista. La obra estaba rigurosamente dividida con sus encabezados y secciones, como una carta legal. Las flores primero.

> El partido de Lenin fue el primero que entendió el mandato y la obligación de un partido verdaderamente revolucionario; con la consigna de "todo el poder en manos del proletariado y el campesinado" se aseguraron de que la revolución seguiría su marcha adelante. Con ello resolvieron los bolcheviques el famoso problema de "ganarse a la mayoría del pueblo", que siempre había agobiado como una pesadilla a la socialdemocracia alemana [...] Solamente un partido que sabe dirigir, que ha de adelantarse a los hechos, logra el apoyo en tiempos tormentosos. La determinación con que en el momento decisivo Lenin y sus camaradas propusieron la única solución acertada [...] los transformó casi de la noche a la mañana de una minoría perseguida, calumniada y fuera de la ley, cuyo jefe tenía que esconderse como Marat en los sótanos, en dueños absolutos de la situación.[78]

Este trozo siempre ha presentado un problema. Los bolcheviques ven en él un modo bastante intrincado de presentar un cheque de aprobación en blanco, algo afeado por la crítica mal informada que le sigue inmediatamente; pero para los socialdemócratas es el ejemplo extraordinario de un demócrata impenitente que se empeña en ver democracia aun

[76] Introducción de Paul Levi a *Die Russische Revolution,* de Rosa Luxemburgo, Berlín, 1922.

[77] Ibid., p. 1. Las citas están tomadas de la edición inglesa por Bertram D. Wolfe, *The Russian Revolution,* Ann Arbor (Michigan), 1961.

[78] *The Russian Revolution,* pp. 38-39.

en la arbitraria tiranía del bolchevismo, aunque no sin violentar toda exigencia de lógica y evidencia. Y en términos democráticos formales, la idea de una mayoría bolchevique es cosa que no tiene sentido. Pero no era eso lo que Rosa quería decir. No se trataba de elecciones ni mandatos. "Ganarse a la mayoría" era la misma doctrina de acción revolucionaria como disolvente de la oposición estática —movimiento contra rigidez— que había predicado ella en el SPD entre 1910 y 1914. Al moverse en lugar de hablar, los bolcheviques habían utilizado su periodo revolucionario plenamente y se habían llevado a las masas con ellos. Por el momento. Pero seguía una formulación de detalles particulares en fuerte contraste con la abundancia general de alabanzas.

1. *Política agraria.* El hecho de que el gobierno soviético no hubiera llevado plenamente a cabo la nacionalización de las grandes y medianas propiedades no podía ser tema de reproche.

> Sería sin duda una triste broma pedir o esperar que Lenin y sus camaradas en el breve periodo de su gobierno hubieran ya resuelto, ni siquiera intentado, una de las más difíciles, y en verdad podemos decir sin inconvenientes que *la* más difícil, de todas las tareas de transformación socialista de la sociedad... pero un gobierno socialista debe por lo menos hacer algo cuando llega al poder, debe tomar medidas que lleven a la reforma socialista del agro; debe por lo menos evitar cuanto pueda ser un obstáculo futuro en el camino hacia esas medidas. Ahora bien, la consigna lanzada por los bolcheviques —confiscación y distribución inmediata de la tierra a los campesinos— necesariamente iba en dirección contraria. No sólo no es una medida socialista sino que se opone a ese tipo de medidas; acumula obstáculos infranqueables a la transformación socialista de las relaciones agrarias... [en breve] la reforma agraria leninista ha creado un nuevo y poderoso estrato de enemigos del socialismo en el campo, enemigos cuya resistencia será mucho más peligrosa y tenaz que la de los grandes terratenientes aristócratas.[79]

2. *La cuestión de la nacionalidad.* Este capítulo era una redefinición clásica de la opinión que Rosa tuviera toda la vida acerca de la unidad económica y política esencial del imperio ruso, y el error de pregonar el concepto de autodeterminación nacional a todos y cada uno de los miembros, grandes y chicos, que constituían ese imperio.

> Es exactamente como si las personas que viven en la costa septentrional

[79] Ibid., pp. 43, 46.

de Alemania quisieran fundar una nueva nación y gobierno. Y esta ridícula y afectada actitud de unos cuantos profesores y estudiantes universitarios la provocaron Lenin y sus camaradas para hacer una fuerza política [...] de lo que al principio fue una mera farsa, y le dieron tal importancia que la farsa se convirtió en algo muy serio: no un serio movimiento nacional para el que [...] no hay raíces en absoluto, sino un simple banderín para la contrarrevolución. En Brest[-Litovsk] salieron de este huevo podrido las bayonetas alemanas.[80]

Hasta aquí podía haber sido escrito esto contra el PPS. Pero después la argumentación se hacía más fundamental.

El "derecho de autodeterminación nacional" es el grito de batalla del próximo saldo de cuentas del socialismo internacional con la burguesía. Es evidente que [...] todo el movimiento nacionalista, que en la actualidad constituye el mayor peligro para el socialismo internacional, ha sido extraordinariamente reforzado por la [...] Revolución Rusa y las negociaciones de Brest[-Litovsk] [...] de todo eso salieron directamente el terror y el estrangulamiento de la democracia.[81]

Ni la declaración particular ni la general eran nuevas. Pero lo que era magnífico era la súbita intuición del final, que vinculaba concretamente este problema con el del terror. A causa de las débiles aristas de la revolución, a causa de la errónea táctica que permitía la creación de movimientos y regímenes fuertemente hostiles en Ucrania, los países bálticos y en todas partes, el gobierno del interior se veía obligado a recurrir a las más terribles medidas para mantenerse en el territorio al que se había visto reducido por su arbitraria aceptación de la autodeterminación nacional. En esto tenía ella razón. Las presiones centrífugas de la nacionalidad al fin producirían la política represiva de Stalin, Ordzhonikidze y Dzerzhinsky, tres no rusos, cuyas opiniones en la práctica de la autodeterminación nacional diferían totalmente de las de Lenin y contra cuyo rígido terror se dirigieron los últimos esfuerzos importantes de éste.[82]

3. *Asamblea constituyente y sufragio*. Los dos temas siguientes de *La Revolución Rusa* eran la política bolchevique en relación con la asamblea constituyente y el sufragio. Rosa Luxemburgo criticaba la acción de los bolcheviques al disolver la asamblea constituyente que ellos mismos habían convocado, y restringir el sufragio. Los detalles no eran importantes,

[80] Ibid., pp. 54-55.
[81] Ibid., pp. 55-56.
[82] Para esta discusión y otras posteriores de las diferencias acerca de la cuestión nacional entre Rosa Luxemburgo y Lenin véase infra, pp. 598-605.

y sólo de los detalles se retractó después.[83]

Pero una vez más le interesaba la táctica únicamente como ejemplo de los principios. La emprendía con la teoría de Trotsky —también éste era rápido en elaborar teorías— de que las instituciones propenden a tener vida propia, y si no reflejaban la realidad particular a ellas asignada tenían que ser destruidas: temor de la cosificación que sobrevivió bastante en la práctica constitucional soviética. A esto oponía ella la opinión que tanto tiempo sostuviera acerca de la influencia de la masa *en* las instituciones. "El fluido vivo del talante popular, continuamente introducido en los cuerpos representativos, los impregna y los guía [...] incluso en los parlamentos burgueses."[84]

De modo semejante, del sufragio:

> [...] la libertad de prensa, los derechos de asociación y de reunión, todos han quedado fuera de la ley para cuantos se oponen al régimen soviético [...] por otra parte es un hecho harto sabido e indiscutible que sin una prensa libre de trabas, sin el derecho irrestricto de asociación y reunión, el papel de la gran masa del pueblo es cabalmente imposible.[85]

Según se ve, esto sólo podía significar que las instituciones existentes hubieran debido conservarse, la plena libertad de prensa y reunión garantizarse, y así sucesivamente. Sin duda el régimen bolchevique había de ser un ejemplo para el futuro, para la final y definitiva revolución socialista (¿en Alemania?) y no un mero modo de aferrarse al poder a costa de deformaciones y componendas. Por eso era necesario insistir continuamente en la pureza de los principios socialistas, a expensas del éxito táctico. Pero más importante todavía es que Rosa no proponía soluciones concretas frente a los errores bolcheviques. No escribía para los bolcheviques, en absoluto, sino para el futuro, para los revolucionarios alemanes. En definitiva, el presente no tenía importancia; presente, pasado y futuro poseían un peso igual. Se equivocaba al suponer que había una presión de algún tipo ejercida por las masas sobre una asamblea constituyente en Rusia, que la hacía avanzar y la mantenía socialista; muy al contrario. No comprendía hasta qué punto eran los bolcheviques una minoría en el país; apenas entrevió el hecho de que el régimen bolchevique sólo era posible por tolerarlo los campesinos, más interesados en la paz y la tierra que en el socialismo. Pero esto era secundario respecto a la cuestión más general de que la reducción arbitraria de las instituciones no convenientes y los procesos populares después de una revolución tenía que ser

[83] Véase infra, pp. 524-26.
[84] *The Russian Revolution,* p. 60.
[85] Ibid., pp. 66-67.

necesariamente autogeneradora y repetirse, malos hábitos que cada vez alejarían más al gobierno del contacto con las masas.

4. *Dictadura.* La misma sensación de malestar se manifestaba en las últimas secciones, que trataban del problema de la dictadura.

> La libertad sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros de un partido —por muchos que sean— no es libertad. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para quien piensa de otro modo. No por alguna fanática idea de "justicia" sino porque todo lo instructivo, sano y purificador de la libertad política depende de esa característica esencial; y su eficacia se desvanece en cuanto la "libertad" se convierte en privilegio.[86]

Claro está que esto no era un alegato en favor de la democracia burguesa sino de la democracia que los socialistas siempre habían creído posible tan sólo después del triunfo de una revolución. Sin duda suponía que los bolcheviques gozaban de un entusiasmo inexistente de las masas, pero era más importante el sentimiento de que los bolcheviques estaban imponiendo la democracia desde arriba en lugar de edificarla desde abajo.

> Lenin está del todo equivocado en los medios que emplea. Los decretos, la fuerza dictatorial del capataz, los castigos draconianos, el gobierno por el terror, todo eso no son sino paliativos. El único camino del renacimiento es la escuela de la propia vida pública, la más ilimitada, la más vasta democracia y la opinión pública. Es el gobierno del terror el que desmoraliza.[87]

Rosa Luxemburgo, que en el fondo no se preocupaba mucho por que los bolcheviques duraran o no —y quizá fuera ésta la principal diferencia entre ella y ellos— temía mucho más a una revolución deformada que a una fallida. Tomaba bastante en serio las facultades de organizador de Lenin y sus fines, y los prolongaba en el tiempo hasta sus consecuencias inevitables.

> Con la represión de la vida política en el país en general, la vida en los soviets también tendrá que hacerse más baldada [. . .] la vida se extingue y se convierte en mera semblanza de vida en toda institución pública en que sólo la burocracia es el elemento que queda en actividad. La vida pública se va adormeciendo gradualmente. Unas cuantas docenas

[86] Ibid., p. 69.
[87] Ibid., p. 71.

de dirigentes de partido, de energía incansable y experiencia ilimitada son los que dirigen y gobiernan. Entre ellos sólo una docena de cabezas descollantes dirigen, y de vez en cuando se invita a una minoría selecta de la clase obrera a reuniones donde tienen que aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las resoluciones propuestas; en el fondo se trata de una pandilla. Dictadura, con toda seguridad; pero no dictadura del proletariado, sino dictadura de un puñado de políticos en el sentido burgués [...] sí, podemos incluso ir más lejos: esas condiciones inevitablemente ocasionarán la brutalización de la vida pública [...][88]

Jruschov podía haber empleado estas palabras si hubiera pensado en ellas en el discurso en que denunció el régimen de Stalin en el XX Congreso. Contienen todo lo que él dijo, con sólo poner "un hombre" en lugar de "unos cuantos dirigentes", que reconocemos es una diferencia importante, pero expresado en forma mucho más concisa que su largo discurso.

Finalmente, Rosa volvía una vez más al remedio para tales tendencias. "Lenin y Trotsky y sus amigos fueron los *primeros* que se adelantaron como ejemplo para el proletariado mundial [...] Pero en Rusia el problema podía plantearse. Allí no podía resolverse. En *este* sentido, el futuro pertenece en todas partes al bolchevismo.[89]

¿Hasta dónde tenía razón Rosa Luxemburgo? El hecho de que aceptara la noción de soviets (consejos de obreros y soldados) en Alemania y luchara empeñosamente contra la convocatoria a la Asamblea Constituyente alemana, su disposición a renunciar a la antigua polémica rusa durante la revolución alemana y a no disputar con Rádek por esa parte del pasado cuando llegó el 19 de diciembre de 1918, su confesión a Warszawski de que había cambiado de opinión en muchas cosas (que no especificaba): todo esto hizo que los historiadores comunistas hablaran posteriormente de una retirada general de sus críticas.[90] Pero esto me parece un juicio parcial. Sin duda cambió ella de opinión en detalle, aunque aun así siguió señalando en su discurso ante el congreso de fundación del KPD, en 1918, que su oposición a la Asamblea Constitucional se basaba en el hecho de que Alemania tenía todavía un gobierno anticomunista y que por eso no era correcta la comparación con la Rusia de noviembre de 1917. Más significativo que su cambio de opinión fue el que en plena revolución alemana no quisiera entretenerse en rebuscar en el pasado ruso. Pero lo más importante de todo es que el folleto sobre

88 Ibid., pp. 76-77.
89 Véase infra, p. 581.
90 Véase infra, pp. 525-26.

la Revolución Rusa no era primordialmente un examen de detalles de política. Era un estudio de los temas fundamentales de la revolución y en realidad la única ojeada que nos dejó Rosa acerca del modo que tenía de ver el futuro. Sus conclusiones generales tenían poco o nada que ver con los detalles que criticaba y más bien estaba aplicando conclusiones sistemáticas y bien establecidas a una nueva serie de hechos. "La Revolución Rusa" era el título de la imagen que proyectaba la linterna mágica mental de Rosa en aquel tiempo. En este sentido, su argumentación era de lo más deductiva; razonaba a partir de una actitud —la de ella— hacia los hechos y no, como parece a primera vista, utilizando los hechos disponibles acerca de Rusia para construir una teoría de la revolución.

Al contrario de Lenin, Rosa no aceptaba que hubiera una diferencia entre vida de partido y la posible vida pública, entre partido y sociedad posrevolucionaria; para ella, la revolución socialista no era sino la expansión del socialismo y su prolongación del partido a toda la sociedad. La idea de que los *socialistas* controlaran una sociedad *capitalista* era difícilmente imaginable, la idea de aceptar y aun reforzar temporalmente el statu quo y decir que eso era estabilidad le parecía una locura. Si esto es una condición necesaria del bolchevismo, entonces Rosa estaba todavía verdaderamente anclada en la Segunda Internacional. Por otra parte, Lenin estableció la neta distinción. Creó una teoría de disciplina y organización de partido que puso en práctica por todos los medios a su alcance. Pero su enfoque de la vida pública después de la revolución era muy empírico; con tal de que el partido estuviera debidamente organizado, podía permitirse cualquier cambio de táctica, sobrevivir a cualquier maniobra, fortalecer o rechazar a voluntad, si era necesario, cualquier institución de la sociedad. Sólo importaba la constitución del partido. El modo de ver los bolcheviques la sociedad no cambió mucho de antes a después de la revolución, salvo en función de su poder dentro de alla; seguía tratándose de "nosotros" y "ella". La disciplina del partido no podía relajarse, si acaso robustecerse. Sólo de este modo podían emprenderse rápidos cambios tácticos en la política de gobierno sin falta de cohesión. Fue Stalin quien completó el cuadro posteriormente, primero haciendo que la sociedad se ajustara a la disciplina sepulcral del partido, desde el centro hacia la periferia; y después, pareciéndole que la alteración de la política era un procedimiento demasiado brusco para la cohesión del partido, invirtió el empuje del poder e hizo al partido tan vacío como la sociedad; desde la periferia hacia el centro. Al "equilibrar" sociedad y partido, Stalin se acercaba más a Rosa Luxemburgo que a Lenin, aunque sus métodos fueran algo diferentes.

El folleto de Rosa sobre la Revolución Rusa se ha hecho famoso como acusación casi clarividente contra los bolcheviques. En parte es justo. Pero

cumpliría mejor su objeto si lo viéramos como un análisis de la revolución ideal basado, como buena parte de la obra luxemburguiana, en una forma de diálogo crítico, en este caso con la revolución bolchevique de octubre. Los que se sienten felices con las críticas a los fundamentos de la revolución bolchevique harían mejor en dirigirse a otra parte.

XV
1918. EMPIEZA LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Políticamente, *Spartakus* estaba en un nivel muy bajo en el verano de 1918. La mayoría de los dirigentes estaban encerrados por tiempo indefinido, mientras la guerra se prolongaba, incapacitados para decidir. A juzgar por casi toda la prensa y por las reacciones alemanas, las perspectivas para la Revolución Rusa eran muy malas, y los bolcheviques no podrían conservar su posición a pesar de aquella misma política que había contribuido a prolongar la agonía del radicalismo en Alemania. "¡Oh, Dios! Mis nervios, mis nervios. No logro conciliar el sueño", escribía Rosa a Luise Kautsky en julio de 1918. "Clara también lleva mucho tiempo callada, ni siquiera me ha dado las gracias por mi carta de felicitación de cumpleaños, cosa inaudita en ella. No logro contener el temor que siento [...] En cuanto a *mí*, tengo mucho ánimo. Para lo que me falta valor y fuerza es para soportar el dolor de los *demás*. Todo esto no son meramente pensamientos, fantasmas [...]"[1]

Y después, inesperada y espectacularmente, el frente occidental se desplomó en septiembre. Los peores temores del alto mando alemán se comunicaron sin tardanza a la capital; como suele suceder, la gente quedó sorprendida por los acontecimientos, los partidarios del statu quo como los que aspiraban a derribarlo. En septiembre de 1918, estalló una nueva oleada de huelgas. El 28 de septiembre, el estado mayor alemán informó al gobierno imperial que era necesario negociar un armisticio si se quería evitar una catástrofe. El 1o. de octubre, Lenin notificó a sus colegas que la situación en Alemania estaba suficientemente madura para que obrara el gobierno ruso.[2] Las autoridades del SPD y el USPD debían considerar su posición ahora que el gobierno alemán trataba tardíamente de asociar mayores grupos políticos a la liquidación de su política de guerra. El 23 de septiembre de 1918, el comité ejecutivo del SPD y el grupo parlamentario declararon conjuntamente sus condiciones mínimas para participar en cualquier gobierno.[3]

Más listos, los dirigentes del USPD y los delegados de taller revolucionarios habían empezado a reunirse regularmente y a estudiar cómo podría aprovecharse la situación inminente. Ellos también lanzaron a la

[1] *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, pp. 220-22, fechada el 25 de julio de 1918.
[2] Lenin, *Sochineniya*, t. xxxv, p. 302.
[3] *Vorwärts*, 24 de septiembre de 1918.

población un llamado, más extremoso de tono y contenido que el del SPD con sus demandas inmediatas al gobierno.[4]

Spartakus publicó dos cartas finales en septiembre y octubre de 1918. En ninguna de las dos había algún pronóstico optimista para los meses venideros, ninguna señal de que fuera inminente el tan anunciado desplome del gobierno imperial. La carta de septiembre contenía el sombrío análisis, ya mencionado, que hacía Rosa de los acontecimientos de Rusia. Aunque *Spartakus* había ya bosquejado algunos de los métodos y procedimientos de la futura revolución, tomados de la experiencia rusa, no había gran muestra de que el grupo previera la próxima aplicación de aquellas ideas. Las posteriores investigaciones del *Reichstag* acerca de las causas del hundimiento alemán, y la investigación histórica contemporánea también, han demostrado cuán poco pudo aportar *Spartakus* en el verano y a principios del otoño de 1918 al desarrollo de los acontecimientos en Alemania.[5] Una interesante evidencia nos la ha dejado Lenin (fuente que no era probable denigrara a *Spartakus*), que tenía una visión en extremo penetrante no sólo de la potencialidad revolucionaria sino también de las debilidades e ineficiencias. El 20 de septiembre de 1918 escribía a Vorovski, uno de sus representantes en Estocolmo:

> [...] ¿Ha de tolerarse que incluso gente como Mehring y Zetkin se ocupen más en atacar a Kautsky desde un punto de vista *moral* (si puede uno emplear este término) que desde uno *teórico*? Dicen ellos que Kautsky debería en realidad tener otras cosas que hacer y no escribir [polémicas] contra los bolcheviques. ¿Qué argumento es

[4] *Dokumente und Materialien*, t. II, pp. 207-10.

[5] Estas investigaciones deben contraponerse a las afirmaciones nacionalistas alemanas acerca de la efectividad del sabotaje izquierdista interno, destinadas a salvar el "honor" del ejército alemán. Los informes policiacos acerca de las actividades espartaquistas, en que se basaban aquellas afirmaciones, inducen a error; es evidente que los informantes de la policía, en Alemania como en todas partes, proporcionaban precisamente las pruebas que sus patrones esperaban de ellos.

Es al respecto una interesante ironía de la historia el que los historiadores comunistas de antes de la guerra, con todo incentivo natural para ensalzar el significado de su propia ascendencia espartaquista, a veces se negaron resueltamente a hacerlo. Así P. Langner, *Der Massenstreik im Kampf des Proletariats*, Leipzig, 1931, p. 49: "El desplome de la Alemania de Guillermo [en]... 1918 no se produjo a consecuencia de las luchas de la clase obrera contra la guerra imperialista y la burguesía. Procedía de dentro, era consecuencia de la incapacidad material de seguir la guerra." Nada expone como esto el mito nacionalista del *Dolchstoss* (puñalada por la espalda). De todos modos, la historia de Alemania oriental de la posguerra en general tiende a exagerar la importancia de *Spartakus*. Todas las pruebas recientes, incluso la sustancial literatura de Alemania oriental, están resumidas en un apéndice a E. Kolb, *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik 1918-19*, Düsseldorf, 1962, pp. 410-14.

ése? ¿Puede uno debilitar su posición a tal extremo? ¿Esto no significa sino dar armas gratis a Kautsky.[6]

Esta crítica de la demasiada "moralidad" de *Spartakus* en lugar del agresivo combate teórico señala claramente que Lenin había olfateado en cierto modo el agotamiento de *Spartakus* y su falta de preparación para los acontecimientos que se avecinaban.

A principios de octubre era evidente que el gobierno alemán estaba empezando a desintegrarse. *Spartakus* y los radicales de izquierda de Bremen habían decidido por fin colaborar estrechamente. Ambos habían acabado por reconocer las cercanas posibilidades revolucionarias. Lo primero por hacer era quebrantar al gobierno y en particular la ley marcial en vigor. De acuerdo con eso, el grupo de *Spartakus* lanzó en octubre de 1918 un llamado invitando al pueblo a alzarse, a crear "condiciones de libertad para la lucha de clases de los trabajadores, para una democracia verdadera, por una paz real y duradera y por el socialismo".[7] Poco después se lanzaba un llamado más positivo, en que se pedía a los obreros y también a los soldados que se organizaran. Pero todavía no se especificaba la forma de organización: "Los amotinamientos espontáneos entre los soldados deben ser apoyados por todos los medios y dirigidos hacia un levantamiento armado, el levantamiento armado para la lucha por la conquista de todo el poder [del Estado] para los obreros y los soldados [...]"[8]

El 7 de octubre, *Spartakus* celebró una conferencia nacional, la primera en casi dos años. Nada se sabe de lo discutido en la conferencia, pero se puso ilegalmente en circulación un informe, junto con las resoluciones y un llamado a los trabajadores, y parte de él salió en la última carta de *Spartakus* en octubre.[9] La misma conferencia conjunta produjo un análisis mayor de la situación mundial y exigencias más fuertes y concretas, pero nuevamente se limitaron a un intento de obtener concesiones particulares de la autoridad existente y no a acabar con ésta. Todo el proceso se entendía como una continua elevación de las miras revolucionarias para que al fin se consiguiera hacer bufar y moverse al ponderoso y renuente dragón de la clase obrera alemana. Pero todavía no había nada acerca de las formas organizativas de la lucha próxima, y mucho menos del modo de completar la futura victoria de la clase obrera.

[6] Publicado por primera vez en la *Pravda*, n. 17, 21 de enero de 1925, citado de *Sochineniya*, t. XXXV, p. 299.
[7] *D & M*, t. II, p. 225.
[8] Ibid., p. 227.
[9] Para el texto completo véase *D & M*, t. II, pp. 228-34.

El 12 de octubre, el gobierno prusiano y algunos de los otros gobiernos provinciales declararon una amnistía para los prisioneros políticos. Tres días después, el *Bundesrat* —cámara alta de la legislatura del Reich— anunciaba oficialmente la participación del *Bundesrat* y el *Reichstag* en la próxima propuesta de paz. El gobierno alemán esperaba todavía salvar su autoridad ensanchando su base, aunque los aliados habían ya declarado que al menos el emperador debía ser sacrificado antes de que se iniciara ninguna negociación de armisticio. Karl Liebknecht fue de los primeros en salir amnistiados. Volvió a Berlín el 23 de octubre y lo escoltó una multitud de obreros desde la estación hasta la embajada soviética. No se sabe nada concreto de las discusiones que allí tendrían; una breve y algo ominosa frase de Karl Rádek confirma simplemente que hubo acuerdo total: "La noche después de la excarcelación [de Karl Liebknecht] nos dijo Bujarin que Karl estaba totalmente de acuerdo con nosotros [...] si en aquel momento hubiera podido venir con nosotros, ningún rey hubiera sido acogido como Liebknecht por los obreros rusos."[10]

Desde el momento de su salida, Liebknecht tomó automáticamente la dirección del grupo *Spartakus*. Su reputación y autoridad moral nunca habían sido mayores. El 25 de octubre, el comité ejecutivo del USPD ofreció incorporarlo, pero Liebknecht estipuló que sólo aceptaría si el USPD modificaba su programa y sus tácticas y seguía la línea de *Spartakus*. Aunque no se negaron francamente, esta estipulación enfrió el entusiasmo del USPD, y con tal fin había sido hecha.

Mientras proseguían las discusiones, la revolución estalló en la base naval de Kiel, el mismo lugar donde se había producido el único motín de importancia en agosto de 1917. La incapacidad del gobierno para hacer otra cosa que enviar a una comisión de negociaciones logró que el fermento se manifestara en todas partes. Desde principios de noviembre aparecieron consejos de soldados en el frente y consejos de obreros en casi todas las principales ciudades de Alemania. Eran más bien manifestaciones de rebeldía que instrumentos de revolución, y en muchos lugares no tenían programa definido, salvo el intento de imponer su autoridad —o por lo menos su derecho de existir— a las autoridades locales y los jefes del ejército. El consejo de marinos de Kiel envió un mensaje por radio a Moscú del que dedujeron los dirigentes rusos que ya estaba en marcha la revolución en Alemania.

Durante breve tiempo, la situación en las provincias fue más revolu-

[10] Karl Liebknecht, *Klassenkampf*, p. 108 (Apéndice: "En memoria de Karl Liebknecht", publicado en febrero de 1919 en *Izvestiya*. El mismo comentario hace Rádek en su apunte biográfico en recuerdo de los tres dirigentes alemanes, *Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Leo Jogiches*, Hamburgo, 1921. Véase también infra, pp. 522-23.

cionaria que en Berlín. Los representantes del USPD, los delegados de taller revolucionarios y *Spartakus,* representado por Liebknecht y Piek —fatal compañía— empezaron a planear un levantamiento organizado y fijaron la fecha para el 4 de noviembre. Pero los delegados de taller revolucionarios, aunque de acuerdo en el principio, no aceptaron la temprana fecha convenida por sus negociadores. Unos días después, el 6 de noviembre, en vista del manifiesto éxito del motín de Kiel y del fermento que había en las provincias, los delegados de taller revolucionarios convinieron finalmente que "el día" sería el 11. La inmediata propuesta de Liebknecht de adelantar la fecha al 8 perdió en la reunión por considerable mayoría. Quizá existía aún la esparanza de que los acontecimientos los rebasaran.

Mientras tanto, el SPD también se había visto arrastrado hacia las negociaciones para un cambio de gobierno. No obstante, el comité ejecutivo trataba con ambos lados: con los que planeaban el alzamiento y con el mismo gobierno, para una entrega pacífica del poder. Iban y venían notas, y las negociaciones con el gobierno parecieron llegar a un callejón sin salida cuando el SPD insistió en que el emperador abdicara. A fin de reforzar su posición en estas negociaciones, el gobierno llevó tropas el 7 de noviembre para que ocuparan las principales fábricas y prohibió la manifestación en masa propuesta para celebrar el aniversario de la Revolución Rusa. Finalmente, el mismo día los dirigentes del SPD enviaron un ultimátum al canciller: si se negaba estaban decididos a unirse a la sublevación.

Al final, todos estos complicados planes quedaron en nada. El 9 de noviembre, dos días antes de cumplirse el plazo, en Berlín estallaba una huelga general y grandes grupos de obreros armados y soldados llenaban las calles. Era efectivamente el fin del imperio. El canciller, príncipe Max de Baden, entregó formalmente sus poderes al presidente del SPD, Ebert. Pero ni siquiera entonces fue la llegada del SPD al poder resultado de sus propios esfuerzos. Liebknecht había calibrado acertadamente el potencial de las manifestaciones; en un discurso desde los balcones del palacio imperial, poco después de mediodía, proclamó la República Socialista. Cuando las nuevas de estos acontecimientos llegaron al *Reichstag,* donde el SPD estaba reunido en sesión permanente, se persuadió a Scheidemann de que declarara en el acto la República Democrática e impidiera así el triunfo completo de *Spartakus.*

> Ahora veo claramente de qué se trataba. Conocía la consigna [de Liebknecht] —autoridad suprema para los consejos de obreros y soldados— y supe que Alemania sería así una provincia rusa, una rama del soviet. ¡No, no y mil veces no! [...] Unos cuantos obreros y soldados

me acompañaron a la sala ."Scheidemann ha proclamado la República." El rostro de Ebert se puso lívido de cólera cuando supo lo que yo había hecho [...] "Usted no tiene derecho a proclamar la República; lo que sea Alemania [...] república u otra cosa, lo decidirá una asamblea constituyente."[11]

Inmediatamente se entablaron negociaciones entre los dos partidos socialistas con vistas a formar un gobierno conjunto basado en la representación igual. La concesión de paridad por el SPD era generosa; pero en pago casi todas las condiciones radicales planteadas por el comité ejecutivo de los independientes a que se oponía el SPD fueron retiradas "para asegurar los logros revolucionarios socialistas". Ahora que había llegado el día era fuerte la presión en favor de la unidad entre los líderes. El nuevo poder ejecutivo del Reich, llamado Consejo de los Comisionados del Pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*), estaba compuesto por tres delegados del SPD y tres del USPD.[12] El grupo de *Spartakus* —que, claro está, era un grupo de presión organizado dentro del USPD— había pedido se siguiera el "ejemplo ruso" el 7 de noviembre, aniversario de la revolución bolchevique... por lo menos el espíritu, si no los hechos. Esto significaba que no hubiera componendas. Pero toda mención de Rusia asustaba mortalmente a los dirigentes de los dos partidos socialistas. El 9 de noviembre, *Spartakus* publicó un suplemento especial de la nueva *Rote Fahne* en que pedía un programa más avanzado y concreto de medidas revolucionarias. Para entonces, las exigencias de *Spartakus* excedían con mucho a las realidades que se estaban logrando. La intención era evidente: con la primera descarga de actividad revolucionaria había que poner altas las metas de una vez, para seguir así en progresión continua.

Tal era la situación cuando Rosa Luxemburgo salió de la prisión municipal de Breslau. Al parecer, la amnistía del 12 de octubre se había considerado solamente aplicable a los que estaban cumpliendo una sentencia concreta; el gran número de internados por orden administrativa fue olvidado o deliberadamente pasado por alto en algún punto de la cadena administrativa. Sólo cuando la ola revolucionaria llegó a Breslau, el 9 de noviembre, se abrieron las rejas de la prisión. Aquellas últimas semanas habían puesto a prueba al máximo sus nervios y su paciencia. Había rechazado todas las visitas porque

estoy de un humor tal que me resulta imposible bajo vigilancia la pre-

[11] Philipp Scheidemann, *The Making of a New Germany*, Nueva York, 1929, t. II, pp. 261-62.

[12] Parte de la correspondencia se halla reimpresa en *D & M*, t. II, p. 331 (SPD) y p. 346 (USPD).

sencia de mis amigos. Todo lo he soportado con paciencia, y en otras circunstancias hubiera seguido paciente durante mucho tiempo. Pero la situación general [...] ha acabado con mi despego psicológico. Esas conversaciones bajo vigilancia, la imposibilidad de hablar de las cosas que en realidad me interesan, se me han hecho tan pesadas que prefiero renunciar a todas las visitas hasta que podamos vernos como personas libres. No tardará [...][13]

En libertad, su primera tarea fue naturalmente dirigirse a las multitudes expectantes en la plaza central de Breslau, desde los balcones de la antigua *Rathaus,* donde otrora pronunciaran los dignatarios de la ciudad sus juicios y decisiones. No era ella una extraña en la ciudad, ni para sus habitantes. Ahora podía juzgar el nuevo ambiente, de que tanto tiempo estuviera separada.[14] Y en la noche se apresuró a ir a Berlín, donde "la saludaron con alegría todos sus antiguos amigos, pero también con una tristeza oculta, porque de pronto comprendieron lo que los años de cárcel le habían hecho. Terriblemente envejecida, su negro pelo estaba casi del todo blanco. Era una enferma".[15]

El estallido de la revolución en Berlín, cuya expansión sólo la impedía la rapidez con que aceptaban por igual los gozos del gobierno el SPD y el USPD, había establecido una norma ya impuesta cuando llegó a escena Rosa Luxemburgo. No había posibilidad de alterar los arreglos que estaban haciendo el 9 los dirigentes de los socialdemócratas oficiales y los independientes. Por cierto que *Spartakus* aceptó esta solución como satisfacción de las necesidades inmediatas del presente. Como dijo Rosa Luxemburgo: "La imagen del gobierno alemán corresponde a la madurez interna de las condiciones alemanas. Scheidemann-Ebert es el gobierno indicado [*berufene*] de la revolución alemana en su fase actual."[16] La tarea de *Spartakus* —que dejó de ser la *Gruppe Internationale* y finalmente adoptó el de *Spartakus* como título oficial el 11 de noviembre de 1918— era ahora preparar y acelerar la llegada de las condiciones en que se desarrollaría la siguiente fase de la revolución. El 9 de noviembre no se había tratado de hacer a un lado al SPD, y mucho menos al USPD, para tomar el poder. La misma proclamación de la "República Socialista" por Liebknecht desde Palacio había sido más bien una declaración de inten-

[13] *Cartas desde la cárcel,* p. 78, fechada el 18 de octubre de 1918, a Sonia Liebknecht.

[14] Frölich, p. 288; *LV,* 10 de noviembre de 1918. Frölich da equivocadamente como fecha de su excarcelación el 8 en lugar del 9. La publicación de la *Volkswacht* de Breslau había sido suspendida por el gobierno por unos cuantos días.

[15] Frölich, loc. cit.

[16] *Die Rote Fahne,* 18 de noviembre de 1918.

ción que una propuesta práctica de acción; un medio de hacer avanzar a los independientes. *Spartakus* apenas si estaba equipado para proporcionar un grupo organizado y coherente de estímulo dentro del USPD; su preocupación inmediata era el aumento de su influencia y su apoyo y la formación de una táctica para obrar sobre las masas. Para nada se pensaba en tomar el gobierno; tenían muchas menos probabilidades de triunfar que los bolcheviques en octubre de 1917.

La situación ponía, pues, límites objetivos a las posibilidades del grupo. De todos modos, su política también tenía graves limitaciones subjetivas. Liebknecht, cuya personalidad y actitudes dominaron las actividades de *Spartakus* en los dos meses siguientes, era inconmovible en su negativa a aceptar ninguna componenda con el SPD ni los independientes. Se negó a participar en el gobierno el 9 de noviembre, como habían propuesto los negociadores de las dos partes y ya hemos visto que tampoco quiso formar siquiera parte del comité ejecutivo del USPD. Esta política de abstención de todo compromiso con partidos que no aceptaban el programa íntegro de *Spartakus* la compartían sin duda todos sus colegas. Pero el programa mismo era: nada de asamblea constituyente, todo el poder para los consejos de obreros y soldados. Era la política tomada de la experiencia rusa. A la aceptación de todo corazón de esa táctica se refería Rádek cuando dijo que Liebknecht y ellos estaban totalmente de acuerdo.

No hay razón para suponer que Rosa Luxemburgo disintiera de ello en su evaluación de la situación ni en la táctica a adoptar. Así como había desempeñado el papel principal en la interpretación de la revolución polaca en 1905-06, ahora emprendía la misma tarea en Alemania. Su talento especial consistía como siempre en analizar los acontecimientos en función del marxismo revolucionario y en subrayar el papel de *Spartakus* dentro de los imperativos de la situación. Era una magnífica propagandista. Todos sus escritos se dirigían a persuadir a un proletariado que suponía más consciente que nunca de sus necesidades y posibilidades y que sólo esperaba lo guiaran en la debida dirección. Insistía ella sobre todo en la lucidez. Así como durante tanto tiempo había sido necesario cavar una zanja de demarcación entre el PPS y la socialdemocracia polaca y refutar el falso señuelo de los seductores, ahora era esencial demarcar aún más claramente una política atinada de la clase obrera cuando por doquier se alzaban los engañosos cantos de sirena. De todas partes se lanzaban arengas a las multitudes militantes: SPD, USPD, *Spartakus*, delegados de taller revolucionarios, y los menos importantes no eran los grupos de intereses de la clase media. Además, pronto apareció otra complicación en forma de un grupo de jóvenes ultrarradicales que querían una disociación total de la pelea, un desdeñoso apartamiento hasta que la historia les diera su oportunidad en bandeja de plata. En la práctica esto equivalía

a renunciar a todas las oportunidades posibles de revolución, como la breve negativa de los bolcheviques a participar en las elecciones para la Duma en 1906. Al aumentar la confusión, aumentó también el tono de voz de la lucidez. Los inflamados acentos de Rosa se debían en primer lugar al deseo, no tanto de crear una acción revolucionaria positiva, cuanto de proporcionar un medio firme e inconfundible para todas las corrientes de consejos y proposiciones a que habían dado suelta los diversos partidos socialistas. Lucidez o claridad pasó a significar diapasón y robustez de tono tanto como análisis correcto.

Buscar en la obra de Rosa aprobación o desaprobación específicas del ejemplo ruso durante aquellos meses significa no haber comprendido su actitud ni su situación. Los historiadores comunistas han contrastado las agudas críticas a Lenin y los bolcheviques que contenían sus escritos de la prisión con su tácita aceptación del programa ruso después de noviembre de 1918: consecuencia de una conversión. Las pocas declaraciones específicas de Rosa han sido cuidadosamente entresacadas como prueba válida de un definido cambio de opinión. Y así unos pocos años después informaba Warszawski haber recibido a fines de noviembre una carta llevada a Varsovia por un soldado alemán. Era la respuesta de Rosa a las preguntas de Warszawski acerca de la actitud a adoptar respecto a la Revolución Rusa. "Si nuestro partido [SDKPiL] está lleno de entusiasmo por el bolchevismo y al mismo tiempo se opuso a la paz bolchevique de Brest-Litovsk, y se opone también a su propagación de la autodeterminación nacional como solución, no se trata sino de entusiasmo mezclado con espíritu de crítica —¿qué más puede esperar la gente de nosotros?" Con la mayoría de los antiguos dirigentes del SDKPiL ahora en Rusia y trabajando estrechamente unidos a los bolcheviques (Dzerzhinsky, Hanecki, Unszlicht, Leder, Rádek y también Marchlewski, porque la división se había solucionado hacía tiempo), era naturalmente grande la presión sobre el partido polaco local encabezado por Warszawski, con sus lazos todavía oficiales con Rosa Luxemburgo y Jogiches en Alemania. "¿Qué debemos hacer?", había preguntado Warszawski. Y así proseguía la respuesta de Rosa:

> Yo compartía todas sus reservas y dudas, pero las he abandonado en las cuestiones más importantes, y en otras nunca fui tan lejos como usted. El terrorismo es prueba de gran debilidad interna, pero se dirige contra los enemigos internos, que [...] reciben apoyo y aliento de los capitalistas extranjeros fuera de Rusia. Una vez llegue la revolución europea, los contrarrevolucionarios rusos no sólo perderán este apoyo sino también —cosa mucho más importante— el valor. El terror bolchevique es sobre todo manifestación de la debilidad del proletariado euro-

peo. Naturalmente, las circunstancias del agro han suscitado allí el problema más grave y peligroso para la Revolución Rusa. Pero aquí también se aplica el dicho aquel de que la mayor revolución del mundo sólo puede hacer realidad lo que ha madurado [por el desarrollo] de las circunstancias sociales. Este mal tampoco puede curarse sino por la revolución europea. ¡Y ya llega![17]

De modo semejante comunicó Clara Zetkin que dos solicitudes urgentes de Rosa a ella en el verano de 1918 para que Mehring dispusiera un análisis científico y crítico de la Revolución Rusa sobre la base del trabajo de Rosa no habían tenido consecuencias y que ya no había vuelto a mencionarlas ni a señalar que fueran necesarias.[18]

Ambos sacan la conclusión de que Rosa Luxemburgo estaba equivocada en relación con ciertos aspectos de la Revolución Rusa en primer lugar, y que en todo caso había cambiado de opinión después que saliera de la cárcel. En cuanto a la crítica que hacía Rosa de la supresión de los otros partidos por los bolcheviques la atribuía Clara Zetkin a "una noción algo esquemática y abstracta de la democracia". Según ella, Rosa no entendía bien las leyes electorales discriminatorias de Rusia, la disolución de la Asamblea Constituyente y la negativa a elegir otra; y no captaba la esencia de la "dictadura del proletariado", la necesidad y naturaleza del terror, y la relación bolchevique entre partido y masas.[19] Las conclusiones a que llegaba Warszawski eran idénticas. Con todo, atenuaba los "errores" de su antigua y brillante camarada:

> Hemos visto que las opiniones que Rosa Luxemburgo exponía en su folleto ya no eran sus opiniones después de noviembre de 1918 y hasta su muerte. De todos modos, a pesar de todos sus errores y de lo incompleto de su obra, es ésta una obra revolucionaria. La crítica de Rosa Luxemburgo difiere de la crítica oportunista en que nunca puede dañar a la causa ni al partido de la revolución, sólo puede vivificarla y ayudarla, porque es crítica revolucionaria.[20]

Tanto Adolf Warszawski como Clara Zetkin deducían, pues —es cierto que siguiendo instrucciones del comité ejecutivo del KPD y del Co-

[17] Adolf Warski, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problemen der Revolution*, Hamburgo, 1922, pp. 6-7.
[18] Clara Zetkin, *Um Rosa Luxemburgs Stellung zur russischen Revolution*, Hamburgo, 1922, reproducido en Clara Zetkin, *Ausgewählte Reden und Schrifen*, Berlín, 1957, t. II, p. 385.
[19] Ibid., pp. 392, 393, 396-98, 400, 404, 408.
[20] Warski, op. cit., p. 37.

mintern en su disputa con Paul Levi—, una revisión fundamental de la actitud de Rosa respecto de la Revolución Rusa. Lo que ella no revisó se decía que eran errores. Pero como tantos debates que entrañan la proyección de las ideas de alguien desde un periodo hasta otro totalmente diferente, sobre todo después de su muerte, el problema es en gran parte irrelevante, porque Rosa nunca cambió rápidamente de opinión. Era obstinada y tenía gran confianza en su propia capacidad de análisis, y en este caso de todos modos no había verdadera necesidad de retractarse. Las circunstancias nuevas siempre pueden invalidar la pertinencia práctica de las ideas, pero no necesariamente su validez en el pasado. No hay razón para suponer que aprobara ahora los aspectos de la Revolución Rusa que había criticado tres meses antes; en realidad puso mucho empeño en reiterar algunas de sus críticas.[21] En todo caso siempre había postulado con la mayor energía que muchos de los malos aspectos de la Revolución Rusa se fundirían en el crisol de una revolución europea; el advenimiento de esa revolución alteraba automáticamente el contexto de la mayoría de sus observaciones. Con eso, los problemas que la habían preocupado en el verano de 1918 cesaban de ser tan importantes.

El caso es que todas las pruebas señalan que estaba dispuesta y ansiosa por colaborar con los rusos, por aprender de su experiencia y agitar lo más vigorosamente que le fuera posible en favor de un enlace entre la Rusia revolucionaria y la Alemania revolucionaria. Desde un principio había pedido *Spartakus* que la legación soviética, que había sido cerrada el 5 de noviembre por acusaciones de que abusaba de su inmunidad diplomática para introducir clandestinamente material de propaganda, debía volver a abrirse lo antes posible. Pero esto no implicaba reconocer la precedencia rusa ni la subordinación de las tácticas alemanas a los dictados de Moscú. Como veremos, se resistió a aceptar esa posibilidad hasta el fin de sus días. En noviembre de 1918, el problema sencillamente no existía. Lenin y los bolcheviques todavía estaban dispuestos a admitir si no la primacía de la Revolución Alemana sobre la rusa —aunque hay algún indicio de ello— por lo menos la importancia crítica para la Unión Soviética del triunfo comunista en Alemania. Los bolcheviques estaban dispuestos a hacer grandes sacrificios para eso. En resumen, para el 9 de noviembre de 1918 de momento no hacían al caso los entuertos o derechos de la Revolución Rusa.

En la primavera de 1916, la dirección de *Spartakus* estaba nuevamente en manos de Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches (salido de la prisión de Berlín el 9 de noviembre). Con ellos en el comité ejecutivo estaban Meyer y Levi, que habían dirigido a *Spartakus* al ser dete-

[21] Véase supra, pp. 511-14.

nidos los otros dirigentes, Lange, H. Duncker y su esposa Käthe, A. Thalheimer, Pieck, Eberlein y Paul Frölich, vuelto al redil después de su periodo con la izquierda de Zimmerwald durante la guerra. Clara Zetkin estaba en Stuttgart y Mehring se hallaba demasiado viejo y enfermo para participar activamente. El 10 de noviembre, *Spartakus* publicó su nuevo programa, basado en los acontecimientos del día anterior. Más enérgicamente que nunca subrayaba la necesidad de librarse de todos los parlamentos y de poner en lugar de ellos consejos de obreros y soldados por toda Alemania, con pleno poder administrativo y legislativo. Lo que se necesitaba era centralizar, y la consigna, "la República Socialista Unificada de Alemania". A diferencia de los rusos, con su fetiche de los derechos de las nacionalidades, el federalismo no tenía lugar en una Alemania espartaquista; las provincias semiautónomas eran meramente una garantía de reacción. Nadie consideraba al parecer que la descentralización acompañada de centenares de consejos, cada uno supremo, sería mucho más caótica que los gobiernos provinciales.

Al mismo tiempo, el llamado subrayaba cuán poco era lo logrado hasta la fecha.

> Nada se ha conseguido con el hecho de que otros pocos socialistas gubernamentales hayan llegado al poder [...] Hay que ver que ese poder que tienen en las manos no se les escape, y que sirva para sus propios fines... Ningún "Scheidemann" debe estar en el gobierno, ningún socialista debe entrar en el gobierno mientras haya en él todavía un socialista gubernamental. No cabe la cooperación con quienes los engañaron durante cuatro años.[22]

Había hecho ya su aparición la fatal debilidad de *Spartakus*, la incitación a quitar el gobierno presente sin indicar claramente cuál debía ser el otro. Aunque esto se basaba en una táctica definida, —y no era meramente falta de lucidez— era una táctica que conduciría, como veremos, a la confusión, no a la claridad.

El 10 de noviembre se celebraba una reunión conjunta de todos los consejos de obreros y soldados de Berlín en el Circus Busch, el lugar de reunión tradicional de las grandes asambleas populares. En esa reunión se eligió un comité ejecutivo que, en espera de la convocación a un congreso nacional de los consejos de obreros y soldados, debía hacer de su representante y fideicomisario. No estaban claramente definidas sus funciones, pero dada la índole espontánea de los consejos, era un milagro que de allí hubiera podido salir algo tan concreto como un

[22] *D & M*, t. I, pp. 341-42.

comité ejecutivo. La reunión confirmó a los seis comisionados del pueblo en calidad de comité ejecutivo nacional provisional, pero siguieron poco claras sus funciones y su papel respecto de ese organismo. Los comisionados se consideraban legítima aunque provisionalmente investidos de la autoridad suprema, responsables solamente ante la asamblea constituyente a elegir en enero o tan pronto fuera posible. Por otra parte, *Spartakus*, que consideraba autoridad suprema el comité ejecutivo de los consejos de obreros y soldados, responsable solamente ante el próximo congreso nacional de los consejos, agitó inmediatamente contra cualquier cesión del poder a los comisionados. De este modo, la diferente concepción del poder revolucionario condujo inmediatamente a una divergencia táctica entre los dos bandos socialistas extremos. Ambos ligaban sus consignas a instituciones, *Spartakus* a los consejos y el SPD a la próxima asamblea constituyente. Los independientes oscilaban entre ellos, aceptando la asamblea como inevitable —siempre habían tenido un claro sentido de los límites de las posibilidades revolucionarias—; pero en espera de las elecciones, que deseaban retrasar lo más posible, el poder revolucionario de los consejos debía vigorizarse todo cuanto se pudiera. Aceptaban la dualidad, que los dos grupos extremos no querían: *Spartakus* se oponía a todo parlamento mientras el SPD esperaba que los consejos se marchitarían una vez formado el gobierno legítimo.

Debemos repetir que estas opiniones articuladas existían tan sólo en lo alto. De ningún modo se reflejaban en los consejos de obreros y soldados de Berlín, y menos aún en el resto de Alemania. En Berlín y en la mayor parte del Reich, los miembros del SPD, o los soldados y civiles no adheridos a algún partido pero conservadores en general formaban la mayoría de los consejos. El USPD formaba una minoría consistente y a veces sustancial, pero en unos pocos lugares dominaba los consejos; y su ala izquierda, *Spartakus*, durante cierto tiempo controló unos cuantos consejos en Brunswick y Stuttgart. El llamado de *Spartakus* para que se entregara todo el poder a los consejos no tenía, pues, por fin principal el fomento de instituciones que en realidad no controlaba y en que ni siquiera poseía una minoría sustancial. Sin duda esperaban que el mayor poder de los consejos haría a sus miembros más radicales, que la misma consigna agudizaría de un modo general la situación sin demasiado énfasis institucional inmediato, como en Rusia. Pero por el momento, mientras agitaba fuertemente por ellos, *Spartakus* ni siquiera lograba que sus principales dirigentes fueran incorporados al comité ejecutivo provisional de los consejos de Berlín. La petición de la *Rote Fahne*, el 10 de noviembre de 1918, de que se pidiera que Rosa pasara a ese comité ejecutivo, no fue tenida en cuenta. Posteriores intentos de los dirigentes de *Spartakus* para unirse a las reuniones del comité ejecutivo o influir en ellas, o en

el congreso nacional de consejos en diciembre, fracasaron siempre, por el sutil punto jurídico de que Liebknecht y Rosa ¡no eran obreros ni soldados! La precisión y el orden alemanes prestaban su sabor especial incluso a la revolución. ¿Había olvidado Rosa todas sus invectivas contra la psicología de la socialdemocracia alemana?

Otra preocupación inmediata de *Spartakus* y del USPD era hacer que se publicaran sus periódicos. En Berlín, *Spartakus* adoptó, a sugerencia de Jogiches, el procedimiento del SDKPiL en Varsovia durante la revolución de 1905. Un pequeño grupo, con Liebknecht a la cabeza, ocupó las oficinas del *Berliner Lokalanzeiger* el 9 de noviembre mientras se realizaban incursiones también contra otros periódicos berlineses. Los ocupantes insistieron en que se sacara el periódico bajo el título de *Die Rote Fahne* [La Bandera Roja] y el segundo número de la tarde, el viernes 9 de noviembre, llevaba ese título por primera vez. Pero la lealtad de los impresores para con sus patrones y su amenaza de deponer los instrumentos de trabajo pusieron en peligro la probabilidad de que salieran nuevos números. Rosa Luxemburgo acababa de llegar de Breslau por tren y había ido derecho a las oficinas del periódico; su primera contribución material a la Revolución Alemana fue un elocuente llamado a la conciencia proletaria de los tipógrafos, que nunca se habían hecho famosos anteriormente por su militancia.[23] Ni siquiera aquello sirvió; a la mañana siguiente, los tipógrafos, con instrucciones de sus antiguos patrones, se negaron firmemente a imprimir nada más. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, ahora encargados de todas las publicaciones de *Spartakus,* fueron expulsados el 11 de noviembre.[24] La referencia al consejo local de obreros y soldados produjo una directiva de que la ocupación era ilegal. Pero el 12 de noviembre, el comité ejecutivo de los consejos de Berlín autorizó el empleo de las instalaciones de impresión y distribución para que saliera la *Rote Fahne.* Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, acompañados por una escolta de obreros, llevaron personalmente la autorización a las oficinas de la compañía. Pero los patrones se mantuvieron inquebrantables ahora en su negativa —el temor a *Spartakus* no era tan grande cuando se trataba de los intereses comerciales— y se dirigieron personalmente a Ebert: "Nuestra compañía sufre de remordimientos de conciencia por si esta autorización se aplica verdaderamente [...] Estamos decididos a confiar en el programa del gobierno de paz y tranquilidad y en las seguridades de garantía de la propiedad privada. Pero esta autorización pondría los vastos re-

[23] Hermann Duncker, "Wie die ersten Nummer der *Roten Fahne* erschien", en *Einführungen in den Marxismus,* Berlín (oriental), 1958, t. I, p. 395. También Rote Fahne, 9 de noviembre de 1928.

[24] Wilhelm Pieck, *Die Gründung der KPD,* Berlín, 1928, reproducido en *Reden und Aufsätze,* Berlín (oriental), 1951, t. I, pp. 97-98.

cursos de la compañía a la disposición de la tendencia contraria a todo eso." Entonces, los comisionados del pueblo consultaron con el consejo de obreros y soldados; un breve y lacónico comentario sobre la protesta de la compañía declara: "La orden contra los editores no será ejecutada, y no se darán más órdenes de este tipo."[25] En vista de eso, Rosa Luxemburgo quiso llegar a un arreglo más comercial con la compañía para que saliera la *Rote Fahne*, pero la administración, segura del apoyo oficial, también se negó.[26]

Después de esto, la *Rote Fahne* no volvió a salir hasta el 18 de noviembre. Por fin había celebrado un contrato, desfavorable, con otro editor, gravoso para *Spartakus*. Esto y la pequeña ración de papel asignada a los radicales redujo bastante la amplitud de su distribución. El USPD también tenía dificultades y su órgano principal, *Freiheit*, no salió por primera vez sino el 16 de noviembre.[27]

Spartakus no podía así esperar que su influencia llegara directamente a los órganos principales del gobierno. Todo cuanto podía esperar era orientar e influir en el potencial revolucionario genuino de las masas con los limitados medios de que disponía y en adelante concentró todos sus esfuerzos en ese objetivo. Se reconocía francamente que la organización de *Spartakus* era embrionaria. Pero, al contrario de lo que suponen algunos historiadores anticomunistas posteriores, en *Spartakus* conocían bien esas limitaciones, aunque no les conviniera reconocerlo en público; la política de agitación fue adoptada en parte porque convenía a la filosofía política de Liebknecht y Rosa Luxemburgo, pero en particular porque ellos y sus colegas sabían demasiado bien que su situación no les permitía otra forma de acción. Los días 9, 10 y 11 de noviembre la dirección de *Spartakus* estuvo casi en sesión continua para formular su política y revisar las negociaciones con los delegados de taller revolucionarios y con el USPD. Todavía seguían rechazando constantemente en esos dos grupos las solicitudes de agitación de *Spartakus*, del mismo modo que los delegados de taller revolucionarios habían vencido a Liebknecht en lo relativo a la fecha del alzamiento propuesto. Si acaso el USPD que había permitido a Liebknecht formular sus peticiones en la correspondencia con el SPD después del 9 de noviembre y lo había querido tener en su comité ejecutivo, era más susceptible a la influencia de *Spartakus* que los delegados de taller revolucionarios.[28] Por parte del USPD en todo caso había toda-

[25] *D & M*, t. II, pp. 289-392.
[26] *Der Ledebour-Prozess*, Berlín, 1919, p. 513, testimonio de Meyer.
[27] Ibid., p. 514.
[28] Richard Müller, *Vom Kaiserreich zur Republik*, Berlín, 1924-25, t. II, p. 29; Pieck, *Reden*, t. I, p. 99.
Un espartaquista, Schreiner, que había entrado a formar parte del gabinete so-

vía un antiguo fondo de camaradería y lealtad. ¡Si siquiera estuviera *Spartakus* dispuesto a negociar seriamente en lugar de recurrir sin cesar a la demagogia! Pero *Spartakus* negociaba abusivamente; sus condiciones eran nada menos que la adhesión total de Goliat a David.

Los delegados de taller revolucionarios por otra parte eran quizá el único grupo de los tres que todavía tenía algo semejante a una organización eficaz, aunque eso variaba mucho de una fábrica a otra. Y estaban decididos a conservarla. Subrayaban la necesidad de poner las pretensiones revolucionarias de acuerdo con las posibilidades organizativas — a diferencia de las preocupaciones, más políticas, del USPD: la idea liebknechtiana de la acción continua de las masas era mera "gimnástica revolucionaria". A su vez *Spartakus* los acusaba de padecer de una "concepción mecánica que pone demasiado énfasis en las preparaciones técnicas". Monótonamente, *Spartakus* gritaba su única lección, la de la acción de las masas, a oídos que no escuchaban... al menos en lo relativo a sus aliados potenciales.[29]

Los dirigentes de *Spartakus* sabían que no tenían una organización de masas efectiva. La principal falla histórica de los comunistas alemanes hasta nuestros días ha sido su incapacidad de formar una organización durante la primera guerra mundial y sobre todo al acabar ésta. Pero con seguridad no se debía a inadvertencia. Los dirigentes de *Spartakus* decidieron deliberadamente renunciar a todo intento sostenido de crear una organización en noviembre de 1918. Decían que las posibilidades revolucionarias hacían de ello una innecesaria dispersión de esfuerzos; concentrándose en lo organizativo y descuidando la inspiración y la dirección de un movimiento de masas existente, aunque fuera inseguro, podían perder decididamente el carro de la revolución. El hecho de que el alzamiento del 9 de noviembre se hubiera producido espontáneamente, de que los partidos organizados hubieran seguido y no dirigido, parecía justificar esa decisión. En la reunión del 11 de noviembre, Rosa Luxemburgo subrayó particularmente la necesidad de que *Spartakus* siguiera dentro de la red organizativa del USPD el mayor tiempo posible, para que el programa de *Spartakus* pudiera ganarse a las masas o los dirigentes independientes

cialista de izquierda en Württemberg (Stuttgart), se vio obligado a renunciar el 15 de noviembre porque *Spartakus* no quería entrar en ninguna comisión ni gobierno con el SPD (Wilhelm Keil, *Erlebnisse*, t. II, p. 107).

[29] Para los delegados de taller revolucionarios véase Richard Müller, *Vom Kaiserreich zur Republik*, t. I, pp. 129 y ss. y Emil Barth, *Aus der Werkstatt der deutschen Revolution*, Berlín, sin fecha, pp. 30 y ss. Para *Spartakus* la *Illustrierte Geschichte der deutschen Revolution*, Berlín, 1929.

Liebknecht, que acostumbraba a esbozar para sí sus opiniones en taquigrafía revolucionaria, describió así su propia política: "consigna [*Parole*]-acción de masas-después elevar [todas las demandas]" (*Illustrierte Geschichte*, pp. 203 y ss.).

pudieran ser removidos por procedimientos democráticos. Después de todo, había una organización ya lista: el USPD. Para lograr todo eso se consideró necesario un congreso entero de partido del USPD, y Rosa pidió que se realizara inmediatamente. Jogiches, que conocía las posibilidades organizativas mejor que nadie, la apoyó de todo corazón, y una vez más se adoptó un programa cuya parte principal era la propaganda. Rosa planteó como tareas inmediatas la reaparición de su cotidiano, la creación de un semanario más teórico, periódicos especiales para la juventud y las mujeres, un periódico para los soldados, la sindicación de los artículos editoriales para ofrecerlos a otros periódicos — matices de la *Sozialdemokratische Korrespondenz*; finalmente, la creación de una sección especial para la propaganda en el ejército.[30] Nunca tuvo una revolución tal base de papel.

Por eso fue lento en desarrollarse organizativamente *Spartakus*; en la mayoría de las ciudades de provincia importantes sólo tuvo un centro organizado en el curso del mes de diciembre y en muchos casos no ocurrió sino en febrero o marzo de 1919. La notable excepción fue Stuttgart, donde había habido desde el verano de 1918, un importante centro espartaquista que entre otras cosas fue el centro de reunión de los desertores del ejército alemán.[31]

Por la misma razón no tuvo medios *Spartakus* de ejercer una presión directa y personal sobre los consejos de obreros y soldados. Los intentos de organizar reuniones de grupo de los simpatizadores del espartaquismo dentro de los consejos de obreros y soldados de Berlín no dieron resultados satisfactorios, y una minoría comunista independiente dentro del consejo de Berlín se formó sólo el 20 de febrero de 1919.[32] Los intentos de que fueran incorporados conocidos dirigentes de *Spartakus* a los consejos de obreros y soldados de Berlín fracasaron con monótona regularidad.

Para mediados de noviembre de 1918, *Spartakus* había agotado su capacidad de influir directamente en la dirección del USPD y estaba riñendo abiertamente por cuestión de tácticas con los delegados de taller revolucionarios. Adoptó entonces una actitud netamente oposicionista y tenía que confiar exclusivamente en la acción de masas para que su programa fructificara. Rosa Luxemburgo no participó en las primeras decisiones que habían determinado aquella configuración, pero no hay razón para suponer que estuviera en desacuerdo. Cuando se leen sus artículos de *Rote Fahne* es esencial tener presentes las circunstancias que hemos descrito,

[30] Pieck, *Reden*, t. I, p. 100. H. Duncker, *Erinnerungen von Veteranen der deutschen Gewerkschaftsbewegung an die Novemberrevolution*, Berlín (oriental), 1958, p. 21.

[31] Keil, *Erlebnisse*, t. II, p. 12.

[32] *Rote Fahne*, 21 de febrero de 1919.

resultado todas de las decisiones tácticas positivas impuestas a *Spartakus* por una parte y de su aislamiento, en parte deliberado y en parte circunstancial, tanto respecto de los socialistas mayoritarios como de los independientes, por la otra. "La revolución ha empezado; no es la orden del día la alegría por lo conseguido ni la exultación por el triunfo sobre el enemigo sino la más fuerte autocrítica y la férrea conservación de la energía para proseguir la labor apenas iniciada. Nuestros logros son pequeños y el enemigo *no* está vencido", Rosa escribía ya el 18 de noviembre en el primer número de la *Rote Fahne*, después de superada la laguna en la impresión.[33]

La proposición del comité ejecutivo provisional de los comisionados del pueblo de que se convocara a una asamblea constituyente tan pronto como fuera posible era el primer punto de ataque.

> Asamblea constituyente como la solución burguesa, consejos de obreros y soldados como la solución socialista. Entre los agentes declarados o disfrazados de la clase predominante es natural la consigna [de asamblea constituyente]. Con los guardianes del dinero capitalista nunca discutimos *en* la legislatura ni *acerca* de la legislatura. Pero ahora incluso los independientes ocupan su lugar entre los guardianes del capital en esta vital cuestión.[34]

Todavía hacía Rosa alguna concesión a las buenas intenciones de los líderes de los independientes; era su errónea y débil aplicación del marxismo la que les hacía interpretar mal la verdadera índole de una asamblea constituyente.

> Han olvidado que la burguesía no es un partido político sino una clase gobernante [. . .] pero cuando se trata de las ganancias, cuando la propiedad privada está verdaderamente en peligro, toda esa calmada charla de democracia se acaba inmediatamente [. . .] En cuanto la famosa asamblea constituyente decide poner en práctica cabal y totalmente el socialismo [. . .] empieza la batalla [. . .] Todo ello es inevitable. Hay que dar esa batalla y aniquilar al enemigo —con asamblea constituyente o sin ella. La "guerra civil", que tanta ansia tienen de separar de la revolución, es inseparable de ella. Porque guerra civil es sencillamente otro nombre de la lucha de clases, y la idea de que el socialismo pueda lograrse sin lucha de clases, de que se desprende de una mera resolución de la mayoría en el parlamento, es una ridícula

[33] Ibid., 18 de noviembre de 1918.
[34] "Die Nationalversammlung", ibid., 20 de noviembre de 1918.

concepción pequeñoburguesa.[35]

La *concepción* misma de asamblea constituyente era, pues, la negación de la lucha de clases, y por ende inaceptable para los socialistas.

La declaración más clara de la alternativa se hizo un mes después —era la progresión revolucionaria ascendente de Liebknecht en términos literarios— cuando la Conferencia Nacional de los consejos de obreros y soldados adoptó a su vez la proposición de los comisionados del pueblo de que se celebraran elecciones para una asamblea constituyente. Se echaba mano de la historia, la historia de la revolución inglesa:

> No fue en los debates [del Parlamento Largo] en la abadía de Westminster aunque haya contenido el centro intelectual de la revolución, sino en los campos de batalla de Marston Moor y Naseby, no en discursos inflamados sino con la caballería campesina que formaban los *ironsides* de Cromwell, donde se decidió el destino de la Revolución Inglesa.[36]

Los parlamentos eran, pues, inútiles como medio de asegurar la revolución, ni siquiera la revolución burguesa; era meramente el producto final de las revoluciones logradas por otros medios, en la batalla real y en la social.

Pero así como las masas debían conocer claramente su situación, por desgracia era de vez en cuando necesario defender a *Spartakus* a los ojos de las masas. Es ahí donde Rosa Luxemburgo hizo su contribución particular a los escritos de la época. Y dejó sobre todo declaraciones que se alzaban por encima de las necesidades inmediatas de la acción revolucionaria y han quedado en calidad de comentario válido acerca de lo mejor de la revolución proletaria para todos los tiempos. Más quizá que ningún otro miembro de *Spartakus* estuvo siempre preocupada por la ética de la revolución, como parte esencial de la revolución misma y como una manera de recordatorio táctico para todos los detractores de los fines morales de la revolución. Y vertía desprecio sobre los propaladores de rumores:

> Liebknecht ha matado a 200 oficiales, ha sido muerto él mismo, ha saqueado tiendas, distribuido dinero entre los soldados para incitarlos a acabar con la revolución [...]Siempre que el cristal de una ventana

[35] Ibid.
[36] "Nationalversammlung oder Räterregierung", ibid., 17 de diciembre de 1918.

se estrella en el pavimento o un neumático revienta en la calle, los filisteos miran inmediatamente por encima del hombro, con los pelos erizados y la carne de gallina y susurran: "¡Ahí viene *Spartakus*!"

Cierto número de personas han escrito a Liebknecht con conmovedoras solicitudes personales de que salve a la esposa, el sobrino o la tía en la venidera matanza, planeada por *Spartakus*. ¡A esto hemos llegado en el primer año y un mes de la gloriosa Revolución Alemana! [...] Detrás de estos rumores, ridículas fantasías y desvergonzadas mentiras, hay un serio objetivo. Todo esto está planeado [...] para crear una atmósfera de pogromo y para dar a *Spartakus* políticamente una puñalada trapera. [Los socialdemócratas oficiales] deforman consciente y deliberadamente nuestros fines sociales para hacerlos aparecer como bandidaje. Gritan contra los pronunciamientos, los asesinatos y tonterías semejantes, pero en realidad contra el socialismo [...] pero ese juego no les saldrá bien [...] aunque logren incitar contra nosotros con sus engañifas a secciones todavía vacilantes de obreros y soldados. Aun cuando un retroceso momentáneo de la ola contrarrevolucionaria nos volviera a arrojar a las prisiones de que apenas salimos, no podrán detener el firme curso de la revolución. Nuestra voz resonará alta y clara, las masas nos comprenderán, y después se volverán tanto más enardecidas contra los propagandistas de odio y pogromos.[37]

En cuanto a la constante acusación de que eran un partido terrorista, Rosa decía esto:

[Aquellos] que enviaron sin pestañear a un millón y medio de hombres y jóvenes alemanes a la carnicería, [aquellos] que apoyaron por todos los medios a su alcance durante cuatro años la mayor sangría que jamás padeciera la humanidad, gritan ahora roncamente contra el "terror". contra supuestas "monstruosidades" con que amenaza la dictadura del proletariado. Pero esos caballeros deberían considerar su propia historia.

La revolución que los llevara al poder mucho tiempo atrás también había usado de la fuerza:

El terror y el miedo son las armas de la revolución burguesa para destruir las ilusiones y la resistencia desesperada a la gran corriente de la historia. Pero el proletariado socialista, gracias a la teoría del socialismo científico, entra en su revolución sin ilusiones, con una lúcida comprensión de las consecuencias últimas de su misión histórica, de las irreme-

[37] "Das alte Spiel", ibid., 18 de noviembre de 1918.

diables contradicciones de la sociedad, de la enconada enemistad con la sociedad burguesa en su conjunto. Entra en la revolución no para seguir ilusiones utópicas *contra* el curso de la historia sino para completar las férreas exigencias del desarrollo, para hacer del socialismo una *realidad* [...] Por eso no necesita destruir sus propias ilusiones con sangrientos actos de violencia para crear una contradicción entre sí mismo y la sociedad burguesa. Lo que necesita es todo el poder político del capital privado, de la esclavitud salarial, de la dominación de la clase media, para edificar una nueva sociedad socialista. Pero hay otros que necesitan el terror, la anarquía y el régimen de violencia en la actualidad: la clase media, que tiembla por sus propiedades, sus privilegios y sus ganancias. Son ellos quienes inventan los mitos de la anarquía y los golpes de Estado, y se los cargan al proletariado, con el fin de poder desencadenar sus propios golpes de Estado y su propia anarquía para sofocar la revolución proletaria, para ahogar la dictadura socialista en el caos y para crear sobre las ruinas de la revolución una dictadura de clase capitalista por siempre jamás.[38]

La concepción del terror que desarrolló Rosa Luxemburgo en las próximas semanas fue después atacada tanto por los comunistas —por no ser suficientemente clara ni radical— cuanto por los historiadores "neutrales", que pretendían que eso era mera fraseología para disfrazar el terror planeado y necesario en todas sus consecuencias. Ciertamente, las formulaciones de Rosa difieren sustancialmente de las de los rusos, en particular de las de Rádek, quien durante algunos años iba a ser el portavoz del punto de vista ofical ruso en asuntos comunistas alemanes. "Cuando los independientes, como Hilferding y Ledebour, dicen que aceptan la dictadura pero sin el terror, sin la fuerza, demuestran no aceptar en absoluto la dictadura de la clase obrera [...] La dictadura sin la voluntad de aplicar el terror es un cuchillo sin hoja."[39] A otros miembros de *Spartakus* no les pareció necesario escribir del asunto en aquel tiempo; los que sobrevivieron sólo denunciaron la concepción luxemburguiana mucho después, por órdenes de Stalin. Cuando Rádek llegó a Berlín ilegalmente el 20 de diciembre, fue uno de los primeros temas que discutió con Liebknecht y Rosa Luxemburgo — ¿acaso los comentarios de las cartas de *Spartakus* habían hecho en los bolcheviques más mella de lo que éstos estaban dispuestos a reconocer?

Nuestra discusión estuvo relacionada principalmente con el terror. Rosa

[38] "Ein gewagtes Spiel", ibid., 24 noviembre de 1918.
[39] Struthahn (Karl Rádek), *Die Entwicklung der deutschen Revolution und die Aufgaben der Kommunistischen Partei,* Stuttgart, 1919, p. 5.

estaba dolida de que Dzerzhinsky hubiera aceptado el puesto de jefe de la Cheka [la policía de seguridad rusa]. "Después de todo el terror no consiguió abatirnos nunca; ¿por qué tenemos que recurrir a él?" "Pero con ayuda del terror", le respondí, "persiguiéndonos, ellos nos hacen retroceder cinco años. Planeamos la revolución mundial, necesitamos cinco años de respiro. ¿Cómo puede usted negar la necesidad del terror en esas circunstancias? De cualquier modo, el terror es inútil cuando se aplica contra una clase joven, que representa el futuro del cambio social y por ello está lleno de entusiasmo y abnegación. El caso es totalmente diferente con las clases que la historia ha sentenciado a muerte y que además llevan la responsabilidad del crimen de la guerra mundial". Liebknecht me apoyó calurosamente. Rosa dijo: "Tal vez tenga usted razón, pero ¿cómo puede Josef Dzerzhinsky ser tan cruel?" Tyshka [Jogiches] se rio y dijo: "Si llegara el caso, tú también podrías."[40]

Tampoco aquí hay necesidad de aislar las concepciones de Rosa de su contexto. Ella tenía fuertes reservas personales acerca del terror, pero necesariamente había aceptado que los sucesos rusos eran consecuencia de sus particulares circunstancias. La revolución en Alemania estaba mejorando esas circunstancias y haciendo el empleo del terror innecesario en ambos países. Fuera del alcance del oído de su diario boletín de propaganda, los miembros fundadores del Partido Comunista Alemán la oyeron declarar que a largo plazo "la revolución de la clase obrera no necesita terrores para sus fines, y detesta y desprecia el asesinato a sangre fría".[41] Al mismo tiempo tenía cabal conciencia de que el terror sería aplicado como arma defensiva por los enemigos de la revolución; que muchos socialistas, entre ellos quizá ella misma, serían sus víctimas. Ella no era remilgada; la acción de las masas en todas sus formas tenía que producir muchas veces pérdida de vidas como de propiedades. La revolución no era un juego de salón ni una abstracción; era sencillamente inevitable. Pero este modo de ver difería del terror organizado y deliberado por los revolucionarios, que ella había condenado en Rusia. Mientras es, pues, exacto, que Rosa Luxemburgo nunca se ocupó de la técnica del terror, su actitud no puede calificarse de "inteligente sofistería" ni de un intento "de evitar una clara confrontación con ese tema mediante autoengaño y

[40] Karl Rádek, "Noviembre — Una pequeña página de mis memorias", originalmente en *Krasnaya Nov'*, 1926, n. 10, pp. 139-75, reproducido en Otto-Ernst Schüddekopf, "Karl Radek in Berlin, Ein Kapitel deutsch-russischer Beziehungen im Jahre 1919". *Archiv für Sozialgeschichte*, 1962, t. II, p. 133. En adelante lo citaremos así: Rádek, *Diario*.

[41] *Bericht über den Gründungstag der KPD*, p. 53.

con ayuda de una sutil dialéctica".[42]

Finalmente, Rosa favorecía todo medio susceptible de mantener a las masas despiertas y alerta. *Spartakus* organizó repetidas manifestaciones, no sólo en respuesta a lo que consideraba graves provocaciones por parte del gobierno, sino a manera de constante comprobación de su propia capacidad para conseguir el apoyo de las masas. De este modo, el 21 de noviembre hubo grandes mítines en Berlín, donde entre otros se dirigieron a la multitud Liebknech y Rosa Luxemburgo. El 1o. de diciembre hubo otras seis reuniones públicas.[43] A partir de entonces, *Spartakus* estuvo movilizando continuamente apoyo en las calles. Rosa Luxemburgo analizó aquellos movimientos con el título de "Aqueronte en movimiento":

> Consuelan a las masas con la promesa de magníficas compensaciones de un futuro parlamento democrático [...] pero el sano instinto de clase del proletariado se alza contra esa concepción del cretinismo parlamentario [...] El movimiento huelguístico ahora desencadenado es prueba de que la revolución política se ha estrellado contra la estructura básica de la sociedad. La revolución vuelve a sus raíces esenciales y hace a un lado los puntales de papel de los cambios y resoluciones ministeriales [...] y entra en escena por su propia cuenta [...] en la actual revolución. Las huelgas recientes no son convenios sindicales sobre cualquier detalle trivial [...] son la respuesta natural de las masas a los enormes estremecimientos que el capital ha sufrido a consecuencia del desplome del imperialismo alemán [...] son los inicios de una confrontación general entre el capital y el trabajo en Alemania [...] Aqueronte está en movimiento, y los enanos que prosiguen sus jueguitos a la cabeza de la revolución serán arrojados del escenario o bien entenderán por fin la colosal escala del drama histórico en que están participando.[44]

Esta alegre confianza en el movimiento de las masas, este persistente llamado a la acción y la lucidez, contribuyó a crear las condiciones para el desesperado alzamiento de enero en que murieron Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Los escritos de ésta, con su alto tono y su vigorosa formulación revolucionaria, han sido frecuentemente considerados culpables de haber incitado a aquella injustificada y prematura acción. Pero este juicio da por supuesto en primer lugar que los llamados de *Spartakus* en general y los escritos de Rosa en particular —ciertamente los mejores

[42] Kolb, *Arbeiterräte*, p. 140.
[43] *Rote Fahne*, 2 de diciembre de 1918.
[44] "Der Acheron in Bewegung", *Rote Fahne*, 27 de noviembre de 1918. El Aqueronte es el fatídico río mitológico que ciñe el Hades.

escritos y los desafíos más estimulantes de entonces— recibían amplia publicidad y hacían obrar. No hay pruebas directas de los efectos de la propaganda espartaquista en las masas; no sabemos si las manifestaciones de masas se realizaron a causa de los llamados de *Spartakus* o los simpatizadores del USPD en las fábricas, a consecuencia de los anuncios públicos en la prensa, o espontáneamente, o bien las tres cosas. La confusión de las lealtades políticas en fábricas, consejos y otras organizaciones hace casi imposible identificar debidamente la influencia de *Spartakus*. Además, no hay prueba sustancial de que las acciones de masas que se habían apoderado de las organizaciones principales antes del 9 de noviembre y en esa fecha hubieran sido sometidas a algún control efectivo. Todavía está por demostrar la relación directa y causal de la propaganda espartaquista con las manifestaciones populares de noviembre, diciembre y enero.

La incitación directa a la acción no era de todos modos el principal propósito de los escritos de Rosa Luxemburgo. Sus ensayos, llenos de paralelos históricos y análisis científicos, podrían haberse entendido como comentarios más bien enfáticos sobre los acontecimientos, pero no para una masa excitada de soldados a medio desmovilizar y obreros sin empleo. Era la situación la que hacía inflamatoria a *Rote Fahne*, no su contenido. La única alternativa que había era impensable: ajustar el tenor de los llamados a las exigencias tácticas del momento, caliente y frío, alto y adelante, como la dirección de Bebel en el SPD antes de la guerra.

La respuesta a este aparente dilema es sencillamente que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que ya habían pagado su firmeza revolucionaria durante la guerra, aceptaban todas las consecuencias de lo que estaban haciendo como parte de la necesidad histórica. Ciertamente, si las masas se alzaban y eran derrotadas, eso aclararía la situación todavía más; era parte del inevitable proceso de la educación en una situación revolucionaria. En última instancia, los dirigentes que están dispuestos a aceptar el sacrificio de su libertad y su vida son probablemente los únicos que pueden con justicia pedir a sus partidarios que hagan otro tanto, sobre todo cuando esos sacrificios son parte necesaria de una victoria distante pero inevitable. El que toda la concepción de la revolución estuviera errada, que en realidad no hubiera perspectivas de victoria a la larga ni a la corta en Alemania, es otra cosa; dadas las circunstancias y las tradiciones de los dirigentes de *Spartakus*, no es importante el preguntarse por qué no obraron "como rusos" en aquel periodo. La política de componendas de los independientes, que aceptaban la inevitable asamblea constituyente y esperaban crear una táctica revolucionaria dentro de ella, era anatema para *Spartakus*. Cuando Kurt Eisner fue de Munich a Berlín a fines de noviembre para la conferencia de los primeros ministros provinciales (para entonces había sido electo primer ministro de Baviera), tuvo una larga

plática con Liebknecht. Trató de persuadirlo de que hiciera causa común con los revolucionarios más moderados, y aun de formar gobiernos de conjunción con ellos para garantía de que las actuales conquistas revolucionarias pudieran por lo menos conservarse y que se obtuviera una paz decente de los aliados; pero recibió un grave "no". "La realización del socialismo sólo es posible si todo se derriba por completo; solamente después de la destrucción de todo el sistema capitalista puede empezar la reconstrucción."[45]

Los miembros de *Spartakus* resultaban aún más revolucionarios, si era posible, que sus dirigentes. La presión en favor de la acción venía de abajo, precisamente como Rosa Luxemburgo siempre predijera. En diciembre varias manifestaciones de masas condujeron a ataques contra los edificios públicos por grupos de jóvenes miembros de *Spartakus*. El 21 de noviembre se había realizado un intento, que produjo bajas, de tomar por asalto la jefatura de policía, a pesar de que el jefe de policía de Berlín era un independiente del ala izquierda —después comunista— y probablemente el único oficial superior de la capital que simpatizaba con *Spartakus*.[46] El 8 de diciembre salieron una vez más destacamentos de un mitin para la jefatura militar y la tomaron por asalto.[47] Y en muchas reuniones a los oradores oficiales de *Spartakus* siguieron hasta la tribuna inesperados miembros de la multitud, haciendo algunas peticiones en serio, que a veces ponían los pelos de punta, entre ellas la liberación de los prisioneros de todas las cárceles y la aprehensión inmediata de diversas y destacadas personalidades. Casi todos los días había reuniones rivales, convocadas por los diferentes grupos, alguna que otra vez se producían colisiones entre ellas.[48]

Rosa Luxemburgo sabía que en tiempos de revolución, elementos irresponsables se adherían a los partidos revolucionarios: "La revolución proletaria siempre tendrá que contar con este enemigo particular, instrumento de la contrarrevolución, y combatirlo."[49] En las multitudes había sin duda criminales sueltos, pero la mayoría estaba compuesta por jóvenes radicales intransigentes que deseaban que las constantes advertencias contra cualquier trato con el enemigo se tradujeran en una cabal ruptura per-

[45] H. Roland-Holst, *Rosa Luxemburg*, pp. 189-90. La nota oficial de la conversación, con un deprimente comentario a mano acerca de su fracaso, está en *Geheimes Staatsarchiv München*. Archivos Políticos, VIII, serie 115, nota escrita a mano de la conversarión Eisner-Liebknecht, 24 de noviembre de 1918.

[46] Eduard Bernstein, *Die deutsche Revolution, ihr Ursprung ihr Verlauf und ihr Werk*, Berlín, 1921, t. I, p. 71; *Geheimes Staatsarchiv München*, Archivos Políticos, VII, n. 79, folio 7.

[47] Pieck, *Reden*, t. I, p. 104.

[48] Ibid.

[49] Rosa Luxemburgo, *The Russian Revolution*, ed. Bertram D. Wolfe, p. 74.

sonal con todo lo que representaba la sociedad —y en acción, sobre todo en acción. Deberíamos conocer bien este apremio primario de la experiencia de la acción merced a nuestros estudiantes norteamericanos y alemanes en nuestro presente, por lo demás mucho menos revolucionario. Durante aquellas tormentosas semanas de fines de 1918, y sobre todo en el congreso de fundación del Partido Comunista Alemán, la dirección chocó con algunos de estos elementos, y a veces fue arrollada por ellos. Pero eran parte de la materia de la revolución proletaria; había cosas más importantes que hacer que condenarlos por su impetuosidad. Esa tarea puede quedar para los historiadores alemanes de clase media, ansiosos de picotear y seleccionar en el estercolero de la vergüenza nacional de 1918 — del mismo modo que el condenar a los estudiantes izquierdistas de 1967-68 puede dejárseles tranquilamente de tarea a los sesudos caballeros de la coalición de Kiesinger, en la que naturalmente cabe una buena parte de socialistas.

XVI
FUERZA IRRESISTIBLE Y OBJETO INCONMOVIBLE

Habiendo obtenido la confirmación de su autoridad por el consejo de obreros y soldados de Berlín, el gobierno provisional de los comisionados del pueblo se dispuso prontamente a hacerla real. La legitimidad no era limitación del poder. Ebert —aunque no se le puede atribuir con seguridad la frase "odio la revolución social como la peste"— decidió que las prioridades inmediatas de la situación eran el orden y la vuelta a la normalidad. Él estaba dispuesto a y era capaz de aceptar toda la responsabilidad. Más que sus dos colegas socialdemócratas del gobierno, Scheidemann y Landsberg, tenía un fuerte sentido de la legitimidad, tanto en lo relativo a las instituciones que había heredado de sus predecesores como a las nuevas formas de poder aparecidas a manera de ensayo el 9 de noviembre. Ebert era un hombre muy realista. La mayoría de las demandas planteadas por el SPD de la preguerra, encabezado por Bebel y él mismo, como consigna irrealizable, se habían hecho realidad inesperadamente. La noción de progresión revolucionaria, en que la fase actual era sólo un pequeño paso, le parecía una tontería. Lo que se necesitaba era un periodo de digestión revolucionaria. Por consiguiente, el gobierno pidió y obtuvo del comité ejecutivo de los consejos de obreros y soldados mayores poderes para hacer frente a la situación. Y el 21 de diciembre de 1918, el Congreso Nacional de los consejos de obreros y soldados ponía el sello de su confirmación y aprobación al gobierno de Ebert.

Esta misma preocupación por la legitimidad, de que se deducía el imperioso deseo de "orden y tranquilidad", le hizo recurrir sin vacilaciones a cualquier medio que hubiera para cumplir su mandato. El instrumento más obvio y cómodo era el ejército. El alto mando había jurado fidelidad a la República, y ese compromiso era suficiente garantía para Ebert, para quien un juramento era un juramento. Consideraba las delicadas negociaciones con el ejército función personal suya y no le parecía necesario someterlas a la aprobación de sus colegas del USPD, puesto que en definitiva sólo se hacían para lograr algo en que ya estaban de acuerdo todos los comisionados del pueblo. Por lo que a él tocaba, cualquier apresuramiento en intervenir por parte del ejército sería tan sólo una reacción al aliento que los espartaquistas daban a los excesos revolucionarios: resultado inevitable de una situación agitada.

El curso de los acontecimientos de diciembre y enero giraba bastante

en torno a cierto número de incidentes que parecieron alterar el lento proceso de consolidación puesto en marcha por el gobierno. El 6 de diciembre, las tropas ocuparon las oficinas de la editorial de *Rote Fahne* e intentaron arrestar al ejecutivo del consejo de obreros y soldados de Berlín y costó mucho persuadirlas de que se marcharan; al mismo tiempo se hacían llamados para que fuera Ebert presidente. No hay pruebas concluyentes de que Ebert lo inspirara o deseara, pero no hizo nada por publicar una negativa o por denunciar y castigar a los instigadores.[1] De todos modos, a esos acontecimientos siguieron manifestaciones de masas y huelgas. Después, el 21 de diciembre, el gobierno quiso tratar con la división naval del pueblo (*Volksmarinedivision*), unidad de revolucionarios y amotinados que se habían instalado en el *Marstall*, las caballerizas del palacio imperial, y estaban imponiendo sus servicios, algo mercenarios, al gobierno revolucionario. Su idealismo por el gobierno de la revolución estaba fuertemente teñido de exigencias concretas de paga y privilegios. Habían logrado capturar a Otto Wels, el comandante socialdemócrata de Berlín, y lo tenían como rehén. Las negociaciones con el gobierno, en parte sobre estas cuestiones y en parte sobre la continuada presencia e incluso existencia de la unidad, llegaron a un final abrupto cuando el 24 de diciembre las tropas lanzaron un fallido asalto contra las caballerizas. Este incidente, y en particular la brusca ruptura de las negociaciones y el ataque lanzado sin avisar, obligaron a dimitir a los tres miembros independientes del gobierno provisional. Entonces el USPD volvió nuevamente a la oposición. Al final, el intento del gobierno de destruir al jefe izquierdista de la policía de Berlín, Emil Eichhorn, el 3 y el 4 de enero, condujo directamente a los sucesos del alzamiento de enero, a consecuencia del cual fueron asesinados Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

Cada uno de estos incidentes provocó una reacción desproporcionada en relación con su importancia real. En gran parte, la situación estaba fuera del control tanto del gobierno como de sus contrarios. Habiendo decidido que el gobierno y los partidarios independientes de éste eran meros agentes de la contrarrevolución, *Spartakus* veía en todos aquellos sucesos los signos precursores de una ruta pronosticada, y a cada ocasión sacaban a sus tropas. Aunque siguieron, por lo menos hasta fines del año, llamando al *avance* de la revolución, pronto se vieron obligados a pedir a sus partidarios, no tanto que hicieran avanzar como que defendieran las conquistas alcanzadas de los ataques del gobierno. Estos gritos pro defensa resultaron una táctica más eficaz que cualquier llamado en favor de nue-

[1] Arthur Rosenberg, *Geschichte der deustchen Republik*, Karlsbad, 1935, p. 84. Para una opinión de la complicidad de Ebert véase Walter Oehme, *Damals in der Reichskanzlei, Erinnerungen aus den Jahren 1918-19*, Berlín (oriental), 1958, pp. 62 y ss. Todas las fuentes principales dan versiones ligeramente diferentes de este controvertido acontecimiento.

vos avances. *Spartakus* estaba aislado al exigir el avance rápido y total en todos los frentes, pero podía hallar y realmente halló aliados para la defensa frente a la contrarrevolución, real o imaginaria. Los obreros de Berlín, los delegados de taller revolucionarios, así como la directiva USPD —en particular después de salir sus miembros del gobierno— estaban mucho más dispuestos a apoyar una acción de este género, porque se trataba de algo preciso, no vago ni irresponsable. A veces, la división naval del pueblo declaró que los apoyaría, sobre todo cuando veía amenazados sus propios intereses. Pero aunque los acontecimientos obligaban más o menos a esos grupos a la cooperación, ésta no era muy efectiva. *Spartakus* siempre desconfió de las intenciones y la buena fe de sus aliados. Mientras cooperaba con ellos en la práctica, seguía demarcando su propia posición respecto a la de ellos, y seguía haciéndolos aparecer en público como cobardes y faltos de carácter. Los rápidos reajustes y rectificaciones tácticas de Lenin nunca habían arraigado en Alemania, ni siquiera entre los radicales. *Spartakus* estaba apresado por las limitaciones de su empeño de que fueran la pureza y los principios armas públicas y no una reserva privada de energía. Esto hacía imposibles los ajustes tácticos.

Ahora que los independientes estaban una vez más en la oposición al gobierno, empezaron a dividirse por el asunto de la cooperación con *Spartakus*. El 8 de diciembre, uno de sus miembros del ala derecha, Ströbel, había declarado abiertamente que *Spartakus* y el USPD estaban irremediablemente separados por la diferencia entre los métodos alemanes y los rusos. Veía en los espartaquistas a serviles imitadores de los métodos rusos y el programa bolchevique; y la preocupación por dar poder exclusivo a los consejos parecía extraña y exótica a los alemanes.[2] Él y otros preconizaban la neta separación del USPD tanto respecto de la derecha como de la izquierda. A las demasiadas transacciones con ambos lados se debía el que los independientes se estuvieran escindiendo. No quedaba otro remedio que decidir entre los dos extremos. "No tenemos política. Tenemos llamados y artículos de fondo, tenemos alocuciones y resoluciones, pero no tenemos política [...] Sólo quedan dos posibilidades para el USPD: salir del gabinete y adherirnos a *Spartakus* o seguir en el gobierno y demarcar claramente nuestros límites con la izquierda."[3]

La lucha interna entre *Spartakus* y la dirección de los independientes por el control de la política USPD y el mando de su sustancial contingente culminó en diciembre. Los espartaquistas habían estado apremiando por que se realizara un congreso del partido y era esta cuestión la que do-

[2] *Die Freiheit*, n. 43, 8 de diciembre de 1918.
[3] Rudolf Breitscheid en *Der Sozialist*, IV (50), 12 de diciembre de 1918.

minaba la reunión general del USPD del Gran Berlín el 15 de diciembre. Un influyente grupo del USPD había perdido totalmente el interés por la discusión del problema de consejos o asamblea constituyente, que consideraban una "pérdida de tiempo".[4] En la reunión, Hilferding presentó una resolución en el sentido de que lo que quedaba por hacer era aceptar que las elecciones eran inevitables y lograr el mayor éxito posible para los independientes. Al mismo tiempo declaraba necesario "garantizar la incolumidad y el aumento de nuestras conquistas revolucionarias con toda resolución y sin débiles componendas".

Rosa Luxemburgo pronunció un apasionado discurso contra toda aquella concepción. Ella y Haase eran los principales oradores en la cuestión de la política del USPD y presentaron sus diferentes opiniones. Ella esbozó lo sucedido en las últimas semanas.

> Han pasado cinco semanas desde el 9 de noviembre. El cuadro ha cambiado totalmente. La reacción es hoy mucho más fuerte que el primer día de la revolución. Y Haase nos dice que veamos "cuán maravillosamente lejos hemos llegado". Su obligación hubiera sido mostrarnos el avance de la contrarrevolución, favorecido por el gobierno del que Haase es miembro [...] Estamos todavía dispuestos a entrar hoy en el gobierno si aplica la política socialista basada en los principios apropiàdos.

Precisamente la adhesión a la política del gobierno había costado a los independientes votos en las elecciones para el primer congreso pangermánico de los consejos.

> Haase nos ha acusado también de humillarnos ante las opiniones de las masas. [Según él], no estamos preparados para encargarnos del gobierno sin la aquiescencia de las masas. Nosotros no nos humillamos, pero tampoco estamos a la expectativa [...] Efectivamente, las condiciones son intolerables dentro del USPD, puesto que contiene elementos dispares. O ustedes deciden seguir la ruta de los patriotas sociales, o se unen a *Spartakus*. Sólo un congreso del partido puede resolver esta cuestión, pero al pedir un congreso del partido hallamos los oídos de Haase tan cerrados como hallamos los de Scheidemann cuando hicimos peticiones semejantes durante la guerra.[5]

Rosa Luxemburgo presentó su propia resolución contra la de Hilferding.

[4] Rudolf Hilferding en *Die Freiheit,* n. 57, 16 de diciembre de 1918.
[5] *Die Freiheit,* n. 57, 16 de diciembre de 1918.

Pedía que salieran inmediatamente del gobierno los miembros del USPD (era seis días antes del incidente de las caballerizas), una oposición resuelta a la asamblea constituyente, la toma inmediata del poder por los consejos de obreros y soldados, la disolución del consejo de los comisionados del pueblo y, finalmente, la convocación inmediata de un congreso USPD. Perdió su resolución por gran mayoría: 195 votos a favor, contra 485 para Hilferding. Los miembros de Berlín no querían aceptar lo que deseaban imponerles Rosa Luxemburgo y Breitscheid. Les parecía que podría conservarse la posición intermedia del USPD frente a las otras dos soluciones, y que ésa era la política acertada.

Esta votación demostró a *Spartakus* cuán ilusorias eran por el momento sus esperanzas de desacreditar a los dirigentes USPD a los ojos de sus miembros o de obligarlos por lo menos a pasar por el voto de confianza de un congreso de partido. El hecho de que Rosa creyera en la posibilidad de hacer a un lado a la dirección del USPD lo confirma la estimación privada que de la situación le hizo a Clara Zetkin. Decía Rosa que el pueblo estaba verdaderamente con *Spartakus.* Admiraban y seguían a la *Rote Fahne* mucho más que a *Freiheit* y en verdad pensaba que *Spartakus* no era suficientemente duro con los dirigentes de los independientes. Sólo Haase y Hilferding defendían a su periódico —débilmente. "Por eso insistimos en el congreso del partido."[6] Y no era que un congreso de partido hubiera podido producir un alineamiento diferente del de una reunión de los miembros de Berlín. Era tenaz la ilusión de que los votos negativos de esta suerte se debían a mezquinas manipulaciones de los dirigentes y que una discusión más amplia tendría por resultado una actitud más radical. Por lo pronto, *Spartakus* había fallado, y no tenía caso seguir siendo un ineficaz grupo disidente dentro del USPD. Inmediatamente, los líderes hicieron preparativos para fundar un partido aparte. Era al fin la ruptura organizativa, aunque todavía con graves dudas por parte de Rosa y Jogiches.

Si no podían lograr un congreso del USPD, quedaba al menos el congreso nacional de los consejos de obreros y soldados que se inauguraba ese mismo 16 de diciembre. Era otra oportunidad de "poner a prueba" a las masas. *Spartakus* tenía grandes esperanzas en el congreso, pedía manifestaciones en masa para saludarlo, que demostrarían a los delegados cuán radicales eran las masas. Los socialistas de la mayoría empleaban en su análisis de la situación muchas de las mismas palabras que *Spartakus,* pero con sentido extrañamente diferente:

[6] 29 de noviembre de 1918, fotocopia IML (B), NL5III-A/15. Un mes después, todavía optimista, escribía que el USPD "está en proceso de total disolución [...] en las provincias, la unión del USP con los *Scheidemen* va a toda marcha" (ibid., p. 92). ¿Se refería Rosa a los dirigentes o a las masas? ¡Uno se lo pregunta!

Cuando Guillermo el Desertor desertó y los Junkers y la clase media se refugiaron en sus madrigueras, toda la población trabajadora de Alemania miró esperanzada hacia el único poder político de izquierda, el poder del movimiento obrero [...] El congreso que hoy empieza tiene la alta misión de justificar esa confianza, y de reforzarla allí donde hubiere empezado a fallar. De algunas partes ha salido apremiante la consigna de "todo el poder para los consejos de obreros y soldados" El congreso tiene hoy un poder supremo porque es el parlamento de la revolución, que puede derribar al gobierno de la revolución o darle el fuerte apoyo que el gobierno necesita para sobreponerse a las innumerables dificultades que se le presentan. La mayoría del congreso [...] será lo suficientemente sensata para reconocer la debilidad de su composición. Las elecciones que lo crearon no fueron, por desgracia, generales, ni parejas ni directas, y en muchos casos ni siquiera secretas. Tales y como se desarrollaron, fueron sólo un expediente [...]; para todas esas fallas, el único remedio puede hallarse en el espíritu del nuevo sistema ordenado de libertad, y en ese fuerte sentido de derecho que forma parte de la base del movimiento de la clase obrera alemana [...]

La discusión acerca de "asamblea constituyente o consejos" podía haber conducido a salvedades antes de sus debates finales aquí. La socialdemocracia no reconoce estas alternativas porque su sagrado deber está en dar a toda la población lo más rápidamente que sea posible una oportunidad plena y democrática de autodeterminación, adelantando la fecha de las elecciones para la (Asamblea) Constituyente lo más posible. Hasta entonces, el gobierno del Reich, apoyado en la confianza del pueblo, debe tener libertad de acción. No deberán tolerarse [...] gobiernos adicionales [...] [del movimiento espartaquista e independiente de izquierda] depende que las sesiones [del congreso] se efectúen con un espíritu de dignidad y con el cabal conocimiento de los asuntos que se traen entre manos. Hasta donde puede verse, los socialdemócratas, entre los que contamos asimismo el ala derecha de los independientes, tienen una gran mayoría [...] la extrema izquierda [...] no puede ser una amenaza en ninguna elección. Pero, ¿no eran ellos los que anunciaban "todo el poder para los consejos"? Muy bien, pues. Han reconocido en los consejos de obreros y soldados el poder supremo y habrán de someterse, aunque no les guste, a la decisión [del congreso].

¡Qué fácil debe haberle parecido a la dirección atrapar a *Spartakus* con sus propias redes!

Las recomendaciones a los delegados concluían con la siguiente frase:

Los hombres que tienen la ingente tarea de dirigir al pueblo en estos agitados tiempos deben ser prudentes, lúcidos, callados y decididos. Necesitamos hombres de acción, no hombres de palabras.[7]

Citamos entera esta declaración porque aclara las diferentes concepciones de revolución del SPD y *Spartakus*; parte de la confusión se debía a la ausencia de un vocabulario revolucionario expreso, y ambos bandos se veían obligados a emplear las mismas antiguas palabras. En cuanto a programa, el SPD era partidario de la consolidación. Reconocían que las victorias revolucionarias eran reales y creían que la sociedad socialista que concebían estaba al llegar. Se apegaron a su concepción hasta que en los veintes los desalojó del poder el mismo sistema democrático que ellos habían creado; y aun cuando un gobierno nazi, tan indiferente para la clasificación de sus contrarios como los antiguos gobiernos imperiales de Rusia y Alemania antes, persiguiera indistintamente a socialistas como a comunistas, siguieron creyendo que las apariencias de 1918 habían sido realidades y que sólo los excesos de *Spartakus* habían animado fuerzas que la historia había ya declarado fenecidas.

Pero la diferencia entre socialistas de izquierda y de derecha no era sólo de programa. Los socialdemócratas se veían a sí mismos como hombres de acción, "prudentes, callados y decididos"; los espartaquistas eran para ellos fabricantes baratos de frases revolucionarias, sin ningún sentido de responsabilidad. En los discursos del partido abundaban por entonces frases adscriptivas como "tranquila deliberación" y "digno". Había un robusto sentido de herencia; no sólo de poder, sino de una tradición de gobierno que retrospectivamente hacía parecer envidiosas todas las denuncias de antes de la guerra. Ya no era el sistema el culpado, sino los individuos: el Kaiser, Ludendorff, Bethmann Hollweg. Las lecciones de clase se tiraban al viento. Y sin embargo, para furor de la izquierda, se seguían empleando las antiguas palabras —no había otras—, causando confusión y casi rabia histérica con tal plagio.

Más que ninguna diferencia de programa era esa querella por la herencia lo que hacía imposible la cooperación, incluso futura. En Francia e Italia, a pesar de las mismas divisiones ideológicas, nunca hubo tan marcada diferenciación social; en determinadas circunstancias futuras resultó posible la cooperación de "Frente Popular" entre comunistas y socialistas. En Alemania no hubo tal, y los dos grupos fueron incapaces de cooperar ni siquiera frente al surgimiento del nacionalismo, que amenazaba a ambos por igual. Por esta razón también la posición intermedia del USPD resultó imposible, de modo que fatalmente sus propias con-

[7] *Vorwärts*, 16 de diciembre de 1918.

figuraciones de derecha e izquierda no tardaron en separarse y pasar a los hábitats más naturales del SPD y el KPD, respectivamente. La elección no era sólo ideológica, sino también social, y eso la hacía más dura.[8]

El congreso hizo lo que *Vorwärts* había predicho, a pesar de todos los esfuerzos de *Spartakus* por imponer su programa desde dentro y fuera. La *Rote Fahne* reprodujo resolución tras resolución en las reuniones públicas contra Ebert y contra la mayoría SPD del congreso, pero todo en vano.[9] Una resolución sometida por la delegación al consejo de Stuttgart (que en gran parte era de orientación espartaquista) en favor de la admisión de Liebknecht y Rosa Luxemburgo en calidad de "invitados sin voz consultiva" fue rechazada por considerable mayoría.

Un orador ortodoxo del SPD, procedente de Berlín, declaró que no había por qué admitir a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo ya que "en Berlín al menos, pero creo que en todo el Reich, sabemos con toda exactitud lo que podemos esperar de esos camaradas".[10] Después de la votación, uno de los delegados pidió al congreso "se levantara ante un hombre que había estado encarcelado cuatro años", pero lo hicieron callar abucheándolo con el tradicional *pfui* (¡fuera!) alemán; ¿no acaso habían padecido todos, si no como leones, al menos como corderos?

El gobierno soviético había intentado enviar una delegación al congreso. Aunque el comité ejecutivo de los consejos de obreros y soldados de Berlín había recomendado al gobierno que admitiera esa delegación, los comandantes locales del este se habían negado a dejarla pasar, y de hecho el gobierno SPD/USPD, tras largas deliberaciones, había decidido que de momento la legación diplomática rusa no volvería a Berlín.[11] Había completo acuerdo entre la mayoría y los independientes acerca de los peligros de una intervención rusa en la Revolución Alemana, cuando no de otra cosa. Cuando la delegación fue rechazada por las autoridades militares alemanas de Kovno, Rádek, miembro de ella obtuvo del consejo de comisarios del pueblo el permiso para tratar de pasar la frontera ilegalmente. Llegó a Berlín el 19 o 20 de diciembre.[12] Aunque pudo haber

[8] A pesar de doce años de persecución común, esta diferenciación social se efectuó hasta 1946 y ha sido un rasgo del SED (Partido Unitario Socialista de Alemania) en Alemania oriental desde entonces — encarnado por el aislamiento del antiguo elemento SPD dentro del partido unido.

[9] V. gr. *Rote Fahne*, 17 de diciembre de 1918.

[10] *Allgemeiner Kongress der Arbeiter-und Soldatenräte Deutschlands vom 16 bis 21 Dezember 1918, Stenographische Berichte*, Berlín, sin fecha, pp. 26-27.

[11] Philipp Scheidemann, *Der Zusammenbruch*, Berlín, 1921, p. 224. Para las negociaciones relativas a la delegación soviética en el congreso véase *D & M*, t. II, p. 501 y Scheidemann, p. 227.

[12] Véase Rádek, *Diario*, p. 132. Aunque en sus últimos escritos acerca de la revolución alemana se puede confiar cada vez menos en Rádek para datos como

asistido por lo menos a dos sesiones del congreso, los dirigentes espartaquistas le dijeron que su presencia allí sería inútil, porque todo iba contra ellos. Llegó en el preciso momento en que definitivamente habían decidido fundar su partido sin más dilaciones, y ayudó a los preparativos.

Como buen leninista, aunque de conversión reciente, sus primeras preguntas concernían a la organización de *Spartakus.*

> ¿Cuántas personas teníamos en el congreso? Ni siquiera teníamos una minoría espartaquista o un grupito [...] ¿Y en el consejo de obreros y soldados de Berlín? Tampoco allí teníamos un grupo organizado. En las provincias, la cosa era algo mejor en alguno que otro punto. En Bremen habíamos conseguido hacernos con una porción sustancial del consejo mandada por Knief. En Chemnitz, Brandler estaba trabajando. "¿Y es grande nuestra organización de Berlín?", pregunté. "Estamos solamente reuniendo nuestras fuerzas. Cuando empezó la revolución no teníamos más de 50 personas organizadas en Berlín."
>
> Fui en coche con Paul Levi a las oficinas del comité central para reunirme con Jogiches. Era aquello como un colmenar. La vieja secretaria Mathilde Jacob vino a buscarme [...] me llevó con Jogiches. Había envejecido bastante mi antiguo maestro [...] Quedaba todavía entre nosotros cierta tensión, desde la división de la socialdemocracia polaca en 1912... no hablamos de aquellas cosas antiguas. Él me preguntó por Lenin, Trotsky, Zinóviev, Dzerzhinsky. A los pocos minutos habíamos vuelto a nuestra antigua relación, franca y sencilla.[13]

Curioso momento, la llegada de Rádek a Berlín en calidad de delegado oficial de los bolcheviques victoriosos; un momento de sentimientos y recuerdos confusos aún en plena tempestad de acontecimientos actuales. Rádek, proscrito de la socialdemocracia polaca y la alemana, periodista tortuoso de pluma envenenada que se había agarrado a los faldones de Lenin en 1914 buscando protección respecto a Jogiches y Rosa Luxemburgo. Rádek, el "*genus* prostituta" que había envenenado las relaciones de Rosa con sus amigos de Bremen, había ahondado la división en el SDKPiL, había escrito que "la pandilla de Tyshka y la Luxemburgo está

para interpretaciones, escribió este diario poco después de los acontecimientos descritos y algunos de los detalles anteriores los confirma exactamente una biografía reciente: Willy Brandt y Richard Löwenthal, *Ernst Reuter. Ein Leben für die Freiheit.* Munich, 1957. Reuter, alcalde de Berlín occidental hasta su muerte, fue comunista en los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial y conocido como Reuter-Friesland. Había sido prisionero de guerra en Rusia y, junto con un tal Felix Wolf o Rackow, acompañó a Rádek en su viaje ilegal de Rusia a Berlín.

[13] Rádek, *Diario,* pp. 132-34.

acabada"... ¡plenipotenciario de Lenin! Rádek resbalaba elegantemente por encima del matiz personal subyacente en la primera entrevista. Y bien podemos creer que Jogiches, que realmente se había suavizado durante la guerra, no tardó en dejar lo pasado pasado; como con Lenin, la revolución sepultaba bajo su majestuoso andamiaje las antiguas querellas personales. Pero ¿y Rosa? Rádek no dijo nada. Pero ella no estuvo con él aquel primer día ni un solo momento más de lo necesario, y no comió con ellos. La frialdad de su encuentro se hizo proverbial en el partido comunista.[14]

El programa del nuevo partido lo redactó entero Rosa Luxemburgo y se publicó el 14 de diciembre.[15]

> Rosa hizo un proyecto de programa de partido. Lo estudiaron los dirigentes y no dio ocasión a ninguna discusión, salvo en lo relacionado con la asamblea constituyente. Liebknecht dijo que se había despertado aquella mañana en contra de la participación en las elecciones, y en la noche la apoyaba. Era una sugestión muy tentadora la de oponerse a la idea de una [asamblea] constituyente con la consigna de los consejos, pero el mismo congreso de los consejos había optado por la [asamblea] constituyente. Éste era un hecho irrebatible. Rosa y Liebknecht lo reconocieron y Jogiches no dejaba de ponerlo de relieve. Pero las juventudes del partido —como las "juventudes" del SPD de 1891— se oponían enérgicamente. "Los expulsaremos con ametralladora", [decían].[16]

En aquellas semanas, Rosa fue el exponente más consistente de la noción de que el éxito estaba en realidad bastante lejano y que los procesos de la revolución, si bien inevitables, eran lentos. Ahora podía elaborar la idea sin las trabas de ninguna consigna táctica. Liebknecht también lo admitía, por lo menos en privado.[17] Pero mientras influía mucho más en él la aparente cosificación revolucionaria de lo que le rodeaba

[14] Ruth Fischer tiene al respecto una opinión extrema. "La Luxemburgo se negó incluso a verlo y Levi hubo de persuadirla de que aquel modo de proceder era imposible." *Stalin and German Communism,* Londres, 1948, p. 76. Ruth Fischer no estaba entonces en Berlín y en general no es de fiar; en algunos lugares lo hace deliberadamente. Por consiguiente, no estoy muy dispuesto a aceptar ninguna interpretación suya sin corroboración. Por ejemplo: "Liebknecht y sus amigos se oponían a la idea de la Luxemburgo por considerarla una interpretación peligrosamente desprovista de realismo de la [...] situación en Alemania." (Ibid.) Esto es en realidad una inversión de la verdad.

[15] "Was will der Spartakusbund", *Rote Fahne,* 14 de diciembre de 1918.

[16] Rádek, *Diario,* pp. 134-35.

[17] A. Rosenberg, *Geschichte,* pp. 28, 61, 73. Este autor es muy categórico; también Rádek, *Diario,* p. 133.

—hablaba en mítines casi a diario y estaba en más íntimo contacto con los dirigentes del USPD y los delgados de taller revolucionarios— Rosa Luxemburgo mantenía intacta su estable y casi filosófica visión. Su proyecto de programa así lo reflejaba. Continuamente estuvo hablando durante mucho tiempo de una "lucha dura e incansable".

Para beneficio de su público inmediato de partido oponía vigorosamente las alternativas de caos y victoria, y se erguía contra la cómoda noción de que la victoria era inevitable, cualesquiera que pudieran ser los errores de los socialistas. Frecuentemente había insinuado esto en la *Rote Fahne;* ahora lo formulaba para los jóvenes y optimistas radicales del movimiento, que estaban acumulando presión, y les advertía solemnemente que la contrarrevolución preferiría el caos al reconocimiento de una victoria socialista.[18]

El meollo de las ideas de Rosa estaba en el resumen que hacía al final:

Esto es lo que *Spartakus* defiende.

Y porque defiende estas cosas, porque es el espíritu impulsor, la conciencia socialista de la revolución, es detestado, perseguido y calumniado por todos los enemigos declarados y secretos de la revolución. "Crucificarlo", piden los capitalistas que tiemblan por sus tesoros; "crucificarlo", pide la clase media inferior, con los jefes del ejército, los antisemitas, los nuevos sátrapas de la burguesía, temblando por la buena vida de la dominación de clase.

"Crucificarlo", responden como un eco las partes engañadas y mal orientadas de la clase obrera y los soldados, los que todavía no comprenden que se enfurecen contra su propia carne y sangre cuando lo hacen contra *Spartakus.*

Se combinan todos los elementos contrarrevolucionarios, antisociales, dudosos, oscuros y peligrosos, en el odio y la calumnia contra *Spartakus.* Por sí solo esto señala claramente que el verdadero corazón de la revolución late en *Spartakus,* que el futuro está con él. *Spartakus* no es un partido que desea obtener el poder sobre la clase obrera ni "sirviéndose" de ella. *Spartakus* no es más que la parte del proletariado que tiene conciencia de sí misma, que señala a las grandes masas sus tareas históricas en cada fase, que representa en todos los momentos de la revolución el objetivo y los actos finales en interés de la revolución proletaria mundial en todas las cuestiones nacionales. *Spartakus* se niega a compartir el gobierno con los sirvientes de la clase media, con Scheidemann y Ebert, porque considera esa cooperación una traición a los

[18] *Bericht über den Gründungsparteitag der kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund) vom 30 Dezember 1918 bis 1 Januar 1919,* Berlín, sin fecha, pp. 53-55 (citado en adelante así: *Bericht KPD*).

fundamentos mismos del socialismo, una fuente de energía para la contrarrevolución y paralizadora de la revolución.

Spartakus se negará también a aceptar el poder tan sólo porque Scheidemann y Ebert hayan quebrado y porque los independientes se hallen en un callejón sin salida a consecuencia de su cooperación con ellos.

Spartakus jamás emprenderá la gobernación sino por el claro e inconfundible deseo de la inmensa mayoría de las masas proletarias de Alemania y nunca sin su consciente acuerdo con las ideas, los fines y los métodos de *Spartakus*. El gobierno del proletariado sólo puede abrirse paso a la total claridad y disposición paso a paso, por un largo valle de lágrimas, de amarga experiencia, de derrotas y victorias. La victoria de *Spartakus* no está al comienzo sino al final de la revolución: es lo mismo que la victoria de las grandes masas del proletariado socialista [. . .][19]

A la tranquilidad bien ordenada del historiador, este llamado debe parecerle ingenuo y altamente romántico. Y tal vez lo fuera. Había Rosa esperado tanto tiempo la revolución, había defendido su advenimiento contra tan poderosos y sabios detractores, y allí estaba, consecuencia al parecer no de maniobras de partido sino de la acción proletaria consciente en su propio interés y por sí misma, como ella siempre había dicho. Pero sería absurdo rechazar esta declaración de fe como un intento de cubrir glaciales cálculos con un poco de fogosidad atractiva. No era tan sólo un manto echado sobre las realidades organizativas. Era lo que *Spartakus* ofrecía *en lugar de* una organización.

Era optimista en el sentido de que abría vastas perspectivas de una vida mejor, pero al mismo tiempo la distancia de la proyección y las advertencias contra derrotas y dolores transmiten un aura de profundo pesimismo en términos prácticos e inmediatos. Al contrario de las apariencias, la creencia histórica en situaciones objetivas tiende a ser pesimista; los que confían en su propia acción, los que trazan el círculo de su mundo parsimoniosamente, para acomodarlo tan sólo al alcance de sus posibilidades personales, son los verdaderos optimistas. Esta declaración de fe, adherida a un programa político, parece un testamento. También Lenin anunció un testamento semejante antes de morir; cuando los años de polémica sobre táctica, de firmes proposiciones de acción, se abrieron súbitamente sobre una situación objetiva casi sin remedio, en aquel tardío momento desafió a sus demasiado poderosos lugartenientes: "Lucharé contra el chovinismo gran ruso hasta el fin de mi vida." El programa de *Spartakus* fue el testamento de Rosa, así como es también el conciso re-

[19] *Bericht KPD*, pp. 55-56.

sumen de la obra de su vida. Contenía la famosa declaración de que *Spartakus* tomaría el poder sólo con el apoyo de la mayoría de las masas, lo que ha conducido a la enconada pendencia entre socialdemócratas y comunistas sobre el cadáver intelectual de Rosa. Era aquel idealismo, aquel aparente empeño en la democracia liberal ortodoxa, el que después hizo que una poderosa parte del Partido Comunista Alemán, dirigida por Ruth Fischer, diagnosticara que la influencia de Rosa Luxemburgo en el movimento de la clase obrera alemana era "sifilítica".

Ya sabemos que el buscar huellas vestigiales de democracia ortodoxa o de mera mayoría en el pensamiento de Rosa conduce a conclusiones erróneas.[20] Ella no creía, categóricamente —y continuamente luchó en su contra— en la idea de que el genio de un comité central y mucho poder basten para determinar una política acertada. Pero tampoco se trataba de esperar a las masas ni de solicitarlas. Las masas pedían acción —en la situación debida. De la acción a una mayoría, y no, como en la democracia ortodoxa, consenso primero y tal vez acción después. Rosa Luxemburgo no dudaba de que el apoyo de las masas llegaría con la acción y no podía llegar de otro modo, pero que era un proceso esporádico, no continuo; y finalmente, que coincidía con la toma del poder y el advenimiento del socialismo. La creación de dos soluciones solamente, bolchevismo o socialdemocracia, reducía el campo de elección; en aquel tiempo, las ideas de Rosa eran una vivaz tercera alternativa.[21]

La decisión de fundar un partido independiente no fue tomada a la ligera, como hemos visto. A pesar de los fracasos en la reunión del USPD y del congreso de los consejos, Rosa Luxemburgo en particular estaba todavía preocupada por la necesidad de continuar dentro de una orga-

[20] Argumentando contra la autodeterminación nacional en Polonia y los que afirmaban contar con el apoyo de "la mayoría de la nación" escribía Rosa Luxemburgo ya en 1908: "Ay del partido socialdemócrata que considerare autoridad este principio [del gobierno legítimo de la mayoría]. Equivaldría a una sentencia de muerte para la socialdemocracia como partido revolucionario [...] 'La voluntad de la nación', o de su mayoría, no es una especie de Dios para la socialdemocracia, ante la cual se postre humildemente; por el contrario, toda la misión histórica de la socialdemocracia depende principalmente de la revolucionización, de la formación de voluntad de la 'nación' —es decir, su mayoría laborante." (*Przeglad Socialdemokratyczny*. n. 6, agosto de 1908: *Wybor Pism*, t. II. pp. 155 y ss.). El sentimiento es bastante genuino, aunque la frondosa fraseología era más apropiada para la Polonia de 1908 que para la Alemania de 1918. Las críticas bolcheviques posteriores de la excesiva preocupación del luxemburguismo por las mayorías y la democracia evidentemente no tuvieron en cuenta este trozo ni casi nada de su obra relativa a Polonia.

[21] Este corredor que se estrecha entre una "izquierda" stalinista y una "derecha" pequeñoburguesa —o sectarismo mínimo de otro modo— está desesperanzadamente ilustrado para un periodo posterior (aún más estrecho) en la novela de la política francesa después de 1945 *Los mandarines*, por Simone de Beauvoir.

nización ya existente para seguir en contacto con las masas. El aislamiento significaba no tan sólo un vacío organizativo sino también dejar el mundo real del socialismo por el vacío. Pero al final, Rosa aceptó la decisión de la mayoría de organizar otro partido; de la dirección, sólo Jogiches votó efectivamente en contra —y él era el experto en organizar ción. Sólo los delegados de Brunsvick votaron con él.[22] No obstante, Clara Zetkin fue persuadida, por cartas apremiantes de Rosa y Jogiches, para que siguiera de momento en el USPD, donde todavía quedaban cerebros rectos que quitarles, y ésa sería su tarea.[23] Las dudas que tenía Jogiches acerca de la prudencia de la ruptura organizativa solamente confirmaron las dudas de un leninista tal como Rádek; aun en el mismo congreso del partido, "seguía sin sentir que me hallara en presencia de un partido".[24]

Por mayoría abrumadora, una conferencia preliminar pangermánica del Spartakusbund decidió el 29 de diciembre de 1918 seguir adelante con la creación de un nuevo partido. El congreso fundador del KPD siguió inmediatamente en la cámara de diputados prusiana desde el 30 de diciembre de 1918 hasta el 1o. de enero de 1919. La situación política era muy tensa. Después de los incidentes con la división naval del pueblo el 24 de diciembre, grupos de espartaquistas habían vuelto a ocupar *Vorwärts* e impuesto la publicación de números simpatizantes con su causa. Los independientes habían dejado el gobierno unos días antes y ahora estaban oficialmente en la oposición. Habíanse formado los primeros grupos de *Freikorps* —asociaciones voluntarias de soldados y oficiales para combatir a la revolución— y estaban ya en circulación hojas sueltas llamando a asesinar a los dirigentes de *Spartakus*. Corrían persistentes los rumores de que Karl Liebknecht había sido muerto y el 7 de diciembre se hizo realmente el intento de matarlo.[25]

[22] Hans Wenzel, *Das Revolutionsjahr 1918-19 in Braunschweig*. Tesis inédita (Brunsvick), p. 119; *Die Oktoberrevolution und Deutschland, Protokoll der wissenschaftlichen Tagung in Leipzig 25-30 November 1957,* Berlín (oriental), 1958, p. 137.

[23] Clara Zetkin, *Ausgewählte Reden*, t. II, introducción, p. xii; también pp. 100 y ss. Dejó el USPD solamente después del congreso del partido, en mayo de 1919.

[24] Rádek, *Diario,* p. 136. Cuando Rádek amonestó a Rosa Luxemburgo por el tono extremoso de sus artículos ella replicó que "cuando nace un niño sano, se debate y grita y no bala". El mismo argumento, y prácticamente con las mismas palabras, se utilizó en las discusiones del comité central del RSDRP acerca de las condiciones de paz alemanas en enero de 1918, donde dijo Lenin que "las revoluciones occidentales todavía eran fetos cuando la Revolución Rusa era ya un niño sano que reclamaba a gritos el derecho de que lo escucharan" (*Protokoly Tsentralnogo Komiteta RSDRP, August 1917-Fevral' 1918,* Moscú, 1929, p. 198). Éste es otro ejemplo incidental del acervo sorprendentemente común de los símiles de la extrema izquierda.

[25] *Ich war, Ich bin, Ich werde sein,* Berlín (oriental), 1958, Introducción, p. 20.

Ésa era la atmósfera en que se constituyó el Partido Comunista Alemán (KPD).

Varios miembros del comité ejecutivo informaron acerca de las principales cuestiones del día. El congreso formuló las condiciones para que prosiguiera la cooperación tanto con el USPD como con los delegados de taller revolucionarios; en teoría esto dependía todavía de su adhesión irrestricta a la política de *Spartakus*. Se envió un telegrama de salutación y solidaridad al gobierno soviético. Cuando Rádek habló en nombre del partido ruso y dio la bienvenida oficial en nombre suyo al KPD hubo cierta sensación; todos los periodistas que informaban del congreso, que se celebró en público, se abalanzaron al teléfono para enviar la noticia de que había llegado un representante ilegal ruso, ¡y qué representante! Pero, astuto y cauto, Pieck había hecho cerrar temporalmente las puertas.[26]

Después llegó el punto culminante con las deliberaciones. Poco después de las dos y media del último día de 1918, Rosa Luxemburgo pronunció una larga alocución con el tema de "nuestro programa y la situación política".[27] Había llegado por fin a su término el hartazgo de componendas, de sometimientos a las exigencias organizativas de los grandes partidos, de lealtad a una idea antigua pero desastrosamente traicionada. Por primera vez, Rosa Luxemburgo podía tejer directamente un partido alemán, con el tejido mismo de Marx y Engels, sin las adulteraciones de los oropeles, los embellecimientos y las diluciones de sus patricios discípulos. Su discurso estuvo lleno de citas del *Manifiesto comunista*.

Uno de los aspectos del nuevo partido era que respetaba más los textos de los antiguos maestros. En este sentido, la fundación del partido comunista era la Reforma marxista frente a las indulgencias del papa Kautsky.

> Nos hallamos en un momento en que el programa socialdemócrata o socialista del proletariado debe asentarse sobre bases totalmente nuevas. Camaradas del partido, debemos recoger ahora el hilo que Marx y Engels hilaron hace 70 años con el *Manifiesto comunista* [...] Conscientemente, y en contradicción con los resultados de estos 70 años, junto con toda la concepción sobre la que se basaba el programa de Erfurt, liquidamos todo eso y con ello las consecuencias que condujeron directamente a la guerra mundial. Ya no hay programa mínimo ni máximo. El socialismo es los dos al mismo tiempo, y el mínimo a lograr.[28]

[26] Rádek, *Diario*, p. 136.
[27] *Bericht KPD*, pp. 18-42.
[28] Ibid., pp. 19, 26.

Finalmente, Rosa Luxemburgo volvía a elevar a las masas a la corriente principal de la revolución:

La batalla por el socialismo sólo pueden librarla las masas, directamente contra el capitalismo, en cada fáfrica, cada proletariado contra su patrón [...] El socialismo no puede hacerse y no se hará de encargo, ni siquiera por el mejor y más capaz gobierno socialista. Lo harán las masas, por obra de cada uno de los proletarios. Precisamente allí donde los proletarios están encadenados al capital es donde debe romperse la cadena. Eso es el socialismo, y sólo de ese modo puede hacerse. ¿Y cuál es la forma de luchar por el socialismo? La huelga. Por eso hemos visto que la fase económica ha pasado al primer plano ahora, en el segundo periodo de la revolución.[29]

Nada muestra tan claramente que Rosa Luxemburgo había conservado su concepto básico de la revolución desde 1906 y que estaba lejos de adoptar los métodos bolcheviques en Alemania. Pero cuanto menos olvida uno, menos aprende, y esta doctrina de confrontación masiva tenía un lugar primordial en su pensamiento.

El congreso murmuró su aprobación de las formulaciones de Marx, del compromiso con las masas y las observaciones más bien áridas y formales a propósito del agro: "La concepción más importante de la economía socialista es suprimir la contradicción y la división entre ciudad y campo. No puede ni siquiera reorganizarse la industria en una dirección socialista sin una conexión viva con una agricultura igualmente reorganizada." Las tormentas de aplausos estallaron cuando Rosa atacó a los dirigentes del SPD y del USPD personalmente. Señaló la formación de tropas en el este, las transas del gobierno con los jefes militares de Alemania. El congreso había aplaudido a Karl Liebknecht también cuando dijo: "Sólo nos quedamos en el USPD para hacerlo avanzar, para tenerlo al alcance de nuestra tralla, para quitarle sus mejores elementos [...] Tal vez no nos hayamos ganado a los líderes, pero sí a una buena parte de la masa."[30] Pero en otras materias, Rosa y sus amigos inmediatos no hallaron las cosas tan fáciles. El congreso rechazó la propuesta del comité ejecutivo de participar en las elecciones para una asamblea constituyente. El primer día, la aparición de Rosa había sido acogida con el entusiasmo apro-

[29] Ibid., p. 23. Estas frases habían sido marcadas todas para suprimir en el ejemplar del *KPD Bericht* utilizado por el autor de esta obra. El ejemplar perteneció en un tiempo a un periodista comunista de los treintas que había estado preparando una nueva versión del discurso para publicarlo sin el énfasis en la "espontaneidad" económica.

[30] Ibid., p. 4.

piado para un distinguido dirigente revolucionario. Pero su discurso en favor de la participación en las elecciones sólo provocó "débiles aplausos".[31] Paul Levi, que había presentado la resolución del ejecutivo al respecto y no dejó de apoyarla, hubo de confrontar repetidos disentimientos, mientras los oradores que tomaron la palabra para fulminar contra la participación fueron saludados con gran entusiasmo. Finalmente, la participación perdió en una votación de 62 contra 23. Rosa censuró moderadamente a los delegados, teniendo presente el recuerdo del boycot a la Duma.

> Comprendemos y apreciamos los motivos en que se basa la oposición al modo de ver del ejecutivo. Pero nuestro placer no es entero. Camaradas, ustedes toman el radicalismo de una manera más bien demasiado fácil. Con toda nuestra impetuosa impaciencia, no debemos perder la seriedad necesaria, la necesidad de reflexionar. El ejemplo ruso contra la [asamblea] constituyente no hace al caso. Cuando la [asamblea] constituyente fue expulsada, nuestros camaradas rusos tenían ya un gobierno Trotsky-Lenin. Nosotros todavía tenemos uno Ebert-Scheidemann.[32]

Por otra parte, Leo Jogiches, que se había opuesto él solo a la creación de un partido aparte sobre tan débiles cimientos organizativos, ahora propuso a sus colegas que dada la derrota de la dirección en una cuestión tan vital de táctica, se abandonara todo el proyecto de KPD y de congreso, pero pronto lo persuadieron de que retirara su sugestión.[33]

Un historiador del SPD subrayó posteriormente la esencial contradicción del congreso del partido comunista. "Si los comunistas consideraban que no podía tomarse en cuenta como objetivo político la remoción inmediata del gobierno, hubieran debido evitar por todos los medios a su alcance, que entre sus partidarios se suscitara la esperanza de que el gobierno podía ser derribado. Dadas las circunstancias era frívolo sacar a los obreros a la calle [...]"[34] Ni entonces ni después entendieron los contrarios de Rosa la diferencia entre un discurso a los miembros del partido y un llamado a las masas, que a los ojos de Rosa Luxemburgo eran dos cosas fundamentalmente distintas, y sin embargo eran las dos mitades de la verdad. Y al reprocharle Rádek el tono extremoso de sus artículos, muy superior al verdadero potencial de *Spartakus*, ella le dijo: "Cuando nace un niño sano se debate y grita, no bala."[35] El lenguaje

[31] Ibid., pp. 10-11.
[32] Ibid.
[33] Paul Levi, "El Congreso del Partido Comunista", *Die Internationale*, 1920, t. II, n. 26, p. 43.
[34] Hermann Müller, *Die Novemberrevolution. Erinnerungen*, Berlín, 1931, p. 252
[35] Rádek, *Diario*, p. 133.

fuerte era un hábito fatal en la política polaca y la rusa.

Pese a la presión de los acontecimientos y la reconocida infancia del nuevo partido, era una gran ocasión. Si el nuevo partido no era consecuencia del ardiente deseo de Rosa, de todos modos allí estaba: por lo menos los que pensaban igual compartían ahora una organización común, aunque exclusiva. Ahora que se había tomado la determinación de "ir solos", Rosa no tenía pesar ni dudas. Era más optimista que en ningún momento después de 1914. "La separación del USPD se había hecho absolutamente inevitable por razones *políticas*", escribía a Clara Zetkin; "aun cuando las *gentes* [de él] sigan siendo las mismas que en Gotha [el congreso de fundación del USPD], la situación ha ambiado por completo". Y zahería a su ausente amiga, fácilmente desesperada, por tomar demasiado en serio el voto negativo contra el comité ejecutivo acerca de la participación en la asamblea constituyente.

> Nuestra "derrota" fue meramente el triunfo de un radicalismo algo infantil, inmaduro y de vía estrecha. En todo caso, eso sucedió al principio de la conferencia. Contactos posteriores entre nosotros [el comité ejecutivo] y los delegados [...] el ambiente [*Resonanz*] fue muy diferente ... los espartaquistas son una generación nueva, libres de las cretinas tradiciones del "buen partido antiguo" [...] Todos hemos decidido unánimemente no hacer del asunto una cuestión capital [*Kabinettsfrage*] y no tomarlo demasiado en serio.[36]

Ya hemos especulado acerca de la nota de despedida que tenían el programa y el discurso que lo acompañaba, y aumentaría la nota dramática si pudiéramos demostrar que Rosa tenía alguna premonición de que aquellas semanas serían las últimas de su vida. Pero los hechos, independientemente de la percepción retrospectiva, indican que no fue así. Rosa siempre tuvo conciencia de la posibilidad de morir en acción, y repetidas veces se la mencionó a sus amistades; no siempre sin su poquito de retórica.[37] Pero era una preocupación general, casi abstracta, ni siquiera reavivada por los sucesos de fines de 1918 —salvo quizá en los últimos días. El 25 de diciembre escribió a Clara Zetkin que había recibido un "aviso urgente 'de fuentes oficiales' de que los asesinos andan tras de Karl y de mí misma, y no debemos dormir en casa [...] al cabo me irritó y sencillamente volví a Südende". Y el 11 de enero, tal vez la última carta que

[36] Fotocopia IML (B), NL5, III-A/15, p. 118.

[37] "Querido y joven amigo, le aseguro que nunca huiría aunque me amenazara la horca [...] porque [...] creo que los sacrificios son parte del oficio de socialista." (Carta a Walter Stöcker, 11 de marzo de 1914, IML (B); véase *Ausgewählte Reden und Schriften*, t. II, p. 304.

escribiera Rosa: "En este mismo momento está trabado el combate en todo Berlín y han caído muchos de nuestros bravos muchachos [...] Ahora debo terminar."[38] Claro está que el peligro era mucho en realidad sólo que Rosa no tenía plena conciencia de él o sencillamente no hacía caso.

No se sabe gran cosa de cómo vivió Rosa Luxemburgo en aquellos dos meses. El trabajo de redactar y publicar la *Rote Fahne,* de esbozar el programa y el llamamiento de *Spartakus,* hubiera sido suficiente para ocupar toda la jornada en cualquier circunstancia. La *Rote Fahne* era su preocupación principal: "saldrá, no saldrá. Por fin, hela ahí... técnicamente no gran cosa todavía", escribía a Clara Zetkin el 18 de noviembre.[39] Se empeñaba en revisar cada palabra que salía.[40] Todos los dirigentes espartaquistas, pero particularmente Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, vivieron en aquellos días dos o tres vidas de tiempo completo a la vez. Mientras Rosa escribía y dirigía la publicación, Karl Liebknecht estaba negociando continuamente dentro y en nombre de *Spartacus.* El comité ejecutivo celebraba largas y regulares reuniones. Los dos aparecían continuamente en mítines. Aparte de las grandes reuniones públicas, que se efectuaban varias veces a la semana, había otras en diversas fábricas de los suburbios de Berlín. A fines de diciembre ya no era seguro para Rosa y Liebknecht seguir morando en los mismos lugares. Al principio vivió Rosa unas cuantas noches en cada hotel, y sólo iba a su departamento a buscar correo y ropa; durante los alzamientos de enero y después de ellos se alojaron en casas de diferentes simpatizadores y cambiaron de alojamiento cada noche. En Navidades ni siquiera pudo Rosa visitar su propio hogar y mucho menos vivir en él. Mathilde Jacob era una vez más su oficina de correos.

Alguna que otra vez podía Rosa caminar anónimamente entre las multitudes berlinesas, para "sentir" la revolución desde fuera tanto como en calidad de participante. Describe Rádek una comida con Liebknecht, Jogiches y Paul Levi al día siguiente de su llegada a Berlín. "El dueño de la taberna miraba a Liebknecht con afecto especial y le dio de comer mu-

[38] Rosa Luxemburgo a Clara Zetkin, 11 de enero de 1919, IML (M), fotocopia IML (B), NL5, III-A/15, citado parcialmente en Luise Dornemann, *Clara Zetkin,* Berlín (oriental), 1957, p. 288. Clara Zetkin había pedido consejo una semana antes acerca de si debería ir a Berlín. Rosa recibió la carta en Berlín el 10 de enero y respondió al día siguiente. La respuesta final de Clara Zetkin, su última carta a su amiga más íntima, tenía un eco casi profético de inminente fatalidad. "¿Podrán esta carta y mi cariño llegar hasta ti? [...] ¡Oh, Rosa, qué días! Veo ante mí tan claramente la grandeza y el significado histórico de todos tus actos, pero mi conocimiento de eso no puede calmar los apremios de mi corazón, no puedo dominar la terrible preocupación y el temor que siento por ti personalmente." (Clara Zetkin a Rosa Luxemburgo, 13 de enero de 1919, ibid., p. 290.)

[39] Fotocopia IML (B), NL III-A/15, p. 75.

[40] Clara Zetkin, *Reden,* t. III, p. 423.

cho más que a nosotros [. . .] Después salimos a dar un paseo. Grandes masas de gente en las calles. No peatones y paseantes como de costumbre, sino muchedumbres que hablaban de política, con rostros llenos de interés y alegría. Charlamos de política con uno de los choferes en otro café." Más adelante habló Rádek aquella noche en un mitin y lo tildaron de reaccionario cuando mencionó los sufrimientos de Rusia. "Algún obrero [. . .] había entendido mal mis observaciones acerca de las condiciones del combate. No podían hacerse una idea de lo que era en realidad una revolución... Pasé la víspera de Año Nuevo con Liebknecht. A pesar de su agotamiento estaba feliz como un chiquillo."[41]

Durante aquellas semanas de fiebre hizo Rosa un esfuerzo esporádico para conservar sus conexiones con unos cuantos por lo menos de sus más íntimos amigos, pero a nadie de ellos volvió a ver. No había tiempo y el mundo estaba demasiado dividido. Pero esperaba que todo volvería a ir bien después, al bajar inevitablemente la marea. Mientras tanto, su universo eran los mítines, la redacción de la *Rote Fahne* —con la fiel Mathilde Jacob y Fanny Jezierska— y los colegas del comité ejecutivo espartaquista. Un universo estrecho, pero cálido, calentado por los acontecimientos de fuera.

Sin duda, siempre había deseado ella vivir así, con toda su impaciencia y energía naturales absorbidas en las múltiples actividades de la revolución de verdad, no teórica, con unos cuantos amigos íntimos solamente. Firme como una roca pero reservado como siempre era Leo Jogiches, todavía su más antiguo e íntimo amigo. En aquellas semanas sólo con la mayor brevedad pudo echarle la vista encima, pero allí lo tenía, cuyo mayor cuidado era apoyar y proteger a Rosa, a cuya preeminencia casi subordinó al final su fuerte personalidad. Y acaso su presencia la ayudara a formar aquella extraordinaria reserva que tenía de energía nerviosa. Era como si la forzosa contracción de esfuerzo de los años de cárcel la catapultara ahora con más impetuosidad que nunca hacia adelante. Los que la conocieron en aquellas semanas hablaban todos de su inagotable energía, de su desdén por el cansancio y los constantes dolores de cabeza y los náuseas. ¿Qué precio hubiera pagado en salud de haber sobrevivido?

El acontecimiento que había provocado los combates de enero empezó modestamente, como todos los demás desde el 9 de noviembre. Las muchedumbres continuamente en marcha en Berlín, las manifestaciones y los mítines de masas no controlados, los muchos incidentes menores y más serios hicieron al fin que el gobierno obrara contra el jefe de policía, Emil Eichhorn. Bajo su mando, la policía parecía estarse convirtiendo en una

[41] Rádek. *Diario*, pp. 133-34, 136.

institución revolucionaria. El SPD había decidido que aquel delicado puesto no siguiera ocupado por uno de sus contrarios independientes. El gobierno puso allí a Ernst, socialdemócrata de derecha; era persona de confianza. El acabose fue la negativa de Eichhorn a someterse a la autoridad del ministro del Interior prusiano y su declaración de que solamente era responsable en última instancia ante el ejecutivo de los consejos de obreros y soldados. Había estado *Vorwärts* haciendo campaña contra él desde el primero de enero, insinuando que era un agente ruso, ya que una vez había trabajado para una agencia de noticias rusa; era una denuncia efectiva y hábil, aunque enteramente infundada.[42]

No había razón para suponer que aquel legítimo pero desaconsejable cese tuviera otra consecuencia que las acostumbradas protestas y manifestaciones. El 4 de enero fue despedido oficialmente, pero se negó a salir de su oficina. En la noche de aquel mismo día reaccionó ante la noticia una reunión de rutina del comité ejecutivo del USPD del Gran Berlín con una resolución unánime de que "hay que repeler el ataque a Eichhorn", sin decidir ni siquiera discutir mucho qué debía hacerse ni hasta dónde había que llegar.[43] Por una vez, el USPD decidió poner a prueba el potencial de las masas antes de determinar las providencias a tomar. Pero mientras los independientes pidieron tan sólo una manifestación de protesta para el 5 de enero, la *Rote Fahne*, de acuerdo con su línea de conducta acostumbrada, exigió la más fuerte reacción del pueblo.[44] *Spartakus* no podía permitirse el lujo de reconocer la necesidad de un termómetro popular. En una reunión del ejecutivo KPD se rechazó concretamente todo intento de tomar el gobierno —"podríamos resistir dos semanas cuando mucho"— pero se lanzó un llamado para que se armara a los obreros, como de costumbre, y se desarmara a la tropa.[45]

Las manifestaciones del día 5 resultaron mayores de lo que nadie había esperado. Los dirigentes revolucionarios, en particular los del KPD, veían ahora la cabal justificación de su política; si aquello no requería obrar, nada lo requeriría nunca. Se comunicó incluso —equivocadamente, según se supo después— que las tropas estaban dispuestas a adherirse.[46]

[42] Paul Hirsch, *Der Weg der Sozialdemokratie zur Macht in Preussen*, Berlín, 1929, pp. 133 y ss. *Vorwärts*, a partir del 1o. de enero de 1919; también *Preussischer Untersuchungsausschuss, Bericht über die Januar Unruhen in Berlin*, n. 4121A, Col. 28 y ss. El relato de Eichhorn se encuentra en *Über die Januarereignisse*, Berlín, 1919, pp. 60 y ss.

[43] Richard Müller, *Der Bürgerkrieg in Deustchland*, Berlín, 1925, p. 30. Todas las fuentes coinciden en que en esta reunión no se tomó ninguna decisión sobre lo que se había de hacer.

[44] *Ledebour-Prozess*, p. 44, testimonio de Ledebour; *Rote Fahne*, 5 de enero de 1919.

[45] Richard Müller, *Bürgerkrieg*, loc. cit.

[46] *Ledebour-Prozess*, p. 51.

El gran momento parecía haber llegado sin esperarlo, y los grupos revolucionarios lo saludaron. Se elaboró una cooperación organizativa fatalmente vaga. El 5 de enero, la dirección berlinesa del USPD, los delegados de taller revolucionarios y el comité ejecutivo del KPD publicaron una proclamación conjunta en que se pedía a las masas "no aceptar el intento del gobierno de sofocar a la revolución con las bayonetas. Con el ataque a las autoridades policiacas de Berlín, todo el proletariado alemán y toda la revolución alemana están en peligro".[47] El día 6 se hizo un llamado semejante para pedir más manifestaciones. Para entonces, los manifestantes habían ocupado una vez más las oficinas de *Vorwärts*, y el 6 aparecía un número revolucionario bajo el patrocinio anónimo de "Los obreros revolucionarios del Gran Berlín", en que se pedía concretamente la deposición de los traidores Ebert y Scheidemann, la toma del poder por el consejo, y que se armara a las masas.[48] Casi simultáneamente, el mismo consejo de obreros y soldados —objeto del afecto de los revolucionarios— anunciaba a la población su propia confirmación del despido de Eichhorn, y así desaparecía la última razón legítima de queja.[49]

El primer fruto de la cooperación de los tres grupos revolucionarios fue la formación de un ejecutivo revolucionario de treinta y tres miembros. A su vez éste creó un directorio de tres: Liebknecht, Ledebour y Scholze, representando respectivamente al KPD, los independientes y los delegados de taller revolucionarios. Subsisten muchas dudas en cuanto al objetivo exacto de esta ejecutiva: si era meramente dirigir el movimiento, como afirmaron después sus participantes, o si se trataba de tomar las riendas del gobierno una vez desaparecidos los funcionarios de los puestos que ocupaban.[50] Era la clásica revolución "no hecha" que proponía la izquierda alemana: que los acontecimientos dictaran las instituciones; la presión de las masas sobre las instituciones podía hacerlas infinitamente flexibles. La idea puede haber sido, peculiarmente, de Rosa Luxemburgo, pero en el momento la aceptaron incluso sus enemigos personales del USPD.

Los motivos exactos de cada grupo y la trabazón exacta de los acontecimientos nunca han sido puestos enteramente en claro. En la reunión del 5 de enero, que se componía de delegados de los tres grupos, se aprobó la decisión de derribar el gobierno contra la oposición de una fuerte minoría de los delegados de taller revolucionarios, precisamente el grupo que se había mostrado más activo en sacar sus obreros organizados a la calle. Tampoco el comité ejecutivo del KPD se había comprometido de

[47] *D & M*, t. III, p. 10.
[48] Ibid., p. 14.
[49] Ibid., p. 15.
[50] *Ledebour-Prozess*, p. 53.

ningún modo a quitar el gobierno; por cierto que casi todas las pruebas muestran que los representantes del KPD en las reuniones conjuntas, Liebknecht y Pieck, aceptaron las fuertes resoluciones y demandas máximas en *contra* de las instrucciones específicas de su partido.[51] Según parece, las noticias de la ocupación de *Vorwärts* y otros periódicos llegaron al ejecutivo revolucionario después de haber éste tomado sus no-decisiones para el futuro, y causaron considerable sorpresa.[52] A su vez, esto dio origen a una oleada general de euforia.

La *Volksmarinedivision*, División Naval del Pueblo, cuya continua existencia la había garantizado el apoyo popular en su conflicto con el gobierno a fines de diciembre, se negó ahora a ponerse al lado de los insurgentes. Se mantuvo neutral, y sus dirigentes se hicieron notar por su ausencia cuando unos emisarios revolucionarios intentaron obtener su ayuda.[53] Así perdieron los insurgentes los servicios del único cuerpo revolucionario de fuerzas armadas.

En la tarde del día 6, el comité ejecutivo revolucionario tenía ya alguna duda acerca de su capacidad para dominar los acontecimientos y empezó a apoyar la iniciativa de la dirección oficial del USPD para negociar con el gobierno. En la noche del 6 probablemente, y con seguridad en la mañana del 7, era evidente que no había ninguna probabilidad de derribar el gobierno, y se sabía que se acercaban tropas a Berlín. Pero habiéndose dejado llevar como los demás por el curso de los acontecimientos, los comunistas veían en las negociaciones en aquel momento una verdadera traición, la antigua táctica del ejecutivo del SPD. Rosa Luxemburgo escribió de "el desdén total por las más elementales reglas de la acción revolucionaria". En lugar de ocupar las verdaderas posiciones de poder, sólo se habían tomado unos cuantos periódicos y agencias de noticias. Pero echaba la culpa de ello a la dirección, no a las masas. En todo caso,

> cuando se está en medio de la más enconada lucha contra el gobierno de Ebert y Scheidemann no se empiezan al mismo tiempo "negociaciones" con el gobierno [...] Tales negociaciones sólo pueden conducir a dos resultados: a una componenda o —cosa mucho más probable— a una prolongación de la situación, que los hombres de Ebert aprovecharán para aplicar las más brutales medidas de represión [...]

[51] R. Müller, *Bürgerkrieg*, pp. 32 y ss. Pieck, *Reden*, t. I, pp. 115-16. Véase también Karl Heinz Luther, "Die nachrevolutionären Mechtkämpfe in Berlin", *Jahrbücher für die Geschichte Mittel- und Ostdeutschlands*, t. VIII (1959), p. 212.
[52] *Ledebour-Prozess*, pp. 62, 82.
[53] Ibid., pp. 189-94, testimonio del marinero Milowski; también Eric Waldman, *The Spartakist Uprising of 1919 and the Crisis of the German Socialist Movement*, Milwaukee (Estados Unidos), 1958, p. 176.

Las masas están dispuestas a apoyar cualquier acción revolucionaria, a arrostrar el agua y el fuego por el socialismo. Pero necesitan una clara orientación y una dirección despiadadamente decidida [...] Alemania ha sido siempre el país clásico de la organización, y aún más el de la mentalidad fanáticamente organizacional, pero [...] la organización de las acciones revolucionarias puede y debe aprenderse en la revolución misma, como sólo en el agua puede aprenderse a nadar [...] La lección de estos tres últimos días clama a los dirigentes de los obreros: no platiquen, no discutan interminablemente, no negocien; obren.[54]

Rosa Luxemburgo y el KPD saltaban casi quijotescamente a defender un esfuerzo revolucionario que ellos no habían iniciado y cuya meta no podían sustentar, pero que tampoco podían dejar fracasar. La lección estaba clara: era la antigua lección de 1907-10: no se puede manipular a las muchedumbres para meterlas en la acción revolucionaria y después volverlas a manipular para sacarlas. Por esa razón se habían opuesto ella y sus colegas al principio a la insurrección ideada para derribar al gobierno. Pero una vez las masas en la calle, no se podía negociar sobre su cabeza, por más que las consecuencias pudieran ser una sangrienta derrota. Repetía la misma lección enfáticamente en sus otros artículos; todos giraban en torno a esa cuestión del compromiso con las masas, independientemente de los resultados tácticos.[55] Insistía siempre en los dirigentes y sus fallas. Y no sin justificación, porque la dirección revolucionaria no supo impulsar el movimiento hacia delante ni negociar decididamente para obtener un rápido final. Y así pudo el gobierno montar tranquilamente su contraataque, para volver victoria el estancamiento o la ruptura de contacto. Rádek se había opuesto firmemente desde el principio a todo aquel asunto y sobre todo a la participación comunista. Ahora aconsejaba media vuelta y retirada completa; el KPD debía proponer formalmente a los delegados de taller revolucionarios el cese de la lucha; si era necesario, los obreros debían entregar las armas. Al mismo tiempo, se publicaría un manifiesto para justificar la retirada y pedir nuevas elecciones de los consejos de obreros y soldados.[56] Ésta era la táctica leninista: liquidar los errores brusca y rápidamente. El comité ejecutivo del KPD apoyó la proposición en principio. ¿Cómo hacerla efectiva?

[54] "Versäumte Pflichten", *Rote Fahne*, 8 de enero de 1919.
[55] "Was machen die Führer?", *Rote Fahne*, 7 de enero de 1919. "Das Versagen der Führer", *Rote Fahne*, 11 de enero de 1919.
[56] *Ilustrierte Geschichte*, p. 282. La carta de Rádek al comité ejecutivo del KPD, fechada el 9 de enero y en que manifestaba estas opiniones negativas, sólo ha sido reproducida aquí. Un examen de las actitudes del KPD se halla en Eric Waldman, *The Spartakist Uprising*.

Al día siguiente, el 10, el comité central del KPD declaró que había escrito al ejecutivo revolucionario para retirar a sus dos representantes, "incluso *en* su *facultad* consultiva [ya que] la lucidez y fuerza del movimiento revolucionario exigen una revisión inmediata de nuestras relaciones con los delegados de taller revolucionarios. Estamos siempre dispuestos a un intercambio de opiniones [...] y pelearemos hombro con hombro [...] si se decide ejecutar una acción cabalmente revolucionaria." La carta, firmada por Pieck en persona —para dar apariencia de solidaridad; ¿acaso se negó Liebknecht a firmarla?— no podía entregarse en mano como se había pensado, debido a la desintegración práctica del ejecutivo revolucionario; en su lugar se publicó en la *Rote Fahne* el 13 de enero de 1919. Así no tenía valor práctico, y tal vez nunca se quiso que lo tuviera; el comentario editorial que la acompañaba en la *Rote Fahne* insinuaba que era parte del proceso de "lucidez" por el cual el comité ejecutivo del KPD se disociaba de los vacilantes jefes de la revuelta. ¿Se envió la carta? ¿Se tuvo la intención de enviarla? En realidad no lo sabemos.

Poco es lo que se sabe de los detalles de las discusiones internas. De cualquier modo, en los círculos principales comunistas se formó después una tradición según la cual los delegados del KPD en el comité ejecutivo revolucionario, Liebknecht y Pieck, obraron contra las instrucciones del ejecutivo de su partido y los dirigentes del KPD trataron en vano de poner fin a la participación de sus representantes en aquella malaventurada empresa. En sus memorias, Pieck alude a su propio papel pintando un cuadro lleno de dificultades materiales.

> El ejecutivo del KPD no podía estar informado de esas decisiones, ni era posible informarles de lo decidido [por el ejecutivo revolucionario]. Sólo en una reunión posterior del ejecutivo del KPD resultó que estaban de acuerdo en luchar contra las medidas del gobierno, pero no en los fines de la empresa: luchar por el poder del gobierno. Esto ocasionó considerables diferencias de opinión respecto de las actividades de Liebknecht y mías entre los delegados de taller revolucionarios durante la empresa. La causa de esto fue la falta de decisión y de claridad por parte del USPD y los delegados de taller revolucionarios, a resultas de ella la dirección del USPD inició negociaciones con los socialdemócratas, y naturalmente no tuvo después el menor interés en intensificar el esfuerzo común. De todos modos, el KPD apoyó la acción con todas sus fuerzas y enormes masas obedecieron a su llamado para que manifestaran.[57]

[57] Citado en Pieck, *Reden*, t. I, pp. 115-16.

Un historiador posterior lo dijo más crudamente: "El 10 de enero, la Liga Espartaquista trató nuevamente de terminar su relación con los delegados de taller revolucionarios. Nuevamente prohibió la participación de Liebknecht, pero sin éxito."[58] La dirección del KPD desaprobaba tanto la mentalidad "de pronunciamiento" del ejecutivo revolucionario como las negociaciones provisionales intentadas por el USPD y una parte de los delegados de taller revolucionarios. Pero no está claro lo que preconizaba en cambio. Según Rosi Wolffstein, la informante del congreso de fundación del KPD, quien no estaba en Berlín durante los sucesos de enero, "Rosa hizo a Liebknecht el siguiente reproche cuando volvía a las oficinas del partido después de una reunión con el ejecutivo revolucionario: "Pero Karl, ¿cómo pudo hacer eso? ¿Y nuestro programa?"[59]

Ciertamente, la *Rote Fahne* no reflejó el consejo de Rádek de cancelar la acción por malaconsejada y prematura y de retirarse de ella en el mejor orden posible. En lugar de eso, se informó que la acción de masas había sido una victoria; solamente las negociaciones recibieron el claro marbete de traición y capitulación de los obreros revolucionarios. "El partido comunista naturalmente no participa en esa vergonzosa política y rechaza toda responsabilidad por la misma. Seguimos considerando obligación nuestra impulsar la revolución hacia adelante... y advertir a las masas con la más aguda crítica de los peligros que presentan la política de vacilaciones de los delegados de taller revolucionarios y la política de atolladero de los independientes."[60]

El constante machacar con la lucidez en el momento en que había fracasado la acción de masas y la ciudad estaba siendo ocupada por soldados dispuestos al desquite y la represión, tenía más patetismo y valor que sentido. El analizar la situación del 13 de enero como si los sucesos en curso abrieran profundas perspectivas históricas, como si la historia misma estuviera escribiendo la acusación a los líderes independientes por falsos enemigos de la clase obrera, difícilmente podía contribuir a animar a los obreros en derrota.[61] El énfasis en la perspectiva de la historia en el momento de la derrota es el consuelo típico de una élite intelectual.

Pero aquellos dirigentes que creían sinceramente que la perspectiva de

[58] Ruth Fischer, *Stalin and German Communism,* Londres, 1948, p. 97. Ruth Fischer tenía mucho interés en hacer aparecer la acción de enero como un buen ejemplo de las condiciones de desorganización que su posterior política de "bolchevización" debía remediar. No estaba en Berlín en enero pero transmitió —tal vez exagerada— una tradición que quedó bien asentada unos años después.

[59] En una entrevista con el autor. Rosi Wolffstein es la viuda de Paul Frölich. El relato se había convertido ya en leyenda del KPD a las pocas semanas de las muertes de Rosa y Karl.

[60] *Rote Fahne,* 11 de enero de 1919.

[61] "Kartenhäuser", *Rote Fahne,* 13 de enero de 1919.

largo plazo podía conllevar el fracaso actual podían recurrir naturalmente a este tipo de análisis fundándose en que en realidad podía contribuir al mayor éxito de la próxima vez. La implicación era clara: era la cooperación con los delegados de taller revolucionarios y los independientes —ambos elementos indecisos— la que había causado el fracaso de la acción actual. A la próxima vez, las masas debían seguir únicamente a la organización capaz de reconocer la realidad bajo todas las ficciones y pretensiones: el KPD.

¿Y la flagrante contradicción entre el deseo de los comunistas de dejar el combate y el vapuleo público a los dirigentes revolucionarios por negociadores? Las negociaciones de esa suerte eran una traición a las masas, y Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en sus últimos artículos deliberadamente preferían una vez más comprometer a *Spartakus* en público a la acción de las masas, por desastrosa que fuera. En lo futuro sería posible demostrar que *Spartakus*, que no había deseado ni pedido la caída del gobierno, había seguido apoyando al pueblo, mientras que los otros dirigentes, que habían sido los primeros en plantearse y plantear a las masas metas imposibles, traicionaban a sus partidarios en cuanto era político o necesario hacerlo. No hubo tiempo de desarrollar la idea; en la noche del 15 de enero, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo estaban muertos. Pero ya se veía claro el bosquejo de la futura apología. En cuanto a las diferencias dentro de la dirección comunista, podían esperar a una seria autocrítica cuando la situación estuviera más calmada.

De cualquier modo, el intento de negociación no tuvo éxito. El 11 de enero, el gobierno insistió en que se aceptaran todas sus condiciones, porque si no empezaría el contraataque con un asalto al edificio de *Vorwärts*, que estaba ocupado. Aunque en ese momento el apoyo masivo para esta acción había desminuido considerablemente, las tropas gubernamentales a las órdenes de Noske desfilaron formalmente de los suburbios hacia el centro de Berlín el 13 de enero. Dos días antes el edificio de *Vorwärts* había sido tomado por la fuerza. El 12 de enero, los jefes superiores del ejército habían comunicado al gobierno que no deseaban más negociaciones con *Spartakus* de ningún modo, porque eso podía hacer flaquear a sus soldados. Pura propaganda militar, puesto que el mismo *Spartakus* se negó deliberadamente a participar en ninguna negociación; de hecho, fue el único grupo que no participó. Debe tenerse en cuenta que el nombre de *Spartakus* se había convertido en el invariable sinónimo de todos los insurgentes, empleado por el gobierno, el SPD y el ejército por igual. Los delegados enviados a negociar con el gobierno, que eran en gran parte delegados de taller revolucionarios e independientes, invariablemente eran denominados *espartaquistas*.[62] Al mismo tiempo, la determinación del gobierno de im-

[62] Noske, *Von Kiel bis Kapp*, p. 73.

poner su voluntad de modo ejemplar a la izquierda no estaba compensada por igual firmeza frente al ejército. Cualquiera que haya sido la realidad en la afirmación de que Ebert se había vendido a los militares ya en noviembre, para principios de enero el gobierno se había puesto formalmente en manos de las fuerzas armadas. Kautsky escribía: "Desde un punto de vista puramente militar, el gobierno podía permitirse rechazar con mayor o menor claridad nuevas negociaciones [...] Podía salir verdaderamente victorioso de aquella batalla y sin duda hubiera ganado robustez, pero sólo cediendo amplias facultades a los factores clase media y ejército, con cuya ayuda podía triunfar."[63] Y en verdad la victoria en los combates de enero hizo que el gobierno emprendiera una ofensiva general incluso contra los consejos de obreros y soldados, relativamente inocuos, como indeseables instituciones revolucionarias, siempre con el pretexto de luchar contra *Spartakus* y de garantizar la ley y el orden.

A los ojos del público, la culpa de la revuelta aparece grandemente ligada a *Spartakus*. Los delegados de taller revolucionarios, que nunca tuvieron talento ni medios para la propaganda, quedaron en gran parte en el anonimato y ahora se soterraban en sus fábricas. Ledebour había sido ya detenido en la noche del 10 al 11 de enero, y la dirección del USPD cayó en manos de los dirigentes de derecha menos comprometidos. El grupo espartaquista era el más visible. Las organizaciones de la clase media y los jefes de los *Freikorps* fomentaban la creencia de que si se eliminaba a los dirigentes comunistas no tardarían en desaparecer todos los disturbios. Esta idea, que condujo a la elaboración de volantes en que se pedía la muerte de Liebknecht, jamás fue desaprobada por el SPD. Desde noviembre estaban saliendo esos decretos de proscripción personal, pero ahora llegaban a un crescendo. El 13 de enero apareció en *Vorwärts* un poema firmado por Arthur Zickler, colaborador regular, que acusaba redondamente a los dirigentes espartaquistas de cobardía, por rehuir el bulto en sus escondites mientras los honrados obreros se hacían matar.

Muchos cientos de cadáveres en fila,
Proletarios;
Karl, Rosa, Rádek y compañía,
Ninguno de ellos está ahí,
Proletarios.

Puede, pues, imaginarse la atmósfera de Berlín en aquellos días. Tanto Rosa Luxemburgo como Karl Liebknecht, los personajes más conocidos de *Spartakus*, eran los más expuestos. De modo no oficial tenían puesto

[63] *Die Freiheit*, 13 de enero de 1919.

un precio sustancial a su cabeza, ofrecido por una empresa privada de derecha, y bien pudo Scheidemann haberlo sabido y alentado.[64]

Ambos eran ahora fugitivos, cambiando de alojamiento cada noche. Cualesquiera que fueran sus diferencias sobre la táctica de la rebelión, su situación era la misma, porque a los ojos de todo el mundo ellos eran *Spartakus*, dos mitades de un todo hermafrodita.[65] El ejército ocupó y saqueó las oficinas del KPD. Aun entonces fueron necesarios la persuasión y el arresto de tres colegas importantes para convencer a Rosa y a Karl de que tomaran mejores medidas para su seguridad personal.[66] Todavía insistían en seguir publicando la *Rote Fahne*. El 12 y el 13 estuvieron en el distrito obrero de Neukölin. Según parece, las idas y venidas relacionadas con la *Rote Fahne* hicieron de aquel escondite un lugar muy visto y el 14 se trasladaron a un distrito de clase media en Wilmersdorf. Fue allí donde escribió Rosa su último artículo, "El orden reina en Berlín", y Karl Liebknecht, "A pesar de todo".[67]

"El orden reina en Berlín" era un sañudo ataque contra el dominio del "orden" burgués, con todas sus brutalidades y represiones.

> Pero aun en plena batalla y en medio de los gritos de triunfo de la contrarrevolución, el proletariado revolucionario debe hacer sus cuentas con los acontecimientos recientes y medirlos, con sus consecuencias, en la escala de la historia. La revolución no tiene tiempo que perder, y sigue adelante —sobre las tumbas todavía no llenas, sobre las "victorias y derrotas"— hacia sus grandes tareas. Seguir su orientación con plena conciencia es la primera obligación de los soldados del socialismo internacional.[68]

Rosa se preguntaba si era posible esperar una victoria final del proletariado revolucionario y la remoción de Ebert y Scheidemann. ¿Podía haberse implantado una dictadura revolucionaria? No, si se tomaba en cuenta el grado de madurez del proletariado alemán. En aquel contexto no era todavía posible la victoria *permanente*. Y eso no era decir que la rebelión

[64] Frölich, p. 330.

[65] La idea de un partido encabezado por igual por un hombre y una mujer era un subproducto poco atractivo del socialismo revolucionario a los ojos de la *gente per bene*. Repetidas veces se insinuó que celebraban orgías y por lo menos se creía que Rosa y Karl eran amantes, idea que resultó muy duradera.

[66] Pieck, *Reden*, t. I, p. 118.

[67] "Die Ordnung herrscht in Berlin", *Rote Fahne*, 14 de enero de 1919; "Trotz alledem", *Rote Fahne*, 15 de enero de 1919. Fue la última fecha de publicación antes que el periódico hubiera de pasar a la clandestinidad. No volvió a aparecer legalmente sino en febrero.

[68] *Rote Fahne*, 14 de enero de 1919.

había sido inútil o innecesaria, puesto que su causa había sido la provocación del gobierno.

> Era *cuestión de honor* para la revolución rechazar ese ataque con toda su energía, para no alentar otros esfuerzos contrarrevolucionarios [...] Es una ley interna de la revolución no atenerse a sus conquistas. La mejor defensa es el ataque [...] Las revoluciones hasta ahora no nos han reportado más que derrotas, pero estas derrotas inevitables no son sino escalones que conducen a la victoria final [...]
>
> Pero falló la dirección. Sea como quiera, las masas habrán de sacar una nueva dirección de sí mismas. Las masas son decisivas, son la piedra sobre la cual se edificará el triunfo definitivo de la revolución. Las masas estuvieron a la altura, fueron ellas las que forjaron la derrota para unirla a la cadena de batallas históricas que constituyen la fuerza y el orgullo del socialismo internacional. Y por eso ha de nacer una victoria futura de esta "derrota".
>
> "El orden reina en Berlín." ¡Estúpidos lacayos! Ese "orden" está edificado sobre arena. Mañana la revolución avanzará nuevamente y se anunciará, para horror vuestro, con el estruendo de las trompetas: "Fui, soy y siempre seré."

Al día siguiente añadía Karl Liebknecht su despedida:

> Hay que resistir. No hemos huido. No estamos vencidos... porque *Spartakus* significa flama y espíritu, corazón y alma, voluntad y obra de la revolución proletaria. Porque *Spartakus* representa ansia de vencer, toda la resolución en orden de combate del proletariado con conciencia de clase [...] sobrevivamos o no cuando todo esté hecho, nuestro programa vivirá, y regirá el mundo de los pueblos liberados. A pesar de todo.[69]

Este adiós se entendía temporal. Los actores habían terminado la representación y sus partidarios se habían retirado. Pero en realidad, ambos dirigentes se estaban despidiendo de la vida misma.

El 15 de enero, una sección de soldados detuvieron a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburgo hacia las nueve de la noche. Nadie sabe cómo se descubrió el lugar donde se ocultaban, pero bien pudo ser que la presencia de aquellos dos extraños huéspedes en aquel respetable grupo de edificios de la clase media moviera a algunos inquilinos a avisar al ejército o a alguna de las organizaciones de defensa antirrevolucionarias.[70] Por casua-

[69] "Trotz alledem".
[70] Roland-Holst, op. cit., p. 207.

lidad estaba presente Pieck, quien por instrucciones del comité ejecutivo comunista les había llevado documentación falsa y las últimas informaciones del cuartel general del partido.[71] La propietaria del departamento, Frau Markussohn, describió después a Luise Kautsky el aspecto de Rosa. "Sus mejillas hundidas y sus ojeras, que indicaban muchas noches sin sueño, daban fe de su agotamiento físico, pero su fuerza de voluntad estaba incólume."[72] Cuando llegaron los soldados se hallaba descansando; sus dolores de cabeza eran ahora constantes. Llenó una pequeña valija y tomó algunos libros: era inevitable otra estancia en la cárcel. De nada sirvió un intento de dar nombres falsos, porque los soldados sabían perfectamente de quiénes se trataba.[73] Primero se llevaron a Karl Liebknecht, después a Rosa, y Pieck siguió en otro vehículo que fue al Hotel Eden, cuartel general de una de las divisiones paramilitares en el centro de Berlín. Habían ya enviado la noticia de su arresto, porque recibieron a Rosa con mofa sarcástica y muchas injurias. La condujeron al primer piso del hotel, donde un tal capitán Pabst la sometió a formal interrogatorio.[74] La noche estaba ya bastante avanzada.

Nunca se ha puesto suficientemente en claro hasta qué punto fueron premeditados los dos asesinatos subsiguientes, ni cuántas las personas que supieron de ellos antes e inmediatamente después. El mismo Pabst —que sobrevivió a todos los acontecimientos posteriores de Alemania con provecho aunque sin mucho honor— declaró en 1962 que "en la práctica, la autoridad del Estado estaba en manos de los *Freikorps,* pero tenían pleno apoyo de Noske", entonces miembro del gobierno y comisionado del pueblo encargado de los asuntos militares.[75] Es posible que las pun-

[71] Wilhelm Pieck, "Der 15 Januar 1919", apareció primeramente en *Internationale Pressekorrespondenz,* Moscú, 10 de enero de 1928. Reproducido en Pieck, *Reden,* t. I, p. 432. El relato de la detención dado abajo sigue la narración de Pieck.

[72] H. Roland-Holst, loc. cit.

[73] Frölich, p. 332.

[74] El papel de Pabst en el asunto recibió últimamente cierta inesperada publicidad. El mismo Pabst, que todavía vive, publicó un relato de los acontecimientos del 15 de enero de 1919 en un periódico alemán en enero de 1962. Seguidamente, el "Boletín de la Oficina de Prensa e Información de la República Federal Alemana" comentó oficialmente que lo comunicado por Pabst era en sustancia cierto y que el asesinato de los dos líderes revolucionarios fue "una ejecución de acuerdo con la ley marcial" [*Standrechtliche Erschiessung*]. *Bulletin des Presse und Informationsamtes der Bundesregierung,* 8 de febrero de 1962, n. 27, p. 223.

Der Spiegel, cuyos redactores fueron poco después acusados de actividades desleales a la patria por otras causas, publicó una sarcástica entrevista con Pabst (*Der Spiegel,* n. 16, 18 de abril de 1962). La viuda de Karl Liebknecht, Sophie (o Sonia) Liebknecht, que vive actualmente en Berlín oriental, anunció que demandaría al jefe del departamento de Información de Alemania occidental por "glorificación del asesinato".

[75] *Der Spiegel,* n. 16, pp. 38-39.

zantes respuestas de Rosa contribuyeran a enfurecer todavía más a los oficiales.[76] Según las investigaciones realizadas poco después por Jogiches y publicadas en la *Rote Fahne* en febrero, todo el complot fue resuelto de antemano, en cuanto supieron los jefes de aquella particular división que habían sido sorprendidos Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht y que los llevarían a su cuartel general.[77] Los evidentes participantes fueron sometidos después a juicio por un tribunal militar, que sentenció al soldado Runge a dos años y dos semanas de detención, mientras el teniente Vogel recibía dos años y cuatro meses. Los otros acusados fueron exonerados. Diez años después se hizo referencia a estos sucesos, en particular en lo relativo al conocimiento y a la aprobación de ellos, en cierto número de acciones por difamación.[78]

No presenta mayor interés revisar las montañas de pruebas contradictorias, pero dentro de ciertos límites el curso es bastante claro. El gobierno sin duda no dio órdenes expresas de matar a ninguno de los líderes espartaquistas. Al mismo tiempo, Noske no hizo nada por retener a sus sanguinarios auxiliares. Los miembros de los cuerpos francos, entonces y después, creían poder contar con el apoyo de Noske en cualquiera de los procesos que ulteriormente pudieran presentarse. Además, ya había cierto número de precedentes de acciones sumarias sin castigo. Los que negociaban en nombre del grupo que había ocupado el edificio de *Vorwärts* fueron abatidos, el 11 de enero, llevando la bandera de la tregua, y algunos de los otros ocupantes fueron gravemente apaleados.[79] Nunca se enjuició ni se pensó en enjuiciar a los responsables. Los malos tratos a los individuos revolucionarios se habían vuelto cosa común y corriente.

De todos modos, los jefes de la *Garde-Kavallerie-Schützen-Division*, de que Pabst era primer capitán de la plana mayor, sabían que el asesinato de dos conocidísimos dirigentes espartaquistas era un suceso de importan-

[76] Maurice Berger, *La nouvelle Allemagne,* París, 1919, p. 275.

[77] *Rote Fahne,* 13-16 de febrero y 19 de febrero de 1919.

[78] Giraron por lo general en torno a Jörns (o Jorns), el magistrado examinador encargado de investigar el asesinato de Rosa. Se tenían fuertes sospechas de que suprimió pruebas, o mejor dicho, de que se aseguró de que nada pudiera aparecer que requiriera supresión. En 1928 publicó esta alegación *Das Tagebuch* (por ejemplo, el 24 de marzo) y en virtud de ello demandó Jörns al director, Josef Bornstein, por difamación. En aquel tiempo estaba ya bien establecido Jörns en calidad de procurador del Reich [*Reichsanwalt*]. Muestra el hecho de que fuera un abogado completamente político su posterior carrera en el Tribunal Popular de los nazis. Para la prueba de la adulteración política de la administración de justicia contra la izquierda, aun en los primeros días de la república de Weimar, véase J. Gumbel, *Vier Jahre Mord,* Berlín, 1923, en particular pp. 81 y 101-02, donde se da una tabla de sentencias comparadas contra las izquierdas y las derechas. Véase también F. K. Kaul, *Justiz wird zum Vorbrechen,* Berlín (oriental), 1953, p. 280.

[79] *Ledebour-Prozess,* pp. 206 y ss. Hermann Müller, *Novemberrevolution,* p. 267.

cia mucho mayor que cualquier fusilamiento de rehenes en el curso de las luchas callejeras. Es probable que al recibir por teléfono la noticia de que habían sido capturados los dos dirigentes se estudiara el problema y se decidiera tratarlos de un modo sumario. El soldado Runge, que después se sintió vilmente manejado por sus superiores y descargó su propia versión en los periódicos, fue persuadido, o cohechado, o mandado —o las tres cosas— para que estuviera en pie junto a la puerta lateral del Hotel Eden y golpeara en la cabeza con la culata de su rifle a los dirigentes espartaquistas cuando salieran.[80] Para guardar las apariencias, las instrucciones oficiales eran llevar a Liebknecht y la Luxemburgo a la cárcel civil de Moabit, adonde habían sido llevados todos los demás dirigentes de la revuelta capturados hasta entonces. Pieck, esperando en el pasaje fuera de la sala de interrogatorios, oyó que los oficiales se decían unos a otros que ninguno de los tres saldría del hotel con vida.

Fue sacado el primero Karl Liebknecht, bajo las miradas curiosas y desprovistas de simpatía de los soldados y unos cuantos clientes del hotel. ¡Así que aquel era el legendario *espartaquista*! Cuando asomaba por una puerta lateral que daba a una calle desierta —nada indica la premeditación como esta total ausencia de transeúntes— Runge cumplió sus instrucciones y le hirió fuertemente con la culata de su rifle. Entonces medio arrastraron y medio empujaron a Liebknecht hasta meterlo en un vehículo que estaba esperando y que arrancó en dirección opuesta a la de la prisión. En el Tiergarten le hicieron salir del vehículo y le dispararon a unos cuantos metros. El disparo fatal lo hizo el capitán von Pflugk-Hartung. El cadáver fue entregado al depósito de cadáveres local como el de un desconocido hallado junto a la carretera. A su vuelta al hotel Eden, esta sección informó que su jefe había matado a tiros a Liebknecht "cuando intentaba escapar".

Poco después le tocó el turno a Rosa Luxemburgo. Ya en el vestíbulo del hotel algunos de los soldados habían estado ejercitando sus músculos en ella. Pieck oyó decir a una de las criadas: "Nunca olvidaré cómo pegaban y arrastraban a la pobre mujer de acá para allá."[81]

El transporte de Rosa Luxemburgo estuvo a cargo del teniente Vogel. Runge cumplió puntualmente otra vez su cometido y ya medio muerta la llevaron a rastras y la metieron en otro coche que estaba esperando, y en cuyo interior pusieron rápidamente fin al repugnante proceso con un disparo del oficial al mando. El vehículo se detuvo en un puente sobre el canal del Landwehr y desde allí lanzaron el cadáver a las sombrías

[80] Véase su propia confesión en *Rote Fahne*, 11 de enero de 1921. Aunque esta prueba concuerda exactamente con la de Pieck, él era muy capaz de decir lo que conviniera a la ocasión. Cf. también infra, p. 580, n. 95.

[81] Pieck, "Der 15 Januar 1919".

aguas, donde permaneció hasta marzo. El cuento fue esta vez que una multitud colérica había detenido el vehículo y se había llevado a Rosa Luxemburgo con destino desconocido. Unánimemente, los soldados lo lamentaban, pero no podían reportar nada definido acerca de lo que había sido de ella.

Aunque los dirigentes comunistas sabían que el informe de que Liebknecht había sido abatido cuando intentaba escapar era una mentira, no tenían datos que oponer al relato de su muerte y la desaparición de Rosa Luxemburgo. Como la *Rote Fahne* estaba fuera de combate por el momento, tocó a la *Freiheit*, de los independientes, desafiar a los anuncios oficiales del gobierno en relación con las dos muertes, y naturalmente se basaba en la versión aceptada de los asesinos.[82] De todos modos, mucho antes de que se hallara el cadáver de Rosa empezaron a salir a la superficie los hechos verdaderos, que fueron publicados en la *Rote Fahne*. Ciertamente para abril el gobierno conocía los hechos, aunque no los motivos, pero todavía se negaba a enmendar públicamente la declaración del 16 de enero. Durante cierto tiempo circuló un mito de tipo Barbarroja acerca de Rosa Luxemburgo, que había pasado a la clandestinidad para dirigir las operaciones y volvería a aparecer a su debido tiempo. De cualquier modo, la *Rote Fahne* hizo asunto suyo frustrar aquella falsa esperanza.

Había un sentimiento general de horror, incluso en los círculos SPD. Cuando la *Rote Fahne* inició sus revelaciones, *Vorwärts* escribió el 13 de febrero que 'debe recaer todo el peso de la ley sobre los asesinos". Representantes del consejo de obreros y soldados de Berlín asistieron a los procedimientos judiciales contra los homicidas. Pero no se logró que prosperara ningún proceso. Las solicitudes de que los juzgara un tribunal civil y no militar fueron rechazadas por el gobierno, fundándose en que eso interferiría con los procesos en justicia ya en marcha. La antigua convicción socialista acerca de la "justicia" de clase que impartían los tribunales imperiales había degenerado en un respeto más anémico ahora que seis ministros socialistas *eran* el gobierno del Reich. Además, el regimiento invocaba su fuero; las alegaciones se referían a actos cometidos en servicio. Las sentencias mínimas pronunciadas se basaron en la irrisoria acusación

[82] Este anuncio, publicado en parte por *Vorwärts* el 17 de enero, lo reprodujo con comentarios Ferdinand Runkel en *Die deutsche Revolution*, Leipzig, 1919, pp. 217-20. La versión del SPD está en Hermann Müller, *Novemberrevolution*, pp. 271-79. La opinión del cuerpo franco o *Freikorps* también recibió manifestación en público. Todo se debía al gobierno socialista, sediento de sangre, que dio las órdenes a los soldados y éstos fueron meros instrumentos de la autoridad legítima. F. W. von Örtzen, *Die deutschen Freikorps 1918-23*, 2a. ed., Munich, 1937, pp. 284-89. La imputación de toda la responsabilidad a una autoridad superior, que los criminales de guerra de la segunda contienda mundial iban a hacer tan notoria, no empezó con el hitlerismo.

contra el teniente Vogel de no haber informado de un cadáver y haberse deshecho de él ilegalmente, y contra Runge de *intento* de homicidio. El segundo sostenía que ciertamente había pegado a Rosa Luxemburgo —inesperadamente, había testigos— pero no lo bastante para lesionarla de gravedad. El papel de Vogel no aparecía en absoluto. El tribunal militar hizo un intento de perforar la solidaridad regimental de los "no sabemos" de los asesinos, pero en vano. Incluso así, los amigos de Vogel se apresuraron a llevárselo con papeles falsos, después de un brevísimo periodo de arresto, para que esperara en el extranjero la inevitable amnistía. Para fines de febrero Jörns, el magistrado que llevaba la investigación, había logrado maniobrar a los representantes del consejo de obreros y soldados hasta volverlos impotentes; cuando se celebró la vista de la causa, habían renunciado ya a participar, y nadie salvo la *Rote Fahne* hacía preguntas molestas.[83] Además, otras causas esperaban; asesinatos más recientes halagaban el paladar del público: Eisner asesinado en Múnich en febrero, Haase abatido a tiros al acabar 1919; apenas pasaba un año sin que hubiera por lo menos un asesinato político sensacional. La muerte de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht perdió muy pronto su sabor de trágica actualidad.[84]

Este intento de sofocar la verdadera historia de los asesinatos, con todas sus implicaciones políticas, no debería verse tan sólo como el intento de una pandilla, pequeña pero poderosa y obstinada, que operara entre bastidores. Los combates de enero representaban una marca de la altura alcanzada por la marea revolucionaria en Alemania. Después hubo una fuerte reacción contra el desorden, y su manifestación fue el vasto y tácito apoyo al gobierno. Los vacilantes se pusieron de parte de la ley y el orden —aquel mismo "orden" que Rosa pusiera en la picota en su último artículo. Al comunicar la muerte de los líderes espartaquistas, la prensa burguesa ni siquiera hizo intento de mascullar las usuales frases hipócritas. Totalmente incomprensibles los dirigentes espartaquistas para la inmensa ma-

[83] Para los informes del propio delegado del consejo de obreros y soldados al consejo acerca de sus esfuerzos véase *Protokoll, 56, 57, Sitzung des Zentralrates der deutschen Sozialistischen Republik, 15 Feb. 1919*. Estos protocolos están a máquina en IISH y se publicarán dentro de poco.

[84] Este breve informe de los procedimientos se basa en comunicaciones de los periódicos y el posterior testimonio de los participantes en una serie de procesos por difamación relacionados con Jörns, el magistrado examinador. Además, el registro oficial de los procedimientos existe todavía (documentos del Ministerio de Justicia Prusiano, ahora en el *Bundesarchiv*, Coblenza, P. 135/11759), pero añade poco a lo publicado por los periódicos. Casi todos los testigos eran meseros y meseras (cuya profesión parece tener una curiosa propensión a las declaraciones nada convincentes en los procedimientos policiacos, cuando no es efectivamente empleada por la policía o el servicio secreto). Sólo un "relato confidencial" de uno de los participantes jamás fue publicado, el de Runge.

yoría de los alemanes de clase media, su muerte parecía tan sólo la consecuencia inevitable de su locura. El *Tägliche Rundschau* escribió que las muertes de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht eran "la debida expiación por el baño de sangre que habían provocado [. . .] fueron las consecuencias de su propia acción las que mataron a la mujer de Galitzia [sic] . . . El día del juicio de la Luxemburgo y Liebknecht ya pasó. Alemania tiene paz y puede respirar de nuevo". Y la *Deutsche Tageszeitung* del 16 de enero seguía el ejemplo de lo que siempre hicieron los periódicos al informar de procesos por asesinato. El destino de los espartaquistas era el de "criminales enteros y verdaderos que ya sin ningún freno hacía tiempo que habían perdido por completo la facultad de distinguir entre el bien y el mal". Con la reafirmación de tales opiniones bajo la égida del gobierno socialista no podía esperarse ningún entusiasmo por castigar a quienes se consideraba los verdugos de la sociedad. Y aunque el asunto estuviera solucionado en la capital, los *espartaquistas* (por lo menos a los ojos de quienes los veían) todavía hacían vagas y rápidas apariciones por el norte y en Munich; no venía al caso la simpatía pública por quienes aun muertos todavía respingaban.

Las noticias del asesinato naturalmente provocaron simpatía e injurias inmediatas contra el gobierno por partes articuladas de la población obrera. De la Unión Soviética y de otros muchos países llegaron telegramas de protesta. El comité ejecutivo del partido comunista, ahora clandestino, publicó el 17 de enero un llamado, escrito por Leo Jogiches, en que pedía a sus partidarios evitaran los "intentos terroristas de venganza contra los dirigentes del gobierno traidor... el momento de la lucha final no ha llegado todavía, y les prevenimos que no intenten nada temerario".[85] Los líderes independientes también publicaron un llamado en que pedían una huelga de protesta y advertían a sus partidarios que aquello que hoy hacía el gobierno a los espartaquistas lo haría mañana a todos los trabajadores.[86] El mismo día se celebró una reunión plenaria del consejo de obreros y soldados en que se manifestó disgusto por los asesinatos y se protestó contra el excesivo empleo del terror después de vencido *Spartakus*.[87] Pero los obreros estaban agotados y la huelga no fue sino débilmente apoyada.

Después de la derrota de enero se había abierto un nuevo capítulo en las relaciones entre *Spartakus* y el resto de la sociedad. Pues, con aquellos crímenes, el abismo que los comunistas trazaron en teoría se había hecho real e inconfundible: era el abismo de la tumba. Por encima de las discusiones acerca de teoría y táctica revolucionaria se erguía la ine-

[85] *D & M*, t. III, pp. 85 y ss.
[86] *Die Freiheit*, 17 de enero de 1919.
[87] *D & M*, t. III, p. 104.

ludible responsabilidad por el asesinato de los dos grandes líderes, condonada, cuando no verdaderamente alentada, por la dirección del SPD.

Entre los amigos íntimos de Rosa hubo una sensación de pérdida irreparable y tragedia. Exteriormente duro, como cumplía a un veterano de la revolución, Jogiches envió un lacónico telegrama a Lenin el 17 de enero: "Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht han cumplido su última misión revolucionaria."[88] En Stuttgart, Clara Zetkin escribió el 18 de enero una carta a Mathilde Jacob. Había sabido por un periódico la detención de Rosa el 16 y de su probable muerte el 17. Aquella excelente y leal mujer apenas podía hallar palabras con qué expresar su sentimiento de pérdida personal y política al extinguirse la más refulgente estrella del horizonte socialista.[89]

Franz Mehring estaba en un sanatorio en los alrededores de Berlín, anciano y muy débil; sus amigos no osaban comunicarle la noticia. Finalmente un amigo mutuo, suyo y de Rosa, se encargó de la terrible tarea.

> Pueden imaginar cómo reaccionó ante la horrible noticia. El anciano no quería creer que tal cosa fuera posible [...] estuvo caminando de acá para allá en su recámara horas enteras [...] hasta que su viejo cuerpo agotado cayó en una silla. Pero al punto volvió a levantarse y a su desasosegado caminar. Tenía los ojos secos pero el rostro lleno de desprecio y odio. "Ningún gobierno había caído tan bajo", murmuraba sin cesar.[90]

Su esposa también estaba enferma y no podía ayudarle; unos cuantos días después contrajo Mehring una pulmonía y no tuvo fuerza para sobrevivir. Murió el 29 de enero de 1919, en gran parte a causa de la muerte de sus amigos.

Jogiches fue menos extremoso. Pero él más que nadie debe haber sentido derrumbarse el objeto e interés principal de su existencia. En cuanto era posible para una persona tan altamente política, había vivido aquellas últimas semanas ante todo por que Rosa siguiera existiendo; entre ellos no había ya huellas de discordia desde hacía mucho tiempo. Él también había sido detenido el 14 de enero, pero había logrado escapar sin ser identificado. Karl Rádek lo vio ya avanzada la noche del 16 cuando apareció en el departamento secreto con aspecto de tener diez años más. "Febrilmente empezó a hablar del pasado, de nuestras antiguas querellas. 'Ahora que Rosa no está ya con nosotros, tenemos que volver a reunir a todos nuestros antiguos amigos.'" Esperaba más ansiosamente que nunca

88 Clara Zetkin, *Reden*, t. II, p. 444.
89 Ibid., t. III, p. 71.
90 Citado por Schleifstein, *Mehring*, p. 76.

el regreso de Rusia de Marchlewski, solicitado en diciembre por Rosa Luxemburgo y el comité ejecutivo del KPD para que los ayudara en su trabajo.[91] Los dos se reunieron otra vez al día siguiente. Rádek le preguntó si no tenía pensado ir al sur, hacia la seguridad, pero Jogiches respondió con una sonrisa: "Alguien tiene que quedarse, por lo menos para escribir todos nuestros epitafios."[92]

Jogiches y Clara Zetkin se pusieron a trabajar con los papeles de Rosa, o sea con los que habían dejado los soldados después de rebuscar en su departamento del Südende. Aunque la dirección de *Spartakus* pasó a Jogiches, su corazón estaba en el pasado; le interesaba sobre todo la identificación y el castigo de los asesinos y estaba poniendo a salvo cuanto podía de los escritos de Rosa. "Ahora que se ha ido, debemos todos estar más juntos", dijo a Clara Zetkin. Hablaban del futuro casi exclusivamente en el contexto del pasado. "Buena parte de este material podría desecharse, ya que Rosa cambió de opinión en todo eso", se dice que añadió, pensando en la segura inmortalidad de ella.[93]

Jogiches mismo no iba a vivir mucho. Su propia seguridad apenas le importaba ya. El 10 de marzo fue detenido y esta vez lo identificaron de inmediato. En la jefatura de policía de la Alexanderplatz, uno de los detectives encargados era el ex-sargento primero Tamschick, conocido matón que otrora fuera el terror de los reclutas. Sabía que Jogiches era uno de los dirigentes de *Spartakus* y lo mató de un tiro a sangre fría a la primera oportunidad. Nunca se hizo ningún intento de sancionarlo.[94]

En cuanto a Pieck, logró escapar al cabo de unos días. Llevaba documentación falsa cuando lo detuvieron junto con Liebknecht y Rosa, y al parecer no lo identificaron; en realidad, era poco conocido. Nunca se insinuó para nada que tuviera alguna relación con la detención de los dos dirigentes, pero Pabst declaró después que lo soltaron porque había proporcionado informes acerca de otros personajes espartaquistas, lo que facilitó su arresto. Las declaraciones de Pabst son confusas y contradictorias. De todos modos, había suficiente motivo para sospechar y eso permitió que Thälmann, líder posterior del KPD, acusara a Pieck para desquitarse por un fallido intento de éste de quitarle la jefatura del KPD en 1928. En 1929 se constituyó un tribunal de honor del partido, presidido por Kippenberger, encargado entonces del aparato militar co-

[91] *Julian Marchlewski,* p. 92; Pieck, *Reden,* t. I, p. 547.
[92] *Rádek*, Diario, pp. 139-40.
[93] Ibid., también Clara Zetkin, *Reden,* t. II, p. 387.
[94] Poco después, Tamschick mató también a Dorrenbach, uno de los dirigentes de la división naval del pueblo, y del mismo modo: un tiro por la espalda. Tamschick saboreó una carrera tranquila con ascenso en la policía prusiana. Para su pasado militar véanse las memorias, muy exageradas, de uno de sus reclutas en *Neues Deutschland,* 13 de junio de 1959.

munista y miembro del *Reichstag*. No se revelaron los resultados y no se hizo nada más por entonces. Kippenberg fue después con Ulbricht exiliado a París y fue uno de los primeros de tantos comunistas alemanes calladamente ejecutados en Rusia en 1936.[95]

El 25 de enero de 1919 enterraron a treinta y dos camaradas, muertos en los combates de enero, con Karl Liebknecht. Al lado de éste se colocó un ataúd vacío. Sólo el 31 de mayo emergió inesperadamente el cadáver de Rosa Luxemburgo en una de las compuertas del canal, y lo llevaron a su definitivo lugar de reposo el 13 de junio. El gobierno temía manifestaciones en gran escala y Noske ordenó que los restos estuvieran en un campo local del ejército mientras llegaba el momento de la inhumación. Aunque el séquito de los dolientes era grande, la manifestación fue silente y ordenada. El funeral se hizo en el cementerio de Friedrichsfelde, que con el tiempo se convirtió en santuario de todos los comunistas destacados. El 13 de junio de 1926 se descubrió un monumento conmemorativo en el lugar donde reposaban Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Franz Mehring, Leo Jogiches y Julian Marchlewski, que había muerto en 1925 en un sanatorio italiano, siendo un respetado alto funcionario bolchevique.[96] Con los nazis, el cementerio fue arrasado, y después de la guerra lo reconstruyó el gobierno de Alemania oriental; los miembros del partido organizan peregrinajes anuales al lugar, donde se ve mucho a Ulbricht y menos el sepulcro.

Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht consideraban la muerte en combate

[95] Este hecho lo expone ampliamente Erich Wollenberg, en "Der Apparat; Stalins fünfte Kolonne", *Ost Probleme,* t. III, n. 19, 12 de mayo de 1951, pp. 576-78. Este relato de un diario nada imparcial liga la ejecución de Kippenberger con una intriga definida de Pieck, de la que no hay ninguna otra prueba. El hecho de que hubo una investigación contra Pieck no prueba nada sino la existencia de un rumor y los métodos de política de fuerza dentro del KPD; la campaña contra la dirección de Thälmann se basaba en un escándalo financiero en que estaba implicado no él sino su cuñado. Fue Stalin personalmente quien anuló la decisión del comité central del KPD de quitar a Thälmann y no una intriga privada de Pieck. La reputación de éste entre sus colegas en los veintes era la de un militante duro y lleno de recursos, pero tortuoso. .

De todos modos, el relato de Runge —que Pieck certificaba exacto (*Rote Fahne*, 11 de enero de 1921)— contiene un pasaje harto extraño (en cursiva): habían dado orden a Runge de disparar contra el director de la *Rote Fahne* (que erróneamente creían era Pieck) en el corredor del hotel. "Yo vacilaba... el hombre de la *Rote Fahne* vino y me dijo *que tenía un encargo que ejecutar* [*Aufrag zu erledigen*]. Lo llevaron a un cuarto y cuando salió, un oficial dio a uno de los guardias instrucciones: 'Llévese a este hombre *y le encargo de que nada le suceda.*' " (Cursivas mías.)

[96] *Die Rote Fahne,* 15 de junio de 1926. Las cenizas de Marchlewski volvieron a Polonia a petición del gobierno polaco en marzo de 1950.

el más alto honor para un socialdemócrata. Para Rosa fue un buen final, que le ahorró en parte la forma especial stalinista del deshonor bolchevique. Había en sus ideas algo de tamaño más que natural y la rígida prescripción que se había impuesto en una vida consagrada a la política revolucionaria, pero combinada siempre con un profundo respeto por los valores humanos y la cultura. Murió con el firme convencimiento de que su causa triunfaría al fin y de que podría apresurar el triunfo tanto muriendo como viviendo. En el momento de su muerte reconocía una derrota temporal en Alemania, pero en el contexto de los grandes avances realizados allí y en Rusia. Se había creado un partido verdaderamente marxista bajo sus auspicios en Alemania y, hasta donde le había sido posible, había dejado directivas para su futuro desarrollo. Se cerraron sus ojos sobre una Revolución Alemana que al fin empezaba a afirmarse como pieza capital de la revolución internacional en que ella tan fervientemente creía. Su presencia en Alemania durante tantos años en un medio básicamente antipático para ella parecía plenamente justificada. Aunque reconocía los éxitos de los bolcheviques en Rusia, no estaba dispuesta a aceptar su dirección en el movimiento internacional ni a subordinar su partido al de los bolcheviques. En los dos últimos meses trató a Lenin como amigo e igual —no más. El 20 de diciembre de 1918 le escribió una carta apresurada, en ruso, en que le muestra el respeto de un igual suyo, sin deferencia.

Querido Vladimir:

Aprovecho el viaje de mi tío para enviar a todos cordiales saludos de la familia, de Karl, Franz [Mehring] y los demás. Ojalá al año siguiente se cumplan nuestros deseos. ¡Muchas felicidades! El tío le dirá lo que hacemos y cómo nos va. Mientras tanto le estrecha la mano,

cordialmente

Rosa.[97]

El "tío" que llevaba la carta era Eduard Fuchs, abogado y periodista y miembro del Spartakusbund. No se conocen detalles de su visita a Moscú pero es inevitable que estuviera relacionada con los planes rusos para una nueva Internacional. Casi con toda seguridad, la misión de Fuchs sería exponer a Lenin las fuertes reservas que tenían Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches respecto de la creación planeada. Al mismo tiempo tenían que descubrir exactamente cuáles eran las intenciones de Lenin. Las conversaciones de él con el dirigente bolchevique se mantuvieron en un nivel estrictamente oficioso, cuando no secreto; ninguno de los colegas de Lenin

[97] *Pravda*, 15 de enero de 1925, reproducido en facsímil en *Ausgewählte Reden und Schriften*, t. II, frente a la p. 624.

recibió información oficial de ellas. Las reservas y objeciones alemanas sólo sirvieron para confirmar a Lenin en su determinación de proceder lo más rápidamente posible a fundar la Tercera Internacional. "Debemos apresurarnos [antes de la marcha del "espartaquista"] a preparar la conferencia socialista internacional que fundará la Tercera Internacional."[98]

A su retorno, Fuchs comunicó las intenciones de Lenin. Se confirmaban los peores temores de Rosa Luxemburgo y ella estaba decidida como nunca a que el Partido Comunista Alemán no participara. Dio a los delegados alemanes instrucciones de votar contra la creación de una nueva Internacional en aquel momento y dadas las circunstancias. La consideraba prematura con sólo un partido socialista, el bolchevique, precariamente asentado en un país, y temía que si se formaba, la nueva Internacional estuviera por entero bajo la dominación rusa —como sucedió.[99] Eberlein, el único delegado alemán al congreso de fundación, en realidad no votó contra la resolución de fundar la Tercera Internacional sino que accedió bajo fuerte presión rusa a conformarse con la abstención. Para entonces —marzo de 1919— Rosa Luxemburgo había muerto.

Después de su muerte, la política comunista alemana —y en realidad todo el partido— quedó suspendida en el vacío por cierto tiempo. Al alzamiento de enero en Berlín siguieron triunfantes insurrecciones locales en Bremen y Munich, y se hiceron intentonas en otras ciudades. El gobierno logró enfrentarse con ellas una por una; sólo en Munich hubieron de lanzar las fuerzas de la provincia bávara contra la capital revolucionaria y allí también los comunistas se hicieron cargo de una situación desesperada a la que en principio se habían opuesto, y sufrieron las consecuencias. Eugen Leviné, que debía haber ido a Rusia con Eberlein, fue enviado en cambio a Munich, donde lo ejecutaron en junio de 1919. La

[98] Lenin, *Sochineniya*, 5a. edición t. L, pp. 227-30. Véase también ibid., p. 460, n. 246.

[99] Hugo Eberlein fue el único delegado alemán que pudo hacer el viaje. Se encontró con una reunión desordenada en que los representantes de diversas nacionalidades, hallándose por casualidad en Moscú, se constituyeron en delegados de sus países.

Al principio, los rusos propusieron atender a las objeciones del importante partido alemán y tratar los procedimientos como preliminares, no como constituyentes. Pero no tardó Eberlein en hallarse bajo considerable presión rusa para que no se opusiera a los planes de los bolcheviques, y al final se abstuvo de la votación constituyente de la Internacional, en lugar de votar contra ella como eran sus instrucciones. Véase *Der I Kongress der Kommunistischen Internationale: Protokoll der Verhandlungen in Moskau vom 2 bis zum 19 März 1919*. Hamburgo, 1921, t. I, p. 131. La versión oficial rusa ponía de relieve la tolerancia del partido ruso para con la crisis de conciencia de Eberlein y su espontánea conversión, y no hacía mención de presiones bolcheviques sobre él para hacer votar al importante partido alemán debidamente. Véase informe de G. Zinóviev, *Vosmoi s"ezd RKP (B), mart 1919 goda, Protokoly*, Moscú, 1959. p. 135.

dirección de Alemania se volvió clandestina. Sólo en febrero pudo la *Rote Fahne* volver a aparecer. Su primer cuidado fue identificar a los que habían perpetrado el asesinato. Durante cierto tiempo, la actividad política comunista se limitó a la periferia: Marchlewski trabajaba en el Ruhr y Clara Zetkin en Württemberg. Después de muerto Leo Jogiches, la dirección del partido pasó a Paul Levi y su principal tarea en los doce meses siguientes fue la creación de una organización y la reagrupación de las fuerzas comunistas. En todo caso, Levi había aprendido su lección en enero. Cuando los activistas hicieron otro intento, en marzo de 1921, de alzar la bandera de la rebelión, esta vez con un "planeamiento" más cuidadoso y una "organización" mejor, pero menos apoyo popular, se opuso empeñosamente y al fin lanzó contra ellos el peso de las palabras de Rosa Luxemburgo publicando el panfleto de ella sobre la Revolución Rusa y aludiendo a las disputas dentro de la dirección comunista en enero. Se produjo otra de la serie de dramáticas salidas del KPD. Tanto Levi como el comité central se autorizaban para defender su modo de ver con Rosa Luxemburgo y se disparaban uno y otros citas apropiadas de su obra. Esto también iba a convertirse en costumbre de la política de extrema izquierda en los diez años siguientes.

Los dirigentes comunistas de Rusia y de todas partes estaban perfectamente convencidos de que el socialismo revolucionario alemán había perdido sus líderes más descollantes. En Leningrado y Moscú se celebraron mítines en que los dirigentes bolcheviques rendían homenaje a sus camaradas alemanes. Era inevitable que este golpe en Alemania hiciera retroceder las esperanzas de una revolución internacional. Mas para los rusos el hecho tenía su lado útil, porque con Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches desaparecían allí dos decididos enemigos del control del socialismo internacional por los bolcheviques. En lo sucesivo, los rusos podían imponer más fácilmente su voluntad al partido alemán, y después de la adhesión de la mayor parte del USPD al KPD en diciembre de 1920 los comunistas tuvieron al fin una verdadera base de masas. A pesar de todas las facciones y personalidades que fueron expulsadas del cuerpo principal del partido como chispas de una rueda de fuegos artificiales en los doce años siguientes, mientras los rusos apretaban su garra y hacían oscilar la orientación del comunismo alemán para acomodarla a sus necesidades del momento, el KPD nunca volvió a perder su fuerza organizativa, por lo menos en una parte de las masas.

¿Qué hubiera pasado de vivir Rosa? No había duda de que los combates de enero habían terminado la fase revolucionaria de la evolución de la posguerra en Alemania, que de momento nadie hubiera podido reanimar. El gobierno utilizó su victoria para imponer su voluntad y peso en todas las instituciones revolucionarias de Alemania, y detrás de él el

ejército en pie esperaba, henchido con el apoyo de los cuerpos francos, entusiastas voluntarios contra la revolución. Ambos se abalanzaban ahora hacia el vacío de poder. La sarcástica predicción luxemburguiana de que la burguesía no tardaría en librarse de sus agentes socialdemócratas y en asumir el poder por su cuenta casi se hizo verdad con el *putsch* de Kapp, en marzo de 1920; sólo la inesperada huelga general convocada por los líderes sindicales del ala derecha, que ella había siempre despreciado tan cordialmente, impidió de hecho el triunfo de los militares rebeldes. Todo eso era inevitable después de enero.

La cuestión fascinante es sin duda cómo habría utilizado una dirección comunista con Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht la fuerza masiva que le llegó con la adhesión del USPD. Las condiciones de la fusión fueron en realidad dictadas desde Moscú, y probablemente hubieran sido semejantes si Rosa las hubiera redactado. Rosa Luxemburgo siempre soñó con aquella eventualidad particular en que haría a un lado a los dirigentes independientes y se ganaría a sus partidarios. Con tal base de masas hubiera podido oponerse a que Zinóviev tomara posesión en nombre de la Tercera Internacional y el partido ruso, pero el que hubiera podido revitalizar la máquina de la revolución alemana es otra cosa. Sin duda se hubiera opuesto a los posteriores intentos comunistas por tomar el poder en marzo de 1921 y en 1923, ambos cuidadosamente planeados y preparados... e irremediablemente fallidos. Pero no podemos ir más allá. ¿Cómo hubiera podido oponerse venturosamente a la stalinización cuando nadie pudo? ¿O acaso hubiera salido con Paul Levi si se hubiera impuesto la acción de marzo de 1921 frente a su oposición?

¿Y a la larga? ¿SPD o KPD, campo de concentración nazi o emigración?; y de ser así, ¿al este o al oeste? En 1933, el mundo de Stalin hubiera sido grotescamente extraño para una mujer de sesenta y tres años... y, para aquella mujer, peligroso. ¿O tal vez hubiera sido Harvard, una cátedra especial, un grueso libro negro apologético, con toda la aséptica admiración de los jóvenes, los profesionales neutralmente académicos con sus discretas corbatas de lacito? ¿O quizá la sociología, refugio de inteligentes marxistas europeos? ¿O el suicidio, último recurso, como Martha Rosenbaum y tantos otros, con el corazón hecho pedazos? No podemos decirlo, porque Rosa tenía algo en común con todos ellos.

Siempre es bueno para los biógrafos tomar la muerte de su sujeto como final de un periodo. Aparte de la seductora conveniencia, a veces puede tener justificación. Los principios que Rosa Luxemburgo defendió y la influencia que ejerció tal vez no hubieran sobrevivido aunque ella hubiera seguido en vida. Sin una revolución alemana victoriosa, el incremento del poder ruso y el dominio sobre los partidos comunistas de todas partes era inevitable; no había razón para que Alemania hubiera quedado al

margen de estos hechos. La dolorosa dislocación de lealtades que eso acarreó para tantos dirigentes comunistas le fue ahorrada a Rosa Luxemburgo, aunque sus ideas —en gran parte la representación errada de sus ideas— sirvieran de pelota para el futbol del poder dentro del movimiento comunista mundial. Habiendo muerto ortodoxa, tenía el derecho de ser escuchada. Nunca hubiera podido ser cancelada como alguien que conscientemente se hubiera apartado de lo que iba a ser el rumbo acertado, como Trotsky, Bujarin o Karl Kautsky.

El largo litigio sobre la herencia política e intelectual de Rosa es en sí una distorsión. La verdad, y el papel de Rosa en ella, son bastante simples. Marx dejó dos grandes alternativas, una básica y una derivada. La variable básica era la revolución: formal o efectiva, objetiva o subjetiva, algo que sucedía o algo que había que hacer suceder. (Posiciones extremas éstas, con una infinita variedad de posibilidades entre ellas.) La ruptura irreparable, que transformó las posibilidades en opciones inconciliables, se produjo en 1910, con Rosa y Kautsky sujetando los dos extremos cortados. (La controversia revisionista era en torno al "cómo", no al "qué", al pequeño presente, no al gran futuro; realmente, una disputa de segunda categoría.) De aquella primera ruptura procedía la segunda variable: socialistas que *hacen* la revolución o socialistas que la *conducen*. La atracción que ejercía la Revolución Rusa de Octubre impedía que se formaran posiciones intermedias y producía de inmediato una nueva ruptura. Sólo la muerte de Rosa Luxemburgo impidió que ampliara y defendiera su liderazgo de una tradición revolucionaria marxista alternativa contra otros reclamantes. Pero de todos modos, la posición era bien suya: no era la recompensa de aquellos, incluyendo a Trotsky, que después se apartaron de la colectividad bolchevique, sino la de la fuerte mujer perpetuamente extranjera que perteneció a muchos socialismos y a ninguno. Sólo Rosa Luxemburgo se interesó activamente en las dos grandes divisiones del marxismo moderno y contribuyó en parte a crearlas. Tal es su papel en la historia y la razón de este libro.

Al mismo tiempo, su influencia se extiende mucho más allá de los confines formales del marxismo. Ningún estudioso no comprometido del pensamiento político puede permitirse ignorar un cuerpo de ideas donde se combinan incomparablemente una total lealtad al materialismo dialéctico con la cabal insistencia en los aspectos humanistas y de liberación personal de la democracia revolucionaria. Los que creen que la disciplina de cambio y mejoramiento debe en gran parte ser autoimpuesta, que la moderna economía industrial de Occidente es al mismo tiempo la más áspera prisión para el espíritu humano y la única clave de su liberación; aquellos, en suma, que creen que los avances revolucionarios progresistas deben llevar directamente del capitalismo altamente desarrollado al so-

cialismo sin el control, históricamente retrógrado, ejercido por una pequeña élite que favorece el progreso en las sociedades relativamente atrasadas, no podrán hallar mejor guía ni inspiración que la vida y la obra de Rosa Luxemburgo. En los últimos años de agotamiento revolucionario, la introspección materialista de las sociedades altamente industrializadas de Occidente ha dejado de súbito paso a nuevos movimientos, todavía incoados en el momento de escribir esto, de protesta social, en parte con fuertes matices revolucionarios. Los intelectuales, los estudiantes y las minorías raciales desheredadas han tomado el estandarte de la revolución social de las manos yertas de los trabajadores organizados y lo están enarbolando inspiradamente. Una vez más hay la esperanza de que el ímpetu para el cambio venga de dentro de las sociedades altamente industrializadas y no sólo de fuera y contra ellas, de Asia y América Latina.

Las soluciones de Rosa Luxemburgo pueden haber sido utópicas. Pero si han de conservarse la validez de la experiencia europea y su aceptación como medio de seguir progresando, su contribución general resulta muy importante.

APÉNDICE
LA CUESTIÓN NACIONAL

Rosa Luxemburgo no inventó la noción de que el socialismo y la autodeterminación nacional pudieran ser ideas contradictorias. La dificultad para hallar el énfasis indicado para cada una y la relación correcta entre ellas en la política práctica había ya atormentado a los socialistas polacos al empezar la década de 1880-90. En el contexto polaco es tan antigua como el mismo socialismo; incluso se remonta hasta Marx y Engels. Aunque Marx saludaba el restablecimiento de Polonia como progresista y digno pilar de la Primera Internacional, sus motivos no se basaban simplemente en algún concepto abstracto de derecho o justicia. Marx, con su vasta visión de la historia, elaboró una estrategia revolucionaria de no menor alcance, que apuntaba en gran parte a derrotar a Rusia, entonces el centro geopolítico de la reacción europea. En general, la concepción de Marx y Engels de la redistribución nacional y geográfica de Europa se basaba en cuatro criterios: el desarrollo del progreso, la creación de unidades económicas en gran escala, la ponderación de la aprobación o desaprobación según las posibilidades revolucionarias, y su hostilidad específica hacia Rusia.[1] Su actitud hacia Polonia —con todo el margen debido para la persistente intrusión de este asunto particular— encaja dentro de su marco general y de hecho lo ilustra.

Con el fin de hacer avanzar la revolución alemana era necesario separar a Alemania de Rusia. La creación de una Polonia democrática era la primera condición previa para la creación de una Alemania democrática. El que esa formulación contradijera la política de absorción del gobierno prusiano en relación con las minorías no alemanas era tanto mejor para Marx.[2] El hecho que subrayaba Marx de que el honor de Alemania estaba en juego en la necesidad de recrear a Polonia puede considerarse tanto arma de propaganda como genuino apego a tales motivaciones no materialistas. Una vez exilado en Londres, la preocupación por el derecho y el honor desapareció en gran parte y el acento antiguo se robusteció. La deseable constelación política de Europa oriental se convirtió en el celebrado cordón sanitario antirruso de contención.[3] Reflexionando

[1] Véase Wehler, *Sozialdemokratie*, p. 15.

[2] Véase *Neue Rheinische Zeitung*, 12 de julio, 12 y 20 de agosto de 1848.

[3] K. Bittel (ed.), *Neue Rheinische Zeitung*, nueva edición, Berlín (oriental), 1955, n. 2, febrero de 1850, pp. 116 y ss. Véase también F. Engels en el *Sozial-*

sobre la nueva situación posrevolucionaria de Europa escribía Engels a Marx en mayo de 1851: "Cuanto más reflexiono sobre la historia, más claro veo que los polacos son una *nation foutue,* útil solamente como instrumento mientras se hace entrar a Rusia en la revolución agraria. A partir de ese momento, Polonia no tiene ya ninguna razón de ser."[4]

Esta subordinación de todo interés autónomo a la necesidad estratégica más vasta de derrotar o por lo menos contener a Rusia fue erosionada en parte por el amplio apoyo que prestaron a las aspiraciones nacionales polacas muchos de los colaboradores de Marx, sobre todo en Inglaterra. En el curso del alzamiento de 1863 volvió Marx a insistir con más energía en la necesidad de una recompensa histórica para tal esfuerzo revolucionario.[5] Pero es visible que aun durante ese resurgimiento de interés por la autodeterminación polaca no hay intento de ensanchar el apoyo a una Polonia reconstituida para formar una doctrina general de la autodeterminación. Los diversos intentos de Marx por empeñar a la Primera Internacional en una política específica polaca tampoco hallaron un entusiasmo universal en esa organización.[6] "Marx y Engels tenían interés por los 20 millones de héroes entre Europa y Asia, no como nación sino como potencial revolucionario y estratégico."[7] Engels especialmente se interesaba en poner de relieve el papel funcional de Polonia como vehículo de la revolución; un papel limitado en el tiempo hasta el alba de la incandescencia revolucionaria en la misma Rusia. Cuando en los últimos setentas del siglo pasado dieron los narodniks las primeras señales de un potencial revolucionario allí, la importancia de Polonia decreció rápidamente en su concepción.[8]

Pero al mismo tiempo, esa declaración del papel funcional de Polonia hacía a Engels examinar la cuestión específica de la nacionalidad polaca

demokrat, Zurich, 13 de marzo de 1884.

[4] Carta fechada el 23 de mayo de 1851. Véase también W. Conze, Introducción a W. Conze y D. Hertz-Eichenrode (eds.), *Karl Marx, Manuskripte über die polnische Frage (1863-64),* s'Gravenhage (Holanda), 1961, pp. 25 y ss. (en adelante citado así: "Conze").

[5] Véase carta de Marx a Engels, 2 de diciembre de 1856, y cartas de 13, 17, 19 y 21 de febrero de 1863. Una resolución al respecto se halla en Leon Wasilewski, "Karl Marx und der Aufstand von 1863", *Polen,* t. I, n. 27, Viena, 1915, reproducido en Conze, pp. 91-96.

[6] Véase N. Riazánov, "Karl Marx y F. Engels acerca de la cuestión polaca", *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung,* 1916, n. 6, pp. 192 y ss., 210 y ss. Véanse en particular los argumentos de Marx en la primera conferencia de la Internacional, ibid., pp. 194 y ss.

[7] Wehler, *Sozialdemokratie,* p. 21. La frase citada procede de Paul W. Blackstock y B. F. Hoselitz (eds.), *The Russian Menace to Europe by Karl Marx and Friedrich Engels.* Glencoe (Illinois), 1952, p. 108.

[8] Helmut Krause, *Marx und Engels und das zeitgenössische Russland, Giessen,* 1959, pp. 37, 78 y ss.; Conze, pp. 23 y ss.

algo más generosamente. Cuando en los ochentas empezó a aparecer un movimiento polaco socialista separado, Engels hubo de ocuparse del problema táctico de procurarle el más vasto atractivo posible. Ideó una tesis más precisa acerca de la relación entre progreso revolucionario y estados nacionales. La nación era la "constitución política normal de la burguesía europea", y donde mejor podía desarrollarse. "Ningún gran pueblo puede discutir seriamente sus problemas internos mientras no tiene independencia nacional." Con el fin de evitar cualquier discrepancia entre la política socialista y el evidente deseo de unidad e independencia nacional, era necesario que los socialistas polacos "pongan la liberación de su país a la cabeza de su programa. Un movimiento proletario internacional [...] sólo puede nacer de la existencia de naciones independientes."[9]

Así pues, tanto Marx como Engels establecieron cierto modo de tradición de apoyo proletario a la autodeterminación nacional —por lo menos de los pueblos principales— en general y a la autodeterminación polaca en particular. Esta tradición fue adoptada y desarrollada por los dirigentes de la socialdemocracia en Alemania, Austria y todas partes. Wilhelm Liebknecht en especial se hizo el principal protagonista de esta tesis tanto en sus aspectos generales como en los polacos. Pero con el tiempo cambiaron las motivaciones. La estrategia revolucionaria, según la cual Polonia era una espiga en la máquina política antirrusa de contención y destrucción quedó mutilada. Con la aparición de un movimiento socialista en Polonia y siguiendo la preocupación más estrecha de Engels por una resurrección de Polonia deseable en sí, la cuestión de derecho y justicia alteró la estrategia más amplia. Wilhelm Liebknecht —y hasta cierto punto también su colega Bebel— basaba la legitimidad ideológica de su liderato del creciente movimiento socialdemócrata alemán en la negación específica de la política expansionista del Estado prusiano y el imperio alemán. La ocupación de sustanciales extensiones de territorio polaco fue un ejemplo flagrante; era así natural que el apoyo a la autodeterminación polaca se convirtiera en parte integrante de la "enemistad mortal" que se lanzaba ritual y anualmente a la cara de la sociedad establecida y su superestructura política.[10] Para la socialdemocracia alemana, sobre todo después de la cancelación de la legislación antisocialista, el problema no era meramente parte de la confrontación permanente con el gobierno. En 1890-1900, los polacos de Alemania estaban siendo organizados por su nuevo Partido

[9] Véase carta de Engels a Kautsky, 7 de febrero de 1882, en Friedrich Engels, *Briefwechsel mit K. Kautsky*, 2a. ed. Viena, 1955, p. 50. Ésa fue exactamente la actitud de Kautsky por el resto de su vida.

[10] Para la posición de Liebknecht véase su artículo "El proceso de la educación", *Neue Deutsche Rundschau*, 1898, n. 9, pp. 396-406; véase también su discurso en el Reichstag (sexto periodo legislativo, primera sesión, t. I, p. 422, 17 de diciembre de 1884).

Socialista Polaco; la relación entre éste y el SPD fue un problema al que hubo de adaptarse el compromiso intelectual con la independencia polaca. La relación entre la adhesión tradicional a una idea y su aplicación a cuestiones —delicadas pero obstinadas— de organización en el interior resultaron abundante venero de problemas futuros.

A fines de 1892, la fundación del PPS completó la aparición del socialismo organizado polaco en las tres zonas de ocupación. Cada una de las tres partes de Polonia (la austriaca, la alemana y la rusa) se comprometía a luchar por el renacimiento de un Estado polaco. El hecho de que hubieran de fundarse tres partidos diferentes no era sino una concesión temporal a la división de hecho de Polonia. Los tres partidos hicieron cuanto pudieron por colaborar estrechamente y fundaron en Londres una organización para coordinar sus esfuerzos.

Cuando Rosa Luxemburgo y un pequeño grupo de amigos salieron del PPS de la Polonia rusa en 1893, fue la cuestión nacional la que no tardó en resultar manzana de la discordia entre ellos. Sin duda había sido parte principal en la causa de la escisión, pero había otras cuestiones también, más personales y menos propias para la polémica pública. La cuestión nacional era tanto un medio de diferenciación como su causa; la razón para cavar un foso y al mismo tiempo el instrumento que lo hacía hondo e insuperable. Los fines y los medios formaron bola de nivel hasta que la cuestión nacional llegó a ser la piedra de toque aceptada de sus diferencias.

No fue sino en 1895 cuando se publicó la primera justificación teórica de la posición del SDKP acerca de la cuestión polaca.[11] Entre 1895 y 1897, Rosa Luxemburgo elaboró en una serie de artículos las bases teóricas de su posición antinacionalista y las extendió más allá del contexto polaco. No era todavía una condenación bien configurada de la autodeterminación nacional como concepto históricamente anticuado —y por ende reaccionario—, sino una ampliación de la experiencia polaca, y sobre todo del método de análisis, a otros campos. Se basaba para ello en dos supuestos fundamentales. El primero, que las aspiraciones nacionales y las socialistas eran incompatibles y que la adhesión de los partidos socialistas a la autodeterminación nacional debía subordinar a esos partidos al nacionalismo burgués, en lugar de oponerlos. Y así un programa de autodeterminación nacional era para Rosa Luxemburgo el primero de muchos indicios de un oportunismo que ligaba el socialismo al carro del enemigo de clase —concepto que había de elaborar y perfeccionar durante el debate acerca del revisionismo. En esta medida inventó Rosa el concepto contemporáneo de oportunismo socialista, su caracterización y su identificación como influencia burguesa (es decir hostil) dentro del movimiento socialista. En

[11] M. Rózga, *Niepodlegla Polska a sprawa robotnicza*, París, 1895.

segundo lugar, Rosa Luxemburgo atacaba las premisas de la autodeterminación nacional dentro del contexto particular de la cuestión rusa. Lejos de ser el baluarte de la reacción que debían aniquilar o aislar Estados independientes desprendidos del imperio del zar por la revolución nacionalista, Rusia misma estaba pasando a la época de la revolución social; no era todavía el epicentro que había de ser después de 1905, pero sí ya un eslabón de la cadena del creciente capitalismo europeo en que podían madurar la revolución burguesa y finalmente la proletaria. La Polonia rusa, así como otras regiones no rusas comprendidas en el imperio de los zares, tenía ahora que contar para su liberación no con la separación nacionalista de Rusia sino con la revolución proletaria dentro de la misma Rusia. En realidad, la separación nacional era un paso retrógrado. La revolución en la Polonia rusa llegaría más rápidamente si el desarrollo industrial polaco podía florecer en su contexto panruso; al separar a la industria polaca de sus mercados rusos sólo podía retrasarse el desarrollo industrial polaco, y por lo tanto el progreso de la lucha de clases.[12]

El furor que provocó esta argumentación no se debía tanto a ella en sí como al hecho de que era una enmienda y revisión consciente de Marx y Engels; por lo menos del modo corriente de entender sus ideas. Según los críticos, Rosa Luxemburgo exageraba burdamente el potencial revolucionario de Rusia. El chisporroteo revolucionario de fines de los setentas y los primeros ochentas estaba bastante extinguido; en todo caso, no había sido un esfuerzo masivo organizado del tipo que podría gustar a personas como Wilhelm Liebknecht o Victor Adler. El PPS hizo cuanto pudo por refutar la argumentación de índole económica de Rosa. Afirmaban gravemente que la política de Rosa hacía el juego de la odiada autocracia rusa; nadie sino la policía rusa podía salir beneficiada con ella. El estigma de la alianza entre el SDKP y el coronel Markgrawski, de la gendarmería varsoviana —ya fuera coincidencia o algo más—, fue explotado al máximo en los círculos de la emigración polaca y rusa, propensos al rumor. Para los alemanes, el análisis de Rosa parecía, aparte de todo lo demás, una traición a su obligación moral para con los desheredados polacos del Reich.

En un nivel más profundo, el argumento giraba en torno a la cuestión general de la autodeterminación. Rosa Luxemburgo sostenía que no era la misión de la socialdemocracia fundar minúsculos Estados capitalistas nuevos que nunca serían viables. Citaba desdeñosamente el ejemplo de la costa septentrional alemana: si cada grupo que tenía un dialecto especial pudiera reclamar su derecho a formar su propio Estado, Europa recaería

[12] El argumento económico lo desarrolló Rosa Luxemburgo en su disertación doctoral, *Die industrielle Entwicklung Polens,* Leipzig, 1898.

en una verdadera anarquía feudal.[13] Los días en que la autodeterminación nacional era verdaderamente progresista habían pasado hacía mucho. Pero había tenido su importancia histórica; la aplicación correcta de los procedimentos marxistas puestos al día con toda seguridad llevaría a socialistas prominentes a pedir la autodeterminación nacional en unidades multinacionales sin porvenir como Turquía, la cual se había manifestado incapaz de cualquier desarrollo y progreso económico, en lugar de contribuir a apuntalar a aquellos monstruos arcaicos contra Rusia.[14] Por mucho que subrayara Rosa su ortodoxia al aplicar los procedimientos marxistas a una situación que había cambiado, Liebknecht, Kautsky y Plejánov rechazaban a una sus rectificaciones como inadmisibles, cuando no completamente sacrílegas. Rosa Luxemburgo había vuelto exactamente del revés la estrategia marxista. Marx había pedido una Polonia independiente y una Turquía fuerte para debilitar a Rusia, mientras que aquella papagaya discutidora de Zurich ridiculizaba la posibilidad y el valor de la independencia polaca y ansiaba el desmoronamiento del imperio turco. El hecho de que buena parte del pensamiento de Marx hubiera sido estratégico y abstraído de la aparición de una situación revolucionaria en la misma Rusia no fue tomado en cuenta. La independencia de Polonia se había súbitamente convertido en objeto marxista por sí, como un meteoro caído en medio de las deliberaciones de astrónomos.

En el ardor del debate, Rosa adoptó sin duda una posición extremosa e intransigente. Aunque en público defendía la autonomía de Polonia, empezó por confesar en privado que incluso eso era una concesión; ella hubiera preferido omitir también la autonomía.[15] Alguno de sus colegas, como Marchlewski, compartiendo su posición fundamental no seguían a Rosa en todo, y menos en su insaciable afán de polemizar en público al respecto.[16] Pero en general proporcionaba Rosa relleno tanto como marco para la opinión de que los socialdemócratas debían tomar la geografía de Europa más o menos como la encontraban, que la autodeterminación

[13] Si hubiera sido más receptiva a la historia de Inglaterra y sus circunstancias sociales hubiera podido escoger lo que en realidad es la ilustración clásica de su tesis: el que Gales y Escocia no hayan tenido movimientos nacionalistas de masa en contra de la tendencia burguesa, dominante desde la revolución industrial, a la integración económica con Inglaterra.

[14] Para los artículos de Rosa Luxemburgo sobre la cuestión turca y las respuestas de entonces, véase supra, pp. 94-5.

[15] "Incluso he logrado mostrar algo de enojo con la autonomía [en la proclamación]." Cartas de Jogiches, 11 de abril de 1894, *Z Pola Walki*, Moscú, 1930, n. 9-10, p. 127. Hay varias referencias a la "concesión a la autonomía" en este periodo.

[16] Para una nota de los escritos de Marchlewski sobre esta cuestión véase J. Kaczankowska, *Bibliografia prac Juliana Marchlewskiego*, Lodz, 1954. Véase también supra, p. 92.

era una concesión táctica e intelectual a la burguesía y que la socialdemocracia polaca debía hallar la satisfacción de sus fines proletarios dentro del marco de una revolución rusa. A esta posición se aferró fuertemente hasta su muerte. Fue ella la base de veinte años de polémica con el PPS, la más importante crítica de los bolcheviques después de la Revolución de Octubre y un firme puntal del internacionalismo extremado con que hizo frente a las capitulaciones patrióticas durante la primera guerra mundial. "En la era del imperialismo rabioso ya no puede haber guerras nacionales. [La afirmación de] los intereses nacionales sólo puede servir de medio para engañar y traicionar a las masas laboriosas del pueblo en favor de su enemigo mortal, el imperialismo."[17]

En 1908 recibieron por primera vez las opiniones de Rosa sobre la cuestión nacional en general, perfeccionadas por muchos años de campañas políticas en los partidos alemán, ruso y polaco, una exposición sistemática.[18] Era un ejercicio consciente de deducción, arguyendo a partir de una teoría establecida y hacia los muchos casos y hechos dispersos. Proponía su tesis esencialmente como producto de la época histórica contemporánea; cualquier otro modo de ver tenía que estar errado por anacrónico. Pues en aquel sector, el avance general de las relaciones sociales y el análisis marxista de ellas había dejado en los cincuenta años transcurridos un curioso residuo de idealismo utópico precientífico. "La socialdemocracia, que ha basado toda su política en el método científico del materialismo histórico y la lucha de clases, no puede hacer excepciones en la cuestión de las nacionalidades."[19] Ahora que se había descubierto la brecha había que repararla de inmediato. La base entera de la tesis luxemburguiana sobre la cuestión nacional era que lejos de elevar la dialéctica a niveles nuevos y posiblemente inseguros, ella sencillamente ponía al socialismo científico en el nivel que había alcanzado en todo lo demás. Palabras como "derecho", "ética", "deberes" y "obligaciones" eran clara prueba de modos de pensamiento anticuados. La analogía más reveladora era en lo relativo al derecho a trabajar:

> Allá por 1840 y tantos, la formulación de un "derecho al trabajo" era el postulado tiernamente amado del socialismo francés, como solución total e inmediata de todas las cuestiones sociales. Después de un brevísimo intento por ponerlo en práctica durante la revolución de 1848

[17] *Die Krise der Sozialdemokratie,* apéndice, quinta tesis; citado de Rosa Luxemburgo, *Ausgewählte Reden und Schriften,* t. I, p. 395.

[18] "La cuestión de las nacionalidades y la autonomía", *Przeglad Socjaldemokratyczny,* agosto de 1908, n. 6, reproducido en *Wybor Pism,* t. II, pp. 114-66. Que yo sepa, nunca ha sido traducido a ninguna otra lengua.

[19] *Wybor Pism,* t. II, p. 114.

sin embargo, este "derecho" culminó en un fracaso completo [. . .][20]

Caracterizaba desdeñosamente toda la noción de derechos abstractos diciendo que era como el derecho que según Chernichevsky tenía "todo hombre a comer en bandeja de oro" —idea que solamente respaldaban los anarquistas. Afirmaba constantemente que había identidad entre los socialistas que propagaban el derecho de las naciones a la autodeterminación y los anarquistas, especializados en el logro de tantas otras abstracciones.[21] Este brioso método de "emparejar" a los contrarios más inverosímiles —en este caso a los nacionalistas burgueses con los anarquistas— ubica a Rosa Luxemburgo directamente en la corriente principal de la polémica marxista clásica. Ella misma fue una víctima distinguida de él unos cuantos años después de su muerte.

Uno de los aspectos más interesantes de la argumentación luxemburguiana era su insinuación de que la idea misma de "nación" era temporal. En lugar de ser una norma absoluta y permanente de medición indicaba que tal vez no fuera sino la forma particular en que la sociedad burguesa condensaba su disposición estructural, y que pasaría al venir el fin de la fase capitalista de la historia. Este momento se estaba acercando, y era propio de los marxistas comprender el futuro y no apegarse al pasado.

> Al hablar del derecho de las naciones a la autodeterminación renunciamos a la idea de la nación como un todo. Se convierte así en una unidad meramente social y política [para los fines de medición]. Pero fue precisamente esta idea de nación como una de las categorías de la ideología burguesa algo que la teoría marxista atacó más impetuosamente, señalando que bajo consignas como "autodeterminación nacional" —o "libertad del ciudadano", o "igualdad ante la ley"— asoma siempre un significado deforme y limitado. En una sociedad basada en clases, la nación sencillamente no existe en tanto que conjunto uniforme sociopolítico. En cambio dentro de cada nación hay clases con intereses y "derechos" antagónicos. Literalmente no hay ruedo social —desde la más fuerte relación material hasta la más sutil moral— en que las clases poseedoras y un proletariado consciente de sí mismo pudieran tener la misma posición y figura como un todo nacional indiferenciado.[22]

La limitación histórica al concepto de nacionalidad y nación solamente se insinuaba. El marxismo ortodoxo, el de Kautsky tanto como el de

[20] Ibid., p. 135.
[21] Ibid., p. 140.
[22] Ibid., pp. 147-48.

Lenin, prefería *igualar* el interés nacional al del proletariado en lugar de *someter* el uno al otro, como hacía Rosa Luxemburgo. En todo caso, los hechos demostraron que el pronóstico de Rosa era desacertado, por lo menos en su aplicación al futuro inmediato; el estallido de la guerra demostró claramente que cuando llegaron los sufrimientos la solidaridad nacional barrió los antagonismos de clase. Tal vez a eso se debiera que Lenin prefiriera igualar a someter y que en 1914 sintiera Rosa que buena parte de su modo de ver el mundo se había hecho añicos.

La afirmación de que la autodeterminación nacional era una utopía históricamente invalidada parecía especiosa, pero Rosa procedió a revestirla de ejemplos históricos. Aunque no comprendía todo el alcance del enfoque estratégico de Marx y Engels en el problema de la nacionalidad polaca (entonces todavía no se había publicado la mayor parte de la correspondencia privada entre ellos), captaba lo suficiente para reconocer que Marx era un experto demasiado bueno de sus propios métodos para caer en ningún empeño sentimental por los derechos naturales o abstractos. Rosa Luxemburgo ponía de relieve que las predicciones particulares de fuerza o debilidad para cualquiera de los movimientos nacionales mediado el siglo XIX habían resultado en extremo falibles y que la validez del análisis de Marx no dependía en lo más mínimo de su erróneo —como después se vio— apoyo al desahuciado imperio turco ni de su derogatorio pronóstico para el nacionalismo checo.[23] Para entonces tenía buen cuidado Rosa de no confiar demasiado en el ejemplo polaco (nadie hubiera aceptado en la Segunda Internacional un análisis general basado en Polonia). Pero ilustraba el progreso del nacionalismo utópico al internacionalismo científico con su propia experiencia polaca.

> El místico socialismo sentimental que se desencadenó en toda Alemania allá por 1830 y tantos, representado por Karl Grün y Moses Hess, reapareció en una versión debidamente enredada al cabo de cuarenta años en las ideas de Limanowski: el *Lud polski* al empezar y el *pobudka* al acabar los ochentas del siglo pasado; una búsqueda afanosa de todo lo bello y bueno. El señor Limanowski, último dirigente del PPS, unificó el socialismo polaco sobre la base de que el socialismo es sin duda una idea bella y el patrimonio una no menos bella; luego "¿por qué no podrían unirse dos ideas bellas?"[24]

Todo el tiempo confrontó Rosa Luxemburgo al idealismo y la belleza

[23] Ibid., pp. 123-28. Debería tenerse en cuenta que esto se escribió casi al final del periodo en que Rosa creía que la historia de Alemania era precursora de la de sus vecinos.

[24] Ibid., pp. 150-51.

con el pesimismo de la necesariedad histórica. Ciertamente, la revolución acabaría por liberar el potencial innato de la naturaleza humana; pero la tarea de ella no era ahora subrayar el aspecto moral de la revolución marxista contra sus detractores burgueses y su "ley y orden" sino, por el contrario, poner de relieve los imperativos con frecuencia duros de las leyes históricas. Los vulgares llamados propagandísticos a aliados potenciales pero temporales de la clase obrera sólo podían resultar fatales. En todo caso, iban estrictamente contra la tradición del socialismo científico.

> Marx y Engels en realidad no pagaron ningún tributo al egoísmo de partido o clase y ciertamente no sacrificaron las necesidades de la democracia occidental europea a[l concepto de] la nación, como podría parecer a primera vista. Verdad es que parece mucho más magnánimo y atractivo para la exuberante imaginación de los intelectuales jóvenes cuando los socialistas anuncian una amnistía general y universal para todas las naciones actualmente sometidas. Pero ese intento de dar de un plumazo a todas las naciones, los países, los grupos y todas las creaciones humanas el derecho a la libertad, la igualdad y la felicidad es propio solamente de la adolescencia del movimiento socialista —y más aún de la petulante fraseología del anarquismo.
>
> El socialismo de la clase obrera contemporánea —socialismo científico— no preconiza soluciones de apariencia meramente generosa para los conflictos sociales y nacionales [. . .] La socialdemocracia no se distingue por la magnanimidad de sus programas y constantemente la están aventajando al respecto partidos socialistas no ligados por ninguna doctrina científica, que siempre tienen las bolsas llenas de atractivos regalos para todo el mundo. Así por ejemplo en Rusia los socialistas revolucionarios dejan muy atrás a la socialdemocracia en su solución al agro y tratan de tener a su disposición una receta para el bienestar de los campesinos: la introducción parcial e instantánea del socialismo en el campo, sin [nuestra] triste espera a que se presenten las debidas condiciones para la eliminación del capital industrial por medio de la revolución. En comparación con esos partidos, la socialdemocracia es y siempre será un partido pobre, como pobre era Marx en comparación con el generoso Bakunin, que lo prometía todo . . .[25]

Tal vez fuera ésta la única ocasión en que Rosa sustentara el descuido en que a los campesinos tenían el SDKPiL y la ulterior Liga Espartaquista con una cabal justificación teórica. Pero esta posición se deduce

[25] Ibid., p. 134.

lógicamente de todo su análisis de la cuestión nacional. Así como el nacionalismo no era buen compañero de cama para las aspiraciones socialistas, así el descontento campesino sólo podía desviar la energía de la clase obrera por canales pequeñoburgueses. Para Rosa Luxemburgo, el papel principal del proletariado en la Revolución Rusa de 1905-06 —concepción plenamente compartida por los bolcheviques— necesariamente la llevó a rechazar alianzas con los campesinos y nacionalistas tan firmemente como con los liberales burgueses. Era una conclusión bastante lógica, pero a ojos de Lenin su misma lógica la hacía abstracta y dogmática. Debía oponer al concepto de Rosa una lógica de género diferente: papel autónomo del proletariado, sí; pero alianzas con todos los elementos que históricamente habían de moverse hacia adelante (en sentido revolucionario) antes de que se movieran hacia atrás; por otra parte, ninguna alianza con los liberales que ya habían alcanzado la máxima extensión con su empuje revolucionario y que independientemente de lo que *dijeran* hacer en realidad retrocedían.

La argumentación de Rosa era más floja cuando trataba de aplicarla concretamente a Rusia. La última parte de su artículo es una *reductio ad absurdum,* curiosamente alterada, del impacto hondo y personal que esta cuestión había hecho en el pensamiento de todos cuantos se interesaban en el futuro revolucionario de Rusia. Cada parágrafo empieza con "supongamos que...", prueba de que estaba a punto de poner abstracciones en el lugar de las realidades.[26]

Tal vez sea tácticamente significativo (y no más) el que Rosa citara y criticara una formulación menchevique de la cuestión nacional y no una bolchevique, aunque por esta vez hubiera poca diferencia entre ellas. Y por cierto que ello no la salvó de una abundante descarga de la cólera de Lenin; infaliblemente él escogió el punto más débil de su argumento... pero seis años después, cuando por otras razones le convino salpicar con un poco de lodo a los polacos de Berlín.

En términos prácticos, la oposición de Rosa Luxemburgo al PPS y su política de autodeterminación hicieron de ella el más eficiente aliado de la política SPD de integración organizativa para las minorías de Alemania. Estaba igualmente empeñada al menos en teoría en la integración en un partido panruso; pero aquí el estado del mismo partido ruso y una renuncia a disolver el SDKPiL como empresa en marcha impedían toda aplicación de esa política. Esta falta de concordancia entre las palabras y los actos suministró excelente munición a sus contrarios del PPS y buena parte de los escritos de Rosa hubo de dedicarse a un complicado intento de justificar la independencia continuada del SDKPiL en tanto que par-

26 Ibid., pp. 156 y ss.

tido. Pero aunque su táctica cuadraba bastante bien con la orientación general, las relaciones exactas entre política del partido y política nacional nunca fueron exploradas. Como de costumbre, Rosa calló en cuanto se trató de la lógica de la organización. Podía oponerse a la política de autodeterminación y zaherir a los partidos que la preconizaban, pero defendía obstinadamente la resistencia de su propio partido (y por implicación de todos los demás) a sumergirse en conjuntos supranacionales. Atacó así al partido austriaco y sus dirigentes por preconizar la autodeterminación nacional en un contexto sociopolítico, mientras los bolcheviques los atacaban por la razón contraria: dar al derecho nacional de autodeterminación una expresión organizativa concreta en términos de partido. Los austriacos visiblemente lograron disgustar a todos. Pero es más importante el hecho de que tanto las posiciones del SDKPiL como las de los bolcheviques contenían serias contradicciones, que atentaban contra sus propios intereses vitales.

La dicotomía bolchevique de partido y sociedad hubo de llevar a algunos reajustes bastante torpes después de 1917, y Stalin casi acabó con el partido antiguo con el fin de reducir la excesiva distinción tradicional entre ellos. Pero al menos Lenin reconocía la necesidad de justificar la separación e insistía en la unidad dialéctica entre la autodeterminación nacional en su contexto social y la subordinación organizativa absoluta al centro en un contexto de partido. Rosa Luxemburgo no veía problema ni contradicción y tan sólo combinaba la independencia del partido con su negativa a las naciones aspirantes. La idea de que la organización de partido pudiera estar relacionada funcionalmente con la solución teórica o práctica de los problema sociales y pudiera incluso sentar un precedente para la sociedad posrevolucionaria era enteramente irreal para ella. Para quien creyera que el sentido más importante del proceso revolucionario era la igualación, la fusión de partido y sociedad, la subordinación o independencia organizativa de un partido socialista respecto a otro no podía parecerle cosa de mayor importancia; y por eso no era necesario que encajara dentro de ninguna teoría de la revolución.

Rosa Luxemburgo se esforzó mucho por distinguir entre las posiciones de quienes no estaban de acuerdo con ella. Así como Lenin metía a sus diversos oponentes en unos cuantos sacos colectivos que llevaban el rótulo sencillo de *liquidadores* y *oportunistas,* así Rosa creó la categoría archisimplificada de *nacionalistas o socialpatriotas*. Del mismo modo que los comunistas siempre se negaron a ver diferencia que valiera la pena entre centrismo y reformismo después de 1914, Rosa se negó a distinguir en el movimiento polaco entre el nacionalismo abierto del ala derecha PPS y la política de la izquierda PPS y entre quienes propugnaban en el con-

texto más amplio por que la autodeterminación nacional tuviera prioridad absoluta y quienes, como Lenin y Kautsky, la apoyaban condicional y limitadamente.[27] En su debate con Lenin, en particular, entraron cierto número de cuestiones diferentes, que pueden dividirse de un modo general en dos categorías. La primera, la cuestión de la autodeterminación como elemento de política revolucionaria y la segunda, la cuestión de las relaciones de partido en una situación multinacional.

Hasta 1914, Kautsky obró como el principal intérprete del marxismo, en la cuestión de las nacionalidades como en casi todas las demás. En la mayoría de sus sustanciales escritos sobre esta cuestión Lenin se basó ante todo y sobre todo en Kautsky, y Rosa Luxemburgo lo consideraba también su antagonista de mayor peso. Los intentos de ella de confundir sus opiniones con las del PPS fueron con frecuencia mistificación deliberada. En realidad, Kautsky y Lenin distinguían perfectamente entre nacionalismo declarado y la política socialista de autodeterminación, que si bien reconocía la validez de las aspiraciones nacionales, las subordinaba formalmente y en toda ocasión a las exigencias de la lucha de clases. En 1903 Lenin y Mártov, al preparar una plataforma para el segundo congreso, declararon terminantemente que su aceptación del derecho a la autodeterminación no implicaba ni un ápice menos de apego y dedicación a la revolución socialista. Para Lenin en particular la cuestión de las nacionalidades era doblemente importante. Por un lado, una fuente intacta de potencial revolucionario para debilitar y acabar con la autocracia zarista. Él no aceptaba en lo más mínimo la caricatura que Rosa hacía de su política como garantía utópica de autodeterminación nacional para grupos étnicos que, por razones geográficas u otras, era evidente nunca podrían construir un Estado aparte y nunca lo habían constituido anteriormente. Pero al mismo tiempo ciertamente iba Lenin en su política de nacionalidades más allá de una mera canalización de la energía revolucionaria en ese sentido —como con los campesinos. Sentía verdaderamente la iniquidad del chovinismo gran ruso, por encima de las consideraciones de índole táctica. Las pruebas parecen indicar que en este asunto estaba aferrado Lenin a un modo personal de ver lo justo y lo injusto que no se conectaba y desconectaba a voluntad.[28] Al insistir

[27] El papel de pionera de la metodología polémica que desempeñó Rosa Luxemburgo es interesante de un modo marginal. No fue ella quien inventó los "emparejamientos" marxistas (fue Marx), pero los practicaba con maestría años antes que Lenin. El oportunismo en la Segunda Internacional fue en parte descubrimiento de ella —ciertamente lo conceptualizó— e "inventó" el socialpatriotismo.

[28] Aun en sus últimos días estaba Lenin dispuesto a entrar en conflicto con sus colaboradores más cercanos por esta cuestión. A fines de 1922 se aprestaba a lanzar una campaña él solo contra la política de nacionalidad colectiva del partido, pero se lo impidió su segundo ataque. Véanse sus notas en *Sochineniya,* t. XXXVII,

en la inclusión del derecho a la autodeterminación en el apartado 7 del programa del partido ruso —donde siguió durante quince años hasta que fue incorporado a la constitución de la Unión Soviética— Lenin seguía sus convicciones íntimas tanto como las evidentes necesidades tácticas de la Revolución Rusa. Fue este punto más que ningún otro el que lo había separado de los narodniks allá por 1890 y tantos y lo iba a poner en conflicto permanente con los revolucionarios socialistas en el nuevo siglo.

Pero había una diferencia marcada entre las opiniones de Lenin sobre la cuestión de las nacionalidades como programa para la revolución y la relación entre los diferentes partidos y el RSDRP. En esto no hacía Lenin concesión de ningún tipo. Fue la insistencia del Bund en la autonomía de partido, más que ninguna aspiración a la separación nacional judía, la que inspiró las maniobras de la *Iskra* para obligar al Bund a retirarse del segundo congreso. Aunque dispuesto a complacer a los polacos temporalmente, Lenin también se negó a entrar en ningún compromiso de partido federal con ellos. En 1906, en Estocolomo, se logró un entendimiento y los polacos y los letones quedaron intactos como miembros separados del RSDRP, pero a Lenin nunca le gustó esa situación y tuvo sumo gusto en exorcizar a aquellos aliados, útiles a veces pero poco de fiar, de la participación *de jure* después de 1912. Había, pues, una significativa diferencia entre la autodeterminación como arma propagandística de la revolución y su aplicación como forma de estructura de partido; en cuestiones de partido, Lenin era y siguió siendo rígidamente unitario y centralista.

¿Cómo iban a combinarse las dos opiniones contrarias después de la revolución, una vez que hubiera desempeñado la parte requerida de potencial revolucionario la autodeterminación? Lenin no arrojó por la borda el derecho prometido de autodeterminación, y ciertamente insistió en él en 1917 y 1918, pese a las murmuraciones de muchos de sus colegas.

> El derecho a la autodeterminación [y la secesión si es necesario] es una *excepción* a nuestra política general de centralismo. Esta excepción es absolutamente necesaria en vista del ultrarreaccionario nacionalismo gran ruso. La menor renuncia a esta excepción equivale al oportunismo:

pp. 553-59, publicadas por primera vez en la Unión Soviética en 1956. Su acusación final contra el carácter de Stalin se basaba en parte en la manera que tenía éste de tratar a los bolcheviques georgianos. Véase I. Deutscher, *Stalin. Biografía política*. Ed. Era. México, 1965, pp. 230 y ss. Para un resumen, breve pero preciso, de la actitud y la política de Lenin en lo relativo a la cuestión de las nacionalidades. véase Alfred G. Meyer, *Leninism*, 2a. ed., Nueva York, 1962, pp. 145-55, en particular pp. 152 y ss., para sus primeros argumentos contra las tendencias chovinistas en la dirección de su propio partido.

es una capitulación candorosa en manos del ultrarreaccionario chovinismo gran ruso.[29]

Pero esto no daba a las naciones de la periferia anteriormente oprimidas el derecho de escoger una forma laxa cualquiera de asociación con la Unión Soviética. O ejercían el derecho de autodeterminación y se separaban o se quedaban dentro de la Unión Soviética; no era posible una forma intermedia de asociación parcial —lo mejor de ambos mundos. Allí donde tenían que ver los partidos comunistas de esos países no podría haber concesión ninguna al principio federal; el centralismo democrático era la única relación posible de partido. Si llegaban al poder y decidían integrarse con Rusia —paso lógico que Lenin esperaba dieran libremente— entonces se resolvía la relación de partido con sociedad. La "generosidad" de la Rusia bolchevique sólo podía ayudar a la mayor fortuna de sus aliados locales.

La diferencia entre Rosa Luxemburgo y Lenin en cuestiones prácticas no era, pues, aproximadamente tan grande como la polémica sobre los fundamentos. Lenin insistía mucho menos en la validez universal de su tesis que Rosa Luxemburgo en la suya. Cuanto él quería era que lo dejaran solo para aplicar sus modos de ver en su partido; aunque creía en el derecho universal a la autodeterminación nacional, no hacía propaganda en favor de su adopción por todos los partidos.

Ningún marxista ruso pensó en reprochar a los socialdemócratas polacos el que se opusieran a la secesión de Polonia. Esos socialdemócratas yerran solamente cuando, como Rosa Luxemburgo, intentan negar la necesidad de poner el derecho a la autodeterminación en el programa de los marxistas *rusos*.[30]

Tres años después, entre la primera y la segunda Revolución Rusa, la tolerante libertad para los demás partidos de exponer las opiniones que les pareciera sobre la autodeterminación se plasmaba en una alternativa dialéctica.

Ellos [el SDKPiL] tienen perfecto derecho a oponerse a la separación de Polonia, pero no comprenden que para propagar el internacionalismo no necesitamos repetir exactamente las palabras de los demás. En Rusia *tenemos que* poner de relieve el derecho de los pueblos sometidos

[29] Lenin, cartas a S. G. Shaumyan, *Sochineniya,* 3a. ed., t. XVII, p. 90.

[30] Lenin, "Del derecho de las naciones a la autodeterminación", *Sochineniya,* t. XX, p. 400.

a separarse mientras que en Polonia *tenemos que* poner de relieve el derecho de tales naciones a unirse.[31]

El *poder* se había convertido en *tener que* y el pronombre "nosotros" se aplicaba tanto a Rusia como a Polonia. Para entonces, un fuerte grupo de polacos se había unido a los bolcheviques para bien o para mal y parecía natural decir "nosotros" tanto en el contexto ruso como en el polaco. Todavía podían aplicarse diferentes tácticas a campos diferentes, pero del centro único bolchevique emanaba claramente una sola política. Claro está que los polacos no aprobaban tampoco la formulación más benévola de Lenin, y tampoco Rosa Luxemburgo, prisionera en Wronke; los bolcheviques fieles como Dzerzhinsky, Marchlewski y Hanecki seguían propagando la antigua e incambiada tesis del SDKPiL dentro del partido ruso.[32] Solamente el patente fracaso de la invasión de Polonia canceló definitivamente este modo de ver tanto en el partido ruso como entre los polacos. Dzerzhinsky, tal vez el más encarnizado de todos los contrarios a la autodeterminación para Polonia, no se retractó públicamente sino casi al final de su vida.[33]

Todo esto presta al ataque de Lenin a Rosa Luxemburgo por la cuestión nacional en 1914 una perspectiva particular. La aspereza del ataque de ella comparada con el tono de sus polémicas simultáneas con Rádek y otros *roslamowcy* tenía poco que ver con la cuestión nacional en sí. Lenin no la emprendía tanto con Rosa como, a través de ella, con contrarios de segunda fila en su órbita rusa, hecho que reconoció deliberadamente en su artículo.[34] Además, el texto ofensor de la Luxemburgo databa de 1908 y sin duda lo leyó Lenin mucho antes de 1914; era el punto culminante de su cooperación. El mismo Lenin reconoció que las críticas que

[31] Discurso de Lenin sobre la cuestión de las nacionalidades en la 7a. conferencia panrusa del RSDRP (bolcheviques), el 29 de abril (12 de mayo) de 1917 en respuesta a Dzerzhinsky; véase *Sochineniya,* t. XXIV, p. 265. Subrayado mío.

[32] El mismo problema volvió a ser examinado más o menos del mismo modo en el octavo congreso del partido en marzo de 1919; esta ocasión fue una de aquellas en que denunció Lenin con mayor impetuosidad el chovinismo latente en los círculos del partido. *Protokoly VIII s"ezda RKP(B).* Moscú, 1933, p. 107. En el contexto particular polaco, Lenin y Marchlewski volvieron a la carga con los mismos argumentos, y Marchlewski siguió afirmando que los polacos triunfarían contra la política de autodeterminación allí donde los rusos habían fracasado. Lenin, *Sochineniya,* t. XXIX, pp. 153-54.

[33] Feliks Dzerzhinsky no habló del "error de la autodeterminación" sino el 3 de octubre de 1925, "Do robotnikow Dolbysza", en *Pisma Wybrane*, Varsovia, 1952, p. 416.

[34] Lenin, "Del derecho de las naciones a la autodeterminación", *Sochineniya,* t. XX, p. 365. Véase también "Observaciones críticas acerca de la cuestión nacional", ibid., pp. 1-34.

hacía Rosa al programa del partido ruso en materia de nacionalidades no tenían ningún valor táctico.

> ¡Cuando los polacos ingresaron [en nuestro] partido en 1906, *jamás* [...] se les ocurrió la menor moción para alterar el parágrafo 9 [entonces el 7] del programa ruso! Es un hecho. Y este hecho prueba claramente, en contra de todas las aseveraciones y afirmaciones, que los amigos de Rosa Luxemburgo consideraban el debate en la comisión de programa para el segundo congreso solucionado por la resolución del congreso, que reconocían calladamente su error y lo corrigieron en 1906 cuando ingresaron en el partido después de haber dejado el congreso del partido en 1903, sin hacer el menor intento de replantear la cuestión de la revisión del parágrafo 9 *en la manera debida de partido.*
>
> El artículo de Rosa Luxemburgo [...] apareció en 1908 —naturalmente, a nadie se le ocurre negar a los escritores del partido el derecho de criticar el programa— pero incluso *después* de su artículo, *ni un solo* organismo oficial de los marxistas polacos volvió a plantear la cuestión de revisar el parágrafo 9.[35]

Como notaba Lenin, "Rosa Luxemburgo siempre se está perdiendo en comentarios generales acerca de la autodeterminación [...] sin plantear jamás la cuestión clara y precisa de que se trata; meras definiciones jurídicas de las experiencias de los movimientos nacionales de todo el mundo".[36]

De este modo quedaba la cuestión nacional rusa orgánicamente dividida en consideraciones tácticas, que podían ajustarse a las diversas circunstancias de los diferentes países, y cuestiones de estrategia, que siempre serían controladas centralmente por un partido unido y cohesivo. La relación dialéctica entre esos dos aspectos era evidente mientras se trataba de preparar la revolución. Pero en cuanto ésta triunfaba, los complementarios se convertían en paradojas, y la paradoja teórica no tardaba en echar los dientes robustos de la incompatibilidad política. Obstinadamente, Lenin se atuvo a su formulación y sus supuestos frente a todas las dificultades de tipo práctico y la oposición de sus colegas. Pero sin esos supuestos, su tesis, debidamente interpretada, proporcionaba ahora los medios de enfocar la cuestión nacional de un modo muy diferente del que él entendiera. Escribiendo sobre la cuestión de las nacionalidades, guiado y dirigido por Lenin, antes de la guerra, Stalin había atacado al partido federal de los austriacos:

35 *Sochineniya,* t. xx, pp. 416-17.
36 Ibid., p. 366.

De este modo, un movimiento de clase unido se ha dividido en corrientes nacionales distintas [...] Esto únicamente contribuye a agravar y embrollar el problema creando condiciones que en realidad fomentan la destrucción de la unidad del movimiento de la clase obrera, que fomentan la división nacional entre los obreros e intensifican las fricciones entre ellos.[37]

Este énfasis en la cohesión del partido, si preciso a expensas de la separación nacional, tendría su importancia. Para 1918, Stalin, entonces experto reconocido del partido en materia de nacionalidades, había redefinido la tesis de Lenin aún más ominosamente, y casi como una caricatura de Rosa Luxemburgo.

Todo esto conduce a la necesidad de interpretar el principio de la autodeterminación no como un derecho para la burguesía sino [exclusivamente] para las masas trabajadoras de la nación de que se trate. El principio de la autodeterminación debe ser un instrumento de la lucha por el socialismo y debe subordinarse a los principios del socialismo.[38]

La autodeterminación había perdido su sentido específico. Fueron muchos los esfuerzos lingüísticos de Stalin que vaciaron palabras útiles y bastante precisas e hicieron de ellas chatas consignas, con la misma generalizada ausencia de contenido. En adelante no sería difícil calificar de burguesa una solicitud de secesión y oponerle la solicitud progresista de unidad con Rusia procedente de las masas laborantes (asumidas), y llamarlas a la primera como a la segunda, autodeterminación. De este modo, una minoría podía considerarse portavoz de las masas y Rusia podía con toda serenidad denegar el deseo de secesión —y aun de demasiada autonomía— a cualquier nación marginal fundándose en que semejante pretensión sólo podía ser burguesa y por lo tanto no representaba la voluntad de las masas.

[37] Stalin, "El marxismo y la cuestión de las nacionalidades", *Sochineniya,* t. II, pp. 331-32.

[38] Stalin, "Informe sobre la cuestión de las nacionalidades (1918)". *Sochineniya,* t. IV, pp. 31-32. Rosa Luxemburgo había declarado con frecuencia que si la autodeterminación nacional había de subordinarse al socialismo, si sólo esa autodeterminación era admisible como verdadera promovedora del socialismo, entonces la autodeterminación se liquidaba a sí misma, porque no tenía sentido ninguno. El argumento pareció estéril precisamente porque nadie veía la autodeterminación de modo tan abstracto.

Mientras Stalin reinterpretaba el leninismo declarando al mismo tiempo su devoción por él, otros trataron más honestamente de reformular la tesis oficial de Lenin, y por eso chocaron con él en público. Véase *Protokoly VIII s''ezd RKP(B),* pp. 88 y ss., 92 y ss.

Y esto fue lo que sucedió en la práctica.[39] Pero no lo que Rosa quería, naturalmente. El abandono del derecho nacional a la autodeterminación tenía que proceder autónomamente de los polacos y los letones y no ser dictado por Rusia. El aliento dado por los bolcheviques a la autodeterminación había producido una grave debilitación de la región central revolucionaria en 1918, que Rosa lamentó repetidas veces en aquel tiempo. En *La Revolución Rusa* preveía que aquella debilidad autoimpuesta precisamente podría conducir a los bolcheviques, al final, a la dureza y la rigidez para poder superar el problema creado en parte por ellos mismos. Ya el terror, la supresión de todos los demás periódicos y partidos, eran los resultados derivados de la fatal política de Lenin. Ella prefería a la reinterpretación demasiado sutil pero represiva de Stalin ante las angustias de la necesidad una campaña abierta de argumentación contra el anticuado derecho a la autodeterminación. Los efectos últimos de la política de Stalin como la de Rosa Luxemburgo podían haber sido semejantes —autonomía local y cultural para las diferentes nacionalidades pero inclusión administrativa y política en la Unión Soviética con control central—, pero ciertamente Rosa nunca habría aceptado los métodos con que al fin se logró. Fue en su penetrantte y casi visionaria caracterización de las consecuencias metodológicas de la política bolchevique de las nacionalidades, y no en sus persistentes negaciones de la fuerza y el potencial revolucionario del nacionalismo donde Rosa se elevó a mayores alturas intelectuales. Quizá fuera aquello históricamente insoluble, como la cuestión campesina; es probable que la política de Lenin sólo pudiera conducir a la aplicación práctica de Stalin y que la campaña de Rosa Luxemburgo en favor de un socialismo revolucionario sin nacionalismo estuviera condenada al reino de la teoría.

El internacionalismo extremo y dogmático de la Luxemburgo ha parecido enigmático a muchos comentaristas. La historia comunista ve en él una aberración; una de tantas. Pero una aberración que sólo puede entenderse en relación con el leninismo "correcto". El hecho de que no fuera escogido para un ataque más preciso al comenzar la década de los veintes habla tanto en favor de la importancia que tenían muchos de sus ex-colegas en el partido ruso como de la simpatía que pudieran sentir por sus opiniones como tales. Los escritores no comunistas (o ex-comunistas) como Paul Frölich han querido relacionar el antinacionalismo de Rosa con su

[39] El mejor enfoque de la política soviética en relación con las nacionalidades es el de Richard Pipes en *The Formation of the Soviet Unión*, Cambridge (Mass.), 1954; E. H. Carr, *Historia de la Rusia Soviética*, Alianza Editorial, Madrid, 1972, t. I, parte 3. Para un estudio amplio del problema hasta nuestros días véase Walter Kolarz, *Communism and Colonialism*, Londres, 1964.

origen social, de miembro de una minoría desheredada. Se han hecho intentos ocasionales de descubrir un aspecto específicamente judío en su filosofía internacionalista.

No es ésta una cuestión sencilla. Primeramente está su denegación de un derecho polaco concreto a la autodeterminación, que no es lo mismo que negar la nacionalidad polaca. Ella siempre reconoció su identidad nacional distinta. Aunque es probable que concediera mayor importancia a la autonomía polaca, por razones tácticas, de la que inicialmente quisiera, la afirmación de sus antecedentes polacos era un medio constante de distinguirse de los alemanes, por los que tanta aversión sentía. Su afirmación era siempre polaca y no judía. Aunque le gustaba emplear una arcana taquigrafía yidish, no tenía interés por sentirse judía, ni como norma de conducta ni como base de identidad personal. En 1917, cuando muchos de sus amigos trataban de racionalizar su desesperanza, ella reconvino rudamente a Mathilde Wurm por su sentimentalismo.

> ¿De dónde sale con sus cuitas especiales judías? A mí me preocupan igual las pobres víctimas indias del Putumayo, los negros del África [...] El "altísimo silencio del eterno", en que tantos gritos se han perdido, resuena tan fuertemente dentro de mí que no puedo hallar un lugar especial en mi corazón para el gueto. Yo me siento en mi casa en todo el mundo, doquiera haya nubes y pájaros y lágrimas humanas.[40]

Debemos, pues, distinguir entre conciencia nacional y patriotismo. La una era lícitamente personal, una selección cualitativa de características que a Rosa le gustaban o disgustaban en los demás —y, suponemos, también en sí misma. Era propensa en esto a las generalizaciones irrestrictas: la persona *x* era típicamente germánica, la cualidad *y* típicamente rusa. Los escandinavos eran una calamidad; y los ingleses también, en general... y encima unos disimulados. La intransigencia de Lenin era "salvajismo tartaromongólico". Y así sucesivamente. Pero esto nunca se entremetía en la política, ni franca ni subconscientemente; ninguno de sus biógrafos alemanes parecen haberse dado cuenta de que le disgustaban los hombres y costumbres de una sociedad por la que dio su vida. Lo que vuelve patriótica la conciencia nacional es la conceptualización de los sentimientos personales en la política, la conexión de sensaciones personales distintas para formar un sistema coherente de creencias y actitudes. Esta distinción puede parecer artificial por insólita. Para la mayoría de las personas un sentido fuerte y crítico de los atributos se vuelve automáticamente un sistema de conciencia patriótica. Mas no en el caso de Rosa Luxemburgo.

[40] *Briefe an Freunde*, pp. 48-49, fechada el 16 de febrero de 1917.

La noción de una patria nacional y aun de un hogar cultural especial le era totalmente ajena.

¿Fue entonces Rosa Luxemburgo uno de los primeros ciudadanos del mundo, capaz de conceptualizar una internacionalidad con el mismo significado profundo y personal que tiene la nacionalidad para los mortales ordinarios? Ésa ha solido ser la respuesta. Creo que no es acertada. Ese internacionalismo, dondequiera que exista, suele ser una cualidad negativa, no positiva, una rebelión contra la decepción nacional y no la aceptación de una unidad más vasta y difusa. Muchos rebeldes de este tipo buscan un nuevo y ferviente nacionalismo, alguna religión milenaria (u otra distinta), y unos pocos se hacen ciudadanos del mundo; pero siempre en negación. Eso es más fácil para los marxistas: nuevos odios y nuevas lealtades. Los comunistas objetivan sus relaciones personales con un colectivo ajustado. Las emociones que suelen hallar realización en el patriotismo se embotan, y en el espacio vacío que queda proliferan otras. Pero quedan muchas de las características y actitudes patrióticas. Lenin unían a un odio preciso y específico por el chovinismo ruso la plena aceptación y manifestación de la cultura y las actitudes rusas; ¿era un internacionalista? Las emociones "patrióticas" de Rosa Luxemburgo siguieron precisas y concentradas, pero no tenían raíces en la *Gestalt* de los límites geográficos o las semejanzas étnicas. Más que ningún otro marxista, ella logró trasponer intactas sus lealtades de *nación* a *clase*.

> El fiscal apeló a la ciudad en sus observaciones finales a propósito del ciudadano alemán, el patriota, cuya función es conservar el honor y la decencia del Reich alemán contra mí, criatura sin hogar. Por lo que hace a la cuestión de no tener patria, yo no me cambiaría con el fiscal por ningún motivo. Yo tengo una patria más querida y mayor que la de ningún fiscal prusiano [...] ¿Qué patria mejor que la inmensa masa de los hombres y las mujeres que trabajan? ¿Qué otra patria sino el mejoramiento de la vida, de la moral, de la capacidad intelectual de las grandes masas que constituyen un pueblo?[41]

Rosa Luxemburgo transfirió toda la energía y las satisfacciones de la conciencia patriótica a la conciencia de clase; a la clase trabajadora. Esto no era ni un esfuerzo del intelecto ni un ritual de purificación ideológica sino una genuina objetivación de la clase en tanto que foco de las lealtades personales.[42] Necesariamente han de ser limitadas las lealtades en

[41] Discurso de Rosa Luxemburgo en Friburgo, en *Volkswacht,* Friburgo, n. 57, 9 de marzo de 1914, reproducido en *Rosa Luxemburg... gegen... Militarismus,* p. 97.

[42] El hecho de que sea posible esta transferencia me parece invalidar la sociología neomarxista de "hasta aquí pero no más allá" de Ralf Dahrendorf y su es-

cada persona; a menos de reconstruir totalmente la personalidad humana, no puede haber un fondo de reserva de lealtades para conceptos o estructuras nuevos. Lo único posible es la transferencia; tomar de aquí para dar allá: una forma de sustitución. O bien algunas lealtades se debilitan por otras, o bien se transfieren intactas a un diferente grupo de relaciones. Esto es lo que hizo Rosa Luxemburgo. No sólo ella sino todos "sus" polacos —algunos judíos, otros claramente no judíos—, con los que estuvo asociada tanto tiempo. Lo vemos en las inmersiones periódicas de Marchlewski en una vida obrera tan poco acomodada a su personalidad patricia. Lo vemos en la persistente negativa de Dzerzhinsky a aceptar la política bolchevique de autodeterminación nacional, a pesar de su ferviente aceptación de todas las demás doctrinas bolcheviques. Y finalmente lo vemos en el travieso deseo de Rádek de *épater les bourgeois* en la Alemania que odiaba y a la que siempre ansió retornar... a pesar de toda su consciente insistencia en la virtud nacional. A su manera cada quien, todos eran directamente sensibles a las manifestaciones del patriotismo, en las instituciones tanto como en los individuos. Su campaña contra el nacionalismo era tanto campaña contra el patriotismo latente, intangible, puramente personal de sus contemporáneos, cuanto contra cualquier política manifiesta de los partidos.

¿Es posible ser marxista sin efectuar no sólo una sustitución de la conciencia patriótica por la conciencia de clase sino una inmersión en la clase *en lugar de* en la nación? ¿Lo ha logrado alguno de los más importantes marxistas de Rusia o China en la actualidad? ¿O acaso es todo el regreso sustancial a la unidad nacional como hecho y concepto el paso más retrógrado de todos? Rosa Luxemburgo está en la cúspide del intento de hacer operacional la idea marxista de clase como referente social primordial y de quebrantar de una vez y para siempre el antiguo y avasallador concepto de nación. En este respecto su contribución no es inferior a la de nadie.

cuela. Define en ella la clase —todavía instrumento fundamental de su análisis social— como la unidad social que ejerce la función de autoridad, o sobre la cual se ejerce la autoridad. Esto está bien. ¿Cómo puede uno tener lealtad casi patriótica a una función social objetiva o a la ausencia de tal función?

BIBLIOGRAFÍA

I. OBRAS DE ROSA LUXEMBURGO

Una bibliografía completa de los escritos de Rosa Luxemburgo puede encontrarse en mi edición de *Rosa Luxemburgo*, en dos volúmenes.

Solamente *The Accumulation of Capital* (Londres, 1951, ed. en rústica, 1963 [Ed. esp. *La acumulación del capital*, Ed. Grijalbo, México, 1967]), "Organizational Questions in the Russian Social Democracy" y "The Russian Revolution" (publicadas juntas bajo el título *Leninism or Marxism? The Russian Revolution*. Ed. Bertram D. Wolfe, Ann Harbor, en rústica, 1961) han sido publicadas en una versión de fácil acceso en inglés. La mayor parte de sus escritos más importantes se puede obtener en alemán, algunos sólo en polaco. Las principales selecciones son:

1. *Gesammelte Werke* (Obras recopiladas). Ed. Paul Frölich, Berlín, 1923 en adelante. Ésta fue planeada como una edición completa de las obras de Rosa Luxemburgo en 9 volúmenes. Solamente aparecieron los volúmenes VI (1923), *La acumulación del capital*; III (1925), *Contra el revisionismo*; y IV (1928), *Huelga de masas, partido y sindicatos* [Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba (Argentina), 1970]. El vol. III contiene la importante *Reforma o Revolución* [Ed. Grijalbo, México, 1967] y la mayor parte de sus escritos antirrevisionistas, el vol. IV el folleto sobre la huelga de masas y otros escritos sobre este tema y en general sobre asuntos sindicales.
2. *Ausgewählte Reden und Schriften* (Obras escogidas), publicada por el Instituto Marx-Engels-Lenin, Berlín (Oriental), 1951, 2 vols. Contiene la "Introducción a la economía política", el folleto sobre la huelga de masas, el folleto Junius, *La crisis de la socialdemocracia* [Ed. Roca, México, 1972] y varios discursos y artículos. Contiene también algunas de las principales polémicas anti-Luxemburgo de Lenin y Stalin.
3. *Politische Schriften* (Escritos políticos), Ed. Ossip K. Flechtheim, Frankfort, 1966, 2 vol. Contiene "Reforma o Revolución", el folleto de la huelga de masas, el folleto Junius, el discurso ante la Corte en Frankfort en 1914, el Programa Espartaco, el discurso principal ante el Congreso para la fundación del KPD, y los últimos artículos de Rosa en *Rote Fahne*.
4. *Rosa Luxemburgo in Kampf gegen den deutschen Militarismus*, Berlín

oriental, 1960. Artículos y discursos de 1913-15 contra el militarismo alemán, particularmente en relación con las dos persecuciones contra ella en 1914.

5. *Ich war, ich bin, ich werde sein!*, Berlín oriental, 1958, artículos escogidos de *Rote Fahne*, noviembre de 1918-enero de 1919.
6. *Wybór pism*, Ed. B. Krauze, Varsovia, 1959, 2 vol.; principalmente escritos polacos, incluyendo el importante "La cuestión nacional y la autonomía".
7. *Scritti Scelti* (Obras escogidas). Ed. Luciano Amodio, Milán, 1963. Selección de obras, especialmente sobre revisionismo, útil bibliografía y una excelente introducción.

Los lectores interesados en estudiar sus temas principales pueden leer los artículos mencionados arriba con referencia a estas colecciones.

II. OBRAS SOBRE ROSA LUXEMBURGO

1. La principal biografía (escrita desde un punto de vista marxista pero antistalinista) es la de Paul Frölich: *Rosa Luxemburg, Her Life and Work*, Londres, 1940. La más reciente y precisa edición alemana de este libro es *Rosa Luxemburg, Gedanke und Tat*, Frankfort, 1967.

Las principales obras stalinistas sobre Rosa Luxemburg son:

2. Oelssner, Fred, *Rosa Luxemburg, Eine kritische biographische Skizze*, Berlín oriental, 1951. Una biografía comunista ortodoxa del periodo staliniano, con los juicios críticos sobre su trabajo relevantes entonces. Su interés actual es sobre todo histórico como obra de aquella época.
3. Kautsky, Luise: *Rosa Luxemburg: Ein Gedenkbuch*, Berlín, 1929; es un recuerdo personal por una de las más íntimas amigas de Rosa Luxemburgo.

La mejor biografía personal es:

4. Roland-Holst-van der Schalk, Henriette, *Rosa Luxemburg, Ihr Leben und Wirken*, Zurich, 1937. La autora estuvo políticamente cerca de Rosa durante un periodo, pero el libro es una mezcla de reminiscencias personales y políticas y algo excesivamente impresionista e interpretativo.

Una útil, aunque breve, discusión en inglés sobre las principales ideas económicas de Rosa Luxemburgo con una crítica, es:

5. Cliff, Tony, *Rosa Luxemburg*, Londres, 1959.

III. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

1. Adler, Victor, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viene, 1954. Contiene muchas cartas entre Adler, el líder socialista austriaco, e importantes socialistas alemanes como Bebel y Kautsky. Da una visión muy útil acerca de las opiniones del *Establishment* sobre muchas cues-

tiones de la época.
2. Angel, Pierre, *Eduard Bernstein et l'évolution du socialisme allemand,* París, 1961. La más reciente y quizá la mejor evaluación de Bernstein y el revisionismo.
3. Angress, W. T., *Still Born Revolution,* Princeton, 1963. El análisis de un historiador profesional sobre el intento de revolución comunista en Alemania en 1921. Abarca gran parte de la historia inmediatamente posterior a la muerte de Rosa.
4. Badia, Gilbert, *Les Spartakistes,* París, 1966. El más reciente tratamiento de *Spartakus* en forma popular, por un joven historiador francés que tuvo acceso a documentos inéditos en Berlín oriental.
5. Balabanoff, Angelica, *My Life as a Rebel,* Londres, 1939. Reminiscencias de la secretaria de Lenin durante la guerra y conocida de Rosa Luxemburgo. De utilidad para algunos problemas del tiempo de la guerra desde el punto de vista ruso.
6. Dziewanowski, M. K., *The Communist Party of Poland,* Cambridge (Mass.), 1959. La única relación de la historia del partido comunista polaco que existe en inglés. Útil como introducción al primer periodo, esquemática y poco segura de 1904 en adelante.
7. Gankin, O. H., & Fisher, H. H. (eds.), *The Bolsheviks and the World War,* London and Stanford, 1940. Una importante colección de documentos referentes a la formulación de la política bolchevique inmediatamente antes y durante la primera guerra mundial.
8. Gay, Peter, *The Dilemma of Democratic Socialism,* Nueva York, 1952. La mejor relación en inglés de la controversia revisionista y particularmente de las opiniones de Bernstein, con gran número de documentos.
9. Geyer, Dietrich, *Lenin in der russischen Sozialdemokratie,* Colonia, 1962. Probablemente la mejor relación y análisis de la actividad de Lenin en el Partido Socialdemócrata Ruso entre 1898 y 1906. Contiene material detallado sobre la relación con los polacos.
10. Haupt, Georges, *Le Congres manqué,* París, 1965. Introducción y documentos referentes a la reunión del Bureau de la Internacional Socialista en 1914 en conexión con el inminente estallido de la guerra.
11. Joll, James, *The Second International,* Londres, 1955. Breve y excelente análisis de la Segunda Internacional en conjunto. La mejor introducción a este tema en inglés.
12. Lazitch, Branko: *Lénine et la IIIè Internationale,* París, 1950. Detallado análisis y discusión sobre la fundación de la Tercera Internacional.
13. Lichtheim, George, *Marxism,* Londres, 1961. Aunque avanzado y difícil, éste es uno de los mejores libros existentes sobre el desarrollo del pensamiento marxista después de la muerte de Karl Marx.
14. Matthias, Erich, "Kautsky und der Kautskyanismus", *Marxismus-*

studien (segunda serie), Tübingen, 1957, pp. 151-197. Una excelente introducción al pensamiento y actitudes de Kautsky.
15. Meyer, Alfred G., *Leninism* (2a. ed.), Nueva York, 1962. Útil análisis sistemático de los juicios de Lenin sobre diversos temas.
16. Nettl, J. P., "The German Social-Democratic Party 1890-1914 as a Political Model", *Past and Present*, 1965, n. 30, pp. 65-95. Análisis teórico de la organización y problemas ideológicos planteados por el SPD como estructura social.
17. Roth, Günter, *The Social Democrats in Imperial Germany*, Totowa N. Y.), 1963. Análisis sociológico de la ideología y estructura del SPD. Especialmente útil para sociólogos.
18. Schapiro, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union*, Londres, 1960. La obra clásica inglesa sobre la historia y los orígenes del partido comunista soviético. Fuertemente inclinada en contra del tema que trata.
19. Schorske, Carl E., *German Social Democracy 1905-17: The Development of the Great Schism*, Cambridge (Mass.), 1955. Éste es el mejor tratado histórico que se pueda obtener sobre el Partido Socialdemócrata Alemán en el periodo anterior a la guerra por un historiador extremadamente sagaz. Muy recomendable como introducción básica al periodo y sus problemas.
20. Schüddekopf, Otto-Ernst, "Karl Radek in Berlin", *Archiv für Sozialgeschichte*, vol. II, 1962, pp. 87-166. Texto de las notas de Rádek, en forma de diario, sobre su visita a Berlín desde fines de diciembre de 1918 hasta 1920. Uno de los pocos informes sobre Rosa en acción durante sus últimas semanas.
21. Waldmann, Eric, *The Spartakist Uprising of 1919 and the Crisis of the German Socialist Movement*, Milwaukee, 1958. Vieja relación en inglés sobre el levantamiento espartaquista. Algo académica y no siempre exacta.
22. Wehler, Hans-Ulrich, *Sozialdemokratie und Nationalstaat*, Würzburg, 1962. Análisis detallado, aunque a veces incoherente, del problema de la nacionalidad y el SPD. Contiene una importante bibliografía sobre este tema.
23. Zeman, Z. A., y Scharlau, W., *Merchant of Revolution*, Londres, 1965. Una biografía de Parvus, en un tiempo amigo y colega de Rosa Luxemburgo. Muy útil para la discusión de la actitud radical en la controversia revisionista y un fascinante informe sobre las relaciones entre los bolcheviques y los alemanes durante la guerra.

IV. RECOPILACIONES DE DOCUMENTOS

1. *Dokumente und Materialen zur Geschichte der deutschen*, Arbeitergung,

serie II, 3 vol., Berlín, 1957 en adelante. Una colección exhaustiva de documentos referentes al movimiento obrero alemán, especialmente la cristalización de la izquierda comunista.
2. *SDKPiL. Materialy i dokumenty,* 2 vol., Varsovia, 1957. Documentos y cartas relativos al SDKPiL durante toda su existencia (en polaco).
3. *Spartakusbriefe,* Berlín, 1958. Nueva edición de las cartas *Spartakus* completas.

ÍNDICE DE NOMBRES

Imprenta Madero, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
15-VI-1974
Edición de 4 000 ejemplares
más sobrantes para reposición